

Las oscuras sombras de don Camilo

Manuel Gisbert Orozco

Las oscuras sombras de don Camilo

DE

MANUEL GISBERT OROZCO

Primer libro

PROLOGO

Alcoy Treinta y uno de diciembre del año del Señor de 1899

Mi mente habita un cuerpo viejo y enfermo, que no deseo, pero que tengo que soportar entre otras cosas porque no dispongo de otro. Estoy limitado al andar, para casi todos los trabajos e incluso para hacer el amor; pero no para oír, pensar y escribir. Y eso es lo que hago.

De todo ello lo que más añoro es el sexo. No tardé mucho en descubrirlo pero si en practicarlo. Desde entonces lo he disfrutado hasta que el lívido decidió abandonarme.

He decidido contaros mi vida de forma inconexa conforme los recuerdos fluyan a mi memoria. También el de las personas que en algún momento de mi vida me rodearon, bien sea porque lo presencié, me lo contaron o de forma casual llegaron a mi conocimiento.

Posiblemente, querido lector, algunos párrafos te escandalicen pero yo no voy a obviarlos, eres tu quien decide si quieres leerlos, te bastará con saltarte algunas líneas y continuar el relato un poco más adelante. Pero te advierto que tú te lo pierdes.

No voy a demorarme ni a hacerte esperar más... Comienzo a escribir.

CAPITULO PRIMERO

La Barca de los genoveses.- Año 1844

Al amanecer de un día, allá por mediados del siglo XIX cuando todavía era virgen, cosa harto difícil, la reina de España denominada Isabel, hija del que fue rey, nuestro señor Fernando VII, apodado el Felón y que Dios conserve muchos años en el infierno, los marineros que faenaban en esos momentos en el sardinal terminando sus labores nocturna, en primer lugar; después los que por la playa vagaban esperando completar su almuerzo con algún producto fresco del mar a la llegada de los pescadores, y por último, los labradores que abandonaban los caseríos situados en la parte alta de la villa al encuentro de sus bancales, vieron aparecer por la punta de levante una vela que al poco tiempo ya podía apreciarse que se trataba de un bergantín. Probablemente pronto desaparecería por detrás de la punta de poniente, el otro extremo que cerraba la bahía de Yocla, como multitud de barcos lo hacían diariamente, pero no parecía ser ese el caso. Por las orzadas, los marineros que lo observaban sabían que el navío llevaba prisa y mas que navegar parecía que huía; y así era en verdad, como pronto se comprobó al aparecer una fragata, con todas las velas extendidas, siguiendo a la primera nave. Las fragatas, de aquella época, eran barcos de cruz y de tres palos con cofas, es decir del mismo aparejo que los navíos y corbetas de guerra, pasaban de los cuarenta cañones y casi nunca excedían de los sesenta. Esta era fabulosa, parecía, en medio del agua, una gigantesca montaña toda nevada, en el centro de una verde pradera.

A la vista de las maniobras de las dos naves, izaron velas los sardinales, dejando las redes abandonadas ya que el negocio que preveían era sin duda mejor que el de la pesca. Zarparon a todo escape, ayudando a las velas con los remos, y poniendo proa al pueblo. Fondearon sin embestir la playa, quedando a la espera de los acontecimientos. Mientras los labradores a lomos de sus mulas se afanaban en alcanzar la arena, esta ya estaba repleta de gente muy ansiosa por ver el remate de la caza que bien claro se veía quería dar la fragata de la Reina al bergantín, que no navegaba sino volaba; sin ninguna duda la nave real le había cogido la mar de afuera a los fugitivos impidiéndoles la huida.

Cuando el bergantín se acercó, los espectadores pudieron comprobar que en realidad era una goleta o escuna, embarcación fina y rasa, de unos ochenta pies de eslora, con dos palos y velas cangrejas. Tenía poco calado lo que le permitía acercarse mucho a la costa y en lo más alto del palo mayor lucía el pabellón genovés. Fondeó lo mas cerca que pudo de la orilla, y al momento los laúdes de los sardinales la rodearon, así como los botes y barcazas que de la tierra habían partido. A unos y otros pedían auxilio los genoveses, comenzando todos a trabajar, trasbordando mercancía de la goleta a las barcas; y de estas, ya en la playa, a algunas casas. Los campesinos colaboraron con sus mulos, que una vez cargados, raudos subían la pendiente que separaba la tierra fértil de la colina, del arenal de la playa, camuflándose entre la vegetación. Los genoveses absortos, en hacer desaparecer la prueba de su delito, se afanaban en su trabajo ajenos a lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

La fragata, mientras tanto, había fondeado algo mas alejada de los hechos, evitando los peligros de una costa que no les era habitual. Estaban todavía arriando los botes, cuando el desembarco ya había terminado y españoles y genoveses se dirigían al casino del pueblo para celebrar el buen fin de la operación. Cuando los militares abordaron el barco genovés se lo encontraron completamente vacío sin ninguna muestra de tabaco, ni pensamiento de telas, pañuelos ni mantones, que era lo habitual y lo que esperaban encontrar; allí no había más que los petates de los pobres marineros que cuando fueron interrogados, juraron y perjuraron que solo habían llegado a ese maravilloso lugar en busca de: uvas pasas, higos secos, almendras y a ser posible unas botellas de moscatel.

No se conformaron los militares con tal peregrinas contestaciones y se dedicaron a registrar las casas de la playa, en las que solo encontraron algún que otro niño, en pelotas o cubierto apenas con

una camiseta, jugando a militares que perseguían a contrabandista, alguna vieja encendiendo el fuego para preparar la comida y poco más. Miraron donde quisieron y como suponían no encontraron nada. En una casa al entrar en una habitación de una forma no muy ortodoxa encontraron a una pareja en la cama, completamente desnuda, en una situación más que comprometida.

-¿Qué hacen ustedes?- Les espetó el militar, no sin cierto sonrojo en su cara.

-Haciendo uso del matrimonio, como manda Dios, la Santa Madre Iglesia y así lo han establecido los hombres - Le contesto el varón sin apenas volverse y acelerando la acción como si estuviese llegando al punto álgido del coito mientras la señora exclamaba gritos de placer.

Salió avergonzado el teniente dirigiendo su pesquisas por otros lares y cuando alguna que otra pedrada comenzó a caer por los alrededores amenazando la integridad física de sus soldados, descubrió que eran los niños quienes las lanzaban, aparentemente entre ellos ya que su lucha entre militares y contrabandistas había llegado a su punto culminante, aunque lo cierto es que ellos las recibían todas. Decidió, pues, dar por finalizado el registro y se dispuso a mantener ante su capitán que en el pueblo no había encontrado nada sospechoso.

Mientras, genoveses y españoles se habían concentrado en el Casino, dando buena cuenta de varias botellas de mistela, alguna que otra de absenta y para picar: higos secos y uvas pasas. Algunos hablaban de frivolidades e incluso de esos gritos inequívocos que habían escuchados a través del delgado tabique que separaba el casino de la casa contigua. Mientras el alcalde y el capital genovés, mas prácticos, urdían futuros negocios que pudiesen beneficiar a ambos. Cuando el forastero observó que la Fragata levaba anclas ordenó a un par de sus hombres que botaran el esquife de su embarcación y pusieran proa mar adentro para comprobar que la nave de guerra se alejaba definitivamente y no quedaba oculta detrás de la punta de poniente o también llamada del Penyó del Moro a la espera de que saliesen y sorprenderlos.

“Este tío todavía cree que le vamos a devolver la mercancía”- pensó el alcalde sonriendo hacia adentro mientras le daba caña, sin tregua, a la “sin huesos”

Media hora más tarde el esquife izó una bandera verde en su mástil. El capitán no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción y apurando la copa de absenta que tenía delante, cambió la conversación para decirle al alcalde.

-Creo que ha llegado la hora de reembarcar la mercancía.

-¿Qué mercancía?- respondió el español dando muestras de sorpresa.

-La que os acabo de entregar.

-Mejor diréis habéis lanzado por la borda.

-Si queréis expresarlo así...

-Lo que se tira al mar, este nunca lo devuelve.

-Vuestras barcas estaban debajo recogiendo lo que tirábamos.

-Vos lo habéis dicho: “Tirábamos”. Nosotros solo lo recogimos para haceros un favor.

-¿Favor?- respondió el capital desconcertado.

- Si no los hubiésemos recogido y también escondido. Cuando hubiese llegado el teniente de la fragata se habría encontrado con multitud de fardos flotando, los más ligeros, y otros tantos hundidos apenas a cuatro brazas de profundidad en unas aguas tan claras que hasta el sifón de una tellina enterrada en la arena se ve perfectamente.

El genovés nervioso, apenas podía balbucear una palabra que otra.

-Entonces... ¿consideráis la mercancía vuestra?

-Únicamente como pago a mis servicios.

-¿Y a mí que me queda?

-El barco, que vale más que la mercancía y que sin duda hubiese sido incautado; y la libertad de vos y vuestros hombres. ¿Os parece poco?

El genovés quedó pensativo mientras su mano derecha acariciaba su barbilla y la izquierda el

puño de la daga que llevaba en el cinto. El alcalde desabotonó su casaca y mostró un pistolón que su abuelo le había quitado a un francés durante la guerra de la independencia y que ni tenía balas ni nunca había disparado pero que le gustaba mostrar en los momentos importantes y este sin ninguna duda lo era.

El genovés dejó de acariciar su daga y levantándose dio por terminada la conversación. Conminó a sus hombres para que le siguiesen y cuando estaba en la puerta ni siquiera se giró cuando escuchó las palabras del alcalde.

-¡Capitán! El gasto lo pago yo.

XXXXX
XXX
X

Aun no habían abandonado los genoveses el casino y se dirigían cabizbajos por la arena de la playa en dirección a los botes que les conducirían de nuevo a su nave, cuando un grito de júbilo estalló en el salón. No era para menos, habían conseguido el botín sin necesidad de derramar ni una sola gota de sangre. Con el alborozo nadie reparó en un joven, que desde luego no tenía pinta de mediterráneo y que cuando los genoveses se fueron, aprovechando la invitación del alcalde, se agenció otra botella de absenta y continuó bebiendo.

Tenía la cara redonda, pelo pajizo, ojos claros y unos mofletes colorados que, descontando fueran de rubor pues no había hembra alguna en el lugar, se deberían al sol de estas latitudes o a la media botella de absenta que se había cepillado.

Nelo, que ya se había incorporado al conjunto de lugareños después de su inesperada, pero no por eso menos placentera, orgía matinal; iba a seguir a sus convecinos que querían cerciorarse que los forasteros abandonaran el lugar sin mas incidencias cuando reparó en el hombre. Creyendo estaba medio borracho y no se había dado cuenta de la marcha de sus compañeros, le dijo:

-Si no te espabilas vas a perder el barco.

-Da igual.- le contestó en un perfecto castellano pero con un tenue acento extranjero.

En Yocla había una extraña costumbre, no escrita en ninguna parte, pero que se aplicaba con rigor. Si un viajero llegaba por tierra era recibido a pedradas, pero si lo hacia por mar era bienvenido.

-¿Piensas quedarte?

-Le dije al capitán cuando zarpamos que me bajaría en el primer puerto que tocáramos y, por suerte o por desgracia, este ha sido. No era el previsto, pero cualquier lugar es bueno para mí.

Intentó incorporarse un poco para mirar a través del ventanal que daba a la playa y continuó hablando como si le hubiesen dado cuerda después de tanto tiempo callado.

-Aunque aquí no hay puerto, solo una maravillosa playa.... Molt bonica per cert.

Nelo impresionado no pudo dejar de exclamar.

-¡Mira! Si tambe parla valenciá

-Una mica no mes.- Se detuvo un instante buscando las palabras adecuadas en valenciano para continuar y al no encontrarlas cambio automáticamente al castellano. -Hablo ingles, francés, italiano, portugués y español.

-Y parece que valenciano también....

-No tanto. Durante tres o cuatro meses tuve de compañero en un barco a un catalán. Cuando maldecía o hablaba para sí mismo siempre se expresaba en su idioma. Tengo facilidad para aprender nuevas lenguas y nunca desprecio ampliar mi repertorio. Con él aprendí muchas palabras y como es parecido a otros idiomas que conozco se puede decir que lo entiendo aunque no lo hable.

-¿Dónde está ahora el catalán?

-Muerto. Se ahogó. Durante una tormenta en el Mar de China cayó al agua, o lo tiraron.... No le caía bien a mucha gente... Yo personalmente lo apreciaba, fue una lástima.

El gesto del inglés se torno apesadumbrado y Nelo comprendió que era el momento de cambiar de tercio.

-Y tú para que cojones quieres saber tantos idiomas.

-Yo empleo el ingles para gobernar un barco, el francés para hablar con los hombres, el italiano para amar a las mujeres, el portugués para mimar a mi caballo y el español, como no, para hablar con Dios.

Nelo que no daba crédito a lo que oía le replicó.

-Y el valenciano, cuando lo aprendas, ¿para qué lo usaras?

-Con toda seguridad para hablar con los amigos.

CAPITULO SEGUNDO

Un matrimonio feliz

Los gritos de Marieta la Massa el día del registro de los militares no había pasado desapercibido a los parroquianos del casino, ubicado precisamente al lado de la casa de Nelo, y en el que se habían concentrado los hombres del pueblo esperando la retirada de los militares.

-¿Ya nos contarás que pasó el día del registro, pues los gritos que escuchamos no era precisamente de miedo?- le pregunto Quico el Mulero, intimo amigo de Nelo, ante la atenta mirada y alguna que otra sonrisita de los restantes amigos.

Nelo no pudo contener la sonrisa a la vez que con un gesto reunió en un pequeño círculo las cabezas de sus amigos sobre la mesa en que estaban sentados y con tono confidencial les dijo:

-El “amagatall” lo tenía lleno desde el ultimo alijo. No se me ocurrió otra cosa que esconder los tres fardos de tabaco que le había requisado al genovés debajo de la cama. Cuando llegaron los militares a mi casa, comprendí que sería uno de los primeros sitios donde mirasen. No se me ocurrió otra cosa que decirle a Marieta que simuláramos estar haciendo el amor encima de la cama, completamente desnudos para no levantar sospechas y cohibir en cierta forma a los soldados. Lo cierto es que con el contacto cálido de su piel no pude contenerme y cuando entraron los militares nos encontrábamos casi en pleno apogeo. Como pude le dije al teniente que estaba haciendo uso de uno de los sagrados sacramentos: el del matrimonio; y el militar, todo azorado, se fue en compañía de sus hombres, sin atreverse a echar un vistazo a la habitación.

-Menos mal que el teniente ese, es un bendito- respondió Quico el Mulero- yo no me hubiera ido hasta el final del espectáculo.

-O hubiese querido participar en el sarao....- añadió otro del coro

-Entonces hubierais escuchado también los tiros, tenía dos pistolas debajo el cojín. - Añadió Nelo con una media sonrisa.

Nelo era hijo de Rafael el de la Figuera, llamado así simplemente porque delante de su casa había una higuera que no pertenecía a nadie, pero que todos cuidaban y probaban sus frutos cuando llegaban. Cuando nació su primer hijo le puso de nombre Nelo, el pueblo añadió el apodo de “Bacora” como fruto que era de “La Figuera”

Nelo Bacora, de joven, se dedicó al campo como su padre haciendo peonadas para el marqués. Pronto comprendió que así de pobre no pasaría, y cambió la azada por las artes de pesca, mas para aprender el oficio de marino y saber manejar una barca, si era preciso en alta mar y en las peores condiciones posibles, que para ganarse la vida pescando.

Primero como ayudante y después con barca propia le había cogido gusto al oficio: el de contrabandista. Dinero fácil y poco trabajo, qué más podía pedir. Cierto que este era peligroso, pero en cierta forma el riesgo le gustaba y disfrutaba con las continuas descargas de adrenalina que percibía cuando su vida estaba en peligro. Ya fuese por los rigores del mar o cuando los carabineros lo acechaba. En realidad no era consciente de él...Cuando se caso con Marieta, ya tenía el dinero suficiente para comprarle las tierras al Marques que le hubiesen permitido una vida más tranquila y sosegada aunque indiscutiblemente mas laboriosa.; pero no se veía con fuerzas, más bien ganas, para cultivarlas ni siquiera para arrendarlas, pues para sacar el más mínimo provecho tendría que explotar, como ya lo hacia el Marques, a sus paisanos.

Solo pensar que se pasaría el día cavando, de sol a sol, con la azada en la mano y llegar deslomado por la noche a su casa y no poder disfrutar de los placeres que su esposa le ofrecía en la cama, le ponía enfermo.

Marieta era un caso especial, una belleza rubia con los ojos azules y una piel clara que cuando sufría el acoso de los rayos solares se tornaba en un exquisito color canela. No tenían parangón en

un pueblo en el que todos era morenos, de piel oscura y que terminaban casándose los unos con las otras y cuando algún soltero de los pueblos vecinos se atrevía rondar a una paisana, era recibido y despedidos siempre a pedradas hasta que desistía.

Nadia sabía de dónde había salido tal joya, aunque por lo menos algunas viejas del lugar lo sospechaban. La única que lo tenía claro era La tía Pascuala la Matrona que solía decir cuando alguien le preguntaba. “De la figa sa madre, si ho sabre jo que la vaig assistir en lo part.

Marieta era hija de Llaiseta una guapa moza de la que se contaba una interesante historia, aunque como casi siempre suele ocurrir, la mayoría creían eran solo simples habladurías.

Por aquel entonces el Castillo de Denia tenía todavía guarnición, esta la formaba una compañía de soldados de a pie del regimiento de Alicante que periódicamente iba relevándose. En el viaje de una a otra población, lo mismo al ir que al venir, gastaban dos jornadas por lo que tenían que hacer noche en Altea, que estaba aproximadamente a mitad del camino. Una vez, una persistente tormenta retraso la marcha de los soldados y al caer la noche, aunque esta ya había remitido, se encontraban lejos de su destino. Yocla, el pueblo que siempre dejaban a su derecha al pasar, fue el lugar elegido por el capitán para pernoctar. Lo que en un principio fue una novedad para todo el pueblo, especialmente la chiquillería, se convirtió mas tarde en un trajín para los pueblerinos ya que cada uno tenía la obligación de hospedar y alimentar a uno de los soldados según era costumbre. La falta de esta, en realidad era la primera vez que ocurría, ocasionó más de un problema, y la gente preocupada en arreglar su corral, apenas se interesó de lo que pasaba en el ajeno.

Dio la casualidad que a Llaiseta le tocó hospedar al capitán, encontrándose sola en casa porque su esposo había salido a sardinear, como casi todas las noches, y no tenían familia a pesar de los cinco años de casados.

Después de los consiguientes saludos le dijo Llaiseta.

-Senyor capitá, ¿qué vol que li faça per a sopar?

El militar que, aunque era del norte, entendía nuestra lengua debido a los muchos años que estaba destinado aquí, respondió:

-No quiero molestarla mucho, con una tortilla de doce huevos que me haga me arreglaré.

Muy extrañada le contestó la vecina.

-¡Eh! ¿Dotze óus? Senyor capitá aixó es massa

A lo que el capitán le respondió con mucha seriedad.

-Déjese usted de comentarios y haga lo que le digo. Mientras, voy a dar un pequeño paseo y ver cómo están instalados mis hombres

Calló la vendita mujer y mientras barría el hallar y después de tirar las cenizas en un florero y encender el fuego, todavía estaba rumiando la barbaridad que significaba hacer una tortilla de doce huevos para un hombre solo.

-Pot agafar inclús l'aliacá.

Pegándole vueltas a la docena en la cabeza, y sospesando los huevos en la mano de dos en dos y pensando más en la salud del capitán que en el demonio de la codicia, decidió poner solo seis y un poco de harina para que la tortilla no menguase, ahorrándose de paso seis huevos. Que no era época, la que corría, de vacas gordas precisamente.

Puso seis huevos y un poco de harina y mientras los batía en el plato pensó que no hacían mucho bulto y añadió un poco más y más, hasta que creyó que había subido lo suficiente como para llenar una paella bien grande.

Ya fritos los dejo al calor de la lumbre y preparando la mesa quedó a la espera del capitán que poco tardó en llegar, probablemente porque durante la ronda se le había abierto el apetito y tenía prisa en engullirse la tortillita.

Con cuchillo y tenedor en la mano y sin decir siquiera “le apetece”, embistió el militar la tortilla, que por su aspecto más parecía coca. No fue más que morder el primer trozo, cuando con la cara

extrañada y algo hosca, mirando a la dueña de la casa, dijo:

-¡Mujer!... esto es masa...

A lo que con la mayor naturalidad le respondió aquella.

-Senyor, ja li hu dia jo que era massa. (Señor ya le decía yo que era demasiado)

Lo que pasó después nadie lo sabe, lo cierto es que a la mañana siguiente el militar apareció muy contento, agradeciendo efusivamente a la señora de la casa el hospedaje recibido.

Tres meses más tarde, cuando ya nadie se acordaba de los militares que una noche habían pernoctado en el pueblo, Llaiseta anunció su embarazo.

Algunas malas víboras sospecharon, aunque ninguna se atrevió a decir en voz alta que, dando por descontado la no intervención del Espíritu Santo en el asunto, algo tendría que ver el capitán en el embarazo y eso que todavía desconocían que la criatura nacería con el pelo rubio y los ojos azules idénticos a los del militar.

Motivo para sospechar no les faltaban a las víboras, pues todas sabían que el marido de Llaiseta, Joan el Mascle, era “mascle de caçoleta” Hasta los seis años su madre lo vistió con trajes de niña pues eso era lo que creía tener en casa. A pesar de que los niños y niñas del pueblo, en verano corrían y jugaban en la calle en “pelotas picadas”, nadie reparó en el detalle, ni advirtió nada extraño. Posiblemente porque la gente, acostumbrada, ni se fijaba en esos detalles. Un día Joan, que por entonces se llamaba Joana, cogió una infección en las partes bajas y el barbero, que actuaba también de enfermero cuando era requerido e incluso de medico cuando se lo proponía, decidió que los órganos genitales debían ser lavados con abundante agua y jabón. Hizo una limpieza a fondo y escarbando donde no debía no tardó en encontrar un pequeño nido con dos huevos y un diminuto pene que hasta entonces lo habían confundido con el clítoris. Hubo discusión y hasta alguno apostó una mano y parte del brazo izquierdo a que aquello no era un pene. Cuando finalmente descubrieron que la criatura meaba por allí, aunque agachado como las mujeres, porque el ya niño, por mucho que lo intentaba no sabía por donde cogerlo, decidieron cambiarle el nombre y el vestido sin más tramites.

Lo cierto es que aquello, con el tiempo, fue creciendo, aunque nunca desmesuradamente, y a los dieciocho años Joan al que ya le llamaban “el mascle”, se convirtió en un buen mozo, perfectamente proporcionado y perseguido por todas las mozas del pueblo, en edad de merecer, que ansiaban desesperadamente descubrir su secreto. Lo cierto es que ninguna cayó en sus redes, no sabemos si porque a él no le apetecía o para no desilusionarlas.

Finalmente, la afortunada o la desafortunada vaya usted a saber, fue Llaiseta que se caso con él. Hubo disparidad de opiniones, unos decían que la percha bien lo valía y otros que sí, pero que allí había mucha dinamita pero seguramente poca mecha.

Cuando después de la boda las amigas le preguntaron a la novia:

-¿Cómo ha ido la cosa?

Ella respondía escuetamente, siempre con una sonrisa en la boca.

-Bien. ¿Cómo tendría que haber ido?

CAPITULO TERCERO

Los dos Don

En el pueblo todos tenían el apelativo de tío, menos Don. Camilo y Don. Froilán.

Don Camilo era el cura y había nacido en Alcoy. Pertenecía a una familia de “punteros” venida a menos gracias al vicio del padre por el juego. Perdió gran parte de su fortuna jugando al “Monte” y el resto jugando al “Bacarrat” cuando desesperado marchó a Montecarlo para tratar, en su casino, de resarcirse. No lo logró y cuando perdió la última baza sacó una pistola y se pegó un tiro.

Camilo que nunca había tenido el pensamiento de trabajar se vio en esa tesitura. Lo que más le desagradaba era ese olor a regenerado que impregnaba la ropa y el cuerpo de los trabajadores del textil y que percibía cuando en contadas ocasiones visitaba la ya ex fábrica de su padre.

Su madre imposibilitada de pagarle unos estudios, aprovechó la influencia de las limosnas dadas a la iglesia en vida de su padre y cuando la economía familiar iba viento en popa para meterlo en un seminario.

-Saca una carrera o por lo menos un poco de provecho de estos estudios y después ya veremos- Fueron las últimas palabras de su madre, el día de su despedida, ante la poca pasión que para el clero mostraba el muchacho.

Marchó al Seminario conciliar de Valencia, en donde estudió los dos últimos cursos de Humanidades, los tres de Filosofía y los cuatro de Teología y tal vez alguno de vividor, aunque no estuviese en el programa. Lo cierto es que pasaron los años y cuando salió del seminario era, que ya es difícil, más burro que cuando había entrado. Incapaz de ganarse la vida por sí solo decidió quedarse al amparo de la iglesia y continuar vistiendo los hábitos.

Su primer destino fue una canonjía en su segundo significado: poco trabajo y mucho provecho. Se ponía las botas cuando era invitado a comer, y eso ocurría siempre que se lo proponía, pues sabía camelarse muy bien a las señoras del lugar. Destinaba el salario que percibía para su sustento, más que en obras benéficas, en sufragar sus vicios que no eran pocos. Como este se le quedaba corto, no quiso perder su última oportunidad, y decidió pegar un braguetazo dejando preñada a la hija del terrateniente, que dicho sea de paso era más fea que un pecado, y que para su desgracia este no podía redimirlo con la confesión. Por no tener no tenía ni siquiera el encanto natural de una muchacha de veinte años.

A pesar del mal trago que pasó el día de autos, pues ni él sabía por dónde meterla ni la moza por donde recibirla, algo debieron de hacer, pues llegado un momento la joven comenzó a gritar como una loca y no precisamente de placer, por lo que Camilo tuvo que depositar su semilla precipitadamente solo Dios sabe dónde.

Nunca supo si lo logró, pues el cacique viendo el “pinta” que le caía de yerno prefirió meter a la niña en un convento de clausura para que purgara sus pecados y recomendó al obispo el traslado del curita, a algún sitio bien lejano, si no quería verlo con dos tiros en los cojones.

Dos semanas tardó el prelado en decidirse, esperando tal vez que el milagro se produjera y extirpar de esa manera el doloroso grano que le había salido en el culo. Como no ocurrió nada decidió trasladar a Don Camilo a Yocla, tras una más que breve penitencia en algún destino que nadie quisiese ocupar.

En el pueblecito de la costa, su vida ya no fue la misma. Aunque las invitaciones continuaron, ya no eran tan continuas y opíparas como en la canonjía.

Tuvo que recordar las veces que le tocó ejercer de ayudante de cocina en el seminario para poder llevarse algo decente a la boca. La mierda lo rodeaba por todas partes y cuando paseaba por el pueblo su sotana estaba más sucia que la de un peregrino acabadito de llegar de Tierra Santa.

Su madre ya había pasado a mejor vida y era imposible aprovecharse más de ella. Así es que la noticia de la prematura muerte de su cuñado le llegó como agua de mayo. Inmediatamente reclamó

a su hermana, diez años mayor que él, que tras la muerte de su marido había quedado sin recursos; y gracias a Dios los hijos que la vida le había negado a ella, ahora era una bendición para el hermano que no tenía que cargar también con ellos.

Su hermana preparaba el guiso al que llamaban “Borreta” como ninguna. En un perol con caldo frío, ponía las patatas peladas y rotas en trozos no muy grandes, la cabeza de ajos entera pero con un corte transversal, los pimientos troceados, las espinacas bien limpias y siempre escogía las más grandes, la guindilla no podía faltar y el bacalao bien desalado y desmigado. Lo ponía al fuego y cuando arrancaba a hervir le añadía una tacita de aceite, mantenía el hervor a fuego lento durante unos cuarenta minutos. Antes de terminar lo rectificaba de sal, le añadía un poco de pimienta y subía el fuego para dejar caer unos huevos para que se escalfen.

Solo de pensarlo se le hacia la boca agua. Le gustaba tanto que la comía en días alternos, cuatro platos bien cumplidos una semana y tres la siguiente. El resto de días su hermana podía preparar lo que quisiera pues con lo que había comido un día, estaba cumplido para el siguiente.

En el casino rechazaba los licores y bebidas alcohólicas y solo bebía un brebaje de color negro que llevaba siempre consigo en una licorera, que metía dentro del bolsillo interior de su sotana.

-Mossen, ¿aixó que, s ? – solían preguntarle

-Un tónico estomacal que tomo como medicina- era su escueta respuesta.

Los curiosos contertulios, cuando Don Camilo se ausentaba, no dejaban de investigar el vaso vacío que había usado.

-Huele a café, pero lo toma frío - era el comentario más usual.

No podían probarlo porque no dejaba nunca ni la más mínima gota.

El brebaje se lo fabricaba él mismo en el sótano de su casa y la fórmula no la tenía anotada en ningún sitio, simplemente en su cabeza. Siempre usaba los mismos ingredientes: medio kilo de café, tres litros de alcohol, tres y medio de agua y un poco de azúcar. El café triturado, metido dentro de un calcetín, se deja durante dos o tres días en un poco de agua, añadiéndole entonces el alcohol y dejándolo macerar durante una semana, removiendo un par de veces al día. Pasado este tiempo se le añade el resto del agua y un poco de azúcar, dejándolo reposar durante ocho días y filtrándolo para eliminar cualquier resto de poso.

Ni que decir tiene que en el sótano, cerrado con llave y al que no dejaba acceder ni a su hermana, tenía varias partidas en diferentes periodos del proceso para tener siempre y en cualquier momento una reserva.

El origen de esta bebida estaba en los obreros alcoyanos que, para poder afrontar una laboriosa jornada de trabajo sin tiempo alguno para el descanso, se preparaban de buena mañana un café caliente al que añadían un buen chorro de absenta. “Para entrar en calor” solían decir. Cuando lo tomaban a media mañana, por el mediodía e incluso por las tardes antes de terminar la jornada, lógicamente el preparado ya estaba frío, pero entonces resultaba mucho más agradable al paladar por lo que comenzaron a prepararlo así.

No se ausentaba nunca del pueblo, a menos que lo reclamasen desde el obispado en Valencia, ni tomaba vacaciones; pero cuando se acercaba el mes de abril se mostraba nervioso, contento y a la vez ansioso, como si estuviese a la espera de algo. Después, durante una semana de la segunda quincena, desaparecía sin dar ninguna explicación.

-Esta haciendo ejercicios espirituales – solía decir su hermana a los más insistentes. Lo cierto es que regresaba más contento y con renovadas fuerzas para emprende cualquier cosa. Cuando alguien le preguntaba cómo habían ido los ejercicios espirituales.

-He visto a Dios- Solía decir.

XXXXX
XXX
X

El otro Don del pueblo era Don Fadrique, el Marques de la Almadraba de Yocla. A él, con lo de la Almadraba le sobraba y le gustaba que lo nombraran solo como Marques de la Almadraba, obviando lo de Yocla, porque una vez lo habían confundido con el Marques de la Ensenada, titulo de abolengo y de más ascendencia histórica, que venía a ser lo mismo pero no lo era.

Un par de siglos antes habían sido dueño de todo el pueblo, aunque ahora solo les quedase la mitad. Los marqueses solían presumir que media Yocla era suya y los del pueblo decían que medio marquesado de la Almadraba les pertenecía. Dos formas distintas de ver las cosas.

Hacia generaciones que los señores marqueses no visitaban el pueblo, malas lenguas dicen que para evitar que los apedrearán y otros añadían que la sana costumbre de lapidar a los visitantes se inició precisamente con ellos. Sea como fuese lo cierto es que el único que osaba acercarse periódicamente al pueblo era el administrador y nada más y nada menos que para cobrar las rentas. Muchos años, tal vez mas de lo aconsejable, el déficit de la tesorería del Marques, empecinado en mantener varias queridas, se saldaba con la venta de algunos terrenos que solían comprar los yoclanos con el producto que sacaban del contrabando.

Lo primero que vendió fue la almadraba y sus derechos de pesca, conservando únicamente el titulo aunque todos sabían que más pronto que tarde también lo pondría a la venta. Las tierras, bancal a bancal, igualmente iban desgajándose del racimo del marquesado, como las uvas cuando se las come.

Los señores marqueses vivían en Valencia, en un palacete situado al lado del de su tocayo de Dos Aguas y que indiscutiblemente había conocido épocas mejores. El último del pueblo que los había visto era su alcalde pedáneo, el tío Pepe el Pollero, que se cruzó durante un viaje que hizo a la capital con el administrador, que acompañaba en actitud sumisa, a dos señores.

El mayor, enjuto, delgado, seco como una mojama, luciendo una larga barba blanca; el joven, un imberbe, era la visión exacta de su padre en su juventud. Entre los dos no pesaban más de noventa kilos y en opinión del alcalde, que después trasladó a sus vecinos, no tenían ni media bofetada.

Quienes les conocían murmuraban que todos habían sido paridos con el mismo patrón, con independencias de las virtudes de las madres, todas ellas bien hermosas, que poco parecía que habían aportado de sus genes cuando parían a la criatura, limitándose, si acaso, a aportar su cuerpo para la fabricación.

Pero no siempre había sido así. El ancestro de los marqueses era un fornido hombretón del norte que llegó a estas tierras con las huestes del mismo Jaime I El Conquistador. Según “els llibres del repartiment”, se estableció por estos lares con las siete jovadas de tierra de secano y tres de viña que le tocaron, junto con una casa de labor que hasta entonces pertenecía a un moro, Abu Buzá, que allí vivía junto a su esposa y una hermosa hija que Alá les había dado. Fadrique, que así ya se llamaba el rufián, compasivo, consintió a la familia quedarse.

Permitió al marido que cuidase las tierras, a la madre que mantuviese limpia y aseada su casa con la condición de que le preparase a él también la comida y mientras tanto él se tiraba a la hija. En sus momentos de ocio, pues no estaba todo el día aquí te pilló aquí te mato, se dedicaba a la caza, complementando de esta forma la dieta de la familia. Ocupó el tálamo conyugal de los viejos, en donde dormía siempre con la hija a quien le gustaba tener siempre a mano, relegó a los suegros a las cuadras y para que su caballo Bucéfalo no se sintiese incomodo lo instaló en la habitación que antes ocupaba la hija.

En esas condiciones el viejo duró lo que duró; y cuando Alá le permitió viajar al paraíso, puso de paso a Fadrique, al que ya sus vecinos llamaban el moro, en un serio apuro. En sus años de ocio, aparte la caza, había tenido tiempo de construirse una barca y hasta incluso había aprendido a pescar. Decidió, pues, dedicarse a este arte, esta vez un poco más en serio y le encomendó las tareas de jardinería a su querida Haifa, ya cargada de hijos, y con la que se había desposado, después de hacerla abjurar de su fe, para que a sus hijos no les siguiesen llamando “los bastardos”. Que amaba a

su esposa no hay la menor duda, tuvo el detalle de sacrificar sus ahorros comprando una mula y un arado para evitar que se deslomara cavando. “Es que la quiero fresca y lozana todas las noches en la cama”. Fue la excusa que dio a sus amigos y vecinos para justificar tanta magnanimidad.

Un descendiente del mayor de sus hijos llamado, como no, también Fadrique, alcanzó el marquesado trescientos años después. Eran tiempo del Rey nuestro señor Felipe II cuando los moriscos rebeldes campaban a sus anchas por las Españas, pues todavía no habían sido expulsados, e informaban a sus hermanos argelinos del momento más oportuno para saquear nuestras costas. Por entonces Fadrique poseía ocho barcas que se dedicaban a la pesca en almadraba y un bergantín, ligero como el viento, artillado con cinco cañones de grueso calibre, oficialmente dedicado a la protección de las barcas pero que en su tiempo libre campaba a sus anchas por el mar de Alborán. Capturaba todo aquello que flotase y se amedrentara al primer disparo de sus cañones y, por el contrario, ponía pies en polvorosa si la presunta víctima le enseñaba los dientes.

Los que le reprochaban tal ignominiosa actitud siempre obtenían la misma respuesta: “Para que quiero el dinero si estoy muerto”.

Un mal día, mientras el bergantín estaba en las atarazanas del puerto de Alicante reparando los destrozos de un mal encuentro con un moro respondón sufrido unas semanas antes, un renegado, llamado Bocanegra y viejo enemigo de Fadrique, se atrevió a atacar sus barcas en plena faena, matando a varios de sus hombres y, lo que era peor, robándole parte de su pesca. Aun no había anochecido ese día cuando un jinete, después de reventar cuatro caballos de posta, llevó la triste nueva a Fadrique. A punto estaba el bergantín a falta de pequeños detalles que podían posponerse y completamente avituallado para el viaje de regreso, que aunque corto, hay que ir preparado pues, como bien solía decir Fadrique: “Cuando uno sale a la mar nunca sabe dónde irá a parar”. Comprobó que la pólvora almacenada era suficiente para hundir siete bajeles y ordeno a sus hombres que pusiesen el bergantín en agua. Mientras se dirigió a la posada donde se hospedaba para coger sus bártulos y reclutar a una veintena de soldados del tercio de Flandes que la noche anterior, entre jarra y jarra de vino, les había oído maldecir que se estaban quedando en las últimas al no cobrar ni un solo maravedí desde hacía por lo menos seis meses. Situación que todavía es sostenible si estas en campaña y puedes robar a algún que otro muerto, pero es insufrible si estas ocioso y en una taberna llena de mujeres capaces de satisfacer tus más recónditos deseos, siempre, claro está, que la bolsa suene.

Les ofreció un crucero por el Mediterráneo, de no más de cuatro días, con todos los gastos pagados, excepto la bebida, que estaba terminantemente prohibida a bordo, pues no quería borrachos en momentos inoportunos. Al regreso cobrarían la paga de un mes, tuviese éxito o no la misión encomendada. Aunque nadie preguntó dónde iban, pues todos sabían que ningún patrón paga un mes de soldada por salir a la mar a pescar peces, algunos se mostraron reticentes. Para disipar cualquier duda, añadió que si la misión tenía éxito, incrementaba su propuesta inicial, con dos días de juego acompañados con las cuatro putas de la posada en exclusiva. Todos aceptaron.

Fadrique sabía que con la carga de atunes el jabeque berberisco no podía demorar mucho su regreso a Argel. Conocía la ruta que, más o menos, se vería obligado a recorrer y cuando la interceptó comprobó que los moros ya habían pasado por allí, por el festín que se estaban dando los peces comiéndose las entrañas de los atunes que los piratas tiraban al mar después de destriparlos y colgarlos para que se secasen evitando de esta forma que se pudriesen.

Aun de noche, seguir el rastro de espuma en la mar que los peces levantaban luchando por el alimento fue un juego de niños. Al amanecer, una vela blanca anunciaba que su objetivo estaba a tiro de cañón.

Cuando los moros se dieron cuenta que eran perseguidos, izaron todo el trapo que pudieron. Fadrique observó como el jabeque se encabritaba y aumentaba sensiblemente su velocidad. Lo tenía al alcance de la mano pero podía escapar. Le gustaba esa barca y su última intención era hundirla, pensó que sería una buena pareja para su bergantín. Los dos juntos podían hacer grandes cosas.

-¡ Preparad el cañón de proa ¡ - Ordenó a la tripulación mientras aconsejaba a los soldados se ocultasen en la bodega para no dificultar las operaciones y hacer creer a los piratas, si no los veían, que tenían posibilidades de ganar si iban al abordaje.

No quería dañar el jabeque. Ordenó que el disparo fuese alto y cayese justo delante de su proa para que le sirviese de advertencia.

No era malo su artillero o tal vez tuvo mala suerte, pero lo cierto es que al primer disparo segó el palo del trinquete por debajo de la cruceta, cayendo, junto con sus aparejos, con gran estruendo en cubierta. La acción causó un par de muertos y el desconcierto de la tripulación que se afanó, cuando se repusieron al cabo de un largo minuto, en cortar cabos y lanzar todo el despojo al mar.

Fadrique maldijo en un primer momento al artillero, pero pronto reconoció que era precisamente lo que necesitaba. Si lo hubiese ordenado seguro que ni en cien disparos habría logrado su objetivo. El mal era mínimo y fácilmente reparable y lo que era mejor tenía el jabeque moro a su merced. Cuando finalmente pudo alcanzarlo, se puso en paralelo amenazándolo con sus dos cañones de babor.

El capital pirata no hizo nada para defenderse. Sabía que en un combate singular a cañonazos tenía todas las de perder, pues sus culebrinas poco podían hacer frente a los gruesos cañones cristianos. Si observó, sin embargo, que la tripulación del bergantín apenas superaba los veinte hombres mientras él disponía de más de treinta y estaba convencido que en un combate mano a mano nadie era capaz de vencerles.

-¡Virad a estribor ¡ ¡ Zafarrancho de combate ¡ ¡ Vamos a por ellos, hermanos ¡.

Cuando estuvo cerca ordenó lanzar los gavilanes. Cuando estos se engancharon en la borda del bergantín los piratas tiraron de las cuerdas denodadamente tratando de acercarlo. El capitán, como siempre, iba a ser el primero en saltar. Llevaba una cimitarra en su mano derecha, una pistola en la izquierda y una hermosa daga en la boca y que sustituiría por la pistola apenas hiciese su único disparo. No llegó a saltar. Quedo petrificado cuando comenzó a ver salir a los soldados del tercio de la sentina. Había contado seis cuando una bala perdida le destrozó el corazón.

Los moros se rindieron inmediatamente, pero rápidamente reanudaron la lucha cuando vieron que los cristianos no daban cuartel. Fadrique no tenía una galera que precisara de galeotes y sabía que por esa chusma no iba a obtener ningún rescate. Así que optó por darles una muerte digna, permitiéndoles luchar antes que lanzarlos vivos por la borda para que sirviesen como pasto a los tiburones o colgarlos de los pies en lo más alto del palo mayor hasta que muriesen de sed. En definitiva, la que hubiese preferido él de ser el perdedor.

Los dos último sarracenos, acorralados y desesperados, se arrojaron al mar en un intento de salvarse nadando a ninguna parte. Un soldado lanzó una tabla al mar, a la que se asieron desesperadamente los dos náufragos, mas con la intención de prolongar su agonía que de salvar sus vidas.

Cuando los muertos y algún que otro herido fueron arrojados a la mar, al olor de la sangre, acudieron multitud de tiburones con intención de darse un festín. Los vivos chapoteaban frenéticamente tratando de alejarse del maremágnun. Apenas se habían alejado unas doscientas brazas cuando desaparecieron. La tabla continuó navegando, tal vez rumbo a Argel.

Gracias a esta acción Fadrique alcanzo el marquesado. Por lo menos oficialmente, porque según dicen malas lenguas tuvo que untar muchos bolsillos y una muy buena cantidad de doblones de oro gastó para poder darse el gustazo. Para entonces ya era propietario de la mayor parte del término municipal de Yocla, que por otra parte no era muy extenso asfixiado por los populosos pueblos vecinos. Lo poco que quedaba lo consiguió empleando malas artes, granjeándose la antipatía, por no decir el odio de sus vecinos. Paso de ser un líder a convertirse en un cacique.

CAPITULO IV

Yocla

Yocla era un pueblo especial, estaba dividido en dos partes. El Poble de Dalt o Poble Vell estaba construido sobre una colina en forma de cono, en cuya cúspide, había una iglesia fortaleza de impresionante aspecto y visible desde cualquier lugar. Desde su puerta partía una calle, con casas a ambos lados, que se desarrollaba lentamente dando vueltas a la colina como si fuera la línea de sutura de un caracol partiendo desde el ápice. Al final de la calle habían dos casas torres guardianas de un foso que protegía la única entrada al pueblo y que los lugareños llamaban la boca. Había otras torres a lo largo de la calle que recordaban a sus habitantes el lugar en donde había estado la boca antaño, semejaban las varices de un caracol, que en este, cumplen la misma función.

Las paredes de la casa, que habían dado o daban al exterior servían de muralla y en su base superaban el metro y medio de anchura. Más arriba algún solitario ventanuco y muchas arpilleras recordaban su vieja misión. Cada casa tenía su “amagatall” que no era más que un zulo perfectamente disimulado en donde se escondían los objetos de valor e incluso a veces hasta sus habitantes en caso de apuro, dejando el resto de pertenencias como cebo para el saqueo y salvando lo máspreciado. Se decía que estos zulos habían estado interconectados, como las neuronas del cerebro, llegando hasta la iglesia. Posteriormente estas conexiones se cegaron, más que por motivos de seguridad, porque ya no eran necesarios y los zulos quedaron únicamente para esconder los alijos del contrabando ante una previsible inspección de los carabineros. Si por casualidad algún día se descubría la entrada de un “amagatall”, esta se cegaba, y se abría una nueva por el otro extremo de la casa y en el lugar más inverosímil, de modo que siempre fuese secreta y conocida únicamente por sus propietarios y que nunca hacían participes a sus vecinos por mucha confianza que existiese.

El único problema que tenían los del pueblo era el ataque periódico de los piratas moriscos. A veces pasaban años de uno a otro como si los moros quisieran permitir la recuperación económica del pueblo y de esa forma obtener otro excelente botín., pero de todas formas no se podía bajar la guardia en ningún momento porque el moro siempre acechaba.

Los métodos de defensa variaban según las circunstancias. Si eran pocos los asaltantes y los del pueblo estaban al completo, defendían la “boca”; por el contrario si los piratas eran numerosos y faltaba gente en el pueblo porque los hombres estuviesen faenando, se refugiaban todos en la iglesia. En ambos casos, los vecinos sabían que el asedio sería breve. Los piratas iban a saquear y no a perder la vida en un asalto, tal vez factible, pero siempre peligroso y con un alto coste en vidas. El tiempo tampoco jugaba a su favor, pues podían ser sorprendidos por algunas de las patrullas de soldados que seguían por tierra las naves sospechosas y que casi siempre llegaban tarde precisamente por la rapidez con la que los piratas cometían sus tropelías o lo que todavía era peor, que una fragata les sorprendiera en la bahía cerrándoles la salida al mar.

En el primer caso desistían rápidamente y se dirigían a otra población con la esperanza de encontrar desprevenidos a sus habitantes. En el segundo caso saqueaban los pocos objetos de valor que por cualquier circunstancia no estaban escondidos en el zulo, e igualmente con la misma rapidez que habían llegado se marchaban.

Con el tiempo estos ataques se hicieron más escasos y a finales del siglo XVIII cesaron casi por completo.

Los tiempos ya no son lo que eran y hasta España que había estado guerreando con el turco durante la friolera de doscientos sesenta y nueve años, sin pedir ni dar cuartel, cada vez que dos naves de ambos países se encontraban, resulta que a España se le ocurre firmar, en 1782, un tratado de cooperación y comercio con Turquía y que en teoría incluía a sus posesiones en Argel y Túnez.

Estos últimos no se conformaron, entre otras cosas porque no iban a liquidar, así como así, un negocio que les había ido tan bien durante siglos. Pero ya sin el apoyo ni la ayuda del turco una

expedición a sus costas de Juan Mazarreo y Antonio Barceló, este último mallorquín y terror de los piratas, les recordaron el acuerdo y exigieron su cumplimiento a bombazos. En 1785, Argel y Túnez acataron la paz.

Pero una cosa es lo que se firma en los documentos y otra cosa lo que opina el pueblo llano y es que no solo de papeles vive el hombre.

En esos países el Dey carecía de autoridad y nadie era capaz de imponer el orden, entre 1798 y 1830, es decir la última etapa de la existencia de Argel antes de la ocupación militar francesa hubieron ocho deyes de los cuales seis fueron asesinados.

El poder central no pintaba nada y los gobernantes de algunos territorios, por no decir todos, se convertían en señores feudales, insubordinados y autosuficientes.

El curso continúa como una actividad más, aunque se note a la larga que está en franca decadencia. Los buenos capitanes ya no quieren salir a la mar y buscan ocupaciones menos arriesgadas. La iniciativa privada desaparece y son las autoridades las que se hacen cargo de la industria en un claro ejemplo de las actuales nacionalizaciones. Las tripulaciones de los corsarios están incompletas, y muchos de los embarcados lo han sido presionados por los bastonazos de los esbirros. Con estas condiciones es fácil verificar la autenticidad de una historia que, aunque muchos pueblos de la costa alicantina la tienen como propia, nosotros atribuimos a Yocla.

Un día los vecinos dels Poblets se vieron sorprendidos por la entrada, en la bahía, de una nave corsaria con bandera argelina. Las pocas barcas que faenaban lejos de la costa se escurrieron por la punta de levante buscando refugio en Altea, las otras, las que estaban más cerca de la orilla, pusieron proa a la playa y una vez varadas en la arena se encaminaron hacia la boca, advirtiendo a los despistados que por allí campaban, y voceando el peligro.

De la nave, que por cierto no se dio ninguna prisa en perseguir a nadie, desembarcaron catorce hombres de los cuales cuatro se destacaron llevando como única arma un palo que enarbolaba una bandera blanca. Los restantes, aparentemente también desarmados, paseaban ociosos alrededor de la barca esperando órdenes.

Si sorprendidos estaban los vecinos, mas lo estuvieron cuando el que portaba la enseña de paz les contó su triste historia.

El que les hablaba era turco y se llamaba Armadán y, según dijo, su segundo era Arraes que había quedado provisionalmente a cargo de la goleta que estaba tripulada por cuarenta y cuatro hombres contando los presente. Habían salido hacia treinta días de Argel, de corso, sin haber hecho presa alguna, unos días antes habían sufrido un pequeño temporal y por falta de lastre habían estado a punto de irse a pique. Tenían una necesidad urgente de hacer aguada y coger lastre para poder regresar desde este punto al de partida en África. Solicitaban les permitieran a sus hombres coger algunas piedras para lastrar la nave y el favor de que les llenasen algunas pipas de agua, pues no veían fuente por los alrededores y no querían adentrarse tierra adentro para no levantar susceptibilidades ni tener encuentros embarazosos.

Aceptó encantado el alcalde que hasta ese momento, y todavía no las tenía todas consigo, esperaba lo peor. Mientras los corsarios cargaban las piedras y los del pueblo llenaban de agua las seis pipas que los piratas les habían proporcionado, el alcalde invito a Ardamán, pensando que se negaría, a entrar por “la boca” y compartir en su casa una pinta de cerveza fresca. Este con la mayor naturalidad aceptó, porque era moro pero no abstemio.

Nadie sabe de que hablaron y se supone que nada importante, lo cierto es que cuando llego la hora se despidieron efusivamente y junto con lo solicitado el alcalde añadió dos sacos de dacs, pensando que si ellos la llamaban “Blat de moro” seria porque a estos les gustaba y aunque comida no habían pedido, tal vez por no abusar, no debían de ir sobrados de ella.

Armadán deposito sobre la mesa tres doblones españoles de oro, de los de a ocho, y le dijo:

“Estas monedas no os la entrego como pago por los servicios prestados, sino como muestra de agradecimiento por vuestra caballerosidad”.

Que la historia es verdadera lo demuestra que los tres doblones existen. “Como no pertenecían a nadie, sino al pueblo y el pueblo somos todos”, dijo el alcalde en un momento de embriaguez, como consecuencia de las pintas de cervezas y alguna que otra copa de absenta que se había echado al colete, porque de haber estado lucido seguro las hubiese guardado en su faja según opinión unánime de los vecinos. Decidieron finalmente estos, guardarlas en un lugar seguro para coserlas posteriormente en el pendón, cuando el pueblo tuviese un emblema.

Tan bien guardadas están, o quizás el alcalde se arrepintió pasado los efectos de la birra, que nadie, hasta ahora, ha sido capaz de encontrarlas.

Lo cierto es que desde entonces el pueblo no volvió a sufrir ningún asalto de piratas. Bueno... excepto otro que nadie sabe si fue de verdad o de mentira, pero es otra historia que contaremos más adelante.

Gracias a ese periodo de tranquilidad, salpicado solo por la guerra con el francés a principios del siglo XIX, los de Yocla comenzaron a construir el Poble Nou o de Baix. Fueron los pescadores los que lo iniciaron, comenzaron por construir unos chamizos en donde guardar sus artes de pesca que hasta entonces dejaban abandonada en la playa con la seguridad de que nadie los tocaría. Poco a poco añadían un espacio para comer, después otro para en los días de calor poder dormir refrescándose con la brisa del mar y al final resultaba una vivienda más acogedora que la que tenían en el Poblé Vell y allí se quedaron.

Siguiendo una ley no impresa pero que todos respetaron, cada uno ocupó siete metros de fachada y de fondo lo que necesitase.

Las casas, adosadas unas a otras, formaron con el tiempo una línea curva parecida a una media luna que distaba, desde todos sus puntos, aproximadamente unos cincuenta metros de la orilla del mar en la marea más alta y aprovechando un escalón que separaba la arena de la playa de tierra firme y dejando apenas cuatro o cinco metros de lo que hoy llamaríamos paseo marítimo.

Con el tiempo los antiguos y frágiles chamizos que se desplomaban al primer temporal, fueron sustituidos por recias casas de madera e incluso alguna que otra de adobe.

Los montes que protegían la bahía por ambos lados estaban cubiertos de pinos y en la playa cuatro palmeras que formaban un cuadrado casi perfecto era la única sombra que se podía conseguir. Las palmeras habían brotado espontáneamente. Una vieja leyenda aseguraba que la semilla la había depositado un pirata y marcaban el punto en donde había enterrado un valioso tesoro. Esta opción hacía tiempo que había sido desechada, pero aun así generación tras generación se empeñaban en sacar al sol las raíces de las viejas palmeras intentando encontrar lo que nunca hubo u otros aprovecharon antes. Algunos decían que las palmeras solo servían para identificar desde el mar, entre las innumerables calas que albergaba la costa, la que contenía el tesoro y luego un mapa identificaba el lugar exacto. Lo cierto era que no había constancia de que alguien lo hubiese encontrado y cuando un vecino construía una casa, al cavar para hacerse un “amagatall” siempre tenían la esperanza de encontrarlo. Sin embargo los más espabilados y escépticos aprovechaban los agujeros hechos por los codiciosos y construían su casa encima de uno de los muchos agujeros que salpicaban las tierras vecinas ahorrándose ese pesado trámite.

Yocla, desde el mar, parecía el escenario de un teatro con un decorado inigualable. En el centro del foro se elevaba la colina que albergaba el Poble Vell y que vista desde allí no era tan impresionante. A su alrededor una multitud de banales ocupaban la totalidad de la ladera que lentamente ascendía hasta la montaña situada en el fondo y que en innumerables ocasiones quedaba oculta por las nubes cuando soplaba el levante.

Los agricultores habían imitado a los pescadores y una multitud de puntos blancos delataban las casitas de los labradores que habían abandonado el pueblo, para acercar sus lejanas tierras al hogar.

CAPITULO V

Introducción

Era una hermosa mañana de primavera a pesar de que el cielo estaba un poco nublado y el sol no calentaba lo suficiente. Nelo salió a correr por la playa como solía hacer todos los domingos. Iba de un extremo a otro de la cala, yendo sobre la arena y volviendo por el paseo marítimo. Cada vuelta significaba recorrer unos cuatro kilómetros y por lo menos un par de ellas trataba de hacer cada día que salía.

Su trabajo no era físico, aunque en realidad apenas trabajaba, ayudaba aquí y allá para cubrir las apariencias ya que los ingresos los obtenía exclusivamente por el contrabando. Un buen trabajo cada mes, seguido de una buena distribución eran suficientes para alcanzar un alto nivel de vida e incluso ahorrar unas monedas que le permitiesen superar una mala racha o prevenir una vejez que todavía se le antojaba muy lejana.

Cuando dio la primera vuelta vio que el inglés que había conocido unos días antes en el casino, estaba ahora entre las palmeras de la playa recostado sobre una de ellas. Mostraba una actitud impasible, indiferente a todo lo que le rodeaba que por cierto no era mucho a esas horas de la mañana. Fumaba su pipa o tal vez solo la mantenía apagada entre sus labios porque no emitía ni una pizca de humo a su alrededor. Su mirada estaba perdida en el infinito del mar, como si estuviese a la espera de un barco que le llevase a un lejano puerto o tal vez rememorase sus pasadas aventuras por los siete mares.

Cuando pasó a su lado por segunda vez, su aptitud y posición del cuerpo eran los mismos que anteriormente, como si solo hubiese transcurrido un segundo desde la última vez, cuando en realidad había pasado más de media hora. Intento dar una vuelta más y cuando corría por la playa a la altura de donde él estaba, se detuvo, y caminando lentamente recorrió los escasos cincuenta metros que les separaban.

-¡Hola inglés! ¿Con qué estas soñando?

-¡Hola Nelo!- Le contestó cambiando ligeramente su posición y posando en él la mirada.

Nelo, todavía jaleando, se derrumbó mas que se dejó caer a su lado.

-¡Vaya! Sabes mi nombre.

-Soy observador y el otro día oí como te llamaban.

-Pues yo todavía no se tu nombre.

-George. George Lee

-¿Cómo?

-En español: Jorge Lee

-¡Jordili....! me gusta.

George sonrió al oír su nombre en valenciano.

-Me agrada como suena, puedes llamarme así, si lo prefieres.

-¿Y que es de tu vida? Desde el día que llegasteis no te había vuelto a ver. ¿Piensas quedarte?

-Posiblemente.....aunque uno, nunca sabe.

-¿No te espera nadie en algún lejano lugar?

-De momento no. Pero el dinero no va a durarme siempre y trabajo aquí no parece que haya mucho. Cada uno parece trabajar por su cuenta y nadie tiene empleados.

-El Marques sí que tiene empleados, pero si quieres un consejo mejor que no hagas tratos con él. Con los restantes, eso es cierto. Pero por eso no te preocupes, aquí no hace falta dinero para comer, ni para dormir y solo se necesitan, tal vez, para los vicios.... pero quizás ni para eso. Ahora si el que quiere invitar eres tú....

-No querrás que me convierta en un gorrón.... y en cuanto a lo otro no lo veo tan sencillo.

-Tú no te preocupes que yo te enseñaré a sobrevivir en este bendito pueblo.

Dentro de poco podrás comprobar que no es tan difícil.

Se levantó sacudiéndose la arena depositada en sus pantalones y ofreció la mano a Jordilí para que hiciera otro tanto.

-Ahora de momento nos vamos a almorzar al casino, que de tanto correr se me ha abierto el apetito.

-¿Almorzar? ¿Tan pronto? Yo suelo almorzar alrededor de la una y esta mañana ya he desayunado

-Y yo también. ¡No te jode! Me he tomado un pote de leche, mojando unas madalenas que me hizo ayer mi esposa Marieta y que estaban para chuparse los dedos. Ahora toca almorzar, a las dos comeremos, a las cinco merendaremos y cuando se ponga el sol cenaremos

-Y después nos vamos de copas por ahí. – añadió el inglés de cachondeo.

-Tú lo has dicho. Y si hace falta, como mañana no tenemos necesidad de madrugar, nos vamos de juerga y después a cumplir con la parienta que también tiene derecho a disfrutar en esta vida.

-¿Seis comidas? Yo solo tomo tres.

-Ese es tu problema y yo no voy a meterme con tus costumbres. Pero en realidad solo son cinco comidas, porque en la última el único apetito que sacias es el sexual, que por cierto también es necesario, tanto para el alma como para el cuerpo. Ahora, como te he dicho antes, vamos al Casino para almorzar. Que cuando estés conmigo vas a hacer cinco comidas al día como hacen todos los buenos cristianos.

Recorrieron en silencio y con cuatro pasos la escasa distancia que les separaba del Casino. Se sentaron en una mesa de las muchas que había vacías a esas horas. Nelo llamó a Antonio, el dueño, y mientras se acercaba le dijo a Jordilí.

-Ahora no suele haber mucha gente, se anima más después de comer para las partidas de cartas y sobre todo por las noches. El inglés asintió con la cabeza como si ya lo supiese, mientras veía como Tonet se acercaba.

-¿Qué va a ser?

-Tráenos un plato de butifarras y longanizas asadas, una buena hogaza de pan, aguasal y un porrón de vino negro.

-¿Para los dos?

-Claro que para los dos.

Tonet indeciso y a pesar del silencio del inglés que no se había opuesto a la demanda de Nelo, le hizo una seña para que le siguiese mientras se alejaba.

-Ese tío solo come huevos fritos, por lo menos tres o cuatro, y una cosa que él llama beicon y que no es más que panceta entreverá.

-Tú no te preocupes y sirve lo que te he pedido, que ya va siendo hora de que cambie sus costumbres. Nelo aprovechó la ocasión para ir al servicio que no era otra cosa que un corral que había en el patio situado en la parte posterior del Casino, que por tratarse de un servicio público le habían concedido que tuviese catorce metros de fachada en vez de los siete permitidos, por allí campaban a sus anchas dos cerdos y docena y media de gallinas que apenas se alborotaron al entrar él por lo acostumbradas que estaban a ver invadido sus dominios. Intentó ensuciarse de mierda lo menos posible las suelas de las alpargatas y orinó sobre el lomo de uno de los cerdos, que agradeció el baño quedándose quieto, despojándolo, en parte, de la suciedad que albergaba. Cuando regresó ya estaba Tonet dejando las viandas sobre la mesa.

-No te quejaras, Tonet. Te he dejado el marrano bien limpio.

El dueño se alejó sin dignarse contestar y con un gesto de desdén en la cara.

-¿Esto qué es?

-Llonganises y butifarres, “bocato di cardinale”, ya me lo dirás cuando las pruebes. Esto es aguasal: olivas, rotas y enteras, pepinillos, alcaparras y pimiento, debidamente sazonados con agua, sal y vinagre y finas hierbas que son el secreto de la casa, y esto – señalando al porrón- supongo que sabrás que es vino.

-¿Y los vasos?

-No hace falta, mira....- Nelo le hizo una demostración de cómo beber. Alejó el porrón de la boca estirando el brazo lo más que pudo y lo mantuvo, tragando el vino, durante unos segundos que al inglés se le hicieron interminables. Luego de un golpe seco cortó el chorro sin que se derramase ni una sola gota del preciado líquido y terminó chasqueando la boca de satisfacción.

-¡ Che que bo! - exclamó

Animó a Jordilí a que lo imitase. Este en un principio se negó, pero ante su insistencia los intentó consiguiendo únicamente regarse la cara y mancharse la camisa del rico elemento.

-De momento será mejor que mames, porque si no vas a vaciar el porrón sin probarlo.

-¿Mamar?

-Si hombre. Como hacías con el pecho de tu madre cuando eras pequeñito. Mira, así.- Nelo le hizo una demostración, Jordilí, sin poder reprimir un gesto de asco, lo imitó -Venga no te hagas el estrecho ahora, que seguro que habrás fumado la pipa de la paz con más de un indio.

Durante el almuerzo comieron más que hablaron. El inglés probó las cosas con tiento. El embutido le gusto como era natural, y con la agusal solo le puso algún reparo a las alcaparras. En una ocasión se puso accidentalmente un ajo en la boca que escupió inmediatamente.

-Eso no se come - le reprochó Nelo - solo está para darle sabor a las otras cosas; pero si quieres un consejo más vale que vayas acostumbrándote a comerlos. El olor te puede resultar desagradable si tú no lo tomas, pero si tú también lo haces ni te enteras. Me lo agradecerás cuando beses a una mujer.

Salieron para estirar las piernas y dar una vuelta por los alrededores del Poble Vell. Siguieron una senda que conducía a una casa y por el camino encontraron una higuera repleta de higos a punto de caramelo.

-Como te decía en la playa aquí se puede comer sin necesidad de gastar dinero. Primer ejemplo, aquí tienes una higuera cargada de frutos, por cierto de la "gota la mel" los mejores que hay, si el labrador no está presente puedes coger uno o dos, no mas, sin pedir permiso. En el caso hipotético de que te sorprendiera, no te dirá nada, y tú, para romper el hielo solo tienes que felicitarle por la calidad de sus higos. Si como en este caso está presente el propietario, que es el señor que está cavando en ese bancal de arriba, tienes que actuar así.

-¿Qué fa tío Quico?

-Ja veus, cavan el bancal.

-Ben carregat que té la figuera enguany.

-No puc queixar-me.

-¿Podem tastarlos?

-Vostres son

-Gracies seño Quico

-A tú, y a la compañía.

Cogieron un par de higos cada uno y siguieron su camino.

-Eso está bien- respondió Jordilí - pero a ti te conocen y a mí no. No me trataran igual.

-Eso es cierto, pero apenas te conozcan un poco te trataran como si hubieras sido uno de los suyos toda la vida.

-Para eso tiene que pasar mucho tiempo.

-Será hoy mismo y te conocerá todo el pueblo.

-¿Cómo?

-Eso será a las doce. Ya lo veras.

Cuando pasaron por al lado de la casita a la que conducía la senda, vieron una especie de tablero construido con cañas, que soportaba una infinidad de tomates, partidos por su mitad, tostándose al sol. La puerta estaba abierta y Nelo grito en su interior.

-¡Tía María; - A los pocos instantes salió una señora secándose las manos con el delantal –Me habéis cogido “ascurant”- fue su saludo acompañado por una sonrisa en los labios-

-Buenos días tenga usted... ¿Puede darnos un vaso de agua? Creo que el paseo se nos ha hecho un poco largo...y con este calor.

-No faltaría más, pero no lo preferís de vino.

-Se agradece pero de eso ya estamos arreglados.

-Pues ahí tenéis el botijo- dijo señalándolo –

Estaba colgado al lado de la puerta, aprovechado la corriente de aire que trascurría por el interior de la casa para refrescar el agua. Bebieron un largo trago, el inglés casi mamando aunque a la señora no parecía importarle.

-Qué buena esta. Esos renysos de masero ya están casi buenos – aseguró más que preguntó Nelo.

-Hoy pienso probarlos.

-A mí también me gustaría, hace un siglo que no los cato.

-Si queréis quedarse a comer....

-Hoy no puedo, tenemos invitados – señaló con la cabeza al inglés.-

-Entonces os prepararé una cestita que ya recogeré en tu casa cuando baje a por el pescado.

-Moltes gracies.

En ese instante las campanas de la iglesia sonaron. Era el primer toque anunciando la misa dominical.

-La media. –sentenció Nelo – vamos si queremos llegar a tiempo para escuchar la santa misa.

-Madre de Dios santísima, que tarde se nos ha hecho.- respondió la tía María.

Puso una docena de trozos de tomate en una cesta, se la entregó a Nelo y entró rápidamente en su casa en busca de la mantilla sin siquiera despedirse.

Nelo y Jordilí regresaron al pueblo cargados con la cesta que, durante el camino, todavía tuvieron ocasión de adornarla con un puñado de almendras. Estaban a media cuesta de la única calle del Poble de Dalt, cuando sonaron por segunda vez las campanas de la iglesia.

-Vamos bien, son menos cuarto. –Indicó Nelo, aflojando el paso –

El inglés, jadeante a su lado, agradeció la pequeña ralentización de la marcha.

-Pero de verdad vamos a misa.

-¡Claro! Si quieres conocer a todo el pueblo tiene que ser allí.

-Esta cuesta va a matarme – añadió el inglés secándose el sudor de su frente con un pañuelo que clamaba a gritos un buen lavado.

-Si fuéramos a refugiarnos a la iglesia, como nuestros antecesores, porque los moros habían logrado pasar la boca, en vez de ir a oír misa, aun correrías más. Así que no te quejes.

Llegaron a la iglesia, que ya estaba casi llena, cinco minutos antes del comienzo de la misa. Nelo a empujones y abriéndose paso como pudo logró introducir a Jordilí en la sacristía en donde estaba Don Camilo dando los ultimo toques a su vestimenta ayudado por dos monaguillos. El inglés se sorprendió de la gran cantidad de cuadros, figuras y libros que llenaban aquel espacio de una pequeña iglesia de pueblo y trataba de imaginar lo que podría encontrarse en una gran catedral

Los monaguillos tras la entrada de los visitantes dejaron tranquilo al cura y se entretuvieron cambiando de sitio y volviendo a colocar en su lugar de origen los mil y un artilugios necesarios para celebrar la misa.

Don Camilo sorprendido por la imprevista visita, mostró la mano para que la besaran los recién llegados, con fruición el español y con cierta aprensión el inglés.

-A que debo tan honor – dijo el cura mientras se secaba el dorso de la mano con sus ropas, pues el extranjero parecía haberla babeado un tanto.

-El nuevo feligrés que me acompaña va a convivir con nosotros y quiere ser presentado a los demás fieles.

-Parece extranjero.

-Lo es. De la pérfida Albión, para mas señas, pero parece arrepentido de sus orígenes y además ahora no estamos en guerra con el inglés... que ya es raro.

-Cierto, e incluso nos ayudaron a expulsar al gabacho no hace mucho.- añadió Don Camilo.-

-Pero la mayor parte la tuvimos que solventar nosotros solo.

El inglés miraba a uno y otro sin dar crédito a lo que estaba escuchando, hasta que finalmente el cura se digno dirigirse a él.

-¿Deseas entrar en nuestra congregación?

-Así lo espero Santo Padre.

-No me hagas la pelota que todavía no he llegado al pontificado para merecer tal titulo.

Jordilí se ruborizó, reconociendo haber metido la pata.

-¿Te has confesado para comulgar hoy...?

El inglés no supo que decir y Nelo salió al quite.

-Don Camilo, como usted bien sabe los ingleses son cristianos, pero no de comunión diaria....

-¿Cómo te llamas?

-George Lee.

-Pero nosotros le llamamos Jordilí – intervino Nelo –

-Mejor así, es más fácil.

El toque de las terceras campanadas anunciando el inminente inicio de la misa, interrumpió la conversación.

-Me doy por enterado, podéis ocupar vuestro sitio en la iglesia, hijos míos.- Les señaló el camino de salida, mientras que, haciendo palmas, apremiaba a los dos monaguillos que parecían haber despertado de un mal sueño y buscaban desesperadamente los útiles que debían portar en sus manos durante la solemne entrada en la iglesia y que no encontraban por ninguna parte.

La misa transcurrió sin más incidencias. Jordilí vigilaba escrupulosamente los movimientos de los restantes participantes y se levantaba cuando todos se levantaban, se arrodillaba cuando todos se arrodillaban y se sentaban cuando todos se sentaban. Pronto se dio cuenta que eran las mujeres las que llevaban la voz cantante y se anticipaban en todos los movimientos, mientras que los hombres, una fracción de segundo más tarde, trataban de imitarlas, eso indiscutiblemente facilitó su labor.

Tampoco tuvo ningún problema con los rezos, salmos y letanías que tenía que contestar al oficiante, pues, como otros muchos, se limitaba a mover los labios emitiendo un susurro y dejando la parte sonora para los más enterados.

En un momento determinado Don Camilo abandonó el altar y con gran parsimonia se dirigió a los escalones que conducían al púlpito.

Desde allí arriba su figura se agrandaba y con una simple mirada dominaba a todos los presentes, que como hipnotizados, tenían fija su mirada en él.

Con voz dulce comenzó su sermón.

-Queridísimos hermanos, hoy quiero presentaros a un nuevo feligrés que desde lejanas y tenebrosas tierras ha decidido acercarse a nuestro querido pueblo que es un remanso de paz y tranquilidad y que solo podemos comparar con el paraíso. Espero se integre entre nosotros, contraiga santo matrimonio y procreé los hijos que Dios tenga a bien concederle, para disfrute suyo y de esta Santa Madre Iglesia. Su nombre es algo raro y tal vez os costaría meses aprenderlo si es que alguna vez lo lográis, por lo que hemos decidido abreviarlo y adaptarlo a nuestra querida lengua. Su nombre es Jordilí y es ese....

Le señalo con el dedo y el inglés notó como si miles de puñaladas se clavarán en sus carnes.

-Así es que dejémonos de presentaciones y vamos al sermón de este domingo que es el que verdaderamente os interesa, porque a la una tengo que estar en el casino cumpliendo con otras obligaciones y no hay tiempo que perder.

Hablaba en voz baja, con un hilo de voz apenas perceptible. De pronto quedó pensativo, la vena de la sien se hinchó repentinamente como si estuviese a punto de estallar y su voz resonó como un trueno en toda la iglesia.

-!!!Arrepentíos pecadores;!!!. !!!Así no se obtiene la salvación;!!! Creéis que basta la confesión para redimir vuestros pecados....- Negó con la cabeza – Es preciso además el arrepentimiento.... y vosotros pecáis, pecáis, pecáis.... como si tal cosa. Yo se que algunas de vosotras habéis fornicado.... – Don Camilo fijó su mirada en todas y cada una de las mujeres presentes, que intuitivamente bajaron la cabeza. - y no precisamente con vuestros maridos.- Alzando la vista al techo y señalando una pintura que representaba una mujer, supuestamente María Magdalena- Ella pecó, pero también se arrepintió. Pero aquí no se arrepiente nadie.- Su dedo se dirigió hacia los feligreses y todos se apartaron ligeramente como si esperasen que un rayo divino partiese de él e impactara sobre sus pechos.- Mas de una de vosotras ha confesado este pecado más de cuatro veces, que es una barbaridad si tenéis en cuenta que Pedro solo negó a Jesús tres veces y ese estigma lo persiguió, y todavía lo hace, toda su vida, y ahí estáis tan campantes repitiendo el pecado, que eso ya es vicio, e implorando el perdón de Dios.- Algunos hombres ya comenzaban a sonreír y lanzarse miradas de complicidad. Eso es lo que parecía estar esperando Don Camilo- Y vosotros – cesaron las sonrisas.- sois todavía más miserables, porque como los señoritos no confiesan nunca sus pecados se creen que son inocentes, y si Pitágoras no miente y yo sé que nunca lo ha hecho, - se persignó antes de pronunciar la siguiente palabra- !! la fornicación ;; es cosa de dos y uno de cada sexo.....Bueno no precisamente...- Ahí si clavó su mirada directamente en Carlitos, el maricón, que se levantó sin ningún reparo y repartió sonrisas entre los presentes – Pero generalmente cada pecadora está acompañada de un pecador, y a mí las cuentas no me salen, porque los maromos no soléis confesar esos pecados, salvo en el casino y cuando estáis borrachos con los amigotes. Por cierto –cambió de tema por otro que le interesaba más – últimamente se están pasando muchos alijos de contrabando y vuestros bolsillos deben de estar repletos, sin embargo el cepillo de la parroquia languidece lleno de telarañas como siempre y ni siquiera la más mísera moneda encuentra alojamiento en su interior. Espero que algunos, que yo me sé, descarguen su conciencia a la par que sus bolsillos porque en caso contrario los carabineros serán iluminados por una llamada divina que les informará de ciertas cosas..., y el que avisa no es traidor. Y ahora como siempre quiero haceros reflexionar.... Mirad hijos míos, si por desgracia Dios permitiera, y ruego todos los días para que no lo permita, que tuvierais la mala suerte de que los moros os capturasen, no flaqueéis en la fe de nuestro señor Jesucristo !que las mazmorras no os asusten; primero la muerte que renegar; pues más vale ser mártir en el cielo, que vivir y después condenarse. ¡Primero la muerte que renegar, os vuelvo a decir.;

Don Camilo bajó presuroso del pulpito limpiándose con un pañuelo el sudor que durante el sermón perlaba su frente y ahora le caía por la cara a chorros, abrevió la misa lo que pudo, repartió la comunión aprisa y corriendo, pronunció el “ite misa est” antes de hora y salió como alma que lleva el diablo hacia la sacristía para cambiarse dejando perplejos a los fieles... más bien a las “fieras” que juraban y perjuraban para sus adentros que algo faltaba de la misa, aunque no sabían exactamente qué.

Nelo y Jordilí, acompañados de Marieta que había subido de buena mañana a la iglesia para ayudar en los preparativos junto con otras mujeres, bajaban la cuesta del Poble Vell y fueron adelantados por Don Camilo que montado en una burra cabalgaba presuroso hacia el Casino, aunque no ignoraba que la partida no iba a comenzar sin él.

Cuando llegó, se sentó en la mesa ya ocupada por los otros tres jugadores que con toda seguridad habían hecho pala a la misa y mataban el tiempo jugando a la brisca. Sin siquiera recriminarles su falta de fe y dirigiéndose al que manipulaba las cartas le dijo

- Da aprisa, que estamos perdiendo pasadas.

CAPITULO VI

La cabaña

Después de cenar volvieron al Casino. Jordilí conoció a más gente, tomaron mas copas y una hora más tarde al inglés no se le aguantaban los parpados ni con mondadientes.

-Nelo me voy...

-¿Dónde vas tú?

-A buscar un sitio en donde dormir.

-¡Ni hablar! Tú esta noche duermes en mi casa y mañana ya buscaremos donde alojarte.

-Ya has quedado muy bien conmigo. No quiero molestar más.

-Tú no molestas. – Dirigiéndose al resto de contertulios que no mostraban ningún interés en retirarse tan temprano - ¡Señores! A Sant Joan bacores, verdes o maures, segures. ¡ Adeu!.

Cuando llegaron a la casa de Nelo, hicieron más ruido que dos elefantes en unacacharrería.

-Tú puedes dormir aquí.- le indicó a su acompañante

Nelo le mostró una habitación que estaba justo al lado de la suya y sin mediar más palabras se retiró a su cuarto.

Jordilí se quitó los pantalones y los zapatos y se dejó caer sobre la cama esperando que el sueño, que seguro que no tardaría en llegar, le venciera.

Escuchó el ruido que producía Nelo al desnudarse como si estuviese en la misma habitación. Después comenzó a recitar una poesía o tal vez era una oración y prestó atención.

En este llit em vaig gitar
Set angels em vaig trobar ;
tres estan als peus,
quatre al capsal;
La Verge Maria al costat
em diu: "Fill,
dorm, repòsa
no tingues pòr
a ninguna mala còsa,
que si la mala còsa ve,
jo el despertaré."

Cuando terminó se echó violentamente sobre la cama o tal vez tropezó y cayó sobre ella, lo cierto es que levantó las protestas de Marieta.

-Nelo....redu, que manera de entrar en lo llit

-Ven hacia mi Marieta que tengo frío.

-En la calor que fa...

-Vine....

-Ya sabes que no me gusta que duermas en pelotas picadas, después te embalas y no hay quien te pare. Recuerda que has traído un invitado y no vamos a montar aquí el espectáculo.

-No seas tonta. Mariuetes

-Ni así. Tienes todos los días del año para hacer lo que quieras y solo se te ocurre cuando vienen los soldados o tenemos invitados.

-Solo me arrimo un poco.

-Nelo.... Cuidado que te conozco. ¡Ay! por ahí no....bruto, que mal me has hecho.

-Rectificar es de sabios. Eso lo arreglo yo en un periquete. Mira... ya esta.... Lo ves.

-Nelo...

-A que ahora no te he hecho daño, cariño....

-Neeelo...

Jordilí perdió la noción del tiempo y las palabras fueron sustituidas por el sonido de los besos, los suspiros y ahogados gritos de placer.

XXXXX
XXX
X

A la mañana siguiente una alegre copla cantada por Marieta le despertó. Se vistió rápidamente y salió de su cuarto dirigiéndose al fondo de la casa de donde partían las voces. Este era una amplia habitación que daba cobijo a la cocina y al comedor. Nelo estaba sentado junto a la mesa degustando un bollo que mojaba en un enorme bol de leche.

Marieta probablemente al oírlo levantarse, estaba preparando otro tazón con leche, que todavía humeaba, para él; pues el suyo estaba, a medio consumir, encima de la mesa.

Parecía radiante de felicidad. La sonrisa que dibujaba su boca, junto con el brillo de sus ojos así lo reflejaba.

Dejó el tazón de Jordilí sobre la mesa y apuró rápidamente y sin siquiera sentarse los restos del suyo.

-Voy un momento para comprar el pan. Enseguida vuelvo. . Salió airosa de la habitación dejando tras de sí una fragancia que aromatizó el ambiente.

-¿Cómo has dormido? – pregunto Nelo al quedarse solos.-

-Muy bien. Toda la noche de un tirón.

-Oíste algo anoche cuando te acostaste.

-Creo que estabas rezando, oí como repartías por la cama a la virgen y a siete angelitos.

-¿Y después...?

-Nada. Ignoro lo que hicisteis –mintió Jordilí – pero lo cierto es que algo debió molestarlos porque esta mañana me los he encontrado durmiendo en mi cama, parecían Blancanieves y los siete enanitos.

Los dos rieron con ganas.

-Adelanta y cómete esto - le dijo Nelo señalando la leche y los bollos- que hoy tenemos que buscarte alojamiento.

Jordilí cogió el bol de leche con muestras de desagrado.

-No sé si podré, tengo el estomago revuelto, creo que ayer comí demasiado. Estoy acostumbrado a tres comidas diarias y la mayoría de la veces solo puedo hacer una. ¡Y ayer cinco; mi pobre estomago no puede con esto.

-Bébetela leche para que empuje. Dentro de un rato lo cagas todo y te quedas como una rosa.

El inglés se llevó el bol a la boca y dio un pequeño sorbo a su contenido, lo suficiente para que su cuerpo dijese basta. Como si hubiese tragado un purgante sintió una imperiosa sensación de vomito y se llevó las manos a la boca. Nelo advirtiendo la comprometida situación de su amigo le señaló una puerta.

-Corre al patio, en el corral que está a la derecha puedes desahogarte.

Jordilí regresó al cabo de un par de minutos, pálido como una momia y se dejó caer pesadamente sobre la silla.

-Supongo que no querrás mas.... – Señalo Nelo la leche –

El inglés negó con la cabeza.

-Entonces yo me hago cargo de ella, aquí no se tira nada – respondió mientras sumergía otro bollo en el bol.

-¿Tienes algo para recoger lo que he tirado.....?

-Tú no te preocupes que de eso se encarga el servicio.

-¿Tienes criados?

-Aquí no nos privamos de nada.

Jordilí respiró tranquilo pues nunca hubiera sabido como meterle mano al asunto. En el barco todo se arreglaba con unos cuantos baldes de agua y todo se iba por la borda, pero aquí....

-Lo he vomitado todo – reconoció – las butifarras y longanizas del almuerzo, la paella del mediodía y todo el aperitivo que comimos con ella, el panfigol de postre y a pesar de que mastique muy bien las almendras, pues resulta que me han salido enteras; esa coca de harina de dacsá con

aceite, unos trocitos de melva y la anchoíta por encima que vosotros llamáis “minjo”, que estaba tan buena y nos comimos para merendar; los pescaditos que nos hicimos para cenar, acompañados por la dacsá frita y els rinyons de masero que nos dio la Tía María y que es lo que más susto me ha dado, pues confundidos con el vómito parecía sangre. Todo ello bien regado por buen vino de todos los colores y el aguardiente que tomábamos cada vez que íbamos al casino y fuimos más que al urinario. Supongo que se me habrán olvidado más cosas de las que tomamos, pero yo ya he perdido la cuenta. Pues bien, todo eso que estaba en mi estomago ahora lo tienes en el gallinero.

Nelo, que había escuchado pacientemente toda la explicación dada por su amigo, después de meditar un instante y como si fuera un médico, sentenció.

-Tú lo que tienes es un “enfit.”

-¿Un qué...?

-Un empacho. Vamos a casa de la Tía Pura la Manana para que te lo rompa.

-No sería mejor ir al médico.

-Aquí el único médico que tenemos es el barbero; pero para asuntos como este te aseguro que la Tía Pura es mejor.

Salieron de la casa de Nelo y cuando llegaron a la altura del Casino, que estaba justo a su lado, Jordilí se llevó la mano a la barriga y buscó con la mirada un lugar en donde poder dejar lo que se avecinaba.

-Creo que tengo ganas de.....

-¡Claro! cómo has desalojado ahora tienes hambre

-No. Lo que quiero es desalojar más, ahora por debajo.

-Por aquí no hay “casalots”.... pero el corral del Casino te servirá. Ve mientras yo pido unas copas.

Pocas casas tenían en els Poblets un lugar, que por lo común no suele nombrarse, para evacuar ciertas necesidades. En el Poble Nou, con casas más espaciosas, el corral cumplía este cometido. En el Poble Vell els casalots lo sustituía. Eran unos pequeños habitáculos adosados a las casas con puerta a la calle y aireados por un pequeño ventanuco situados en lo alto para ahuyentar a los mirones. En su interior el piso era de arena y junto a la pared había colocadas grandes piedras de dos en dos para situar los pies mientras estrujabas el vientre y no ensuciarlos con sustancias indeseables.

Nelo acompañó a Jordilí hasta la misma puerta del corral y regresó al salón, se sentó junto a una mesa y comenzó a degustar una absenta, la primera del día, que previamente había retirado de la barra.

Al cabo de algunos minutos regresó el inglés más pálido que antes, que ya es decir.

-¿A que no sabes que me ha pasado?

-Si no me lo cuentas.

-Cuando me he agachado para hacer lo que tú sabes, todas las gallinas del corral me han rodeado como si quisieran darme la bienvenida y cuando me he levantado.... la eso, que la he hecho en gran cantidad, ¡había desaparecido por completo!

-¡Claro! - contesto Nelo con la mayor naturalidad - ¿Quién crees que habrán limpiado la vomitera tuya de esta mañana? Yo todavía tengo que añadir algo de grano para alimentar a las gallinas, porque con lo que hacemos Marieta y yo no es suficiente; pero Tonet, con la clientela que tiene, las cría en la mitad de tiempo que yo. Y no veas que huevos le ponen.

El inglés, que solo había comido huevos con bacón los primeros días que había estado en els Poblets, tuvo la sensación de una arcada y estuvo a punto de volver al corral para tirar los restos. Se contuvo, pues allí ya no había nada más que desalojar y se prometió no volver a probar los huevos ni a comer carne de gallina mientras estuviese en ese dichoso pueblo.

La Tía Pura vivía en el Poble Vell aproximadamente a mitad de la cuesta que conducía a la iglesia, cuando llegaron, a pesar de que estaba preparando la comida de ese día, les atendió inmediatamente. Acostumbrada a que las visitas se debieran a un problema de salud no se anduvo con tapujos.

-¿Qué os pasa?

-Este.... que hace falta que le rompa el enfit.

-A vore.... acuéstate aquí. – Le mostró una especie de camastro – Bájate los pantalones pero no es preciso que me enseñes el pardal, de esos ya he visto suficiente en esta vida, con que me enseñes el ombligo es suficiente. A vore.... un poco más.... así. No te preocupes que no voy a violarte, aunque no será por falta de ganas.

La Tía Pura untó la yema de sus dedos con aceite de un cresól que tenía a mano y se puso a pastar (masajear) el vientre del inglés mientras recitaba secretamente unas oraciones que había aprendidos, muchos años atrás, precisamente el día de un Jueves Santo.

La curandera, que debía rondar los setenta años si no los había ya cumplido, masajeaba el bajo vientre introduciendo los dedos por debajo de los calzones.

-El enfit lo tiene aquí. – le decía a Nelo mientras insistía sobre un punto en concreto. Mientras el sexo del paciente, ya sea por efectos del masaje o por algún pensamiento oscuro, aumentaba sensiblemente su tamaño – No me digas que con sesenta y ocho años todavía levanto – recalcó esa palabra – sensaciones. Será mejor que lo dejemos y pasemos al pañuelo, porque si esto continua así no respondo.

La Tía Pura sacó de una cómoda un pañuelo mandadero, que empleaba la gente antiguamente para hacer un hatillo con la ropa y trasladarla colocándola sobre la cabeza, bien con la ayuda de una “capsana” o a pelo. Le dio al inglés un extremo del mismo para que se lo colocara en la boca del vientre cogiéndolo con dos dedos, el pulgar y el índice, después desde la barriga suya a la del paciente la operadora, repitiendo para si las oraciones anteriores, mide tres “ colsades”, o sea aplica el codo del brazo derecho a la punta del pañuelo y , lo mas estirado posible, lo sujeta con la punta de los dedos índice y corazón, coge ese punto con la mano izquierda y repite la operación dos veces más. El paciente se pone en la boca del estomago el punto exacto de la diagonal del pañuelo que han alcanzado las tres “ colsades” de la curandera y esta repite la operación, recitando las oraciones, y realizando las tres “ colsadas” si la medida es exacta como antes, que sería lo lógico, la persona está sana; pero si los dedos de la tercera medida, caen sobre el estomago o el pecho. Hasta ahí llega el empacho. A Jordilí le llegó casi a la altura de la garganta.

-Esta hasta la gola. –se limitó a decir la Tía Pura- mañana volver para ver cómo está- les dijo mientras se alejaba para continuar con sus ocupaciones.

-¿No tengo que darle algo? – preguntó Jordili

-Ella no puede pedirte nada, pero tú si puedes dejar una moneda olvidada sobre la mesa.

Mientras bajaban la larga cuesta que conducía a la playa, ambos amigos continuaron conversando.

-No comprendo como si había medido la distancia exacta con el pañuelo, luego esta se quedaba corta.

-Porque estas empachado.

-¿Cuándo sabré que estoy curado?

-Cada día repetirá la operación, si mejoras la mano caerá cada vez más abajo, indicándote el punto exacto hasta donde llega el empacho. Cuando llegue a la boca del estomago, es decir al mismo lugar en donde sujetas el pañuelo, estarás curado.

XXXXX
XXX
X

Cuando llegaron al Poble Nou pasaron por el Casino para almorzar. Nelo lo hizo abundantemente, como era su costumbre, y Jordilí, soportando estoicamente la repulsa que le producía la comida, se tuvo que conformar con un poco de pan tostado bien regado por abundante aceite de oliva virgen.

-Este aceite se puede beber solo de lo bueno que es.

-Si me tiene que servir como purgante, déjalo que ya he tenido bastante.

-Después, cuando terminemos, voy a mostrarte una casita que podrás aprovechar como vivienda.

-¿Está desocupada?

-Si. La verdad es que tiene un pequeño inconveniente que la hace inhabitable ciertos días...

-¿Qué pasa esos días?

-Salen fantasmas.

El inglés no pudo reprimir una carcajada.

-No hay otro lugar en este mundo que tenga más fantasmas que mi querida Inglaterra. Nunca me han dado miedo y espero que ahora tampoco.

Nelo embozó una media sonrisa.

-Bueno, te diré la verdad. Ciertos días, de vez en cuando, desembarcamos un alijo de contrabando, principalmente de tabaco, pero también otras cosas. No todo los fardos podemos trasladarlo esa misma noche a un lugar seguro, así es que cuando amanece necesitamos un buen escondrijo para ocultar el resto.

-Y ese escondrijo es la casita....

-Exactamente, pero no es solo eso. Tampoco queremos tener visitantes inoportunos, por lo que un par de días antes comienzan a aparecer fantasmas y la gente ya sabe que es mejor no pasar por estos andurriales y mucho menos por la noche.

-¿Y los carabineros? ¿También se asustan?

-No se asustan, pero en cierta ocasión tuvimos que alejarlos con petardos. Ellos no sabían exactamente si eran petardos o tiros y ante la duda mejor alejarse. De todas formas esos días los tenemos vigilados y sabemos por donde patrullan, son gente que viven por esta zona, tienen familia, y pocas ganas de meterse en líos. De vez en cuando perdemos un fardo que casualmente encuentran y se reparten ellos. Así es que aquí paz y allí gloria.

Dieron el último bocado a las viandas y después de tomar un café y una infusión, para contentar a ambos estómagos, se pusieron en marcha.

La casita estaba situada a unos quinientos metros de distancia de la última edificación del Poble Nou y estratégicamente construida en la hondonada que formaban dos dunas y que la hacían apenas visible desde los dos extremos de la playa. El único inconveniente era que el camino de herradura que trascurría paralelo a la costa, precisamente allí, se desviaba tierra adentro buscando los pueblos de la Nucia y Polop. Era muy frecuentado y el principal motivo de la necesaria existencia de los duendes.

Por allí andaban cuando fueron adelantados por un grupo de tres muchachos que portaban sendos capazos de esparto en sus manos y, corriendo como alma que lleva el diablo, les pasaron como una exhalación. Diez metros más adelante, el primero de la carrera, se detuvo bruscamente, se quitó el sombrero y mientras pronunciaba la palabra "salvi" cubría con él un montón de excremento que alguna caballeriza había dejado olvidada momentos antes. Mientras el que parecía vencedor de la lid, recogía tranquilamente el botín que previamente había tocado su sombrero, los que le acompañaban tenían que conformarse con alguna que otra aislada boñiga que había un poco más adelante.

-¿Qué hacen esos chicos?

-La siembra esta próxima y es preciso abonar los campos. En ocasiones el "fem" que hay en los establos no es suficiente y todo lo que se pueda recoger por los caminos, por poco que sea, es bien recibido. Los chicos se organizan en grupos y cuando a lo lejos divisan su objetivo, para evitar peleas,

el que primero llega toca con su sombrero el botín y pronuncia la palabra mágica “salvi” y nadie se lo disputa.

-El más rápido siempre tendrá ventaja.

-Al principio sí; pero nadie puede abandonar su capazo y el que gana, carga con más peso y eso le perjudica en la carrera siguiente. Al final de la jornada el reparto suele ser bastante equitativo.

La cabaña encantó a Jordilí. Era de madera recia con un techo, cubierto de una espesa capa de paja que lo hacía prácticamente impermeable, la distribución muy simple: una habitación que albergaba un viejo camastro y un amplio salón con un fogón y una pequeña hallar para calentar las frías noches de invierno que en esa zona no solían abundar, pero cuando caía una.... En el patio trasero había un pozo del que manaba una agua un poco salobre que no la hacía apta para el consumo, pero que era mejor que la del mar para darse un buen baño con jabón y limpiar los utensilios de cocina.

Nelo rebuscó en un armario y sacó un enorme saco.

-Esto vamos a llenarlo de algas secas y pronto se convertirá en un hermoso y blando colchón. Si sobre la marcha te hace falta algo mas, ya te lo conseguiremos entre todos. Las noches del miedo te vienes a mi casa y en paz.

-¿Para qué? Si estoy metido en el ajo, no tengo nada que temer.

-Pero no es bueno que la gente vea que toda la zona está llena de fantasma y tú durmiendo aquí tan tranquilo. Debes de ser el primero que salga despavorido del lugar y de paso te encargas de avisar a los vecinos de la mala nueva.

Ambos sonrieron en señal de complicidad y se dirigieron al extremo de la playa más cercano, en el que abundaban las algas secas, dispuestos a rellenar el colchón.

Por la noche cenó en casa de Nelo y Marieta y, en la sobremesa, esta le contó todas las andanzas de los duendes de la zona y las supersticiones que durante siglos atemorizaron a los habitantes de la comarca.

-En la casa de fora, la del Tío Pep, que es la que vas a ocupar tú, en ocasiones se ven luces que se apagan y se encienden y si alguien se acercara comprobaría que no hay nadie y no se oye ningún sonido.

-No estarás haciéndole miedo a Jordilí para que se quede aquí.

-Dios me libre. Yo solo digo lo que hay, luego cada palo que aguante su vela.

-No te preocupe. Si tú dices que se ven luces pero si vas no ves a nadie. No hay nada que temer, de momentos la luz no me da miedo, si acaso solo algo la oscuridad.

-Y en un barranco cercano – continuó Marieta -, de noche, saltaba una cabra blanca de una ribera a la otra a pesar de la enorme distancia que hay entre ambas. Si alguien se acerca, los saltos se hacen más rápidos y seguidos convirtiéndose en un puente de luz que súbitamente desaparece.

Nelo que disfrutaba oyendo contar a su esposa esas historias, la azuzaba continuamente dándole ideas para que siguiese contándolas.

-Recuerda las tres casas vacías que hay en el Poble Vell después de la segunda boca.

-Es verdad. En la de en medio se oía y aun se oye, si prestas atención en las noches silenciosas, un ruido de cadenas que se arrastran, los vecinos de las casas colindantes aparecían a la mañana siguiente amarillos de miedo. Intentaron vender sus casas, pero nadie quería comprarlas a pesar de lo barato que las ofrecían. Finalmente no tuvieron más remedio que abandonarlas y bajarse al Poble Nou.

-Y lo de la finestra de la casa del tío Colas.

-Es verdad. – Repetía Marieta cada vez que comenzaba una nueva historia mientras asentía con la cabeza, se aclaraba la garganta y aspiraba aire en sus pulmones como si quisiese liberar un oprimido corazón. - En el cristal de la ventana del tío Colas sudaba la imagen de la Virgen María, había que salir para ver al retor y sufragar una misa para salvar el alma de algún difunto de la familia,

que por alguna promesa no cumplida, estaba sufriendo en el purgatorio.

Mientras hablaba, Jordilí contemplaba el bello rostro de Marieta e imaginó que la virgen de quien hablaba debía tener su misma cara. Contaba las historias con gran naturalidad y como si ella misma las hubiese sufrido. Indiscutiblemente creía en lo que decía.

Para rematar la noche no se le ocurrió otra cosa a la dueña de la casa que volver a contar otra historia que involucraba a la cabaña que él mismo iba a habitar a partir de ese día.

-Esa casa ya tenía duende porque una luz se encendía y apagaba cada noche como ya he mencionado antes. Una pareja de recién casados que no podía atender los pagos del alquiler de su casa, aceptaron mudarse porque su dueño se la cedió gratuitamente, para ver si rompían el encantamiento, y porque las tierras que trabajaba el marido estaban cerca. Nada ocurrió hasta que una noche el marido tuvo que salir a regar y la esposa no le pudo acompañar al encontrarse indispuesta debido a su avanzado estado de buena esperanza. La despertaron unos pasos en la habitación y completamente encogida se ocultó debajo de la sabana, mientras rezaba todas las oraciones que sabía. El intruso comenzó a golpear la cama, mientras que la mujer repetía....

Señor mío Jesucristo
Padre de mi corazón,
Yo confesse els meus pecats
A vos, que sabeu quants son;
Daume penitencia en vida
Y en la mort resignació;
Y si's que'm muych esta nit,
Que'em valga de salvació.

El intruso golpeó de nuevo la cama e incluso se introdujo debajo para seguir golpeando con más fuerza y a cada golpe, hacía saltar el colchón y al alma perdida que se encontraba encima.

Este llit té quatre cantons
Es guardat per quatre varons;
Lluch, Juan, March y Mateú,
Els quatre evangelistas
De la mare de Deu.

Cuando llegó el esposo, la pobre mujer todavía estaba rezando, con todas las sabanas mojadas de las lágrimas que había derramado, Miró bajo la cama y se encontró con un cabrito exhausto, que tenía toda la testuz llena de sangre por los golpes que había dado a la cama intentando salir y que finalmente, casi desfallecido, allí estaba esperando que lo liberasen.

Los del pueblo dijeron que era el diablo reencarnado en un cabrito; mientras que el marido aseguraba, temiendo que el cura se lo requisase para aplicarle algún exorcismo, que era su cabrito, que lo había alimentado toda su vida y que había visto hasta como su madre lo paría.

Marieta terminó exhausta su relato y desistió contar ninguno mas, dando la velada por terminada. Jordilí resistió los ruegos de la pareja para que se quedase a dormir en su casa, pues no quería pasar otra noche de locas fantasías eróticas sin tener a nadie con quien desfogarse si no era con su ruda mano.

Cuando llegó a su nueva casa, recostado en su cama estuvo un buen rato intentando leer a la luz de un candil que debido a una incontrolada corriente de aire se apagaba continuamente a los escasos segundos de haberlo encendido. Cansado de tanto toma y daca, decidió poner sus maltrechos huesos en reposo y intentar pasar una buena noche.

No había todavía conciliado el sueño, cuando unos ruidos procedentes del exterior llamaron su atención. Unos cuchicheos ininteligibles le confirmaron que eran seres humanos, y no fantasmas,

quienes le acechaban. Deducción lógica si tenemos en cuenta que estos no hablaban y el único sonido que podían emitir era el chirriar de sus herrumbrosas cadenas.

Pensó que Nelo había tenido la humorada de convocar a sus amigos para darle un susto e inmediatamente intentó devolvérselo.

Se puso por montera la sabana que cubría su cama y encendió un candil que inmediatamente resguardó entre su pecho y la sabana para evitar que se apagara. Su aparición por la puerta no pudo ser más fantasmal, con la luz del candil reflejada bajo el lienzo que lo cubría desde la cabeza a los pies.

Unos mozalbetes que superaban con creces los quince años, habían visto, desde el pueblo, como se encendía y se apagaba reiteradamente una luz en la cabaña del Tío Pep. Habían acudido para verificar la vieja leyenda de fantasmas y ante la repentina aparición quedaron paralizados de miedo y estupor.

Debido al viento la llama del candil prendió en la sabana y rápidamente esta comenzó a incendiarse. El inglés, apurado, de un golpe se quitó el lienzo y para no quemarse lo lanzó a lo lejos y, sin quererlo, sobre los muchachos. Estos lanzaron un grito despavorido y huyeron a la mayor velocidad que les permitían sus piernas.

Por lo que contaron posteriormente se supo que habían visto a un fantasma que, convertido en una bola de fuego, los había atacado lanzándose sobre ellos. De Jordilí no dijeron nada, probablemente porque no llegaron a verlo, deslumbrados por el fuego y oculto por la oscuridad.

CAPITULO VII

La fiesta de las espigas de maíz

Nelo apareció ese día en casa de Jordilí con ropa de trabajo. Llevaba unos pantalones cortos, hasta las rodillas, que aquí los llamaban “camalets” o “saragüells”, con “fondelló” que era un refuerzo de los pantalones, al objeto de que la prenda que lo llevase fuese más amplia en ese sitio; está formado por cuatro piezas ajustadas por medio de costura, que forman una cruz. Las prendas que lo llevan no suelen romperse por ese lugar, y si lo hacen, facilita su reparación. El camalet estaba ajustado a la cintura por un cordón pasado por un doblez que se llamaba baina. La camisa era de la misma tela que el pantalón, toda ella blanca. Una faja de tela negra en la cintura, unas alpargatas de esparto atadas a las piernas con una cinta negra y un sombrero “calanyes” deformado por un excesivo uso completaban su atuendo.

Llevaba la camisa desabrochada y las mangas arremangadas, mostrando su potente musculatura y su piel tostada por el sol y que contrastaba con su blanca dentadura que siempre estaba mostrando en su amplia sonrisa. Pensó que Marieta debía de estar contenta de tener a ese ejemplar cada noche en su cama y porqué, Carlitos el Mariquita se ponía tan contento y no le quitaba el ojo de encima cuando lo tenía cerca.

-Ponte cómodo que hoy tenemos trabajo

-¿Dónde vamos?

-A casa de Jaime el Baina, hoy recoge la cosecha y le tenemos que ayudar.

Cuando llegaron al campo de maíz había, por lo menos, una veintena de personas, entre hombres y mujeres, recolectando las mazorcas.

Nelo le presentó a Jaime y este aprovechó para hacer un alto en el trabajo y mostrarle orgulloso su plantación. Estaba formado por una sucesión de hileras separadas unas de otras por unos setenta centímetros de distancia y las plantas de cada hilera por unos cuarenta centímetros.

Era el primer año que había iniciado este tipo de cultivo y su segunda cosecha de las llamadas tempranas. Con un poco de suerte aun esperaba realizar otra tardía.

En el margen del bancal situado en la parte superior, había una fuente cuyo caudal manaba regularmente con mayor o menos intensidad según la época del año. Esa agua se perdía por un pequeño barranco que había a la izquierda.

El año anterior había decidido construir una pequeña balsa, que desde entonces siempre estaba llena, para regar una huerta y desviar el sobrante hacia el campo de maíz si hiciese falta.

Jaime bebió un largo trago de un botijo que albergaba un agua fresquísima, a pesar del calor agobiante que Febo nos enviaba ese día y lo ofreció seguidamente a sus interlocutores. Recitaba como si estuviese dando una lección, uno por uno, los pasos que había tenido que dar para obtener tan excelentes resultados.

Durante el invierno había labrado el campo para quitar los restos de trigo que había sido el anterior cultivo, lo abonó con el estiércol del establo, compuesto por una mezcla de las deposiciones de los animales y las algas que allí utilizaban como cama para los mismos.

Estos elementos, aparte de fertilizar la tierra, la esponjaban, ya que por allí solía ser muy compacta. Si la operación de siembra no se hace aprovechando que el terreno está húmedo, hay que regarlo inmediatamente y a los diez o doce días posteriores otra vez.

Cuando la planta alcanza una altura de veinticinco o treinta centímetros de altura se hace el aclarado, que consiste en dejar una sola planta por golpe y se van eliminando las restantes. Después hay que regarlas si las hojas están algo arrugadas, clara demostración de falta de agua, hasta la recolección. Otro trabajo es el de “fer els espigons”, que consiste en romper el plumaje de la planta, cuando esta ya ha soltado el polen fecundador, con la intención de reducir la altura de la caña, que podría alcanzar los tres metros de altura, y evitar que el viento las derribase.

Después de esta lección magistral Jaime, por fin, se dio cuenta de que estaba perdiendo pasadas y lo más grave aún, haciéndoselas perder también a quienes habían venido para ayudarlo y raudamente se dirigió a la fila que había abandonado hacia ya un buen rato

-Vosotros empezar por allí. – Dijo señalando un lugar indeterminado del campo, mientras se alejaba.

Jordilí se dispuso a realizar una tarea que nunca había hecho antes. Cada mata tenía una sola mazorca, aunque en ocasiones tenía una segunda, esta última mucho más pequeña. Una vez arrancada depositaba los frutos en un capazo que cuando estaba lleno iba a vaciarlo a un carro estacionado en un camino situado en el mismo borde del campo.

En dos ocasiones se cruzó, y no pudo dejar de fijarse, en una muchacha que todavía no habría cumplido los veinte años. Lucía un vestido ceñido a la cintura, pero de faldas muy amplia y que junto con el sombrero de palma de ancha ala que portaba sobre su cabeza, apenas la dejaban transitar por los estrechos pasillos entre planta y planta. A pesar de tanta protección contra los rayos del sol, su rostro y hombros eran de un precioso color canela.

A medio día, cuando las campanas de la iglesia llamaron a Ángelus, después de la oración hicieron una parada para comer y todos se reunieron a la sombra de una higuera situada en uno de los márgenes del campo. María, que así se llamaba la muchacha que había llamado su atención se sentó frente al inglés y con mirada disimulada no le quitaba el ojo de encima en ningún momento. Jordilí hizo otro tanto, tranquilamente pudo observar cómo se quitaba el enorme sombrero y el pañuelo que cubría su cabeza, para pasar a peinarse con los dedos una larga melena que, al sentirse libre, cubrió sus hombros. Odió el traje que vestía por ocultar tanta belleza y fijó su mirada en sus pies y un trozo de pantorrilla que sobresalían entre los pliegues de su falda y pronosticaban unas largas y delgadas piernas

Ella hablaba con todos y con nadie en concreto. Con Jordilí no cruzó ninguna palabra pero sí muchas y furtivas miradas

En un momento determinado, no pudo reprimir su curiosidad y pregunto a Nelo que estaba a su lado ajeno a las inquietudes de su amigo.

-¿Quién es esa chica?

-La hermana de Jaime.

-¿Está casada?

-¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! Esto es algo más que curiosidad- Le contestó Nelo- Mira....Todas las chicas que están aquí son solteras, menos – señaló a dos mujeres de edad más avanzadas y que charlaban juntas ajenas a todos los demás- aquellas dos que son viudas. Las mujeres casadas no suelen trabajar en el campo.

El inglés suspiro de alivio.

-Pero si estas interesado con ella- continuó Nelo – más vale te apresures; pues tiene muchos moscones a su alrededor, aunque hasta ahora siempre se han retirado cuando la visitan.

-¿Qué quiere decir eso?

-Es una costumbre que existe entre nosotros, ya te lo contare con más calma cuando llegue el momento adecuado. Ahora disfruta de la comida.

Por la tarde se cruzó en dos ocasiones con María. No fueron casuales, sino forzadas por Jordilí que en ningún momento perdió de vista a la muchacha aun en la lejanía. Aprovechaba cuando volvía de descargar su capazo en el carro para ir él también para hacer otro tanto, aunque el suyo estuviese medio vacío, únicamente para tener ocasión de cruzarse en su camino e intercambiar una fugaz mirada.

Alrededor de las cinco de la tarde terminó la recolección y todos, detrás del carro como si fuese un entierro, se dirigieron a la casa de labor.

La dacsá era uno de los alimentos básicos para la población dels poblets. Se consumía de muy

diversas formas: cociéndola para la ensalada; guisada; frita como guarnición, tanto para la carne como para el pescado, y una vez seca para copos. También se podía moler bastante para hacer sémola y mas fina como harina.

Con la nueva cosecha en casa, la vieja dejaba de ser tierna y pasaba al secadero. Se iniciaba de esta forma la fiesta de la mazorca y esta comenzaba esa misma noche.

Los jóvenes solteros, hombres y mujeres, se sentaron alrededor de un enorme montón de mazorcas de maíz en una habitación que estaba habilitada como granero. Unos se sentaron sobre pequeños taburetes, otros sobre una manta doblada infinidad de veces y por último los que no tuvieron con qué, normalmente chicos que habían cedido previamente su asiento a las chicas, se pusieron en cuclillas y se sentaron sobre sus propios talones, en una posición y equilibrio que llamo poderosamente la atención de Jordilí. Posteriormente, en la tranquilidad de su casa, quiso imitar esa posición resultándole imposible aun por breves instantes. No comprendía como algunos aguantaron la postura todo el tiempo que duró la operación; y cuando se levantaban lo hacían dando un salto como la cosa más natural del mundo.

El ingles intentó sentarse al lado de María, pero ambos costados fueron copados al instante. Optó por hacerlo enfrente para tenerla ante sus ojos y no verse obligado a desviar la mirada para contemplarla, pero al sentarse el montón de maíz, como una maldición, la ocultaba. Tuvo que esperar a que el mismo se desmoronara lentamente al perder las unidades de su base para que lentamente aparecieran: sus cabellos, su frente, sus ojos, su nariz, su boca, su barbilla y finalmente su cara completa.

El trabajo de todos consistía en pelar las mazorcas y depositarlas en unos capazos que tenían detrás de ellos y periódicamente eran retirados a la cocina en donde los hombres casados, entre los que se encontraba Nelo, las trenzaban formando unos racimos que colgados de las vigas del techo se dejaban secar.

Cada grupo hablaba de sus cosas, mientras las mujeres casadas preparaban las viandas que posteriormente iban a consumir.

El grupo más animado era indiscutiblemente el de los jóvenes. Comenzaron proponiendo algunas adivinanzas.

-“Una còsa com un plat, que ròda tot el mercat; tich , tach, ya s´amagat.”

Los que conocían la respuesta evitaban decirla inmediatamente para darle más emoción al juego. Solo después de unas cuantas respuestas fallidas alguien decía.

-¡ La llunaj.

-“Un bancal molt ben llaurat, punta rella no li ha entrat”

-¡La teulada;

Contestó uno precipitadamente, siendo a continuación abucheado por su rápida respuesta.

-“Redò y no es poma, vert y no es jolivert, negre y no es pebre, groch y no es safrá, te corona y no es capellá”

Esta adivinanza es la que más le gustó a Jordilí por su poética definición. Debía de ser nueva para los jóvenes, pues nadie acertaba con la respuesta correcta. Finalmente no tuvieron más remedio que claudicar y el que la propuso tuvo que dar la respuesta.

-La figa de pala.

Rápidamente otro propuso una nueva adivinanza.

-“Una caseta plena de rabaçetes, que ni son verdes ni grogetes.”

-¡La boca;

Todos aplaudieron su acierto. Jordilí recibió las felicitaciones de los que estaban a su alrededor, pero en realidad no era consciente de que había acertado la adivinanza. Su contestación había sido intuitiva y ajena a la realidad que le rodeaba. Se había producido en el preciso momento en el que

el montón de mazorcas se desmoronaba un poco más y dejaba al descubierto, desde su perspectiva, la boca de María.

Alguien propuso cambiar el tema de la conversación, que no estaba ni mucho menos agotado, y pasar a contar historias y viejas leyendas que ya habían escuchado mil veces pero que nunca se cansaban de oírlas.

Sin embargo todos estaban más pendientes de que al pelar una de las mazorcas sus granos fueran de color rojo en vez de blancos.

Es como el nacimiento de un albino en una comunidad de humanos, un ejemplar raro que de vez en cuando se daba. Todos recordaban por haberlo conocido durante su infancia, no hacía de ello muchos años, al Tío Blanc. Tenía el pelo de un blanco puro y no se parecía en nada con otros viejos del lugar que tenían el cabello canoso. Estos les decían que siempre lo había tenido blanco incluso de pequeño cuando tenía la misma edad que ellos ahora.

La espiga roja no siempre salía y entonces estropeaba la fiesta. El montón de mazorcas se había reducido a su mitad, pero todavía tenían esperanzas.

Alguien propuso contar la historia del caballero Roldan que enfadado por la pérdida del amor de su adorada Angélica que lo dejó por el moro Medor, que para mas escarnio de Roldan era barbilampiño, de un tajo de su espada cortó un trozo del Puigcampana y después de un puntapié lo lanzó al mar formando la isleta que hoy hay delante de Benidorm.

Otro, la historia de Don Juan de la Panarra un vago local que gracia a sus asombrosas hazañas hubiese podido casarse con una princesa, a la que como siempre ocurrió salvó de las garras de un dragón y de algún que otro caballero malandrín sin oficio ni beneficio que la acosaba para vivir a su costa toda la vida, y prefirió cobrar una mísera cantidad que sin embargo le permitió vivir dignamente en su pueblo y continuar vagueando el resto de su vida.

Discutiendo estaban en cual historia y quien la iba a contar, cuando María propuso que fuera el inglés el que contara una historia que de seguro sería desconocida para todos.

La proposición fue aceptada por unanimidad y los ojos de los presente se centraron en Jordilí, que sorprendido, no esperaba tal petición. Un poco azorado rebuscó en su memoria buscando alguna aventura que hubiese vivido o historia que le contaran.

Recordó la que en cierta ocasión le contó Mister Colon, un apátrida que había nacido, vivido y probablemente muerto, porque su cuerpo nunca fue encontrado, encima de un barco. Él decía que su patria era la mar, que por cierto es la más grande que existe sobre este mundo y que por ello se sentía afortunado de no haber salido nunca de ella.

Ni cuando atracaba en un puerto bajaba al muelle, ni siquiera acatando órdenes, por ello más de un latigazo habían sufrido su espalda. Finalmente lo dejaron por imposible y permitieron su extravagante obsesión.

Jordilí, al que muy bien podríamos calificar como “cul de mal sosiego”, pues a diferencia de Mister Colon nunca había repetido travesía en el mismo barco, en una ocasión coincidió con él.

Este ya era viejo y más que un miembro de la tripulación era un parásito, uno más entre la multitud de ratas, cucarachas y pulgas que pululan en los barcos. El capitán y el resto de la tripulación lo soportaban simplemente por pura superstición. Se decía y no sin razón que ningún barco donde hubiese navegado Mister Colon había naufragado ni tenido problemas graves y eso era una garantía que ningún buen marino podía despreciar.

Se pasaba las noches bebiendo, los días durmiendo y comía menos que una rata. ¿Qué más se podía pedir?

El único inconveniente era que llevaba años, por no decir décadas, sin lavarse ni cambiar su andrajosa vestimenta por lo que sus efluvios corporales eran detectados por los restantes miembros de la tripulación cuando traspasaban la barrera de cinco metros alrededor de su persona. Eso por otra parte le daba la intimidación que él deseaba.

La bebida la sacaba de un depósito secreto que tenía el anterior capitán en un recóndito lugar de la bodega y que dejó casi intacto al morir repentinamente de una cirrosis galopante. Mister Colon, mantenedor del secreto en vida del capitán, fue después su heredero universal, por lo menos en lo que respecta a la bodega.

Una noche tropical, un calor sofocante y un incipiente catarro impidieron un día a Jordilí dormir, descansar e incluso respirar. Buscó alivio en cubierta y allí encontró al viejo marino mirando a las estrellas y con su inseparable botella de ron en la mano. Se acercó sin reparo, pues sus tapadas fosas nasales no se lo impidieron, y se sentó a su lado dispuesto a iniciar una conversación para hacer más corta la larga noche que se esperaba.

El viejo, al principio, se mostró sorprendido por la presencia de aquel joven, que no recordaba haber visto antes, y que no tenía ningún reparo en acercarse a su mustia y pestilente figura. Hablaron y hablaron hasta que el sol salió, la cubierta se llenó de tripulantes y George tuvo que incorporarse a sus ocupaciones. El viejo marino, trabajosamente y renqueante, se retiró a su aposento, algún oculto lugar de la bodega en donde probablemente murió, porque ya nunca más se le volvió a ver, ni siquiera oler.

Jordilí que había percibido en su mente, como flashes, estos recuerdos en apenas unos segundos, volvió a la realidad y ante la mirada expectante de todos los presentes fija en él, decidió contar la historia del viejo marino, pero convirtiéndose él en el protagonista.

“Era muy joven, tenía apenas quince años cuando embarqué, por primera vez, en un nave, que se dirigía a África oficialmente a cargar cacao y café, pero de un aspecto siniestro y de cuyas bodegas emanaba un desagradable olor a podredumbre, que no sabía definir, y que se hizo insoportable hasta que finalmente me acostumbré.

A las pocas semanas llegamos a un lugar que me dijeron se llamaba Costa de Marfil. Allí, en vez de las preciadas especias, recibimos a los pocos días un cargamento de seres humanos.

La nave que me había embarcado no era más que un barco negrero y a los pocos días de navegación, ese olor a podredumbre que ya casi se me había olvidado volvió a emanar de sus bodegas.

La carga la componían unos doscientos esclavos, de los cuales ciento cincuenta eran hombres y el resto mujeres. Malvivían en las bodegas, encadenados entre ellos en grupos de diez en diez, tanto por los pies como por las manos, de forma que les permitiesen caminar torpemente y alimentarse. A las mujeres se las sujetaba de la misma forma, pero de cinco en cinco, y ocupaban una celda aparte para que no estuviesen en contacto con los hombres y evitar que se apareasen.

El capitán las había comprado supuestamente vírgenes, pues estas alcanzaban una excelente cotización en los mercados de esclavos de América. Había prohibido a la tripulación el contacto carnal con ellas, bajo pena de treinta latigazos y la requisita total o parcial de la paga para resarcirse de las pérdidas.

Como bien dice el refrán dos tetas tiran más que dos carretas y el apetito sexual de los marineros, cuando llevan más de quince días de abstinencia y sobre todo cuando pueden verlas completamente desnudas, tocarlas e incluso olerlas, se vuelve incontrolable.

Una noche, cuando el capitán se encerró en su camarote para coger y dormir la borrachera diaria, cinco de esas desgraciadas fueron seleccionadas y sacadas de su encierro. Después de lavadas para quitarles la mierda que acumulaban en su cuerpo y amordazadas fueron pasadas por la piedra por casi toda la tripulación que no bajaba de los treinta hombres. Hasta los que estaban de guardia fueron relevados para que pudiesen participar en la orgía. Dicha participación era obligatoria para que todos fuesen y se sintiesen culpables y nadie se fuese de la lengua.

Esas mujeres recibieron desde entonces un trato especial, se les proporcionó una comida más apetecible que la bazofia que solían tomar todos los días, se las liberó de las cadenas y fueron recluidas en una celda exclusiva para ellas. Se les proporcionó unos sacos en donde pudieran dormir más cómodamente y una vasija en donde hacer sus necesidades para que no se ensuciaran como los

cerdos y tener que lavarlas todos los días.

Al día siguiente repitieron la operación, como yo no acudí no tardaron en venir a por mí. Querían cómplices más que potenciales chivatos y la única forma de conseguirlo era que todos participaran, por las buenas o por las malas, en la agresión.

Cuando me llevaron allí, estaban ya, completamente desnudos, los otros dos grumetes de la tripulación, que como yo el primer día se habían escaqueado. Obligaron a uno a tenderse sobre una joven que estaba atada por las muñecas a una argolla. El muchacho, probablemente porque era neófito en estas lides, no sabía por dónde meter mano, o lo que correspondía, al asunto. Los que actuaban de maestros de ceremonia separaron las piernas de la muchacha y le indicaron el sitio idóneo por donde debía introducir su miembro.

Aunque lo intentaba, su pene estaba tan flácido que resultaba imposible; para azuzarlo, creyendo que lo hacía aposta, alguien le atizó un correazo en pleno trasero que alcanzó también el muslo de la chica. Ambos chillaron de dolor y la joven, en un desesperado intento de desembarazarse del peso que la aprisionaba, lanzó un rodillazo al aire que alcanzó, menos mal que de refilón, las partes nobles del grumete. Esta vez su grito, si resonó en varias millas a la redonda del barco.

Afortunadamente para entonces el capitán ya estaba durmiendo su borrachera y no se hubiese enterado de nada incluso en el hipotético caso de que el barco se hubiese hundido.”

La historia se estaba poniendo tan interesante que nadie intentaba interrumpirlo, ni formular pregunta alguna. Los hombres se excitaban escuchando tales historias mientras que las muchachas se ruborizaban y hacían como que no prestaban ninguna atención, pero lo cierto es que no se perdían ningún detalle. Mientras que entre ellas intercambiaban alguna que otra mirada solapada de complicidad.

“De todas formas se dio la jornada por concluida, pues la gente ya estaba cansada y la conjura bien podía esperar otro día.

Sabiendo lo que me esperaba a la noche siguiente, pase toda la mañana intentando pedir consejo para salir lo más airosamente posible del trance. El único consejo que pude conseguir, y dado de mala gana fue: “Todo es natural, tu acércate que al final el pájaro siempre se mete en el nido.”

Por la noche me presenté voluntariamente antes de que fueran a por mí, como efectivamente después fueron a por los dos grumetes que no encontraron lugar seguro donde esconderse si no era en el fondo del mar.

Cuando por fin me toco el turno después de una insoportable espera que terminó con la poca libido que había podido almacenar, pedí la misma intimidad que habían gozado ellos, pero no me la permitieron. Mi arma no estaba a punto y querían verificar que el acto se consumara.

Me acerqué sin apenas mirarla a la cara, sentía vergüenza, por su cuerpo supe que no era la misma chica que se había resistido al otro grumete el día anterior. Cuando me eché sobre ella adoptó sumisamente la posición adecuada para facilitar el coito y cuando mi vientre se encontró con el suyo el calor que sentí hizo que un escalofrío o cosa parecida recorriese mi cuerpo, el miembro viril se hinchó como nunca lo había tenido entre mis manos y el pájaro encontró su nido.

El rufián finalmente nos dejó solo y pudimos completar el acto con la mayor intimidad. Digo pudimos porque estoy seguro que ella participó activamente. Al final, mientras unas lágrimas mías caían sobre sus pechos, note en mi vientre, unas rítmicas convulsiones de su cuerpo.

No me obligaron más veces a mantener relación con las esclavas pues el objetivo estaba cumplido y cuando menos competencia tuviesen, mejor para ellos. Sin embargo no me hubiese importado repetirla, sobre todo con la misma mujer, pues la experiencia fue maravillosa; pero no lo quería, por lo menos así.

Juré que no volvería a yacer con ninguna mujer, si no era libremente y por amor.

Los días continuaron monótonos en nuestro viaje hacia América que era nuestro destino. Por lo menos una vez a la semana y rotatoriamente salían los esclavos a cubierta, se limpiaban unos a otros

con baldes de agua de mar, daban un corto paseo por cubierta para estirar un poco las piernas y de nuevo vuelta al redil.

El día que salían las mujeres la concurrencia en cubierta era mayor y en los momentos que el capitán no estaba presente las frases obscenas estaban a la orden del día y aunque estas no comprendían nada, desde luego lo intuían.

Las primeras muertes comenzaron a producirse y el capitán ordeno una limpieza general de la bodega, por el peregrino método de inundarla y luego sacar la pestilente agua con ayuda de las bombas de achique que manejaban los mismos esclavos por turnos.

Los cadáveres, entre los que había algún que otro moribundo, eran arrojados al mar sin más miramiento, mientras que los tiburones, que parecían seguir al barco, hacían su agosto².

Un escalofrío de terror sacudió al grupo. Pero nadie osó abrir la boca y mucho menos interrumpir la disertación sin temor a ser linchado.

“Un veterano comentó que los escualos deberían estar decepcionados por el poco alimento que se le echaba. En otros viajes, en que las bodegas estaban abarrotadas y los esclavos comprimidos como las sardinas cuando se salaban y no tenían posibilidad de salir ni un solo día a cubierta, las bajas eran mucho mayores e incluso superiores al cincuenta por ciento.

Las juergas nocturnas fueron espaciándose e incluso tendieron a desaparecer. Solo algún loco desesperado se atrevía a meterse solo en la celda de las mujeres y violaba a la primera que le salía al paso.

América estaba cerca y llegó el momento de deshacerse de esas mujeres, para evitar que el capitán averiguase que habían sido violadas si las hacía examinar por una matrona. El método más usual era golpearlas en la nuca y sacar cada día a una mezclada con los muertos y arrojarla al mar. Sin embargo la cordura ganó y tal vez en recuerdo de los buenos momentos pasados, la mayoría decidió perdonarles la vida y a última hora rellenar con ellas los huecos de las realmente fallecidas.

Un mal día, casi al anochecer, una vela apareció en el horizonte. Llevaba bandera española y estaba claro que había iniciado una persecución. España e Inglaterra no estaban en esos momentos en guerra, cosa rara desde luego, pero el tráfico de esclavos estaba prohibido por ambas naciones y solo consentida, o por lo menos se hacía la vista gorda, si se hacía con naves de bandera propia.

Era una noche despejada, de luna llena, la visibilidad perfecta y era seguro que no podrían zafarse de la persecución y que al amanecer, a lo más tardar, les darían caza.

La única solución era deshacerse de la carga que los comprometía, arrojando por la borda, nunca mejor dicho, toda su inversión. Estaba entre eso o perder la cabeza.

La tarea no fue fácil. Los primeros esclavos subieron a cubierta como corderos y tirados al agua sin más problemas. Pero pronto los de abajo comenzaron a recelar, pues subían muchos y no regresaba ninguno. Nunca habían salido tantos juntos a cubierta y mucho menos de noche. Algún que otro grito de alerta que se escuchó terminó por caldear los ánimos. La matanza acabó con una orgía de sangre y fuego.

Amaneció con toda la tripulación exhausta y baldeando la cubierta para eliminar cualquier rastro de sangre, mientras los tiburones terminaban su trabajo en el mar.

Un cañonazo que rozó la popa, fue la señal inequívoca de que teníamos que detenernos. Yo por mi edad no había intervenido en la matanza, pero si en la limpieza del barco. El capitán ordenó que nos deshiciésemos de las ropas ensangrentadas que portábamos y las sustituyéramos por otras limpias para que los del barco perseguidor no sospechasen nada.

El barco español era una fragata de sesenta y cuatro cañones y tripulado por unos trescientos hombres, contando a la marinería y gente de guerra. Cualquier resistencia habría sido inútil y los ingleses rezaban para que sus captores no encontrasen nada que les inculpara.

El olor nauseabundo que despedía la goleta hizo que más de uno de los que la abordaron vomitase nada más poner pie en ella. El olor podría ser una certeza de culpabilidad para los españoles pero

nunca una prueba. El capitán inglés que por primera vez parecía estar sobrio, aseguraba que el olor se debía a una partida de quinientos cerdos que llevaban a Jamaica y que habían cogido una enfermedad que los había matado a todos fulminantemente. Ayer, precisamente, habían tirado a la mar los cien últimos que les quedaban. Posteriormente habían inundado la sentina para limpiarla y todavía no habían tenido tiempo de baldear el agua. El olor se debía a que el movimiento del barco removía el agua pestilente.

Nadie parecía dispuesto a verificar la historia y el teniente que los había abordado dudaba entre seguir las investigaciones, dar el asunto por zanjado y huir lo antes posible de esa pocilga que olía a diablos. Mientras tanto un alférez algo debió sospechar, tal vez por la asustada mirada de algunos de los miembros de la tripulación de la goleta, y se adentro disimuladamente, acompañado de dos hombres, en el seno del barco.

No le fue difícil localizar la jaula en donde estaban presas las cinco esclavas que habían sido usadas como prostitutas. Durante el trajín de aquella noche nadie había reparado en aquellas mujeres que se encontraban casi escondidas en una celda aparte. El oficial no daba crédito a sus ojos al descubrir aquellas jóvenes, completamente desnudas, hacinadas en un rincón de la celda. No sabría decir si para protegerse del frío o para ocultar sus vergüenzas.

Fue fácil liberarlas, pues la llave de su prisión se encontraba colgada en una cercana pared, a disposición de quien quisiera abusar de ellas.

Al capitán de la goleta se le cayó el mundo encima cuando las vio aparecer en cubierta. La ley del mar era clara y no precisa de juicios y otras zarandajas, una hora después todos los miembros de la tripulación, excepto los tres grumetes y el cocinero de origen chino y con pinta de ser otro esclavo más, colgaban por el cuello de la cruceta de los mástiles, balanceándose al son que marcaba el viento.

Ni que decir tiene que uno de los tres grumetes que se salvaron era yo, pero no por eso corrimos mejor suerte, pues tres días después fuimos abandonados, únicamente con lo que llevábamos puesto, en una isla desierta.

Era una isla pequeña, después supimos que estaba ubicada en la zona central del archipiélago de las Bahamas, pero al principio creímos que estaba en el mismo centro del océano Atlántico.

Para los barcos grandes era de difícil acceso. Salvo en la bahía norte en donde era posible anclar, el resto resultaba inaccesible. Para colmo, ésta estaba protegida por un arrecife de coral que hacía peligrosa su entrada y solo lo intentaban los que la conocían perfectamente y tenían alguna necesidad perentoria. Es decir, casi nadie.

Como he dicho antes la isla era pequeña, pero demasiado grande para nuestras torpes piernas de marineros acostumbrados a moverse por apenas un par de centenares de metros cuadrados.

No nos dejaron ni un mísero cántaro de agua para beber y almacenar posteriormente el agua que pudiésemos encontrar, o un cuchillo para cazar. Estábamos convencidos que nuestra muerte sería más cruel que la que habían sufrido nuestros compañeros de aventuras. Con la exigua ventaja de que nosotros todavía estábamos vivos, no sabíamos por cuanto tiempo, y ellos se encontraban en el estomago de algún tiburón o todavía amojamándose en la cruceta del palo de mesana.

Nuestra prioridad era descubrir agua para saciar una sed que segundo a segundo se hacía insoportable. Intentamos localizar alguna fuente, riachuelo e incluso alguna charca en donde pudiéramos refrescar nuestra lengua, sin resultado positivo. Marchamos hacia el interior de la isla, en donde suponíamos que tendríamos más oportunidades de encontrarla y al cabo de dos horas de intensa marcha localizamos una laguna que por desgracia era de agua salobre. Lo supimos cuando Jack y el Chino pegaron dos largos tragos sin tomar ninguna precaución y las consecuencias, a la larga, fueron funestas para ellos. Comenzaba a oscurecer y buscamos por los alrededores el preciado líquido, ahora mas desesperadamente, sin resultado positivo. Después de una noche de pesadillas, en la que apenas pudimos conciliar el sueño, al despertarnos encontramos al chino a la orilla del lago, inconsciente y babeando una espesa espuma blanca por la boca. Murió sin que lográramos

reanimarlo. Jack se atrevió a subir por una delgada y altísima palmera en cuya cúspide se balanceaban algunos cocos y todos sabíamos que esos frutos contienen en su interior una apreciable cantidad de agua o algo que se le parece. A pesar de la sed que lo había debilitado, ascendió fácilmente por el tronco como si fuera un simio. Cuando logró coger un coco este se desprendió fácilmente. Jack, que esperaba una mayor resistencia, perdió el equilibrio y cayó del árbol como un pesado bulto, con el fruto todavía en sus manos, rompiéndose el cuello.

Cuando comprobamos que estaba muerto, Samuel, el único compañero que me quedaba, le arrebató el coco de las manos y comenzó a golpearlo frenéticamente contra una roca para alcanzar su preciado líquido, sin darse cuenta que por una estrecha rendija que se había producido al primer golpe lo iba perdiendo lentamente. Cuando finalmente logro romper su cáscara, no quedaba ni una gota de agua en su interior. Se lamió las manos frenéticamente para sorber las pequeñas partículas de líquido que estaban adheridas, y súbitamente cayó en un llanto desesperado.

Estoy seguro que su cuerpo perdió mas líquido por las lagrimas que derramó, que las que había sorbido momentos antes del fruto.

Por la tarde llovió torrencialmente. Con la boca abierta mirando hacia el cielo logramos capturar algunas gotas que resultaron insuficientes. Nos quitamos la camisa que una vez empapada la escurriamos directamente al interior de nuestra boca. Hasta tres veces repetimos esa operación, pero tan rápida como había llegado la lluvia desapareció.

Como no teníamos donde depositar el agua e ignorábamos cuando volvería a llover. Nos dedicamos a lamer todas las gotas que se escurrían por las hojas. En una planta, me di cuenta que la disposición de las hojas hacia que el agua en vez de caer al suelo se deslizaba a su interior y en su fondo había un depósito que la almacenaba. Tome buena nota del descubrimiento y espere, cuando sintiese de nuevo las punzadas de la sed, encontrar allí el agua que necesitara.

El hambre la saciamos momentáneamente con la pulpa del coco que nos había proporcionado Jack a cambio de su vida y que no nos habíamos atrevido a comer antes de tener el agua garantizada.

Por primera vez dormimos plácidamente una noche en la isla, soñando que nunca habíamos tenido que trabajar tanto para conseguir tan poco.

La isla estaba llena de lagartos gigantes que no huían ante nuestra presencia. Juzgamos que podrían ser peligrosos y no osamos atacarlos a pesar del hambre que ya comenzaba a corroer nuestras entrañas.

Abandonamos a los muertos escondidos dentro de unos zarzales, en un vano intento de preservarlos del ataque posibles alimañas ya que carecíamos de medios para enterrarlos, y nos dirigimos a la costa en donde esperábamos encontrar comida más fácilmente aprovechando la fuente de alimentos que es el mar. En nuestro camino de regreso pude comprobar que la planta que almacenaba el agua era bastante abundante, todas las que miré tenían el depósito lleno y se extendían casi hasta la costa.

Una vez en la playa nos dedicamos a coger caracoles de las rocas. Había también lapas, pero sin cuchillo era imposible arrancarlas. En ello estábamos, con el agua casi hasta las rodillas, cuando algo toco mi pierna. Se trataba de un pez de buen tamaño, y a pesar del salto que di al asustarme, él no hizo lo propio y permanecía allí, quieto y moviendo solo su cola ligeramente contemplando mis pies. Me agache y metí la dos manos bajo el agua esperando que entonces si huyera. No lo hizo y se mantuvo quieto como si esperase que lo cogiera. Lo hicimos sin ningún esfuerzo, no solo ese sino otro de la misma especie. Les bautizamos con el nombre de pez bobo.

Resultó bastante sabroso crudo y mejor podría estar si lográsemos asarlos. Conseguir fuego fue una pesadilla. Lo intentamos frotando palitos hasta la extenuación, procedimiento que habíamos escuchado en multitud de ocasiones decir a los viejos marinos que podía hacerse en caso de apuro, sin resultado positivo. Supusimos que las varillas empleados no estaban lo suficientemente secas y las pusimos al sol. Lo intentamos de nuevo un día más tarde y nada. Las pusimos de nuevo al sol y

al poco rato volvió a llover. Bueno por una parte, tuvimos de nuevo agua fresca; malo por otra, los palitos se volvieron a mojar.

Samuel recordó que el chino fumaba y siempre llevaba en su bolsillo un par de piedras de pedernal y una mecha. Le había visto usarlo en multitud de ocasiones y estaba convencido que sabría obtener fuego con la ayuda de esos instrumentos. Desde luego más fácil que con los palitos seguro que era.

Volvieron inmediatamente al lugar donde murieron, rogando que ninguna alimaña hubiese arrastrado y escondido su cadáver en un lugar distinto.

Después de varias horas de intensa marcha, llegaron al zarzal. Dimos un suspiro de alivio cuando comprobamos que estaban en la misma posición en que los habíamos dejado.

Por un momento tuvimos la impresión de que estaban vivos, pues sus cuerpos parecían moverse. Cuando nos acercamos más cerca comprendimos la razón. Millones de insectos habían invadido su cuerpo. Los ojos habían desaparecido y por sus fosas, tanto oculares como nasales, así como por la boca, una corriente de extraños bichos, que no habíamos visto nunca en nuestra corta vida, transitaban guardando un cierto orden. Entraban más que salían. La ropa seguía moviéndose con un ritmo irregular, con toda seguridad producido por los insectos que debajo de la misma campaban a sus anchas. Por suerte por encima de la misma no había ninguno y yo, haciendo de tripas corazón, introduje dos dedos dentro del bolsillo del pantalón, intentando palpar su contenido.

Un pañuelo sucio y una navaja, eso sí pequeña, fue mi botín. En el otro bolsillo estaban las piedras de pedernal y la mecha. Samuel, mientras tanto, hacia lo mismo que yo en los bolsillos de Jack, pero estaban tan vacíos como los nuestros.”

Hasta entonces la narración de Jordilí había sido seguida con un respetuoso silencio. A excepción de algún que otro comentario sin importancia y del rubor que cubrió el rostro de las damas mientras relataba la escena de la violación. Pero en ese momento fue interrumpida por un grito jubiloso de todos los presentes, al que pronto se unieron los hombres que estaban trenzando las espigas y las mujeres que estaban cocinando.

¡María había deshojado una panocha que en su interior albergaba una espiga roja!

Apenas quedaban una docena en el montón y hasta el melón que solía esconderse en su interior había quedado al descubierto. Era costumbre esconder ese fruto entre las espigas para que fuese comido por los participantes después de la cena.

Las panochas restantes nadie se molestó en pelarlas y quedaron abandonadas, junto con el melón, en el centro de la sala.

El ritual iba a comenzar. Si quien encontraba la espiga roja era un hombre tenía que besar a todas las mujeres y si por el contrario era una mujer “estaba obligada” a besar a todos los hombres. Nadie había especulado todavía qué pasaría si el descubridor de la espiga roja fuese Pedrito el Mariquita. Se suponía que este era capaz de besar a todo el mundo, pero para tal caso, gracias a Dios nunca había ocurrido, no se tenía nada previsto.

El beso lo tenía que dar la afortunada, con las manos en la espalda y sosteniendo con ambas manos la preciada espiga.

La mujer, se suponía, siempre era más remilgada a dar un beso. Por ese motivo las normas, no escritas pero que se aceptaban explícitamente al formar parte del “rogle”, indicaban claramente que estaba obligada a besar a todos.

Nunca había habido ningún problema en ese aspecto, ni se esperaba que lo hubiese. Pero hay muchas formas de besar y los observadores y posibles pretendientes de una dama, podían sacar muchas conclusiones.

Estaba el simple beso en la mejilla, más o menos cerca de la boca; el que era correspondido furtivamente por el mozo; el largo, que duraba más de lo conveniente y por último, si era seco o húmedo, es decir si se daba con la comisura de los labios, ocultando estos dentro de la boca o los que se daban con esta entreabierta.

Los impacientes formaron inmediatamente una fila delante de María ansiosos por recibir su premio. Luego visitó las distintas dependencias de la casa besando a los despistados, generalmente gente mayor, y ahuyentando a los repetidores que querían pescar en las aguas revueltas. Jordilí no se movió de su sitio. Ansiaba besarla, pero por otra parte no quería hacerlo precipitadamente. Deseaba saborearlo, con calma, sin prisas.

Finalmente María se acercó a él, sonriente y con el rostro lleno de felicidad. El inglés se levantó para recibirla, sus ojos contemplaron a una mujer maravillosa, sin ninguna duda la más bella del mundo, por lo menos para él. María tenía sus manos en la espalda sosteniendo todavía la espiga roja y acercó a su cara sus labios entreabiertos, Jordilí en vez de la mejilla le ofreció sus labios y ella no los rechazó. El beso fue más largo que lo éticamente correcto. Tuvo que ser él, el que separada un par de centímetros los labios de su boca, pero como ella persistía en su posición, repitió el beso brevemente y rápidamente se separaron definitivamente como si despertasen de un sueño al iniciarse entre los presentes un murmullo que podía significar mil cosas diferentes.

Seguidamente tocaron fajina. El contenido de los platos desaparecía de la mesa al mismo ritmo que llegaba. Parecía que había mucha hambre atrasada, pero pronto la oferta superó a la demanda y todos los platos conservaron algún resto.

Tres melones, incluido el escondido en el montón de panochas, sirvieron de postres; acompañados por los higos secos, las uvas pasas y sobre todo unas almendras recubiertas de un blanco sudario, traídas ex profeso por el cura desde Alcoy y que hicieron las delicias del inglés.

La fiesta se dio por terminada, pero nadie quería marcharse sin terminar de oír la historia inacabada de Jordilí. Esta vez María se sentó a su lado, más cerca de lo que sus sentidos hubiesen deseado, su perfume natural le embriagaba y turbaba sus pensamientos y el menor roce de su pierna con la de ella se convertía en una descarga que recorría todo su cuerpo. No sabía si podría terminar su historia sin abrazarla.

“Regresamos a la costa en donde vivimos desde entonces. Construimos una cabaña que nos protegiera de la lluvia y de los insectos voladores a los que ahuyentábamos mediante el humo que producía el hogar al arrojarle unas ramas frescas, Lo manteníamos encendido todo el día, pues las reservas de leña que el oleaje arrojaba a la playa continuamente lo permitía, con la intención de incendiar la cabaña, para llamar su atención, si la silueta de algún barco se dibujaba en el horizonte.

Nuestra pena duró poco más de un año, durante el cual cogí una grave enfermedad, acompañada de mucha fiebre, de la que salvé la piel gracias a los cuidados de Samuel. Durante ese tiempo, nadie llegó a la isla y ni siquiera tuvimos ocasión de ver una mala vela en la lejanía.

Un buen día la fortuna nos sonrió y al levantarnos nos encontramos con un navío inglés fondeado en la bahía. No era cuestión de contar la verdad de nuestra historia por lo que pudiera suceder y a tal efecto ya habíamos previsto otra alternativa que nos apresuramos a contar cuando tuvimos la ocasión.

Éramos náufragos de una goleta que, yendo de vacío y por un desgraciado golpe de mar, había naufragado en las cercanas de esta isla. Junto con dos compañeros, cuyos huesos ya reposan en el interior de la misma, lograron salvarse, gracias a Dios Nuestro Señor, pues nadie se explica como uno de los botes se soltó de la nave y no se hundió con ella. A los dos días llegamos a esta tierra, mas sedientos que hambrientos, con la desgracia que el bote se destrozó en el arrecife que hay más al norte y tuvimos que hacer el último tramo nadando.

El navío inglés había fondeado con la intención de hacer aguada. Al explicarles que no era el lugar adecuado para tal menester, pues no había fuente ni arroyo donde abastecerse y libar las plantas como habíamos hecho nosotros, para tanta gente, era tarea de titanes, decidieron partir inmediatamente.

Como buenos cristianos que eran, nos recogieron y nos desembarcaron en Jamaica, de donde partimos para nuevas aventuras.”

La historia conmovió a todos y especialmente a María que consideró a Jordilí un héroe desde entonces; ya no dejó de pensar en él cuando estaba despierta, ni soñar cuando estaba dormida.

CAPITULO VIII

Prueba de fe

Jordilí vio como María se desnudaba lentamente mientras él hacía lo propio. Su cuerpo era proporcionado, su piel tersa y de un uniforme color canela. Parecía que había recibido los rayos de Febo en cada centímetro cuadrado de su anatomía sin respetar ningún lugar por muy íntimo que fuera. Debía tomar el sol desnuda en algún recóndito paraje que tenía que averiguar su ubicación a toda costa para poder seguir disfrutando de tanta belleza.

Totalmente desnudo se acercó a ella que lo recibió entre sus brazos. El contacto cálido de su cuerpo hizo reaccionar a su miembro viril que inmediatamente se colocó en posición de firme. La empujo suavemente hacia el lecho mientras la besaba apasionadamente. Cuando se dejó caer delicadamente sobre ella las bastas sabanas de su cama le parecieron de seda y el colchón relleno de algas secas parecía plumón de oca. Continuo besándola mientras sus piernas forzaban a las de ellas a colocarse en una posición que facilitase la penetración., y cuando estaba a punto de iniciar el acto sexual, se despertó....

Estaba totalmente bañado en sudor, que solo parcialmente habían enjugado sus sabanas. El pene continuaba mirando al cielo y no parecía tener ninguna intención de volver a su estado natural. La mano acabó lo que el sueño con María había iniciado. Cuando terminó, tenía la mano sucia y a pesar de encontrarse completamente desnudo se dirigió, sin ningún pudor, hacia el mar para darse un refrescante baño después de recorrer la corta distancia que les separaba en una veloz y breve carrera.

Cuando su cuerpo alcanzó la temperatura normal, salió del agua lentamente para aprovechar que el tenue sol y la ligera brisa que por allí transitaba secasen su piel. Tan relajado y feliz se encontraba que no siquiera tapó sus vergüenzas cuando una pareja que, montados en un carro, pasaban por el camino se le quedaron mirando. Él desvió la mirada inmediatamente. No así la mujer, que continuó con los ojos fijos en él hasta que recibió un codazo del que probablemente era su marido.

Se preparó una infusión de té, que tomó acompañado por unas cuantas galletas que sacó de una lata metálica, algo herrumbrosa por fuera pero inmaculada por dentro, que ya rondaban las hormigas. Se vistió con la misma ropa que había usado el día anterior y que se encontraba dispersa por el suelo de la habitación y salió de su casa. Corrió durante los aproximadamente quinientos metros que le separaban de las primeras casas del Poble de Baix y luego, ya andando, continuó hasta la casa de Nelo y Marieta. No había nadie en la casa en esos momentos y siguió su camino hasta el casino.

Este estaba completamente vacío a esas horas y Tonet, su dueño, aprovechaba para adecentarlo un poco. Le informó que Nelo, Jaime, Quico el Mulero y Carlitos habían ido a casa de Don Camilo, el cura, que estaba al lado mismo de la iglesia. Hacía diez minutos que habían salido y, si apresuraba el paso, probablemente los alcanzaría.

-¿A casa del cura? ¿Para qué?

-No lo sé exactamente. Hablaban de organizar el próximo domingo, después de la misa, una excursión al Peñón de los Moros. Otro me ha dicho que iban a probar, caiga quien caiga, el licor negro que el “retor” fabrica para su exclusivo consumo. Si lo consiguen va a ser una mañana muy movidita pues de aquí ya han salido bien cargaditos y eso que el día apenas ha comenzado.

El inglés apresuró el paso todo lo que pudo, hasta que la empinada cuesta del Poble de Dalt le dijo a su cuerpo: basta. Esa mañana se había levantado con un ligero dolor de garganta, como si la tuviese inflamada, que el té caliente del desayuno parecía había atenuado. Pero ahora, al respirar por la boca, los síntomas habían regresado y eran incluso más molestos.

Pensó en detenerse en casa de la Tía Pura, la Manana, que después de tres sesiones de mediciones

le había reducido el empacho a la nada. No sabía si sería ciencia o brujería pero lo cierto era que se lo había arreglado. El primer día verdad es que guardó cierta abstinencia, pero los dos restantes guarreo todo lo que pudo, tanto en la comida como en la bebida y a pesar de ello su estomago sanó.

Se detuvo en la puerta y como no vio a nadie, llamó.

-¡Tía Pura;

Quien se asomó era un ángel. ¡María estaba allí;

-Mi abuela no está. Ha salido un instante para visitar a una amiga que esta imposibilitada. No creo que tarde

-¿La Tía Pura es tu abuela?

María le contó que había nacido en esa casa. Cuando sus padres pudieron comprar las tierras que trabajaban al marqués y construirse la casa de campo que había visitado recientemente, después de una afortunada operación de contrabando, María se quedó a vivir con su abuela. Todavía era muy pequeña y resultaba un estorbo, más que una ayuda, en las tareas del campo. Por otra parte, la casa, siempre en perpetua ampliación no guardaba las debidas condiciones para ser habitada con cierta normalidad.

Durante algún tiempo la Tía Pura hizo el papel de madre, aunque posteriormente María nunca perdió el contacto con ella. Todos los domingos la recogía en su camino para ir a misa y después iban todos a la casa de campo, pasaban el día, y por la noche emprendían el viaje de regreso.

Se cuidaban mutuamente. María enhebraba las agujas para que su abuela pudiera seguir cosiendo y era la encargada de traer pequeños recados cuando sus obligaciones escolares se lo permitían. La adquisición de brandy y vino eran las más rentables para la joven pues su abuela solía añadir una moneda de escaso valor al importe de la compra que le permitían adquirir algunas golosinas.

Los días fríos de invierno, que en aquel lugar no eran muchos, se recluían las dos en un pequeño cuarto en donde había una mesa camilla provista de un brasero de cisco que si bien no lograba caldear el ambiente, si calentaban por lo menos los pies y las piernas que se encargaban de transmitir el calor al resto del cuerpo. Mientras una hacia sus deberes escolares y se iniciaba en el arte de la costura, la otra remendaba un arsenal de ropa vieja que probablemente nadie volvería a usar jamás. De vez en cuando la Tía Pura se levantaba y se dirigía al “pastador”, lugar en donde guardaba la pequeña botella de brandy y se pegaba un latigazo. Cuando su nieta le recriminaba los continuos viajes a la despensa, solía decirle.

-Si soles pegue una llepaeta

Sea como fuese lo cierto es que la botella menguaba como la luna y no duraba más de dos días. Las continuas idas y venidas de María a la bodega no la disgustaban, pues cada vez disfrutaba de una moneda extra para saciar sus caprichos.

Por la noche después de una frugal cena, pues la abuela aseguraba que la mejor manera de irse a dormir por la noche a la cama era con el estomago medio vacío, reunía las rodajas de pan que habían sobrado, las inundaba con vino tinto de catorce grados y “un poquet embocaet” (consistía en mezclar el vino con un poco de otro más dulce o mistela) y lo rociaba con abundante azúcar. El resultado estaba tan bueno que nieta y abuela se disputaban hasta el último trozo de pan.

Cuando fue lo suficientemente mayor para no depender de nadie, su madre la reclamó y fue a vivir a la casa de campo. De todas formas nunca había olvidado el tiempo que convivió con ella y periódicamente, cuando sus obligaciones se lo permitían, no dejaba de visitarla.

-¿Qué te trae por aquí?- Preguntó al inglés dando por finalizado su relato.

-Tengo la garganta inflamada y subir la cuesta con la boca abierta me la ha secado. Solo he entrado para pedirle a tu abuela un poco de agua.

-¿Tienes subida de anginas? No te preocupes que yo te las romperé.

-¿También eres curandera?

-No. Yo no tengo “gracia”.

-Eso díselo a otro, porque tienes toda la del mundo.

-No me refiero a esa gracia, aunque te agradezco el requiebro. Se trata de la facultad que tienen algunas personas para sanar a otras. A eso le llamamos nosotros tener "gracia". Esa facultad no se adquiere, se nace con ella. Mi abuela tiene esa gracia y yo no. Pero para curarte las anginas no se necesita.

María cogió de la mano a Jordilí y lo condujo hasta la cocina. Le indicó se sentara en una silla y fue hasta la alacena para coger una pequeña botella que contenía un líquido que parecía aceite. Se sentó en otra silla delante de él y volvió a coger su mano derecha. La depositó sobre su rodilla y el inglés inmediatamente percibió el calor de su pierna sobre la palma de su mano a través del vestido, mientras que un estremecimiento, que no pudo reprimir, recorría todo su cuerpo. María enlazó la muñeca del joven con sus manos y con los dos dedos pulgares fue palpando una línea imaginaria que trascurría por el lado interior del antebrazo. Unos diez centímetros más arriba se detuvo, y mientras que con el pulgar de su mano izquierda marcaba un punto, con la mano derecha quitó el tapón de la botella, tapó su boca con el pulgar y la volcó para impregnarlo de aceite. Dejo otra vez la botella sobre la mesa y con el dedo untado frotó suavemente el lugar previamente marcado.

Jordilí notó que algo, un pequeño bulto o inflamación se oponían al avance del dedo de María por su antebrazo, pero ella insistía una y otra vez tratando de reducirlo. Notaba un pequeño dolor que se podía soportar sin ningún problema y unos pequeños tirones procedentes del forcejeo de la mujer por lo que tuvo que asir con más fuerza la rodilla de ella para evitar que su mano se desplazara. Aspiraba el perfume que desprendía el cuerpo de la mujer como si fuera una analgésico mientras miraba absorto sus ojos negros que emanaban un brillo especial. Sus cabezas se encontraban apenas a treinta centímetros de distancia y sintió un deseo irresistible de besarla aunque finalmente se reprimió. A pesar de su intensa vida como marino había pasado muchos periodos, más o menos largos, en tierra y se había visto atraído por muchas mujeres, pero en ningún caso sintió la atracción que le provocaba esta. Mientras tanto María en dos ocasiones más se había untado el pulgar con aceite y al cabo de un par de minutos dio la operación por finalizada.

-Ya está. Ya te he roto las anginas. En un par de días ya ni las notarás.

El inglés tragó saliva y pudo comprobar que esta fluía por la garganta más fácilmente.

-¡Es cierto! No sé cómo podré pagarte el favor.

-Con un beso bastará.- Insinuó coqueta María.

El se le acercó y ella le mostró su sonrosada mejilla. La besó esperando que en el último momento le ofreciese sus labios. No lo hizo. Jordilí le rodeó con su brazo la cintura e intentó besarla en la boca. María echó la cabeza hacia atrás mientras sus cuerpos se mantenían firmemente unidos y con una amplia sonrisa en la boca le dijo.

-¿No querrás contagiarme tu infección de garganta?

Jordilí sonrió. La volvió a besar, esta vez en el cuello y rápidamente la soltó. No había logrado su objetivo, pero durante unos segundos, por primera vez, sus cuerpos permanecieron unidos por un abrazo.

XXXXX

XXX

X

La casa de Don Camilo era tan modesta como las otras del pueblo, pero extremadamente limpia. Su hermana cuando no tenía que cocinar se dedicaba a la limpieza de la casa. El trapo que llevaba en su mano izquierda y el plumero que llevaba en la derecha parecían dos apéndices de su cuerpo, pues siempre los llevaba consigo.

A la entrada, un espejo irregular de no más de veinte centímetros de lado y que parecía extraído de otro más grande que se había roto, estaba pegado con yeso a la pared. Dos sillas flanqueaban una mesita que había conocido tiempos mejores y soportaba un pequeño mantelito que servía de base a una imagen de la Virgen del Carmen. En la pared de enfrente un mueble sostenía ocho cantaros que contenían agua y un poco más arriba, rematada a la pared, una tabla de la que sobresalían unas estacas, servía para colgar de ellas unos botijos. Al lado, sobre un pequeño taburete había una jarra llena de agua y un cazo fabricado con la cáscara seca de media calabaza para que se refrescaran los visitantes.

Los cantaros destinados a contener agua eran de tierra blanca, muy porosa que hacía que el líquido elemento de su interior estuviese siempre fresco. Las pérdidas se recogían en unos platos de cerámica que se colocaban debajo.

Para el vino y el aceite se fabricaban unos cantaros más gruesos que los del agua, con tierra más oscura y nada porosos. Tenían el cuello más corto y la boca más ancha.

Detrás de la puerta había otra jarra tapada por una pequeño recipiente que servía para lavarse las manos, al lado para secárselas y colgado de un clavo estaban “els filats” que eran un manojo de hilos viejos atados por la parte de arriba y que tenían forma de cola de caballo. Indiscutiblemente en las casas más pudientes, esta arcaica forma de secado era sustituido por una toalla.

La cocina estaba en la segunda tramada o crujía, presidida, como es natural, por un espacio, arriba del cual una gran campana eliminaba los humos y olores; en medio, y centrada en la pared, hay una vacío que comienza ancho en la hallar y se va estrechando poco a poco hasta terminar en punta. Este elemento recibe el nombre de “flare” y sirve para que la chimenea tenga más tiro y para arrimar las brasas cubiertas de cenizas cuando no se usa.

En el frontis hay una barra de hierro que descansa sobre dos soportes, por lo que tiene juego de un lado para otro y se aprovecha para colgar las lámparas y en ocasiones otros utensilios. Como herramientas esenciales para su correcto funcionamiento a un lado colgaban “les estenalles”; el “maruanet”, que servía para aventar el fuego y una “granereta” para barrer las cenizas.

Fuera del hallar estaba el “sitiet” que consistía en un rollo redondo hecho de cuerda y esparto grueso que servía para dejar la cazuela cuando se sacaba del fuego.

A ambos lados de la chimenea había dos estanterías hechas de obra que sostenían los peroles, cazuelas, platos y demás elementos que formaban la “escurá”.

En la tercera tramada había dos habitaciones, separadas por un pasillo que daba acceso al corral o patio posterior en donde habitaban los animales y se realizaban las necesidades fisiológicas cuando no se tenía un “casalot” a mano. Un pequeño tejadillo protegía al burro, medio de transporte del cura, del agua y los rayos solares. Las gallinas, que por la noche se refugiaban en un pequeño habitáculo hecho con madera, enrejado y alguna que otra rama de palma seca, durante el día, junto con el cerdo que criaban todos los años para sacrificarlos en enero cuando llegaba San Antón, campaban a sus anchas.

A lo alto de esta planta se ascendía por una escalinata de madera y conducía al espacio existente entre el techo y el tejado. Le llamaban “el tinell” y servía para dejar los trastos inútiles y de poco uso.

Por una entrada secreta, que se podía encontrar en cualquier lugar de la casa y que solo era conocida por sus propietarios y gente de confianza, se accedía al “amagatall” lugar en donde los dueños de la casa escondían sus objetos más preciados o los productos del contrabando y donde Don Camilo, que no se dedicaba a tales menesteres, escondía y fabricaba su Café Licor.

Don Camilo bajaba al Poble Nou por lo menos una vez al día para hacer su partida de cotos o

chamelo en el casino. El descenso era relativamente fácil para él, pero la subida imposible. Su oronda figura ya no soportaba tanto trajín.

Desde el primer día de su estancia en “els poblets” se había agenciado una pollina a la que puso el nombre de Leonarda. Solo Dios sabía por qué, pues el color de su piel, de un blanco puro, no estaba en concordancia con el nombre.

La guardaba en un establo que le había construido en el patio y en cada salida o entrada tenía que pasearla por el interior de la casa; ante el enfado de Doña Amalia, su hermana, que clamaba al cielo indignada, pues cada vez que transitaba le dejaba la casa hecha un tabaco. Frase que siempre repetía a quien quisiera escucharla.

Cuando entraba o salía el animal, siempre iba detrás de ella recogiendo las briznas de paja y restos de otras cosas que omito por respeto al lector.

Un mañana no pudo resistir su enojo y cuando la burra salió a la calle la despidió dándole un palmetazo en el anca. Se libró de un esplendido par de coces de puro milagro, pero ahí no acabó la cosa. Al día siguiente cuando salió el asno de su corral; al llegar a la cocina se detuvo, rebuznó con todas sus fuerzas para llamar la atención de Doña Amalia que estaba entretenida en otros menesteres, la miró a los ojos fijamente cuando ella se volvió, alzó la cola y le llenó el suelo de boñigas.

-La burra o yo.- Amenazó la mujer desesperada.

-Lo siento. Ella ha llegado antes.- le replicó tranquilamente su hermano alzando los hombros y saliendo de la casa seguido por Leonarda que movía seductoramente sus cuartos traseros

Don Camilo sabía que no podía indisponerse con el animal. Conocía su carácter y era tan vengativa que si la enfadaba podía tirarlo cuando le diese la gana y su cuerpo, aunque era relativamente joven, ya no estaba para muchos trotes. A fin y al cabo a su hermana, el enfado, no le duraba más de dos días, y por otra parte ya no tenía otro sitio en donde ir.

Un día mientras Don Camilo estaba poniéndole la albarda a Leonarda, vio interrumpido su trabajo por la llegada de Nelo Bacora, Jaime el Baina, Quico el Mulero y Carlitos el Mariquita...

-¿Le interrumpimos señor retor?- Preguntó Nelo

-Vosotros siempre lo hacéis, pero entre las múltiples obligaciones de mi ministerio está la de atender a mis feligreses aunque lleguen en los momentos más inoportunos y sean los más descarriados de mi parroquia.- les contesto el cura mientras peleaba por meter la hebilla en un agujero de la cincha - Creo que la burra esta engordando, tendré que bajarle la ración diaria de comida - Comentó para sus adentros el cura.

-A ver si está preñada, - Intervino Pedrito.

Don Camilo se limitó a lanzarle una penetrante mirada sin decir palabra alguna.

-Ya será menos- respondió Jaime el Baina, obviando la intervención de Carlitos, y mientras se colocaba en posición correcta sus atributos metiendo su mano por debajo del pantalón- cumplimos con Dios por lo menos una vez a la semana y nos encomendamos a él los seis días restantes.

-Mejor sería que cumplieses con él seis días y te encomendases el restante. Pero dejémonos de ir por los Cerros de Úbeda y acerquémonos a la sierra de Aitana que nos coge más cerca. ¿A qué honor debo vuestra visita?

-Habíamos pensado acercarnos el domingo al islote de los moros para hacer una botifarrada y queríamos invitarlo- respondió Quico.

-Tanta amabilidad me confunde viniendo de vosotros, pero no sé si podré....

-El embutido es de Confrides- añadió Carlitos

-¡Hecho! - Respondió sin más Don Camilo.

El embutido de Confrides, pueblo situado en el interior de la provincia y a cierta altitud, no tenía parangón en la comarca

-No puedo rechazar una proposición como esta. Pero tened en cuenta que a la doce tengo la misa

dominical y si vamos al Pedrot no volveré a tiempo.

-Mejor que toque las campanas antes de nueve y a la media, si abrevia el sermón, ya podemos estar todos en la playa – le respondió Jaime – Tenga en cuenta que después de cumplir con Dios se viaja mejor. A los feligreses igual les da que las toque a las ocho y pico que a las once y tantas.

El toque de las campanas, anunciando a misa y otras celebraciones, era sagrado en los pueblos pequeños, en el que todos los vecinos se conocían y se sabía quién era quién. Cierto es que la inquisición se había abolido hacia poco mas de una generación y que desde hacía bastante tiempo ya no era la de antes. Pero el que más y el que menos tenían en sus venas más sangre mora que cristiana y no era cuestión de significarse.

Los más viejos del lugar hablaban de la presencia, cuando eran niños, de un viejo fraile que periódicamente pasaba por el pueblo acompañado por un mulo que arrastraba un carro, en el que viajaba y trasportaba una silla de interrogatorios, bien visible y expuesta a la curiosidad de quien quisiera contemplarla. Se trataba de un viejo sillón con asiento y respaldo de cuero, bastante ajado, atravesado por multitud de clavos tan afilados como herrumbrosos. La punta de los mismos apenas sobresalían un par de centímetros de la piel, insuficiente para matarte pero suficiente para convertir el culo y la espalda del reo en un cedazo, sin perjuicio de que muriese de tétanos a las pocas semanas de pasar la prueba. El silla no tenía nada que ver con un verdadero sillón de interrogatorios y solo era una burda imitación pero daba el pego que era de lo que se trataba. Causar miedo.

El dominico, que ya no estaba para muchos trotes, se limitaba a certificar el temor a Dios de todos los feligreses y reconocía que nunca había tenido ocasión de sentar a nadie en la silla de interrogatorios pues todos habían preferido reconocer su culpa, que se expiaba con un arrepentimiento, acto de contrición o a lo sumo portando el cachirulo un rato antes los vecinos, que colocar su culo en la poltrona.

Para los más recalcitrantes, a los que la silla era insuficiente, había métodos más sugestivos para hacerlos hablar. El fraile disfrutaba describiendo los instrumentos, supuestamente existentes en valencia, “para que la verdad resplandeciera”. Hablaba del “Potro”, capaz de descoyuntar a una persona mientras unos rodillos llenos de clavos le destrozaban la espalda a la altura de los riñones; de la “doncella de hierro” una especie de sarcófago con grandes punzones en su interior que al cerrarlo se introducían en sitios no vitales del cuerpo del desgraciado reo, la victima tardaba varios días en morir y le daba tiempo de arrepentirse de sus pecados. La relación continuaba con una serie de métodos de tortura, cual más sutil que el otro, que les evito por no venir al caso.

Cuando el dominico comprobaba que la palidez de los presentes había llegado a su punto más álgido, daba por terminado su homilía y recomendaba a los presentes que no se apartaran de la fe verdadera para que el dedo del Señor no los señalase por ateos o infieles.

Don Camilo finalmente aceptó la propuesta de sus feligreses entre otras cosas porque una invitación como esa no caía del cielo todos los días. Cogió a Leonarda por la brida y la condujo hasta un pilón que había en la puerta de su casa y se subió a el para poder montar a la burra más cómodamente. A cualquiera le hubiese bastado con un pequeño salto, pues de hecho la borrica no era muy alta de cruz y Don Camilo cuando la montaba iba casi arrastrando la suela de sus zapatos por los suelos, pero el cura ya no estaba para esas exhibiciones.

CAPITULO IX

La excursión

Leonarda bajaba lo más rápido posible que le permitían sus cortas patas la única calle del Poble Vell. Auguraba, si es que los burros pueden augurar algo, que iba a pasarse buena parte del día en el corral de Tonet, el propietario del casino, en donde se podían encontrar por doquier restos de bocadillos y mondas de verduras. Desde luego debía disputarlos con las gallinas y los dos cerdos que tenía el propietario del bar, pero sabía cómo tratarlos. Don Camilo estaba asombrado del ímpetu de su pollino de buena mañana. Ciertamente es que bajaba la cuesta mucho más rápidamente que solía subirla, pero lo de hoy no era normal. Intentaba, sin conseguirlo, con la suela de sus zapatos rozando la tierra frenar al animal, pero finalmente desistió ante el temor de quedarse sin suelas y por ende sin zapatos.

Dejó que Leonarda cabalgase a su aire. Ensimismado en sus pensamientos no correspondía a los saludos que le dirigían los transeúntes con los que se cruzaba. Gente impía por otra parte, pues su presencia en la calle en esos momentos demostraba su ausencia en la ceremonia que se había celebrado de buena mañana. Ciertamente es que no había sido una misa como mandan los cánones. Se había celebrado un par de horas antes del previsto, sin previo aviso, y las campanadas anunciándola habían cogido dormidos, o por lo menos todavía acostados, a más de uno. Fugazmente cruzó su mirada con la de la Tía Edelmira la beata que incrédula veía como bajaba Don Camilo mientras ella todavía subía. En realidad el cura ignoraba si la misa la había dado por concluida, pues no recordaba haber pronunciado el preceptivo “ite missa est” antes de abandonar precipitadamente el altar hacia la sacristía, cambiarse de ropa rápidamente y salir por la puerta de detrás hacia el pilón en donde lo esperaba Leonarda, ya enjaezada, con la silla de montar puesta, nerviosa y dispuesta a partir hacia su único destino que no podía ser otro que el bar de Tonet. De no haber pronunciado esa frase Don Camilo temía que los feligreses continuaran sentados en los bancos esperando su regreso.

Sus repentinas interrupciones de la misa no eran, por desgracia, infrecuentes. Más a menudo de lo deseado se había visto obligado a abandonar precipitadamente el altar ante una necesidad imperiosa de hacer aguas menores e incluso en ocasiones las mayores. Mear e incluso cagar con la casilla puesta y almidonada no era una cuestión baladí. Así es que se desprendía de ella dejándola plantada, cosa que conseguía gracias al almidón que le echaba Doña Amalia al plancharla, a modo de tienda de campaña para ocultar sus movimientos de eventuales mirones indiscretos. Se alzaba el “alba” hasta la altura del “cíngulo” y medio emponat (en cuclillas) hacia sus necesidades pues no solía llevar ninguna otra ropa interior que lo impidiese. Si las aguas eran mayores solía acudir a alguna piedra plana de los alrededores para limpiarse el ano, pero cuando la almorra lo llevaba mártir aprovechaba el “amito” para realizar esa tarea. Doña Amalia era comprensiva y se encargaba posteriormente de limpiarlo y dejarlo en las debidas condiciones. Al fin y al cabo, su hermana, diez años mayor que él, había estado limpiándole el culo hasta la edad de cinco años, fecha en la que el entonces Camilín dejó de hacerse sus necesidades encima.

Cuando llegaron al Poble Nou, Leonarda, aprovechando que la puerta del Casino estaba abierta se introdujo, atravesó el salón y se dirigió directamente hacia el patio trasero sin dar opción a que D. Camilo se bajase antes. Rebufó a los cerdos y gallinas tratando de intimidarles y para indicarles que ya estaba ella allí. Rápidamente se puso a comer.

-¡Recollons! Parece que tengas hambre- Le dijo el cura mientras descabalgaba y se dirigía directamente al salón.

Allí se encontraban ya: Nelo, Quico el Mulero, Jordilí, Jaume el Baina y Carlitos el maricón, terminando de dar cuenta a un opíparo desayuno. Mientras que en mesa aparte Pepe el Pollero y Rafael el de la Figuera hacían otro tanto.

-Bon dia cavallers.- Dijo a modo de saludo para seguir- ¡Tonet! Tráeme un café con leche en

una taza grande, y para mojar cuatro madalenas y un bollo de esos que hace tan buenos tu mujer.

-Don Camilo. Tenga usted en cuenta que después tenemos que almorzar - Intervino Nelo

-Lo que va davant va davant.

-¿Ha traído la navaixeta?

-¿Para qué?

-¡Recollons! ¿Para qué tiene que ser? Para hacer “pegelines”, como ya ha comenzado a “minvar” la luna en enero, ahora es cuando se pueden encontrar grandes. ¿Y no me diga que no le gustan?

Las “pegelines” son el nombre que allí daban a las tellinas y la navaja se precisaba para abrirlas, apenas cogidas, y comerlas crudas.

-Claro que me gustan. Pero donde este una buena “torrá”...

Mientras hablaban, el cura había dado buena cuenta de su desayuno y a la vez que se levantaba, con las mangas de la sotana se limpiaba los restos de la comida pegados en la comisura de sus labios.

-Anemon que estem perden pasaes – Dijo Don Camilo.

-¿Qué aixó de pedre pasaes? Pregunto Carlitos mientras se atusaba el cabello.

-Es una expresión alcoyana. Yo me entiendo.

-Faltan las chicas. – Intervino Nelo

-¿Qué chicas? – Respondió el cura que no veía con buenos ojos la participación de mujeres en eventos masculinos.

Marieta y María vienen con nosotros.

-¿Que falta hacen?

-Si nos atacan los moros, siempre podemos dejarlas a ellas y a Carlitos como cebo mientras nosotros tratamos de escapar. – Respondió Quico el Mulero mientras reía.

-Bromas de esas mejor dejarlas...- le interrumpió el mosén

-Además, alguien tiene que “torrar” el embutido mientras nosotros hablamos y bebemos- Intervino Nelo, intentando dar por terminada una conversación que no conducía a ninguna parte.

-Eso es verdad. – Aceptó finalmente el cura

En ese preciso momento llegaron las dos muchachas, riendo y bromeando entre ellas. Estaban contentas de poder participar en la excursión, cosa que por otra parte no era muy común cuando la organizaban los hombres. A pesar de estar en el mes de enero el día se aventuraba soleado y la temperatura prometía ser bastante agradable. Ambas mujeres llevaban una blusa abotonada hasta el cuello y un chal de lana que cubría sus hombros para protegerse de la brisa marina con la que seguro se encontrarían al embarcar. Llevaban una falda corta que apenas les llegaba a la rodilla y mostraban unas esbeltas y torneadas piernas que se mostraban desnudas y apetitosas a los ojos de los varones ya que para la ocasión habían prescindido de las habituales medias. Unas alpargatas cubrían sus pies.

Don Camilo que, desde que habían entrado, no les quitaba la vista de encima al conjunto y en especial a las espléndidas piernas no pudo ocultar que un atisbo de lívido centellease en sus ojos.

-Un poco de recato no vendría mal – Insinuó Don Camilo sin dejar de contemplar tanta belleza- muy tapada por encima pero ligera por debajo.

-Perdónenos usted este descaró Don Camilo- Contestó Marieta – pero tenga en cuenta y eso ya lo hemos comprobado en otras ocasiones, que el agua depositada en el fondo de la barca, cuando moja los pies, y eso es inevitable, asciende por las medias por un motivo que no llevo a explicarme...

-Capilaridad se llama eso. – Intervino el cura dando muestras de su sapiencia.

-Bueno, pues eso.- Continuó Marieta- Y llega hasta sitios que usted no puede llegar a imaginarse. Entonces no hay más remedio que quitársela, en plena travesía y ante los ojos de todos los cristianos presentes a los que sin duda induciríamos al pecado.

Don Camilo que había enrojecido, ignoramos las causas, al escuchar el relato, se removió debajo la sotana como si algo le picara y resopló como un toro de solo imaginar que presenciaba tal escena y se limitó a contestar.

-Habéis hecho bien hijas mías.

Una vez en la playa subieron los ochos en la balandra de Nelo. Una barca muy marinera de unos seis metros de eslora, apenas dos de manga y un fondo plano aunque con una buena quilla que le permitía echar el ancla en aguas someras.

Anclara a unos seis metros de la orilla todos se habían descalzado para abordarla, excepto el cura que con el borde de la sotana rozando la arena y los zapatos y calcetines puestos no sabía qué hacer. Nelo y Quico lo cogieron en volandas y lo depositaron en la barca antes de que pudiese pedir ayuda.

Con Nelo al timón y Jordilí a cargo de los aparejos los otros se sentaron estratégicamente para estorbar lo menos posible el manejo de la balandra. Soplabla una suave brisa de poniente y cuando Jordilí desplegó la vela latina y Nelo realizó dos orzadas para colocar la barca en el rumbo correcto y a favor del viento, la balandra pareció encabritarse por un momento, rompiendo las suaves olas que la embestían.

Si Don Camilo hubiese estado más pendiente de la excursión marítima que de sus temores o las piernas de las chicas, habría contemplado un mar en calma, transparente, que dejaba ver un fondo marino que unas veces semejaba un desierto de arena salpicado de piedras, grandes y pequeñas, que parecían islas, y otras un bosque de algas, la Posidonia oceánica que movía sus tallos como si fuese una anemona gigante y acogía en su seno a una multitud de peces, que asustados por la sombra que proyectaba la barca a su paso se escondían. Pero el cura sentado y agarrado al palo de mesana para evitar una muy que improbable caída al agua que hubiese resultado de funesta consecuencias si no se le sacaba inmediatamente, pues como todo buen hombre nacido tierra adentro no sabía nadar, ahora veía con terror como el agua depositada en el fondo de la barca aumentaba milímetro a milímetro y aunque no parecía que hubiese necesidad de emplear el bote de latón situado debajo de uno de los bancos como eventual bomba de achique y mucho menos que la balandra se fuese a pique, lo cierto es que las previsiones que habían hecho las dos mozas en el bar se estaban cumpliendo. Aunque el borde de la sotana no corría peligro pues la había arremangado lo suficiente, lo cierto era que por una pequeña rendija que había en la suela de su zapato comenzaba a entrarle el agua. Levantó ese pie para evitarlo, pero a la vista de todos parecía más una garza que un sacerdote y la gente ya comenzaba a comentar, con una sonrisa en los labios, las extrañas poses que adoptaba. Finalmente le venció el cansancio, dejó el pie sobre el agua y notó como esta le subía lentamente por el calcetín y creyó, aunque lo consideraba improbable, que pronto llegaría a esa zona íntima que, sobre todo en época estival, le escocía tanto como si llevase un silicio permanente y que solo gracias a una crema milagrosa que le proporcionaba la Tía Pura la Manana le lograba aliviar. Hizo de tripas corazón y en un santiamén se desprendió de los zapatos y calcetines, mientras un fuerte hedor provenientes de sus pies inundaba la balandra. Lo notó todos menos el cura y gracias a la brisa se disipó casi inmediatamente, aunque los situados a popa lo sufrieron un poco más.

Para cortar el embarazoso silencio que se había producido, Carlitos aventuró la posibilidad de que hubiesen recorrido ya la mitad del trayecto; mientras Quico insinuaba, no sabemos si para calmar los ánimos o para excitarlos, que hacia el día ideal para que hubiesen moros en la costa.

-Mira si detrás del peñón hubiese una barca de piratas – Insinuó Jaime el Baina sin quererlo ni comerlo.

-Bromas de esas ni mentarlas – Le cortó Nelo

-Tranquilos... Tranquilos – Intervino Don Camilo – No vais a enfrentaros por eso. Y de todas formas si tuviéramos la mala suerte de tropezarnos con el infiel. Ya lo sabéis, hijos míos, lo que siempre os he dicho. ¡Primero la muerte que renegar! Pero dejaos de razones y mejor es que no nombréis a los moritos... cuanto más lejos, mejor.

Continuaron navegando y apenas la barca de los yoclanos había dado la vuelta al peñón, buscando la única playita que lo hacía accesible, se dieron de frente con una barcaza que no contenía menos de veinte moros, todos armados hasta los dientes y bien provistos de saetas, trabucos y

alfanjes. Los sarracenos abordaron a la balandra por el lado de estribor, mientras se oían toda clase de exclamaciones. “Estamos perdidos” “Nos mataran” y peticiones al Santo Cristo y a la Virgen María Santísima sin saber a ciencia cierta quién las había pronunciado. Solo la frase “Antes morir que ser violada” que se supone dijo alguna de las chicas, se supo más tarde que la pronunció Carlitos ajeno completamente a la comedia que se estaba desarrollando a su alrededor.

Algunos moros saltaron a la balandra cimitarra en alto, amenazando a sus ocupantes que en señal de rendición levantaban sus brazos. Don Camilo, ante el bamboleo de la barca, se había aferrado más que antes al palo ante el temor de dar con sus huesos en el agua, aunque ya comenzaba a considerar que no era una mala opción recordando la frase de: “De perdidos al río”. Sin embargo el temor al agua pudo más; y allí se encontraba, completamente encogido y callado ya que ni la voz le salía. Terrible fue el momento, cuando el más fornido de los sarracenos lo cogió por el hombro mientras levantaba el alfanje como para cortarle el pescuezo.

En ese momento crítico se soltó del palo, permaneció arrodillado y con los brazos en cruz y una angustiada voz que apenas podía salir de su reseca garganta, acertó a decir: “Señor moro, no me mate que yo renegaré”

Una enorme carcajada que soltaron todos, cristianos y moros, y el repentino cese de la lucha, fue lo que le devolvió el alma al cuerpo cuando parecía que ya había partido. Fue entonces cuando el bendito de Don Camilo, comprobó que el que lo amenazaba no era otro que Rafael el de la Figuera, el padre de Nelo al que no había reconocido bajo la vestimenta mahometana y la barba postiza y que los otros sarracenos no eran más que feligreses suyos.

Ni que decir tiene que desde entonces ya no se le escuchó, en ningún sermón, la frase de “Primer la mort que renegar”.

Pero eso sí. Esa broma no la perdonaría tan fácilmente, se la guardaba a todos y a más de uno pensaba excomulgar en la primera ocasión que tuviera.

CAPITULO X

Las cavilaciones de Don Camilo

Don Camilo andaba preocupado y cabizbajo sin prestar atención a todo lo que ocurría a su alrededor. Cuando tenía ganas de orinar, rebuscaba debajo de la sotana y entre los botones de la bragueta, y le costaba encontrarlo. Al mear, a pesar de tenerlo fuera cuanto podía, rara vez dejaba de mojarse los pantalones.

Para hacer aguas mayores había renunciado a los “casalots”. La enfermedad de los reyes hacía ya tiempo que la sufría y no había mes que no se le hinchase uno de los dos dedos gordos de los pies y día que no le doliese las rodillas. Como buen católico que era, todavía debía dar gracias a Dios que no se hinchasen los dos dedos gordos a la vez pues eso ya hubiese sido el colmo. La posición de cuclillas le resultaba insoportable, aunque ya hacía tiempo que la evitaba cuando le era posible.

De pequeño durante una excursión por los alrededores de Alcoy, sintió una extrema urgencia de hacer sus necesidades, se apartó un trecho de sus familiares ocultándose detrás de unos arbustos. Cuando ya había depositado el paquete y con la vista buscaba una piedra plana y pulida que hiciese las labores del papel de periódico, fue descubierto por su primo, un par de años mayor, que poniéndole un dedo en la frente lo empujó hacia atrás mientras le decía: “No cagues en pena”. Su madre y su tía no encontraron las suficientes piedras planas por los alrededores para solucionar el estropicio, mientras que mi tío zurraba a su hijo que había comenzado la fiesta riendo y ahora ya era un mar de lágrimas. Con el culo al aire y las pelotas colgando tuvo que andar un buen trecho, escondiéndose tras la voluminosa falda de su madre cuando se cruzaban con alguien, hasta que encontraron una acequia que solucionó definitivamente el problema.

Don Camilo apenas ocupó su casa en Yocla, se hizo construir una especie de retrete en el patio. Había encargado al carpintero una tabla de madera de roble, de un metro de longitud, sesenta centímetros de anchura y un espesor de siete u ocho centímetros. La había hecho pulir a conciencia y barnizar con ocho pasadas de laca. Un agujero en el centro del tablero con el borde redondeado y a la exacta medida de su orondo culo, acompañado por una muesca en la parte de delante por donde podían colgar cómodamente sus atributos masculinos, daban el perfecto toque final a su obra. Dos pilastras de ladrillo sostenían el tablero a la altura adecuada y una tabica en la parte delantera protegían los pies del usuario de las salpicaduras de unas inoportunas cagaderas, mientras que la parte trasera quedaba libre para que las gallinas pudiesen realizar cómodamente su trabajo sin revolotear ni molestar. Dos postes a ambos lados sostenían un tejadillo lo suficiente ancho para dar sombra en verano, proteger del relente en invierno y de la lluvia y los mirones todo el año.

Ni que decir tiene que cuando el artefacto estuvo terminado los primeros admiradores fueron sus constructores, que no dejaban de alabar la genial idea del cura y posteriormente los vecinos del pueblo que cuando corrió la voz no dejaron de acudir en peregrinación para admirar tanta belleza y porque no decirlo: tanto lujo. El sacerdote dejaba admirarlo pero, desde luego, no usarlo y el listo que por darse el placer argüía una necesidad imperiosa era desviado al “casalot” que había a la puerta de la iglesia.

El cura no paraba de decir a todos los visitantes que en Alcoy, situado a varias leguas en el interior de la provincia, entre montañas y que ya era más importante que la misma capital, aunque esta tuviese puerto de mar, que la gente que él llamaba “de puntet” aunque los vecinos no sabían que era eso y los consideraban seres excepcionales; tenían un retrete, igual o mejor que este en sus casas y como no tenían gallinas que hiciesen las labores de limpieza, usaban el agua que se perdía por todos los desagües de la casa para que pasasen por allí y evacuasen los excrementos.

Estaba un día Don Camilo sentado en su trono, que es como solía llamar al retrete instalado en el patio de su casa, mientras aprovechaba los rayos del sol, que en invierno le llegaban oblicuamente, para calentar el cuerpo como si fuese una lagartija. Cuando observó, escondiendo el estomago hacia

adentro y alisando con la mano un pliegue de la piel de su abdomen, provocado por una severa dieta que ya hacía tiempo que había abandonado; pero que todavía permanecía allí como recuerdo hasta que la barriga alcanzase su tamaño natural, que el escroto era cada vez más grande y el pene más pequeño, o al menos esa era la impresión que le daba.

Había un dicho popular que decía algo parecido a que las cosas se acababan de tanto usarlas, pero lo malo es que él apenas la había usado, salvo para mear, y ya no le quedaba nada.

De hecho la única vez que la había usado para el sexo fue cuando intentó pegar el braguetazo embarazando a la hija del cacique en la canonjía que había estado destinado antes de que el obispo lo desterrase a Yocla. Fruto de ese acto de amor, si así lo queremos llamar, pues conforme trascurrieron los hechos el embarazo parecía imposible sin mediar la intervención en algún momento del Espíritu Santo, pero lo cierto es que nació una criatura cuyo sexo desconocía, aunque esperaba fuese varón para que se defendiera lo mejor posible en esta vida, ya que si hubiese sacado lo mejor de los padres sería una adefesio y si lo peor un monstruo. Desconocía el paradero de su hijo, no así el de la madre que había sido recluida en un convento que según las malas lenguas fue asaltado por los franceses durante la guerra en busca de riquezas. Como no las encontraron, como venganza, violaron a todas las novicias menos a ella, aunque eso era imposible pues cuando terminó la guerra ella todavía no había entrado en el convento. Pero cuando la gente lo decía... Desde entonces no había yacido con hembra alguna y el único consuelo que encontraba su cuerpo es el que le proporcionaba su propia mano. Técnica que había aprendido y comenzó a practicar en el seminario.

En otra ocasión hubo otro intento. Fue durante las fiestas de Moros y Cristianos de Alcoy a las que no había faltado ningún año. Pertenece, como no, a la filá cristiana "Dels capellans" a la que había apuntado su madre desde pequeño, para ver si de esa forma le despertaba su vocación sacerdotal y lograba meterlo en un seminario, lo que finalmente consiguió aunque aduciendo otras razones. Un día de San Jorge, después de la comida pero antes de la procesión de la reliquia del santo, había decidido ir junto a dos compañeros de la filá, que no eran otros que su primo Luis y Pepe Boronat su mejor amigo en Alcoy, y vestidos con el traje oficial que se asemejaba al de un cura de la época, decidieron acudir a una casa de lenocinio itinerante que procedente de Valencia recorría todos los pueblos del reino cuando celebraban sus fiestas o ferias.

El ama del tugurio que para mas colmo la llamaban Celestina, era una mujer de carne recia y culo prieto, rubia, sonrosada y que debía rondar los cincuenta años pero estaba de mas ver que algunas de sus pupilas. Durante la guerra con el francés fue violada por un soldado que además mató a su madre que había tratado de impedirlo. En su desesperación se dedicó a acostarse con todo gabacho que se le pusiera por delante. A los que llevaba a lugares ocultos, previamente elegidos. Cuando estaban disfrutando de su cuerpo y en el momento de máximo placer les clavaba en la nuca un estilete que siempre llevaba oculto en su moño. Algunos no morían en el acto, pero paralizados se le quedaban mirando con los ojos abiertos y cara de espanto. Entonces les cortaba sus partes y se las metía en la boca para evitar que gritasen cuando les atravesaba el corazón. Después se dedicaba a registrar los bolsillos, algunos ocultos, del uniforme, así como los pliegues de todas las dobleces. Una verdadera fortuna es lo que llevaba cada soldado francés encima, en monedas de oro y pequeñas joyas, producto de sus rapiñas anteriores y que portaban encima esperando el fin de la guerra y posterior licenciamiento para poder disfrutarlas. Cuando esta finiquitó, Celestina había amasado una pequeña fortuna gracias a la docena y media de gabachos que había liquidado.

Con la paz, compró una vivienda a buen precio en el lugar adecuado y se dedicó a ejercer el único oficio que la vida le había enseñado. Las cosas le fueron bien, hizo amistades interesantes y pronto dejó descansar a su cuerpo, empleándolo únicamente en ocasiones excepcionales, y contrató a jóvenes desgraciadas que hiciesen el trabajo sucio por ella. Mejor le hubiese ido de no ser por el cura de su parroquia que en sus homilías dominicales se dedicaba sistemáticamente a atacar los burdeles en general y el suyo en particular. Dando incluso pelos y señales de la identidad de sus

parroquianos, ante el estupor de sus esposas que no daban crédito a lo que oían, como si hubiese estado la semana anterior montando guardia en la puerta del burdel y anotando quien entraba. Ahuyentándole de esta forma la clientela. Hasta intentó que le cerrasen el lucrativo negocio, cosa que no consiguió gracias a sus influyentes amistades, incluida la del obispo.

El odio a los curas en general y a ese en particular se incrustó tanto en su corazón que cuando en su local provisional de Alcoy vio entrar a tres componentes de la filá Capellans a los que confundió con curas de verdad decidió que no iban a salir indemnes.

A tal fin les proporciono una mulata con un cuerpo imponente, acabadita de llegar de Cuba y todavía virgen. Según les dijo, para continuar diciendo.

-Y en atención a sus honorables eminencias, que me dignifican con su presencia les ofrezco esta beldad a un precio irrisorio y en exclusiva para ustedes. Así es que les agradecería no propagaran esta circunstancia para evitar agravios. Vayan pues desnudándose vuestras mercedes que se la traigo al punto.

En realidad la moza, que verdaderamente estaba como un tren, no era tan virgen como pregonaba su madama y estaba fuera de la circulación porque unos días antes se le había detectado unos síntomas de sífilis y estaba en proceso de curación.

Estaban los tres varones, completamente en conejo y un poco ateridos de frío, pero con sus armas en estado de alerta y prestas a colocarse inmediatamente en posición de ataque en el momento que la situación lo requiriese cuando entró la dama e inmediatamente se quitó el batín que cubría su cuerpo.

Con una sonrisa maravillosa dijo- ¿Quién va?- para inmediatamente tenderse en la cama.

Los tres amigos se miraron y Luis, el primo de Camilo que hacía años lo empujó para que se sentara sobre sus propios excrementos, fue el más decidido y sin dar opción a los demás se acercó a la cama y se echó encima de la mulata y sin llegar siquiera a penetrarla, solo con el contacto de su piel, vientre contra vientre, entró en éxtasis y eyaculó sobre los pelos de su pubis, en pleno monte de Venus.

-¡Cerdo! ¡Cochino! ¡Desgraciado! ¿Qué me has hecho?- exclamó la cubana mientras se lo sacaba de encima de un empujón, y se cagaba con todos los santos y su parentela y ni la entrada de Celestina logro calmarla, pues continuó.

-Em cagé en cent mil putes montades a cavall y totes les de Valencia – soltando posiblemente la única expresión en valenciano que conocía.

-No pasa nada. Son accidente de trabajo- Trato de mediar Celestina, mientras ordenaba a la cubana que se lavase con el agua de una jofaina preparada al efecto en un rincón, mientras a Luis le decía que se sosegase y si lograba recuperarse cuando terminasen los otros le permitiría un nuevo intento por únicamente un pequeño complemento al precio inicialmente acordado.

Echó un vistazo a los dos que quedaban y decidió que el siguiente fuese Pepe cuya bandera todavía permanecía enhiesta, mientras que la de Don Camilo, después de los ultimo acontecimientos, estaba un poco alicaída. Tras su decisión salió de la habitación para atender otros asuntos.

Si había un verdadero amigo en la vida de Camilo este era Pepe. Tenían la misma edad, vivían en la misma casa, Pepe dos pisos más arriba y habían acudido al mismo colegio hasta que la madre del cura, Doña Amalia, enviudo y decidió enviarlo al seminario.

La mulata ya se había echado sobre la cama y con cara de enfado esperaba que el próximo invitado no fuese tan explícito y se desahogara inmediatamente encima de ella como había ocurrido anteriormente. Lo recibió con precauciones y cuando sintió su miembro dentro de sí, descansó. Bueno. Es un decir, pues pepe la atacó con frenesí y a un ritmo que no podía durar mucho. Los minutos pasaban y aquello parecía no tener fin. La mulata, que normalmente no admitía besos ni chupetones por principios y por darle cierto asco la mayoría de los hombres con los que tenía la obligación de acostarse, terminó por ceder ya que el mozo no estaba nada mal y de lo que se trataba

era acelerar el procedimiento.

Llevarían por lo menos quince minutos, dale que te pego, y aquello parecía no tener fin.

-Vamos mi amor, a ver si terminas. Parece que le estés sacando brillo al conejo y te aseguro que no es de plata.

Estas palabras iban acompañadas de unos movimientos rítmicos de la pelvis, tendentes a excitar mas al jinete y con la esperanza de que eyaculase ya de una puñetera vez.

-¿Estás seguro de que tienes leche? ¡Mi amor! Yo creo que estas más seco que el manantial de mi pueblo en verano.

Pepe no respondía y grandes goterones de sudor poblaba su frente. Las fuerzas parecía que querían abandonarlo. Pepe persistía en su esfuerzo pero deberían llevar por lo menos media hora a ese ritmo y sin siquiera un momento de descanso, cuando la cubana le espetó con su sensual acento caribeño.

-¡Coño! A ver si acabas de una puñetera vez que me lo estas dejando “escosio”...

Pepe continuó sus ataques con más brío si cabe, pues no quería marcharse de allí sin haber sentido antes la explosión de placer supremo que tanto ansiaba. Mientras, la mulata se había rendido. Agotada, permanecía tendida con las piernas abiertas pero caídas, los brazos en cruz y la cara vuelta hacia un lado como si la estuvieran violando y desistiese de ofrecer cualquier resistencia.

En ese momento irrumpió en la sala Celestina. Parecía contenta y esperaba que su pupila hubiese terminado con el trabajo encomendado.

-¿Han terminado ya mis valientes?

Al ver el panorama su rostro se tornó en ira.

-¿Aun está este así? ¡Pero qué coño se ha creído! Esto funciona por polvos, pero todo tiene un límite. ¡Debes de llevar por lo menos una hora! En ese tiempo deberíais haber terminado todos, y eso que el primero ha durado menos que un caramelo en la puerta de una escuela. ¡Venga tú! Suelta a la chica que ya está bien. ¡A ti tendría que cobrarte el doble!

Pepe, que hasta el último momento había estado insistiendo sin lograr su objetivo, no sin gran pesar, abandonó su posición con el miembro de un color rojo incandescente y desde luego todavía tieso como un palo.

-¡Tú!- dijo dirigiéndose a Don Camilo- Tienes diez minutos. Si tu amigo ha ocupado tu tiempo yo no tengo la culpa.

-Doña Cele – intervino la cubana –deme un descanso que tengo la higa irritá...

-¡ Aquí no descansa ni Dios! Tengo el quiosco lleno, la clientela nerviosa y necesito esta habitación...!Ya! Cuando termines con los tres momios estos, tendrás todo el tiempo libre que quieras. Así que ya lo sabéis. Diez minutos y todos a la puta calle.- Dijo Doña Celestina mientras abandonaba airosa y cabreada la habitación.

La cubana lo llamó sin mucho entusiasmo y el cura acudió cohibido y con el pene completamente flácido.

-Vamos a ver si lo animamos un poco, pues así poco podemos hacer – le dijo mientras le echaba mano al paquete y se arrimaba un poco hacia él. Nada. Se sentó encima de Don Camilo, sexo contra sexo y empleó algún que otro truco que nunca le había fallado con otros clientes, pero en este caso sin resultado positivo.

-¿No serás mariquita? Mi amor. – le dijo mientras se daba la vuelta y mostraba su trasero – Si es así., inténtalo por detrás. A ver si conseguimos algo.

Don Camilo atendía solícito todas las instrucciones que le daba la mulata, sin obtener ningún resultado. En algún momento había notado una leve reacción, pero claramente insuficiente para realizar su propósito y cuando lo había intentado, aquello, se había derretido como si fuese de mantequilla. Al cura esto no le había ocurrido nunca, pues sus erecciones solía mantenerlas durante bastante tiempo mientras jugaba con su miembro, alcanzando en ocasiones una dureza increíble y

ya comenzaba a estar preocupado. Cierto es que llevaba dos días sin apenas dormir, con el alcohol sin duda se había pasado y esa misma mañana había podido comprobar que su cuerpo se había descompuesto y padecía una colitis galopante. Esperaba que ese fuese el motivo y que con la curación terminase el problema. Lo cierto era que en esos momentos se había puesto en evidencia y muchas explicaciones tendrían que dar en el futuro para que lo creyeran.

En ese momento de sus reflexiones volvió a entrar Celestina.

-¿Cómo va el asunto? ¿Habéis terminado?

-Todavía no. – respondió la mulata - ¡No se le planta;

-¡Como que no se planta. –Exclamó la madama muy enojada - ¡Todos a la calle; Y dar gracias que no os cobro ni un real más de lo que habíamos pactado.

Los tres jóvenes se vistieron en un santiamén y bajaron corriendo las escaleras saltando los escalones de tres en tres, mientras que desde el fondo se oía a Doña Celestina contar a quien quisiera escucharla como estaba el clero en España: uno eyacula antes de meterla, el segundo no tiene leche y al tercero ni siquiera se le planta.

-Que Dios nos coja confesados. –Terminó

Don Camilo y Luis no supieron nunca de la que se habían librado por no poder meter la polla en la olla. Pepe, que si lo hizo, cogió unas purgaciones que por poco le cuesta la vida, salvándose de puro milagro.

Lo curioso del caso es que nadie relacionó a la cubana ni a D^a Celestina de esta situación. Excepto Pepe, ninguno de los restantes alcoyanos que visitó el prostíbulo durante esas fiestas resultó perjudicado. Nadie cayó en la cuenta que ni Camilo ni Luis habían llegado a mantener relaciones con ella y los otros ni siquiera la habían visto.

El pato lo pagó finalmente una gitana que malvivía en una casucha de la Rambla Baja ejerciendo la prostitución y que Pepe visitó unos días después de terminadas las fiestas, contagiándola, pues la pobre, aunque parezca mentira, hasta entonces estaba más limpia que una patena. Cuando afloró la enfermedad, comenzaron las investigaciones, las sospechas recayeron en la gitana que al encontrarla contagiada fue condenada a sufrir un castigo de diez palos en el trasero y al destierro.

XXXXX
XXX
X

La excursión al islote de los moros, que se había iniciado con una broma de muy mal gusto, según pregonaba Don Camilo a quien quisiese escucharlo, finalmente terminó con el beneplácito de todos. El supuesto grupo atacante había llegado a la isla bien provisto de bastimentos y el inicial propósito de un frugal almuerzo a base de embutido se complementó con una succulenta paella, a la que no le faltaba de nada, para engullir después del Ángelus.

El cura ajeno a los preparativos para la comida, que era cosa de mujeres y de los pocos expertos que había en el grupo gastronómicamente hablando, se dedicó a recorrer las rocas del litoral en busca de lapas. La especie más común en la pequeña isla era la “Patella vulgata”, molusco no muy apreciado gastronómicamente, pero a Don Camilo, aun no sabía porque, le encantaba, aunque no ignoraba que le sentaba como un tiro y que al día siguiente tendría mal de estomago y una diarrea de espanto, que como en otras ocasiones, esperaba se los solucionase la Tía Pura con alguno de sus maravillosos potingues llegado el caso. Las lapas eran grandes, de cinco o seis centímetros de longitud y Don Camilo se las comía crudas después de echarle un par de gotas de limón a cada una. Capturarlas no era fácil, pues el animal tiene un potente pie con el que se adhiere fuertemente a las rocas sin que existe fuerza humana que pueda desplazar la concha siquiera un milímetro. Pero no siempre estaban en tensión y cuando se relajaban, para dejar entrar en su interior el agua del mar, actuando rápida y diestramente se podía introducir la punta de una fina navaja entre la roca y la concha y después haciendo palanca soltar al animal. A veces lo único que se conseguía era romper la concha, para evitarlo, el cura, introducía la navaja un par de centímetros más para interponerla entre la roca y el pie del molusco, que es el que tiene el poder de adhesión. La parte exterior de la concha era fea y la mayoría tenían incrustaciones de suciedad que la hacían todavía más desagradable, pero su interior era liso, brillante y de un hermoso azul irisado que le confería una belleza inigualable y que Don Camilo solía conservar.

De momento las guardaba en el bolsillo de su sotana y de vez en cuando metía la mano para contarlas y saber cuántas llevaba engullidas. Diez era el límite, pero muchas veces lo sobrepasaba y luego tenía que atenerse a las consecuencias.

Después de la comida la gente se desperdigó por la isla que desde la lejanía tenía la forma de un triangulo escaleno. Buscaban la sombra que proyectaban las rocas, pues carecía de arboles o arbustos lo suficientemente grandes. Otros se tendieron a pleno sol, pues estaban en enero y es bien sabido que hasta febrero no busca la sombra el perro.

Don Camilo se subió a lo alto de la isla, de donde prácticamente se podía ver a todos, y comenzó a dar buena cuenta de una petaca que contenía una licorera con café licor y que comenzó a consumir a pequeños sorbos. En la lejanía se veía el pequeño pueblo de Benidorm, que no eran más que cuatro casas construidas sobre un peñasco a la orilla del mar que parecía el cuerpo de una gaviota y sus alas eran sus dos grandes playas, una a cada lado, cubierta de blanca arena.

Mas a la izquierda, por donde se oculta el sol en cierta época del año, se distingue fácilmente el Puig Campana, sobre todo por la gran mella que aparece en su cumbre. Debe su nombre a la forma de campana que tiene este monte y es una referencia para la gente de la zona.

Nadie ha sabido darle una explicación a esa muesca, por lo que la sabiduría popular no tardo en inventarse una leyenda.

Dicen que el caballero Roldan, no sabemos si antes o después de lo de Roncesvalles, cuando su espíritu todavía vagaba por el mundo, continuaba adorando a su amada Angélica. Aunque esta en realidad no le hacía mucho caso. Roldan, guerrero al fin y al cabo, tenía la costumbre de hacer el amor con la armadura puesta, de lo que se quejaba Angélica, sobre todo en invierno, por lo frio que estaba el vil metal. Cuando ésta probó los refinamientos de la corte musulmana, no tuvo la menor duda, dejó al rudo guerrero francés por las caricias del Cadí. Tampoco se sabe a ciencia cierta si el gabacho estaba allí o llegó de paso, pero lo único seguro es que, del cabreo que cogió, pegó dos tajos al Puig y de una patada mando el cacho resultante volando por los aires convirtiéndose en lo que

hoy es la isla de Benidorm.

Volvió Don Camilo a la realidad y allí abajo vio a Nelo y Marieta haciendo el amor sobre la arena de la playa ajenos a posibles miradas indiscretas. Un poco más allá, el inglés y María retozaban en la arena besándose apasionadamente pero sin pasar a mayores. Pronto habría boda, pensó Don Camilo, mientras instintivamente metía su mano, por el falso bolsillo, debajo de la sotana y se consoló.

Una voz le sacó de su ensimismamiento, se dio cuenta que hacía tiempo que había terminado de hacer sus necesidades, que por fin cagaba duro después de una semana de colitis y que hasta las gallinas picoteaban por todos lados después de terminar con el festín que les había proporcionado. Instintivamente miró al suelo buscando una piedra adecuada, pero rápidamente lo desestimó acordándose de la almorra que lo martirizaba, así es que se limpió el culo con un trozo de papel de seda traído ex profeso desde Alcoy para tal efecto y del que siempre llevaba un cacho en el bolsillo interior de su sotana y que una vez usado lanzó al viento para que buscara un mejor destino.

Se levantó de su trono para ir al encuentro de su hermana que se acercaba muy alterada.

-¡Camilin! - Así lo llamaba siempre cuando se encontraban solos. - ¿A que no sabes quién ha muerto?

-Tú me lo dirás. - Le contestó escuetamente.

-El Tío Manel el Contrabandista, el home de la Senyó Angelita.

CAPITULO XI

El entierro

Cuando Jordilí entró en la vivienda del finado, se dio cuenta que todas las casas de Yecla estaban cortadas con el mismo patrón. Era como si todos los maestros de obra hubiesen aprovechado un mismo plano y que solo la inversión que hubiese realizado el propietario determinase que fuesen las estancias más grandes, que hubiese un mayor número de habitaciones y que el entorno del conjunto fuera más lujoso. Esta era desde luego la casa de un hombre rico.

El espejo enmarcado de la entrada, así como el mueble que sostenía los cantaros se adivinaban debajo de un paño negro de excelente calidad. Un murmullo que procedía del comedor anunciaba que se estaba rezando el preceptivo rosario. Nadie, ni siquiera los oradores, sabían con certeza porque misterio iban, pero eso era lo de menos, pues cuando llegasen al quince y eso dependía de lo que les apretara el hambre, volverían a comenzar de nuevo después de tomar un ligero refrigerio que se encontraba en un rincón sobre una mesa, y suavizar la garganta con un trago de anís o mistela.

El difunto se encontraba dentro de un ataúd encima de una mesa cubierta por un paño igualmente negro. A su alrededor mujeres enlutadas y con la cabeza cubierta con una mantilla, muy tirada a la cara, rezaban las eternas letanías con la especialidad de no decir únicamente la oración de ofrecimiento, sino que añadían una diferente a cada padrenuestro, avemaría y gloria patrié; en total cerca de doscientos romances que daban un sonsonete especial que resultaba gratificante. Jordilí prestó atención para captar el significado de lo que decían pero resultó imposible. Únicamente, de vez en cuando el nombre de un santo, de entre los numerosos que se recitaban pudo ser asimilado por su cerebro.

Las mujeres que rodeaban al difunto seguían un estricto escalafón: en la cabecera y a su derecha la pariente más próxima al difunto que en este caso era su viuda, si hubiese sido hermana la de más edad, a la izquierda la siguiente y a continuación todos los demás parientes del sexo femenino, siguiendo siempre un estricto orden de grado y edad.

De vez en cuando las letanías se detenían y comenzaban los llantos de las mas allegadas mientras las restantes se dedicaban a murmurar del prójimo, tanto de las ausentes que no habían acudido a la cita como de las presentes, bien por no llorar con suficiente energía o por decirle demasiadas cosas al difunto. Excepto la esposa que tenía el puesto asegurado, las restantes que no les unía ningún parentesco con el difunto, no osaban abandonarlo por ninguna causa y si esta era imperiosa cuando regresaba se encontraba con que la fila se había corrido y su puesto ocupado, iniciándose entonces una refriega de empujones para poder volver al lugar que le correspondía. Solo al final del quinceavo misterio del rosario se iniciaba una tregua para reponer fuerzas.

Solo los hombres, ajenos a lo que ocurría alrededor del difunto permanecían en un extremo de la cocina o en otra habitación si la había como en este caso, hablando de sus cosas pero siempre con las viandas a manos.

Estas no las proporcionaba la casa pues en un día como aquel estaba prohibida cocinar e incluso ensuciar la vajilla, por lo que tenía que ser preparada y traída por los asistentes que no eran demasiado esplendidos en este menester cuando se trataba de un entierro en casa rica, pues se sabía que bajo mano corría el dinero para que otros trajeran más de lo que hiciese falta.

La pared cabecera de donde se encontraba el difunto estaba cubierto por un paño negro y adosada a la misma estaba el aparador, también cubierto que a modo de altar sostenía cuatro enormes cirios que iluminaban la imagen, colgada de la pared, del Santo Cristo porque el difunto era varón. Si hubiese sido mujer la imagen sería la de “La mare de deu dels dolors” que estaba en la parte posterior del cuadro, preparada por si se precisaba. Al pie del altar la mesa con el ataúd rodeado de seis cirios, en este caso, enormes y la pléyade de plañideras que no paraban de recitar frases como las siguientes: “¡ Prenda meua del meu cor¡”, “Pobret de mon anima”, “Quina pena tan regran que tinch”, mientras

la esposa no paraba de repetir la misma frase aunque solo fuera para no desentonar: “Fill meu de la meua vida, que assoletes m’has deixat y en que desconsuelo tan regran”. Aunque de vez en cuando intercalaba la de: “Ya no t voré mes, prenda volguda de les meues entranyes”

Nelo y Jordilí dieron un último vistazo al Tío Manel, así como al círculo de mujeres que se había ampliado para dar cabida a María y Marieta, que habían acudido un poco más tarde, trayendo mas viandas de refuerzo y ocupando los últimos lugares del escalafón, mientras se trasladaban a la otra sala en donde se encontraban los hombres para unirse al grupo.

Cuando llegó el clero a la puerta se anunció con un triste canto de responso, indicando que se encontraban allí para llevarse los despojos de un ser tan querido, mientras las plañideras pasan de los rezos a los gritos y de los llantos a la desesperación. La comitiva eclesiástica la formaban Don Camilo, que portaba un enorme copón como si fuese a dar el viatico, alzado a la altura de la cara; el sacristán que portaba una cruz en lo alto de un palo que tuvo que abatir para poder pasarlo por el portalón de la entrada, ante el enfado del Cura que solía decir que la cruz como la senyera no se doblegaba nunca ni ante nadie y, por último, dos monaguillos, uno con una campanilla que siempre hacia sonar a destiempo y el otro que portaba diversos objetos de culto entre ellos una especie de botafumeiro en miniatura que desprendía un tufo que cuando entró en la casa hizo salir a los tísicos.

Entraron los cuatro con paso solemne excepto Don Camilo que apresuradamente dejó el copón encima del aparador que hacía de altar y ya corriendo atravesó el lienzo verde que para tal ocasión se había colocado en la puerta que daba acceso al patio. Todos creyeron que el cura había tenido alguna urgencia, pero en realidad Don Camilo solo había ido para comprobar que el cerdo de la casa estaba todavía vivito y coleando. Mientras el monaguillo que llevaba el incensario se había colocado dentro del círculo de plañideras y lo agitaba violentamente tratando de emitir la mayor cantidad de humo posible. Todos creían que estaba purificando el cadáver pero en realidad era una táctica para ahuyentar a las viejas beatas y dejar el patio despejado, para que el sacerdote pudiese actuar libremente.

Por aquel entonces existía la costumbre que el primer año de duelo no se mataba el cerdo que con tanto esmero se cebaba hasta que llegase su San Martín, que en Yocla era por San Antón. Hacía dos días que se había conmemorado el día del santo y casi todo el pueblo había cumplido con la costumbre, excepto Don Manuel, el finado, que por sentirse algo papucho había aplazado el sacrificio. Ahora este ya no se podía realizar y Don Camilo pensaba hacerse con él, pues no era un cerdo cualquiera ya que se había alimentado a base de bellotas todo el año. Estaba claro que el cerdo no lo había ya dado porque todavía estaba allí y no lo habían comprometido porque en caso contrario lo tendrían atado para poder cumplir la palabra dada evitando que el marrano se escapase, y no lo estaba. El cerdo no se podía tampoco vender así es que guardarlo, alimentándolo un segundo año, no resultaba rentable, pues comía como un verraco y hubiese terminado con las reservas de bellotas en un par de meses. Valía pues la pena darlo y comenzar de nuevo con un cochinitillo que al año siguiente estaría a punto. Lo lógico era darlo a un familiar, pero como la viuda no los tenía, los pretendientes serían muchos.

Cuando regresó del patio el cura, alrededor del finado solo estaban Doña Angelita, María y Marieta y un par de ancianas que resistían estoicamente colocándose la mantilla delante la nariz y la boca para evitar ahogarse. Pidió el incensario al monaguillo y lo agitó violentamente en la cara de las dos viejas y aunque no consiguió que se alejaran por lo menos logró se apartaran unos pasos.

Rezó las oraciones de rigor seguido de un panegírico alabando las virtudes del finado al que dejó por las nubes, devolvió el botafumeiro al acolyto, cogió el copón y se dispuso a administrar la comunión al difunto. En los años que Don Camilo llevaba en el pueblo, El Tío Manel era el único que no había conseguido que se confesase. Siempre que se lo había propuesto obtenía la misma respuesta. “Si te confesara mis pecados pondría mi vida en tus manos y como no podría dormir por la noche terminaría por matarte. Dejemos pues las cosas como están.” Habían terminado siendo

grandes amigos y el cura ya no precisaba de su confesión pues conocía de “pe a pa” todos sus pecados. El mosén se había juramentado que el contrabandista, si lograba atenderlo en sus últimos instantes, no se iría de este mundo en pecado mortal, por lo que pensaba absolverlo de sus pecados aunque fuese en “artículo mortis” y darle la comunión cuando no pudiese oponerse. El cadáver tenía la boca cerrada y tuvo que apretar ambos carrillos para abrir ligeramente su boca. Introdujo el cuerpo de Cristo por la comisura de sus labios como una moneda en la ranura de una hucha y dio por finalizada la operación rezando otro réquiem.

Jordilí, Nelo, Quico el Mulero y Jaime el Baina, cogieron el ataúd y se lo colocaron sobre el hombro sin esfuerzo alguno ante la desesperación de Carlitos el mariquita, que también quería participar pero ni con la cabeza lograba tocar madera.

La comitiva se formó detrás del féretro, presidida por los parientes más próximos al difunto: padres, hijos y hermanos que en este caso no habían por lo que una llorosa y desconsolada Doña Angelita, acompañada por Pepe el Pollero como alcalde en representación municipal y escoltada en esta ocasión por María y Marieta, que ocupaban un lugar que no les correspondía, pero que lo hacían más para sostener a la viuda si sufría un desvanecimiento que para acompañarla, seguidos por la demás parentela, dependiente, alegados y finalmente los amigos y conocidos que iban en franca cháchara como si regresasen de una corrida de toros.

En los entierros para pobres el clero, que iba delante, se despedía en las mismas puertas de la casa y si era de “primera” como en este caso no se retiraba hasta las mismas puertas del pueblo. Pero en este caso hizo una excepción, ante la extrañeza de todos los presentes, Don Camilo acompañó el ataúd hasta el mismo cementerio y por si no fuera suficiente presidió, junto con Doña Angelita, el duelo, soportando las frases de condolencia que siempre eran las mismas con distintas y mínimas variaciones: “El Nostre Senyor que li done molts anys de vida pera pregar per l’anima del difunt” o “La Mare de Deu que l’aconsole” o “L’acompanye n’el sentiment”. Contestando el duelo unas veces: “Deu que li hu pague” y otras “Moltes gracias”

Don Camilo aguantó estoicamente este suplicio ante la admiración de todos los presentes y especialmente de la viuda que no podía creer que a su difunto marido le uniese una tan gran amistad con el cura.

En realidad lo que quería este, es que nadie se acercase a la viuda y pudiese solicitarle el cerdo. Para ello ahuyento a quienes pretendían hacerlo alegando que la dama no se encontraba bien y dejasen los asuntos mundanos pendientes para mejor ocasión. Despidió al sacristán y sus acólitos cargados con todos los bártulos para que los dejasen en la iglesia y sosteniendo a la viuda por el brazo la acompañó con paso cansino hasta su casa. Los restantes miembros de la comitiva ya les habían sacado una considerable ventaja y los dos parecían una pareja de enamorados paseando por la alameda.

XXXXX
XXX
X

El difunto, el Tío Manel el Contrabandista nunca había sido molestado excesivamente por las autoridades por llevar ese mote. Lo había heredado de su padre y previamente lo habían ostentado, con mucho orgullo, su abuelo y bisabuelo. El mote es como un apellido, se hereda y nadie lo puede cambiar. Sin embargo cada vez que un nuevo jefe de carabineros llegaba a la comandancia a la que pertenecía Yocla no podía evitar un interrogatorio, mitad en serio y mitad en broma, pues como se suele decir algo le pasa al perro cuando ladra. Finalmente todo quedaba en agua de borrajas, pero más de una vez el comandante se fuese con la sensación de que algo de cierto debía haber aunque no pudiese demostrarlo y mucho menos echarle el guante.

El Tío Manel era inmensamente rico, tenía dos enormes casas en Yocla, una en el Poble Nou y otra en el Vell, aparte un enorme Riu Rau en el campo rodeado por una gran extensión de terrenos y otras fincas dispersas que había ido comprando al Marques de la Almadraba cada vez que este necesitaba dinero. También se decía tenía una enorme Masía, rodeada de una gran extensión de terreno en los alrededores de Alcoy, aunque esto último no estaba confirmado y solo era conocido por los comentarios que iba diciendo la gente sin mucho fundamento.

Todo ello hacía que pudiese hacer una gran ostentación de riqueza sin levantar sospechas, aunque su mayor bien, por lo menos el máspreciado, era un bergantín llamado “La Princesa” y su mayor afición y única obsesión el contrabando.

Este era la gran fuente de riquezas del pueblo y en ella se ocupaban tanto la gente de mar como la de tierra, pero cada uno en su elemento o jurisdicción. El cerebro de toda la organización, aunque él no se involucraba directamente nunca, todos sabían que era el Tío Manel para los íntimos y Don Manuel para todos los demás. No permitía que se dedicase al negocio nadie que no tuviese una tapadera. Necesariamente tenían que hacer otras labores alternativas, bien sea en el campo o en el mar que justificase los ingresos ilícitos que obtenía con el contrabando y no levantaran las sospechas de las autoridades.

El bergantín “La Princesa” tenía su base en el puerto de Castellón de la Plana para que nadie lo relacionase con gente de esta zona, era propiedad de Don Manuel pero en los papeles aparecía el nombre de un armador cubano que nadie localizaría si alguna vez fueran a buscarlo, y era el que hacía los viajes a Gibraltar, Argel y en ocasiones incluso hasta Marsella para trasportar la preciada carga. Los géneros que traía eran, no solo el tabaco, quizás el bien máspreciado por el beneficio que se obtenía, sino también, telas de lana y seda, mantones de crespón, tisú y lana; pañuelos de seda y pita y en algunos casos, enseres domésticos que por su novedad eran muy apreciados.

Los laudes y balandras de la zona se construían con fondos planos para tener poco calado y poder meterse en cualquier rincón protegidos por acantilados de aquella costa y desembarcar la mercancía.

Las barcas salían todas las noches al sardinal y regresaban al amanecer llenas de peces. Por lo que sus salidas no constituían ningún acontecimiento extraordinario ni llamaban la atención de los carabineros en los días de alijo.

En días predeterminados y perfectamente calculados a prueba de cualquier impedimento se presentaba sin falta la “La Princesa” y por tierra se corría la voz de que esa noche habría alijo. Las barcas salían al atardecer como siempre pero no se detenían en los sardinales, sino que seguían mar adentro hasta un punto determinado en que completamente a oscuras esperaba el bergantín. Este, una vez trasbordada parte de la carga, partía hacia otro punto en donde también se la esperaba. En el caso, infrecuente, de ser sorprendida orzaba mar adentro en donde por su ligereza era prácticamente imposible darle caza. Después regresaba al cabo de dos o tres días, o cuando el peligro había desaparecido, sabiendo que las barcas de los pescadores la estarían esperando.

En tierra, unos días antes del alijo comenzaba a correr la voz de que los fantasmas acudían a su cita. Luces y petardos, que muy bien pudiesen ser tiros, interrumpían la noche y Jordilí, teóricamente aterrado, abandonaba su cabaña y esparcía por doquier la mala nueva. La gente no involucrada dejaba de salir por la noche y los despistados viajeros que por desgracia pasaban por allí se llevaban

tal susto que no volvían a intentarlo. Claro está que estas incidencias llegaban también a oídos de los carabineros, que ese mismo día o al siguiente se acercaban para inspeccionar la zona. No encontraban nada, salvo en ocasiones, un pequeño hatillo que contenía algo de tabaco, un par de mantones y dos pañuelos. Lo suficiente para que la pareja pudiese fumar durante un mes y contentar a sus respectivas esposas. Daban por supuesto que el alijo ya se había producido y salvo fuerza mayor u orden expresa no regresaban por allí en los días sucesivos pues no ignoraban que entonces serían recibidos con petardos y algún que otro tiro cuya bala pasaría peligrosamente no muy por encima de sus cabezas.

El día del alijo una maquinaria perfecta se ponía en movimiento. Las barcas llegaban a la playa antes del amanecer. Algunos de los bultos iban directamente a los “amagatalls” de las casas del Poble Nou que se encontraban a escasos metros de la playa y el resto, cargado en mulas, se dirigían hacia el Poble Vell o los Riu Rau que poblaban la ladera de la próxima montaña.

Cuando finalmente llegaba el alba y los primeros gallos comenzaban a cantar, interrumpiendo el silencio de la noche, no quedaba ni un alma por las calles y caminos del lugar. Todos descansaban después de una agotadora noche y hasta la suave brisa que soplaba de poniente, parecía colaborar con los contrabandistas, borrando las innumerables pisadas que poblaban la arena.

Todo se había desarrollado sin incidencia, perfectamente dirigido desde la sombra por Don Manuel. Pero, siempre hay un pero, ahora el Tío Manel el Contrabandista había fallecido, y la sensación en el pueblo era que nada continuaría siendo igual, pero se equivocaban.

XXXXX
XXX
X

Doña Angelita vivía cerca de la iglesia y de la residencia de Don Camilo. Desde el cementerio la viuda no había hecho otra cosa que contarle al cura las virtudes de su difunto esposo, mientras este pensaba que al dejarla no saldría de su casa sino era tirando de una soga y con el cerdo en el otro extremo.

-En cierta ocasión – decía Doña Angelita – criamos dos cerdos.

A esto sí que prestó mucha atención el cura al convenirle.

-Porque uno de ellos – siguió – era para Don Rodolfo el procurador de Altea al que mi difunto esposo debía algunos favores. Pero una cosa era regalar el cerdo y otra tener que pagar a consumo como si fuésemos a obtener un beneficio por ello. Así es que ideó un sistema para introducir el regalo en Altea sin que los consumidores se percatasen. La administración de consumos de Altea, por si usted no lo sabe, estaba entonces en la Plaça de la Creu, que es la principal entrada al pueblo. Un día mi marido, bueno mi ex marido – dijo mientras lanzaba un suspiro a quien quisiese recogerlo – avanzaba por el camino del Barranquet acompañado por cuatro hombres, con las caras mustias, que llevaban un ataúd al hombro. Se detuvieron delante de la administración, con gesto compungido, y le dijo mi Manolo al encargado, llorando como un descosido, que en el ataúd se encontraban los restos de un ser, nacido en Altea, que había fallecido en Yocla pero quería que sus restos descansaran eternamente en su tierra natal. No solo el responsable, sino todos los empleados que se encontraban dentro de la administración se quitaron el sombrero en señal de respeto, dejándolos pasar sin más trabas. Dejaron al cerdo degollado en casa del procurador y el ataúd en las puertas del cementerio, para que algún alma necesitada lo pudiese utilizar. Y sepa usted Don Camilo que mi marido no mintió en este caso, porque los cochinitos en su día, los había adquirido en Altea para criarlos.

El final de la historia coincidió con la llegada de la pareja a casa de la viuda. Esta sonrió al recordar las ocurrencias de su marido, mostrando una dentadura, limpia, blanca y completa, rodeado por unos labios sonrosados y carnosos que el cura sintió la necesidad de besar. Resistió a la tentación pues no era esa su prioridad y no quería caer en las añaegas que le tendía el diablo.

Ante el temor de ser despedido y quedarse sin el marrano, se introdujo Don Camilo en la casa sin ser invitado aunque la viuda tampoco hizo nada para evitarlo.

Doña Angelita ya había cumplido los cincuenta años pero no muchos más y sobre todo aparentaba muchos menos. Algo metidita en carnes, pero de muy bien ver. La piel de la cara la tenía sonrosada a pesar del frío ambiente y tersa como la de una joven de veinte años, pues nunca había conocido ni cremas ni afeites. Por debajo del negro tul, colocado ex profeso para el momento y que cubría un generoso escote, se adivinaban más que se veían unos todavía turgentes senos.

Cuando entraron en la casa, la dama se topo con la frialdad de las cuatro paredes, se sintió sola y comenzó a llorar.

-No me deje sola, Don Camilo. No me deje sola – suplicó.

El cura se acercó a ella para intentar consolarla. Mientras, ella se abalanzaba sobre él, rodeando su cuello con sus brazos mientras continuaba llorando, ahora ya, desconsoladamente. Don Camilo no sabía qué hacer y se quedó como petrificado, intentó, eso sí, no colocar las manos en ningún lugar comprometido, pero al notar que las piernas de la viuda flaqueaban, la asió por donde la espalda pierde su nombre y la sujetó contra si antes que se derrumbase. Como pudo, la arrastró hacia la cama que se vislumbraba al fondo, pues de haberla soltado hubiese caído al suelo sin remedio. Cuando llegó al borde de la cama y la pudo soltar se vio arrastrado por ella, pues aunque sus piernas habían flaqueado, sus brazos estaban firmemente agarrados alrededor de su cuello.

Sobre ella y con sus labios apenas a unos pocos centímetros de su boca no pudo resistir la tentación que lo había reprimido solo hacia unos momentos en la calle, y los besó. Como la dama no reaccionó ni recibió el tortazo que esperaba como premio a su atrevimiento, repitió el beso. Ella entonces lo atrajo hacia si fuertemente y lo besó por tercera vez, esta vez apasionadamente.

Don Camilo pensó que se había excedido en su atrevimiento y trató de desasirse del abrazo que

lo aprisionaba. Al no lograrlo, o mejor dicho no poner un mayor empeño en conseguirlo, se dejó hacer. La situación comenzó a gustarle y su sexo empezó a reaccionar debajo de su sotana. Si llegaba el momento solo temía no estar a la altura de las circunstancias y fracasar como ya le había ocurrido en otras ocasiones. Sus temores pronto desaparecieron y Doña Angélica, con un rápido movimiento volteó la situación, colocándose ella encima y tomando la iniciativa.

Don Camilo desde su época en el seminario y para evitar lavar continuamente sus calzones se había acostumbrado a prescindir de ellos, así es que cuando la dama indagó debajo de la sotana no tardó en encontrar, más fácilmente de lo que presumían, lo que buscaba. La señora se arremangó las faldas y se sentó sobre sus caderas. La resistencia que hubiese podido encontrar en forma de ropa íntima, en el caso de tratarse de un simulacro, no se produjo y cuando quiso darse cuenta ya la había penetrado, sintiendo en el fondo de su ser una sensación tan placentera que únicamente la había experimentado fugazmente la primera vez que se acostó con Lirios.

Cuando al cabo de un rato terminaron exhaustos y sudorosos, Don Camilo agradeció que por fin hubiera terminado un coito como Dios manda, y pensó que esta situación, por desgracia, difícilmente se repetiría. Decidió que al cielo solo se iba una vez y había que aprovecharlo. Convino pasar la noche con la dama para quitarle los miedos y esta no se opuso. Cenaron frugalmente los restos que los convidados al sepelio habían dejado, reponiendo las fuerzas que por lo menos el cura juzgaba necesarias. Después, como Dios los trajo al mundo, se metieron entre las cálidas sabanas de la cama. Durante la noche apenas durmieron, repitieron la operación un par de veces y en los intervalos, mientras se recuperaban ambos del esfuerzo, hablaron de mil y una cosas más. Entre ellas la propiedad del cochino, que sin ninguna duda le fue finalmente adjudicado.

Las primeras campanadas tocando a misa despertaron al cura que automáticamente brinco de la cama y comenzó a vestirse. Intentó salir de la casa de la viuda sin ser visto, cosa que consiguió a pesar de los chillidos del gorrino que arrastraba tirando de la soga que le había atado al cuello. Tal vez el animal presagiaba que nada bueno le ocurriría si salía de la casa que tan bien le había tratado. Y no iba mal encaminado el puerco.

Llegó a casa cuando las campanas daban el segundo toque y su hermana le esperaba temiendo que algo le hubiese ocurrido. Dio como excusa que anoche el cerdo que le había regalado la nueva viuda se le había escapado calle abajo y había pasado toda la noche tratando de localizarlo. Lo que no mencionó a su hermana es que se había convertido en el nuevo jefe, en la sombra, de los contrabandistas de la zona.

CAPITULO XII

La historia amorosa de Don Camilo

Después de la inolvidable noche pasada en casa de Angelita el carácter de Don Camilo cambió radicalmente. A la mañana siguiente se levanto más simpático que de costumbre, y le preguntó a Doña Amalia si quería calentarle por favor un poco de agua, pues pensaba tomar un baño. Cosa inaudita en el cura y mucho más si tenemos en cuenta que estaban en el mes de enero. No solo por la forma en que lo había pedido, sino simplemente por el hecho de tomar un baño en tales fechas. Asombrada, la mujer se apresuro a cumplir las instrucciones de su hermano.

Este, mientras tanto, subió al “tinell”, una especie de buhardilla situada al final de la escalera y que ocupaba el espacio que había entre el techo de la sala y el tejado de la casa. Allí se guardan todos los muebles y trastos en desuso del hogar.

Rescató un viejo barreño de madera que siempre había despreciado y no sin gran esfuerzo lo bajo, primero por la escala y después por la escalera.

Sudoroso llegó al salón a pesar del frío, y lo colocó delante del hallar que permanecía encendido las veinticuatro horas del día, proporcionando a la casa una temperatura ambiente agradable. Apenas le quito el polvo, suponiendo que se iría cuando lo llenase de agua. Con toda seguridad, buena parte de ella se escaparía entre los resecos listones que formaban la barrica, cosa que no le importaba demasiado pues no sería él el que la recogiera. Después, con unos pocos días de uso, la sangría de agua cesaría y quedaría en perfectas condiciones. Si no, se lo diría a Carlitos, que era el encargado de calafatear todas las barcas del pueblo y confeccionar los pocos muebles que se le requerían.

Se despojó de la bata que usaba para dormir y se quedo completamente en cueros. A él no le importaba la presencia de su hermana y esta a su vez ya estaba curada de espanto. Se sentó en el suelo de la improvisada bañera, con las piernas fuera, pues no le cabían dentro, y espero pacientemente a que acudiese su hermana con el agua.

A ella parecía no importarle nada, pero en realidad se fijaba en todo. El pene de su hermano, para ella ridículo, no tenía nada que ver con el de su difunto marido, que Dios tenga en la gloria, y que tantas noches de placer le proporcionó, aunque no sirviera para tener descendencia. Cuando alguna amiga e incluso su madre, en las pocas veces que la vio después de casada, se lo reprochaban, ella siempre decía: “Que me quiten lo bailado”. Observó que la herida que le había producido en su base, con unas tijeras, el día que intento violarla ya estaba curada y solo se notaba por una línea blanca que contrastaba con la negrura del miembro.

-Cuidado con el agua, no sea que este muy caliente y me escaldes los huevos – la interpelo el cura viéndola distraída y absorta en sus pensamientos.

-No te preocupes que la he probado con el codo – le respondió Amelia, recordando que cuando lo bañaba de niño siempre realizaba instintivamente esta operación para no quemarlo.

También recordaba que un día, después del baño, berreaba como un poseso y ella trataba de calmarlo besuqueando su cuerpo y haciéndole cosquillas. Él tenía seis meses y ella apenas once años. Nunca supo como se le ocurrió pero en un momento determinado se encontró con el sexo completo de su hermano dentro de su boca. Lo más curioso es que el niño dejo de llorar y le dedico una sonrisa. Siempre se arrepintió de su acto, pero en ocasiones lo que más lamentó es no habérselos arrancado de un mordisco.

Le echó un caldero de agua tibia sobre la cabeza que, unida al voluminoso trasero del cura, llenó el barreño. Este se frotaba sus partes, el pecho y los sobacos, mientras su hermana, solícita, le lavaba la espalda. El agua de un nuevo caldero eliminó el jabón y sustituyó el agua del barreño que en gran parte se había perdido derramándose por el suelo.

Mientras el cura, sentado en un taburete, procedía a lavar sus pies y piernas, su hermana se afanaba en recoger con trapos y toallas el agua derramada o por lo menos impedir que los regatones llegasen a un lugar inadecuado.

Que su hermano estaba contento, eso era indiscutible, y por el breve aumento de su pene, que normalmente estaba mustio y ajado, Doña Amalia deducía que se trataba de una nueva aventura amorosa, que siempre agradecía pues le garantizaban seguridad, pero que por desgracia siempre terminaban en un fracaso. Podía irle bien, mal o todo lo contrario y esperaba que esta no pasase a mayores como ocurrió con algunas de las otras.

Doña Amalia conocía a su hermano como si lo hubiese parido. Había sido primero su hermana, después su madre y no había sido su amante porque no quiso. Lo quería demasiado para llegar hasta ahí y siempre había resistido las numerosas intenciones de su hermano. Era en definitiva el hijo que nunca había tenido.

Pero Don Camilo no pensaba así. Cuando alcanzó la pubertad comenzó a sentir cosas y sensaciones que antes no había tenido. Las erecciones que antes venían y se marchaban sin hacerles el menos caso, ahora persistían hasta que notaba la necesidad de solucionar el problema. Pronto se dio cuenta que la culpa, en buena parte, la tenían las mujeres, o por lo menos eran ellas las que le provocaban esa sensación de calor.

Hasta entonces no les había hecho el menos caso, pero ahora sentía la necesidad de saber todo lo posible sobre ellas y la que tenía más a mano era su hermana, por lo que se dedicó a acosarla sin que ella se diera cuenta. Olía las prendas íntimas de las que se desprendía cada mañana al mudarse y su aroma en vez de darle asco como presentía, se tornaba en un afrodisiaco que le hacía sentir sensaciones hasta entonces desconocidas. Un día descubrió unas manchas de sangre en unos trapos que solo llevaba ciertos días del mes, lloró desconsoladamente pensando que su hermana podía morir. Al comprobar que ni ella ni su madre hacían el menor caso, dejó de preocuparse suponiendo que era normal y que pronto o tarde le pasaría lo mismo. Cada mañana inspeccionaba sus calzones sin descubrir nada que no fuesen las manchas amarillas de su orín, el olor dulzón de esa sustancia blanca que en ocasiones desprendía su pene y que no sabía para que servía y en la parte trasera la típica mancha marrón que tan mal olía y que nunca faltaba. Finalmente cuando comprobó que todos estos menesteres no le llevaban a ningún sitio, se dedicó a otras cosas.

La casa que tenían en Alcoy cuando sus padres vivían, era grande y sus progenitores dedicaron cada habitación a un uso distinto. Había un gran comedor y un enorme salón, una biblioteca, el despacho de su padre y un diminuto gabinete anexo para que pudiese trabajar el contable de su fábrica, que acudía en las escasas ocasiones en que padre estaba indispuesto normalmente por un ataque de gota; después estaba el pastador, lugar en el que se almacenaban las viandas, y cuya puerta siempre estaba cerrada con una llave que colgaba tentadoramente del cuello de la dueña; el ropero el cuarto de la plancha y el retrete. Después solo quedaba la habitación, mas lúgubre, húmeda y escasamente ventilada que quedaba, situada en el fondo de la casa, que era donde dormía la criada, y como no, la habitación de sus padres con vestidor y baño incluido que compartía fachada con la contigua la más grande y soleada de la casa, que disponía incluso de un pequeño balcón al que no se podía acceder porque siempre estaba lleno de geranios, era la destinada a Amalin único fruto del matrimonio formado por Doña Amalia y Don Camilo. El matrimonio rediseño la casa cuando decidieron no tener más hijos, emplearon todos los medios posibles para evitarlo, principalmente muchos días de ayuno y otros de abstinencia, cuando no podía soportarlo, usaba la marcha atrás y en ocasiones hasta los intestinos del cerdo y del carnero que le había recomendado un amigo, pero era tan laboriosa la colocación que cuando finalmente lo conseguía ya se le había pasado las ganas o su pene caía abatido.

Un mes a Doña Amalia no le bajó el periodo. Después de un par de faltas temieron lo peor, pero como las consecuencias que esperaban no se manifestaban, consultaron con el boticario, que

después de un detenido examen, diagnosticó con palabras técnicas, que a la señora le había llegado la menopausia. Lo que significaba que había llegado el momento del amor libre y sin trabas.

Fueron meses de gran frenesí en la pareja que querían a toda costa recuperar el tiempo perdido. Pero si la felicidad no dura nada en la casa del pobre tampoco en la del rico, porque nueve meses después sufrieron las consecuencias. Cuando finalmente llegó el segundo retoño de la familia, comenzaron las discusiones. Si hubiese sido hembra habría compartido habitación con su hermana, pero el que llegó fue Camilin, para regocijo y desespero de sus padres. Apenas lo destetó, Doña Amalia se sacó inmediatamente a la criatura de su habitación para poder dormir tranquila toda la noche. Provisionalmente lo metieron en el cuarto de Amalin, que con solo diez años había adquirido la habilidad de meterle el dedo pulgar de su mano en la boca del niño y este callaba inmediatamente.

Pasaron los años y la niña se había convertido en una buena moza y el niño en un proyecto de sinvergüenza. Don Camilo se dio cuenta que había de separarlos sin tardanza. Agotadas todas las posibilidades, ya que ningún miembro del matrimonio quería prescindir de ninguna de sus posesiones y la ética les impedía meterlo en el cuarto de la criada, decidieron dividir en dos la habitación de Amalin. La distribución no pudo ser equitativa pues el balcón solo pudo quedar en una mitad y la otra, completamente interior, se tuvo que conformar con la luz que entraba por la puerta que se abrió al pasillo y por un ventanuco situado en la pared divisoria a tres metros y medio de altura que le proporcionaba otro poco de luz y la ventilación necesaria para que la estancia no oliese a tigre.

Ante el estupor de todos Camilin se auto adjudicó la habitación oscura, aduciendo que era la adecuada para concentrarse en los estudios, aunque en realidad lo que pensaba alegar es que no estudiaba por falta de luz y de paso se convertía en el mártir de la casa, para poder obtener otras ventajas. En la época que nos ocupa la chacha de la casa apenas tenía tres o cuatro años más que él, de una delgadez total casi podríamos decir que sufría de anorexia. Don Camilo la admitió porque su madre le había asegurado que comía como un pajarito, y debía ser cierto, pues en realidad nadie podía asegurar que la hubiese visto llevarse algo a la boca. Para colmo tosía continuamente y cuando estabas cerca podías escuchar el resuello de sus pulmones.

En condiciones normales esta hubiera sido la presa ideal de Camilin. Pero tocar unos pechos que no existían o darle una palmada en el culo y toparte directamente con el coxis de la hembra, no le seducía lo más mínimo y finalmente, para llegar a causas mayores con ella, muy desesperado tenía que estar uno.

Cuando un buen día se fijó en el trasero de su hermana, y no lo vio como el de una madre, pensó que ese podía ser su objetivo, abandonando definitivamente los proyectos que podía albergar con respecto a la criada.

Una vez escuchó a su madre, que mantenía una conversación con una íntima amiga mientras tomaban un café con leche y algunas pastas, decirle: "Que creía que a su hija se le estaba pasando el arroz". Preocupado, marchó a la cocina para comprobar que ni su hermana estaba allí, ni había proyecto de cocer arroz ese día. Cuando su madre decía una cosa era por algo, y posiblemente alguna cosa le estaba pasando a su hermana y él tenía que saberlo para protegerla.

Descubrió a Amalin con una jofaina llena de agua caliente en la mano y un par de toallas bajo el brazo dispuesta para el aseo, que no hacía mucho tiempo era semanal y ahora se había convertido en una costumbre diaria. No sabía a ciencia cierta si esto tendría algo que ver con el arroz, pero decidió averiguarlo.

Cuando su hermana se introdujo en su cuarto, en donde solía hacer sus abluciones para mayor intimidad, Camilin hizo lo propio en el suyo. Situó la mesa escritorio debajo del ventanuco, sin arrastrarla ni hacer ruido para no descubrirse. Colocó encima de la mesa un baúl de tapa plana que previamente había vaciado para aligerarlo de peso, distribuyendo los libros que solía contener por toda la habitación aparentando que los usaba frecuentemente para su estudio. Finalmente colocó

el taburete que le servía de asiento sobre la tapa del baúl. El techo era alto y el ventanuco estaba por lo menos a una altura de tres metros y medio. Calculo la altura de todos los muebles que había apilado y supuso que con su estatura sería suficiente para alcanzar a ver a través de la ventana. Por si las moscas se agenció un par de gruesos volúmenes para colocarlos encima del taburete si fuese necesario. Escaló, cuidando no caerse, ni derribar el artilugio y sobre todo con la mayor cautela posible para evitar hacer cualquier ruido que pudiese alertarla. Cuando llegó a la cumbre y se incorporó, miró a través de la rejilla de hilo que cubría la ventana y que con la oscuridad de su habitación garantizaba no ser visto aun en el improbable caso de que su hermana echase un fugaz vistazo hacia donde él estaba. Vio a Amalin completamente desnuda y pasándose por las diferentes partes de su cuerpo una toallita húmeda ligeramente enjabonada. No era la primera vez que la veía como vulgarmente se dice en conejo. Cuando todavía dormía en su habitación en una cama paralela a la suya, y aun no había cumplido los diez años, edad en que su padre decidió separarlos porque quizás a última hora sospechara algo. Solía acostarse antes que su hermana como era lógico y algunas veces lograba mantenerse despierto hasta que llegaba ella. Mi cama estaba adosada a la pared, para evitar que me cayese por lo menos por ese lado y en mi posición natural dominaba toda la habitación. Me llamaba y si respondía o sospechaba que pudiese estar despierto apagaba la luz de la candela, pero aprendí que si no lo hacía y respiraba acompasadamente emitiendo un suave murmullo se confiaba y la dejaba encendida pues era mucho más cómodo para ella al tener que deshacer una multitud de lazos, desabotonar corchetes y quitarse toda la parafernalia de ropa que portaba encima.

Por aquel entonces solo sentía curiosidad y desde luego no había maldad en unos ojos entrecerrados que solo veían a través de sus pestañas. Se asombraba de ver lo diferentes que era el cuerpo de su hermana del suyo, de sus curvas y sobre todo que no tuviera el “pito” que servía para mear.

Ahora todo era diferente, los ojos que la miraban y las sensaciones que sentía ya no eran las de un niño. Amalia tenía entonces veinticuatro años y un cuerpo escultural, perfectamente proporcionado, pechos tersos y bien plantados. Sin estar gorda tenía la suficiente voluptuosidad para cumplir con los requisitos que demandaban los hombres de esa época. La luz ya no era la tenue de un candil, sino la del sol que entraba a raudales por la puerta del balcón y que mostraba una imagen nítida hasta en los menores detalles. Cuando levantó los brazos vio que los sobacos estaban llenos de pelos, que se repetían en la parte púbica sin dejar ver lo que había debajo. El ya lo sabía, recordaba que cuando tenía unos diez años una vecina lo requirió en la calle para que sujetara a una niña de tres años que se debatía por el dolor al haberse sentado encima de un montón de tierra y tener todo el sexo lleno de ella. La madre, después de meterla bajo el chorro de la fuente, le abrió los labios y con el extremo de un pañuelo iba extrayendo uno a uno los granos de arena que quedaban. Camilin, al que le dio asco aquello, si se dio cuenta que en la parte superior tenían una pequeña protuberancia que debía ser el pito por donde meaban. Era tan pequeño que apenas podía sostenerse con los dedos y dedujo que era el motivo por el que las mujeres meaban en cuclillas.

A su hermana por culpa de los pelos no se le veía nada y como no, se propuso averiguar que había allí. Cuando termino de lavarse, Camilin decidió dar por terminada la sesión, tiempo tendría para repetirla cuando quisiera. Cuando iba a bajarse decidió esperar unos instantes ya que si no la había visto desvestirse, supuso que el mismo morbo tendría verla vestir, por los menos las primeras prendas.

Amalia cogió una toalla y la depositó en el suelo, doblada con cuatro pliegues, junto a la pared. Justo la que había enfrente del ventanuco. Se sentó sobre ella, apoyo la espalda en el tabique y abriendo ligeramente sus piernas metió el dedo medio de su mano izquierda entre el vello que cubría su pubis. Al cabo de un rato comenzó a gemir, primero débilmente y después un poco más fuerte.

Camilin no daba crédito a lo que hacía su hermana y que no hubiera podido imaginar ni siquiera en sus mejores sueños.

De repente se dio cuenta. ¡Se estaba masturbando; ¡Su querida hermana se estaba masturbando con un solo dedo lo mismo que él hacía con toda su mano; ¡No se lo podía creer; Mientras, ella se retorció de placer y aceleraba imperceptiblemente el movimiento de su dedo, manteniendo sus ojos semicerrados como si no quisiera salir de un sueño y con la otra mano acariciaba sus pechos desnudos. De repente aceleró sus movimientos, su pelvis se estremeció en diversas ocasiones y dejó caer sus manos exhaustas al suelo.

El muchacho no terminaba de creerse lo que había presenciado. Creía que lo de masturbarse era cosa de hombres y no podía imaginar que una mujer y mucho menos su hermana lo practicase. Si eso era bueno para los dos, no había ningún obstáculo en que lo hiciesen juntos. Al fin y al cabo era hermanos. Se imaginaba a los dos desnudos, tendidos en la cama y a él con su dedo explorando el sexo de su hermana y ella con su mano haciendo lo propio.

Pensó que eso debía ser lo que la gente fina llamaba: “hacer uso del matrimonio” y los ropillas de la calle llamaban: “follar”.

Con desolación se dio cuenta que una humedad viscosa había inundado sus entrepiernas y había manchado sus pantalones. Nunca le había pasado que hubiese eyaculado sin excitar previamente su miembro con la mano, pero ahora le había bastado el espectáculo que le había proporcionado su hermana para conseguirlo. Se cambió de ropa y llevó la sucia a Lirios, la criada que estaba trajinando en la cocina, y le rogó la lavara sin que su madre se enterara. Con un gesto de complicidad asintió y puso la ropa en remojo. Camilo se lo agradeció con un espontáneo beso que estampó en su mejilla.

XXXXX
XXX
X

Un día Camilo llegó a casa de noche, un poco más tarde que de costumbre. Había estado paseando con su amigo Pepe por la plaza situada delante del Convento de San Agustín y habían conocido a un par de chicas, de su misma edad o quizás un poco mayores que les habían dado cuerda y ellos habían cogido el dogal para saber hasta dónde podían llegar. Trabajaban en una industria textil, no habían prestado atención en donde ni en que, entre otras cosas porque no les interesaba. Sabían que algunas trabajadoras iban detrás de los jóvenes “de puntet” tratando de encontrar una solución a todos sus problemas y cambiar una vida que se les antojaba por lo menos incierta. Muchas lo habían pretendido y muy pocas lo habían conseguido, pero mientras hubiese una oportunidad valía la pena luchar por ello. Ellos por su parte, sabían que allí podían conseguir lo que las muchachas de su mismo nivel social con toda seguridad les negarían. Todos sabían cuáles eran sus cartas y la de los contrarios. Podían jugarlas y luego ver si ganaban o perdían, pero en todo caso debían atenerse a las consecuencias.

Se había hecho tarde y tuvieron que acompañarlas a sus casas que estaban en el barrio de Buidaoli. Los dos muchachos regresaban contentos subiendo por la calle Mayor, pues habían conseguido los primeros besos y algún que otro tocamiento impuro que no dejaba de ser un buen principio.

Cuando entro en el zaguán de su casa, pensando todavía en lo que él consideraba una productiva y maravillosa noche, no se dio cuenta que el candil que iluminaba el habitáculo cuando oscurecía estaba apagado. Cosa no usual pues solía encenderse apenas anochecía. Alguien pues lo había apagado. Sin embargo gracias a la luna nueva que brillaba esplendorosa y al reflejo de la luz de la farola que había delante de la puerta abierta, pudo distinguir que su hermana se estaba besando apasionadamente con un joven que en un principio no reconoció.

Azorado, Camilo subió rápidamente los veinte escalones que le separaban del piso principal, que es donde vivía, sin pronunciar siquiera una palabra. Mas estupefacta quedó sin embargo Amalia que no esperaba que entrase nadie a esas horas y menos su hermano que debía de estar en casa por lo menos hacia dos horas.

Camilin tuvo que soportar la regañina de su padre por la tardanza, mientras que Amalia, que entró casi inmediatamente, no sufrió reprimenda alguna, pues había avisado que pasaría la tarde en casa de su íntima amiga Eugenia, que se encontraba postrada en la cama por culpa de una rara enfermedad, y que posteriormente sería acompañada a casa por alguno de los caballeros de la familia, bien fuera el padre o el hermano. La posibilidad de que congeniase con este último, justificaba ante los ojos de su madre la tardanza. Camilin, en la oscuridad de su cuarto, estaba castigado sin cenar y a la vez cabreado de ver que su hermana estaba haciendo lo mismo que él terminaba de hacer apenas media hora antes y no recibía ningún castigo. Pensó en contar a sus padres la escena que había presenciado, pero finalmente desistió, bien pudiera ser que el desconocido fuese el hermano de Eugenia y encima se ganase un buen mamporro y si no fuese así valdría la pena guardarse la información para un futuro chantaje.

Sin embargo a Amalia que no estaba al tanto de las cavilaciones de su hermano, no le cabía el miedo en el cuerpo pensando en cómo actuaría este. Pero al día siguiente no pasó nada, que era lo mejor que podía ocurrir. Y poco días después la vida en la casa transcurría con monótona normalidad.

Un mediodía durante la comida Amalia pidió permiso a su padre para visitar a su amiga en las mismas condiciones que la vez anterior y este a instancias de su esposa se lo concedió sin problemas.

Camilo paso la tarde en la sala haciendo como si estudiaba junto a su madre que estaba repasando la ropa terminada de lavar por si precisaba de algunas puntadas. En realidad estaba leyendo una de las muchas novelas pornográficas que guarda su padre en el çeller y cuando la terminó, continuo matando el tiempo maquinando una venganza contra su hermana. Cuando comenzó a anochecer cerró con gran estruendo el libro que tenía delante como señuelo aparentando un gran enfado. Le confesó a su madre la incapacidad de resolver un difícil problema.

Le rogó lo dejase ir a casa de Pepe que vivía dos casas más abajo y en donde lo podía localizar si lo necesitaba enviando a Lirios a buscarlo, para tratar de resolver el problema.

-Si crees que puedo ayudarte... – insinuó Doña Amalia

-¿Cuánto cuestan tres sardinas y media, a real y media la sardina y media? – le preguntó con la mayor celeridad posible que pudo pronunciar esas palabras.

La madre anonadada lo dejó marchar inmediatamente.

Antes ya se había agenciado las llaves de la puerta que desde el zaguán daba acceso al çeller. Así es que cuando su madre le dio su consentimiento, bajó corriendo las escaleras y se encaminó a casa de su amigo. Se presentó como el chico tan bien educado que aparentaba ser en presencia de las amistades de su madre. Doña Emilia, la encargada de depositar en este mundo a Pepe, lo agasajo con unos dulces y se retiró contenta de que su hijo eligiera amigos tan ejemplares. Camilo le pasó la novela porno que terminaba de leer y se limitó a decirle que si venía la Lirios preguntando por él, cosa que dudaba muchísimo, le dijese que se terminaba de marchar que de lo otro se encargaba él. Pepe quiso saber algo más ante tanto misterio pero no consiguió sacarle nada más a su compañero de fatigas.

Regresó a su casa, temeroso de que hubiesen regresado ya los tortolitos pero no fue ese el caso. Abrió la puerta del çeller y se metió dentro cerrándola de nuevo tras él. Se sentó en el primer escalón a la espera de acontecimientos. Al final de la escalera había un amplio sótano en el que sus padres guardaban todos los trastos que ya no eran útiles arriba. Ahora no quería bajar porque estaba allí por otra cuestión y no quería encender una candela para no llamar la atención. Pero recordaba que entre los muebles había un sofá y un sillón comodísimo al que le faltaba una de las patas. Cojeaba cuando te sentabas y él lo había nivelado con un tarugo de madera de pino que empleaban en invierno para la calefacción. Solía pasar mucho tiempo allí leyendo los libros que en diversas cajas de madera guardaba su padre. Eran libros de ediciones baratas, vulgares y en la mayoría de los casos eróticos, que por razones obvias no podía leer en la casa a riesgo de ser castigado y tampoco merecían exponerse en la lujosa y cuidada biblioteca que había iniciado su bisabuelo y ampliado sus descendientes. Era la envidia de muchos y contenía algún que otro libro de un valor incalculable.

En un par de ocasiones la entrada de algún vecino había interrumpido sus cavilaciones y hacia una hora que el señor Jorge, el vecino del segundo izquierda, encargado ese mes de encender el candil de la entrada, lo había prendido.

Oyó otro ruido y se asomó por la rejilla de ventilación que tenía la puerta y comprobó que era su hermana, junto con un maromo probablemente el mismo del otro día, quienes entraban. Se asomó primero ella y al comprobar que no había nadie permitió el paso de su acompañante. Todos los vecinos debían estar en sus casas, eran gente mayor y poco trasnochadora. Su padre no había llegado todavía, pero era viernes y tenía reunión en el Círculo, en donde solía cenar ese día, y no regresaría antes de las once de la noche. Bien calculado lo tenía todo la mala zorra, malpensó Camilin.

Esta vez Amalia cerró la puerta de la calle, mientras que el supuesto novio, con dos dedos, apagaba la luz del candil. Todo quedó a oscuras, pero cuando sus ojos se acostumbraron, por la escasa luz que entraba por la cristalera que había encima de la puerta, puso apreciar la silueta de los dos tortolitos que se acercaban hacia donde él estaba. Un escalofrió que casi congeló el tuétano de sus huesos, recorrió su cuerpo. En esos momentos de terror pensó en bajar precipitadamente los escalones, con el riesgo de romperse la crisma si daba un traspie, y esconderse entre los muebles. No fue necesario. Del zaguán hasta llegar a la puerta del celler tenían que bajar cuatro escalones y después había un pequeño rellano de unos sesenta centímetros de anchura que permitía abrir la puerta sin problemas.

Cuando llegaron al rellano su hermana empujó la puerta para cerciorarse de que estaba cerrada, como así ocurrió. Solo había una llave disponible para todos y la tenía él, la otra estaría en algún cajón de la mesa del despacho de su padre y sería una temeridad cogerla.

Allí estaban seguros, si alguien intentaba entrar en la casa, el ruido de la puerta al abrirse los podrían sobre aviso y tendrían tiempo de echarse al suelo y aunque posteriormente encendiesen el candil quedarían ocultos a la vista del intruso.

El novio o lo que fuera, abrazó a su hermana besándola apasionadamente y metiéndole mano por donde podía aunque no debía. Estaban apenas a un metro de distancia, la escasa luz que entraba por el ventanal les daba directamente a la cara y pudo distinguir a Amalia con los ojos cerrados, como cuando se masturbaba, y unos rasgos de su cara que mostraban claramente el placer que sentía en esos momentos. Reconoció finalmente al maromo, que no era el hermano de Eugenia, sino Ramón, un tejedor de la fábrica de su padre y al que había visto en el paseo acompañando a su hermana, pero como iban en grupo no le había dado mayor importancia. Ahora se regocijaba al saber que la tenía en sus manos y la obligaría a hacer lo que él quisiera. Mientras, no podía hacer otra cosa que disfrutar del espectáculo que iban a proporcionarle. Ramón le pidió a Amalia que se tendiera en el suelo, pero ella se negó aduciendo que podría mancharse el vestido y no podría presentarse de esa guisa en su casa. El hombre intentó lo que quería hacer de pie, y después de adoptar una serie de posiciones que a Camilo se le antojaban jocosas, no pudo. El muchacho pensó que para meterle el dedo en la raja a su hermana y esta tocarle la polla al maromo no se necesitaba tanto equilibrio. El niño disfrutaba con los apuros que estaban pasando los enamorados, mientras se había sacado su miembro y comenzaba a jugar con él, evitando que una eyaculación inesperada le volviese a ensuciar los pantalones. Desde allí podía oler el perfume de jazmín de ella que tanto le agradaba en contraposición al desagradable olor a regenerado que desprendía el hombre, y que era común en todos los obreros alcoyanos cuando abandonaban sus puestos de trabajo.

Finalmente Ramón pareció encontrar la solución a tantas peripecias. Le susurró algo al oído y ella asintió, le arremango de nuevo las faldas, le puso sus robustas manos en las nalgas y la empujó contra la pared. En un momento dado la alzó mientras ella ponía sus brazos alrededor de su cuello y alzaba ambas piernas rodeando con ellas su cintura y cruzaba los pies para sujetarse mejor. El, después de unos instantes de tanteo, con un gesto de triunfo y sobre todo de satisfacción, fue arrimando su pelvis hacia ella, mientras esta se estremecía y lanzaba un pequeño grito de dolor más que de placer. El iba acercándose centímetro a centímetro hacia ella mientras le susurraba “carinyo meu” y “no passa res bonica de sucre” y ella se relajaba poco a poco.

La falda de su hermana tapaba todo lo que pudiera estar pasando allí dentro, las manos de Ramón estaban ocultas pero las de ella estaban fuera sobre sus hombros. Camilo no comprendía nada, suponía que el maromo era tonto y estaba dándose placer con una mano, mientras con la otra la satisfacía a ella y para eso no se necesitaba estar en esa incómoda posición. Las pelvis de ambos se movían rítmicamente y cuando más rápido era el movimiento, más satisfacción parecía encontrar. Los grititos de ella resonaban en el zaguán amenazando llamar la atención de los vecinos y Ramón no tuvo más remedio que ahogarlos con un largo y apasionado beso que todavía la excitó más. Una explosión de convulsiones terminó con tanto movimiento. Él, exhausto, se dejó caer en el rellano arrastrándola tras de sí. Ahora parecía que no le importaba que el traje pudiese mancharse. Permanecieron en esa posición todavía un buen rato, sintiéndose a salvo de miradas indiscretas, Amalia todavía movía su cuerpo imperceptiblemente y aun gemía débilmente cuando sus labios no estaban pegados a los de Ramón. Camilo creyó que todavía estaban masturbándose, lo que no sabía era, que aunque flácido, Amalia todavía notaba el miembro de su amado dentro de su cuerpo y lo disfrutaba hasta el último instante. Camilo ya hacía tiempo que había dejado en su pañuelo el producto de su satisfacción para no dejar ninguna huella y esperaba pacientemente a que los amantes se marchasen para poder salir de su escondrijo. Finalmente se separaron sentándose sobre el primer escalón. No parecían tener prisa y mientras su hermana se atusaba el moño parecía preocupada.

-Esto podía tener consecuencias – Insinuó Amalia.

-Si las tienes aquí estoy yo para afrontarlas.

Camilo llegó a la conclusión de que no se había enterado muy bien de lo que había pasado allí. Las únicas consecuencias que presumía podía temer su hermana era que su padre se enterase de todo esto. Podía estar tranquila, aunque la chantajease nunca la delataría. No era un chivato.

XXXXX
XXX
X

Camilo subió a su casa inmediatamente detrás de Amalia, dejó las llaves de celler en su sitio y se presentó ante su hermana como si terminase de salir de su habitación. Esa noche estaba especialmente hermosa, le dio un par de besos en sus ruborizadas mejillas y notó que todavía conservaban un poco de calor en ellas y que su corazón todavía latía a un ritmo acelerado.

-Hueles rara – Le susurro y tras comprobar el efecto de sus palabras que aumentaron perceptiblemente el rubor de sus mejillas, se dirigió hacia el comedor, pues tantas emociones le habían abierto el apetito.

Amalia, que lo conocía demasiado, supo enseguida que algo no iba bien y comenzó a preocuparse

Camilo se despertó a media noche y ya no pudo conciliar el sueño. Repasó los acontecimientos que habían acaecidos los últimos días y que no le eran especialmente propicios. Se había enfadado con su hermana y andaban de morros, pero eso ya no le preocupaba.

Después de rumiárselo durante unos días, finalmente Camilo se decidió. Era sábado, su padre se había ido de buena mañana a la fabrica, pues según murmuraba para si no iban demasiado bien las cosas; su madre y Lirios terminaban de salir hacia el mercado y si la cosa trascurría normalmente tardarían un par de horas en volver y Amalia trajinaba en su habitación haciéndose la cama.

Desechada la opción de abalanzarse sobre ella y forzarla, pues no creía que saldría bien parado. Decidió ir por las buenas. Dando vueltas al salón, le costaba tomar una determinación no sabía si empezar las conversación con la frase “Quiero hacer uso del matrimonio contigo”, que es la que empleaba la gente refinada o la mas soez y directa que usaban lo ropillas en la calle y que era “Quiero follar contigo”.

La primera la consideraba muy cursi, aparte de que no estaban casados y no podían hacer uso de nada. Finalmente se decidió por la segunda.

Entró en la habitación, cerró la puerta tras de sí y disimuladamente pasó el cerrojo, sin saber exactamente si era para que no entrase quien no estaba en la casa o evitar que Amelia pudiese escapar. Su hermana que en esos momentos estaba de espalda, al sentirlo entrar, se volvió con una sonrisa en los labios que Camilo no supo interpretar.

-Quiero follar contigo – le espetó sin más.

Como respuesta recibió un bofetón en pleno rostro que hizo que su nariz comenzara a sangrar.

-Pero tú que te has creído. ¡Mocoso de mierda! - le reprendió su hermana con el rostro encendido de ira.

En muchacho, limpiándose la sangre con el dorso de su mano, y sacando fuerzas de flaqueza todavía se atrevió a amenazarla.

-Si no aceptas, y por esto que me has hecho, le diré a papa y a mama lo que hiciste con “ese” el otro día en la entrada.

El “ese” sonó despectivo y la mujer creyó que se refería a la escena del beso que el muchacho hubiese podido captar fugazmente. Tenía su importancia pero no la suficiente como para poder intimidarla.

Cogió unas tijeras grandes de un costurero que había en la habitación. Se acercó a su hermano, que la miraba espantado, y lo asió con la otra mano fuertemente de la pechera.

-¡Mira! Si alguna vez intentas follar conmigo. Con esto – le mostró las tijeras – te corto tu “pilila” y si se te ocurre contarle lo otro a papa o a mama te corto además los huevos. Ahora lárgate de aquí antes de que me arrepienta y todavía lo haga.

Abrió la puerta y lanzó a su hermano fuera de la habitación, cerrándola inmediatamente tras de sí.

El muchacho, que a punto estuvo de caer al suelo, apenas se rehízo del empujón, se acercó a la puerta y se dirigió a ella con ira y lo suficientemente alto para que se hubiese enterado cualquiera que se encontrase en la casa. Por suerte no había nadie.

-Bien que disfrutaste el otro día follándote al desarrapado de Ramón en la puerta de celler y

ahora la mosquita muerta – recalcó estas palabras – no quiere hacer lo mismo con su hermano. ¡Verdad cariño; o debo llamarte “bonica de sucre”.

Cuando Amalia escuchó estas palabras se quedó paralizada detrás de la puerta, un sudor frío brotó por cada poro de su cuerpo y su rostro perdió el sonrosado que siempre estaba presente y comenzó a palidecer. Una fuerza desconocida le oprimía el pecho, mientras sentía un fuerte aguijónazo en su estomago. Creyó que iba a morir o por lo menos a desvanecerse. Apoyó su cuerpo contra la puerta, aspiró profundamente y sintió que los síntomas que la atosigaban iban desapareciendo poco a poco.

El concepto de follar era diferente para ambos hermanos pero ella no lo sabía. Por un momento llegó a pensar que debía aceptar las condiciones del muchacho para evitar males mayores, pero inmediatamente se negó admitirlas.

Por mucho que se devanaba los sesos ignoraba como era posible que su hermano se hubiese enterado del encuentro con Ramón, pero lo cierto es que lo sabía. Un beso lo podían dejar pasar sus padres, pero lo otro... seguro que no. Por primera vez sentía que se encontraba en manos del cabrón de Camilin., pero el precio por su silencio era demasiado alto e incluso hubiese empeorado las cosas.

El resto del día la casa se torno un infierno, eran momentos de encuentros y desencuentros, de miradas furtivas que se evitaban y sobre todo no se cruzaron ni una sola palabra. Amalia evito la comida alegando unas molestias por su condición de mujer y que su madre comprendió inmediatamente, y consintió se retirase a su habitación. No así durante la cena a la que Doña Amalia la obligó a asistir aunque no logró que probara bocado.

Amalia respiraba mas relajadamente al comprobar que por lo menos todavía no había pasado nada y las amenazas de su hermano no se habían concretado. Se retiró a su cuarto lo más pronto que pudo, no sin antes cruzar una mirada con Camilin para tratar de averiguar lo que pensaba. Solo vio unos ojos neutros, de jugador de naipes que no reflejaban en ningún momento las cartas que portaba.

Camilo por su parte no podía comprender como, sabiendo lo que sabía, a su hermana le importase un pimiento que les contase su secreto a sus padres. Hubiese sido un drama y el igualmente hubiese padecido las consecuencias y lo que era peor sin sacar ningún provecho. No iba a decirlo, desde luego, pero quería alargar la situación lo máximo posible, para castigar a su hermana por toda la humillación que le había infringido en su habitación. Después le diría tranquilamente que hiciese lo que le viniese en gana con Ramón que a él también le importaba un pimiento.

Lo que nunca supo es que Amalia esa noche estaba en sus manos, que la puerta de su habitación estaría cerrada pero con el cerrojo despasado. Había decidido que el azar marcase su destino. Si esa noche su hermano entraba en su habitación lo recibiría con los brazos abiertos y si no, daría por concluido el asunto ateniéndose a las consecuencias si las hubiera.

Camilo en su desvelo no sabía qué hacer. Si acudía a la habitación de su hermana tendría una oportunidad que no podía despreciarla. Suponía que la puerta estaría cerrada pero si llamaba suavemente tal vez la abriera. Igual podía recibirlo con una sonrisa en la boca que con unas tijeras en la mano. Que le cortara los huevos no le importaba demasiado, aunque doliese bastante, porque creía que no servían para nada, aunque si Dios los había colocado allí seria para algo. Pero el pene... eso era harina de otro costal. Lo que nunca pudo imaginar es lo cerca que estuvo de poder aprobar lo que siempre llamaría la asignatura pendiente de su vida. Que no era otra cosa que hacer lo que no podía ni siquiera imaginar en esos momentos. Lo malo es que ya nunca lo conseguiría.

Amalia estaba despierta cuando escuchó que la cama de Camilo crujía, como solía hacerlo cuando él se levantaba. Oyó como abría sigilosamente la puerta de su habitación y comenzó a temblar debajo de la sabana que cubría su cuerpo a pesar de que estaban en pleno verano. Miró la puerta esperando que se abriese de un momento a otro, cosa que no ocurrió. Su corazón que palpitaba sin freno fue relajándose poco a poco y finalmente se durmió.

Camilo pasó por delante de la puerta de Amalia y se detuvo un momento, estuvo tentado de

llamar pues suponía que estaba cerrada. Ni siquiera tuvo la intuición de empujarla para ver si cedía, lo que hubiese ocurrido al no tener el cerrojo pasado. Entonces posiblemente la historia de su vida hubiese cambiado. Pero no pasó.

Siguió su camino como tenía previsto y se dirigió hacia la habitación de Lirios que se encontraba al final del pasillo. No podía dormir y su sexo reclamaba urgentemente una solución manual a sus problemas. Se negaba a proporcionárselo él solo. Necesitaba urgentemente experimentar nuevas sensaciones y la escena de la masturbación mutua de su hermana con Ramón lo atormentaba todas las noches convirtiéndose en una pesadilla. Como este persistía y su hermana no quería complacerlo decidió acudir a Lirios.

Abrió el cuarto de la muchacha sin dificultad pues este no tenía ningún cerrojo. Debía estar profundamente dormida, en el pasillo aun se colaba algún rescoldo de luz, así que tuvo que esperar unos instantes para acostumar sus ojos a la más absoluta oscuridad. Se guió por los ronquidos entrecortados que afloraban por su garganta procedente de su maltrecho pecho. Avanzo lentamente hasta que su rodilla rozó suavemente la cama, quería evitar que si se despertaba asustada lanzase un grito que pudiera alarmar a toda su familia. Avanzo su mano hasta que notó en la palma el aliento de su boca y rápidamente se la tapó. Le susurro palabras tranquilizadoras al oído y cuando ella asintió admitiendo haberle reconocido la soltó.

Se quitó el camisón y se metió en la cama mientras la muchacha se desplazaba a un extremo para hacerle sitio, pues esta apenas tenía un metro de anchura, aceptándolo explícitamente. Se abrazaron, con su mano recorría todo su cuerpo que se estremecía con el contacto, mientras sumisa lo dejaba hacer. Aquello bien hubiera podido ser una sesión practica de una lección de anatomía, pues haciendo un poco de memoria podía reconocer bajo la piel todos y cada uno de los huesos que había estudiado. Sus pechos eran un puro pellejo que no tendría ni una anciana de avanzada edad, pero Camilo se deleitaba palpándolos y hasta le pareció que aumentaban de tamaño. Se sentía feliz junto a la muchacha a la que no paraba de besar en cualquier sitio excepto en la boca que ella rehuía.

Metió la mano bajo el tenue camisón y sobó de nuevo sus pechos, luego bajo su mano hasta el estomago hundido y no paró hasta que tropezó con el vello púbico. Lo exploro y pronto encontró lo que buscaba, el pequeño apéndice que tenían todas las mujeres y que pudo observar cuando su vecina limpiaba el sexo de su hijita. Imitó a su hermana en todo lo que le había visto mientras se masturbaba y parece ser que con éxito, pues la muchacha abrió un poco sus piernas para facilitarle el trabajo y poco después ya estaban emitiendo pequeños jadeos de placer que se acrecentaron con el tiempo. Comenzó a revolverse en la cama conforme llegaba al éxtasis e instintivamente se agarro a los primero que encontró, el miembro viril del hombres, para evitar caerse. Finalmente se derrumbó.

Camilo estaba en tal estado de excitación que creyó iba a explotar sin remedio y ensuciar toda la sabana. Se quedó quieto unos instantes para tratar de controlar la eyaculación y evitar que aquello terminara precipitadamente.

Lirios no era virgen. Un año antes su padre llego una noche borracho a casa como de costumbre. Por el mediodía sus padres habían discutido, llegando incluso a pegarse y quedando su madre malparada. Esta se encerró en su cuarto esperando que como siempre este pasara la noche durmiendo la mona encima de la mesa de la cocina. Después de los consiguientes gritos de protesta, golpes en la puerta y amenazas se hizo el silencio en la casa y todos se durmieron. Se despertó al notar un peso encima de ella, mientras una enorme mano le tapaba la boca y la nariz impidiéndole incluso la respiración. Unas piernas la obligaron a abrir las suyas y cuando no había salido todavía de su sorpresa una cosa dura y seca que a ella le pareció enorme se introdujo en su cuerpo. Sintió un dolor que no había experimentado nunca, y como un fuego quemaba sus entrañas. Si hubiese tenido la boca libre el alarido se hubiese escuchado en todo el barrio pero solo consiguió emitir un gruñido y que se le escapase el poco aire que todavía le quedaba en los pulmones. El oxigeno le faltaba, debatiéndose y con ayuda de una mano que pudo liberar logro aliviar la presión sobre sus

narices e inhalar una bocanada de aire. El roce del pene de su padre en su reseca vagina le producía un dolor insoportable, pero dejó de resistirse esperando que el suplicio fuera breve. Dos minutos le parecieron una eternidad y cuando el hombre eyaculo dentro de ella sintió un ligero y refrescante alivio que duro únicamente un instante. Después una escozor insufrible. Durante un buen rato su padre permaneció en su cama detrás de ella disculpándose y recriminándose por lo estúpido que había sido. Ella continuaba llorando y sufriendo su dolor. Notaba todavía el miembro flácido de su padre en contacto con sus nalgas y temía que de un momento a otro resucitase y comenzase de nuevo. Más de una vez había escuchado como el catre de sus padres repiqueteaba hasta tres veces en una noche. Cuando finalmente él se levantó y salió de su habitación sintió un gran alivio.

Su padre hasta entonces siempre se había portado muy bien con ella. Supuso que lo ocurrido aquella noche se debía a un ataque de locura, y no quiso añadir más cizaña al asunto y evitar que se alterasen más aun las deterioradas relaciones familiares. Ocultó lo que había ocurrido a su madre y sufrió en silencio su dolor.

Su padre debió pensar que el que calla otorga y a la noche siguiente decidió volver a meterse en la habitación de la hija a pesar de que la de su esposa estaba franca. Lirios al verlo comenzó a chillar como una posesa, despertando no solo a su madre sino al barrio entero. Fue entonces cuando Lirios abandonó su casa para pasar a servir en la de Don Camilo.

La principal preocupación de la muchacha era que en casa ajena le pasase lo mismo, porque peor era imposible, que en la propia. Quedo tranquila cuando comprobó la exquisita educación de Don Camilo que le impedían cometer cualquier felonía de esa clase. Más cuidado debía tener con el niño, pero este cuando llegó todavía cagaba verde y aunque en un año maduró lo suficiente, pronto se dio cuenta que estaba más preocupado de su hermana que de ella. De todas formas lo tenía claro, si el muchacho intentaba propasarse, lo aceptaría en su cama. Si los descubrían con toda seguridad se iría a la calle, pero ya haría ella lo imposible para que eso no ocurriese. Porque si por el contrario denunciaba sus intenciones, como a él no iban a echarlo, tenía todas las probabilidades de ser ella igualmente la perjudicada

Cuando se lo vio entrar esa noche, no sabría decir si se llevo una agradable o una desagradable sorpresa. De todas formas esperaba que sería un aquí te pillo aquí te mato. Es decir una copula rápida y sin preámbulo alguno. Por ese motivo le sorprendió la actitud del muchacho y su delicadeza. Había disfrutado lo que nunca hubiera podido imaginar y había pasado del infierno con su padre al cielo con este adolescente. La mujer quería reintegrarle el placer multiplicado por cien si era posible y hacer de esa noche, que suponía la primera, una experiencia inolvidable.

Todas estas reflexiones pasaron por su mente en apenas medio minuto. Cuando juzgo que el muchacho se había sosegado, se sentó encima de la pelvis de Camilin y trató de encarar su sexo con el suyo frotando ligeramente. Este creyó que trataba de excitarlo cuando ya lo estaba suficientemente y le ordenó más que dijo: "Limítate a masturbarme." En el mismo momento en que le pareció soñar que su pene se introducía, sin encontrar apenas obstáculo alguno, en un lugar cálido, húmedo y acogedor.

La muchacha se retiró rápidamente suponiendo que su pareja no quería llegar a mayores, lo que también agradeció ella pues de ninguna forma quería quedarse embarazada. Ya lo evitó cuando la agredió su propio padre pero no había que tentar a la suerte. Camilo se arrepintió inmediatamente de su inoportuna orden, pues aquello que había probado. ¿O tal vez lo había soñado? No sería igual que el rudo contacto con las manos de Lirios, siempre llenas de heridas y sabañones a consecuencia de sus labores domesticas.

Súbitamente la muchacha desapareció debajo de la sabana y algo áspero lamió su glande que de repente se introdujo otra vez en un lugar húmedo y caliente, aunque no suave, pero el roce de la lengua y los dientes le proporcionaba un placer extra. Camilo alucinaba con lo que le estaba ocurriendo. ¡Su pene dentro de la boca de la muchacha! Esto era indiscutiblemente mucho mejor

que la masturbación. Sin embargo tanto placer no supo gestionarlo y derramo inexorablemente su semen sin manchar nada en absoluto.

Camilo se sintió en el cielo pero con un placer efímero. Quiso repetir pero su lívido no lo acompañó. Necesitaba reposo y permanecer allí era un peligro. Finalmente se retiró a su habitación.

Al día siguiente Amalia se encontró con un hermano nuevo, que no le hizo ni puñetero caso, eso, conforme estaban las cosas no dejaba de ser una buena noticia. Ahora las miradas de complicidad las intercambiaba con Lirios que parecía más lozana e incluso aparentaba haber ganado peso.

Unos días después intentó visitarla de nuevo para intercambiar experiencias, pero se quedó con las ganas al toparse en el pasillo con su madre que iba a despertar a la muchacha para que preparara unas infusiones y de esta forma calmar los dolores que atenazaban a su padre. Dio gracias a Dios por no haber salido diez minutos antes, pues en ese caso su madre los hubiera cogido con las manos en la masa. Entonces comprendió lo peligrosas que eran sus visitas nocturnas. No solo para él, que lo máximo que lo castigarían sería con un pescozón, cosa habitual y que ya recibía estoicamente por cualquier nimiedad; este por lo menos valdría la pena, sino por la muchacha que con toda probabilidad la despedirían echándola a la calle. Tampoco podía importunarla mucho, Lirios se levantaba dos horas antes, a las seis de la mañana, para tenerlo todo en perfecto estado de revista cuando se levantaba la señora, tenía que soportar las inoportunas visitas nocturnas de Doña Amalia por cualquier pequeña nimiedad que por desgracia eran cada vez más frecuentes y al que habría que añadir su delicado estado de salud, por eso, aunque sus visitas pudieran alegrarle el alma y también el cuerpo, debía espaciarlas para concederle el necesario descanso.

Sin embargo Camilo estaba contento, por fin había podido hacer el amor con alguien, o por lo menos eso es lo que creía él, aunque no se lo podía decir a nadie, ni siquiera a su amigo Pepe, porque le habría sacado quien había sido la perjudicada para posteriormente estallar en carcajada pues la consideraba un adefesio. Él desde luego no opinaba igual, tenía unos ojos bellísimos y con veinte kilos de carne más en su cuerpo se la hubiesen rifado en el paseo.

Al sábado siguiente volvió a visitarla, fue maravilloso para ambos como suele ocurrir cuando se hace una cosa por última vez y queda para siempre en el recuerdo. Unos días después Doña Amalia fue a importunarla de nuevo a altas horas de la madrugada por una nimiedad. Se la encontró muerta en la cama, completamente desnuda, y con el dedo medio tocando el clítoris, como si la muerte la hubiese sorprendido masturbándose. Le quitó la mano de sitio tan indecente y la tapo con la sabana. Después volvió a acostarse. Mañana sería otro día.

Para sorpresa de todos y especialmente su madre, el que más sintió la muerte de Lirios fue Camilín que se pasó el día llorando como una Magdalena.

-Es muy joven y muy sensible – lo justificaba Doña Amalia ante sus amigas – Al fin y al cabo era solo la criada y una viciosa...

Contaba a continuación a quien quisiera escucharla como la había encontrado y que creía que había muerto, más a consecuencias del vicio que de su estado de salud.

Amalín también lo sintió, pero no por la muchacha, sino porque había muerto su escudo y no tardaría su hermano nada en volver a importunaba. Esperaba que su padre contratase a otra, esta vez fresca y lozana, para que tuviese a Camilín entretenido todas las noches.

Su padre se limitó a comunicar su muerte a las autoridades y devolver el cuerpo de la joven a su madre, que vivía sola pues su marido había huido hacía un año por un lio de faldas, acompañado de un sobre que contenía una moneda de plata de ocho reales y sus condolencias.

Desde entonces la desgracia comenzó a caer sobre la familia, parecía que un bizco les había echado mal de ojo. La fábrica que ya iba mal comenzó a ir peor y los embargos comenzaron a caer sobre Don Camilo como las moscas sobre la miel.

Las malas lenguas comenzaron a criticar al patriarca de la familia maldiciendo que había perdido su fortuna jugando al Monte y al Truc, cuando en realidad ni sabía jugar ni lo había intentado nunca.

Después se comentó en los mentideros de Alcoy que se había suicidado en Montecarlo después de perder la última moneda de oro que le quedaba. En realidad el tiro se lo pegó en Valencia cuando fracasó su último intento de salvar, aunque solo fuese una mínima parte, de lo que había sido su inmensa fortuna.

Poco a poco los muebles de la casa fueron desapareciendo, incluso la biblioteca de la que tan orgullosos estaban. La madre logró enchufar a su hijo en un seminario aprovechando, y antes de que se esfumasen, las viejas amistades eclesiásticas. Amalin, abandonó a Doña Amalia cuando intentó impedir que se casase con Ramón.

Cuando finalmente perdió la casa, la madre se trasladó a una casa de alquiler en la calle Algezares, aprovechó los muebles viejos que quedaban en el celler y subsistió, durante un par de años, hasta que murió, vendiendo las escasas joyas y alguna que otra moneda de oro que había logrado ocultar salvándola de la ruina.

CAPITULO XIII

El compromiso de Doña Amalia

Don Camilo quería volver a ser rico. Recuperar el antiguo esplendor económico de su familia y disfrutar de los placeres que proporciona el dinero ahora que la curva de su vida había tomado un rumbo descendente. Regresar a aquella época en que nunca le faltaba una moneda de plata en el bolsillo a pesar de que solo eran las migajas que le proporcionaba el tacaño de su padre.

Por otra parte comenzaba a disfrutar con las relaciones, tanto sexuales como económicas, que mantenía con Doña Angélica. Esta le reconoció, en el fragor de sus primeros embates carnales, que hacía diez años que no conocía hombre. La enfermedad de su esposo se había manifestado en forma de impotencia, que es lo peor que le podía ocurrir a una mujer tan fogosa como ella. Había tenido la mala suerte de sufrirla a los cuarenta años de edad, cuando se encontraba en la flor de la vida, y ahora, con él, pensaba resarcirse. Ciertamente es que durante ese tiempo tuvo ocasión de ponerle los cuernos en innumerables ocasiones. Pero su marido que sobre todo era un hombre de honor nunca se lo hubiese perdonado e incluso podía haberle costado la vida. Don Manuel tenía los suficientes contactos para enterarse de cualquier desliz que hubiera cometido Angélica incluso en la más absoluta intimidad.

Don Camilo reconoció por su parte que, ahora y únicamente ahora, había conocido el sexo verdadero. Recordaba que había fracasado con su hermana, que incluso llegó a penetrar a Lirios, aunque solo fuera un mínimo instante, y ni siquiera se dio cuenta; que cuando lo intentó con profesionales, rememorando a la bella mulata, no había llegado a consumarlo y cuando quiso embarazar a la hija del cacique, resulta que lo consiguió y todavía no se explicaba cómo. Reconocía que su vida sexual había sido un completo desastre, pero ahora que ya llevaba cinco, o seis polvos, si contaba el bis de la primera vez, con su amada en apenas diez días desde el fallecimiento de su esposo y hubieran podido ser muchos más, si las circunstancias en que vivía, con su hermana, y su condición eclesiástica, que le obligaban a guardar las apariencias, se lo permitían. Los llevaba todos ellos cuidadosamente anotados, pues unas efemérides así no podían pasar desapercibidas para la historia.

La viuda le estaba poniendo al día en los negocios del difunto y como compensación y adelanto de lo que podía llegar le había entregado ciertas cantidades de dinero, que él, orgulloso y enérgicamente, rechazó, pero... siempre había un pero admitió como óvulo para la iglesia que siempre estaba necesitada.

Esta desde luego no se enteró, en la casa parroquial comenzó a comerse mucho mejor y el cura lucía una sotana, de tanta calidad y prestancia, que hubiese envidiado el mismo obispo.

La mansión de Doña Angélica estaba situada cuatro casas más abajo que la iglesia y la anexa residencia del cura, de forma que los encuentros fortuitos o no con este, eran frecuentes.

La viuda tenía un servicio, compuesto por una cocinera y una doncella, que lo realizaban durante el día y marchaban a sus casas al anochecer. Don Manuel no quería tener posibles espías en su casa por las noches y aunque las mujeres eran de total confianza, más valía prevenir que curar. Sus encuentros amorosos se realizaban exclusivamente por las noches, cuando la mujer se encontraba a solas en su casa y podían disfrutar sin trabas. Había que soslayar la vigilancia de Amalia, que como no era tonta y conocía a su hermano ya comenzaba a sospechar que algo tenía entre manos.

La solución estaba en sacarla de casa y la única forma de hacerlo era casándola. En ese caso, comer podía hacerlo en casa de la viuda, que además le saldría más barato; para limpiar, ahora que tenía dinero, podía contratar alguna jovencita, que aparte alegrarle la vista, podía enviar a su casa cuando le conviniese y como Amalia continuaba sin querer acostarse con él, a pesar de haberlo intentado en varias ocasiones, no le hacía ninguna falta.

Recordaba que la última vez que lo intentó fue la más sonada e incluso estuvo a punto de cumplirse una vieja amenaza. Un día Don Camilo regresó del bar, bien entrada la madrugada y bastante borracho, Su hermana se había cansado de esperarlo y se hallaba acostada y sumida en lo más profundo de sus sueños. Hacía un calor sofocante y cuando pasó por delante de su habitación la cortina que hacía las veces de puerta, se hallaba descorrida para que pudiese transitar el poco viento que corría por la casa. Se asomó para comprobar que se encontraba allí y la encontró tendida en la cama, mostrando sus largas piernas y el cuerpo empapado de sudor. Mechones de cabellos los tenía pegados a su frente y el ligero camisón de algodón adherido a varias partes de su cuerpo, parecía transparente en los senos y en el vello púbico.

Sin pensarlo dos veces, se desnudo completamente, y alumbrado únicamente por la sutil luz del candil se subió a la cama y comenzó a arremangar centímetro a centímetro el borde del camisón hasta descubrir su sexo y sin que la mujer despertase. No era la primera vez que lo veía pero nunca tan cerca. Separo los labios y dejó su clítoris al descubierto. No pudo resistir la tentación y lo besó lamiéndolo seguidamente. Miró el rostro de su hermana temiendo se hubiese despertado y lo encontró placido e incluso placentero. Eso lo animó y tentado a la suerte se atrevió con pequeños mordisco que provocó que Amalia se despertase alarmada. Se abalanzo sobre ella sujetándole los brazos por las muñecas e inmovilizándola con su propio peso. Sabía que no gritaría pues lo que más temía era el escándalo y así sucedió. Cuando más se resistía ella mas lo excitaba a él, llegando incluso a rozar su sexo con el de ella. Pero el eterno problema de Don Camilo de no saber exactamente por dónde meterla la salvo. Los continuos y ciegos embates del cura no dieron resultado positivo, porque Amalia dejó de resistirse cerrando inmediatamente sus piernas y aprisionando el miembro de su hermano en las mismas puertas del cielo pero sin poder penetrar en el.

El cura no sabía qué hacer, oía las reprimendas que le dirigía su víctima pero no las escuchaba. Una oportunidad como esta no podía desperdiciarla y decidió seguir hacia adelante que las consecuencias ya las solventaría.

Inició un movimiento de cadera que había visto mil veces pero no había practicado nunca. Al principio fue placentero el roce de su glande con la suave piel de la parte interior de los muslos de la mujer, pero conforme este se iba secando le entró una sensación de escozor que con el tiempo se iba acentuando. No quería detenerse y el escozor se torno en dolor y cuando finalmente logró eyacular entre las piernas de su hermana sintió más alivio que placer. Se derrumbó soltándola y ella sin median palabra, lo separó de un empujón, se levantó de la cama y cogió un objeto del cajón de la mesilla de noche que tenía al lado.

Contempló a su hermano tendido en la cama, exhausto y con los ojos semicerrados. El glande lo tenía hecho unos zorros, completamente despellejado y con pequeñas manchas de sangres. Se sentó al borde de la cama y abrazó con su mano el escroto apretándolo fuertemente. El alarido que salió de la garganta de Camilo despertó a medio pueblo y fue la comidilla de todos al día siguiente, aunque nadie logró averiguar de dónde había llegado. Aflojó un poco para que respirase su hermano, pero mantuvo la tensión suficiente para tenerlo controlado en todo momento y evitar cualquier conato de resistencia.

-Ves lo que es esto – le mostró las tijeras que sujetaba con su única mano libre, presta a utilizarlas. Mientras el horror y el miedo se reflejaba en la cara del hombre, a la vez que asentía con la cabeza.
- Recuerdas que una vez te dije que te cortaría “esto” – señalando su miembro – si alguna vez intentabas violarme.

Mientras pronunciaba estas palabras colocaba las tijeras en posición de corte en el lugar en que el glande se une al resto del pene.

-¡Míralo; lo tienes destrozado por no saber siquiera donde se mete la “polla”.

-Por favor...Adela... no lo hagas. Piensa en mama.

-Con ella estoy pensando, que seguro te hubiera matado si llega a presenciar esto.

La mujer cerró un poco las tijeras haciendo presión en el punto elegido. Camilo trató de acercar la mano para apartar las tijeras, pero un fuerte apretón en los testículos lo devolvió a la realidad y la apartó inmediatamente.

-Por favor Amalia. Me estás haciendo daño.

La mujer no hacía caso de sus palabras.

-Aunque mejor sería cortarlo de raíz – opinó mientras colocaba las tijeras en el nacimiento del miembro. Estaba roja de ira y una vena serpenteante marcaba su sien. Cualquiera que la viera en ese preciso instante, hubiera asegurado con toda certeza que era capaz de hacerlo.

El cura: rogó, imploró, gimió, se puso a rezar y cuando observó que un hilillo de sangre aparecía en el borde de las tijeras, comenzó a llorar como un niño.

Amalia se enterneció y tiró lejos el instrumento cortante cubierto de sangre mientras dejaba libres sus testículos. Lo abrazó mientras lo consolaba.

-Tete, tete, ¿Qué te pasa? Eso no puedes hacerlo y tú lo sabes – le reprimió mientras lo acariciaba.

Él le devolvió las caricias, pero a la mujer le dio la impresión de que la estaba sobando. Era incorregible.

XXXXX
XXX
X

Angélica era una especialista del amor. Con ella nunca se aburría y el sexo jamás era monótono. Cada vez que se unían le sorprendía con una postura nueva que le proporcionaba mas placer si cabe. Le animó a que tomara la iniciativa y dejó de practicar el sexo de forma pasiva. Angélica era un calco de su hermana, cierto que una era rubia y la otra morena, pero tenían un cuerpo idéntico como si lo hubiesen moldeado con un mismo molde.

Cuando yacía en la cama sobre ella, cerraba los ojos e imaginaba que estaba poseyendo a Amalia, y solo la ausencia del aroma a jazmín lo devolvía a la realidad.

Un día la viuda visitó a Don Camilo mientras estaba en la sacristía colocando en su sitio la ropa litúrgica, que su hermana terminaba de planchar. Hacía días que no habían tenido relaciones y Angélica comenzó a reprochárselo. Don Camilo, que siempre estaba a punto, comenzó a acosarla, mientras ella rehuía el encuentro pues consideraba que no era el lugar adecuado ni había sitio donde acostarse. Finalmente el cura consiguió acorralarla en el ángulo que formaba la pared con una cómoda situada en el lugar más oscuro de la estancia. Le levantó la falda y comenzó a masturbarla, ella creyó que se conformaría con esto y le dejó hacer pues un poco de placer nunca está de más. El cura se arremango la sotana y sustituyo su dedo por el miembro que hacía rato que estaba a punto, trató de penetrarla sin conseguirlo.

Vagamente le recordaba esta escena a la que había presenciado cuando era pequeño, delante de la puerta de celler, entre su hermana y Ramón. Esto lo excitó más si cabe. Cogió a la mujer por los glúteos y la alzó hasta colocar su sexo delante del suyo. Ella comprendió la jugada colocando sus piernas alrededor de su cintura facilitándole la labor. El resto fue otra experiencia incomoda pero igualmente gratificante que no dudaría en repetir si se presentaba la ocasión.

Fue entonces cuando comprendió que esa noche Adela y Ramón no habían estado masturbándose mutuamente como él había creído. Ahora resultaba que la pareja había estado follando en el sentido estricto de la palabra, delante de sus ojos y él ni siquiera se había dado cuenta. También comprendió el enfado de su hermana cuando le propuso lo mismo, aunque ni el mismo sabía lo que pedía.

Después de esta experiencia todavía deseaba más a su hermana y temió cometer una locura de fatales consecuencias si lo intentaba, pues conocía como Amalia se las traía, sobre todo con unas tijeras en la mano.

Era necesario que se la sacara de su casa, pero tampoco podía echarla a la calle como si fuera un perro. Decidió que la mejor solución era buscarle un marido pero todavía no sabía con quien, aunque ya se lo imaginaba.

Ese día ya había complacido a Angélica, el estaba desahogado y juzgó que era el día adecuado para quedarse en casa y hablar con su hermana.

XXXXX
XXX
X

Después de la cena, Don Camilo se quedó tranquilamente sentado en la mecedora intentando liar un cigarrillo con el tabaco de contrabando de excelente calidad que se reservaba de los alijos que el mismo dirigía. Trataba de envolverlo en un papel especial para fumadores que le enviaba desde Alcoy su amigo Pepe y no con ese horrible papel que usaban las gentes del pueblo y que le daba un sabor desagradable.

Él nunca había fumado y si lo intentaba ahora era porque le habían dicho que templaba los nervios, quitaba la ansiedad e incluso se perdía peso y en eso el cura ahora estaba muy interesado.

Aunque Angélica no le había dado nunca excesiva importancia a su físico, porque después de la abstinencia a la que le había sometido su difunto marido durante los últimos diez años, poder disfrutar de un hombre al que le llevaba casi veinte años aunque físicamente, uno por exceso y otra por defecto no aparentaban esa diferencia, no estaba al alcance de muchas mujeres de su edad, aunque estuviesen de buen ver como ella. Por otra parte el hecho de que fuese cura le daba morbo y era un valor añadido.

Pero lo cierto era que la combinación de su excesiva barriga y lo exiguo de su miembro, hacía que en ocasiones no pudiese alcanzar la profundidad precisa en ciertas posiciones. Por lo que su pene salía a tomar el aire más de lo necesario, dejándolo en evidencia, y eso desde luego no le gustaba. Angélica trataba de consolarlo diciéndole que era corta pero gorda y además muy juguetona. Pero para Don Camilo eso no era suficiente y desde luego no lo confortaba, así que ya que no podía alargar el tamaño de su miembro, por lo menos quería reducir el de su barriga, que menos daba una piedra.

Hacía más ejercicio, intentaba comer menos y esperaba que el tabaco hiciese el resto.

Finalmente encendió, con una yesca y una mecha, lo más parecido a un cigarrillo que había conseguido confeccionar. Pocos instantes después este se desintegró en sus labios, cayendo papel, tabaco y brasas sobre su pechera, poblando de diminutos agujeritos la sotana nueva que terminaba de estrenar. Amalia acudió solícita en su ayuda y con las manos y soplando le quitó los restos de brasas de encima.

Cuando el cura sintió el aroma a jazmín característico de su hermana, su cercanía y sus manos sobre su cuerpo, que en realidad estaban golpeándolo para quitarle las pequeñas briznas de brasas, pero a él le parecieron dulces caricias. Su miembro reaccionó rápidamente. Comprendió que esto no podía continuar así, pues terminaría volviéndose loco.

-Amalia – le dijo – quiero hablar contigo.

La mujer preocupada le prestó atención.

-Tú dirás. Tete.

-Creo que lo mejor es que nos separemos. No podemos continuar viviendo juntos – le dijo sin más preámbulos.

-Lo hemos hecho durante casi toda nuestra vida y aquí los últimos siete años. ¿Por qué ahora?

-¡Mira! –se alzó la sotana y le mostró por un instante su miembro erecto. – esto es lo que me ocurre cada vez que estas cerca, me tocas...o únicamente por pensar contigo.

Amalia creyó que se trataba de un nuevo truco de su hermano para convencerla e intentar acostarse con ella. Pero por otra parte no podía dejar de hacerle caso y que él terminara por cumplir sus palabras. Si la echaba de allí. ¿Qué haría? Volver a Alcoy era imposible. Allí ya no había nada que la uniera. Encontrar trabajo era una utopía, pues ya iba camino de los cuarenta y cinco años. Y lo máximo que podía aspirar, pues aun estaba de buen ver, sería unirse a algún viudo borracho que le daría una vida infinitamente peor a la que tendría al lado de su hermano aun plegándose a sus pretensiones. Pero no podía hacerlo. Era superior a sus fuerzas. Lo había prometido y nunca haría el amor con él.

Se le acercó y trató de ser conciliadora. Se arrodilló a su lado y mientras con una mano le acariciaba su nuca tratando de apaciguarlo, la otra la metió por debajo de la sotana hasta alcanzar

su pene, todavía enhiesto, y comenzó a masturbarlo, mientras le susurraba unas palabras. Tuvo un atisbo de rechazarla, porque en realidad no era eso lo que pretendía conseguir, pero no pudo evitarlo y se dejó hacer.

-Tete. Esto es lo único que puedo ofrecerte, lo otro es superior a mis fuerzas y no lo conseguirás jamás. Yo no puedo volver a Alcoy, ni a ningún otro sitio y tú lo sabe. ¿Qué crees que sería de mí? Ten compasión de tu hermana y no consientas que me convierta en una cualquiera. Ahora ya tienes a Doña Angélica. ¿O crees que no me he dado cuenta? Puedes ir a su casa cuando quieras e incluso traerla aquí si te apetece. Yo os serviré e incluso os puedo servir de tapadera.

Don Camilo apenas hacía un par de horas que había mantenido el contacto carnal en la sacristía con la viuda y su sexo no tenía ninguna necesidad de explotar. Amalia estaba asombrada de la capacidad de aguante de su hermano y lo que había comenzado con unas suaves caricias, tuvo que convertirse en un verdadero frenesí para que acabase.

Cuando ya empezaba a dolerle la mano y comenzaba a pensar que más valdría dejarse hacer que trabajar tanto y que si tenía que quitarse algún que otro prejuicio de encima se lo quitaría y en paz, un suspiro del cura y una mano sucia y pegajosa le anunciaba que todo había terminado.

-Quítate la sotana que he de lavarla – le dijo mientras se levantaba sin demostrar ninguna emoción.

-No se trata de eso tata, solo quiero que te cases y seas feliz – le respondió mientras se levantaba y la obedecía.

Amalia no salía de su asombro.

-¿Dónde voy a encontrar ese mirlo blanco? Además tú sabes que yo ya no estoy para nuevas aventuras.

-Lo estas y continuas siendo una mujer apetecible incluso hasta para tu hermano. –le dijo el cura sonriendo y tratando de darle ánimos – Aquí hay hombres que venderían su alma al diablo – se santiguó – por ti, y eso lo sé de buena tinta. Si no te has casado antes es porque yo, que soy un egoísta y un cabrón, no lo ha permitido. No vas a casarte con el que yo quiera. Eres tú la que vas a elegir y si al final no te gusta nadie, te quedas en esta casa y en paz. Aunque yo no responda, porque voy a continuar siendo el mismo.

Amalia a pesar de la desnudez de su hermano que ya se había quitado la sotana. No tuvo ningún reparo en acercarse y estamparle dos sonoros besos en ambas mejillas.

-Creo que empiezas a ser un hombre.

XXXXX
XXX
X

Amalia, cuando prácticamente se fugó de su casa al no consentir su madre la relación con Ramón, se fue a vivir con él a casa de sus padres. Durante dos inacabables meses tuvo que dormir en un jergón situado en un rincón de una cocina plagada de cucarachas que por las noches no dejaban de visitar a la nueva intrusa. Ramón se había ofrecido a ocupar su sitio y cederle su cama, pero los padres, especialmente su madre, no lo consintieron, porque era el único que trabajaba y traía un jornal a la casa, mientras la señorona se pasaba todo el día sin hacer ni ofrecerse para nada. En realidad era su futura suegra la que no consentía su ayuda para después poder ponerla en evidencia ante su hijo. No podía consentir que esa pelandusca le quitase al niño de sus entrañas.

Cuando los viejos dormían, él la rescataba de su jergón y la llevaba a su cama en brazos. Hacían el amor una vez o las que el cansancio del cuerpo les permitía y dormían abrazados toda la noche.

La sirena de una fábrica cercana que reclamaba a sus obreros los despertaba todos los días. Mientras él se vestía ella preparaba un frugal desayuno consistente en un café flojo y un pan duro que ella tostaba sobre una placa de hierro colocada sobre el fogón, cuyo fuego había revivido al colocar unos trozos de carbón sobre las brasas del día anterior enterradas en cenizas. Luego le entregaba la fiamblera con la comida del medio día y lo despedía con un apasionado beso en la boca.

Como los viejos no se levantaban hasta pasadas las nueve de la mañana. Según se encontrase su cuerpo del fragor de la batalla de la noche anterior, se volvía a acostar o se dedicaba a hacer una limpieza general a aquel cubil, que falta le hacía.

Amalia nunca había sido sumisa y no lo iba a ser ahora. Un día tras una fuerte discusión con la que iba para suegra le soltó:

-Mire usted. Aquí la única que pone el coño para que lo disfrute el que trae el sueldo a esta casa, soy yo. Esta noche mi menda dormirá en la cama de su hijo porque me da la real gana. Así es que ya puede tirar a la calle ese inmundo jergón de mierda, lleno de pulgas y en donde van a cagarse las cucarachas todas las noches, y si le tiene cariño se lo mete donde le quepa.

Le había hablado con la misma jerga y palabras malsonantes que solía emplear la vieja cuando se dirigía a ella. En diversas ocasiones trató de replicarle, pero Amalia no lo consintió, cortándola y dejándola siempre con la boca abierta y las palabras en los labios.

Cuando terminó su perorata, la suegra estaba roja de ira y con la voz ronca le dijo:

-¡En mi casa no será!

-No se preocupe que ya le tengo echado el ojo a un pisito en la Calle San Agustín, de solo sala y cocina, para evitar realquilados inoportunos.- aunque un mohín de su rostro dejó bien claro a quienes se refería

Sin dar opción a ninguna replica, Amalia se puso una toquilla de lana sobre los hombros y dando un portazo se marchó de la casa. Pasó el día visitando a su amiga Eugenia, que ya estaba bastante recuperada de su enfermedad, una parálisis infantil, que le dejaría como secuela una ligera cojera, para poder contarle todas sus penas. No se negó cuando la invitaron a comer y estuvo hasta el anochecer. Ramón ya estaría en casa y su madre calentándole los sesos, juzgo que era necesario estar presente y se despidió de la familia que tan bien le había acogido ese día.

Cuando subía las escaleras de la casa de sus futuros suegros ya escuchaba los gritos de la conversación que mantenían madre e hijo ante la presencia de un padre, sentado en una silla, que pasaba estoicamente de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Interrumpió la discusión al entrar por sorpresa y sin llamar en el comedor. Con una sonrisa en los labios se limitó a decir.

-Ya está todo arreglado, cariño. Te lo contare esta noche.

Cenaron bajo un silencio sepulcral y para evitar sentirse incomoda el resto de la velada, y sin pedir permiso, Amalia se introdujo en la habitación de Ramón tras un escueto:

-Buenas noches.

Este, también incomodo y para evitar de nuevo el monologo de su madre, no tardo ni medio

minuto en seguirla. Cuando entró en la habitación se encontró a su novia, completamente desnuda, tendida en la cama, con las piernas abiertas y las rodillas flexionadas. Mostrándole el sexo, señalándose con el dedo y en aptitud de recibirlo.

Esa noche hicieron el amor libremente, como no lo habían hecho nunca. Ella no se reprimió e incluso exageró los gritos y las exclamaciones de placer. Dirigía el coito como un director de orquesta. Pasaba del : ¡Mas! ¡mas! ¡mas!. Al: “despacio cariño que esto puede acabar en un momento y tiene que durar toda la noche”.

La madre estupefacta oía las exclamaciones en silencio y cuando finalmente terminó, entre más gritos de placer, esta vez de ambos, se limitó a decir:

-Esa mala puta me ha ganado la partida.

XXXXX
XXX
X

Se casaron siete semanas después, una vez superados los tramites de las amonestaciones y el consiguiente papeleo. La boda se celebró en la más completa soledad, pues no acudieron ni los padres de él ni su madre. A Camilo le envió una carta, por mediación del párroco de Santa María para que se la hiciese llegar al seminario, pero nunca obtuvo respuesta.

Se instalaron en el pisito de la calle de San Agustín, que como ella predijo únicamente tenía una sala en la que apenas cabía una cama y un armario para guardar la ropa, la habitación había una ventana que daba a un pequeño patio de luces por el que casi nunca entraba el sol, salvo un par de semanas al año cuando llegaba la festividad de San Juan. Anexa había otra habitación que hacía las veces de comedor y cocina y cuya única ventilación era la puerta de entrada que daba a la escalera y por cuyo hueco siempre subía un hedor insoportable. Lo que más echaba de menos Amalia era el retrete de su casa. Aquí no había tanto lujo y las necesidades las hacían en un bacín, que de vez en cuando vaciaban en una barrica que había en la entrada de la casa, que era la fuente del desagradable olor de la escalera, y que alguien se encargaba de vaciar cuando estaba llena. El bacín siempre estaba disponible en un soporte que había instalado Ramón en la parte exterior de la casa, al lado de la ventana.

Tampoco tenían agua corriente y durante el día, según sus necesidades, Amalia tenía que hacer varios viajes para aprovisionarse del preciado líquido, con un cántaro hasta la fuente que existía en una placeta cercana. Aquello era un mentidero, pues guardando cola te enterabas de todo, bueno o malo, de lo que pasaba en Alcoy.

Ramón, después del cierre de la empresa de Don Camilo, trabajaba en una fábrica textil situada al final de la cuesta de Algezares. Era tejedor de primera, y haciendo más horas de las que debía, podía traer un sueldo decente a casa.

No estaba, en ciertos cometidos, ni un instante parado, tenía iniciativa e incluso dirigía a sus compañeros cuando en un momento dado no sabían qué hacer y eso no pasó desapercibido al encargado.

Este puesto, en las fábricas alcoyanas, era un cargo de confianza que pasaba de padres a hijos. Los dueños no se preocupaban de nada y pasaban más tiempo en el casino o en el círculo de empresarios que en la misma empresa, en la que solo iba lo imprescindible en época de bonanza para presumir o dejarse ver y ni siquiera se acercaban cuando pintaban bastos. Un año después el encargado se jubiló por la edad y porque ya estaba algo delicado de salud y no dudo ni un instante en recomendar a Ramón, al que había estado formando sin que este apenas se diera cuenta, al dueño para que ocupase su puesto.

Éste naturalmente aceptó, entre otras cosas porque no tenía otra alternativa. El incremento de sueldo fue importante y como las cosas en la empresa pasaron de bien a mejor y los problemas no llegaban nunca al dueño, este lo agradeció con gratificaciones extras y unas excelentes estrenas por navidad. Eso les permitió abandonar el pisito de San Agustín e instalarse en otro, más soleado y con todas las comodidades, en la calle de San Felipe Neri, que posteriormente se llamaría del Tap.

Por entonces ya había muerto su madre y unos meses después lo hicieron los padres de Ramón con apenas una semana de diferencia. Estaba sola en la vida porque de Camilo no sabía casi nada y desde luego no habían tenido ningún contacto con él.

Supo por su amigo Pepe, que estaba estudiando abogacía, y con el que se cruzaba en ocasiones por la calle, que su hermano venía todos los años por fiestas de San Jorge y que se alojaba en su casa, pues su madre lo tenía en gran estima y mucho más desde que supo que estaba en un seminario estudiando la carrera eclesiástica. Sabía que salía en la Fila dels Capellans, y en las siguientes fiestas trató de localizar a los componentes de la mencionada comparsa para hacerse la encontradiza con su hermano. Lo vio en un par de ocasiones, borracho y como siempre persiguiendo a las mujeres. Finalmente desistió de intentarlo, dejando las cosas como estaban. Tal vez fuera lo mejor.

Vivía feliz con su marido, pero Dios no quiso bendecir al matrimonio con hijos y desde luego

no fue por no intentarlo. Por entonces y durante mucho tiempo, cuando no había descendencia la culpa la tenía siempre la mujer. Principalmente por tener las hembras el aparato reproductor más complicado y con mayor posibilidades de averiarse. No se podía dudar de la virilidad de los hombres que siempre estaban a punto y cuando soltaban el escopetazo era para embarazar a la hembra. Si esta no era receptiva o no sabía aprovechar la siembra no era problemas de ellos.

Amalia, como muchas mujeres instruidas de la época, no opinaban igual, pero aunque lo sentía, criar un hijo no era una de sus prioridades, pues ya había tenido bastante con Camilín, que menos amamantarlo – porque ella no quiso – lo había criado como propio.

Pero la dicha no es eterna y después de casi veinte años de feliz matrimonio, este se rompió.

Un mal día estaban descargando de un carro un telar inglés de segunda mano que traían de la misma Cataluña.

Él solo tenía que dirigir, pues ya no era un crío y las fuerzas comenzaban a fallarle, pero con cuarenta y siete años se creía todavía fuerte e intentó ayudar en la descarga. Algo falló, unos dicen que las caballerías movieron el carro, otros que una sogá se partió y los más que un empleado tropezó, desniveló el equilibrio de fuerzas y el telar cayó por la parte más débil dando encima de Ramón y otros dos trabajadores que fallecieron inmediatamente o a las pocas horas.

Amalia sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza como el telar lo había hecho sobre su marido. Tenía el dinero suficiente para subsistir durante algún tiempo, pero después no sabía que hacer pues no tenía a nadie donde ampararse... salvo su hermano.

Acudió a casa de Pepe, que por entonces ya era un abogado de prestigio en Alcoy, en su casa de la Calle de San Nicolás, en donde también tenía el bufete.

El amigo de su hermano, que la conocía de toda la vida, la recibió con dos besos que fueron de condolencia; pero que su esposa, una mujer regordeta, algo chata y no excesivamente hermosa aunque en su juventud lo hubiese aparentado, que no llegaba a los treinta y cinco años y con cuatro vástagos pululando a su alrededor, que a pesar de tener niñera ya la habían alterado de los nervios; dedujo, ya presa de los celos pues su marido tenía fama bien merecida de mujeriego, que eran algo más.

La cosa llegó al paroxismo cuando vio que su esposo introdujo a la guapa señora, algo machucha pero de muy bien ver, en su despacho acompañándola con la mano muy cerca o tocando la cintura o más bien donde la espalda pierde su nombre. Aunque ella interpretó que lo que le había dado era lo que en su pueblo llamaban un “batecul”. Y ya puestos a suponer, creyó que tal vez tratara de consolarla de tan lamentable pérdida y se propuso impedirlo como fuera.

Se introdujo hasta en tres ocasiones en el despacho, sin llamar a la puerta, ofreciendo: café, pastas e incluso una copita de anís o mistela para la señora y brandy para su esposo. Finalmente Pepe optó por cerrar la puerta por dentro para evitar más interrupciones.

La esposa sin embargo no se desanimó y se quedó escuchando detrás la puerta, pues en otra ocasión ocurrió lo mismo con otra señora no tan guapa como esta y oyó que a veces las palabras se interrumpían por largos besos y los silencios se cortaban con risitas que no hacían presagiar nada bueno. Escuchó:

-Pepe. Supongo que ya sabes lo que me ha pasado.

-Si. Te acompaño en el sentimiento.

-Muchas gracias. ¡Veras; Quisiera saber donde está Camilo. Que supiese lo que me ha ocurrido y...! En fin ¡Es la única familia que me queda y no quisiera perder el contacto con él. Hace tanto tiempo que no lo veo. Sé que a veces viene por Alcoy e incluso que se aloja en tu casa...

-No te preocupes que sé donde está.

Resultaba que Camilo estaba en un pueblo de la Marina Baja. A escasas siete leguas de Alcoy. Pepe se comprometió a enviarle recado de todo lo que había sucedido, su situación actual y sus deseos de ponerse en contacto de la forma que él estimase oportuno

-Tan pronto tenga noticias tuyas te las haré llegar sin tardanza.

Salieron de despacho. Amalia agradeció a Pepe y a su esposa las atenciones recibidas y esta tomó sus dos manos entre las tuyas y le estampó dos sonoros besos en ambas mejillas, manteniendo sus labios más tiempo de lo que se consideraba oportuno. Entonces pareció quedarse más tranquila. En realidad lo que intentaba averiguar es si las mejillas o sus manos se mantenían frías o normales y no acaloradas como hubiese ocurrido en caso de un contacto íntimo. Ni que la suave fragancia a jazmín que emanaba de la señora no había impregnado el traje de su esposo. Aprobado el examen la despedida fue más efusiva de lo normal.

Quince días más tarde recibió la visita de un pasante de Pepe que le entregó una carta lacrada de su hermano y una nota del abogado que simplemente decía: “Espero sean buenas noticias”

Nerviosa. Amalia rompió el lacre de la carta e inmediatamente se sentó en una mecedora y balanceándose suavemente se dispuso a leerla.

“Querida y muy apreciada hermana. Siento en el alma y en lo más hondo de mi corazón la horrible desgracia que has sufrido y que con todo detalle me ha contado nuestro común amigo Pepe.

También me ha dicho que estas muy guapa y que la vida no te ha tratado demasiado mal, salvando tu último infortunio.

Hace siglos que no nos vemos y ansío tu compañía para poder rememorar viejos recuerdos y antiguas añoranzas.

¡En fin! Si te encuentras sola y desamparada y quieres compartir la vejez que se avecina a pasos agigantados con tu pobre hermano. Te propongo que vengas a este hermoso pueblo, al lado del mar, donde hace fresco en verano, un calorcillo agradable en invierno y se respira felicidad por todos los poros.

Piénsatelo. Dentro de aproximadamente un mes se presentará en tu casa, como Pepe el Pollero, un excelente amigo y hombre de toda mi confianza. Si estás de acuerdo, vente con él. En caso contrario, comunícale tu decisión.

En el peor de los casos, lo sentiré mucho pero en el futuro hare todo lo posible para visitarte. En la actualidad las obligaciones con mis feligreses me impiden ir a recogerte personalmente.

Un fuerte abrazo de este tu hermano que te quiere con toda el alma. Y que espera ansioso tu llegada.

Camilo”

Las palabras escritas de su hermano le llegaron al alma y no dudó ni por un instante que aceptaba su oferta.

Los próximos días fueron frenéticos. Le dijo a su casero que en cuatro o cinco semanas podía disponer del piso. Vendió, regalo o simplemente dejó en la casa los muebles, lámparas y cortinas que no podría llevarse y preparó su equipaje, y los recuerdos que no quería abandonar, esperando que el enviado de su hermano le solucionase el problema.

El día más o menos previsto se presentó en casa de Amalia la visita que esperaba. Era alto, moreno, delgado pero musculoso y fuerte. Vestía limpio y con una moda diferente a la de los trabajadores de Alcoy. Debía tener unos cincuenta años, unos pocos más que ella, y sobre todo le causó una buena impresión por su forma de hablar y la cultura que demostró y que confirmó en los pocos días que posteriormente convivieron.

-Llegue ayer – le dijo mientras degustaba una copa de brandy cómodamente sentado en una mecedora – Ya he hecho todas las gestiones que me han traído a Alcoy. Estoy alojado en un hostal que hay en una calle aledaña a la gran plaza que hay un poco más abajo. He contratado a un rapaz para que me trajera a su casa y lo he despedido al ver que estaba cerca y que no tendría perdida para regresar.

-Supongo que cenara y dormiré en esta que es su casa

-Acepto su invitación a la cena, no así al hospedaje. No puedo permitir que la reputación de una dama se vea empañada por albergar a un desconocido a pocas semanas de haber enviudado.

Doña Amalia no insistió. Sabía que tenía cama segura y tal vez pagada para pasar la noche y no precisaba de su ofrecimiento.

Compartieron la cena que tenía preparada para ella, con algún que otro extra y acompañada del mejor vino que le quedaba y que hubiese tenido que abandonar a su partida. La sobremesa fue larga, acompañada por excelentes dulces y licores que sirvió en abundancia.

La velada se extendió hasta altas horas de la noche. El señor Pepe había traído dos mulas de carga y un excelente caballo ruano de montar de magnífica presencia y lo suficientemente veloz y resistente para no ser alcanzado por carabineros o maleantes que de todo había en la viña del Señor y especialmente en los valles de Confrides que tenía que atravesar. Aunque nada de esto comentó a la dama que de ninguna forma quería preocupar.

Más tarde sopeso y calibró el equipaje que Amalia pretendía transportar y juzgo que las mulas lo podrían soportar a cambio de dejarse para mejor ocasión buena parte de la mercancía que él quería llevar a Yocla. Buena se la había jugado el cura con el encargo. Pero ya no le guardaba rencor, pues la dama era hermosa y agradable y no la vieja arpía, que todavía no sabía porque, había imaginado. Para llevarlos a ellos solo contaba con "Lucero". En terreno fácil cabalgarían los dos en el caballo, ella a la grupa o delante según conviniesen y en terreno quebrado él iría a pie sujetando la brida para descansar y evitar que la dama diese con sus huesos en el suelo si tenían algún percance.

Tuvieron hasta tiempo de hacer lo que los mal pensados hubieran imaginado, pero el caballero a pesar de estar algo bebido no lo intentó y se supone que la dama no lo hubiera permitido.

Cuando finalmente se despidieron, quedó qué pasaría a recogerla a las siete de la mañana. La mujer se acostó en la cama para pasar su última noche en solitario y pensó en lo diferente que era el hombre que la había visitado de su hermano, que ahora debía tener treinta y siete años y suponía que habría sentado la cabeza, no solo por la edad, sino por sus responsabilidades eclesiásticas.

Estaba segura que ya no sería ese niño pícaro, auténtico pervertido sexual que únicamente pretendía satisfacer sus instintos más primarios a toda costa.

De haber imaginado por un instante que continuaba así, y además ya de mayor, nunca hubiera aceptado su propuesta.

XXXXX
XXX
X

Salieron a la mañana siguiente de Alcoy a la hora prevista y después de cargar el equipaje acoplándolo perfectamente a las mulas. Ató los animales entre si formando una reata y ayudó a montar a Amalia en el caballo. El traje que llevaba la dama no era el más adecuado para montar pero no tenía otro. La silla era de caballero y no de amazona, por lo que no tuvo más remedio que montar a horcajadas y con las voluminosas faldas y enaguas cubriendo todo el lomo del caballo e impidiendo lo montara un segundo jinete

Bajaron por la calle San Nicolás, calle Mayor hasta que doblaron a la derecha por otra calle adyacente llamada de San Antonio. Bajaron una empinada cuesta y atravesaron un paupérrimo rio por un pequeño puente y ascendieron por otra calle llamada Tosal hasta perder en la lejanía la villa de Alcoy caminando hacia su destino.

Amalia, como todas las mujeres en aquella época no llevaba nada debajo de la falda. Las bragas eran todavía de uso exclusivo de los hombres, de ahí la expresión: “es un tío bragado” y las mujeres tenían incluso prohibido llevarlas. El contacto directo de su sexo con la silla y el continuo bamboleo del caballo no negó que en un principio le diera una cierta satisfacción, como cuando se masturbaba de soltera. Pero sabía que a la larga esto le traería consecuencias desagradables. El “asunto” comenzaba a picarle y temía manchar la silla para sorpresa del caballero cuando se diese cuenta.

Estaba ya a punto de rogarle al señor Pepe que se detuviese, pues prefería ir a pie junto a él que montada, cuando este se le adelantó deteniendo las caballerías.

-¿Supongo que no tendrá otra ropa más adecuada para cabalgar en su equipaje?

-Lo siento. Es igual o muy similar a esta.

Sacó de un macuto la ropa de reserva que el hombre llevaba para su uso y le dijo.

-Vaya detrás de esos arbustos, quítese ese incomodo vestido y póngase esto. Está un poco sucio pero no le importe – ella dudo unos instantes – ¡Venga dese prisa. ¿O prefiere que la ayude?

La mujer tardó un buen rato en salir de su improvisado escondite. Se protegía con el vestido que se había quitado para que no se le viese la pinta que llevaba. Pepe le quitó el vestido para guardarlo y Amalia trató de taparse con las manos como si fuera desnuda. Era un completo desastre y Pepe no pudo disimular una breve risa al verla con esa facha. Los saragüey los tenía sujetos con una mano para evitar que le cayese. El hombre improviso un cinturón con un trozo de sogá y lo sujetó a su esbelta cintura. La camisola era ancha y por el escote pudo ver el nacimiento de unos senos blancos y tersos. No dijo nada para que ella no tratara de ocultarlos, pues era un espectáculo del que no quería prescindir. Observó que los botines que llevaba no cuadraban con la vestimenta que se acababa de colocar, así es que sacó de un zurrón unas alpargatas nueva que llevaba de recambio y se las entregó para que se las pusiera. Le venía algo grande, pero aun así mejoraron en mucho su aspecto.

-¿Qué prefiere delante o detrás?

-¿Qué?

-A este paso tardaremos más de una semana en llegar a Yocla y no tenemos provisiones para tanto. Tenemos que montar los dos al caballo y le pregunto si quiere montar delante o detrás de mí.

Amalia dudo un instante pues en aquel momento no sabía que sería mejor.

-Creo...que mejor detrás.

-Perfecto.

Subió de un salto al caballo, cogió a la mujer de un brazo y alzándola como si fuera una pluma la colocó en la grupa del caballo.

-Ahora cójase bien que vamos...

Espoleó ligeramente al caballo que inició una carrera al trote. Amalia a pesar de abrazar la cintura del hombre cogiéndose sus manos por delante y arrimar sus pechos y su mejilla lo máximo que podía a su espalda, notaba que su saragüey resbalaba sobre la capa del caballo y notaba que centímetro a centímetro su cuerpo se iba hacia atrás.

-Creo que me caigo – Susurró más que dijo

-Acóplese lo que pueda y sujétese colocando sus pies delante de los míos.

Ella lo intentó pero no pudo.

-Creo que mejor será que me ponga delante.

Amalia no pudo ver la sonrisa de satisfacción de Pepe que detuvo inmediatamente su caballo.

-Si lo prefiere así.

Amalia se deslizó por la grupa al soltarse y gracias a que se sujetó a la cola de animal evitó caer sentada en el suelo. Tenía la camisa empapada de sudor a la altura de los pechos y trasparentaba dejando ver sus mugrones. Ella pareció no darse cuenta y en ningún momento hizo nada para evitar que él los contemplase. La sujetó por las axilas y la subió al caballo colocándola delante de él. Ella se sintió más segura en esa posición, por lo menos no tenía que apoyar sus pechos sobre la espalda del hombre y era la suya la que descansaba sobre él. Ahora sus senos saltaban libres y alegres al son que marcaba el trote del caballo y el jinete, dejaba que el caballo siguiese la ruta más cómoda, mientras él se dedicaba a contemplarlos. Por otra parte el trasero de la dama lo tenía acoplado a su pelvis y entre ellos no habían tres faldas y dos sayas sino un simple saragüey de fino algodón.

Pepe el Pollero tuvo que mentalizarse y no pensar ni mucho menos soñar en algo que se le antojaba de momento imposible. No quería que su cuerpo reaccionase y pusiera en alerta a la mujer. Pensó que había llegado el momento de dar un pequeño descanso a la cabalgadura y se apeó.

A ella no le pasó desapercibida la leve erección de su acompañante y en vez de sentirse ofendida se congratulo al ver que todavía era apetecible para los hombres, por lo menos para algunos. “¡Dios mío;- pensó – si apenas llevo tres meses de viuda.” Amalia bajó también del caballo para estirar las piernas y descansar el trasero que ya comenzaba a dolerle al no estar acostumbrada a estos trotes.

Pararon una hora para comer e inmediatamente reanudaron la marcha. Tenían que llegar antes de que anocheciera a la cumbre del Port de Confrides y pasarían la noche en un agradable lugar que los lugareños llamaban el Rincón del Olvido. Allí encontrarían agua en abundancia y un lugar cómodo para acampar. En aquel lugar igual podían toparse con carabineros que con bandoleros. Pero a ninguno debería temer. Pepe le confesó a su acompañante que había llegado a Alcoy cargado de género de contrabando. Como ahora llevaba solo su equipaje los carabineros no podían decirle nada y a los bandoleros ya les había pagado su peaje a la ida y no tenía que volverlo a hacer a la vuelta.

Le recomendó sin embargo se recogiese el pelo con un pañuelo y cubriese su cuerpo con un “marsellés” que le ofreció.

-Comienza a refrescar y cuando menos se parezcas a una mujer mejor. En las distancias cortas es imposible pero de lejos puede dar el pego perfectamente y cuanto menos tientes a los hombres mejor.

Amalia temió por su integridad y se inquietó.

-¿Y si me reconocen?

-Tengo un trabuco y dos pistolas. Antes de que te toquen ya me habré llevado a tres por delante y aquí no suele haber tantos.- Se dio cuenta de que por primera vez la había tuteado y de esa forma la trataría a partir de entonces.

Ella instintivamente se arrimó a él y se cogió a su brazo buscando protección.

Pasaron la noche en el sitio previsto y no se toparon con nadie. Descargaron a las bestias para que descansaran. Cenaron sin encender ningún fuego para evitar llamar la atención y se acostaron inmediatamente para recuperarse del esfuerzo y poder levantarse apenas amaneciera.

Se echaron sobre una manta y se cubrieron con la otra. Guardaron una distancia prudencial pero cuando se despertaron al día siguiente estaban abrazados y sus cuerpos perfectamente acoplados.

Se levantaron con las primeras luces del alba y cubrieron sus hombros con las mantas. Hacía un poco de fresco y los finos vestidos de algodón que llevaban puesto era insuficiente para mantener el calor del cuerpo. En Yocla el sol ya calentaría sus cuerpos, pero aquí, en altura y entre montañas,

todavía tardaría un poco en mostrar su cara. El hombre encendió un pequeño fuego para que ella preparada café, asara un par de trozos de tocino y calentara un trozo de pan para tratar de ablandarlo. Era comida de subsistencia, cuando llegasen al pueblo ya tendrían la ocasión de degustar ricos manjares. Él mientras cargó el equipaje en las mulas.

En una hora se pusieron en camino. Ahora todo el camino era cuesta abajo y no requería gran esfuerzo por parte de los animales, pero cualquier traspíe lo depositaria en el fondo del barranco. Dejó a las mulas sueltas, pues por ese camino no tenían más remedio que seguir al caballo guía y en el caso de que alguna se despeñase no arrastraría a los otros animales. Ayudó a montar a Amalia a la que alzó empujándola con una mano en el culo que encontró prieto y apetecible. Pepe se tomaba cada vez un poco más de confianza. Necesitaba saber hasta dónde podía llegar. En el momento en que recibiese un merecido bofetón o una reprimenda buscaría otras alternativas. En alguna ocasión ella le dirigió alguna que otra mirada de reproche, pero como no venían acompañadas de palabras o gestos, hizo como si no las viera.

Guió al animal con destreza por una senda que en ocasiones desaparecía para volver a nacer más adelante. Atravesaron un barranco por el fondo que no era más que el lecho de un río sin agua. De haberla llevado en cantidad, que es lo que ocurría después de un periodo de fuertes lluvias, les hubiera sido imposible pasar y tendrían que esperar el tiempo necesaria para que las aguas bajasen.

Una hora después llegaron a Confrides. Allí el camino se suavizaba. Compraron embutido y una hogaza a un vecino para preparar más adelante una comida que resultase apetecible. Los productos de esa zona tenían una calidad excelente y su fama había llegado hasta la misma costa. El Tío Pepe solía cargar aquí una buena cantidad de longanizas, morcillas, sobrasadas y otras delicias, para abastecer su propia despensa y el sobrante venderlo en el pueblo a un precio que hacía que su parte le saliese gratis. Esta vez no pudo hacerlo por culpa del exceso de equipaje de la dama que ya le había impedido hacer negocio en Alcoy y ahora aquí. Pero tenía que reconocer que no estaba disgustado por las pérdidas y que si se presentaba la ocasión se las cobraría y con creces. A partir de allí, aunque con muchas curvas y recovecos el camino se suavizaba un tanto, ató las mulas al caballo y montó detrás de la señora.

El sol seguía oculto detrás de las altas cumbres de la sierra de Aitana y continuaba refrescando. Se cubrieron ambos con la misma manta. Ella unió sus bordes y la cerró por delante. Él, con la mano derecha conducía al caballo y con la izquierda, puesta sobre el vientre de la dama, la sujetaba para evitar que cayese. Aunque eso a ambos les pareciera imposible.

Un agradable calorillo invadía el pequeño habitáculo y algo colocado entre las dos nalgas de la hembra comenzó poco a poco a hincharse. Esta vez él no trató de impedirlo y se dejó ir. Ella lo noto pero discreta no dijo nada, aunque no pudo disimular un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

-¿Tienes frío? – Le dijo mientras la apretaba un poco más contra sí.

-No. Se está muy bien aquí.

El caballo aceleró un poco el paso aprovechando un falso llano y preparándose para afrontar una pequeña subida que ya se vislumbraba un poco más adelante.

Pepe comprendió que si esto continuaba así no tardaría en humedecer sus entrepiernas, que aparte la molestia, no le importaba demasiado. Pero también ensuciaría el trasero de la dama y eso no lo podía permitir. Detuvo de golpe el caballo, que se vio sorprendido al no esperar el fuerte tirón de las riendas porque ya estaba comenzando la corta subida.

Descabalgó alegando que el sol estaba a punto de salir y hacia demasiado calor allí dentro. Ella hizo lo mismo. Tenían la ropa mojada por el sudor y cada uno se tapó con una manta para evitar resfriarse. Adela comprobó fugazmente que “aquello” continuaba igual y no parecía tener ninguna intención de relajarse. Pepe se dio cuenta y lo ocultó bajo su manta.

Caminaban sin prisas y hablaban de cosas banales. Le comentó a la mujer que llegarían a Guadalest a media tarde y que en vez de seguir hasta Callosa de Ensarria que era lo habitual, atajarían por la

derecha, monte a través, y acamparían a medio camino entre esa población y Polop. A partir de allí el camino se suavizaba y esperaba que al día siguiente hacia el medio día o a más tardar a primeras horas de la tarde llegaran a Yocla. Alternando cabalgada y paseo, cuando la cosa se ponía puñetera, fueron avanzando el camino. Para evitar nuevas tentaciones, sobre todo cuando montaban al caballo no pararon de hablar. Ella le contó brevemente su vida omitiendo las tumultuosas relaciones con su hermano cuando era pequeño. Y luego le pidió a él que hiciera otro tanto.

Había nacido en Yocla y desde muy pequeño se dedicó a las faenas de la pesca en el sardinal, adquiriendo experiencia marinera. Por su juventud no lo admitieron de momento en el negocio del contrabando que es lo único que daba dinero. No lo suficiente como para hacerse rico, pero si para vivir muy bien. Un día se marchó de casa sin decir nada a sus padres y se fue a Denia para embarcar en la primera nave que lo admitiese. Desde entonces había atravesado el atlántico en siete ocasiones y visitado todas las islas del Caribe y muchos puertos de tierra firme, siendo el que más le impresionó el de Cartagena de Indias.

La guerra con el francés me cogió navegando. Era un lio porque primero estábamos con los franceses y huíamos de los ingleses y al día siguiente era todo lo contrario. Una tarde nos arrimamos a un barco francés, por si nos podía vender un poco de aguada de la que íbamos escasos, y nos recibió a cañonazo limpio. Menos mal que no nos alcanzó y pudimos huir a todo trapo. Posteriormente nos enteramos que entonces éramos amigos de los ingleses y con los que teníamos que llevar cuidado era con los gabachos. Como los holandeses no sabíamos con quienes iban al final optamos por alejarnos de cualquier vela grande y atacar a las pequeñas, pues como bien sabes en el mar tanto encima como debajo del agua el pez grande siempre se come al chico. Nuestro bergantín era muy marinero e iba armado con ocho cañones, cuatro por banda. No era suficiente para enfrentarse a los peces gordos, pero si a los chicos. Como allí todo el mundo robaba decidimos hacer lo mismo. El margen de beneficio se incrementó como puedes suponer, pues es mucho más barato requisar la mercancía que comprarla.

-Estas perlas por ejemplo – se quitó un pequeño saquito de cuero que llevaba colgado del cuello con un delgado pero recio cordel – se las requise a un holandés. Por una extraña manía de nuestro capitán que nunca llegué a comprender porque en los ambientes donde nos movíamos nadie era un bendito y recibir una puñalada trapera era el pan de todos los días. No permitía que robásemos las pertenencias de los marineros, aunque únicamente lo que ellos previamente habían afanado. El holandés me dijo que eran suyas. Que el mismo las había pescado en isla Margarita, cerca de la costa de Venezuela. El muy pillo no se salió con la suya, pues le contesté que esas tierras pertenecían al rey de España y por lo tanto también eran robadas. Y me las quedé.

Se trataba de tres perlas magníficas, iguales en tamaño y una tonalidad de color que parecían paridas por la misma madre y diferentes a otras muchas que había tenido la oportunidad de contemplar.

-¿Deben de valer una fortuna?

-Supongo que sí. Una vez rechace una moneda de oro de trescientos veinte reales por solamente una. Las llevaba siempre encima por si en algún momento de apuro hubieran podido salvarme la vida. Ahora las llevo casi a la vista, pero antes las escondía en dobleces de ropa que nunca me quitaba de encima. La codicia de alguien también podía matarme.

Amalia jugueteó durante unos instantes con ellas. Notó su suave tacto y sobre todo la frialdad que desprendían y que ni siquiera el calor de sus manos había podido mitigar. Después de introducirlas de nuevo en el saquito se las devolvió.

-Son tuyas, ahora ya no las necesito – Le dijo mientras retiraba su mano.

-Tú sabes que no puedo aceptarlas.

-Insisto.

Ella se aproximó a él y le colgó el cordel del cuello. Reanudando la conversación como si el tema

de las perlas no hubiera salido a colación. El no insistió.

-¿Cuánto tiempo estuviste navegando?

-Mucho tiempo – le contestó mientras ocultaba el saquito debajo de la camisa, pensó que ya tendría mejor ocasión para regalárselas, quizás colgadas de dos pendientes y la tercera engarzada en una sortija – pero de vez en cuando regresábamos a España y siempre encontraba la oportunidad de visitar a mis padres en el pueblo.

Después le contó que había logrado amasar una pequeña fortuna que invirtió en la construcción de una balandra y en adquirir la casa en donde habían vivido sus padres y él se había criado y que habían fallecido durante una de sus ausencias.

-Me dediqué a pescar en el sardinal y me metí en este mundo del contrabando al que finalmente creo voy a decirle adiós. Me estoy haciendo viejo, le dijo mientras le sonreía.

Lo que no le contó es que durante una de sus cortas estancias en Yocla se enamoró perdidamente de una muchacha con la que tuvo una maravillosa historia de amor. La quería con locura y antes de partir de nuevo decidió casarse con ella, por si sus continuos escauceos amorosos daban como resultado un inesperado embarazo. No fue ese el caso, pero al regresar al cabo de un año se la encontró preñada de seis meses y viviendo con otro hombre que la mantenía a la vez que la consolaba.

Como las cuentas no cuadraban, el escándalo que se armó fue de órdago y muy señor mío. Hubieron sus mas y sus menos y algún que otro tiro por los aires. Al final el problema se solucionó partiendo la pareja y su futuro retoño a tierras desconocidas.

Cuando ya divisaban a lo lejos el castillo de Guadalest, pararon para comer el tiempo estrictamente necesario y reanudaron la marcha inmediatamente.

Le anunció que a partir de ahora la posibilidad de encontrarse con algún bandolero era prácticamente nula. Podía quitarse, si quería, el pañuelo que atenazaba sus cabellos y si no tenía frío, el marsellés que le oprimía los pechos.

Al fin y al cabo a él le agradaba ver su cuerpo libre sin ambages ni tapujos y a su cabello ondear al viento mientras cabalgaban, rozando su cara y embriagándolo con su aroma.

Ella le hizo caso y él otra vez pudo disfrutar de la vista del nacimiento de sus senos y del perfume que irradiaban sus cabellos que no sabía cómo se las arreglaba pero siempre olían a jazmín.

Llegaron al sitio previsto para pasar la noche cuando todavía no había anochecido. Hubieran podido avanzar un poco más pero un lugar tan propicio para acampar no lo hubieran encontrado más adelante y la posibilidad de que alguien pasase por allí eran prácticamente nulas. Al día siguiente, con los animales descansados, alcanzarían Yocla al medio día si lo deseaban.

Descargó las mulas, y como hacía un poco de viento, colocó el equipaje en dos hileras y puso encima la lona embreada que utilizaba para proteger el alijo en caso de lluvia o cualquier otro elemento atmosférico. Aunque en este caso solo era para ocultarse de las miradas indiscretas de algún desaprensivo.

En realidad no sabía exactamente lo que pretendía con ello, pero si se presentaba la ocasión de hacer el amor con Amalia no iba a desaprovecharla y no quería dejar nada al albur. Cenaron y no tuvieron ninguna prisa en acostarse. Él porque tenía todo el tiempo del mundo y ella porque algo presentía pero no terminaba de creérselo. Comenzó a refrescar y por fin optaron por meterse en el pequeño habitáculo de la improvisada tienda de campaña. Se acostaron vestidos con la misma ropa que llevaban durante el día, se taparon con una manta, pues la otra la habían colocado debajo después de limpiar y alisar el suelo que iba a hacer de cama.

Amalia se puso de espaldas a él y aunque notó que el hombre se arrimaba como si quisiera transmitirle un poco de calor, ni siquiera se movió ni intento huir, pues en realidad estaba aprisionada entre el equipaje y su compañero. Durante unos quince minutos no paso nada, ella se relajó y prácticamente se quedó dormida. Una mano que se había introducido por debajo de la camisa y le estaba delicadamente sobando los senos la despertó. Sintió que la cosa dura que la atormentaba

cuando ambos montaban a caballo, estaba otra vez entre sus glúteos, quieta pero persistente. Ella continuaba inmóvil como una esfinge, parecía que continuaba dormida y sobre todo ajena a lo que estaba ocurriendo. Sin embargo su cerebro estaba funcionando a toda prisa. Su mente le pedía rechazarlo pero su cuerpo todo lo contrario. Finalmente y como ocurría en muchas de sus decisiones lo dejó a la voluntad divina y que fuera lo que Dios quisiera.

Pepe estaba seguro de que estaba despierta pero se hacía la dormida. Esperaba de un momento a otro, un codazo o un fuerte empujón acompañado de reproches que le harían abandonar el habitáculo avergonzado y pasar la noche a la serena. Con lo conseguido ya se daba por satisfecho y así hubiera podido pasar toda la noche, pero no habría otra oportunidad pues la noche siguiente el dormiría solo en su casa y ella en la del cura. Pero haciendo caso al refrán de quien calla otorga y jugándose todo a una carta, dejó tranquilos los senos que ya estaban tersos y el pezón duro como una bala y descendió su mano lentamente saboreando cada centímetro cuadrado de su cuerpo y notando como ella se estremecía levemente. Esto lo animó y la introdujo por debajo de los saragüells, una vez deshecho el lazo del cordón que los sujetaba a su cintura, hasta alcanzar la zona púbica.

La mujer pensó que tal vez solo iba a masturbarla y se dejó hacer. La mano pasó por encima del clítoris, al que de momento no hizo el menor caso, y siguió hasta la zona vaginal a donde con cuidado introdujo uno de sus dedos. Se quedó tersa, pues era lo último que había imaginado.

Pepe con el dedo medio en su interior, el pulgar en el clítoris y en realidad con toda la palma de su mano, masajeó el sexo de la mujer. Primero despacio, después un poco más aprisa. En realidad con ello no pensaba complacerla plenamente, únicamente ponerla a punto.

Cuando creyó que estaba perfectamente lubricada, con el exclusivo fin de evitarle cualquier daño, retiró la mano y con un rápido movimiento aprovechando que los pantalones le venían anchos, los retiró dejando el trasero al aire. Cuando Amalia quiso darse cuenta ya la había poseído.

XXXXX
XXX
X

Hacía casi un mes que había llegado a Yocla y todavía no había tenido la oportunidad de volver a ver a Pepe. Parecía haberse esfumado. Ciertamente era que apenas había salido de casa de su hermano. El primer día lo pasó prácticamente en la cama, le dolía todo el cuerpo. Rememoró todo lo ocurrido la noche anterior. El coito con el varón a su espalda la había sorprendido por inesperado y porque no lo creía posible. No lo había practicado nunca en veinte años de casada. Ciertamente es que su difunto esposo era muy tradicional y solía hacer las cosas como Dios y los cánones mandan. Ella esperaba que en un momento determinado la girase y se montara encima de ella, pero eso... En realidad le había gustado, no tenía punto de comparación que un hombre te estuviera penetrando por detrás, introduciéndote el miembro poco a poco mientras te besuqueaba el cogote y la espalda, que te ponía la carne de gallina y todos los pelos de tu cuerpo de punta, con lo que había practicado toda la vida y que incluso consideraba monótono y casi había perdido todo aliciente. Y si además continuaba estimulándote el sexo con la mano por delante, hizo y con razón que no opusiera ninguna resistencia.

Durmieron abrazados toda la noche y cuando despertó al día siguiente, se encontró a Pepe encima de ella, besándola por todas partes y a punto de volver a penetrarla. Hicieron de nuevo el amor esta vez por el método tradicional y tuvo ocasión de escuchar una serie de palabras amorosas e incluso alguna que otra promesa de matrimonio.

No hizo mucho caso de sus palabras, pues en bien sabido que los hombres cuando tienen la polla dentro, el seso lo tienen fuera y no saben, ni cumplen lo que dicen. De todas formas a ella le gustaron sus palabras. No le importaría juntarse con este hombre para toda la vida y ella que había sido mujer de un solo plato o dos si tenía en cuenta sus manos, ahora se daba cuenta que habían otros menús muy apetitosos.

Su hermano, solícito, le llevó la comida a la cama y le ordenó que no se levantara hasta que estuviera completamente recuperada del largo y fatigoso viaje que terminaba de realizar.

Después, durante dos semanas, estuvo quitando la mierda, polvo y suciedad que el cura había acumulado durante los años que había permanecido solo. Don Camilo trataba a su hermana como a una reina, la besaba siempre que entraba o salía de casa, cada vez un poco más cerca de su boca e incluso alguna morrada se le había escapado de forma accidental. Por lo menos no había intentado tirarle mano como hacía de pequeño y eso ya era un gran avance. Parecía que por el rango que tenía había sentado la cabeza.

Únicamente en dos ocasiones había salido Amalia de la casa de su hermano. Una para ir al mercado que se celebraba todos los jueves y otra por la tarde, a la playa, para recibir a los pescadores que regresaban del sardinal. Le encantó el espectáculo de ver llegar en sucesivas oleadas las barcas a la orilla, como los hombres descargaban cestos llenos de peces, algunos de los cuales todavía coleaba. Intentó comprar unos pocos para la cena de esa noche, pero cuando alguien la reconoció como la hermana del cura se los regalaron. Pero lo que más le gustó fue mojar sus pies descalzos en el agua de la orilla y poder recoger algunas conchas que la mar había depositado sobre la arena. Aunque su verdadera intención era localizar a Pepe entre el gentío y hacerse la encontradiza. No lo vio y por la noche decidió preguntar por él a su hermano.

-¿Qué sabes de Pepe?

-¿Qué Pepe?

-El que me trajo aquí. El Pollero

-¡Ah! El Tío Pep. Pues por ahí ira. El siempre está ocupado y va de aquí allá. ¿Se puede saber porque te interesa tanto? – Le preguntó en un ligero tono burlón.

-Por nada – se hizo la desentendida – quería agradecerle las atenciones que tuvo conmigo durante el viaje.

-No te preocupes que ya se lo hemos pagado. Una moneda de plata me costó convencerle para que te trajese.

Don Camilo, que ni por un instante sospechaba de la íntima relación que había disfrutado la

pareja durante el viaje y con objeto de disuadirla de sus intenciones, que ya veía venir, le mintió diciendo.

-Y aun me dijo. "No querrá que cargue durante tres días con una vieja cacatúa"

Amalia interrumpió la conversación en este punto marchándose a la cocina. Don Camilo pensó que se retiraba a llorar. Había completado el puzle por casualidad y había podido comprobar que ambos estaban enamorados. Sospechó que algún beso furtivo se había podido escapar durante el viaje y que incluso habían podido llegar a congeniar, pero nunca imaginó que hubieran podido pasar a mayores.

Amalia era difícil de conquistar, sino que se lo preguntaran a él. Aunque tal vez fue porque eran hermanos, pues Ramón se la tiró cuando quiso. Decidió que debía de tener más cuidado con ellos en el futuro, vigilar a Pepe, y a su hermana atarla más corto. Ahora que la tenía en su casa, estaban solos y podía trabajársela poco a poco a su gusto sin que nadie les molestara hasta conseguir su propósito, que no eran otros que poseerla aunque solo fuese una vez. No iba a consentir que un palurdo y patán se la quitase.

Lo que no le dijo a su hermana era que unos días después de su llegada, Pepe lo abordó en la calle, le devolvió la moneda de plata que efectivamente le había cobrado y le pidió permiso para cortejar a Amalia.

Don Camilo no se lo negó tajantemente porque sabía que eso hubiera sido contraproducente. Le recordó que a Amalia, apenas hacia tres meses que había fallecido su esposo y se encontraba en el periodo de luto riguroso. Que lo mejor era que no se vieran y mucho menos se hablaran, para evitar el escándalo de la gente. Si respetaban este acuerdo no tendría ningún inconveniente, pasado un año y si continuaban queriéndose, en darles su bendición.

Amalia no consideraba a Pepe tan zafio y tacaño como para cobrarle una moneda de plata al cura para traerla. El único gasto que le había ocasionado se limitaba a dos mendrugos de pan duro y un poco de cecina del que perfectamente hubiera podido prescindir. Aparte que no comprendía cómo podía ser avaro por una parte y tan esplendido por otra al intentar regalarle las tres valiosas pelias que ella había rechazado. De todas formas bien se había cobrado el muy cabrón el viaje la última noche que pasaron juntos. Aunque tenía que reconocer que ella también había disfrutado y le hacía falta, pues después de veinte años de un buen plato diario, pasar un par de meses de ayuno le había hecho mella y el que ahora llevaba de abstinencia sin verlo comenzaba a desesperarla.

Ella ignoraba que la moneda era el precio del alquiler de las mulas que Pepe pensaba cargar en Alcoy, con excelente papel de fumar y otros artículos que le hubieran proporcionados pingues beneficios en Yocla y de los que había tenido que renunciar por culpa de su excesivo equipaje.

Por otra parte tampoco sabía, porque su hermano se lo había ocultado, que le había devuelto la moneda, había solicitado su permiso para cortejarla y por supuesto el pacto al que habían llegado.

Pero lo que más le rompía el corazón es que en una ocasión en que tuvieron la oportunidad de cruzarse por la calle, a su saludo le contestó simplemente con una sonrisa y una breve inclinación de su cabeza. Ni siquiera se detuvo ni un mínimo instante para estrecharle la mano. Ni dirigirle una sola palabra. ¿Estaría casado y trataría de ocultarlo?

Cuando se cumplió el año Pepe se reunió de nuevo con Don Camilo para solicitarle permiso y poder reanudar las relaciones con su hermana. El cura lo recibió afectuosamente pero mostró su extrañeza por la petición.

-Creía que lo habías olvidado.

-Usted sabe que no puedo olvidar a Amalia

-Pues deberías hacerlo.

A Pepe le cayó el mundo encima. ¿Había olvidado Don Camilo su promesa? ¿O quizás no quería cumplirla?

-Usted me dijo...

-Si. Te dije muchas cosas, pero es a ti a quien parece se te ha olvidado decirme algo.

-¿Qué? – lo miro extrañado.

-Simplemente que ya estas casado.

Pepe palideció. Esta vez no solo el mundo, sino todo el universo se desplomó sobre él.

-Eso ocurrió hace por lo menos veinte años. Ella se fue. Ni siquiera sé si ha muerto.

-Ahí radica el problema.

El cura le soltó un sermón de dos horas. Le recordó la indisolucion del matrimonio y que si se casaba de nuevo podrían acusarlo de bigamo. Aparte de que él no permitiría nunca una relación con su hermana fuera del matrimonio. Así es que le rogaba la dejara tranquila, que no le hiciera ninguna promesa que no pudiera cumplir y que no le diera ninguna esperanza, pues estaba muy dolida por la reciente muerte de su esposo y una nueva decepción podía incluso acabar con su vida.

Pepe reconoció su situación y que su relación con Amalia era imposible. Ya no volvió a realizar ninguna tentativa de acercamiento hacia ella.

XXXXX
XXX
X

Dos meses después de estos acontecimientos Don Camilo recibió una carta de un procurador de Alicante, que para agilizar los trámites de una herencia precisaba los certificados de nacimiento y matrimonio de una señora nacida en Yocla llamada Encarnación Peláez Ruiz, ya que el de defunción obraba en su poder.

El cura demoró el encargo unos días, pues la fallecida no tenía prisa y si la tenían los herederos que se fastidiasen. Lo que más le molestaba era rebuscar en pesados libros sin tener la fecha exacta del acontecimiento, pues no había ningún índice que le orientara.

De todas formas en ese pueblo no nacían más de diez críos al año ni se casaban más de cinco parejas. Así que no podía cansarse mucho. Una mañana lluviosa, después de la misa y de un opíparo almuerzo que le había preparado su hermana, decidió no ir al Casino, pues el agua no era buena compañera de viaje y no tenía ninguna intención de mojarse. Decidió que era la mañana adecuada para realizar tan enfarragoso encargo.

La fecha del nacimiento se la había facilitado el procurador. El cinco de septiembre del año del Señor de 1790. Extendió el documento, copiando los datos del libro y lo signó.

Después cogió el tomo en donde estaban inscritos los matrimonios y para abreviar comenzó a mirar por el año 1807, pues antes de los diecisiete años no solían casarse las hembras a menos que fuera por causa mayor. Lo encontró en 1811. La tal Encarnación se había casado con José Alférez Sacristán, nacido en 1787. Expidió el certificado copiando igualmente los datos y se olvidó del tema.

Por la noche el calor lo sofocaba, ya que la lluvia de la mañana no había logrado refrescar el ambiente, y no podía dormir. Al no saber qué hacer comenzó a darle vueltas quien pudiera ser el tal José Alférez. Estaban en 1837. En el pueblo habían varios José pero que tuvieran unos cincuenta años, pensó unos instantes, y no le salió otro que...!no fuese Pepe el Pollero; Comenzó a sudar y ahora creía que no todo era culpa del calor. ¡Sería posible que fuese la mujer con la que estuvo casado el Tío Pepe; desde luego no se le ocurría otra cosa. Se levantó de la cama, encendió un candil y se fue directo a la sacristía que comunicaba por una pequeña puerta con su casa. Cogió el libro de nacimientos y en 1787 encontró a José Alférez. Repasó el libro cuatro años antes y cuatro años después de esa fecha y solo encontró a otro José. Pero a este lo conocía, se trataba de Pep el Rata que había fallecido hacia solo dos años y él mismo lo había anotado en el libro de defunciones.

Maldita costumbre de inscribir a la gente por su nombre y apellidos para después tratarlos por el apodo.

La única manera de saberlo con certeza era hablar con la Tía Pura, la Manana que también era la partera desde tiempo inmemorial y seguro que habría atendido a su madre en el parto cuando nació.

Al día siguiente cuando bajaba al Casino después de comer, para jugar la partida diaria, se detuvo delante de la casa de la Tía Pura y, sin desmontar de Leonarda, la llamó.

-¡Tía Pura; ¡ Tía Pura; Salga un momento, haga el favor.

-Que quiere Don Camilo – le respondió mientras salía secándose las manos con un paño de cocina.

-Necesito que esta noche suba a confesarse –lo prefería así para que la cosa quedase entre los dos.

-¡Por favor; Esta noche no, es víspera de fiesta y habrá mucha cola.

-Tú no te preocupes que cuando te vea te colare.

Por la tarde la Señora Pura acudió puntual a la cita. Habían por lo menos veinte mujeres, todas de avanzada edad, esperando.

Apenas la vio, Don Camilo absolvió inmediatamente a la que estaba atendiendo, que se fue a regañadientes pues según murmuraba todavía le quedaban muchos pecados que confesarse. Cuando se acercaba la siguiente la detuvo diciéndole:

-Deja pasar a la Tía Pura, que esta noche tiene que atender un parto.

-Pero si la única que está preñada de forma evidente en el pueblo es la Maruja y todavía le quedan dos meses para parir. – protestó la mujer.

-Los designios de Dios son inescrutables hija mía, y si Él quiere que vaya a parir hoy la Maruja, lo parirá. Así es que no quieras saber más que el Señor.

Estas palabras dejaron estupefacta y parada, a mitad de camino, a la señora, lo que aprovechó la Tía Pura para colarse.

-Alabado sea el Señor...

-Déjate de preámbulos y vayamos al grano – la interrumpió el cura - ¿Conoces a José Alférez?

-Claro que lo conozco, es Pepe el Pollero, fuimos novios e incluso llegamos a tener relaciones carnales en el pajar de la Tía Pepica antes de casarnos con nuestros respectivos cónyuges. Pero eso ya me lo confesé con Don Senén que fue un cura que hubo mucho antes que usted.

-¿Qué tú has sido novia de Pepe el Pollero y encima te has acostado con él? – le pregunto el cura escandalizado – Si podía ser tu hijo.

-Bueno con el de ahora no, pero si con su padre que en gloria este.

-Vaya, vaya, vaya...- suspiro el cura aliviado – Y ahora que estamos en secreto de confesión, porque no me cuentas el motivo por el que la mujer de Pepe se lo dejara...

XXXXX
XXX
X

Don Camilo tenía un dilema. Podía decirle a Pepe que su esposa había muerto dejando una importante herencia. Lo suponía porque nadie encarga los trámites a un procurador si se hubiera tratado de cuatro perras. El había sido, ante Dios y los hombres, su marido durante todo este tiempo y ahora era su viudo. Una buena parte de esa herencia, si no la totalidad, debía pertenecerle. Si lo avisaba tendría su agradecimiento y con toda seguridad una buena limosna para la iglesia que él se encargaría de administrar sabiamente. Lo malo era que eso sería a cambio de reconocer que ya era libre y poder cortejar a Amalia. Y eso no iba a tolerarlo. Prefería perder el dinero que a su hermana. Así es que no le diría nada.

XXXXX
XXX
X

Ahora todo había cambiado. Habían pasado seis años desde que se enteró que la mujer del Tío Pepe había fallecido, y llegado el momento de decírselo. Posiblemente ya no podría recuperar el dinero de la herencia, pero podría casarlo con su hermana que era de lo que se trataba ahora. No estaba seguro si continuaban queriéndose, pero era el primer candidato y tenía que tantear a ambos antes de meter la pata.

El Tío Pepe era en la actualidad y desde hacía ya cuatro o cinco años el alcalde de Yocla. Y quien lo buscaba sabía que en la casa Consistorial podía encontrarlo casi a cualquier hora.

Al día siguiente, después de la misa y su inevitable almuerzo, Don Camilo, vestido con sus mejores galas, fue a su encuentro. Las relaciones entre ambos como primeras autoridades, civil y eclesiástico, eran cordiales aunque algo frías. Al cura siempre le había interesado mantener esa frialdad para tenerlo alejado en cierta forma de Amalia. El Tío Pepe no le guardaba rencor porque sabía que Don Camilo no tenía ninguna culpa de todo lo que había ocurrido. Le reprochaba tal vez que hubiese sido tan estricto y no hubiese permitido una relación de amistad, casta y honesta. Aunque reconocía que al final hubiese terminado como el rosario de la aurora, porque ninguno de los dos controlaba sus instintos.

Don Camilo entró en el despacho del alcalde sudoroso y jadeando. Aunque todo era parte de una comedia que había ensayado la noche anterior a espaldas de su hermana.

-¡Tío Pepe! ¡Tío Pepe! Que desgracia más horrible. Siento en el alma tener que ser yo quien le dé tan desagradable noticia, pero me termino de enterar ahora mismo. En primer lugar permita que le dé mis más sinceras condolencias y desde luego le acompaño en el sentimiento.

El alcalde permaneció tranquilo, pues no había en este mundo nadie que por morir le causase tal pena. Excepto quizás la hermana del cura, pero estaba seguro de que si fuera ella la fallecida sería el último en enterarse y desde luego no hubiese ido de esa guisa a comunicárselo.

-Tranquílcese Mosén y dígame quien es el finado y ya decidiré yo si debo preocuparme o no.

-Su santa esposa que espero que Dios tenga ya en la gloria.

-¿Mi mujer? – El alcalde se quedó sin saber que añadir. De todas las noticias que podía esperar esa era desde luego la última. - ¿Pero cómo, donde, cuando ha sido?

-El “como” no lo sé; el “donde” en Alicante y “cuando”... Más o menos hace seis años.

-¿Y ahora me lo dice?

-Cuando me he enterado hijo mío.

Don Camilo se apresuró a contarle la historia que por la noche se había inventado, un auténtico cuento chino, con la suficiente dosis de verdad para que fuese creíble y una pequeña pizca de mentira que lo exonerara de toda culpa.

-Resulta que hace algún tiempo recibí, de un procurador de Alicante, la petición de un certificado de nacimiento y otro de matrimonio de una señora de este pueblo llamada Encarnación Peláez Ruiz. Este nombre no me decía nada porque no la había conocido. Cuando redacte el de matrimonio, el nombre del esposo José Alférez Sacristán tampoco me resultaba conocido, porque para mí tú eras Pepe el Pollero. Cuando hago un certificado suelo hacer una copia exacta por si algún amanuense con pocos escrúpulos se atreviera a rectificarlo en provecho de unos intereses que no vienen al caso.

-Vaya al grano Don Camilo que me está impacientando con tantos rodeos.

-Tranquilo que esto se acaba. Como te iba diciendo... ¡Coño! ¡Ya no sé por dónde iba!

-Por lo del amanuense.

-Eso. Yo sé ahora tu verdadero nombre desde que eres alcalde, porque sale en tus edictos y proclamas, pero ya no me acordaba del dichoso certificado y no lo relacioné contigo. Anoche estaba clasificando todos los certificados que he hecho desde que estoy en este bendito pueblo, pues los tenía por riguroso orden de caída, y mira por donde me topé con el tuyo. He venido esta mañana tan pronto como he podido. Esta noticia puede interesarte pues tal vez te permita reclamar la herencia.

-Esa herencia, Don Camilo, me importa un comino. Ahí no hay ni un real mío y por lo tanto

no la quiero. Supongo que la habrá recibido su hija. La que tuvo con ese bastardo que me puso los cuernos y por eso la repudié. Que le aproveche, al fin y al cabo ella no tiene ninguna culpa. De todas formas muchas gracias por la diligencia que ha tenido para comunicarme la noticia. Y ahora si me permite, tengo unos asuntos urgentes que debo despachar sin demora.

-Es que hay otra cosa.

-¿Cuál? – Le espetó el alcalde cansado de soportar al cura.

-Que ahora eres viudo y ya te puede casar con Amalia... ¡Claro esta! Si continuas enamorado de ella.

El alcalde dejó los papeles que tenía en las manos encima de la mesa y le prestó toda su atención.

XXXXX
XXX
X

Don Camilo llegó a la hora de la comida a su casa contento y risueño. Dio los dos sonoros besos de rigor a su hermana, el segundo en la boca y le puso una mano en el culo, arrimándola contra sí y aprovechando para darle un achuchón, que como es natural le puso cachondo. Al fin y al cabo era una de las últimas alegrías que iba a darse con ella. Amalia, por otra, parte pensó que sus intenciones no eran tan aviesas como había creído en un principio y reprimió la patada a los huevos que pensaba darle si intentaba propasarse.

-Esta noche tenemos invitados a cenar Seremos cuatro en total. A ver si te esmeras y preparas una buena cena. A base de "picaeta" si te parece bien. ¡Ah! "Les mandoguilles de abaecho no poden faltar"

Amalia se extrañó, pues no solían tener invitados para comer y mucho menos para cenar. Y el hecho de que le pidiese que se esmerase es porque eran de categoría. Por suerte desde que su hermano andaba liado con la viuda del contrabandista el dinero no faltaba en la casa y le entregaba a ella lo suficiente para que se comprase lo que quisiera y tuviera la despensa bien repleta.

-¿Se puede saber quiénes son?

-Claro cariño. Ven y siéntate que te hará falta.

Amalia se acercó. Estaba más intrigada que curiosa. Se sentó guardando una distancia prudencial para evitar que el cura le echase mano. No le sirvió de nada, pues él arrimó inmediatamente su silla y cogió sus manos entre las de él. "Bueno, si solo es eso" Pensó la mujer y se dejó hacer. Las manos de Amalia estaban frías y algo ásperas y estropeadas por el continuo trajín en la cocina, mientras las de él eran suaves y cálidas. Como las de un hombre que nunca hubiese trabajado.

-Se trata de Doña Angelita y del Tío Pepe el Pollero.

Amalia palideció y un estremecimiento recorrió su cuerpo que el cura notó en sus manos, que sin venir a cuento comenzaron a entrar en calor. "Por lo menos continua enamorada". Considero el hermano

-¿Qué hay entre ellos?

-Nada, no te preocupes. Son asuntos de negocios que hay que tratar en la intimidad. Por otra parte el Tío Pepe quizás me pida tu mano. – Le soltó sin tapujos

Esta vez parecía que la mujer iba a desvanecerse. Don Camilo arrimó un poco más su silla, le soltó las manos, pasó su brazo por su espalda y le asió el antebrazo derecho con su mano y la atrajo oprimiendo su hombro contra su pecho. Tal vez lo hiciese para que no cayese al suelo si se desvanecía pero no perdía ocasión de tenerla cerca y aspirar el aroma a jazmín de su cuerpo.

-Mira Tata – Cuando la llamaba así Amalia podía estar tranquila, por lo que no opuso ninguna resistencia e incluso dejó caer su cabeza sobre su hombro – Cuando no permití que os casarais hace seis años tenía mis motivos.

La mujer alzó la cabeza y lo miró sorprendida. Ignoraba que su hermano supiera nada sobre su relación con Pepe y ahora le confesaba que había impedido su matrimonio. La ira apareció en su cara y un odio profundo en sus ojos. Intentó desasirse con la intención de golpearlo y él se lo impidió sujetándola con más fuerza.

-Ten calma y escúchame. Después si quieres me matas que yo no me opondré – la mujer había dejado de debatirse con fuerza y estaba más calmada – Él vino a pedirme tu mano y yo se la concedí, a cambio de que respetase tu dolor, Ramón apenas hacía tres meses que había fallecido, y evitase también el escándalo público cortejándote. Para evitar que tú te opusieses a ese pacto y a esa espera, y lo digo porque te conozco demasiado, decidimos no decirte nada y aparentar que había perdido el interés por ti. Aunque te duela y te enojas esa decisión fue una verdadera bendición para ti.

El cura la había soltado e incluso limpiaba con su pañuelo las dos lágrimas que caían por sus mejillas.

-Al cabo del año – continuó – el llegó puntual a reclamarte. Pero entonces habían ocurrido unas circunstancias que todos en el pueblo sabían menos yo. Estaba casado.

Amalia miró a su hermano con cara de estupor. Pepe estaba casado y se lo había ocultado. Incluso le había hecho promesa de matrimonio mientras lo tenía dentro de su cuerpo y practicaban el sexo en pecado. Ahora al que odiaba con toda su alma, por haberla engañado, era a Pepe.

Don Camilo que conocía a su hermana como ella a él. Es decir como si se hubiesen parido mutuamente. Supo lo que pasaba por la mente de Amalia en esos momentos y como no le interesaba para sus pretensiones, decidió suavizar los hechos.

-En realidad no era un matrimonio normal. Se habían separado hacia ya más de veinte años. Debido a sus largas ausencias, porque no sé si sabes que era marino de largos recorridos, - la mujer asintió con la cabeza - o tal vez porque el Tío Pepe no supo saciar los apetitos sexuales de su esposa -eso lo dijo el cura con retintín y exclusivamente para mortificarla - lo cierto es que la señora se buscó un querido y como Dios suele castigar a los adúlteros, quedó embarazada sin posibilidad de pasarle el momio a su cornudo esposo.

Amalia pasaba de todas las impertinencias que su hermano colaba en su perorata con el exclusivo fin de mortificarla y para no concederle un placer extra al cura. Conocía perfectamente cómo se comportaba el Tío Pepe haciendo el amor y sabía que ese no era el motivo.

-En fin. Cuando regresó y vio el panorama solo hizo lo que cualquier hombre que se precie hubiese hecho. La repudió y ella no tuvo más remedio que marchar con su querido y el vástago ilegítimo aun en su vientre a respirar otros vientos lejos de Yocla. Aquí mi querida hermana no estamos en la Pérfida Albión en donde los matrimonios se hacen y deshacen a gusto de los conyugues. Aquí en esta bendita tierra, lo que ha unido Dios no lo separan los hombres. Y si Pepe pensaba que por el simple hecho de que su esposa hubiera desaparecido era ya libre, estaba completamente equivocado. Él hubiera caído en la bigamia y tú en la deshonor y el pecado de convivir con un hombre casado y no quiero ni siquiera pensar en una posible criatura que hubiera podido nacer de esa oprobiosa unión.

Amalia le escuchaba impaciente y esperaba que le explicara que extrañas circunstancias habían acaecido para que al final si pudiera pedir su mano.

-Y bien... - le interrumpió

-Que esa señora a tenido a bien fallecer y dejaros el campo libre.

Don Camilo evitó decirle que ya llevaba seis años muerta para no tener que dar más explicaciones. Si llegado el momento se las pedía, le soltaría el discurso que hacía apenas dos horas le había endosado a Pepe.

XXXXX
XXX
X

A la hora prevista los invitados estaban en la casa. A Doña Angélica había ido el cura a recogerla, mientras Amalia daba los últimos toques a la mesa, que presentaba un aspecto espléndido. La vajilla de la casa del cura era un auténtico desastre, llena de mellados y descorchados, procedente de una legión de antecesores que habían pasado anteriormente por la casa parroquial y ninguno se había preocupado de su cuidado y mucho menos de su renovación. Aprovechando que su hermano, como todos los días, estaba en el casino jugando su inevitable partida de cartas diaria, se decidió a visitar a la viuda para pedirle prestada su vajilla.

Acudió más por curiosidad. Para poder ver su casa y conocer a esa maravillosa mujer que había logrado quitarle a su hermano de encima, en el buen sentido de la palabra, y que en cierta forma propiciara su posible futura boda con Pepe.

Las dos mujeres congeniaron inmediatamente y Amalia se hacía cruces pensando que durante siete años, que eran lo que ella llevaba en Yocla, no hubiese tenido tiempo de simpatizar con una mujer de casi su misma edad y cuyas casas estaban separadas apenas por cincuenta metros.

Le abrió el aparador que había hecho de altar durante los funerales de su esposo. En su interior guardaba una vajilla preciosa que se acreditaba con un sello sevillano estampado en la parte trasera. Desde la época en que vivía con sus padres no había visto nada parecido, aunque esta era desde luego mucho mejor.

Estuvo a punto de rechazar el ofrecimiento, pues no se perdonaría que en su poder, cualquier pieza pudiera sufrir el más mínimo desperfecto. Ella esperaba algo mucho más sencillo.

La viuda no admitió excusas. Le explicó que había comprado una vajilla completa, para doce servicios, y media más para ir supliendo las posibles piezas rotas o dañadas. Acompañada por la cocinera, que también se la cedió para que le ayudase en las labores de la cocina, Amalia necesitó varios viajes para poder trasladar a su casa las piezas que necesitaba, acompañados de dos grandes candelabros, de ocho luces cada uno, para iluminar la mesa.

Doña Angelica interrumpió las continuas muestras de agradecimiento de la anfitriona, advirtiéndole que ambas tenían todavía mucho que hacer y ya tendrían tiempo de conversar mientras los hombres hablaban de sus cosas.

Preparó una cena a base de “picaeta” como le había pedido su hermano, una costumbre alcoyana que consistía en sacar una serie de platos, conteniendo manjares diferentes y poco abundantes de forma que cuando se sirvan la mitad de los previstos, los comensales estén saciados y cuando aparezca el penúltimo plato ahítos. El éxito de los mismos se medía por la rapidez en que quedaban vacíos. Para beber le birlo a su hermano dos botellas de vino, del que empleaba para consagrar y tenía en gran estima y que inmediatamente le reprobó con la mirada cuando los vio sobre la mesa. Pero un día era un día y este lo tenían que celebrar por todo lo alto.

El inconveniente de este tipo de comida es que la anfitriona tenía que desplazarse continuamente a la cocina para, calentar si era el caso o, traer nuevos platos y no la dejaban disfrutar de la velada. Hay que advertir, que con gran desolación por parte de Amalia, la cocinera apenas puso una pizca de sal en el último guiso, se despidió precipitadamente sin excusa ni pretexto.

Por ese motivo cuando a última hora apareció su hermano y Doña Angélica, acompañados por la doncella impecablemente uniformada para la ocasión, se la hubiese comido a besos.

Le explicó brevemente a la joven sirvienta el orden en que debía servir los platos y cuales necesitaban un pre calentamiento y cuáles no.

El último en llegar, eso sí “Mudat com un margalló”, fue el Tío Pepe. Bien peinado, recién afeitado, vestido con un traje de levita que nadie se explicaba de donde lo había sacado, por lo menos en tan poco tiempo, y que en cualquier sitio lo hubiesen confundido con un industrial alcoyano. Cojeaba ligeramente porque en vez de las alpargatas habituales, calzaba unos botines que con toda seguridad lo llevaban por la calle de la amargura.

Saludó a Don Camilo besándole el dorso de su mano como era preceptivo y lo mismo hizo

con las dos damas, comenzando por Doña Angélica. Después le tocó el turno a Amalia y ambos se estremecieron con el solo contacto de sus manos. Se inclinó y depositó un suave y cálido beso en su dorso.

-Esperemos que cuando acabe la velada y si todo va bien puedas despedirla dándole dos fraternales besos en sus mejillas – soltó el cura mientras tomaba asiento en su silla, invitando a los demás a que lo imitasen.

Amalia enrojeció al escuchar las palabras de su hermano y disimuló advirtiéndole a la doncella que podía comenzar a servir, a la vez que, por lo bajo, la autorizaba a liquidar las sobras.

Durante la comida la conversación giró sobre temas triviales, hasta que el cura decidió afrontar el motivo, origen de esa cena.

-Estamos aquí reunidos – intervino Don Camilo como si ya fuese a casarlos – para concretar el compromiso de esta pareja de tortolitos, siguiendo los rituales de este pueblo que tan bien nos ha acogido y contando con la bendición de la Santa Madre Iglesia. Como ambos son reincidente no voy a entrometerme en este asunto que tan bien conocen. Sé que el futuro novio está de acuerdo porque así lo hemos pactado anteriormente, y ahora solo nos falta que la prometida dé su aquiescencia.

Todos la miraron a ella que cohibida solo pudo asentir con la cabeza, pues la garganta la tenía seca y no pudo articular palabra. Aprovechó para refrescarla con un trago de vino, que era mucho mejor de lo que había supuesto. Mientras el cura y Angélica aplaudían el buen fin del compromiso, Pepe aprovechó para sacar de su bolsillo una pequeña cajita de caoba finamente labrada que le entregó a Amalia.

Cuando esta descubrió su contenido comenzó a sonreír. Allí estaban las tres perlas que en cierta ocasión Pepe quiso regalarle y ella tuvo que rechazar pues nada justificaba ese regalo. Esta vez una estaba engarzada en una sortija y las otras dos colgaban de sendos pendientes. La sortija le vino como anillo al dedo, despejando las dudas que sobre este aspecto pudiera tener el pretendiente y en poco tiempo las tres piezas adornaban su cuerpo.

-Veo que te has dado prisa en preparar el regalo con el poco tiempo que has tenido. –insinuó el cura.

-No me ha hecho falta apresurarme Mosén. Hace seis años que las llevo en el bolsillo.

Amalia quiso cortar cualquier atisbo de discusión entre sus seres más queridos y levantándose agradeció el regalo estampando un beso en la boca de su prometido que lo recibió encantado.

El cura que no esperaba tanta efusión se limitó a decir.

-Cuando al principio he dicho que os podíais despedir con un casto beso, no me refería precisamente a esto. Pero demuestra que bien van las cosas.

Cuando terminaron de cenar, mientras la muchacha retiraba los platos sucios de la mesa y Angélica y Amalia preparaban en la cocina un buen café, los hombres aprovecharon para hablar de sus cosas.

-Como creo que ya sabes, voy a hacerme cargo, a petición de Doña Angélica porque ella se ve incapaz de sacar adelante la ocupación del pobre Don Manuel que Dios tenga en su gloria, del negocio familiar. No lo hago en beneficio propio ¡Dios me libre! Ya que mi mayor riqueza es merecer el Reino de los Cielos y ese desde luego no sería el camino. Lo hago sencillamente por mantener un trabajo que da de comer a muy buena parte de la gente de este bendito pueblo y que de faltarle, caería en la desgracia como un día le ocurrió a Sodoma y Gomorra.

-Corte el rollo Don Camilo que sé muy bien de que va este asunto.

-Pues bien. Abreviemos si así lo prefiere. Necesito una persona de total confianza que se encargue de recibir, como máximo treinta días después de cada alijo, el importe de su participación. Por ello tú recibirás un 1% del total que recaudes.

-Lo justo sería un 3% - le respondió el alcalde.

-Dejémoslo en un 2%, porque somos casi cuñados y he de pensar en el bienestar de mi hermana.

-De acuerdo. ¿Cómo sabré lo que tengo que cobrar?

-Después de cada alijo te entregaré una lista con lo que ha retirado cada participante. Tú te encargaras de cobrar su importe antes de los treinta días como te he dicho antes. Tiempo suficiente para que hayan podido deshacerse de él. A falta de dinero tendrían que devolver la mercancía, pero eso nunca ocurre pues en caso extremo suelen saldarla a costa de un menor beneficio. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Serian las diez de la noche cuando dieron por concluida la velada. Don Camilo se ofreció para acompañar a Doña Angélica a su casa, aunque antes dejaría a la muchacha que tan bien les había servido en la suya. Aprovecharían para dar un corto paseo, pues la bonanza del tiempo lo permitía, y así asentar la copiosa cena que habían degustado.

-No son horas de que una señora y su joven y honrada doncella vayan solas por la calle. El Portó, debe estar ya cerrado pero eso no evita que haya un desaprensivo suelto.

El Portó era la puerta que cerraba la única calle del pueblo, que como si fuera la concha de un caracol daba vueltas a la colina en donde estaba situado el Poble Vell.

-Yo también debería marcharme. Si quieren me encargo yo de acompañarlas – Intervino el Tío Pep.

-Mejor que te quedes protegiendo a tu prometida, que yo todavía tengo asuntos urgentes que despachar con Doña Angélica y que me llevaran algún tiempo. ¿Cómo una hora? – dijo dirigiéndose a la dama –

-O tal vez hora y media – añadió esta.

-Pues ya lo saben. Hasta entonces.

-Y sobre todo – intervino de nuevo Doña Angélica – no toque para nada la vajilla, que a estas horas la cabeza esta mas en la cama que encima del cuerpo y se puede romper alguna pieza sin querer. Mañana le enviare a las chicas para que la ayuden y se encarguen de devolverla a casa.

-No se preocupe que así lo haré.

Partieron los tres y todavía estaba Don Camilo cerrando la puerta que daba a la calle, cuando la pareja ya se besaba apasionadamente tratando de recuperar el tiempo perdido. Momentos después ya yacían desnudos en la cama rememorando tiempos pasados.

Cuando después de dos horas largas, regresó Don Camilo, rojo como una cigala y todavía jadeando, encontró a la pareja sentados tranquilamente en sendas mecedoras, hablando de sus cosas y degustando unas pasas acompañadas de unas copitas de mistela procedente de una botella a la que le faltaba la mitad de su contenido.

Capítulo XIV

Las ideas de Don Camilo

Don Camilo era listo, y dentro de su natural pachorra siempre intuía lo que iba a ocurrir. En una semana se puso al corriente de cómo había sido dirigido el negocio hasta entonces. Como no le satisfizo, tardó otros siete días en elaborar su propio plan y en un solo mes lo ponía todo en práctica, excepto el de las palomas mensajeras que por cuestiones técnicas requirió más tiempo.

En cada alijo se realizaba un doble trasiego. Se descargaba mercancía y se cargaba dinero, para que el capitán cobrase su parte, pagase a la tripulación y tuviese fondos para realizar las próximas compras de mercancías.

Eso significaba que el barco siempre estaba en peligro. Durante un periodo de tiempo, los militares, podían requisarle la mercancía y en otro, los piratas, robarle el dinero. Había que minimizar ese riesgo y ya que la mercancía no podía desaparecer si lo haría el dinero.

Por otra parte, sabía, deducía y si no lo hacían era por tontos; que tanto el capitán como el resto de la tripulación, gracias al escaso control de Don Manuel desde que comenzó a sufrir los efectos de su enfermedad, ejercían un negocio paralelo de contrabando del que obtenían pingües beneficios.

Un día de alijo, mientras la tripulación de “La Princesa”, que así se llamaba el velero de Don Manuel, y los pescadores se afanaban en el trasiego de la mercancía. Subió a bordo del bergantín Jaime el Baina y Nelo Bacora, el encargado hasta entonces de la entrega de fondos al capitán. Este lo recibió con la alegría de siempre, pero su sonrisa desapareció cuando comprobó que la bolsa estaba vacía y el tal Nelo venía acompañado de un enigmático caballero, esbozado hasta la nariz y con el sombrero calado hasta los ojos. Iba armado el singular personaje con una espada colocada en el lado izquierdo de su cinturón, con la que se liaba cada vez que intentaba andar sobre la inestable cubierta del barco y un enorme pistolón en el lado derecho que el capitán supuso descargado, pues estaba amartillado, no llevaba el seguro puesto y en caso de dispararse accidentalmente, seguro que reventaría las pelotas del atrevido caballero. Un cuchillo atado a su bota completaba el arsenal del que era portador. El capitán juzgó que no tenía trazas de saber manejar tanta artillería, pero de confiados estaba el cementerio lleno y no quería ponerlo en evidencia, pues había conocido personajes más insignificantes que este y habían resultado mucho más peligrosos. Suponía que lo hacía para impresionar y desde luego era un gusto que no pensaba quitárselo. Aparte estaban los dos esbirros que llevaba detrás y aunque ya los había tratado anteriormente y parecían buena gente, en presencia de su amo podían cambiar y mucho.

Pasaron a un camarote en el que apenas cabían los cuatro y cada uno se acomodó donde pudo.

-A qué se debe la presencia de vuestra merced a bordo, que no por sorprendente deja de ser agradable. – inició la conversación el capitán que no las tenía todas consigo y estaba a la espera de acontecimientos.

-En primer lugar, conocerlo y después platicar un poco con usted, pues hay varios asuntos que tratar – le respondió Don Camilo.

-Vos diréis.

-Tengo entendido que compráis y cargáis en esta nao propiedad de mi señora y distinguida amiga más mercancía de la que se os solicita. Y quisiera saber si es en beneficio propio o de algún tercero al que servís y al que por ventura no creo conocer.

El capitán se mostro sorprendido, pero no nervioso e inmediatamente le interrumpió.

-Creo que estáis mal informado o alguien intenta indisponerme ante vos.

-Eso suponía y os agradezco me lo confirméis. Por eso creo, en atención de mi señora que me lo ha solicitado encarecidamente, que no tendréis inconveniente en que una vez completada la descarga, le echemos un vistazo a la bodega para comprobar que no queda nada que no le pertenezca – el rostro del capitán cambió de color y un ligero parpadeo en el ojo izquierdo demostraba que

los nervios de acero, que solo un momento antes hacía gala, habían desaparecido. Quiso intervenir, pero no pudo pues las palabras no lograban pasar por su reseca garganta - Ahora bien yo no tengo ninguna intención de indisponerme con vos, ni ganas de recorrerme la bodega persiguiendo ratas y buscando algo que tal vez no encontrare, pero que si lo encuentro significaría que vos habréis perdido vuestro cargo, se os incautara la mercancía y ya podéis ir preparando un hatillo con vuestros efectos personales y poner rumbo a tierra con la chalupa a menos que prefiráis ir nadando. ¿Qué decidís?

-Dejar las cosas como están.

-Sabia decisión habéis tomado, pues no quisiera separar a Nelo de su maravillosa Marieta para que gobernara este excelente barco, ni creo que él me lo hubiese permitido - Nelo asintió con la cabeza - Pero veamos cuales son mis condiciones para que quede todo igual. A partir de este momento no recibiréis ni vos ni vuestra tripulación remuneración alguna por vuestro trabajo, el mantenimiento del barco corre ahora también por vuestra cuenta y lo quiero ver siempre que lo visite yo, o alguno que me represente, en perfecto estado de revista. No para satisfacción mía, sino porque en cualquier momento un barco bien conservado os puede salvar la vida, tanto a vos como a vuestros hombres.

A cambio os permito que trasportéis mercancía por vuestra cuenta, sin exceder en ningún momento el diez por ciento de su capacidad de carga. Sabed que tengo aquí alguien que ve, escucha y me informa de todo lo que ocurre y no me gusta la idea de tener que despedidos sin daros ni siquiera la oportunidad de defendeos. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Sellemos pues nuestro pacto con un fuerte apretón de mano y con una copa de ese whisky escocés que tenéis a buen recaudo pues creo nos da tiempo.

Estuvieron hablando de cosas intrascendentes e incluso de un proyecto de mensajería con palomas mensajeras que ya le explicaría al capitán en su momento. Para este no era desde luego su mejor noche, ni estaba para recibir sermones y cuando los invitados se fueron, se paso el resto de la noche sin dormir y cavilando quien podía ser el dichoso espía que sin duda tenía en su barco.

A la mañana siguiente, en la primera ocasión que tuvo, Nelo abordó a Don Camilo.

-¡Mosén! ¿Es cierto que tenemos un espía a bordo del "Princesa"?

-Yo no lo llamaría exactamente así. Pero es cierto que tenemos allí a alguien que ve y oye por nosotros.

-¿Se puede saber quién es?

-¡Claro! Dios que todo lo oye y todo lo ve.

Nelo estalló en una estrepitosa carcajada y hasta los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Pero no me diga que además se lo cuenta a usted.

-Yo todo lo sé. Se incluso cuando hiciste el amor con Marieta.

-Eso no es ningún secreto, porque lo practicamos todos los días. E incluso cuando lo hacemos mientras el casino todavía está abierto, se enteran todos los parroquianos- volvió a reír esta vez mas estrepitosamente si cabe.

Don Camilo que comenzaba picarse no quería trasgredir una de las más sagradas encomiendas del sacerdocio como es el secreto de confesión. Pero como lo que le iba a decir a su interlocutor este ya lo sabía no le importó.

-¿También saben los parroquianos del casino que el miércoles pasado obligaste a Marieta a adoptar la posición del misionero para joderla y aunque en un principio se opuso termino por gustarle?

-¡Rediez! ¿Cómo sabe usted eso?

-Porque arrepentida ya la tenía al día siguiente confesándose en la iglesia. Mira si se o dejo de saber.

Por mediación de su amigo Pepe que para algo era abogado y de los de prestigio y postín. Supo Don Camilo que ahora el dinero no corría de un sitio para otro, con el consiguiente peligro de que se perdiese por el camino, si el transporte se hacía por tierra por culpa de los bandidos que inundaban las sierras alicantinas. Y si lo hacías por mar, como hasta entonces, peor; pues los moros continuaban surcando el Mare Nostrum y haciendo de las suyas.

Le comentó que en cada puerto había consignatarios que tenían contactos con otros que ejercían la misma labor en diversos lugares

-Si tú le entregas una cierta cantidad a uno de esos consignatarios – le dijo en cierta ocasión – él te expedirá una carta de pago a favor de cualquier comerciante que tu designes y que posteriormente recibirá su importe por mediación de su colega en ese puerto. Si la carta se perdiera o fuera robada no se pagaría si el que la presentara no se identificaba como el titular de la misma.

Don Camilo no comprendió todo el embrollo pero si lo esencial del mismo y solo le importaba que con un simple papel su enviado pudiera comprar lo que quisiese y a otros, los ladrones, no les serviría de nada.

El dinero de todas formas había que trasladarlo a Alicante que es donde residía el consignatario que Pepe le había recomendado. El trayecto, mejor y más rápido, continuaba siendo por mar. Solo había que hacerlo más seguro.

Un día paseando por la playa recogió un trozo de madera, poblado por una serie de galerías parecidas a las que hacía la carcoma en las vigas de las casas pero mucho más anchas. Le preguntó a Nelo que era aquello.

-Eso es la broma. En el mar lo produce un bivalvo llamado científicamente *Teredo navalis*. Es parecido a un gusano, con dos valvas en un extremo que se introduce en los cascos de los barcos horadando y formando ese entramado de túneles, que lo único que hace es debilitar las tablas y un mal día un golpe de mar la rompe y te hace un agujero de tales proporciones que es capaz de hundir el barco.

Cuando más tarde Don Camilo mando construir una rápida balandra que se encargaría de realizar el transporte del dinero, ordeno que en la quilla el carpintero horudara un túnel de un metro de longitud, en donde cupiera una bolsa de forma tubular rellenas de monedas de oro. La abertura se tapaba con un tapón encerado para poder destaparla fácilmente aplicando calor; y cubriendo toda la quilla con brea para disimularlo.

También ordenó que marcasen una ruta fija que se debería seguir obligatoriamente en todos los viajes. El trayecto estaba salpicado por una serie de calas en la que en alguna pudiese ocultarse una sorpresa desagradable. De ser así deberían intentar huir, siguiendo siempre la ruta prevista, y en caso de no conseguirlo hundir la balandra para ponerla fuera del alcance de sus perseguidores e intentar escapar en un ligero falucho que siempre llevaban a remolque.

La idea de Don Camilo, que por suerte nunca tuvo que llevarse a efecto, pues no fue nunca atacado, si le sirvió en cambio para pavonearse y dejar a todos impresionados por sus ideas geniales. Consistía en llevar en la balandra una enorme garrafa, vacía y con la boca tapada y sellada con lacre y sujeta a la barca con una cuerda, y que en caso de naufragio emergería en forma de boya y marcaría el lugar en donde se había hundido. Pero esto no lo haría inmediatamente para que no fuese descubierto por los piratas y trataran de investigar la incidencia. La garrafa estaría pegada a un banco por una sustancia que había inventado la Tía Pura, que era medico, partera, hechicera e inventora en su tiempo libre de cosas inútiles, y que se disolvía al cabo de veinticuatro o treinta y seis horas después, que es cuando se desprendería el garrafón y emergería en la superficie. Para entonces ya conocerían la incidencia los de Yocla que siguiendo la ruta no tardarían en localizar la embarcación y recuperar el dinero.

El primer viaje lo hicieron Nelo y Jordilí y trascurrió sin incidencias y sin encontrar ni un miserable moro en la costa que los incordiara.

Cuando llegaron a Alicante el problema fue sacar el oro de su escondite. Les costó tanto que Nelo no tuvo ningún empacho en reconocer posteriormente que prefería mil veces llevar el oro en un saquito colgado de los cojones todo el viaje o metérselo en el culo si era preciso antes que volver a sacarlo otra vez de la quilla.

Otra cuestión era en cómo sacarlo posteriormente del muelle que estaba vigilado por un par de carabineros y un cabo que registraban a cuantos salían. Buscaban especialmente contrabando, pero si les encontraban el dinero encima, con la pinta que tenían, seguro que iban a pasar un mal rato. Jordilí se ofreció a nadar buceando hasta el muelle más alejado que daba a la explanada. Nelo no se lo permitió.

-Si te ven, te van a despedir a tiros. Y aunque resistieras bajo el agua todo el tiempo del trayecto, cuando llegues a tierra, mojado y con la pinta de inglés que tienes, te van a sacudir más que a una estera y seguro que en el follón el dinero desaparece.

-¿Y si lo hago de noche?

-Peor. Todos los chorizos de la ciudad se concentran ahí para ver que pescan.

-Entonces la única opción es hacerlo por la puerta. He observado que cachean y escarban en los sacos y bolsas. – añadió Jordilí - Pero sin mucha convicción.

-Lo mejor será salir sin el dinero para ver cómo actúan.

Salió únicamente Nelo, quedando el Inglés como guardián del dinero. Regresó al cabo de un par de horas aparentando estar borrachos. Saludó efusivamente a los tres carabineros, estuvo un buen rato de cháchara y se acercó a la balandra que estaba a una buena distancia de la puerta del puerto.

-Les he contado que he descubierto un prostíbulo de categoría y que había venido a recogerte para ir a pegar un buen polvo. Les he invitado a la juerga pero me han dicho que no terminan hasta dentro de un par de horas. Hay que apresurarse y salir antes que los releven. Pues entonces jugaríamos con baraja nueva y no sabemos cómo saldrán las cartas. Miran bolsas y cachean, pero si no llevamos ninguna y nos quitamos la camisa, tal vez ni nos toquen. El saco del dinero lo llevaremos colgado del cuello como si fuera un collar. Vamos a coserle plumas, conchas, botones y hasta el amuleto con la garra de pájaro que llevas siempre en el bolsillo. Cuando menos lo tratemos de ocultar, menos repararan en el.

Se afanaron en el trabajo y media hora después lo tenían todo dispuesto. Solo iban vestidos con unos calzones por decoro, y las camisas las llevaban en las manos. Sobre el cuello de Nelo colgaba un vulgar collar de conchas y Jordilí llevaba el otro, con las monedas, con los suficientes adornos como para pasar desapercibidos. Allí no se podía ocultar nada de contrabando y lo que realmente llevaban, el dinero, era lo último que pensarían podían portar unos desarrapados marineros.

Nelo iba cantando simulando continuar su juerga particular, mientras su acompañante hacia todo lo posible por sostenerlo en pie.

Cuando llegaron a la altura del puesto de los carabineros, Nelo enseñó la camisa y una vez comprobado que no llevaba nada lo que resultaba evidente, se la colgó de los hombros tapando parcialmente el collar y se puso con los brazos en cruz y las piernas abiertas en espera de ser cacheado. Aunque se movía constantemente pues parecía le costaba una enormidad mantener el equilibrio. Jordilí situado detrás lo imitó en todo. Ante lo ridículo de la situación, el cabo sonrió y dijo.

-Dejarlos pasar.

-Muchas gracias mi cabo. Recuerde que cuando terminen la guardia les esperamos a los tres en “Las tinajas” para presentarles a tres señoritas que mientras tanto iremos fogueando nosotros para que no se enfríen.

Cuando perdieron de vista el puesto, pusieron pies en polvorosa antes que el cabo se arrepintiese y se dirigieron a casa del consignatario para quitarse la responsabilidad de llevar el oro encima.

La oficina estaba cerrada, pero el titular vivía en el piso de arriba. Mucho enchufe debía tener Don Camilo con él o quizás el que lo tenía era el abogado de Alcoy. Lo cierto es que a pesar de lo

intempestivo de la hora y cogiéndolo a mitad de su cena, no dudó ni un instante en dejarlo todo y atender a los dos marinos apenas dijeron de parte de quien venían.

Con la carta de pago a buen recaudo, se fueron a “Las tinajas” por si los militares se presentaban allí. No lo hicieron y los amigos pasaron una de las mejores noches de su vida hasta que se terminó la moneda que el cura les había dado para gastos de representación.

XXXXX
XXX
X

Luis era primo de Don Camilo ya que sus respectivas madres eran hermanas. Venían de una familia no muy pudiente ya que su padre era un simple obrero de la industria textil. Pero supo darles una buena educación y como ambas eran atractivas hicieron un buen casamiento.

Ya sabemos que Doña Amalia, la mayor, se caso con Don Camilo y la pequeña con el encargado de una fábrica de postín. Desde que nació su primogénito sabían que tenía su porvenir asegurado pues como era costumbre sustituiría a su padre en el cargo.

Este no quiso dejar una péñora en su puesto cuando se retirase y apenas su hijo terminó los estudios que juzgo necesarios, lo colocó en la fábrica como ayudante pero obligándole a hacer de todo. Desde el trabajo más humilde hasta el de sustituirlo cuando se ausentaba por cualquier causa de la empresa.

Un mal día una maquina nueva que nadie sabía manejar, pero todos querían toquetear, aprisionó entre sus garras metálicas la mano derecha del futuro encargado que quedo tan maltrecha que el médico no tuvo más remedio que seccionarla por la muñeca para evitar males mayores, pues la gangrena comenzaba a manifestarse.

Luis no tuvo más remedio que abandonar la fábrica. El dueño insistió en que el muchacho, que ya no lo era tanto, podía continuar en su puesto para sustituir a su padre cuando se jubilase, pues la perdida de la mano, aunque fuera la derecha, no la consideraba esencial para el puesto que iba a ocupar. Pero su padre de una integridad y rectitud exagerada, no iba a permitir que un inválido, aunque fuese su hijo, ocupase su puesto que tenía que ser un ejemplo para todos los trabajadores y hacer las cosas el doble de bien que el mejor de ellos.

Luis estaba condenado a vivir bien mientras pudiera hacerlo a expensas de su padre, pues este le aseguraba el condumio y hasta parte de sus vicios, pero los problemas llegarían cuando este faltase.

Gozó de una cierta autonomía durante algún tiempo gracias a una más que generosa indemnización que le ofreció el dueño de la fabrica a espaldas de su padre que nunca lo hubiese permitido, pues había perdido la mano cumpliendo con su obligación y el “amo” no tenía la mas mínima culpa.

Como se aburría como un tronco y no tenía más trabajo que mirar como volaban las moscas, un día mientras practicaba ese deporte vio también los extraños movimientos en vuelo de unos pájaros que al final resultaron ser palomas y que al término de la jornada se posaban en un ático de la calle Mayor.

Un día vio la puerta de la casa que daba a la calle abierta y sin encomendarse a ningún santo subió las escaleras que terminaban en un porche en donde había un palomar. El viejo que las cuidaba era amable y con muchas ganas de hablar, así es que recibió con agrado a la visita y se pusieron a conversar del único tema que les interesaba.

Unos meses después compró a precio de saldo una vieja casucha, que tuvo que apuntalar por más de un sitio, situada en la Rambla Alta y un huerto que había alrededor que se regaba aprovechando las aguas de una fuente. Adoptó el lugar como retiro espiritual. Aprendió a manejar la mano izquierda como antes lo hacía con la diestra y al brazo derecho a no ser un objeto inservible. Construyó en la casa un pequeño palomar que posteriormente amplio de acuerdo con sus necesidades y que hubiese asombrado a su mismo padre si se hubiese dignado ir a visitarlo. Colocó en él una pareja de ejemplares que compro al viejo de la calle mayor y se dedicó a la cría de palomos y a cultivar las verduras y hortalizas que cada estación requería.

Para alegrarle la vista, por allí pasaba cada mañana una joven viuda de raza gitana a la que apenas se le notaban sus raíces. Supo después que vivía, con su hijo de ocho años, en una pequeña casa de labranza situada media legua camino arriba.

Poseía un rebaño de más de cincuenta cabras, que su hijo con la ayuda de un buen perro se encargaba de pasturar y ella ordeñaba cuando llegaba por la noche.

A la mañana siguiente cargaba de madrugada el burro que poseía con cuatro cantaros llenos de

leche e iba a Alcoy para venderla. A primeras horas de la tarde regresaba a su casa y era el momento en que en ocasiones se topaba con Luis, pues el camino pasaba justo al lado de su casa. Los “hola” y “buenas tardes o días” de rigor, con el tiempo se tornaron en cortas conversaciones, intercambio de agua fresca y unas pocas hortalizas del tiempo a cambio de algo de la leche que había sobrado ese día o un poco de queso. Con el tiempo, eso se tornó en habitual y aunque vendiese toda la mercancía siempre reservaba un poco de leche para tener ocasión de realizar el intercambio o simplemente como excusa para parar un rato, descansar y charlar.

Lo que tenía que caer, al final cayo como la fruta madura. Un día mientras estaban hablando entraron en el palomar dos palomos. Ella se interesó por ellos y él la invitó a visitar el interior de su casa para verlos. Cuando entraron la pareja de palomos estaba achuchándose y ella los miró curiosa -¿Qué hacen?

-El amor – le respondió simplemente él.

Bastó una simple mirada para que se decidieran a imitarlas sobre el camastro. En realidad hacía tiempo que lo deseaban.

La experiencia fue tan satisfactoria para ambos, que no dejaron de practicarla cada día. Ella rememorando viejos recuerdos casi olvidados y él descubriendo nuevos horizontes en un aspecto que escasamente había practicado.

Una vez lo hacían en un viejo catre que se había traído, para pasar algunas noches o simplemente para dormir la siesta y que había transformado en tálamo nupcial el día que ella entró en su casa por primera vez, y cuando el calor agobiaba lo hacían detrás de un seto que ocultaba la fuente a los viajeros que transitaban por la angosta senda, que no eran mucho, y sobre un manto de hierba que regaba continuamente las salpicaduras del manantial.

El idilio duro siete maravillosos años. Se había convertido en un excelente colombófilo y en un extraordinario amante, vivían felices con su hora de intimidad diaria y no aspiraban a nada más, pero la muerte de su padre le devolvió a la cruda realidad. La época de bonanza había terminado y los dos oficios, que había aprendido: colombófilo y amante, no iban a solucionarle la vida.

Logró aguantar durante algún tiempo con los restos de la indemnización, para no tener que exprimir a su madre, pues el dinero que esta había logrado ahorrar lo necesitaría más pronto que tarde.

Le dijo que no precisaba de su ayuda, que se independizaba totalmente, que se iba a vivir a la hermosa finca que tenía en el campo y que por suerte la incipiente artritis de su madre le impedía visitar y comprobar la penosa realidad.

Luis en realidad no necesitaba mucho. Las verduras que cultivaba; la ración de leche diaria y algún que otro trozo de queso; la fruta que le hurtaba al vecino sin que lo notase y algún que otro palomo inútil que sacrificaba para que no sufriese, le proporcionaba las suficientes proteínas para subsistir. Sin embargo su delgadez era evidente y no pasó desapercibido para su amigo Pepe, cazador experto, que los fines de semana ejercía su afición favorita por los alrededores de la finca de Luis. Siempre le obsequiaba con un saquito de pienso para las palomas y alguna que otra de sus víctimas para que no asolase en demasía el palomar.

Un día hablando el abogado con el cura, en una de sus inusuales visitas a Alcoy, se enteró de todas las aventuras y desventuras de su primo. La relación entre ambos había sido toda su vida de amor y desamor. Igual, de pequeños, Luis le empujaba para que cayese sentado encima de sus propios excrementos mientras hacía sus necesidades durante una excursión, como compartían prostituta como ocurrió con la mulata cubana. Pero en el fondo se querían y si necesitaba ayuda haría lo imposible por auxiliarle.

Al día siguiente Don Camilo se encaminó en busca de la casa de Luis siguiendo las indicaciones que le había proporcionado su amigo Pepe.

-Sigue la senda que va a la Rambla Alta, siempre hacia arriba, y cuando encuentres una cabaña

que apesta a mierda de pájaro, ya has llegado.

El cura siguió las indicaciones de su amigo y llegó a su destino sin pérdida. Serían las tres de la tarde cuando llegó y al acercarse a la cabaña no detecto movimiento alguno.

Unos gemidos que tal vez fueran de placer podían escucharse detrás de un seto medios apagados por el rumor del agua de una fuente que manaba sin cesar. Se acercó sigilosamente y descubrió una pareja haciendo el amor desafortadamente.

Un triste esqueleto al que todavía le quedaban unos gramos de grasa y más piel que carne, montaba a una morena de cara y brazos, con un cuerpo y piernas lechosos. Estas eran vigorosas y bien formadas, abrazaban el culo del varón ayudándole en el rítmico forcejeo a la vez que le impedía una inimaginable huida. Una melena, negro azabache, le cubría parte de su cara impidiéndole ver unas facciones que debían ser hermosas pues el hombre no paraba de besar todo lo que estaba al alcance de su boca.

Esperó pacientemente contemplando el espectáculo hasta que la envidia comenzó a corroer sus entrañas, decidió dar por finiquitado el espectáculo y de paso dejarlos con la miel en los labios. Antes de que el varón se desplomase sobre la hembra y los suspiros reemplazaran a los gritos de placer, retrocedió unos pasos y gritó con una malévola sonrisa en los labios.

-¿Hay por ventura alguien aquí?

Los jadeos se interrumpieron y hasta los pájaros dejaron de trinar en los arboles. El cura pensó que aquello si era un verdadero “coitus interruptus” y no lo que hacían algunos maridos para no dejar embarazadas a sus esposas. Al cabo de unos instantes vio asomar, por un lado del seto, la estupefacta cabeza de su primo que no daba crédito a quien estaba viendo, mientras la mujer huía por el otro lado. Don Camilo sospechó que no iría muy lejos, pues buena parte de sus ropas, sino todas, estaban sobre la albarda que cargaba un burro, que ajeno a lo que ocurría degustaba un puñado de paja que había debajo del parral que protegía la puerta de entrada de la casa, y que más pronto que tarde tendría que recuperar si quería presentarse con una cierta decencia.

Su primo finalmente salió de detrás del seto desnudo como Dios lo trajo a este mundo. Su pájaro permanecía medio empalmado pues no había asimilado todavía su precipitada salida del nido. Era larguísimo y siempre había sido la envidia del cura.

-Qué te he cogido pegándote una paja. ¿O qué?

-No exactamente es eso. Pero deja que me vista. Entremos... - hizo un gesto como invitándolo a entrar en la casa.

-Ahí dentro ni de coña. Eso apesta a mil demonios desde aquí fuera. No quiero imaginarme si me meto.

-Bueno. Espera que ahora vuelvo.

Cogió las ropas de la mujer, antes que nada, y se dirigió a la parte trasera de la casa en donde con toda seguridad se habría ocultado la hembra. Cuando regresó, se pudo delante del visitante el pantalón y la camisa y se sentaron en un banco de madera que había adosado a una de los muros de la casa.

No tardó en aparecer la mujer, era más hermosa de lo que le había parecido tendida en el suelo y con sus largos cabellos tapándole parte de la cara. Posea unos pechos turgentes que sobresalían desafiantes por el escote y una esbelta figura con cintura de avispa. Se juramentó que algún día terminaría lo que su primo había dejado a medias.

La muchacha parecía un poco sofocada y enrojeció rápidamente al ver que su interlocutor era un cura, o por lo menos como tal iba vestido.

-Te presento a Ana, es mi novia... ¡Vamos! Como si fuera mi mujer.

-Pero sin pasar por la vicaria. - le reprimió el sacerdote - Esto habrá que solucionarlo.

La mujer le cogió la mano y se inclinó para besarle el dorso de la misma.

Camilo sintió el cálido y húmedo beso en su extremidad y apenas le soltó, cogió a la mujer por

ambos hombros y le estampo un par de besos en sus mejillas. Se arrimo lo suficiente para comprobar que la firmeza de sus pechos era la que había imaginado y aunque no olía a jazmín como su hermana, sino mas bien a cabra, no le hubiera importado pegarle un buen polvo en esos mismos momentos.

La mujer se separó inmediatamente sin poder ocultar su sorpresa.

-No te sorprendas, pues en estos momentos no tienes delante a un sacerdote, sino a tu primo Camilo que te considera y aprecia como un miembro más de la familia. Pues aunque no estéis casado ante los hombres, por lo que deduzco si lo estáis ante Dios. Y como he dicho antes esto hay que solucionarlo lo más pronto posible.

-Bueno... yo tengo que marcharme – acertó a balbucear la hembra, pues se la notaba incomoda ante lo que había sucedido.

La mujer cogió al burro por el ramal y salió de allí como alma que lleva el diablo y sin siquiera despedirse.

-Qué bien te lo has montado ¡Ladrón! Pero a una dama tan hermosa como esta no puedes meterla en una pocilga como la que tienes.

-Es lo que hay. Primo.

-Pues vamos a hablar de negocios.

XXXXX
XXX
X

Don Camilo tenía un problema a la hora de concretar el encuentro para realizar cada alijo. Sabía más o menos el día en que llegaba “La Princesa” a Yocla, pero todo ello si no había ocurrido durante el trayecto alguna incidencia que retrasase el viaje. Pero su obsesión era conocerlo con absoluta certeza para no tener que desplazar las barcas de pesca del sardinal a un punto de encuentro fallido, con la consiguiente pérdida, pues en definitiva la pesca era uno de los ingresos oficiales más importantes del pueblo. Y sobre todo para no levantar sospechas a las autoridades marítimas que parecían tener ojos en todos los sitios.

Don Manuel solucionaba el problema enviando dos balandras al cabo de Santa Pola si “La Princesa” llegaba desde el sur, de Gibraltar o Argel, o al cabo de San Antonio si llegaba por el norte desde Marsella.

Las balandras a veces tenían que aguardar varios días, con encalmada o temporal, esperando avistar al bergantín. O lo que era peor, que este tuviera que dejarse ver con maniobrar sospechosas, si las barcas no lo localizaban. Cuando finalmente lo avistaba salían disparadas hacia Yocla para comunicar la buena nueva y que el trasbordo del alijo estuviese preparado para la noche del día siguiente.

Don Camilo había oído hablar de las palomas mensajeras que podían portar una nota en alguna de sus patas con los datos que precisaban, sin levantar sospechas ni enviar a los hombres en descubierta a misiones que podían resultar peligrosas en casos extremos.

Sabía que en Alcoy existía una buena afición a la cría de ese tipo de palomas y cuando le preguntó a su amigo Pepe, recibió la sorpresa que su primo Luis estaba metido en el ajo y era uno de los más importantes, y experto criador de estos animales. También le contó las condiciones en que vivía y la situación que le había abocado a ello, y que ignoraba completamente.

Camilo imaginó que lo que se proponía era mucho más sencillo. Bastaría embarcar las palomas en el bergantín y que el capitán las soltase conforme iban acercándose a Yocla anunciando su posición y la fecha de llegada mediante un mensaje anudado a una de sus patas.

Luis lo desilusionó en un principio explicándole someramente de que iba el asunto y que la cosa no era tan fácil. En definitiva que las palomas tenían que criarse en algún lugar de Yocla, para que cuando las soltasen regresaran a lo que consideraban su casa. Que si le vendía los palomos que tenía ahora estos regresarían, no a Yocla, sino a su palomar en Alcoy, por lo que cuando le llegase la noticia el barco estaría cansado de esperar.

La solución estaba en que Luis se trasladase a Yocla con sus palomas y reiniciase la cría allí. Los nuevos palomos serían los encargados de llevar a cabo la misión que quería encomendarles Don Camilo.

Todo era cuestión de dinero y paciencia. Y sobre todo de convencer a Luis, pues este en un principio se opuso. No quería abandonar a Ana, y esta no se iría sin su rebaño e hijo.

-Ese hijo... ¿No será tuyo?

-No. Es de su anterior matrimonio. Ahora es viuda y el muchacho debe tener unos quince años.

-¡Joder! - respondió el cura - No parece ella tan mayor.

-Tendrá unos treinta años. Al niño lo tuvo muy joven.

-Pues lo arreglamos de esta manera. Te llevas a los palomos, a la mujer, a su hijo y si hace falta hasta el rebaño de cabras. Allí te puedo ceder una finca que se llama “El Riu Rau”, está en pleno monte pero cerca de Yocla. Puedes criar tus palomas y follarte a Ana mientras el crío pastura el rebaño. La leche de las cabras la puedes vender en el pueblo y si no da para tanto, haces queso, que la Tía Pura te puede enseñar, eso también tiene buena salida e incluso aguanta unos días. ¿Qué te parece?

-Queda el burro...

-¡Tienes razón! Se me había olvidado antes. El burro también nos lo llevamos y cuando lleguen las primeras palomas con noticias, podrá bajarme el muchacho las notas montado en el pollino

para llegar más aprisa. – ya de cachondeo el cura continuó – Y como tengo una burra que le llaman Leonarda, igual los juntamos para ver si la preña y de paso que ellos disfrutan nosotros hacemos negocio. Ahora déjate de mas coñas y mañana le preguntas a Ana si quiere venir, y si no quiere la raptamos y en paz.

Una semana más tarde estaban todos en Yocla.

XXXXX
XXX
X

La promesa de un buen salario por su trabajo fue lo que en definitiva decanto a su favor la contienda. Don. Camilo se adelantó en el viaje de vuelta. Le hubiese encantado volver con ellos sobre todo haciéndolo en compañía de Ana la gitana, pues un viaje de siete días da para muchos momentos de intimidad aunque no esperaba llegar de momento a ningún puerto, pero solo con acosarla se daba por satisfecho. Lo otro llegaría en su momento. Eso que nadie lo dudase.

Cuando se recriminaba sus deseos impuros, en vez de autoimponerse una penitencia, se justificaba diciéndose que lo habían parido así y no podía hacer otra cosa. Sin embargo ir acompañado por un rebaño de cincuenta cabras no le satisfacía en absoluto. Así que decidió adelantar su viaje acompañado por su particular guarda de corps que no eran otros que Nelo y Jordilí, que cuando llegasen todos a Yocla ya tendría tiempo de confesar a la gitana para conocer sus puntos débiles y después ya actuaría.

Desde que se habían publicado las amonestaciones y el matrimonio de su hermana con Pepe el Pollero era inminente, había dejado de acosar a Amalia y dedicaba todos sus esfuerzos para Angélica, aunque el mundo no se terminase con ella.

Como cura se escandalizaba pero como hombre se alegraba, cada vez que alguna feligresa le confesaba, a la vez que se lamentaba, que no tenía a nadie que le tocara la bacora, que es como las mujeres llamaban al sexo en ese pueblo. Lo malo, pensaba el cura, que todas estaban pasadas y él no le apetecía hacer nada para solucionarlo. Pero estaba seguro que si tenía paciencia algún día caería una buena breva.

Alcoy se estaba convirtiendo en la población más importante de la provincia de Alicante, por delante incluso de la misma capital. Era un mercado virgen para los objetos de contrabando que traía “El Princesa” y pasaría algún tiempo antes de saturarlo. Quería establecer un puente entre el pueblo y esa población, para trasladar la mercancía, con una regularidad a ser posible semanal, aunque eso le parecía excesivo.

El principal problema eran “els rodors”, los bandoleros que infectaban la zona y a los que habría que comprar para evitar problemas y sobre todo muertes innecesarias.

Había pasado la época de Juan Cortes, Onofre Navarro y el Fraret de Agres. Por no hablar del “Vicha”, que tenía una extraña predilección por los curas. Según contaba su leyenda, había obligado a un cura rural, antes de asesinarlo, y él era precisamente eso, a “representar ciertas escenas sexuales haciendo uso de ornamentos religiosos”. Pero eso podía interpretarse de muy diversas formas, pensaba el cura, pues no era lo mismo tirarse a una buena moza e irse contento de este mundo a que te diesen por el culo e irse cabreado.

Pero ahora todo parecía diferente, en 1843, ya casi no quedaban bandoleros que se hubiesen formado aprendiendo arte militar durante la guerra con el francés y los que habían eran cándidos palomos que se habían echado al monte por cuestiones banales y solo asaltaban presas fáciles.

La única excepción era sin duda Saoret el Sobaet. Este personaje nació, no se sabe a ciencia cierta, si en Tollos o en Benimarfull, aunque fue aquí en donde vivió los primeros años de su vida. El niño era rubio y con los ojos azules. Un trozo de cielo decían de él la gente del pueblo. Pero como sus progenitores eran morenos cerrados, cuando murió su madre, apenas lo destetó, al padre comenzó a entrarle la manía de que algo había tenido que ver en la concepción del niño el cura anterior, que era de Callosa d’Ensarria, y un calco del niño.

Sin la protección de la madre, que tampoco hubiese podido hacer gran cosa, recibía golpes a diario que siempre le dejaban alguna marca en su cuerpo. Las gentes con las que se cruzaba siempre le decían.

-¡Saoret! ¡Ja t’han sobat hui de bon mati?

Tanto se lo dijeron que al final se le quedo lo de Saoret el Sobaet. Resentido hasta la medula estaba cuando finalmente decidió irse del pueblo y abandonar a su padre, al que con este acto le dio la mayor alegría de su vida.

Por entonces todavía estaban los franceses por la zona y aprovechó para ir detrás de ellos. Tenía unos diez años y la virtud de pasar desapercibido. Nadie le hacía caso pero siempre se las arreglaba para encontrar sobras de comida para alimentarse. Si había alguna refriega, se ocultaba, y según quien salía huyendo siempre quedaba algún cadáver para despojar de lo poco que otros no habían querido.

Al final se enseñó que si quería algo de valor tendría que jugarse el tipo y como la vida cochina que llevaba le importaba tres pimientos, así lo hizo. En el fragor de alguna pequeña refriega, cuando alguien caía, Saoret se arrastraba como una serpiente hasta el muerto e intentaba tirar de él como para sacarlo de la línea de fuego. Los compañeros del caído incluso veían con buenos ojos su labor e incrementaban sus disparos para cubrirlo. Si el caído era ligero lo arrastraba hasta la vera del camino y protegido por alguna roca lo despojaba cómodamente. Si por el contrario era corpulento se refugiaba tras su voluminoso cuerpo, le quitaba la faltriquera y después de un teatral gesto de impotencia, regresaba para ponerse a cubierto. Los tiros certeros nunca iban dirigidos hacia él pues era como una ardilla en medio de una batalla, solo algún rebote o una bala despistada pudo alguna vez herirle pero eso nunca ocurrió.

Si el botín era escaso solía ocultarlo en algún lugar seguro en donde pudiese recuperarlo más tarde. De esta forma si a alguien se le ocurría acusarlo de robo y registrarle, no pudiese encontrar ninguna prueba.

Sus escasos botines no pasaban de unas pocas monedas de poco valor y de vez en cuando alguna de plata. Un buen día se encontró con la sorpresa de que las monedas del saquito que había birlado eran todas de oro. No esperó más y antes de que alguien se interpusiera en su camino echó a correr como alma que lleva el diablo hacia un monte cercano en donde se ocultó en un bosque de pinos. No paro a tomarse un respiro hasta que los disparos dejaron de oírse. Pasó esa noche al refugio de una cueva en donde encontró el lugar ideal para ocultar su pequeño tesoro, hasta que tuviese la edad y la fuerza necesaria para protegerlo. Se llevó la única moneda de plata que había y buscó referencias para en el futuro poder encontrar la cueva. En la ladera de enfrente había un pueblo que según supo después se llamaba Confrides. Estaba hambriento y se dirigió hacia él. Bebió y se refrescó en un pequeño riachuelo que trascurrida por el fondo del barranco y cuando estuvo delante de las primeras casas del pueblo; trató, desde esa perspectiva localizar la cueva. Aunque desde allí no se veía, supo con seguridad como localizarla tomando varias referencias.

Escogió una casa de la que emanaba un agradable aroma a pan recién hecho y un tufillo a buen embutido. Mostró la moneda de plata para que le vendiera algo y a cambio solo recibió una hogaza de pan y una ristra de longanizas. Reclamó un cambio que el hombre le negó y al insistir, solo consiguió recibir una colleja con la que decidió darse por pagado para no aumentar la devolución con un par más. Jurando que algún día le devolvería el trato se marchó de ese pueblo tan desagradecido.

En sus correrías, hurtando siempre, robando cuando podía y sobre todo tratando de subsistir, llegó hasta el bajo Vinalopó en donde se enrolo en la partida de Jaume el Barbut ya con veinte años cumplidos. Conoció e hizo amistad con varios de sus sicarios: El Pascualet, El Perlito, Moya, Micó y un largo etcétera.

Poco después el Barbut cayó en una trampa y fue apresado. La pena no podía ser otra que la de muerte. Cuando lo ajusticiaron su cuerpo fue desmembrado. La cabeza, los brazos y las piernas, después de fritas para que no se descompusieran rápidamente, fueron expuestos a la curiosidad de la gente.

Eso significó la desbandada del grupo y Saoret que siempre había evitado cometer delitos de sangre, aunque en ocasiones no había tenido más remedio que presenciar algunos, decidió que había llegado el momento de regresar a sus orígenes.

Se instaló por los alrededores de Confrides. Primero solo y después, acompañado por su fama, otra gente se unió a él.

El primer perjudicado fue el vecino del pueblo que se aprovechó de él cuando era un niño. Siempre que necesitaba provisiones iba a su casa, cogía lo que precisaba y a la hora de pagar siempre le decía.

-Eso a cuenta del peso de plata.

El hombre no sabía a qué peso se refería y porque le hacía eso. Se consideraba un hombre honrado y no ignoraba que en otros lugares el bandolero solía pagar religiosamente lo que compraba.

El hombre no recordaba el incidente ocurrido diez años antes y Saoret nunca se lo dijo.

Solo cuando el vecino falleció, al cabo de dos años de continuos expolios, tal vez por el disgusto de lo que le estaba ocurriendo y porque no comprendía nada, Saoret dejó en paz a la familia.

XXXXX
XXX
X

Don Camilo necesitaba tener franco el paso en la zona más peligrosa del trayecto, que era desde lo alto del Puerto de Confrides hasta llegar Guadalest. Un tramo de camino agreste y con más de una legua de distancia. Don Manuel, hacía mucho tiempo y antes de abandonar la ruta de Alcoy, pues no le resultaba rentable, tenía que pagar un canon a cada uno de los bandoleros de la zona y eso que los viajes se hacían de uvas a peras.

Ahora quería darle una frecuencia semanal. Igual le hubiese interesado hacer uno más grande mensualmente, pero entonces posiblemente hubiese levantado la codicia de los roders por la importancia del botín o tener un mal encuentro con los carabineros y perderlo todo. De alijo a alijo los hombres permanecían ociosos en el pueblo y bueno era que hiciesen ejercicio. Por otra parte no le costó a Don Camilo mucho trabajo reclutarlos para los viajes, cuando les contó que si algo tenía bueno Alcoy eran sus prostíbulos en donde estaban las mejores rameras del Reino.

-I aixó ho pague jo. Dijo para refrendar sus palabras.

Nunca le faltaron voluntarios por muy peligroso que resultase el viaje.

Decidió que no iba a pactar con todos los bandoleros, solo con uno, y lógicamente eligió al más fuerte de ellos: Saoret.

Unos días antes, cuando realizaron el viaje de ida a la villa de Alcoy, presintieron la presencia de merodeadores a su alrededor. Probablemente no osaron acercarse porque no llevaban ninguna carga a la vista que pudiera apetecerles y los tres hombres iban excesivamente armados, mostrando todo el arsenal. Cuando llegaron a un descampado se detuvieron, Jordilí sacó un pañuelo blanco y los enganchó a la boca de su trabuco haciendo señas evidentes con las manos de que si alguien les seguía se acercasen.

Don Camilo había optado hacer el viaje con ropa de seglar, pues la sotana no era la prenda más adecuada para montar a caballo y porque ya le habían contado las hazañas del “Vicha”, que aunque ya había pasado a mejor vida no quería toparse de frente con ningún seguidor empedernido, ni ser motivo de nuevas experiencias. Como única arma llevaba un enorme pistolón al cinto que ya había aprendido a manejar después de su ridícula intervención a bordo del “Princesa”

Comenzaron a preparar la cena, con la esperanza de que si podían contactar con los bandoleros, acamparían para pasar allí la noche.

No tardo mucho en acercarse un hombre que estaría a punto de cumplir los sesenta años, si no los había ya hecho, y aparentemente desarmado.

-Buenas tardes tengan vuestras mercedes – les dijo apenas estuvo a una distancia prudencial y evitando acercarse más, a menos que fuese invitado a ello.

-Buenas tarde – le contestaron los tres al unisonó.

-¿Necesitan ayuda? Me ha parecido ver desde lo alto que reclamaban mi presencia.

-Así es –contestó el que parecía llevar la voz cantante y lucía un enorme pistolón completamente nuevo en el cinto – Como verá hemos preparado cena para siete u ocho comensales y solo somos tres. Hemos pensado compartirla con usted y sus amigos.

El recién llegado dudó durante unos instantes. Se veía a las claras que no terminaba de fiarse de los viajeros.

-Vengo yo solo...

-Pues ellos se lo pierden – le respondió el mismo de antes – Supongo que usted si nos acompañará, por lo que puede acercarse a la vera del fuego si lo desea.

El bandolero asintió con la cabeza y se acercó. Al cabo de un instante, como si se lo hubiera pensado mejor, se giró y lanzo al aire un fuerte silbido. Al cabo de unos momentos, dos hombres bastante más jóvenes que el primero se acercaron portando de los ramales tres excelentes y vigorosos caballos.

-Son amigos míos y de toda confianza, no guarden cuidado de ellos.

Los recién llegados respondieron con sendos gruñidos, dejando bien a las claras que no eran

hombres de muchas palabras. Sin más preámbulos comenzaron a degustar la cena y el excelente vino que Don Camilo sacó del zurrán de su caballo.

Mientras comían, las voces cantantes las mantenían los dos mayores de cada grupo, mientras los cuatro jóvenes, en un principio, no dejaron de lanzarse miradas recelosas que fueron relajándose conforme transcurría la tarde.

-Quisiera entrevistarme con el Señor Salvador, al que se le conoce cariñosamente como Saoret.

-Siento decirle que no conozco a ese señor.

-¡Qué mala suerte! - respondió Don Camilo comprendiendo que si no era más explícito, el otro no se descubriría - tengo la intención de proponerle un importante negocio a ese señor, del que con toda seguridad saldremos todos - recalcó esta última palabra - beneficiados.

-Cuanto lo siento.

-No tiene importancia. De todas formas si por un casual usted supiera de alguien que lo conozca, le podría decir que dentro de tres días volveré a pasar por aquí de regreso de Alcoy y si por casualidad estuviese por los alrededores tendría un gran placer en saludarle.

-No se preocupe que si tengo la ocasión complaceré a quien tan bien se ha portado con nosotros.

La cena llegaba a su fin y las dos botellas de vino habían volado por arte de ensalmo y hacía tiempo que mostraban su desnudez. Como hay un refrán que dice que a falta de pan buenas son tortas, Don Camilo visitó otra vez su zurrón y sacó, con gran dolor, la única botella de Café Licor de cosecha propia que llevaba, sabiendo que al día siguiente podía reponerla en su pueblo natal.

-Prueba esto que te gustará - dijo Don Camilo, mientras pegaba el primer trago y dejaba un buen trasluz en la botella.

A falta de vasos las botellas iban pegando vueltas alrededor de la improvisada mesa, hasta que una vez vacía se sustituía por otra. De café solo había una y el cura esperaba que hubiese para tres rondas, aunque él ya le había pegado un buen metido en la primera y dejaba pocas opciones a los otros. Su gozo en un pozo. Cuando su interlocutor la probó, continuó sorbiéndola como si llevase mes y medio sin catar líquido alguno.

-¡No me digas que es Café Licor! - respiró cuando hubo dejado su contenido por la mitad - ¿No será usted de Alcoy? Porque yo si lo soy.

Los otros la probaron apenas y declinaron participar en una segunda ronda. Don Camilo, ante tan extraordinaria acogida, cedió sus derechos a su paisano que en pocos segundos dio buena cuenta de ella, dejándola tan desnuda como sus antecesoras. No le supo mal al cura que no ignoraba que se saca más a un borracho que a un confeso. Esperó pacientemente a que el alcohol hiciese su trabajo para que el paisano soltase la lengua.

Terminó contándole toda su vida, mientras los demás habían decidido acostarse y más de uno dormía como una marmota y roncaba más que un cerdo. Terminó confesándole que Saoret era su jefe y que no se preocupara que dentro de tres días estaría allí esperándole como un clavo.

Pero lo más sorprendente de todo es que se hallaba ante el padre de Lirios. La criada que estuvo en su casa cuando apenas tenía catorce años y la que le había proporcionado su primera experiencia sexual, relativa todo había que decirlo, pero plenamente satisfactoria. No sabía si debía odiarle por lo que había hecho o estarle agradecido, porque lo cierto era que si no hubiese sido previamente violada por su padre, no hubiese permitido mantener ninguna relación con él. ¿O tal vez si? Ahí radicaba su duda. No profundizó mas sobre el tema porque no le interesaba ni quería darse a conocer.

Tres días después, tanto Don Camilo como Saoret, se encontraron en el sitio previsto. El "roder" no iba a ningún sitio si no era acompañado por diez de sus hombres. El cura pensó que podían salir de allí desplumados, porque la amistad de una noche de borrachera no duraba toda la vida. Pronto sus dudas se disiparían.

Debía pasar de los cuarenta años, era fuerte y robusto, su cabello había oscurecido, pero algunas hebras denotaban que en algún tiempo había sido rubio. Escrutaba a las personas con unos

inquietantes ojos azules, intentando anticiparse a sus intenciones. Los dos hombres parecieron caerse bien y no tardaron en simpatizar, posiblemente las referencias que le había dado el padre de Lirios tuvieran mucho que ver.

Se alejaron de los restantes y se sentaron bajo un nogal en la más completa intimidad. Los hombres de Saoret no permanecieron ociosos, y Don Camilo comprobó, que bien aleccionados, se situaban en lugares altos y estratégicos, en donde podían detectar cualquier peligro y ponerse a buen recaudo antes de que este fuese efectivo.

-Lo que pretendo es tener el paso franco y seguro por esta zona y que mis hombres no sean molestados, no solo por los tuyos, sino que además debes protegerlos de otros “rodos” e incluso avisarles de la posible presencia de carabineros.

-Pides mucho.

-Nada que nos puedas hacer y sin ningún peligro para ti o tus hombres.

-Si me niego...

-Buscaré otra ruta. Tengo otras alternativas. No niego que esta sea la mejor y más corta.

-¿Por dónde?

-Por Tudons, por ejemplo.

-Allí está “El Bizco.”

-A ese le conozco y siempre nos hemos llevado bien – mintió Don Camilo, pues ni siquiera sabía de su existencia – No es tan listo como tú pero incluso me saldrá más barato.

Saoret sonrió. Parecía que iba a entenderse con este tío. Don Camilo que desde un principio había tuteado al bandolero para darle confianza, estaba seguro que conseguiría sus propósitos.

-¿Cómo reconoceré a tus hombres?

-Todas las mulas llevarán una estrella amarilla de cinco puntas, lo suficientemente grandes para que cualquier hombre que no esté ciego la pueda ver desde la cima de las montañas que nos rodean.

-¿No la pueden usar otros?

-Desde luego, pero no lo creo. Es el símbolo que llevaban antiguamente los judíos, una raza siempre perseguida, para poder distinguirlos de los gentiles.

-¿De los que?

-De todos los demás. Hoy en día ya no se usa. La mayoría de la gente no la conoce y los que saben lo que significa, por la cuenta que les tiene, no se la pondrían por nada del mundo a menos que se les obligase.

-¿Y el precio?

-Te pagaré cinco monedas de plata y mi amistad.

-Cada vez que pasen...

-No. Al mes.

-Estás loco. Por eso no saco a mis hombres de la cueva. No hay trato.

-¿Rechazas entonces también mi amistad?

-¿Me servirá de algo?

-De mucho.

Don Camilo comenzó a hablarle en un tono confidencial y como un amigo le habla a otro amigo.

-Mira Salvador. Estas llegando a la edad en la que todos los que ejercen tu profesión y han logrado reunir una pequeña fortuna, como creo que es tu caso, piensan dejar el oficio, juntarse con una mujer y vivir una vida tranquila el resto de sus días. A ti te quedan a lo sumo dos años. Se de buena tinta que en Madrid se está gestando la creación de un nuevo cuerpo que se llamara “Guardia Civil”, que no tendrá nada que ver con los actuales carabineros, con la única misión de terminar de una vez con el bandolerismo en toda España.

-Se dejen comprar como todos.

-No lo creo, estarán al mando del Duque de Ahumada y ese ni se vende ni permite que la gente

a su cargo lo haga. Es un cuerpo que estará bajo la disciplina militar y esas cosas en el ejército se pagan muy caras.

-¿Crees que será para tanto?

-Estoy seguro. Dentro de poco no habrá piedra bajo la cual podáis esconderos y desapareceréis como la espuma en un mar en calma. Antes de que eso ocurra, lo mejor que te puede pasar es que tú ya no estés aquí.

Saoret sonrió amargado.

-¿Y dónde podemos ocultarnos?

-Tus hombres no tienen problema. Desaparecerán entre las sombras y podrán emerger en cualquier otro sitio. La gente no los conoce y ni siquiera saben sus nombres, como me ocurre a mí que solo sé el tuyo y el de Ángel, el viejo alcoyano que te sirve, y que solo conozco por haber estado platicando la otra noche con él. Tú no tienes delitos de sangre, pero alguien tendrá que pagar los platos rotos por los muchos sustos que has dado por esos caminos de Dios y tú tienes todas las papeletas. Solo entonces sabrás el valor de la amistad que ahora te ofrezco.

-¿Cómo?

-Eso ahora no importa. Si aceptas mi propuesta, el día que te haga falta, acude con tu tesoro y tu familia a Yocla y busca refugio en su iglesia. Ruega a Dios y él te ayudará.

-Parece un cura hablando. Pero si quieres que te sea sincero, preferiría que fuese otro quien me ayudara. A Dios lo veo muy pocas veces.

-Ten fe y no te arrepentirás.

Saoret sonrió. Dinero tenía el suficiente para que ya casi no le importara nada. Continuaba en el oficio por sus hombres y porque estaba más seguro allí, protegidos por ellos, que viviendo en algún placido lugar, en donde fuera fácil localizarlo y acabar con su vida.

Aceptó la oferta de ese desconocido, que por otra parte, y sin saber el porqué, merecía toda su confianza. Parecía sincero y en definitiva era el único clavo ardiente, en donde poder agarrarse, que disponía en ese momento. Esperaba no equivocarse.

CAPITULO XV

Los planes se cumplen

El negocio marchaba viento en popa y todas las innovaciones que había introducido Don Camilo en la faena, funcionaban como el perfecto engranaje de un reloj que no se desviaba ni un solo segundo al día.

El dinero se enviaba a Alicante regularmente todos los meses, aunque ya no se sacaba del puerto con la peregrina representación que habían efectuados Jordilí y Nelo la primera vez. Habían encontrado un método más sencillo pero desagradable. Las sobras del pescado que traían las barcas al atardecer, bien porque no estuviesen en buen estado o correspondiesen a especies no comerciales, se volvían a echar al mar para que sirvieran de alimento al resto de la fauna marina que tenía en el puerto su Jauja particular. Bien porque estos estuviesen hartos o porque se arrojaba más de lo que los habitantes de los muelles podían digerir, lo cierto es que las aguas comenzaron a apestar y el mal olor llegó a la nariz de la señora del comandante, que vivía en una ala de la cercana comandancia militar del puerto, y era mucho más sensible que la de su marido. Cabreada la dama que estaba hasta los mismísimos ovarios del hedor, le dijo a su marido que mejor lo solucionara si quería disponer de su chochito todas las noches, pues en caso contrario tendría que ir a buscarlo los fines de semana en casa de sus padres que tenían la casa familiar en Vistahermosa.

Como la señora estaba todavía de muy buen ver y el comandante se sentía con fuerzas para disfrutarla todos los días, no quería prescindir de ella. Por otras parte ver diariamente a la bruja de su suegra era una opción que no debía, podía ni deseaba permitirse. Por ese motivo no solo ordenó que los desperdicios fueran arrojados a un contenedor de basura, sino que además se limpiasen las aguas del puerto de cualquier resto que por allí flotase. Lo que ya estaba hundido lo dejó, porque ojos que no ven corazón que no siente.

El contenedor era llevado cada tarde a un descampado, en donde corrían casi siempre vientos que no perjudicaban a la ciudad, para que se secasen y los agricultores los pudiesen aprovechar, una vez molidos, como abono para sus campos.

Allí echaban los Yoclanos el dinero dentro de un saco embreado y casi herméticamente cerrado. Los soldados se apartaban de la puerta cuando el carro tirado por dos potentes morlacos pasaba y a nadie se le hubiera ocurrido asomar los ojos y mucho menos la nariz, que está justo debajo, dentro del contenedor.

Los enviados de Don Camilo, que desde que habían arrojado el dinero dentro, no perdían de vista al contenedor, lo seguían a una distancia prudencial por las calles de Alicante y lo rescataban apenas el carretero había arrojado su pútrida carga y se había alejado lo suficiente de allí.

Por otra parte Saoret estaba cumpliendo su palabra y los envíos pasaban la zona peligrosa sin ninguna incidencia. Únicamente en una ocasión corrieron peligro, una pareja de carabineros iba en dirección contraria a ellos y hubieran terminado por encontrarse, e interceptar el envío. Según le contó a Don Camilo, Jaume el Baina que iba en ese viaje, uno de los “roders” que iba escoltándolos, al darse cuenta del peligro, se dejó ver ante los carabineros pero fuera del alcance de sus disparos y emprendió una rápida huida. Estos lo siguieron sin dudarle, dejándoles el paso libre y sin ni siquiera enterarse de que habían estado a punto de interceptar un importante alijo de contrabando.

Los envíos no llegaban hasta Alcoy, pues hubiera sido imposible introducirlos por las puertas de la villa sin pagar unas importantes tasas que hubiesen hecho improductivo el negocio. El viaje terminaba en una gran masía situada en la partida de Morales a menos de una legua de Alcoy. Cercano a la casita que hasta entonces habitaba Ana la gitana con su hijo y un poco más arriba de la casa palomar de Luis.

La masía era enorme, de dos plantas, con corrales para ganado, principalmente cabras, y establo para las caballerías. La había comprado su amigo Pepe, el abogado, no hacía mucho tiempo y la

había puesto a disposición de la organización cuando Don Camilo le propuso que montara la red de distribución de la mercancía en Alcoy Este aceptó. Era una forma más de incrementar su fortuna ya de por sí dilatada. Como buen abogado, sería la cabeza pensante pero no la visible, por lo que automáticamente se escaqueaba de cualquier responsabilidad.

En la masía vivían perennemente el masero, con su mujer y cinco hijos, todos varones. El padre se encargaba de las labores del campo, pues la masía tenía una considerable extensión de terreno a su alrededor, la totalidad de secano a excepción de una huerta que se regaba con el agua de una fuente acumulada en una balsa.

El pequeño de los hermanos, de diez años, se dedicaba al pastoreo de las cuarenta cabras que tenía la familia y sus cuatro hermanos trabajaban para la industria textil de Alcoy. Esa población estaba experimentando en esos momentos una auténtica explosión industrial. Cualquiera que iba a esa villa encontraba trabajo inmediatamente y los pueblos de los alrededores se despoblaron al acudir sus vecinos en masa. La población enclavada en una hoya y estrangulada por los barrancos que formaban los ríos Barchell y Molinar crecía a lo alto, alcanzando las casas alturas de hasta cinco pisos, sobre unos cimientos no preparados para esa embergadura, ya que no pudo extenderse hasta que construyeron los grandes puentes que permitieron su expansión.

Las viviendas escaseaban y las pocas libres se alquilaban a precios que los trabajadores no podían asumir. La mano de obra continuaba escaseando y los patronos decidieron que si los trabajadores no podían venir, irían ellos donde estaban. La materia prima salía de la población y regresaba unos días después una vez manufacturada.

Los cuatro hijos mayores trabajaban en la masía. El mayor de todos, Virgilio, que ya tenía veinte años, salía de madrugada montado sobre la burra y con los dos machos cargados hasta los topes con mercancía ya terminada y regresaba al filo del mediodía con productos inacabados. Las tardes y parte de la noche, excepto Virgilio que madrugaba y solía dormir una pequeña siesta, se trabajaba frenéticamente para tenerlo todo terminado a la mañana siguiente.

En las diversas puertas de Alcoy, a primeras horas de la mañana, se formaban grandes colas de personas y animales cargados, que los encargados de las tasas de consumo tenían que despachar con la mayor brevedad posible. Los conocidos que solo trasportaban la mercancía que previamente había salido para ser elaborada, poseían una guía especial que les permitía la entrada sin dificultad y solo era interceptados para la inspección, los desconocidos o los que carecían de dicha guía.

Virgilio entraba por el portal de Penaguila y se dirigía a la zona de Algezares e intercambiaba la mercancía en una fábrica textil en donde tenía una importante participación el abogado.

De esta forma, Virgilio introducía en Alcoy diariamente, mezclado con los productos locales, parte de los alijos que recibían semanalmente. Cualquier observador sagaz podía ver que los “machos” que acompañaban al muchacho, salían a media carga y regresaban sobrecargados. Pero era uno entre cientos y sería como pedirle peras al olmo que alguien se diese cuenta.

Lo que no terminaba de funcionar era lo de la palomas mensajeras. Luis ya le había advertido a su primo que los avances serían lentos, pero cuando la maquinaria se pusiera en marcha todo sería coser y cantar.

Hacía ya tres meses desde que Luis, y su ya esposa, se habían instalado en Yocla. Cuando llegaron, Don Camilo que no podía consentir que viviesen en pecado, se había decidido a casarlos saltándose las amonestaciones y lo que hiciese falta, alegando que todos esos trámites ya se habían realizado en Alcoy, aunque no era cierto, y que no iban a repetir de nuevo todo el proceso.

Una mañana que no tenía nada que hacer, cosa rara pues ahora el trabajo comenzaba a agobiarlo, decidió subir hasta el Riu Rau donde la pareja se había instalado para comprobar in-situ los avances y de paso contemplar a la bella Ana y pegarle un achuchón si se terciaba.

Montó, en el buen sentido de la palabra, a su burra Leonarda, pues para estos viajes cortos la prefería a su brioso corcel que ya se había agenciado para viajes más largos y que resbalaba en

demasiá sobre los adoquines de la cuesta del Poble Vell, lo que le obligaba a ir ese tramo a pie y arrastrando al noble bruto del ramal.

Cuando llegó a la finca, al primero con quien se topó fue con Jorge, el hijo de Ana, que indolente y con la ayuda de una navaja trataba, sin demasiado éxito, esculpir algo en un trozo de madera de olivo, mientras el rebaño de cabras campaba a sus anchas comiéndose las hojas y lo que no eran hojas de esos árboles. Pensó en reprenderle, pero era tan guapo y apuesto que si hubiese tenido inclinaciones invertidas como las de Carlitos, no le hubiera importado pegarle un buen revolcón. No era ese el caso, pues prefería a la madre, y optó para emplearlo como arma contra ella si se presentaba la ocasión.

La vio tendiendo la ropa a la sombra del riurrau. El tiempo amenazaba tormenta y no era cuestión que la sorprendiera un chaparrón cuando ya estuviera seca. Con los brazos en alto su figura parecía más estilizada y sus pechos y vientre parecían sobresalir un poco más de lo normal. El cabrón de Luis había tenido suerte y al final se había casado con una hembra que era una autentica beldad. Descabalgó dejando a la burra suelta para que comiese lo que quisiera y sabiendo de antemano que no se alejaría demasiado. Lo primero que hizo, el animal, fue acercarse al abrevadero de las cabras y atiborrarse de agua. Después se refugió a la sombra de un algarrobo y se dedicó a comerse sus frutos.

Se acercó con los brazos abiertos hasta donde estaba Ana. Esta que todavía no recelaba de él, lo recibió con una sonrisa en los labios.

-Mi querida Ana, dichosos los ojos que te ven. Ya veo que te conservas tan hermosa como siempre – ella intentó cogerle la mano para besársela, pero él la esquivó con habilidad, escondiéndola a la vez que la asía por la cintura y le estampaba dos sonoros besos en ambas mejillas pero no muy lejos de la comisura de sus labios, a la vez que comprobaba que sus pechos continuaban tan tersos como siempre y que sus respectivas barrigas se habían tocado con facilidad.

O era él el que había engordado o era su vientre el que escondía algún secreto.

-¡Por favor! Mi querida niña – continuó – Fuera de formalismos. Que somos familia y como tal debemos tratarnos.

Estuvieron juntos apenas unos instantes, que a él le pareció un suspiro y a ella una eternidad.

Cuando la mujer finalmente logro desasirse, dejó la colada, y abandonó la escena del crimen con una pueril excusa.

Don Camilo entró en la casa. Era grande y estaba amueblada con todo lujo de detalles. Estaba un pelín alejada del pueblo, pero indiscutiblemente era un buen lugar para vivir. Don Manuel y Angélica solían pasar allí los meses de verano, pues corría más el aire que en el pueblo y por la noche también refrescaba un poco más. Desde que enviudo no había vuelto a subir y había permitido a Don Camilo que la emplease para el negocia si hacía falta.

Tal vez cuando se jubilase... Olvidaba que a los curas los jubila la muerte. Posiblemente tendría que replantearse seguir en la carrera sacerdotal. Se santiguó por sus malos pensamientos y se absolvió él mismo.

Entró en la casa y subió hasta la planta principal que es donde se encontraban los dormitorios. Sabía que había otra más estrecha para subir al porche, pero no donde. Abrió, no recordaba cuantas, puertas de habitaciones vacías y otras amuebladas, pero que parecía que hacía siglos que no se usaban y con evidente necesidad de airearlas.

Cuando penetró en la sala principal el balcón estaba de par en par y entraba el sol a raudales. Se estableció una corriente de aire que se introdujo por sus fosas nasales y trajo aromas extraños y que no pudo identificar. La cama estaba todavía por hacer y revuelta como si esa noche hubiese ocurrido allí una batalla campal. Cuanto daría por haber sido él el varón participante. La gitana ya no olía a cabra, como en Alcoy, ni tampoco a jazmín como su hermana. Ahora su aroma era especial y él lo identificó como el de una mujer en celo. Se santiguó de nuevo por sus malos pensamientos pero esta vez no se absolvió pues quería mantenerlos intactos.

Salió al pasillo y llamó a voces a Luis que no tardó en aparecer por un extremo del largo pasillo. Se saludaron efusivamente y subieron por una escalera cómoda, pero más estrecha que la anterior, hasta el porche.

Este era amplio, diáfano y estaba perfectamente iluminado, ocupaba prácticamente toda la planta y por otra puerta se podía acceder a una no muy grande pero coqueta terraza.

El espacio estaba concebido como una especie de estudio, en donde podías relajarte, leer, tomar alguna copa e incluso fumar sin molestar a las damas. Ahora el mobiliario que lo había distinguido se encontraba apilado ordenadamente en un extremo y cubierto por unas mantas para protegerlo del polvo y de algún accidental golpe.

Luis había hecho una obra magnífica que parecía no haber terminado todavía, pues por doquier había listones, maderas, enrejados de alambre y otros elementos para iniciar nuevas obras si fuera necesario.

-Mucho tardas para iniciar nuestro proyecto.

-Y lo que falta – le respondió Luis – Como te dije, después será coser y cantar. Una vez iniciado el proyecto todo será una rutina que se repite sin cesar y siempre tendrás a tu disposición nuevos palomos para realizar el trabajo al que están destinados. El aprendizaje es largo y siempre habrá algunos en una etapa intermedia prestos a ir avanzando para sustituir a los otros, hasta alcanzar la cumbre que es lo que estamos en proceso de conseguir.

-Pues explícame ese proceso, pues al conocerlo espero se me vayan las ansias y la espera sea más fácil de digerir.

-Mira. Aquí puedes ver cuatro compartimientos diferentes y perfectamente aislados. Este es para las palomas de cría. Este otro para los pichones y los dos restantes para los machos viudos y para las hembras. Hay que tenerlos separados para evitar el hacinamiento que siempre produce estrés en los animales y las predispone para las enfermedades. Como veras las jaulas están bien ventiladas y el suelo es movable para poder limpiar diariamente los excrementos, que son muy corrosivos, y que no se acumulen.

Don Camilo miraba con curiosidad todo lo que le mostraba su primo. Y con especial atención a los animales que le devolvían la mirada curiosos.

-¿Cómo sabes cuando las palomas estas disponibles para criar?

-Es muy fácil, ellas misma te lo dicen. Voy a hacerte una demostración, pues creo que tengo alguna a punto de caramelo.

Luis escogió un par de palomas y un macho. Salió a la terraza y los soltó sobre un pequeño saliente.

-Hay que dejar que sean ellos los que emprendan el vuelo. En ningún momento hay que forzarlos.

Los tres animales se quedaron durante unos instantes curioseando por allí y cuando menos lo esperaban los dos hombres, uno inició el vuelo seguido inmediatamente por los otros dos. El cielo azul estaba limpio de nubes y el blanco de las palomas contrastaba con él y se distinguían fácilmente. Una parecía tener la iniciativa y las otras dos se limitaban a seguirla.

-¡Mírala! - dijo Luis señalándola – esa esta en celo.

Don Camilo continuaba viendo únicamente tres palomas volando.

-¿Cuál? – dijo por decir algo.

-La de la derecha. Mira como planea con las alas hacia arriba. Ese vuelo especial solo lo realizan cuando están en celo.

El cura vio efectivamente que la forma de volar de una era diferente al de las otras dos y que el macho mostraba un mayor interés por ella. El otro, pronto se llamo andana y se dedicó a volar por su cuenta, dejando de prestar atención a sus congéneres.

La hembra en celo descendió rápidamente y se posó en un lado de la terraza. El macho la sigue y en el suelo continua el cortejo. El macho hincha su pecho, se inclina hacia la hembra y emite un

típico graznido inequívoco de las palomas. Mientras tanto la hembra baja la cabeza, esta es la señal para que el macho la pise. La copula termina en unos instantes y ambos animales de un salto se introducen en el palomar.

-Ya tenemos una nueva pareja.

-¿Y ahora qué? – preguntó Don Camilo orgulloso de pertenecer a la especie humana que disfruta más tiempo de la hembra y no ese fugaz “polvo de las aves” que le recordaba el de Luis a la mulata que no le dio ni tiempo para meterla, ni a ella para apartarse y evitar la salpicadura en sus muslos. A él tampoco le agradaba ser tan breve como en alguna ocasión le había ocurrido. Su record, que estaba en diez minutos, le parecía más que aceptable. Tampoco se trataba de ser como esos animales que están horas e incluso días montado a la hembra como le ocurrió a su amigo Pepe, el mismo celebre día en que los tres montaron a la mulata cubana y que si no es porque la Madama los despachó con cajas destempladas hubiese batido un record inolvidable. El cura absorto en sus pensamientos no oyó que su primo le estaba hablando - ¿Decías algo?

-Sí, pero parece que estas pensando con las musarañas. Te decía que ahora la hembra tiene que preparar su nido en una jaula especial en donde voy a introducirla. Este lo construye a base de paja y pelo de cabra, que gracias al rebaño de Ana tenemos de sobra. Para que no pierda el tiempo en ir a buscar los materiales, vamos a proporcionárselos para que los tenga a mano y en esa jaula ya los he puesto en cantidad suficiente. ¿Te esta interesando todo lo que te cuento?

-Por descontado. A eso he venido.

-Pues mejor será que te quedes a comer, después te explicaré otras cosas y por ultimo te acompañaré a tu casa para soltar desde allí la primera de las palomas que tengo preparadas y comprobar cómo regresa al palomar.

Cuando Luis le dijo a Ana que Camilo se quedaba a comer, el mundo se desplomó a sus pies. Estaba claro que no iba a deshacerse del sobón del primo de su marido en todo el día. Por lo que tenía que estar junto a este o bien escondida en algún sitio para que el cura en un momento determinado no le echase otra vez mano.

Ya había tenido tiempo de darse cuenta de que era un tocador empedernido y con la excusa de la familia se aprovechaba todo lo que podía. Luis era un bendito y parecía no darse cuenta de nada, aunque peor sería que sí se diese cuenta y lo consintiera.

Ana reconocía que se había acostado con tres hombres por su propia voluntad. Uno fue su anterior marido, el padre de Jorge, Otro el actual, Luis, del que se enamoró apenas verlo y que llenó rápidamente el hueco dejado en su corazón por su primer esposo. Hubo otro amor consentido, fue el de Rafael, si de verdad se llamaba así, que apareció por su casa una noche de intenso frío y viento y que amenazaba ventisca. Apenas había trascurrido unos meses desde el trágico incidente que se llevó por delante a su esposo. Se sentía sola y lo acogió en su casa por compasión y tal vez con un poco de esperanza de que sofocase sus penas. Después de cenar, el niño, todavía pequeño, cayó rápidamente en los brazos de Morfeo. Hablaron de muchas cosas, incluso de lo felices que podían ser los tres viviendo juntos. Finalmente prometió para meter, pero como suele ocurrir, una vez metido olvidó lo prometido. Era atractivo, con unos impresionantes ojos azules, y no le costó mucho dejarse convencer. Lo cierto es que vio el cielo siete veces seguidas hasta caer rendida y cuando al día siguiente despertó, no encontró a nadie en su cama. Se levantó tiritando pues estaba completamente desnuda y hacia un frío espantoso. Se dirigió a la ventana. El exterior estaba completamente nevado y la nieve seguía cayendo con gran intensidad, hasta el extremo de ocultar las pisadas que el desconocido había dejado al marcharse. Aterida de frío y llorando, revivió los rescoldos del hallar y añadió un par de troncos al fuego para que caldeasen su pequeña vivienda y se metió en la cama de su hijo para entrar en calor. Pensó que esa noche no había ocurrido nada y que solo había sido un sueño. Cuando despertó esa mañana por segunda vez una débil claridad entraba por la ventana. La cabeza del niño había desaparecido de la almohada y en su lugar había una moneda de oro. No

había sido un sueño, pero si un amor comprado o tal vez caritativo, pero daba igual. Su hijo, que por entonces tenía tres años, estaba debajo de la manta acurrucado en su regazo y succionando de su pecho una leche que hacía tiempo había desaparecido. De vez en cuando el niño se cansaba de chupar y se dedicaba a mordisquearlo. Eso, no sabía porque, le ponía el vello de su cuerpo de punta y le daba la misma sensación como si un hombre la estuviese acariciando. Ahíta de placer se volvió a dormir.

Pero no todo fueron alegrías en su vida. Ella y su primer marido estaban de medieros en una gran masía de la partida de Morales, la misma que ahora ocupaban Ramón y su familia, y que ahora era propiedad de Pepe el amigo de Don Camilo y punto de llegada a Alcoy de los alijos de contrabando. Cuando murió su esposo, asesinado en el trayecto desde la masía a Alcoy, nunca se supo si fue un intento de robo, pues poco llevaba, o simplemente debido a un ajuste de cuentas. Y desde luego jamás se supo quien lo hizo. El entonces dueño de la masía, un viejo verde, avaro donde los haya, forrado hasta la medula y con tantas propiedades que ni él mismo recordaba cuales eran y mucho menos su familia.

No dudo en echarla a la calle pues era evidente que ella sola no podría sacar la masía adelante y obtener el rendimiento adecuado. Contrató a Ramón un hombre honrado, tal vez mayor, pero que con la ayuda de cinco hijos, todos varones, le garantizaban la producción y por lo tanto su mitad, como mediero, aumentaría considerablemente.

Ana le suplicó que no la dejase en la indigencia, pues no sabía a dónde ir con su hijo de apenas dos años ni qué hacer con el rebaño de cuarenta cabras, única herencia que le había dejado su marido.

El viejo verde terminaba de expropiar, por una deuda no pagada, una heredad anexa con importantes terrenos de cultivos, que quería unir a los de la masía para sacarle más producción y que el mediero no se durmiera en los laureles, un coto de caza de monte bajo en donde solo crecían “archilagas” y un pequeño refugio que podía habilitarse como vivienda.

Atraído por los evidentes encantos que emanaba la moza más que por la piedad, le propuso cederla la casa y el coto de caza, que usaría cuando le viniese en gana, pero mientras ella lo podía emplear para apacentar sus cabras a cambio de ciertos favores que le haría tantas veces como se lo requiriera.

Ella imagino inmediatamente de que se trataba pero no tuvo más remedio que plegarse si no quería verse a la intemperie, o haciendo quizás cosas peores en los burdeles de Alcoy y con el crío a cuestas. Si se proveyó de una buena cantidad de sebo para engrasar la maquinaria, pues seguro que el viejo con sus encantos no lo conseguiría y no tenía encima por que sufrir.

En realidad hizo mucho más por ella, aunque no se lo dijo para tenerla dominada y si se arrepentía no lo mandase a hacer puñetas. A la hora de escriturar sus nuevas posesiones, solo puso a su nombre las tierras de cultivo que eran lo más valioso. Y al de Ana la casa y el coto, que para él no valían nada, pero para ella significaba mucho más. No quería, que si algún miembro de su familia descubriera que la casa y el coto eran suyos, metiera las narices donde no debía y descubriese el pastel. Le hizo firmar la escritura de propiedad como si fuera un contrato de alquiler. Le entrego el documento en un sobre lacrado con la condición de guardarlo y solo mostrarlo si algo le ocurría a él y alguien intentaba a echarla de la casa. Ana nunca intento leerlo entre otras cosas porque no sabía.

No tardo el interfecto ni una semana en presentarse para exigir el primer tributo. Por suerte el viejo ya no estaba para muchos trotes y tampoco en su mejor momento. Y aunque se presentaba allí todos los días montado en un brioso corcel y con su carabina al hombro para pegar cuatro tiros en el coto, el quinto que era el que quería pegar dentro de la casa le salía fallido, pues solo en uno de cada diez intento lograba la erección y cuando lograba introducir el miembro dentro de ella al tercer movimiento se deshinchaba como un globo pinchado y se salía de su refugio. Entonces el viejo se limitaba a restregar su cuerpo contra el suyo, besarla y babearla por todos los sitios y únicamente en

una ocasión logró eyacular sobre su pubis.

Ana pronto espabilo. Sabiendo lo que le venía después de cada visita del viejo al coto, mientras el viejo cazaba, ella aprovechaba para restregar su cuerpo, en especial sus partes íntimas y pechos, contra la piel de una cabra para impregnarse de su olor y que el viejo, por lo menos no disfrutase, metiendo las narices donde no debía. También probó en comerse un par de ajos crudos para evitar sus besos en la boca, pero en eso falló, pues al muy cabrón parecía que ese olor le agradaba.

Los signos de repugnancia en el viejo por esos olores exóticos a los que no estaba acostumbrado eran evidentes, pero aun así prevalecía su deseo sobre el asco. Menos mal que poco a poco las visitas fueron distanciándose en el tiempo hasta que finalmente cesaron.

Semanas después supo por Ramón, que el viejo había fallecido. Habían sido seis meses de pesadilla pero finalmente esta había terminado. Ahora comenzaba otra, temía que sus familiares fuesen a echarla de su único refugio. Sacó el que creía contrato de alquiler de su escondrijo y lo tuvo a mano por si alguien se presentaba a reclamarle la casa. Ignoraba que renta le pedirían ahora, esperaba que no fuese dinero porque no tenía y si era la misma que antes, rezaba para que el receptor fuese por lo menos más agraciado que el anterior. Pasaron tres meses y allí no se presentó nadie, ni tampoco cuando la Masía de Morales, en la que creía estaba incluida su casa, cambió de dueño.

Era como si la casa y el coto estuvieran fuera de la escritura de propiedad, o si por vivir ella allí, creyeran que ese trozo no pertenecía al resto de la heredad. Jamás en la vida había querido saber leer como en esos momentos. Quería conocer que ponía en ese documento y no podía. No conocía a nadie que fuese de su entera confianza para que se lo leyese y temía levantar la liebre y después no poder volver a cazarla y perderlo todo. Mejor era dejar las cosas como estaban, pues como decía el refrán mejor no menear la mierda para que no huela.

Ahora otro problema le acuciaba: el del hambre. Las primeras semanas pudo superarlas gracias a las visitas del viejo. No tenía nada que comer excepto la leche que le proporcionaban las cabras y el queso que podía producir.

Pero este era de buen yantar y cuando comprobó que allí no había nada que comer, en cada visita que hacia llevaba el zurrón lleno, pero dejaba las sobras que eran suficientes para alimentar a una familia. Ella consumía los alimentos perecederos y guardaba los otros para las épocas de vacas flacas que seguro no tardarían en llegar. También solía, en épocas de cosechas, saquear sin demasiada evidencia los campos vecinos, el mediero de la masía de Morales no era tonto y se daba cuenta, pero nunca le dijo ni le insinuó nada.

Esto no podía durar toda la vida, así es que gastó la moneda de oro que le proporcionó el extraño visitantes en adquirir un joven pollino que le permitía trasportar la leche de sus cabras a Alcoy y conseguir un dinero con el que podía cubrir otras necesidades.

Cuando conoció a Luis y tuvo la suficiente confianza con él, se atrevió a mostrarle el documento para conocer su contenido. Solo entonces su felicidad fue completa.

XXXXX

XXX

X

A la hora de la comida Ana les llamó. Mientras Luis se aseaba, el cura ronroneaba alrededor de la dama que esquivaba grácilmente sus embestidas. Ana comprendió que el primo de su esposo estaba emperrado y que insistiría mientras pudiese. Ahora vivían bien, a la hora de comer en la mesa no faltaba de nada, ella no tenía que madrugar, ni deslomarse cargando los cantaros en el pollino, ni desplazarse todo los días a pie casi dos leguas para vender su leche por las calles de Alcoy y conseguir unos céntimos que gastaba inmediatamente comprando otros alimentos y la casa en donde vivía era mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Por otra parte Luis era feliz durante el día cuidando y entrenando a sus palomos y además recibía un salario por ello. Por la noche ambos eran dichosos amándose mutuamente en un lecho que podía ser la envidia de una princesa y para colmo Dios iba a bendecir el matrimonio con un hijo. Hacía dos meses que no tenía el periodo y comenzaba a recordar que su cuerpo estaba reaccionando de la misma forma que lo hizo cuando estuvo embarazada de Jorge. Todavía no se lo había dicho a Luis pero ese maldito cura que era más listo que el mismo diablo, parecía haberse dado cuenta de su embarazo. Tendría que decírselo antes que alguien se anticipara.

Desde luego nadie iba a romper esa felicidad que ahora la embargaba ni expulsarla de este nuevo hogar en donde tan feliz se encontraba y si para ello tenía que satisfacer la lascivia de otros lo haría. Agallas no le iban a faltar y tampoco sería la primera vez.

La llegada de su esposo le quitó el moscón de encima. Se sentaron alrededor de la mesa, junto con el muchacho que terminaba de incorporarse en ese momento. Ana sirvió el primer y probablemente único plato de la comida, pues se trataba de una “Borreta” a la que no le faltaba de nada y olía a coro celestial. El inevitable tufo a cabra que parecía perseguir a toda la familia desapareció como por ensalmo.

Don Camilo no le quitaba el ojo de encima a la bella gitana que mostraba una cara sonrojada y resplandeciente. Estaba a punto de insinuar lo de su posible embarazo, pero Ana se le anticipó adelantándose a sus intenciones.

-Aprovecho la visita de nuestro querido primo Camilo, para comunicaros a todos que estoy preñada.

Todos, excepto Camilo que parecía conocer la noticia, lanzaron una exclamación de contento y la recibieron con gran alborozo. Luis se levantó y la beso apasionadamente, su hijo le estampó dos sonoros besos en ambas mejillas que las dejaron mas sonrosadas, si ello hubiera sido posible. El primo se levantó con toda la pachorra del mundo como si estuviese saboreando el momento, interpuso su corpachón entre ella y su marido e hijo para que no vieran lo que estaba haciendo y le pegó un chupetón en el cuello que de momento le dejó un leve enrojecimiento pero al día siguiente lucía un moratón de tomo y lomo y que Luis atribuyó, cuando lo vio, a la noche de pasión que habían tenido el día anterior para celebrarlo.

En condiciones normales y de no estar su familia presente, Ana hubiese respondido a la impertinencia del cura con una bofetada. Pero no quería indisponer a ambos primos y mucho menos iniciar un escándalo de consecuencias inimaginables, ya que se había propuesto que la felicidad de ella, su esposo e hijo estuviera por encima de todo. Respondió a la provocación con una sonrisa y un escueto “Gracias” que nadie apenas escuchó.

Debido a lo inesperado de la noticia, Luis pospuso la charla con su primo sobre las palomas y la conversación se centró sobre el feliz acontecimiento y el nuevo habitante de la casa. Al padre se le veía contento y mucho más a su hijastro que por fin iba a tener a alguien con que entretenerse, pues solo de cabras no vivía el hombre.

Al terminar la comida Luis le animó a subir hasta el palomar, para reanudar sus explicaciones.

-Lo siento primo, - le respondió el cura -pero la siesta es sagrada. No te pido que me cedas la cama para invitados que tenéis arriba y que alguna noche posiblemente usare, porque no me levantaría hasta el anochecer y a mí con dos horas me basta.

Aprovecharé la mecedora que tienes en el riurrau y así no preciso ni desnudarme.

Se sentó en ella puso los pies sobre un taburete, cerró los ojos y a los dos minutos roncaba como un cerdo.

Soñó que su primo le llevaba a Ana, cuando estaba de siete meses de gestación, rogándole la acogiera en su casa hasta el parto, pues temía que sobreviniera por la noche y no pudiese llegar a tiempo, desde su casa, para que la Tía Pura, la partera, la atendiera. Acepto a regañadientes pues no quería que nada pudiera interrumpir sus oraciones nocturnas. Por la noche, mientras dormía plácidamente, notó que alguien se introducía en su cama. Por su abultado abdomen no podía ser otra que su prima. Le explicó que los de su raza tenían la costumbre de practicar el sexo hasta el último instante, pues esto facilitaba posteriormente el parto. Y ya que no tenía a su esposo a mano le rogaba encarecidamente lo sustituyera en tan obligatorio trance. El cura nunca había hecho el amor con una mujer en tan avanzado estado de gestación y la aventura amorosa le sedujo. Lo malo era que por mucho que juntaban sus voluminosas barrigas su corto pene no lograba alcanzar su objetivo. Adoptando infinidad de posturas al final lograron una que más o menos le permitía realizar el coito. Pero Don Camilo temía que su pareja fuese el diablo disfrazado de embarazada y rezaba para que cuando introdujese su miembro en lo que suponía era el infierno, no desapareciese fulminado. No es que fuese gran cosa, pero era el único que tenía y en el fondo lo apreciaba. Finalmente y adoptando todas las precauciones lo metió, no en el infierno como creía, sino en el cielo; pues fue recibido con una explosión de gloria que le despertó súbitamente al notar sus entrepiernas mojadas.

Maldijo a todos los santos y se cagó en cien mil putas montadas a caballo y todas las de Valencia, incluida la mulata. Se limpió sus partes y aledaños con un pañuelo que luego arrojó detrás de un seto, se felicitó porque por lo menos el fluido no había aflorado en la superficie de la sotana y de esta forma todo quedaba en casa y finalmente dio por concluida la siesta.

Buscó por los alrededores y dentro de la casa a la causante de tan perturbador sueño, y como no la encontró pues seguro se había escondido bajo siete llaves, subió al palomar para continuar platicando con su primo.

Lo encontró poniendo comida para los animales en unas vasijas especiales y agua en los bebederos.

-Mira. La moza preñada esta mañana ya está construyendo su nido. Como tiene todo los materiales a su alcance no tardará mucho en terminarlo. Dentro de diez días, aproximadamente a las siete de la tarde, pondrá su primer huevo; el segundo será día y medio después, es decir al segundo día pero hacia el mediodía y diecisiete días después nacerán los pichones.

Pasó luego a otra jaula separada en la que había un palomo achocado sobre un nido, en el que se suponía habría debajo un par de huevos.

-Estos huevos se pusieron hace once y nueve días respectivamente y todavía le quedan algunos más para eclosionar. Ahora el que está incubando es el macho que lo hace durante las horas centrales del día, mientras la hembra aprovecha para comer y hacer algún ejercicio. La puedes soltar cuando quieras pues al estar criando con toda seguridad volverá. El resto del día lo pasa incubando. Mira aquí. – le dijo mientras cambiaba de jaula y se situaba delante de otra en la que habían dos crías de aspecto frágil y endeble.

-Estas no creo que vivan mucho – se asombró el cura al ver su aspecto.

-No lo creas. Ni siquiera necesitan cuidados especiales. Sus padres se encargaran de alimentarles con una papilla que se forma en unas glándulas que tienen. Dentro de unos días los separaremos para que se alimenten solos. Si no lo conseguimos se los devolvemos a los padres unos días más. Al principio les cuesta adaptarse y pueden estar hasta un par de días sin tomar alimento, pero al final el hambre los aprieta y terminan comiendo.

Ambos salieron a la terraza en donde un palomo estaba encerrado dentro de una jaula, a la que habían tapado con un saco la puerta de entrada al palomar.

-Detrás del saco hay una puerta diseñada para que puedan entrar, con un simple empujón,

cuando quieran. Pero salir no pueden si yo no se lo permito. Ahora he tapado la puerta con esa lona para que no entre. Está en el periodo de querencia y tiene que estar, durante siete días, una hora por la mañana y otra por la tarde para que vaya observando todo lo que le rodea. Después tocaré un pito y la dejare entrar para comer. Cuando empiece a volar y quiera que regrese, solo tendré que llamarla con el pito, ella lo relaciona con la comida y vuelve. Esto lo hago durante dos semanas y luego los dejo volar. Si las palomas estuviesen dentro de una población en la que todos los tejados parecen iguales, algunos se perderían; pero tanto aquí como en la cabaña de Alcoy nunca he perdido ninguna a menos que algún ave rapaz te la arrebate.

-¿Cuándo estará ésta en disposición de soltarla?

-Ya – le respondió Luis después de consultar unas notas – ha cumplido su periodo de querencia. Voy a liberarla para ver qué ocurre. Dentro de un rato esperara ansiosa que toque el pito, así es que vamos a aliviarle la espera. Ten el honor de abrir tú mismo la puerta.

Así lo hizo el cura. El palomo salió rápidamente y se posó sobre la barandilla de la terraza. De un salto subió al tejado, para echar un vistazo a todo lo que le rodeaba y cuando menos se lo esperaban los dos hombres, se lanzó al vacío y rápidamente remontó el vuelo. No se alejó demasiado de la zona y cuando Luis juzgó que era suficiente, la llamo con el pito. La paloma dio un brusco giro en el aire y como una bala se lanzo sobre el palomar y se introdujo dentro.

-¿Cuándo estará disponible esta paloma? – preguntó ansioso el cura.

-Aun falta mucho – le contestó sonriendo su primo – Ahora deberíamos soltarla desde los cuatro puntos cardinales para que se oriente mejor. Pero como tú quieres lanzarlas desde el mar machacaremos las sueltas desde el este, para que se habitúen al perfil de la costa. ¿A qué distancia las soltara el barco?

-A unas seis o siete leguas de distancia en línea recta para que nos dé tiempo a prepararlo todo.

-Podemos soltarlas hasta desde veinticinco leguas, pero hay que hacerlo escalonadamente. Primero media, después una, dos, cinco, diez... Necesitaré una barca y alguien que la tripule para que nos lleve mar adentro...

-Tendrás lo que quieras. Solo tienes que pedirlo y decirme para cuando lo necesitas – miró donde estaba situado el sol – Creo que ha llegado la hora de marcharme. El sol se ha ocultado y aquí anochece pronto por culpa de las montañas que tenemos detrás.

Bajaron las escaleras y cuando llegaron a la planta baja y al no ver por allí corretear a Ana. Preguntó.

-¿Podré despedirme de Ana?

-Por supuesto – Luis la llamó pero nadie acudió – Debe de estar ocupada por algún sitio.

-Bueno. Hazlo tú por mí.

-Así lo hare, no te preocupes.

-Por cierto. Cuando tú esposa este en avanzado estado de gestación y no quisiera pasar las últimas noches alejada de la comadrona, por lo que pueda pasar. Sabes que mi casa la tienes disponible para que pase allí esos días.

-Te lo agradezco y ten por seguro que aceptará tu amable invitación.

-Ni de coña – masculló la gitana desde su escondite, en donde había escuchado toda la conversación.

No salió hasta que dedujo que el cura se había alejado por lo menos un cuarto de legua del lugar.

Algo corría por sus piernas y no era nada bueno. Marchó a su habitación. Puso un trapo en sus entrepiernas y masculló una maldición. ¡Estaba sangrando! La regla volvía a su cita mensual y probablemente no había estado nunca preñada. Las ansias porque el primo de su esposo se anticipase en la noticia, le habían conducido a anunciar otra que no era cierta.

La desconcertaba, sin embargo, la falta de la anterior, pero con toda seguridad era debida a los nervios del traslado desde Alcoy a su nuevo domicilio, y la emoción del momento. Ahora no sabía

qué hacer. Decidió guardar de momento su secreto y luego pensar que debía hacer.

Mientras Don Camilo montado en Leonarda se devanaba los sesos pensando en cómo podría enviar al hijo y al esposo al quinto puñeta y él pasar, aunque fuese una sola tarde con ella. Y eso tenía que ser pronto porque no quería montar a una vaca preñada y en avanzado estado de gestación.

CAPITULO XVI

A la caza de la prima

Don Camilo, después de la misa diaria, bajaba la cuesta del Poble Vell, montando a Leonarda y saludando a los que descendían e imprecando a los que ascendían pues se suponía que estos no habían acudido al Santo sacrificio.

-¡Bon día Tío Pedro! ¡Bon día Ña María! - decía mirando a diestra y siniestra, mientras se quitaba el sombrero y realizaba una leve reverencia con la cabeza - Hui ha fet pala. Tío Joan - reprochaba a quien subía.

-No querrá que vaya todos los días. Mosén. Que algunos tenemos que trabajar para poder comer, no como otros. Con ir los domingos me basta y me sobra - le contestaba el aludido que tampoco tenía pelos en la lengua.

-Lo de otro no irá por mí.

-Dios me libre.

Y la conversación se daba por finalizada cuando los interlocutores estaban a la suficiente distancia para no oírse. Cuando pasó a la altura de la casa de la Tía Pura, detuvo su montura y la llamó.

-¡Tía Pura! ¿Pot eixir?

-No querrá que vaya a confesarme otra vez - le contestó la eludida mientras salía de su casa secándose las manos con el delantal que lucía.

-No. Después del favor que me hizo, puede considerarse en estado de gracia el tiempo que quiera, pues rezo por usted y la absuelvo todos los días.

-Muchas gracias Don Camilo, no sabe cuánto se lo agradezco. Dígame pues para que me necesita, pues tengo unos moniatos en el horno a punto de sacarlos y no quiero que se me quemem. Usted no para aquí si no pintan oros.

-Solo quisiera comunicarle que mi prima Ana la gitana, la mujer de Luis el del Palomar, está en estado de buena esperanza, gracias a Dios y a que su marido sabe hacer bien las cosas.

-¿Está preñada? ¿De cuánto?

-Por lo menos de ocho semanas.

-Eso es muy pronto. Solo habrá tenido una falta y eso puede deberse a muchas circunstancias.

-Lo sé. Pero no estaría de más que le pegase un vistazo a lo que usted ya sabe para comprobar que todo está en su sitio. Es mi primer sobrino y no quisiera se malograra.

-No se preocupe. ¿Es primeriza?

-No. Sería el segundo. El primero es ese zagal que acompaña las cabras.

-Guapo mozo.

-Si lo es. También quería pedirle que cuando se acerque el parto le recomiende venirse al pueblo para evitar problemas. Yo ya le he ofrecido mi casa.

-Qué bueno es usted Don Camilo. No creo que sea necesario, pero por mi encantada. No me gustaría tener que subir de noche a ese monte de Dios, con el frío que hará entonces.

-¿Se acordara?

-Me acordare

-Pues guárdeme uno de esos boniatos que tan bien huelen, que luego paso a recogerlo.

El cura siguió su camino hasta llegar al bar. Metió a la burra en el patio, que inmediatamente se dedicó a investigarlo, por si encontraba algún trozo de pan o algo distinto de su agrado.

-¡Tonet! Tráeme un buen trozo de pan con longanizas, media botella de vino del que tienes debajo del mostrador y un "platet de aiguasal"

Mientras degustaba el almuerzo, esperó la llegada de Carlitos el mariquita con el que se había citado allí, no era el único pero si el mejor carpintero ebanista del pueblo. Quería encargarle una

cunita para su futuro sobrino. No era que le importara mucho el feto, pero era parte de un plan que tenía que cumplir escrupulosamente.

Terminó su almuerzo y Carlitos todavía no había llegado. No le extrañó pues era impuntual como muchas mujeres y su parte femenina prevalecía sobre la otra. Pudo incorporarse a una partida de Tute que estaba a punto de organizarse, pero decidió dejarla para otro momento y esperarlo en la playa.

-¡Tonet! Si llaga Carlitos y no estoy dile que le espero en el Palmeral.

-De acuerdo Don Camilo.

El Palmeral eran las cuatro palmeras que habían en la playa formando un rombo y en cuyo centro se suponía debía estar enterrado el tesoro de unos piratas que todos habían buscado, pero nadie encontrado.

No hacía excesivo calor pero la sombra se agradecía. Se sentó sobre la arena, respaldado en el tronco de una de las palmeras de forma que veía a los que entraban en el bar y a los que se bañaban en la playa. Ésta solo se animaba de buena mañana cuando partían las barcas para el sardinal y por la tarde cuando regresaban. Ahora solía estar vacía, pero era la hora elegida por algunas mujeres, sobre todo jóvenes y que probablemente habían pasado una noche ajetreada, para darse un baño y quitarse los humores que hacían que su cuerpo oliese a hembra.

Usaban una especie de camisón de lino o algodón que se quitaban apenas el agua ocultaba sus vergüenzas y que plegado se ataban a la cabeza con una cinta para poder nadar libremente, evitando se mojase.

Los naturales de Yocla eran todos buenos nadadores y el continuo ejercicio hacía que sus cuerpos fuesen esbeltos y musculosos. Ese por desgracia no era el caso de Don Camilo, que era natural de la montaña y de allí solo vecino. En esos momentos se acercaba un nadador a la playa, debía venir de mar adentro, pues hasta entonces no la había visto. Evidentemente era una mujer pues llevaba un pequeño fardo blanco sobre su cabeza. Debía haberse adentrado por lo menos mil yardas, pues llegaba algo cansada ya que cambiaba constantemente su estilo de natación. Pero no había peligro porque podían mantenerse horas dentro del agua sin necesidad de hacer pie. Cuando lo hizo se quitó la ropa de la cabeza y continuó avanzando hacia la orilla pero asomando únicamente la cabeza. Cada vez se acercaba con mayor dificultad, prueba de que lo hacía en cuclillas. En un momento determinado se caló el camisón por la cabeza, los brazos por las mangas y lo bajo conforme iba emergiendo. A Don Camilo le pareció que lo había visto todo pero en realidad no había visto nada, dada la rapidez como había efectuado la operación. Era más producto de la imaginación que de la vista.

Pero la salpicadura de alguna ola y el agua que portaba su cuerpo pronto pasaron al vestido y este se torno trasparente en las partes que estaba humedecido. No tenía suficientes manos para separarlo de su piel, pero el viento de poniente hacía su trabajo y volvía a proyectar el vestido sobre su cuerpo.

Las partes más expuestas, pecho, vientre y muslos se hicieron visibles. La muchacha al ver que el cura la miraba, echó a correr y se lanzó sobre una gran toalla que la aguardaba sobre la arena y que rápidamente se puso sobre sus hombros a modo de capa. Mientras avanzaba hacia él, la observó. La conocía, no recordaba en esos momentos su nombre, pero la había casado apenas hacía dos años. Entonces era una débil niña, delgaducha, que llegó al altar temblando y llorando por hacer ciertas cosas antes de tiempo y tener la mala suerte de quedar preñada. Al pasar por su lado le saludó con una inclinación de cabeza sin atreverse a dirigirle la mirada.

El cura si la miró, estaba claro que el embarazo y dos años de forja con un buen martillo la habían hecho una mujer apetecible.

Desvió la mirada hacia el bar y vio como Carlitos entraba en él. La mujer ya había desaparecido dentro de su casa y no había motivos para permanecer más tiempo allí. Hizo ademán de levantarse, pero entonces vio como Marieta la Massa salía de su casa, vestida con el típico camisón y la toalla

echada sobre los hombros y con toda la intención de dirigirse hacia la playa. Lo de Carlitos podía esperar, pues en todo caso Tonet lo enviaría a donde él estaba y lo de Marieta era un espectáculo que no se lo podía perder. En los años que llevaba en Yocla, únicamente en una ocasión logró verla desnuda y de eso hacía por lo menos siete años. Toda una eternidad. Ahora debía tener unos treinta años aunque posiblemente todavía no los había cumplido.

-Buenos días Mosén – le dijo al pasar por su lado - ¿Alegrando la vista?

-Buenos días. Hermosa. ¿A lavar tus pecados?

Ella se limitó a sonreírle y avanzó hasta la misma orilla, dejando una distancia prudente para que ninguna ola atrevida mojase sus pertenencias. Dejó la toalla sobre la arena, y no hizo como la anterior bañista, sino que se quitó el camisón que llevaban las mujeres del lugar para bañarse durante el día, quedando totalmente desnuda. A Don Camilo le constaba que durante la noche, tanto hombres y mujeres como mozos y mozas se bañaban como Dios los había traído al mundo como si aquello fuese una sucursal de Sodoma o lo que es peor la misma Gomorra. Pero lo que estaba ahora viendo, a pleno día, no se lo hubiera podido imaginar nunca. Miro alrededor y comprobó que menos mal que solo Dios y él eran testigos de aquello. La mujer, mientras plegaba el camisón y lo dejaba encima de la toalla se situó de perfil con respecto al cura. Dejando ver unos firmes y bien situados pechos y un culo respingón. Comprendió, cuando se agachó para dejar el camisón sobre la toalla, porque a Nelo, su marido, le encantaba practicar la posición del misionero cuando hacía el amor con ella.

Instintivamente metió la mano en el falso bolsillo que daba acceso al interior de su sotana, tocó el pene que ya estaba a punto e inmediatamente lo soltó. Hacía tiempo que no se auto complacía manualmente, pues hacía el amor con Doña Angélica cuando le apetecía y cuando tenía alguna fantasía erótica con alguna mujer inalcanzable, en la oscuridad pensaba que era ella la que estaba debajo y no la viuda.

Después de los primeros meses de pasión incontrolada en donde lo había aprendido todo y no podía negar que hasta la hubiera querido, ahora la tenía, aunque se guardaba muy mucho de decírselo, como un simple agujero en donde meter la polla cuando su mente estaba centrada en su hermana y últimamente con su prima Ana. Desde luego el próximo polvo con ella se lo dedicaría a Marieta.

Con su hermana había yacido en la cama e incluso había disfrutado con su cuerpo, pero nunca había logrado meterse dentro de ella. Con Ana esperaba conseguirlo más pronto que tarde, pero Marieta se le antojaba un amor imposible. No por ella. Camilo creía que no había mujer que se resistiera eternamente. Se doblaban como los juncos, pero al final terminaban por romperse. Incluso con su hermana Amalia todavía albergaba alguna esperanza.

Pero la moza que ahora estaba dentro del agua y se alejaba nadando de la orilla, tenía un marido con una mala leche impresionante. Un tipo de “got i navaixa” como suelen decir los de su pueblo, que no se andaba con chiquitas cuando se discutía sobre el honor de su mujer.

La única oportunidad sería si él estuviese muerto, pero eso estaba todavía muy lejos. O tal vez no. Sobre esta cuestión estaba cavilando el cura cuando lo interrumpió la presencia de Carlitos.

-Buenos días Mosén ¿Me ha dicho Tonet que quería verme?

-Siéntate un ratito que quiero platicar contigo.

El mariquita temió que iniciara un sermón sobre su desviación sexual, que solo era aparente pero no efectiva, pues no tenía competencia en el pueblo en donde era el único ejemplar disponible y el sexo siempre había sido cosa de dos. Lo único que le reprochaban los hombres era su éxito con las mujeres, pues es bien sabido que perro que no muerde todo son caricias.

Carlitos demostró sus inclinaciones desde bien pequeño. Se incorporo voluntariamente, desde su más tierna infancia, al grupo de las chicas, huyendo de los juegos violentos de los niños. Hasta que llegó un momento en que tuvo que elegir y aunque solo fuera por decoro eligió la compañía de los hombres cuando estos ya comenzaban a fijarse en las hembras con aviesas intenciones. Eso no

evitó que tratara a las mujeres como iguales, las besaba cuando las veía como hacían entre ellas y se permitía algún que otro tocamiento que los chicos de su edad no podían ni siquiera imaginar. Se vanagloriaba de haber tocado los pechos de alguna muchacha que sus amigos se diputaban como novia. Evitaba las demostraciones de: “a ver quién la tiene más larga” y cuando se bañaban en la playa, nunca lo hacía desnudo como los demás y evitaba quitarse las bragas en su presencia. Y no se llamen ustedes a engaño, pues los que gastaban bragas en aquella época eran los hombres y las mujeres tenían incluso prohibido ponérselas.

Un día, los amigos cansados de que se resistiera a mostrarles lo que suponían ridícula “cosa”, entre juegos y chanzas le arrebataron las bragas y se quedaron pasmados de lo que vieron. Nelo que no daba crédito a sus ojos, decidió echarle mano al paquete, cosa que no solía ocurrir en los juegos entre los hombres, y lo que parecía grande se torno en increíble. Nadie se podía creer que el enclenque cuerpo de Carlitos albergase una calidad como la que estaban viendo y que desde entonces fue la envidia de todos.

-¿De dónde cojones has sacado eso? – pregunto alguien

-Cada uno tiene lo que Dios le ha dado y lo que se merece.

-¡Cuánto desperdicio! – exclamó otro.

-¡Desperdicio! ¿Por qué? Si alguien quiere saber lo que sentirá una chica cuando le metáis lo vuestro, sin preparación previa, en seco y a lo bestia y comience a quejarse y llorar de dolor. Yo puedo hacerle una demostración gratuita.

-¿Pero tú sabes por dónde se mete? – preguntó Nelo.

-Con vosotros lo tengo clarísimo. Con ellas no tanto, pues tienen más agujeros por ahí abajo que un colador estropeado. De todas formas si quieres un consejo quédate con Marieta que es la que cogería yo si fuese como vosotros.

Nelo ante tal recomendación decidió ponerla al final de su lista, pero mira como son las cosas y el ojo técnico de Carlitos que terminó casándose con ella.

Sus pensamientos se disiparon cuando recibió una colleja por parte de Don Camilo.

-Carlitos deja de soñar y pensar en las musarañas que lo que quiero es hacerte un encargo.

-¡Ah! Si. Perdones Don Camilo pero estaba pensando en mis cosas.

-Quiero que me hagas una cuna.

-¿Para qué quiere usted una cuna?

-Para qué coño voy a querer una cuna, pues para meter un niño dentro. ¡No te jode!

-No me diga que Doña Angélica está embarazada y usted va a ser padre – le dijo dando palmadas de alegría.

-Ni Doña Angélica está embarazada, porque entre otras cosas se le ha pasado el arroz – dándose cuenta de su metedura de pata- ¡Bueno! Supongo, porque yo de eso no sé nada y además yo solo soy padre de mis fieles – terminó muy digno.

-Lo que usted quiera Don Camilo, pero le advierto que su “tete a tete” lo sabe medio pueblo y se alegra y la otra mitad también lo sabe pero le importa un pimiento. Tenga en cuenta que en Inglaterra hasta los obispo se casan y usted ni siquiera lo ha hecho todavía.

-¡Venga! Ya está bien. Déjate de chácharas y vamos al grano – había cortado la conversación porque no le interesaba ese peliagudo tema, pero el problema persistía y tendría que investigarlo. No fuera que se enterasen los del obispado y lo enviaran a un pueblucho en el quinto puñetas y tuviese que comenzar de nuevo.- De lo que se trata es que sin prisas pero sin pausas me hagas una cuna para regalársela a mi prima Ana que está en estado de buena esperanza. ¿Te has enterado?

-Si Mosén. Ya me extrañaba a mí. ¿La quiere con muchos detalles?

-Que sea una autentica mariconada. Tú ya me entiendes.

-Desde luego Don Camilo. Sera complacido. ¿La querrá montada o la dejo sin montar?

-Que sea eso último, siempre que luego sea sencillo construirla.

-No se preocupe. Eso lo montará hasta el más tonto del pueblo, con un par de ligeras instrucciones que yo le daré. Mire Don Camilo, no se pierda esto – dijo mientras señalaba con la cabeza un lugar de la orilla del mar.

El cura giró su cabeza y llegó a tiempo de ver como Marieta emergía de entre las aguas, pues había estado nadando hasta la misma orilla. Echó sus cabellos hacia adelante, liándolos y estrujándolos hasta eliminar la última gota del agua que acogían. Andaba despacio y no mostraba ningún interés en llegar rápidamente hasta la toalla para secarse, es como si quiera que el sol hiciese ese trabajo. Si antes nos había mostrado la cruz ahora nos enseñaba la cara de su cuerpo.

-Madre María Santísima – exclamó el cura.

-Es como el coñac. Mejora con el tiempo.

-¿Pero tú la habías visto así antes?

-Con todo detalle. Lo que ocurre Don Camilo es que uno no se confiesa todo lo que ve.

Llegó hasta donde estaba la ropa. Cogió la toalla y enjugó con calma lo que el sol no había secado antes. El vello del pubis debía ser del mismo color que sus cabellos y en la lejanía apenas se apreciaba. Finalmente se puso el camisón y se acercó hacia los mirones. Cuando llegó, ya fuera del arenal, desprendió con la toalla los restos de arena que portaban sus pies y piernas, mientras les decía.

-Les recomiendo un baño señores. El agua del mar esta riquísima.

-Como tú, Marieta – le respondió Carlitos

-Ya lo sé, pero recuerda que somos incompatibles.

-Por ti sería incluso capaz de cambiar.

-Cuando lo hagas avísame, quiero ser la primera en saberlo.

El cura asistió incrédulo a la conversación y pensó que si él hubiera sido Carlitos, Dios no lo quiera; no hubiera dudado un instante en cambiar sus instintos e ir tras ella.

XXXXX

XXX

X

Marieta llegó excitada a su casa, las miradas lascivas de los hombres, en especial la del cura le habían despertado el lívido. Si es que la había tenido dormida en algún momento, pues la noche había sido bastante movidita.

Hubiera deseado masturbarse para aliviar sus ansias, pero hacía mucho tiempo que no lo practicaba y ya le resultaba cansino y poco sexual. Necesitaba un hombre encima de su cuerpo o detrás, eso ya no le importaba demasiado, pero si oler su sudor para alcanzar el clímax.

De haber estado Nelo en casa hubieran hecho el amor otra vez, pero se había ido con el inglés otra vez a Alicante y tardaría un par de días o tres en regresar. En caso contrario no se hubiera exhibido en la playa en la forma que lo había hecho. Nelo era muy celoso y de verla no se lo hubiese consentido. Dudaba que alguien le fuera con el cuento, era un hombre de reacciones violentas, excepto con ella, y pudiera salir perjudicado.

Si alguien entrase en esos momentos en su casa se lo había llevado inmediatamente a la cama. Si fuese Carlitos hubiera tenido que obligarlo, porque con toda seguridad se hubiese negado. Con el cura no sabía cómo respondería. Se veía que era un viejo verde, aunque no tan viejo, y tendría su morbo hacerlo con él. Sabía, como todo el pueblo, que tenía sus mas y sus menos con la viuda del contrabandista y ahora se había convertido en el jefe de su marido. Lo odiaba por arrebatárselo con tanta frecuencia, pero a la vez le estaba agradecido, porque desde que dirigía el negocio, este iba mejor y el dinero entraba a raudales en su casa.

Aunque pareciera una incongruencia, Carlitos era su amiga de toda la vida, por encima incluso de María, la hermana de Jaime el Baina. Habían intercambiado confianzas e incluso había conocido su cuerpo antes que el de Nelo, aunque tenía que reconocer que no tan profundamente. Carlitos, en la adolescencia, tocaba los pechos de Marieta periódicamente para comprobar su rápido desarrollo y sintiendo en el alma que a él no le ocurriese lo mismo. Se recriminaba no ser mujer y se avergonzaba del monstruo que iba creciendo entre sus piernas.

Un día decidió enseñárselo a su compañera de juegos, esta se extrañó de su tamaño pero en realidad solo podía compararlo con el de los niños más pequeño, que en pelotas, jugaban en la calle. Ella lo tocó, sopeso e incluso lo desenvainó, como él le pidió y no ocurrió nada extraordinario, sin embargo cuando lo manipuló él, comenzó a crecer, alcanzando el doble o el triple de su tamaño natural, pero cuando dejaba de jugar con él, se deshinchaba rápidamente. La chica realizó un nuevo intento, repitiendo los movimientos que anteriormente había hecho el muchacho para estimularlo sin ningún resultado positivo. Supuso, equivocadamente, que “eso” solo sabían manejarlo los hombres y no era cosa de mujeres. Estaban en la casita de los fantasmas, situada en un extremo de la playa, a bastante distancia de las últimas casas del Poble Nou. Era el lugar en que solían reunirse los jóvenes del pueblo durante el día, ya que por la noche no osaban ni siquiera acercarse al lugar.

-¿Quieres que te diga un secreto? – Carlitos asintió con la cabeza – según dicen las chicas mayores, cuando hablan entre ellas y creen que no las estas escuchando, si un chico mete eso dentro del cuerpo de una chica, al cabo de unos meses nace un bebe.

-No lo creo. Mi padre y mi madre lo hacen todas las noches y no tengo ningún hermano.

-¿Tú los has visto?

-Siempre que quiero. Una noche me desperté al oír unas risas y unos sonidos extraños en la habitación de mis padres. Creí que estaban comiendo algo bueno y quise participar en el ágape. Me acerqué sigilosamente y a la suave luz de la luna encontré a mi padre encima de mi madre y moviéndose muy aprisa. Les he visto dos o tres veces más pero es tan aburrido que ahora cuando los oigo ni siquiera me levanto de la cama.

Por entonces Carlitos tenía catorce años y Marieta doce. Desde hacía poco tiempo ya manchaba sus entrepiernas de sangre unos días al mes. Su madre le había dicho que era cosa de mujeres y que fuera acostumbrándose pues lo sufriría durante bastantes años. No le dijo nada más y lo restante tuvo que enseñárselo en la calle. Curiosamente ella nunca había escuchado ningún ruido en la

habitación de sus padres, probablemente porque dormía profundamente. Se dijo que a partir de ahora todas las noches estaría al quite.

-¿Por qué no me haces una demostración? – insinuó la muchacha

-Demostración. ¿De qué?

-De que va a ser. De lo que hacen tus padres.

-No sé si deberíamos.

-¡Claro que debemos! Si lo hacen ellos es porque no es pecado.

Ni corta ni perezosa, Marieta se tendió sobre un lecho de paja que siempre estaba allí, no sin antes arremangarse la falda hasta la altura de sus ya prometedores pechos, mostrando un vientre plano y un incipiente bello rubio que comenzaba a poblar su triangulo mágico. Estaba estirada como un palo y con las piernas juntas como si temiera que la virginidad se le escapase por allí.

-¿Estoy bien así?

-No. Tienes que abrir bien las piernas y flexionar las rodillas – Carlitos le ayudo a realizar esos movimientos correctamente – así creo que está bien.

Carlitos se quitó los pantalones y manipuló su miembro como solo él sabía hacerlo, hasta que triplico su tamaño.

Marieta, mientras, esperaba acontecimientos, creía que si aquello crecía con la edad, el de su padre debía de ser monstruoso. Pero si su madre lo había soportado, bien podía hacerlo ella también.

La niña cuanto más lo veía, mas estaba convencida que aquello no cabria dentro de su cuerpo. Comenzaba a estar arrepentida de lo que iban a hacer y si no fuera porque la iniciativa había sido suya se hubiera vuelta atrás. Ahora ya era tarde y no dudo en lanzarle las últimas recomendaciones.

-¡Carlitos! Si no cabe todo mete solo la puntita y si te digo que los saques, hazme caso porque será que me duele muchísimo.

-No te preocupes porque ni yo mismo me creo que la pueda meter.

Se arrodilló y se acercó lentamente, colocó su pene más o menos en el sitio adecuado y se echó sobre ella. Comenzó a tantear su sexo esperando que milagrosamente una puerta se abriera y permitiera la entrada de su miembro. Aprovechó que sus bocas estaban apenas a unos centímetros de distancia para darle un beso. No notó nada. Sin embargo ella recibió el beso con pasión y se lo devolvió renunciando a separar sus bocas. Puso sus manos sobre los glúteos del muchacho y lo atrajo hacia sí. Un escalofrío recorrió su cuerpo y por primera vez supo, si no el amor, lo que era el deseo. Sentía que sobre ella había un cuerpo inerte, frio, que no despedía pasión alguna por ninguno de sus poros. Buscaba desesperadamente la puerta, presumiendo que el tiempo se terminaba. Finalmente la encontró, profundizó apenas un par de centímetros y ella se dio cuenta de que podría recibirlo sin problemas, que su sexo se amoldaba a las circunstancias y cedía ante la presión sin apenas dolerle. Lo atrajo hacia ella con todas sus fuerzas, intentando vencer la resistencia que el oponía. Logró introducirlo un poco más, pero ya no tenía la consistencia de antes, y como solía ocurrir cuando él lo dejaba de manipular se iba deshinchando poco a poco hasta que al final se escurrió fuera de ella saliéndose por sí solo.

Carlitos se sintió decepcionado, había accedido a realizar el acto sexual únicamente para complacer a su amiga y si acaso averiguar si era capaz de completarlo y en el futuro poder tener relaciones sexuales con mujeres. Había fracasado estrepitosamente, dejando a medias, si en realidad había llegado a algún sitio, a su pareja y no había podido mantener la erección. Para lograrlo imaginaba que el que yacía bajo su cuerpo era Nelo, su mejor amigo, y con quien soñaba tener una relación imposible, pero ni el agujero era el adecuado ni el beso oportuno. Ese, para él inocente beso, había roto la magia del momento y de paso la erección. Suponía que todavía eran unos niños y no habían alcanzado la madurez que hacia el sexo diferente.

Marieta por el contrario se mostró interiormente satisfecha, la experiencia no había sido como para tirar cohetes, expresión que había oído a muchachas mayores, pero en algún momento se

había sentido mujer a pesar de tener únicamente doce años y en realidad no sabía exactamente que esperaba de lo que había ocurrido. Lo verdaderamente positivo es que parte de esa enorme punta del pene de Carlitos se había introducido en su cuerpo sin notar dolor alguno.

Durante los días sucesivos trató de espiar a sus padres, sin conseguir oír y mucho menos ver algo. En ocasiones dormían juntos, acurrucados en el centro de la cama como solía hacer ella las noches que él salía de pesca, pero la mayoría de las veces separados, uno a cada lado de la cama. Pero nunca los había cogido uno encima del otro, como Carlitos a sus padres.

Un día le preguntó a su madre como llegaban los niños a este mundo. Con una mirada de nostalgia en su cara, se limitó a decirle que cuando Dios quería y la ocasión se presentaba. Por mucho que insistió no obtuvo otra respuesta. Su padre solía arrojarle dos cubos llenos de agua potable, después de una jornada de pesca, según decía para quitarse el salobre de encima. Lo hacía completamente desnudo, en el patio trasero de su casa, fuera de las miradas indiscretas de los vecinos y a unas horas en que ella normalmente estaba en la escuela. Un día le bajó la regla y para no ir al colegio, alegó unos dolores mas fuertes de los que realmente sufría y que nunca le habían alejado de ninguna actividad. Su madre comprensiva porque los había sufrido en su día, la permitió acostarse en su cama y le proporcionó un remedio casero consistente en un pequeño saquito lleno de sal, calentado previamente, que aplicado a la zona del bajo vientre le aseguraba por lo menos un ligero alivio.

La ventana de su habitación daba al patio y cuando escuchó los movimientos previos al baño de su padre, se levantó y medio oculta detrás de una recia cortina, vio como su padre se desnudaba de espaldas a ella. Era fuerte, musculoso y de un moreno que fácilmente se podía confundir con la piel de un mulato. Derramó el agua de los dos cubos sobre su cabeza y después se frotó con las manos vigorosamente su cuerpo. Luego se puso cara a ella, ignorante de su presencia, para alcanzar una toalla y secarse.

¡No tenía nada! Salvando las distancias su pubis era idéntico al de su madre, a la que había visto desnuda innumerables veces. No tenía ni el más mínimo atributo que lo identificase como hombre y si lo tenía la poblada pelambreira que ocupaba esa parte de su cuerpo y que con menor intensidad se prolongaba hasta el pecho, lo ocultaba completamente. El enigma se despejó en parte casi inmediatamente. Se puso a orinar y sin sujetárselo, pues no había nada que coger, el líquido formó un arco que alcanzó por lo menos un metro de distancia.

Marieta abandonó la ventana y volvió a acostarse. Del dolor anterior, ya casi ni se acordaba, volvió más fuerte pero no era el mismo. Esta vez el dolor le partía del alma. El pene de Carlitos era por lo menos cien veces mayor que el de su padre y por muy grande que pudiera tener la erección, si es que lograba tenerla, era imposible que pudiese penetrar en el interior del cuerpo de su madre. Ese hombre indiscutiblemente no podía ser su padre biológico, aunque continuaría siéndolo para ella, entre otras cosas porque no tenía otro, y lo quería con locura.

XXXXX
XXX
X

Marieta, durante las dos horas siguientes, hizo mil cosas innecesarias y no se preocupó siquiera en prepararse algo para comer. Decidió que ese día comería en el bar y salió para decirle a Tonet que contara con ella. El cura todavía estaba por allí rondando, y por un momento pensó en invitarlo a tomar algo en su casa y tantearlo. Pero estaba claro que ese no era hoy su objetivo, necesitaba algo fuerte y presentía que él no se lo podía proporcionar. Así que se limitó a saludarlo y rápidamente se introdujo en el bar. Su objetivo sería Carlitos. Había dejado una cuenta pendiente hacia la friolera de dieciocho años y había llegado la hora de saldarla.

Ella no era así, que nadie creyese que era una ninfómana que iba buscando hombres desesperadamente cuando no podía echar mano de su marido.

Con los dedos de una mano se podían contar los hombres que habían disfrutado de su cuerpo y entre los mismos ya incluía al mismo Carlitos y a su esposo.

Ninguno era del pueblo. Eran aves de paso que en el momento oportuno se habían cruzado en su camino. Instantes en que tenía cuentas pendientes con Nelo, que tonteaba con esta y con la otra y se tiraba a la de más allá. Esos momentos en que los machos quieren demostrar su hombría y siempre salen trasquilados. Era entonces cuando traspiraba ese olor a hembra que la hacían cometer locuras. Por suerte ninguno se le había revuelto, ni chantajeado para exigir de nuevo el peaje de su cuerpo, no quería malos rollos y en sus encuentros siempre llevaba una navaja escondida para lo que pudiese ocurrir o para saldar cuentas si era necesario.

Con Carlitos sería diferente y si las cosas salían bien como esperaba, siempre tendría un refugio donde albergar su corazón resentido.

En esos momentos entró Don Camilo en el bar, pidió un vaso de vino y “algunes taretos” a Tonet y sin solicitar el oportuno permiso se sentó en la misma mesa que Marieta.

-¿Cómo está hoy mi feligresa favorita? – bromeó el cura.

-Tan fresca y lozana, como la ha podido contemplar esta mañana

-No está bien que te exhibas como lo has hecho hace un par de horas en la playa. No lo ve Dios con buenos ojos.

-Pues él se lo pierde – tentando como si fuese el mismo diablo – No me dirá que a usted no le ha gustado, porque me miraba con unos ojitos...

-Aunque los sacerdotes somos ministros de Dios también somos hombres y por lo tanto pecamos.

-A ver si la próxima vez que vaya por la iglesia tengo que confesarlo para aliviar su conciencia.

-Gustosamente recibiría tu absolución, pero antes tendría que pecar...y todavía no hemos pecado.

El “hemos” no pasó desapercibido a la moza que le parecía que Don Camilo estaba dispuesto a todo.

-¿Cómo tendríamos que pecar usted y yo?

-Pues...no se... - el cura no encontraba la palabra correcta aunque su imaginación comenzaba a volar y su pájaro también – Tal vez... saltándonos a la torera cierto mandamiento.

-¿No matar?

-Mejor el siguiente

-Ahora no lo recuerdo. ¿Me lo dice usted? O mejor luego lo veo en el catecismo que todavía guardo por casa

Don Camilo no quería pronunciar la palabra fatídica y pasó de nuevo al ataque.

-Es lo que probablemente hará Nelo esta noche, cuando se encuentre solo y separado de su bella esposa y acuda a una casa de perdición. ¿Y tú que harás?

Marieta ya sabía lo que tenía que hacer pero no iba a confesárselo, aunque le hubiera gustado soltárselo a la cara.

-Probablemente refugiarme en la oración para evitar caer en el pecado. – le dijo mientras se levantaba de la mesa.

-¿Dónde vas? –insinuó Don Camilo con ganas de acompañarla.

Marieta acercó su boca al oído del cura lanzándole a su interior su cálido aliento, que todavía le excitó más.

-A rascarme la pastora, que hoy no me encuentro con ganas de pecar.

-Eso también es pecado.

-Pero solo venial, Padre, solo venial.

Se marchó sin esperar respuesta. El cura comprendió que ya había perdido bastante el tiempo y que de momento, solo de momento, no conseguiría nada. Saco a Leonarda del patio se montó en ella y se dirigió a casa de Doña Angelita, en donde siempre tenía la mesa preparada, para comer y desahogarse, aunque probablemente comenzaría con esto último.

Marieta salió del bar para quitarse de encima a Don Camilo. Era la hora de comer y hubiese querido esperarse allí como era su deseo en un principio, pero no se sentía a gusto al lado de aquel viejo verde, por lo menos ese día. Estuvo oteando desde la ventana de su casa hasta que lo vio salir, montado en su burra, y desaparecer por el final de la calle.

Quería comer pronto y luego dormir una buena siesta para estar por la noche lo más despejada posible. Prepararía una buena cena para ir a tomarla a casa de Carlitos y como excusa de lo que suponía vendría después. Se acicalaría y perfumaría como una reina, pues no quería que su anfitrión la viese como la amiga de toda la vida, sino como la hembra ansiosa de amor que era en esos momentos.

La conversación con el cura la había convencido para tenerlo en cuenta como un futuro posible candidato a compartir sus momentos de locura. Era una persona sensata, discreta por la posición que ocupaba y sobre todo fácil de convencer. Aunque ella consideraba que no tenía que convencer a nadie para llevarse a un tipo a la cama. Si la cosa no funcionaba e insistía en el futuro siempre podía quitárselo de encima con una buena patada en la parte que más duele. También podía planteárselo para incitarlo, resistirse y que luego pareciese una violación. Así siempre podía contenerlo con la amenaza de contárselo a Nelo, para que lo matase y salvase su honor. Todos sabían que él era capaz de eso y de mucho más. Definitivamente sería su sexto hombre.

Hizo lo que tenía previsto. Comió aprisa y ni siquiera probó los postres que le ofreció Tonet. Se metió en la cama y pronto se quedó dormida. Despertó más tarde de lo previsto, así es que tenía que espabilarse. Preparó la cena a base de los condimentos que le gustaban a Carlitos y le echó una buena dosis de picante. Se bañó con abundante agua fría para tersar la piel de su cuerpo y jabón para eliminar el salobre que había acumulado durante su baño matinal. Estaba a punto de bajarle la regla y temía que si se anticipaba acabaría por estropearle la noche. Esperaba que no fuese así. En parte era bueno pues no corría peligro de quedar embarazada. Eso era lo único que le preocupaba cuando yacía con alguien que no fuera Nelo. Llevaban cinco años de casados y no habían tenido descendencia a pesar de que habían hecho todo lo posible para lograrlo. La Tía Pura le había dicho que día eran los más propicios para conseguirlo, se refería a los días centrales entre dos periodos. Ella en sus encuentros con extraños los había evitado y nunca había tenido problemas, pero también había insistido con Nelo, en los supuestamente favorables sin resultado positivo.

Como solía ocurrir por entonces, la culpa era siempre de la hembra. Si en algún momento quedase embarazada, pues ella estaba convencida que no era su culpa, sabía que Nelo lo aceptaría como propio. Tenía unas ganas enormes de tener chiquillos correteando por la casa, y consideraba que si se quedaba embarazada, Nelo no se extrañaría por la inoportuna preñez pues tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.

Desde luego ni su madre ni ella habían tenido suerte a la hora de elegir pareja, en ese aspecto. Pero por lo menos ella tenía la suerte de que el suyo pudiera satisfacerla sexualmente y su madre no.

Definitivamente llegaba tarde, esperaba por lo menos que su amigo no hubiese iniciado su cena. Se vistió a toda prisa, peinó su moño precipitadamente y se echó por encima medio frasco de un

perfume francés que había llegado en el último alijo.

Cogió la cesta con la comida y procurando no ser vista, cosa que consiguió fácilmente pues ya había anochecido, recorrió los treinta metros que separaban las puertas traseras de ambas casas, que por otra parte eran contiguas. Carlitos vivía solo desde que su madre había fallecido un año antes. Su padre se perdió en la mar una noche de tormenta en la que nunca hubo de haber salido, pero cuando el hambre aprieta... Él era tan pequeño que apenas lo recordaba. Vivieron de la caridad del pueblo hasta que aprendió el oficio de carpintero y pudo hacerlo del producto de su trabajo.

Entró sin llamar para no perder tiempo y estar más de lo debido en la calle. Tampoco es que la preocupara excesivamente, pues lo último que hubieran sospechado los vecinos era lo que iba a hacer. Sabía que la puerta estaba abierta porque no la cerraba nunca, ni siquiera de noche. “Una mujer nunca entrará y si entra un hombre y me viola qué más puedo pedir” es lo que solía decir, con cierta sorna, cuando alguien se lo recriminaba.

Ella si pasó el cerrojo una vez dentro, no quería verse sorprendida en una situación comprometida. El en esos momentos estaba friendo unas patatas en una sartén negra como el carbón y que no había conocido ni el jabón ni el estropajo en su vida, como él, varón alguno en la suya. Su madre, con lo limpia que era, nunca lo hubiese consentido, pero por desgracia ya no estaba en este mundo para evitarlo.

Se giró cuando oyó el ruido de la cesta al depositarla sobre la mesa, alegrándose al verla. Se incorporó dejando las patatas a su suerte y la abrazó fuertemente mientras la besaba en las mejillas.

-¿Qué te trae hoy por aquí?

-Me encontraba sola y desamparada y me he dicho. Hoy voy a cenar con mi mejor amigo

-Poco puedo ofrecerte.

-Termina de freír las patatas para no tener que tirarlas, que el resto lo traigo yo. Aunque vista la paella que las fríe, casi mejor será tirarlas.

-Tonta. Que tonta eres.

-Y después, si logramos asear aunque solo sea un poco esta choza, tal vez me quede a dormir. Pero con la condición de que cada uno en un extremo de la cama, el almohadón en medio y prohibido tocarse.

-Como Nelo se entere. Me capa.

-Yo no se lo voy a decir y si se lo dices tú ni se lo creará.- rieron los dos.

-Hueles a cielo – le dijo, mientras acercaba su nariz al cuello.

-Es solo el perfume que me he puesto, pero tú hueles a tigre y eso lo solucionaremos mas tarde.

-En serio. Marieta. No veo bien que te acuestes aquí.

-¿No has visto al cura lascivo como me miraba esta mañana? – le contestó sin hacer caso de sus palabras.

-Le caía la baba y todo.

-Y tú también. No hagas ahora de casto José. Para colmo le he tirado los tejos en el bar y temo que venga esta noche a mi casa a pedirme cuentas o algo peor.

-No me digas – Carlos estaba ilusionada con la historia- ¿Qué le has dicho?

-Es muy larga la historia. Ya te la contare luego mientras cenamos. Lo que si te digo ahora es que a mi casa no vuelvo y si me echas de la tuya me quedo a dormir fuera en tu puerta. Luego si me pasa algo tú serás el responsable.

-Tonta. Es solo por lo que dirán.

-Ojos que no ven corazón que no siente. ¿Por qué supongo que no intentarás violarme? Ten en cuenta pillín, que tú también me mirabas con unos ojitos que a Nelo no le hubieran gustado nada.

-¡Mujer! Que cosas dices.

-Lo decía para comenzar ya ha hacerme ilusiones – otra vez ambos festejaron y rieron la ocurrencia.

Las patatas comenzaron a querer quemarse, si un alma caritativa no las sacaba antes del fuego.

-Sácame unas sabanas limpias y las patatas del fuego que van a quemarse. Luego “ascudella” tú la mesa, que lo haces muy bien, mientras yo estovaré el “matalaf” y haré la cama.

El lecho era de matrimonio. Allí había dormido de pequeño con su madre hasta que un día al despertarse se la encontró quieta y helada a su lado.

Presentaba un enorme agujero en el centro, molde perfecto de su cuerpo, en donde Carlitos se acurrucaba todas las noches. Esa parte apenas tenía lana, pues se había desplazado a ambos lados. Mulló el colchón hasta dejar una superficie uniforme y homogénea y lo cubrió con las sabanas. Hacia la suficiente buena temperatura, para que con una sabana bastara para cubrirse. Marieta esperaba que ni ella fuese necesario pues bastaría con el calor de sus cuerpos para calentarse.

En Yocla había la costumbre de comer de caliente únicamente en la cena. Durante la comida del mediodía la geste estaba en el campo o en la mar y se conformaba con comer pan y algo de salazones.

Para cenar solían hacer algún guiso a base de pescado, que era el producto más fácil de obtener y por lo tanto más barato. La carne estaba reservada para los enfermos y las clases pudientes.

Gracias al contrabando estos últimos iban aumentando y se podían permitir algunos lujos. Marieta había preparado un guiso a base de carne, zanahorias y guisantes que olean a gloria y que iban acompañada por una sobrasada, ligeramente soasada y longanizas y butifarras crudas, pero ya secas. Para completar la mesa habían unas cortadas de mojamas y otras de hueva de atún.

Esto de por sí, ya era suficiente, pero si se añadía la fritura de patatas que había preparado Carlitos se convertía en un festín.

Se sentaron a la mesa y mientras comían hablaron de una multitud de cosas triviales, como si se tratase de dos amigas que llevaban mucho tiempo sin verse.

-Y tú, Carlitos ¿Por qué no te casas?

-Casarme yo. Estás loca. ¿Quién querría juntarse conmigo?

-Cualquier chica con dos dedos de seso. Y si supieran, como yo, lo que tienes ahí debajo. Todas.

-Para lo que sirve...

-Tú que sabes si no lo has probado nunca.

-Contigo sí. Y ya vistes el resultado.

-Entonces éramos unos niños. Seguro que ahora seria todo diferente.

Carlitos negó con la cabeza.

-¿Qué puedo ofrecerles yo?

-Cariño, seguridad, una buena casa y una alegría de vez en cuando. Con eso cualquier chica se conforma.

-En lo primero puedo satisfacerlas, pero en lo otro... El problema es que no he conocido hembra.

-Tampoco has conocido macho... Supongo. Y vas como un loco detrás de ellos aunque no lo demuestres. Pero en caso contrario me gustaría saber quien ha sido el valiente que ha puesto su culo a tu disposición.

-Nadie. – le dijo sonriendo pero con un poco de nostalgia – Aquí no hay nadie con el que compartir... ¿Vicio? Y para encontrarlo tendría que buscarme la vida por ahí y no me apetece.

-Tienes sobre todo que cubrir las apariencias. Una mujer, niños si es posible y después en tus ratos libres haz lo que quieras.

-Lo pensare.

Marieta dejó el tema pues no quería presionarlo demasiado. Las cosas si llegaban tenían que hacerlo por si solas. Carlitos preparó un café que degustaron acompañados por unos higos secos, uvas pasas y media botella de mistela. El hombre supuso que Marietta se iría a su casa de un momento a otro y que lo de pasar la noche en su casa había sido solo una broma. Estaban únicamente a treinta metros de su casa y no le hubiera costado nada acompañarla, pero eso no parecían ser las intenciones

de ella y apenas él bostezó y dio muestras de sueño: le conminó.

-Ahora toma un baño, que es relajante. Te quiero en forma.

Marieta, cuando sacó las patatas del fuego, puso en su lugar un gran caldero con agua. El suelo de la casa era de tierra prensada, que absolvía ávidamente cualquier líquido que le echasen.

-Algún día tendrás que ponerle pavimento a esta casa.

-En el momento que tenga una mujer que se encargue de limpiarlo.- le respondió con un mohín.

El hombre ya estaba desnudándose, pues sabía que del baño no iba a librarle nadie. Trataba de ocultar sus vergüenzas de la dama, pero aquello era misión imposible pues le colgaba por lo menos un palmo. Sin embargo la mujer no se cortó ni un ápice. Lo cogió, lo midió con su mano extendida e incluso lo sopeso

-Este es más grande que el que recordaba. Así, con lo lánguido que esta, mide casi mi palmo y pesa por lo menos media libra.- le dijo riendo.

-No exageres que me vas a ruborizar.

La mujer le echó un pequeño pozal de agua por la cabeza para remojarlo y se salpico de agua todo el vestido.

-Voy a hacerme un asco. Espera un momento. -se quitó el vestido y como por debajo no llevaba nada se quedó completamente desnuda – así ya no me mojo. Voy a enjabonarte la espalda y tu ocúpate del pecho y los sobacos que de lo otro también me encargo yo.

La había visto desnuda ese mismo día pero no de tan cerca. Sus manos frotaban vigorosamente su cuerpo y de vez en cuando también sentía el contacto de sus pezones sobre su espalda. Se puso delante y le enjabonó sus partes como si estuviese lavando a un niño, ahora lo hacía despacio y delicadamente. Su blanco pene de antes se estaba convirtiendo en una sobrasada recién hecha y su longitud ya sobrepasaba el palmo. Intentó desenvainar su glande pero la mano se le escurría por el jabón. Lo intentó con la otra que la tenía seca y lo logró. Aquello parecía querer explotar entre sus manos. El glande ahogado por el exceso de piel en su cuello se tornó rojo intenso, como si no pudiera resistir tanta presión. Ahora todo su pene semejaba un chorizó con más de un año de antigüedad.

Carlos se asombró de que por primera vez una mujer había conseguido el milagro de que su miembro reaccionara al contacto con su mano, que por otra parte era la cosa más natural del mundo. Marieta temió que al enjuagarlo con agua, el hechizo desapareciera y aquello se esfumase como la nieve al contacto con el sol.

No quiso esperar a que tal cosa ocurriera o que el hombre se arrepintiera. Lo empujó hacia la cama y cayó tendido boca arriba. Ella se lanzó sobre el él, sentándose sobre su pelvis y tanteando con su sexo para que aquello encontrase puerta. No lo consiguió. Optó por apoyarse sobre la cama con sus rodillas, poner con su mano el pene en posición vertical y colocar su extremo en el punto exacto, luego fue sentándose poco a poco. El jabón se escurría ante puerta tan estrecha pero no había ninguna duda que había facilitado su introducción. Marieta sintió un ligero dolor al principio, pero poco a poco su cuerpo fue adaptándose al tamaño del miembro que recibía.

Carlos la miraba asombrado con unos ojos como platos, sin que su mente hubiese asimilado todavía lo que estaba ocurriendo, pero sintiendo que su miembro se encontraba en un lugar húmedo y cálido como si fuese su hábitat natural. La sangre se acumulaba en esa parte de su cuerpo y el corazón le latía descontroladamente.

Ella se encontraba sentada sobre él y notaba que todo el espacio disponible de su vagina estaba ocupado por el enorme ser que la había invadido. Nunca había tenido una sensación así a pesar de que el de Nelo tampoco tenía desperdicio pero indiscutiblemente no era lo mismo. Temió, como ya había ocurrido hacía mucho tiempo, que en un momento determinado aquello desapareciera y el embrujo terminara por ensalmo. No ocurría nada y eso la tranquilizó. Movié su cuerpo rítmicamente y el placer se acentuó, sintió uno...dos...hasta cuatro orgasmos seguidos. Se sintió aliviada y exhausta y tal vez por la posición adoptada las piernas le ardían. Satisfecha se inclinó sobre

Carlos y lo beso, primero con cortos besos y después apasionadamente, mordisqueando una lengua que quería introducirse en su boca. Agotada se dejó caer completamente sobre el cuerpo del hombre y solo entonces se dio cuenta de que su miembro continuaba firme dentro de su cuerpo y que ni siquiera había eyaculado. Giro sobre sí misma y quedó debajo de Carlos.

-Creo que ahora si quieres continuar te toca trabajar a ti, porque yo ya estoy cansada.

Marieta no recordaba haber estado tanto tiempo haciendo el amor. El miembro del varón se deslizaba en su interior con la misma facilidad que giraba la rueda de un carro bien engrasada. No sentía ninguna molestia, estaba descansada y disfrutaba plenamente del acto. Los próximos orgasmos coincidieron con la eyaculación del hombre dentro de ella. Finalmente él también cayó agotado sobre la mujer y permaneció así durante unos minutos disfrutando de la suavidad de su piel y con el pene, ya flácido, todavía dentro de ella.

-¡Dios mío; ¡He eyaculado dentro de ti; - exclamó alarmado mientras lo sacaba precipitadamente y ella notaba una sensación de vacío en su interior, como si le hubieran arrancado violentamente una parte de su cuerpo.

-¿Y qué?

-¡Podemos tener un hijo;

-No lo creo. De todas formas eso es un problema mío y tú no tienes por qué preocuparte.

Carlos no se quedó muy convencido, pero supuso que algo sabrían las mujeres para solucionar este tipo de problema si se producía. A él le gustaría tener un hijo, pero no para que se lo quedase otro.

-Ves como si puedes satisfacer a una mujer. Ahora ya no me valen tus remilgos. Lástima que por cuestiones obvias no pueda ir pregonando tus virtudes por ahí. Porque si fuera soltera lo haría encantada, aunque pensándomelo mejor no diría nada y me quedaría contigo. Eres el hombre más cariñoso, amable, sincero y bueno que he encontrado en mi vida y te quiero con locura, antes de una forma y ahora de las dos.

Se cubrieron con una sabana y se abrazaron. Él escondió su cabeza entre los pechos de ella como si fuera un niño y de vez en cuando los besaba. Una respiración acompasada le advirtió que ella se había dormido. No tenía sueño. La aventura lo había desvelado y dio rienda suelta a sus pensamientos. Dormir con una mujer no estaba tan mal, podías intercambiar confidencias e incluso hacer el amor cuando te apeteciera. Tenía que reconocer que había disfrutado, al principio no mucho, pero después... El orgasmo había sido maravilloso y no tenía nada que ver con los que se proporcionaba manualmente en sus largas noches de soledad.

Hacer lo mismo con un hombre resultaba prácticamente imposible. Tendría que tener sus mismos hábitos e inclinaciones y eso en el pueblo no lo había. Y aunque lo hubiese lo haría a espaldas de la gente y ocultando un amor que nadie les permitiría.

Dio un repaso a todas las chicas casaderas del pueblo y no encontró ninguna libre. Tal vez si el inglés se marchara dejaría libre a María, la hermana de Jaume, pero ese no tenía muchas ganas de marcharse y creía que tendrían Jordilí para rato. Aparte que la consideraba demasiado para él, aunque si se había acostado con Marieta tampoco debía estar muy lejos de su alcance. Pensó en alguna a la que se le hubiera pasado el arroz o quizás alguna viuda reciente o todavía de buen ver y allí si vio más posibilidades. Sería cuestión de meditarlo más detenidamente y mientras tanto continuar practicando con Marieta, con la que más de uno daría un dedo de su mano por yacer con ella. Finalmente cayó dormido.

Al día siguiente se despertó temprano. Todavía no había amanecido ni el gallo de Tonet iniciado su canto que era el despertador de todos. Marieta se había dado la vuelta durante la noche buscando una posición más cómoda y estaba de espaldas un poco alejada de él. Se acercó buscándola y apenas contactó con sus glúteos su miembro se animó buscando refugio entre ellos. Ella se despertó sobresaltada pues no recordaba exactamente donde se encontraba. Rápidamente los recuerdos de la

noche anterior invadieron su mente y se ofreció gustosa echando el cuerpo hacia adelante.

-No querrás darme por detrás.

-Yo no, pero parece que este si quiere – impactó directo donde estaba el agujero –

-Te advierto que no es fácil. Úntatela de sebo y pon una buena cantidad en mi ojete si quieres conseguir algo.

Mientras Carlos cumplía sus instrucciones, ella recordaba que en una ocasión Nelo lo había intentado y por su parte la experiencia no había resultado muy placentera, salvo la de sentir el contacto del hombre sobre ella. Pero si Carlos quería comprobar cómo sería la copula con un hombre estaba dispuesta a complacerlo. Tampoco quería ponérselo fácil, por lo que se dejaría hacer para que él sacara sus propias conclusiones y si al final resultaba un fracaso quizás sería lo mejor para él.

Se acercó ansioso con el pene completamente embadurnado, le untó el ojete con el sebo que llevaba en un dedo e incluso se lo metió en el ano dándole un pequeño masaje que no le resultó desagradable. Pero no se hizo muchas ilusiones pues su dedo no tenía nada que ver con su miembro.

-Ten cuidado que esto no dilata como lo otro... -le advirtió

-Ya lo sé. A la primera señal de dolor o cuando digas basta, paramos. Eso ya me lo digites hace años.

Lo intentaron de diversas formas sin resultado positivo. Carlos se dio cuenta que estaba tensa y precavida y cuando lo intento con un poco de más fuerza ella se estremeció de dolor. Finalmente él rectificó su punto de mira y la introdujo por el conducto natural para satisfacción de la mujer. Gozaron lo que posiblemente sería su última oportunidad de yacer juntos, durante algún tiempo. Practicaron el ritual hablando de sus cosas y sin pensar ni centrarse en lo que estaban haciendo.

-¿No crees que esto es mejor?

-Posiblemente. Lo cierto es que mi pene no está diseñado para ciertos sitios.

-¿Entonces?

-Lo tengo claro. A partir de ahora será de uso exclusivo para las mujeres, pero como tampoco quiero abandonar mis instintos, pondré mi culo a disposición del mejor postor.

Cuando el gallo de Tonet, cantó por primera vez, él se vació de nuevo en su interior. Después otra vez se quedaron dormidos y solo el sol del mediodía los volvió a despertar y él continuaba dentro de ella.

XXXXX

XXX

X

Don Camilo llamaba furiosamente a la puerta de Carlitos aunque nadie parecía escuchar sus golpes. Por suerte no era el día de los hechos antes relatados sino dos semanas después. Estaba a punto de marcharse porque nadie le abrió la puerta cuando un Carlitos soñoliento se asomó.

-No me digas que todavía estabas durmiendo. ¿Ignoras acaso que la pereza es pecado y la diligencia una virtud?

-No estaba durmiendo sino dormido y la culpa la tiene la dichosa cuna de su sobrina y las puñeteras prisas que tiene. Sepa usted que no me he acostado en toda la noche retocando las piezas de madera para que ensamblen a la primera y perfectamente

-¿Puedo pasar?

-Si es para ver la cuna sí. Si es para darme un sermón o para “escorcollar” si tengo un varón venido a menos o una hembra pervertida en mi cama. No.

-Siempre serás el mismo Carlitos. No se puede hablar en serio contigo.

Don Camilo entró riendo en la casa pero su primera mirada fue hacia la cama, y si no miró debajo de ella fue únicamente por discreción. Si observó que había un único hueco en el centro de la cama y para hacer una demostración de su sagacidad le dijo.

-Sé que has dormido solo porque hay un único hueco en la cama.

-Pero también se deja un solo agujero cuando dos yacen juntos en una cama uno encima del otro. Y este, observe que es muy profundo.

Don Camilo recibió con una sonrisa la indirecta y como comprobó que en picardía no iba a ganarle la partida al mariquita, por lo que desvió la conversación a lo que le había traído hasta allí.

-Dejémonos de chácharas y veamos de una puñetera vez la dichosa cuna.

Carlitos lo llevó a una estancia cercana al patio trasero que recibía mucha luz y era donde tenía su taller con todas las herramientas necesarias. Don Camilo tuvo la ocasión de comprobar el excelente trabajo que estaba realizando el muchacho. Sin todavía pintar o barnizar le costaba ver donde había una junta y la madera estaba tan pulida que no se veía ninguna rugosidad y hasta las vetas parecían coincidir para que no se notase el mínimo fallo. Era desde luego un trabajo perfecto, pero sentía la necesidad de castigarlo por las impertinencias de antes e intentar obtenerla más barata.

-No está mal. Pero desde luego no vale el precio que me has pedido por ella.

-Siento defraudarle y no estar a la altura que usted esperaba, busque pues lo que mejor le convenga y dé por roto el compromiso. Precisamente estuvo ayer aquí Doña Enriqueta que tiene una nuera a punto de parir en Altea y se encapricho con ella para regalársela. Como con ella no me une ninguna amistad, ni le aprecio tanto como a usted, me ha dado una alegría al rechazarla porque ahora puedo obtener más dinero por ella.

-Tampoco se trata de eso mi querido Carlitos – echó marcha atrás el cura – además un compromiso es un compromiso y caballeros como nosotros no podemos retractarnos.

-Entonces de que color quiere usted que la laque, o tal vez prefiera que únicamente la barnice para que pueda apreciar el valor y la calidad de la madera.

Don Camilo no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia y comprobó que el muchacho aparte un magnífico ebanista era un negociador perfecto, que le podría venir muy bien para los negocios.

-Píntala como te dé la gana que seguro quedara más bonita que si opino yo. Ya vendré otro día para me enseñes a montarla pues los trabajos manuales no son precisamente mi especialidad.

-Si quiere yo le acompañó donde quiera y la monto.

-Eso es precisamente lo que no quiero.

-Entonces avíseme usted unos días antes de recogerla, no me coja ocupado con alguien en la cama.

-No juegues con esas cosas que si verdaderamente las haces deberías confesarte.

-¿Usted verdaderamente lo considera necesario? – le replicó muy serio.

-Desde luego

-¿Puedo confesarme ahora?

-Desde luego. Vale igual que si lo hicieses en la iglesia.

-¿Y no se lo contara a nadie?

-Por supuesto.

-Me he tirado a Marieta...antes que usted – le dijo recalcando estas últimas palabras y con una sonrisa de satisfacción en su cara – Pero le ruego no se lo diga a Nelo que es capaz de matarme.

Esto último ya lo dijo con un gesto de temor en su rostro. Don Camilo quedó de momento estupefacto y sin saber que decir. Reaccionó rápidamente y con una sonrisa en los labios se despidió.

-Eres un borde Carlitos. Me estas tomando el pelo.

XXXXX
XXX
X

Don Camilo montó a su burra, que como siempre aguardaba en el patio de Tonet, poniéndose las botas con los desperdicios que este arrojaba y haciéndoles la competencia a los cerdos.

Puso rumbo a casa de sus primos con la intención de continuar con el plan que se había propuesto y de paso echarle mano a la gitana si la cosa se terciaba. Luis se había pasado las dos últimas semanas soltando las palomas desde diversas distancias y todas habían regresado sin problemas al palomar. Quedaba la prueba que ya sería definitiva. Soltarlas desde la Isla de Tabarca o quizás un poco más lejos. La singladura de ida y vuelta duraba toda la jornada y de esta forma pensaba deshacerse de su primo un día en concreto. Faltaba el muchacho al que también tenía preparado un plan para que no estuviera en casa ese día.

No tenía prisa en llegar pues quería hacerlo a la hora de comer, con objeto de que lo invitasen y tener la excusa para permanecer tres o cuatro horas allí. Permitió a la burra detenerse las veces que quiso a mordisquear las hierbas que le apetecía del borde del camino, mientras quedaba a absorto en sus pensamientos. Comparó las bondades de Marieta y Ana y finalmente se decantó por la primera. Las había visto a las dos desnudas. Una recientemente en la playa y a la otra cuando la sorprendió haciendo el amor con su primo. Sin embargo su prioridad era la gitana pues con ella tenía mucha más posibilidades.

No obstante también podía albergar muchas esperanzas con la mujer de Nelo. Las tuvo cuando conversó con ella en el bar, pero Marieta y el mariquita parecían, salvando las naturales diferencias, estar fabricados por la misma pasta. Nunca sabía cuando estaban hablando en serio o en broma y eso lo desorientaba.

Ahora, por ejemplo. ¿Sería verdad que ambos se habían acostado juntos? O como decía Carlitos “Que se la había tirado” ¿Cómo iba el mariquita ese a follar con tal monumento? ¿Qué placer obtendría él? Muchas preguntas para tan pocas respuestas. Desde luego más altas torres habían caído, pero no parecía este el caso.

Mas pronto de lo previsto llegó al Riu-Rau, pero tampoco era cuestión de quedarse por allí merodeando. Dio de beber a Leonarda en el abrevadero del ganado y la metió en la cuadra para que comiese un poco de cebada y la paja que quisiera. Ana no estaba a la vista. No debía de estar muy lejos, pues el muchacho ya se acercaba poco a poco conduciendo el rebaño de cabras y a Luis se le oía trajinar en el palomar.

Supuso que estaría en la cocina dándole los últimos toques a la comida y efectivamente allí estaba, de espaldas, removiendo el contenido de una olla con una cuchara de madera. Se acercó sigilosamente por detrás estrechándola contra si con sus brazos y acariciándole con una mano la que creía su ya prominente barriga y con la otra su pubis. Ella creyendo que era su marido giró amorosa la cabeza ofreciéndole sus labios que el cura aprovecho para besarlos, ahogando de paso el grito que lanzo al reconocerle. Rápidamente se deshizo de su abrazo y le soltó una bofetada que impactó en su mejilla.

-Buenos días prima. He venido a comer si me invitas y mientas tanto voy a ver a tu marido – le soltó, sin inmutarse por el bofetón y saliendo rápidamente por si caía otro, mientras silbaba una conocida canción popular alcoyana.

A Don Camilo le gustaba comer en casa de sus primos. A diferencia de las demás casas del pueblo, en donde la comida del mediodía era casi siempre “pan y companaje”, en esta casa y por supuesto en la suya siempre era un buen plato de caliente.

Amalia y Ana siempre cocinaban platos típicos alcoyanos, pero con un gusto diferente. La olla que cocinaba Ana cuando la sorprendió olía a gloria. La llamaban “borreta” que es un guiso a base de espinacas, patatas, bacalao y ñoras que cuando la degustó en la mesa pudo comprobar que estaba exquisita. Después de exaltar las virtudes culinarias del ama de casa, se la zampó como si le acosara un hambre de quince días.

Hablaron de cosas triviales durante la comida y Ana apenas participó en la conversación. Se

alejaba de la mesa con cualquier excusa y tardaba en volver más de lo debido. Se notaba a la larga que estaba enfadada, pero no dijo el porqué.

Todos, menos el cura que sabía la causa, lo achacaron al embarazo o a cosas de mujeres y no le prestaron la más mínima atención. Sin embargo Don Camilo estaba satisfecho. Si su plan salía como estaba previsto y finalmente lograba acostarse con su prima, seguro que guardaría el secreto como lo estaba haciendo ahora. Lo último que le interesaba a ella es que los dos primos se indispusieran entre ellos.

Camilo le propuso a Luis embarcarse, el próximo miércoles con Nelo y Jordilí en la balandra grande que solía hacer el viaje a Alicante, para acercarse hasta Santa Pola y soltar desde allí las palomas que en el próximo alijo embarcarían en la “Princesa”. Luis aceptó encantado pues ya estaba ansioso de demostrar a Camilo que la inversión que había hecho no era de balde.

-Por cierto. Jorge – dijo a continuación – Ese mismo día tengo contratados a unos podadores de Callosa, para que poden los olivos que tengo en un bancal de la Partida del Ramal. Si quieres, tus cabras podrían comer las hojas de las ramas caídas, tengo entendido que les encanta.

-Seguro que iré. Es un buen alimento para ellas y no voy a desaprovecharlo. ¿Está muy lejos?

-A media legua.

Jorge torció el gesto pero aceptó. Tendría que espabilar al ganado para hacer el trayecto y regresar antes de que el sol se pusiera.

Ana hizo un gesto de desaprobación que no pasó desapercibido para nadie. No le gustaba quedarse sola con el cura rondando por allí y estaba convencida de que todo era una argucia de Camilo y no una simple casualidad que ambos se ausentaran el mismo día.

-Ya sabéis que no me gusta quedarme sola y mucho menos en mi estado actual.

-¡Tienes razón; - exclamó Camilo anticipándose a todos - ¡Que torpeza la mía por no haberme dado cuenta; Yo me hubiese ofrecido sin duda para hacerte compañía pero pensaba embarcarme también en la balandra acompañando a Luis. Por nada del mundo voy a perderme el espectáculo – comprobó de reojo que Ana respiraba aliviada al comprobar que él tampoco estaría y que no había motivo de alarma- Ahora bien puedo enviar a alguien para que esté al tanto por si pasa algo , Dios no lo quiera, y mientras hacer algún trabajo que necesitéis.

-No creo que haga falta – se retractó Ana.

-Insisto – añadió Camilo.

XXXXX
XXX
X

El día previsto para el viaje, de buena mañana llegó Don Camilo a la cita. Jordilí y Nelo estaban dando los últimos toques a la balandra y cargando agua y alimentos para varios días. Solo iban a estar fuera uno, pero cuando se sale a la mar toda precaución es poca, ya que se sabe cuando uno parte pero no cuando regresa, y hombre prevenido vale por dos.

Luis estaba en la playa al lado de una jaula que contenía cinco palomas, esperando que los otros dos hombres terminasen su tarea y le ayudasen a embarcarlas. Se acercó a él y estuvieron un buen rato hablando. Al final tres hombres subieron a la balandra. Izaron las velas y cuando el viento logró hincharlas emprendieron una veloz carrera.

El que se quedó en tierra era don Camilo que ese día no llevaba su sotana habitual, sino el traje que portaban normalmente los pescadores y los hombres del campo.

Se había vestido adecuadamente para el viaje, una camisa, zaragüelles, alpargatas e incluso un grueso chaleco de lana que en tierra no le haría ninguna falta pero en el mar podía necesitarlo, aunque en realidad él sabía de antemano que no iba a realizarlo. A última hora le había dicho a su primo que no ganaban nada yendo los dos al viaje y que alguien debía quedarse en la casa para cronometrar el orden y hora de llegada de las palomas. Luis aplaudió su decisión, pues le aportaría unos datos que podían serles útiles si los comparaba con los que el tomaría en la salida. Por otra parte se alegraba que fuese su primo el que cuidase a Ana y no cualquier gañan que pudiese enviar y tuviera una mala tentación.

Almorzó en casa de Tonet y se alegró que en ese momento no hubiese mucha gente que lo viese vestido de esa guisa. Cogió su caballo y la burra y se dirigió a casa de Carlitos para cargar la cuna encima de Leonarda. Pasó por delante de la casa de Nelo que estaba justo al lado del Bar. Pensó que Marieta estaría en la cama sola esperando que alguien la consolase e instintivamente empujó la puerta esperando que estuviera abierta y cediera al empujarla. No ocurrió así y paso de largo.

Carlitos tardó una eternidad en abrirle la puerta. Cuando finalmente lo hizo ya tenía la cuna desmontada en la misma puerta para evitar que el cura entrase en su casa. La cargó en un santiamén encima de la burra, y se despidió del cura con premura. Don Camilo no sabía si tenía prisas por volverse a dormir o alguien le estaba calentando la cama.

Finalmente se olvidó de tantas especulaciones y emprendió el viaje al Riu Rau contento y feliz pues si todo salía como estaba previsto nada podía fallar. Se puso un sombrero de paja de ala ancha echada hacia los ojos, para que si se cruzaba con alguien no lo recociera. No tenía nada que ocultar y su visita estaba más que justificada pero cuantos menos lo supiesen mejor.

Llegó a media mañana y comprobó que el rebaño no estaba en el redil ni en los alrededores. Descargó la cuna delante de la puerta y después de dar de beber a los equinos los encerró en la cuadra y les dio de comer. El burro tampoco estaba pues lo había empleado Luis para transportar las palomas al Poble Nou y lo había visto en el patio de Tonet olisqueando a Leonarda cuando la dejó. Solo estaban Ana y él y solo faltaba que ella le abriese la puerta.

Intentó entrar pero como había supuesto la puerta de entrada estaba cerrada. Llamó enérgicamente con el picaporte y espero un buen rato. No se atrevió a mirar hacia arriba por si era reconocido y permaneció impasible y con la mirada baja delante de la puerta. Ana estaba arreglando las habitaciones del primer piso cuando oyó la llamada. Se asomó a una ventana lateral y vio a un hombre vestido de agricultor, con un gran sombrero de paja que le cubría la cabeza y le impedía ver su cara. En sus manos y apoyado en el dintel de la puerta habían unas maderas que parecían pertenecer a una cuna desmontada. Supuso que sería el hombre que le había prometido el cura para ayudarla y bajó para abrir.

Cuando lo vio con su cínica sonrisa en los labios y disfrazado de esa guisa, intentó cerrar de golpe la puerta aun a riesgo de darle en las narices, pero él, previsor, ya había dejado caer uno de los listones entre el marco y la puerta para impedir que eso ocurriera.

-¿Qué quieres?

-Nada primita. En primer lugar traerte esta cuna como regalo para mi futuro sobrino. Comer si tienes a bien invitarme y después controlar la llegada de las palomas que va a soltar tu marido.

-¿Por qué vas disfrazado así?

-No voy disfrazado. Voy vestido de marinero porque en un principio iba a embarcarme, pero a última hora pensó tu marido que sería mejor me quedase aquí para controlar la llegada de los palomos. ¡Y aquí estoy!

Resignada Ana lo dejó pasar. Recogió el cura todas las maderas que pudo y se dirigió hacia la escalera principal.

-Puedes montarla aquí mismo.

-Tengo que hacerlo en tu habitación, pues después posiblemente no quepa por la puerta.

Ana recogió el resto de las maderas y subió tras él. Apenas llegó, las dejó en la misma puerta de la habitación y desapareció. Durante el resto de la mañana no dejó de importunarla todo lo que pudo.

-¡Ana! Tráeme un mazo ¡Ana! súbeme un trapo o ¡Ana! ¿Puedes acercarme un vaso de agua.

Al filo del medio día la llamó otra vez. Los golpes hacía tiempo que habían cesado y subió confiada, esperando encontrar al cura cansado y sudoroso. Cuando entró no había nadie en la habitación. Vio la magnífica cuna finalmente montada y se acercó para admirarla. Era una verdadera obra de arte y debía de costar sus buenas monedas. Reconocía que el cura tenía sus detalles y siempre valiosos. Lástima que de momento no la pudiese aprovechar.

Ni siquiera se dio cuenta de que salió a toda velocidad desde detrás la puerta de su habitación en donde se había escondido. Cuando se dio la vuelta para buscarlo solo pudo apreciar como alzaba su falda hasta el pecho y la empujaba encima de la cama, lanzándose inmediatamente sobre ella para inmovilizarla. Se sentó sobre sus muslos y sujeto los brazos. Se había quitado los pantalones y sus negras pelotas con el pene erecto descansaban sobre su pubis. Se inclinó para besarla dejando caer su cuerpo sobre el de ella. Se debatió durante unos instantes hasta comprobar que lo único que conseguía era excitarlo todavía más. Se limitó a cerrar sus piernas y esperar acontecimientos, mientras él se deleitaba con su cuerpo, besándola y baboseando en donde podía.

Ana era más delgada que su hermana y entre los muslos dejaba un vacío que intentó aprovechar para introducir su pene. Si hubiese sido el de Carlitos hubiese llegado fácilmente a su objetivo, pero el tamaño del suyo no admitía milagros y se quedó en las mismas puertas. Ana para evitarlo apretó todavía más sus muslos dejándolo aprisionado. No intentó hacer lo mismo que con su hermana, pues entonces su miembro quedó hecho unos zorros con el glande completamente despellejado y estuvo casi un mes inservible. Ahora tenía otras alternativas y no estaba dispuesto a jugársela. Miró a Ana a los ojos y vio el odio reflejado en ellos. Menos mal que no es cierto que las miradas matan, pues entonces con toda seguridad hubiese caído fulminado. Decidió que esa situación no podía durar más tiempo, estaba claro que no había más solución que negociar.

-Mi querida Ana. Supongo que estas contenta de vivir aquí...- hizo una pausa hasta que ella asintió con la cabeza – y que incluso serias más feliz si no fuese por mí –ahora no esperó su respuesta – Pero resulta que yo soy el dueño de todo esto, el que le entrega un buen jornal a tu marido todos los meses y que desea únicamente una pequeña satisfacción... de vez en cuando. ¿Me has entendido? – ella emitió un débil “si” – Entonces debes decidir si hacemos el amor cuando a mí me dé la gana o vas a preparar el equipaje para volver mañana mismo los tres, las putas palomas y el rebaño a Alcoy. ¡Ah! y el burro que otra vez se me olvidaba.

Ella se lo pensó únicamente un instante, no era la primera vez que se veía obligada a hacer esto para asegurar su futuro y el de su familia y este no era peor que el viejo verde. Su respuesta fue abrir imperceptiblemente sus piernas. El cura la soltó y se levantó de la cama para quitarse la camisa. Le pidió que ella hiciese lo mismo, quería disfrutar de su cuerpo sin ningún obstáculo y tomándose todo el tiempo del mundo, pues la puerta estaba cerrada y no temía ser sorprendido por nadie.

Se quitó el vestido y lo tiró sobre la cuna. Se echó sobre la cama, acurrucada como si quisiera

proteger su vientre, de lado y temblando sin saber exactamente si era de frío, miedo u odio. El cura se arrimó a su espalda y mientras disfrutaba del calor de su cuerpo y la suavidad de su piel, su mano exploraba los pechos, vientre y pubis de la mujer. Intentó masturbarla pero ella permaneció impassible. Su miembro mientras tanto buscaba la sublime puerta. Cuando creyó encontrarla embistió con fuerza y ella grito de dolor. Se volvió airada y roja de ira, llena de odio le espetó.

-Si intentas meterme tu asqueroso nabo otra vez en el culo. ¡Juro! que te arranco los huevos de un tirón.

El cura se quedo estupefacto, pues no esperaba la reacción de la mujer. Cierto es que se había equivocado sin querer, pero consideraba que la reacción había sido desproporcionada, que no había para tanto e incluso se mostró gallito.

-¡Joder! Teniendo un chochito agradecido a mi disposición. ¿Por qué cojones voy a meter mi polla en un agujero lleno de mierda? ¡Ni que estuviera loco! Ponte como una mujer y te joderan como tal.

La puso boca arriba y la montó, penetrándola sin ningún miramiento, mientras un escalofrío de placer recorría su cuerpo. Ella giró la cabeza para no recibir directamente su aliento y evitar en lo posible sus besos. Miraba a un punto indeterminado de la pared para aislarse completamente mientras recibía sacudida tras sacudida. Ya no notaba ni frío, ni calor, placer u odio. Pensaba indiferente en lo que había pasado aproximadamente haría unos doce años y había sido el motivo de su reacción.

Jorge tenía tres años, hacia uno que el viejo verde había fallecido y solo unos meses desde su contacto sexual con el extraño visitante. Estaba una tarde recogiendo el rebaño de cabras y cuando llegó a su casa encontró un hombre dentro. Tendría unos cuarenta años, iba sucio y andrajoso, portaba un trabuco al hombro y estaba saqueando su pobre despensa. Supuso que solo quería comer y le conminó a que cogiese lo que quisiera y se marchase. Por su mirada lasciva y la forma en que la observaba también sabía que quería otra cosa. Jorge estaba durmiendo en su cama y no podía dejarlo solo. Tal vez ignorase su presencia. Pensó en huir para que la siguiese y alejarle de la casa. Luego regresaría a por el niño, y huirían los dos juntos hasta que el intruso desapareciera.

Le hombre parecía adivinarle sus intenciones y mientras seguía comiendo y se bebía la ultima botella de vino que le quedaba procedente del viejo verde, simplemente le dijo.

-Si te vas me llevare al niño.

-Mi marido está a punto de llegar.

-Hace tres días que no entra nadie en esta casa excepto tú y niño que ahora está durmiendo ahí dentro.

-Esta fuera, pero regresa hoy.

-Entonces tendrá muy mala suerte – le dijo mientras golpeaba la culata del trabuco que llevaba al hombro – Solo quiero pasar una noche aquí para descansar y recuperarme un poco. Mañana me marcharé sin haceros daño. ¡Te lo juro!

El niño comenzó a llorar en esos momentos y ella dudo en acudir a su llamada. El se apartó de la trayectoria dejándola el paso franco y se sentó en una silla dejando el arma al alcance de su mano.

Ella acudió a su llamada y le ofreció la teta para que se calmara. Tenía ya tres años pero continuaba dándole el pecho para ahorrar alimentos. Era una forma de supervivencia como otra cualquiera.

El hombre parecía esperar a que el niño terminara para sustituirlo. Cuando el pequeño dejo la teta cansado de mamar en vacio y no sacar nada, la madre lo acurrucó tratando de dormirlo pues presentía lo que iba a ocurrir. El niño había dormido lo suficiente y lloraba simplemente porque tenía hambre. El extraño se levantó de la silla impaciente, cerró la puerta de la calle atrancándola por dentro y se dirigió a la cuna.

-Déjalo que yo lo dormiré – le dijo señalándole la cuna.

Ella le hizo caso dejándolo sobre la cuna para tratar de calmarlo, pero se interpuso entre el niño

y él para protegerlo. La cogió por los hombros y la lanzó al suelo, luego aprovechando que el niño se había incorporado sobre la cuna le dio un fuerte bofetón dejándolo inconsciente sobre su cama y sangrando por la nariz.

-Ya está. Ves lo fácil que ha sido.

Ella se levantó del suelo y se lanzó sobre él, tratando de golpearlo. Soportó los golpes sin inmutarse, mientras rasgaba más que quitaba el vestido de la mujer dejándola desnuda. Luego la golpeó en la cara dejándola semiinconsciente sobre la cama. Aprovechó esos momentos para desnudarse tranquilamente y lanzarse sobre ella. La mujer evitó que la penetrara juntando sus piernas y resistiéndose.

-¿No te gusta por ahí? A mí me da igual. Ahora veras que por aquí te gustará menos.

Le dio la vuelta, separó sus glúteos con las manos y ni las piernas cruzadas pudieron evitar que la penetrara salvajemente por el ano. El grito pudo oírse a media legua a la redonda, pero nadie la escuchó. Le pegó tres o cuatro embestidas seguidas, mientras aplastaba su cara contra el colchón para ahogar sus gritos. A Ana le pareció que le habían metido un hierro candente por el agujero del culo.

La sacó empapado por la sangre producida por los desgarros ocasionados. Le dio la vuelta a ella y le mostró el miembro ensangrentado. Ella asustada comenzó a llorar.

-¿Continuamos por detrás o empezamos por delante? – la mujer asintió con la cabeza – Veo que has comprendido. Ahora no comiences a gritar porque te la metería por la boca y te aseguro que es mucho peor.

Volvió a asentir con la cabeza y dejó que hiciera lo que le viniese en gana. Abrió sus piernas e incluso adoptó una posición más cómoda para él y menos dolorosa para ella si la embestía salvajemente. Esta vez la penetró suavemente e incluso se podía decir que con cariño y si no disfrutó con el coito fue por el enorme dolor que atenazaba su culo. Finalmente agotada por tantas emociones y por el dolor se durmió o tal vez perdió el conocimiento.

A la mañana siguiente se despertó con las muñecas atadas a los barrotes de la cama. El hombre que la había maltratado estaba durmiendo a su lado plácidamente. Oía a su hijo gemir debajo de la cama, gracias a Dios estaba por lo menos vivo aunque no sabía en qué estado. Lo llamó pero no acudió a su llamada, estaba demasiado asustado para salir de su escondite. Todavía le dolía el culo pero no tanto como la noche anterior. Sentía una necesidad imperiosa de orinar pero no quiso despertar al hombre que la acompañaba, para que la soltara, por si comenzaba de nuevo la función. El orín se le escapaba poco a poco y finalmente decidió hacerlo en la cama, sintiendo como el líquido caliente fluía por sus muslos y mojaba el colchón.

La humedad la molestaba, el ojetete del culo le escocía y el niño no paraba de lloriquear debajo de la cama, decidió no prolongar más su agonía y despertarlo. Le rozó suavemente con su pie y rápidamente se despertó sobresaltado. Como había supuesto, al verla desnuda a su lado, decidió montarla de nuevo. Pero al ver el estado de la cama se levantó asqueado

-¿Qué ha ocurrido?

-No he podido aguantar. Suéltame. Necesito lavarme, atender al niño y limpiar todo esto.

-Tengo hambre.

-No tengo nada que ofrecerte, ayer terminaste con lo poco que quedaba.

-Lo solucionaré

La desató. Mientras él se vestía, aprovechó para sacar al niño de debajo de la cama y darle de nuevo el pecho. No había cenado la noche anterior y la poca leche que quedaba se terminó en un santiamén.

-¡Vístete;

-No puedo. El vestido lo destrozaste ayer. Es el único que tengo y tendré que coserlo. Ahora no es el momento.

-Pues ve así si quieres.

Le interesaba ir desnuda para llamar la atención de Ramón o sus hijos si estaban laborando por los alrededores o por si alguien la veían de lejos. Si quería violarla de nuevo igual lo haría yendo vestida o desnuda. Salieron fuera de la casa, él siempre acompañado de su inseparable trabuco.

-¿Dónde vamos?

-Sacar un cabrito del corral

Supuso lo que quería y sacó una cría que apenas tenía un mes de vida y lo dejó suelto delante de la casa.

-Ya tenemos algo para comer.

Ana se fijó como había amartillado el arma y disparado sobre el pobre animal que salió impactado varios metros., así como posteriormente cargaba el arma dejándola preparada para un nuevo disparo.

Preparó el cabrito guisando una buena parte de él acompañado por unas verduras en el caldero y asó el resto.

Puso la lana del colchón al sol para que se secase y lavó la tela. Intento curarse la herida del culo pero no supo cómo. Al verla él le dijo.

-Déjala que eso se cura solo. Te dolerá al cagar durante unos días pero eso es todo – le advirtió sin embargo – Siempre que no me vea obligado a metértela otra vez. Entonces ten por seguro que te haría una desgraciada.

Para colmo de males la esperanza de que se marchase ese día o al siguiente se esfumó cuando le dijo.

-Aquí se está bien. Siempre es mejor que pasar frío en la sierra. Tienes carne en abundancia y siempre se puede robar algo de los campos vecinos. Creo que me quedaré una semana, tal vez dos o quizás algo más, no siempre se tiene una cama y un chochito como el tuyo a mano.

Comieron a media mañana apenas estuvo la comida lista. Luego la llamó y ella acudió solícita.

-Vamos a alegrar un poco el cuerpo, que esta mañana por culpa de la meada que te has pegado no ha podido ser.

Al faltar el colchón Ana se acostó sobre los tableros que lo sustentaban.

-Así no vamos a poder hacer nada.

Estaba plantado al borde de la cama y la obligó a poner a gatas delante de él. Le examinó el ojete del ano que presentaba en su borde dos cortes que todavía sangraban.

-Te lo he dejado que podrías parir por el culo si quisieras. ¿Quieres que te lo demuestre?

Ella negó con la cabeza. Estaba temblando de miedo pero no intentó huir para no tentarlo. Sabía que estaba esperando el más mínimo motivo para maltratarla de nuevo en la forma que lo hizo la noche anterior.

-Vamos a dejar que la suerte decida.

Comenzó a cantar una cancioncilla que los niños empleaban en un juego que consistía en esconder un pie cuando le tocaba el último tono de la canción.

A cada sílaba apoyaba su pene sobre uno de sus agujeros, causándole un intenso dolor cuando lo hacía sobre el ano. La broma comenzaba a resultar pesada y lo que más tenía es que finalmente tocara el culo y cumpliera su promesa.

Felizmente no fue así, pero cuando la penetró lo hizo por sorpresa y sin preparación previa. Le dolió porque todavía no estaba receptiva y los continuos golpes de su pelvis sobre el ano también la dañaban.

-¿Podemos cambiar a una posición más cómoda? – preguntó tímidamente y pidiéndolo como un favor.

-¿Vas a decirme ahora como tengo que follar? – sus golpes se volvieron ahora más violentos.

-No. Perdona.

Decidió que lo mejor era callarse. Se mordía el labio con los dientes para evitar cualquier grito de

dolor que todavía le habría excitado más. Cuando finalmente terminó el suplicio el cuerpo le dolía por todas partes. Disimuladamente lloraba y apenas podía controlar su rabia.

El hombre se desentendió de ella y se fue hasta la puerta de la calle para recibir en su cuerpo desnudo el reconfortante calor del sol de mediodía. Mientras estiraba sus brazos y piernas desperezándose.

Ella vio el trabuco apoyado en la silla, lo cogió y amartillo. Le apuntó por si se volvía y la atacaba o salía huyendo, pero no lo hizo pues sus pies descalzos no emitían ningún sonido que la delatasen. No quería dejarlo vivo pues no podría vivir tranquila en el futuro sabiendo que rondaba por ahí fuera. Se acercó sigilosamente y puso el cañón del arma a apenas cinco centímetros de su nuca y entonces disparó.

El hombre cayó de bruces hacia adelante, debía de estar muerto por el enorme boquete que tenía al inicio de su espalda. Estaba inmóvil pero le pareció que la cabeza la movía. No se atrevió a acercarse y mucho menos a tocarlo, así que cogió una enorme azada para darle la vuelta. Pensó que había otro método para averiguarlo y sin pensárselo dos veces le metió el enorme mango del azadón por el culo. El hombre ni se inmuto. Definitivamente estaba muerto. Ella sabía perfectamente que ningún ser vivo resistiría eso sin gritar.

Fue al corral y sacó una pala para con la ayuda de la azada escarbar un agujero en la tierra del huerto que estaba escasamente compactada. Cuando lo juzgó lo suficientemente hondo, arrastró el cuerpo del hombre hasta el borde y lo echó dentro. Fue entonces cuando se dio cuenta que todavía estaba vivo pero inmovilizado de cuello para abajo. Ese era el motivo que no hubiese sentido ningún dolor cuando le introdujo el mango. Ahora la miraba con ojos despavoridos siguiendo todos sus movimientos y la cabeza levantándose levemente parecía intentar salir.

-Te juro que tú eres el último hombre que ha metido su asquerosa picha en mi culo.

Seguidamente arrojó una palada de tierra sobre su cara y después otra hasta cubrirla.

Cuando sus pensamientos la abandonaron y volvió a la realidad se encontró al cura sudoroso encima de ella

Finalmente se deshizo de él para poder levantarse, este aun tuvo la desfachatez de preguntarle.

-¿Te ha gustado?

-Ni me he enterado. Como no alargues tu picha algo más no vamos a disfrutar nunca.

Sea lo que fuese lo cierto es que en los meses sucesivos no le visitó de nuevo el periodo. Ahora si podía jurar que estaba embarazada. ¿Pero quién era el padre?

XXXXX

XXX

X

Don Camilo no se acercaba casi nunca por su casa, salvo cuando iba a decir misa o para enjaezar a Leonarda cuando la necesitaba. Se había instalado en casa de la viuda sin tapujos, pues ya todo el pueblo sabía que rezaban juntos el rosario por el mediodía, se confesaban por la tarde y cumplían la penitencia por la noche. Ya no le importaba que el obispo se enterase, porque entre otras cosas. Su eminencia, solía hacer lo mismos con ciertas damas de la capital. Lo que más le fastidiaba cuando visitaba a su hermana era encontrarla siempre con el novio. Por el mediodía comiendo y por la noche jodiendo. Es decir que mientras uno pagaba el otro se la tiraba. Por ese motivo los condenados no tenían ninguna prisa en casarse. Esto lo solucionarían y muy pronto.

Todos los miércoles, que es el día que Luis se embarcaba para soltar palomas, visitaba a su prima. Había dejado de ir a comer porque la comida que le servía o estaba muy salada o hacia gusto quemado porque se había pegado al fondo de la perola. Se presentaba después de la comida cuando Jorge salía a pasturar las cabras un par de horas por la tarde. Ella pagaba su tributo sin inmutarse ni pronunciar una sola palabra. A él le daba la impresión que se estaba tirando a una muerta, pero su chochito continuaba siendo caliente, húmedo y agradable. La mujer descubrió que tenía la facultad de que eyaculase cuando ella quería. Una vez que tardaba demasiado contrajo su pelvis de una forma especial, él notó una presión sobre su pene que le obligó a vaciarse inmediatamente. En principio le gustó porque le proporcionaba un placer extra. Le pedía que lo hiciese con más frecuencia pero ella no le hacía ni puñetero caso e iba a su aire. Un día que ella parecía tener prisa lo hizo desde que la penetró, parecía que lo estaba haciendo con una niña de doce años, faltaba vagina por todas partes y el roce era tan fuerte que lo exprimió en apenas quince segundos. Estaba claro que ni una cosa ni la otra, pero ella hacía lo que le daba la real gana.

Con el tiempo fue espaciando las visitas hasta que finalmente la dejó tranquila...de momento.

Desde entonces las mañanas las empleaba visitando la playa con la esperanza de toparse otra vez con Marieta desnuda. No lo logró.

CAPITULO XVII

La boda de Amalia

Los noviazgos en Yocla seguían unas normas que nadie podía evitar. Cuando un mozo quería a una chica no podía lanzarse a saco de buenas a primeras. Tenían que seguir un ritual de acercamiento a base de miradas, que mostraban su interés por la moza, y gestos de complicidad cuando se veían ocasionalmente, seguida de alguna que otra palabra melosa más o menos intencionada cuando se cruzaban por la calle, que no era casi nunca por casualidad pues el pretendiente solía forzar esos encuentros.

Después cuando la ocasión se presentaba y siempre acompañado de un amigo que hacía de introductor ante la familia, la visitaba en su casa. A pocas visitas que se repitieran la familia comprendía las intenciones del visitante, aparte de que este ya hubiese mostrado sus cartas en anteriores encuentros.

Era entonces cuando los padres de la chica, que hasta entonces lo habían recibido por educación. Daban el visto bueno o lo echaban con cajas destempladas. En estos encuentros las palabras sobran y eran los gestos los que adquirirían una mayor importancia. Si el pretendiente liaba un cigarro y su futuro suelo le ofrecía candela es que era aceptado, en caso contrario ya podía ir buscando novia en otra parte. Sin embargo había algunos que no querían darse cuenta de esas indirectas y persistían en su empeño. Entonces la pretendida solía retirarse de la reunión más pronto de lo que era habitual, alegando que se iba a la cama. Poco a poco el resto de la familia, excepto el padre la seguía, y este se quedaba ausente y ajeno a la conversación que el pretendiente quería darle. Más pronto que tarde, sintiéndose acompañado únicamente por el flujo del fuego que emanaba del hallar, el muchacho se daba por enterado y con un simple “Buenas noches” se despedía del hogar.

Otras manifestaciones de puertas afuera y antes de atreverse a entrar en la casa de la novia, era promover alguna serenata y pararse a cantar delante de la ventana de la pretendida y cantando alguna canción aludiéndola o en la que apareciera su nombre. También cuando se encontraban en alguna fiesta o sarao, darse a conocer a la elegida bailando con ella más de lo que la cortesía mandaba.

En los casos en que los mayores estaban presentes, no era aconsejable arrimarse mucho cuando hablabas con ella ni hacerlo tan bajo que los del alrededor no pudieran escucharlo. Eso era muy importante pues si caías mal al futuro suegro, por mucho que se empeñase la novia, este no le daría nunca fuego al pretendiente. En estos casos extremos, pocos por suerte, la solución estaba en raptar a la novia con el previo consentimiento de ella y buscarse la vida en otro pueblo.

Una vez mas o menos consolidara la relación, cuando llegaban las fiestas del pueblo, que solían ser durante el verano y los días señalados era San Jaime, Santa Ana y San Roque, el novio solía regalarle a la novia un pañuelo, que podía ser de pita o de seda según las posibilidades de cada uno, que envolvían una barra de turrón duro y otra del blando, por supuesto de Jijona, y un paquete de peladillas y otros dulces de Alcoy.

Cuando llegaba el momento, y con la debida antelación, se señalaba el día de la pedida. Este tenía lugar siempre de noche después de cenar y en la casa de la novia. Para el evento se preparaban: rollitos, confituras y la cantidad precisa de higos, manzanas, almendras, pan de higo, cacahuets, altramuces, buñuelos e higos fritos, sin olvidad nunca una calabaza de vino, cuanto más dulce mejor, aguardiente y alguna que otra botella de otros licores.

La familia del novio invita a sus otros parientes e incluso a los amigos y todos juntos, con sus correspondientes trajes de fiesta se presentan en casa de la novia en donde ya estaban esperando los suyos.

La comitiva del novio, está presidida por su padre, cuando se presentaban en la casa, después de desear las buenas noches y preguntar por la salud de todos, tomaban asiento formando una rueda y

pronunciaban con mucha seriedad y sin tapujos aquello de: “Aquí no hemos venido a contar vigas ni a medir las paredes, porque ni somos tasadores ni venimos a comprar la casa, aquí venimos a por la chica, pues mi hijo quiere a su hija”.

Entonces el padre de la chica responde: “Yo nada tengo que decir, eso lo tiene que decir ella.” Es el turno de la novia que con la cara sonrosada por la vergüenza, los ojos mirando a tierra y con el hombro derecho haciendo un movimiento de avance y retroceso responde: “! Eh ; Ustedes ya saben que si.”

Las exclamaciones no se hacían esperar y todo el mundo comenzaba a hablar, a reír y a comer. La fiesta no termina hasta pasada la media noche.

El tiempo pasa, los novios se ponen fuertes porque ya están cansados de esperar y se quieren casar. El frío se acerca y quieren pasar las noches calentitas durmiendo juntos.

El ajuar ya está casi preparado y faltan muy poquitas cosas, la novia apremia a su madre para que compre lo poco que le falta y que se entreviste con los futuros consuegros para atar los últimos lazos y que nada falte. Pues después vienen los “Si tú no has comprado esto yo no compro lo otro”. Así es que tirando una y aflojando la otra de la cuerda se llega a un acuerdo.

La mujer aportaba al matrimonio el ajuar, consistente en ropa blanca en la que no podían faltar las sabanas, toallas y sobre todo el cobertor de percal al que no le faltaba ningún detalle. Todo ello va encerrado en una caja de madera y en algunos casos en una cómoda. También iba por cuenta de la novia los muebles. La cama estaba compuesta de dos bancadas de cuatro o cinco palmos de altura a la que se ponían encima una tabla a modo de somier. Sobre ella se colocaba una “márfega” (colchoneta) llena de “pellórfes” (cascarilla) que solía tener dos palmos bien cumplidos y a lo que se añadía dos colchones bien rellenos de lana. Si los recién casados no eran muy ágiles, apenas podían subirse a la cama y tenían que montarse antes en la cómoda o la caja del ajuar, situada siempre a los pies del tálamo, o a una silla para poder montar en ella.

El resto del mobiliario lo constituía una mesa pequeña, que ellos llamaban “banca”, un espejo no muy grande y una docena de sillas de madera de morera con asiento de cuerda de esparto. Una bancada para los cantaros y sobre todo los cacharros de cocina entre los que eran preciso una pareja de tazones grandes para las sopas de café y leche y otras seis más pequeñas para caldo o chocolate.

El hombre solo aportaba la ropa, en la que no podía faltar una capa y una manta morellana. El padre solía comprar a su hijo un macho joven.

Don Camilo hubiese deseado todo este ceremonial para la boda de su hermana, pero cuando uno conoce a una chica y se la tira a los cuatros días te rompe todos los esquemas y eso es lo que le paso a él. Suprimió del guion del sainete todas las escenas en las que participaban los padres de los contrayentes, entre otras cosas porque ya hacía tiempo que estaban en el “secanet” (cementerio) y él, diez años menor que los novios, no iba a ejercer ese papel.

Si tomó, y con alegría, el de pagano, pues como muy bien decía: “Els diners i els collons son pera les ocasions.” (El dinero y los cojones están para las ocasiones). Y como tampoco quería ser el más rico del cementerio cuando se muriese, se gastó una buena fortuna amueblando de nuevo la casa del Tipo Pepe a la que previamente le había hecho un buen lavado de cara. Ordenó comprar un ajuar tan completo que tuvieron que fabricar tres cajas de madera y dos cómodas para poder colocarlo. Al novio que no tenía padre que le comprara un macho, le regaló el mejor corcel que pudo encontrar.

La fiesta de pedida, aunque sin representación teatral, pues esta ya fue concertada en su día en la famosa cena de pedida, la hizo en el Riu-Rau para fastidiar a su prima que ya estaba a punto de parir, aunque por sus cuenta ya debía de haberse pasado, pero ella continuaba tan lozana como si nada. Invitó a todo el pueblo, se derrochó la comida y la bebida y según cuentan los viejos que asistieron probaron manjares desconocidos que no habían comido en su vida.

Si así era la fiesta de pedida, nadie podía ni siquiera imaginar cómo sería la de la boda. Los que no fueron a la primera se apuntaron inmediatamente a la segunda que no querían perderse por nada

del mundo.

La fiesta se interrumpió al tercer día cuando únicamente quedaban en pie la cuarta parte de los invitados iniciales y a la dueña de la casa se le ocurrió romper aguas ¡Por fin pensaron algunos; Los que llevaban la cuenta, pregonaron que esta no salía pues el parto con toda seguridad se había prolongado más que el de una burra. Pero si finalmente todo salía bien, nadie se preocupaba por el detalle.

Alguien bajó precipitadamente al pueblo en busca de la Tía Pura a la que prácticamente subieron en volandas, únicamente para certificar que la niña ya había nacido. Había salido del seno materno prácticamente sola, apenas acostaron a la madre en la cama. La niña era muy pequeña probablemente sietemesina, pero Luis lo negaba pues según sus cuentas el parto había durado casi diez meses. Pero como tenía todas las cosas en su sitio, y respiraba y lloraba por sí sola, nadie le dio la mayor importancia al asunto salvo Don Camilo, que al ver a la criatura, tan pequeña e indefensa, temió por su vida y la bautizó precipitadamente para que fuese al cielo y no al limbo si las cosas se torcían y no salía de esta.

Aprovechó para poner a la criatura el nombre que a él le dio la gana, únicamente para fastidiar a la madre. Este fue el de Inés en honor de su abuela materna, a la que tanto quiso, a pesar de que la conoció muy poco. Tuvo la mala suerte que el nombre complació a Ana que lo aceptó gustosa, por lo que la dicha no fue completa.

La Tía Pura aconsejó que no se diese de mamar al neonato hasta que pasasen doce horas desde el parto, para que le diera tiempo a sacar toda la porquería que había acumulado en su interior durante el embarazo y si después se cogía a la teta no habría problemas. Posteriormente tuvo que regresar ella sola al pueblo pues, con la alegría y los nuevos festejos, nadie se ofreció para acompañarla. La fiesta continuó hasta que Luis se percató que su primo y los novios ya habían tomado las de Villadiego y echó a los restantes a la calle.

Dos días después, con la mayoría ya recuperada de la bacanal, la vida trascurría con toda normalidad en el pueblo y hasta Marieta fue esa mañana a bañarse a la playa, sin que el cura se enterase. Carlitos lo consoló diciéndole que no se había perdido nada pues no se había bañado desnuda, al estar Nelo rondaba cerca, y lo hizo como solían hacerlo las demás mujeres del pueblo cuando se remojaban durante el día.

Esa misma mañana Jorge buscaba ansiosamente a Don Camilo por todo el pueblo. No lo encontró ni en la iglesia, ni en su casa, ni en el bar. Alguien le dijo que probablemente, y por la hora que era, estaría rezando el rosario con Doña Angélica, aunque en realidad ya estaban con la penitencia. Les interrumpió de tan penoso quehacer la criada, que ya estaba curada de espanto, pues Don Camilo ya había comenzado a tirarle los tejos, y parecía que solo estaba esperando que cumpliera los dieciocho años, y que la ocasión se presentara, para hacerla suya. La muchacha que no paraba de escuchar los gritos de placer de su señora, pensó que le agradaría participar en ese rito desconocido que practicaban los dos y si por desgracia era pecado, por lo menos tenía la absolución garantizada.

Don Camilo dejó la función a medias, prometiendo un pronto regreso, ante la insistencia de las llamadas de Consuelo a la puerta, que presumían, como mínimo, un incendio en la casa. Se puso apresuradamente el camisón que no podía disimular un aparatoso abultamiento a la altura de las entrepiernas del cura que no paso desapercibido para la muchacha. Esta le entregó una pequeña nota y recibió como propina una palmadita en el culo que le demostró al mosén que estaba prieto y dispuesto para ser usado.

Antes de leer la nota, aun se entretuvo Don Camilo viendo como la grácil figura de la muchacha se alejaba por el largo pasillo. Creyó que no estaría de más añadir al elenco de mujeres amadas por él una que fuese virgen, aun que debería de darse prisa si no quería que alguien se le adelantase en desvirgarla.

La nota anunciaba que el “Princesa” estaba a la altura de Santa Pola y por lo tanto la noche del día siguiente habría alijo. Era la segunda nota desde el barco que habían traído las palomas y demostraba que el sistema por él inventado funcionaba a la perfección. Regresó a la habitación para terminar lo que había dejado a medias, pero la dama ya se había enfriado y el pajarito se había caído del árbol. Decidieron reanudar la penitencia por la noche, lamentando que el trabajo no le permitiera disfrutar de las cosas que nos ofrece la vida. Entre lamentaciones cambió el camisón por la sotana y salió a la calle, entró en la iglesia, subió al campanario, que no era muy alto pues al estar la iglesia en la cumbre de la colina no lo precisaba y comenzó a tocar el Ángelus. La gente interesada en el negocio, que era casi todo el pueblo, sabía que cuando sonaba ese toque de campana y no era las doce del mediodía, se estaba preparando un alijo.

Esa noche saldrían los fantasmas en la casa de las afuera del pueblo, algún petardo o disparo sonaría en la madrugada para alejar a los carabineros y las amas de casa sabían que esa tarde, cuando regresaran las barcas del sardinal, debían proveerse de doble ración de pescado, pues al día siguiente no habría.

Después se fue al Ayuntamiento, en donde ya estaban: Nelo, Jordilí, Jaume el Baina, Quico el Mulero y el alcalde, para concretar los últimos detalles. Poco había que decir, pues desde que Don Camilo se había convertido en el jefe de la organización, todo era una rutina que se desarrollaba con la exactitud de un reloj. La reunión, como siempre, terminó con la toma de un aperitivo en el bar de Tonet.

Dos días después el pueblo, y en especial el cura, eran un poco más ricos que el día anterior. “Los amagatalls” estaban repletos y la gente tendría treinta días para convertir la mercancía en dinero, pagar y vuelta a empezar.

La boda de Amalia y Pepe el Pollero se celebró un mes más tarde de la fiesta de compromiso. Había que dar tiempo para que la gente se recuperara. La novia iba elegantemente vestida con todo lujo de detalles, llevaba la basquiña, el mantón de espuma y una mantellina con el velo de randa. Los asistentes para no competir con la novia solo llevaban el mantón de espuma.

Las madres de los contrayentes no asistían a la ceremonia religiosa; la de la novia se quedaba en casa llorando, era de rigor si no quería ser muy criticada; la del novio en su casa preparando el chocolate para la comitiva que al volver de la iglesia se presentaba allí, le besaban las manos y la novia tenía que pronunciar las palabras protocolarias: “Aquí tiene usted una hija mas a quien mandar.” Después del chocolate la novia se quitaba la basquiña y la mantellina y se ponía un “faldellí” de color.

En este caso por desgracia los contrayentes no tenían madres a quienes sacrificar, pues hacía tiempo que habían pasado a mejor vida, pero eso no era un obstáculo, pues eran sustituidas por otras personas para que la representación fuera perfecta.

Para representar a la madre de la novia, que era la que menos protagonismo tenía pues se limitaba a llorar todo el rato, Don Camilo eligió a Concha, la cocinera de Doña Angélica y a esta para que representara a la madre del novio, aunque este fuera mayor que ella. Estaba condenada a no asistir a la ceremonia pero como el cura no podía acompañarla y hubiese deslucido, con el vestido que se había comprado, a la novia, según aseguró a quien quisiera escucharla, prefirió quedarse en casa de Pepe preparando el chocolate.

Se pasa todo el día con baile y diversiones, a la hora de comer no puede faltar el puchero con pelotas, que no era moco de pavo en una época en que muchos se morían sin haber probado siquiera el sabor de la carne. A la madre de la novia, sola en su casa, se le enviaba su ración de puchero para que la mezclara con las lágrimas derramadas por la hija perdida y calmara los quejidos de un estomago vacío. Aunque este no era el caso en esta ocasión, pues la cocinera solía ponerse las botas mientras ejercía su labor.

El día preferido para casarse era el sábado, pues de esta forma la fiesta duraba dos días y el domingo la novia podía lucir el vestido de ir a misa y ser el blanco de todas las miradas.

Normalmente el novio no disfrutaba de la novia hasta que todo había pasado y podían estar tranquilos en su propia casa, si tenían la suerte de poder disponer de ella. En caso contrario los padres tenían la deferencia de ausentarse de la suya y dejarlos solos para que pudieran consumar el matrimonio. Después ya tenían que buscarse la vida por su cuenta.

Otros no solían esperar tanto y la misma noche de boda hacían una escapada, a la buhardilla, al pajar e incluso a la misma cuadra para hacer uso del matrimonio si no lo habían hecho ya la víspera de la boda en la playa. Las primerizas, en ocasiones, salían escaldadas de estas situaciones. Un marido borracho y sediento de carne no era el acompañante ideal para iniciar una relación matrimonial. No era pues raro ver aparecer de repente a la novia, medio desnuda y llorando, perseguida por el estrenado esposo que tambaleante la perseguía desnudo.

De todas formas las mujeres en Yocla solían llegar vírgenes al matrimonio y no se entregaban a su prometido si la boda no era inminente o tenían plena confianza en él, lo que ocurría en contadas ocasiones. Otra cosa era una vez casada, pero de eso mejor es no hablar.

Don Camilo tiró la casa por la ventana durante la celebración y los novios, que en la cuestión sexual ya estaban curados de espanto y tampoco para muchos trotes, pues el Tío Pepe ya no volvería a cumplir los sesenta, estuvieron siempre presentes durante todo el tiempo ante la sorpresa de los invitados e incluso de Don Camilo que con toda seguridad no hubiera perdido comba.

XXXXX
XXX
X

Ahora toda la atención del cura estaba en Consuelo, la doncella de Doña Angélica. Era una muchacha sencilla, servicial y nunca decía "no" a nada. Estuvo tanteándola durante algunos días con resultado satisfactorio. La cocinera estaba siempre en su puesto de trabajo haciendo algo o nada, pero de allí nunca se movía si no era para marcharse a su casa. Doña Angélica cuando no estaba de folklore con el cura en su habitación, estaba en el tocador acicalándose o en el gabinete leyendo. De vez en cuando salía de casa para asistir a misa, eso no le servía al cura, o para visitar a alguna amiga o, últimamente, a la que muy bien podía considerar su cuñada.

Don Camilo que había comenzado su plan de ataque con algún pequeño tropezón, con el consiguiente "perdón", algún roce en un pasillo estrecho y alguna caricia con la consiguiente felicitación por el trabajo bien hecho de cualquier nimiedad, que eran recibidos siempre con una sonrisa de agradecimiento y nunca con algún reproche. En un par de ocasiones la envió a su casa, en donde ya no vivía nadie salvo la burra y el cerdo que estaba criando, para que le quitase el polvo y la mantuviera siempre en perfectas condiciones por si la necesitaba en un momento dado, y como paso previo al plan que estaba tejiendo.

Un día vio a la muchacha montada encima de una escalera no muy alta, por lo que para alcanzar la lámpara que estaba limpiando se colocó en el último peldaño manteniendo un inestable equilibrio.

Apenas la vio, como no había moros en la costa, acudió solícito para ayudarla. Puso una mano sobre su cadera y la otra la metió por debajo de la falda hasta alcanzar el interior de su muslo. Su piel era fina y suave como la seda. Comenzó a acariciarla sin intentar acercarse a lo que consideraba su objetivo. Notó como el vello de la muchacha se le erizaba y la carne se le ponía de gallina. Ella intentó bajar, pero él se lo impidió colocándole la cabeza sobre su culo y aprisionando su pierna contra sí.

-¿Qué hace Don Camilo? – se atrevió a preguntar.

-Nada. Tú continúa limpiando la lámpara que yo te sujeto para que no te caigas.

La muchacha, satisfecha con la explicación, se apresuro a terminar su trabajo, mientras le sobaban las entrepiernas y un dedo juguetón inspeccionaba algo que le dio un escalofrío.

-Ya he terminado... ¿Puedo bajar?

-Claro. Cariño

La sujetó con la mano por el pubis y fue agachándose mientras ella bajaba los escalones, no soltándola hasta que llegó al suelo.

-¿Tienes alguna otra lámpara para limpiar?

-Gracias Don Camilo, pero ya he terminado – le contestó con la cara llena de rubor pero siempre con una sonrisa en la boca.

Cada vez se atrevía a un poco mas y ella nunca se lo reprochaba. Hasta el cura hubiese jurado que disfrutaba con el juego. Un día la sorprendió en un cuarto y la abrazó y beso sin ninguna queja por su parte y cuando parecía huir lo hacía como queriendo que él la persiguiera. En otra ocasión la sorprendió por detrás, metiéndole la mano en el escote, y palpando sus incipientes pechos, besándole el cogote y observando cómo se le ponían los pelos de punta y la carne de gallina. Juzgo que ya la tenía a punto y que había llegado el momento oportuno.

Una tarde Angélica le dijo que iba a visitar a su hermana.

-Voy a ver a Amalia. ¿Me acompañas?

-Tengo que preparar el sermón del domingo y después, si me da tiempo, iré al bar de Tonet para ver cómo van la cosas. Si quieres cuando suba pasare a recogerte.

-Me parece perfecto.

Se besaron de una forma especial al despedirse, con lengua incluida, que no pasó desapercibida a Consuelo que en esos momentos no les quitaba el ojo de encima mientras limpiaba el polvo a un mueble immaculado.

La muchacha ya no era la chica tímida de siempre y por lo menos con Don Camilo había cogido

una cierta confianza, motivada, sin duda, por los últimos acontecimientos.

Una vez desaparecida la señora de la casa, el cura se acercó para darle el tercer o cuarto achuchón del día y la acorraló contra la pared, arrimando su cuerpo al de ella.

-¿No ha hecho una cochinateda metiéndole la lengua a la señora hasta la garganta.

El cura rió por la inocencia de la niña

-Mira, mi querida Consuelo. Un padre besa en la frente...Un hermano en la mejilla...- después de cada frase se interrumpía para realizar una demostración práctica, mientras sus manos no paraban y una que había logrado meterse debajo de la falda ya estaba inspeccionando los glúteos - Pero si el que te besa, es un novio o un amante, te besara en el cuello...luego en la boca... e introducirá en tu cuerpo todo lo que pueda, la lengua...y...

La muchacha estaba inerte en sus brazos, prácticamente la sostenía con ellos, pues de soltarla hubiera caído en el suelo. Pensó depositarla en el frío suelo de mármol de la casa y consumir allí mismo el acto sexual. Estaba tan entregada que podía hacerlo sin oposición ni escándalo. Pero por una vez que lo hacía con una virgen quería recrearse en el acto y la cocinera estaba en la casa.

La sostuvo entre sus brazos hasta que comprobó que podía mantenerse de pie por si sola y solo entonces la soltó. La muchacha lo miraba embelesada esperando algo mas, no sabía exactamente qué, pero lo dejaba en manos del que consideraba su maestro.

-Dile a Concha que aquí ya has terminado y que te vas a mi casa a limpiar. Si pone algún obstáculo dile que yo te lo he ordenado. Dentro de un rato iré yo para ver cómo ha quedado.

Le entregó las llaves y la envió a la cocina no sin antes pegarle una palmadita al culo.

XXXXX
XXX
X

Consuelo partió como un rayo apenas obtuvo el permiso de la cocinera. Don Camilo no tardó ni cinco minutos en seguirla. Una vez en la calle comprobó que la puerta de su casa estaba bien cerrada por dentro y se introdujo en la iglesia. Eran las primeras horas de la tarde y la gente todavía estaba durmiendo la siesta y la iglesia vacía. Se introdujo en su casa por la puerta que unía ambas dependencias. Consuelo estaba quitando el polvo con un plumero y apenas se percató de su presencia, lo tiró al suelo y echó a correr hacia él, lo abrazó y sin mediar palabra lo besó introduciendo su lengua en la boca de un sorprendido cura que no se esperaba, ni de coña, tal recibimiento. Él colaboró mordisqueándola y esto hizo que la chica prácticamente se derritiera entre sus brazos y otra vez tuvo que sostenerla para evitar que cayese al suelo.

Don Camilo pensó que la muchacha se había encontrado con algo nuevo, que no sabía explicar, pero que la ponía como un flan cada vez que un hombre la tocaba. Si no la prevenía, se la tiraría el primero que la tuviese, aunque fuera accidentalmente entre sus brazos, sin ni siquiera tener que pedir permiso.

El cura tenía claro que iba a aprovecharse de ella y tener el placer de desvirgarla, pero también quería aleccionarla lo suficiente para que otros no hiciesen lo mismo que él, por lo menos con tanta facilidad.

-Bien, mi niña. Como no hay ninguna necesidad de que continúe sosteniendo tu peso, aunque lo hago con agrado, mejor es que nos sentemos sobre la cama y hablemos cómodamente. – se sentaron al borde de la cama y el cura continuó hablando – Estas en estado de merecer y pronto los hombres comenzaran a fijarse en ti, si no lo han hecho ya – la chica negó con la cabeza - ¡Mejor! Porque lo que pretendo es que no hagan contigo nada que después puedas arrepentirte. Lo que vamos a hacer después, tú y yo, quiero que lo tomes como una lección. Que sepas como debes actuar ante un hombre. Sobre todo cuando llegues al matrimonio y desde luego nunca antes. Yo no actúo como un amante sino como un maestro del que tienes mucho que aprender. ¿Lo has comprendido? – ella asintió con la cabeza – Pues sin mas dilación, lo mejor será que pasemos a las lecciones practicas. Ahora ponte ahí – le señaló delante mismo de él – y desnúdate. Sin ninguna prisa, tenemos toda la tarde para nosotros.

Poco tardó la muchacha en desnudarse, pues apenas se quitó la bata que llevaba para realizar las tareas domesticas, quedó conforme la trajo su madre a este mundo. Se mostraba nerviosa pues nunca había estado delante de un hombre mostrando su desnudez y menos ante este que parecía no querer perderse ningún detalle.

Conforme se quitaba la prenda, que lo hizo por la cabeza, el cura pudo ver unas piernas bien formadas, ni tan gruesas como las de Amalia ni tan delgadas como las de Ana, en el término medio esta la virtud, se dijo. El pubis estaba bien poblado de un pelo negro azabache como sus cabellos. Se notaba que no habían conocido tijeras ni cuchillas de afeitar, como le gustaba a Angélica, que trataba esa parte de su cuerpo como al pelo de su cabeza. La cintura era de avispa, por encima de unas caderas tan anchas como sus hombros. Quizás le faltaba algo de pecho, demasiados pequeños para lo que estaba acostumbrado y le gustaba a Don Camilo, pero eso se curaba, como las borracheras, con el tiempo. La cara, ya conocida, acorde con el resto del cuerpo, una nariz recta, unos labios carnosos que rodeaban unos dientes perfectos y unos ojos profundos, debajo de una frente amplia y despejada. Si algún pero se le quería poner, era una ligera sombra de vello encima del labio superior, que también tenía una fácil solución.

-¡Ven! Échate aquí, a mi lado.

Don Camilo se quitó la sotana pero no se quedó completamente desnudo, pues llevaba excepcionalmente unas bragas que se había puesto antes de acudir a la cita, ya que no quería mostrar sus atributos antes de tiempo. Desde la altura y con la muchacha acostada sus pechos desaparecieron casi por completo. Eran como los pectorales de un muchacho. Cuando se acostó a su lado lo primero que hizo fue sobarlos y lamerlos, no consiguió que aumentasen mucho de tamaño, pero sí que sus

pezones se endurecieran y ella comenzara a excitarse.

-Ten en cuenta que el máximo placer te lo da esto – cogió su mano y le llevo su dedo índice al clítoris, haciendo que lo moviera rítmicamente sobre el – cuando consigas que se ponga duro, veras que incluso aumenta su tamaño como el pene de un hombre, y el simple roce del dedo o la pelvis del hombre cuando te penetra por delante te hará percibir sensaciones que nunca has tenido. Pero eso mejor que explicártelo es sentirlo.

El cura le apartó el dedo y comenzó a lamerlo y pegarle chupetones con la boca, no era un experto en la materia por no haber tenido la oportunidad de practicarlo antes, pero esperaba conseguirlo. Pensó en introducirle un dedo en la vagina para estimularla más rápidamente, pero inmediatamente lo desestimó, no quería desvirgarla accidentalmente ya que era un honor que reservaba para su pene. Finalmente notó que la chica se agitaba nerviosa y supo que lo estaba consiguiendo. Entonces se detuvo. El placer pensaba dárselo de otra forma y no quería precipitar los acontecimientos. Ella no pudo evitar sentirse decepcionada, pues la había dejado con la miel en los labios, pero inmediatamente la calmó.

-No te preocupes que esto es solo una muestra y lo bueno llegará a su debido tiempo – el cura se quitó las bragas y mostró su flácido miembro a la joven – Esto es lo que te proporcionará placer. Ahora eres tú la que tienes que animar a “esto”, en caso contrario no se puede hacer nada y tú te quedaras a dos velas.

La instruyó convenientemente y ella comenzó a jugar con el miembro flácido del hombre. Lo desenvainó un par de veces y pudo comprobar cómo, poco a poco aumentaba su tamaño a pasos agigantados.

-Si lo haces con la boca lo conseguirás más rápidamente.

Consuelo lo intentó, pero aquello olía a orín por todas partes, pues el cura no había tenido la precaución de lavar sus partes porque entre otras cosas no pensaba llegar tan lejos, y la muchacha apenas se atrevió a pegar un par de lametones, mientras aguantaba la respiración, que por suerte fueron suficientes. Al fin y al cabo él lo había hecho antes con su chochito y había que corresponderle.

-Hay muchas formas de realizar el acto sexual – continuó el cura con su lección – en otra ocasión practicaremos algunas, pero la que más te conviene es que te lo hagan siempre por delante. Así tu clítoris estará siempre en contacto con tu amante y se excita.

Don Camilo la puso en posición, le abrió las piernas, se echó sobre ella y trató de penetrarla lo más suavemente que pudo, deteniéndose cuando ella hacia algún gesto de dolor. Cuando tropezó con el himen lo forzó de un suave empujón y fue el único momento en que la mujer soltó un grito de dolor. Su pene no era nada de este ni del otro mundo, pero ella nunca había visto ninguno y le pareció la cosa más monstruosa que pudiese haber sobre la tierra y no comprendía como aquello que antes había chupado pudiese haber dentro de ella

Los suaves bailoteos del miembro masculino. Le resultaban placenteros. Se dejó hacer. El hombre había situado las manos en sus glúteos apretando sus clítoris contra su pubis y excitándolo en cada movimiento. Sentía un ardor en su interior y algo maravilloso que no había experimentado nunca sacudió su vientre. Comenzó a chillar de placer y el cura, azorado, la besaba desesperadamente para ahogar sus gritos. Estaba repitiendo sin quererlo lo mismo que hacia Doña Angélica cuando compartía su habitación con Don Camilo. Los besos no fueron suficientes y el hombre empleó su mano para acallarla. Finalmente algo cálido se derramó en su interior, acompañado por unas sacudidas del hombre que finalmente quedó exhausto sobre ella.

Trató de reanimarlo con besos para que continuase, pero el cura ni se movía y el miembro que tantas alegrías le había dado se deslizó flácido hasta el exterior.

Cuando finalmente pudo incorporarse comprobó que la sabana estaba manchada de sangre y que en sus entrepiernas corría un hilillo de una baba rojiza. Temió que algo se hubiese roto en su interior y estuviese desangrándose. Cogió un cántaro con agua y salió al patio para lavarse, mientras

Leonarda y el cerdo la miraban curiosos.

Se tranquilizo al ver que ya no sangraba y que nada le dolía, pero aun así corrió a contárselo a Don Camilo.

Este se limitó a tranquilizarla, explicándole que todo lo que había ocurrido, incluido lo de la sangre, era normal y que no le volvería a pasar. Era desde luego el mejor polvo que había pegado en su vida y no tenía ni punto de comparación con cualquier otro.

Le hubiese gustado repetir pero ni esperando tres horas se encontraría en condiciones. Le dijo a Consuelo que se deshiciera de la sabana manchada y que no perdiese el tiempo en lavarla.

XXXXX
XXX
X

Al día siguiente ya le hubiera gustado al cura repetir con la muchacha, pero no todos los días se presentaba la oportunidad de poder despistarse y pasar aunque solo fuera una par de horas en su antigua vivienda, sobre todo en compañía de la chica. Por otra parte tenía que continuar cumpliendo con Doña Angélica para que no sospechase, despidiese a la chica y armara la de San Quintín. Tenía solo cuarenta y tres años pero dos al día comenzaban a ser demasiado para él. Hay que tener en cuenta que tampoco se trataban de polvos rápidos, del tipo de aquí te cojo aquí te mato, precisaban de una elaboración previa que requería un esfuerzo extra. La dueña de la casa era cada vez más exigente y parecía que había cogido el llamado “furor uterino” pues no lo dejaba tranquilo ni a sol ni en sombra. Comenzó a escaquearse los miércoles y viernes de cada semana, advirtiendo a su amada que eran días de ayuno y abstinencia y que ello iba también incluido el deseo carnal.

La dama se rio creyendo se trataba de una broma, pero como, aparte su deseo, la artritis ya comenzaba a incomodarla y ciertas posiciones le resultaban ya imposible de protagonizar, aceptó gustosa la iniciativa del cura para tomarse un respiro.

Cuando no podían escaparse, en contra de sus deseos, no tenían más remedio que practicar el polvo rápido. En el mismo tiempo que antes le pegaba un achuchón ahora tenía que hacer el amor. Lo hacían inclinada ella sobre una mesa y dándole por la retaguardia o la más costosa de acorralarla y levantarla en volandas en un rincón, al estilo de lo que hizo su hermana y su novio delante de sus ojos en el celler de casa de sus padres, pero él ya no estaba para esos trotes. Eso no satisfacía a ambos y menos a ella que sea por lo que fuese no lograba alcanzar el orgasmo. Para colmo un día que casi lo logra, comenzó a gritar como una loca de satisfacción. El cura quiso taponarle la boca, pero como no podía hacer ambas cosas a la vez, finalmente tuvo que dejarlo para evitar que toda la casa y algunos vecinos se enterasen.

Optaron por no comprometerse más y decidieron esperar a los viernes, que era el día que empleaba Angélica para visitar a sus amistades y Consuelo realizaba la limpieza de su antigua casa. Ya que valía más uno bien pegado que siete a medias.

Un viernes, cuando ya lo tenían todo preparado, a la chica le bajo el periodo y tuvieron que quedarse con las ganas y aplazar el encuentro. Los tres viernes siguientes fueron todo un éxito y tuvieron la oportunidad de practicar nuevas lecciones y experiencias.

Don Camilo se las prometía muy felices y para el próximo viernes preparó hasta una pequeña fiesta con champán incluido, ya que se había reservado una caja de ese vino espumoso que había traído el “Princesa” en su anterior viaje y que tanto éxito tenía.

Consuelo le advirtió que posiblemente tendrían que aplazar el encuentro pues con toda seguridad le volvería a bajar la regla.

-Soy un reloj Don Camilo. Cada veintiocho días me baja y mañana toca.

-Igual se retrasa hasta el sábado.

-No lo creo.

A la hora de la comida del día siguiente, Consuelo se aproximó al cura y le dijo gozosa.

-¡No me ha bajado! ¡Es un milagro! Esta tarde podemos ir.

Lo malo es que no le bajo al día siguientes, ni al otro, ni al otro...

Aunque Consuelo continuaba contenta, tal vez ignorando lo que le venía encima, Don Camilo ya había comenzado a preocuparse.

Hasta ahora el cura había hecho el amor con mujeres preñadas, como el caso de Ana, o que ya se les había pasado el arroz, como Doña Angélica e incluso podía incluir a su hermana que no tenían ninguna posibilidad de quedarse embarazada por culpa de él y si por desgracia se hubiesen quedado, seguro que hubiesen solucionado el problema sin involucrarlo.

Ya tenía un vástago con la hija del cacique de aquel pueblecito cercano a Valencia, y eso que no había llegado a metérsela y si lo hizo ni siquiera se enteró. Entonces era joven e inexperto y lo único que quería es pegar un braguetazo que le permitiera prescindir de la sotana toda su vida. No le había

salido bien pero al final la vida le hacía justicia, pues era rico y feliz. Ahora Dios lo había castigado.

Tenía un problema y gordo y lo peor es que no sabía cómo salir del embrollo en donde se había metido.

Al viernes siguiente acudió a la cita con Consuelo esperando que le hubiese bajado la puñetera regla y sin ánimo de hacer nada.

Cuando llegó la encontró, ya desnuda, esperándolo en la cama. Lo recibió con la misma alegría de siempre, sin reparar en la cara de circunstancias que él llevaba.

Se desnudó para estar a su altura, pero sin intención de hacer nada. Se echó a su lado y la abrazó cariñosamente.

-¿Sabes lo que te ocurre?

-Creo que voy a tener un niño.

-Exacto. Y también necesitas tener a tu lado a un marido que os ampare y ese no puedo ser yo. Aunque te ayudaré en todo lo que pueda

-Lo sé. Ya me arreglaré.

-Ten por seguro que nunca te dejare sola.

CAPITULO XVIII

El Bautizo

Los acontecimientos sociales en Yocla no paraban. Apenas había terminado una boda y ya teníamos un bautizo en ciernes.

Era ni más ni menos que el de Inés la Sietemesina, hija de Luis el del Palomar y Ana la Gitana. En el registro de la iglesia se inscribirían todos con sus nombres y apellidos, pero en el pueblo todos los conocerían únicamente por sus nombres y apodos mientras viviesen allí.

Este bautizo tenía especial relevancia pues era el primero que se celebraba después de diez meses de sequía y para colmo era de gente reciente llegada y no de la vieja extirpe del pueblo.

Don Camilo ya hacía meses que en sus homilías dominicales exhortaba a los vecinos, naturalmente casados, a tener descendencias, pues en caso contrario el pueblo se extinguiría. Sus proclamas parecían tener éxito, pues ya se veían tres o cuatro “bombos” pasear por la calle de la villa. Y lo que más sentía en haber participado involuntariamente en la campaña. No en el hecho, pero si en las consecuencias.

A Consuelo todavía no se le notaba, pero no tardaría mucho en hacerlo y eso le tenía especialmente preocupado y hasta Angélica parecía haberse dado cuenta de ello. No participaba activamente en sus penitencias nocturnas y en todo momento se le notaba ausente y absorto en sus pensamientos.

Juzgó que su actitud se debía a alguna dificultad pasajera en los negocios y que con el tiempo todo desaparecería.

El cura se había autoproclamado padrino de su sobrina y la sorpresa fue cuando se lo comunicó a su primo y este insinuó que Ana podría no estar de acuerdo. Había tratado de convencerla pero era tan terca, que dudaba pudiera convencerla para que se retractase y consintiera en el padrinazgo del cura. Un día este fue a visitarla.

-Si vienes a cobrar tu tributo te advierto que todavía estoy en cuarentena – era mentira, ya que desde el parto había hecho el amor con Luis varias veces, pero juzgó que solo con eso pudiera sacárselo de encima.

-Sabes que eso está olvidado – le mintió. Últimamente había tenido dos frentes: Consuelo y Angélica, que cubrir y un tercero hubiera sido demasiado. Pero si en el futuro alguno fallaba y no encontraba sustituta siempre quería tener esta puerta abierta.

-Entonces... ¿A qué has venido?

-Quiero saber las razones por las que te niegas a que sea el padrino de mi sobrina.

-Los padrinos los eligen los padres y no tengo por qué darte explicaciones.

-Es lo mínimo que puedes hacer por mí.

-¿De verdad quieres saberlo?

-Desde luego.

-Pues mira cabrón –le contestó exaltada y sin preocuparse de que su esposo o hijos pudiera oírlo – Quiero separados a los dos. Que no tengas nada que ver con ella. No tengo ninguna gana que dentro de quince años, o tal vez menos, con la excusa de que es tu ahijada, vayas persiguiendo a mi hija por toda la casa tratándola de violarla. ¿Me has entendido?

Don Camilo bajó los ojos, tal vez avergonzado, y se marchó. Ana estaba exaltada y no valía la pena seguir discutiendo con ella, pues nunca llegaría a ningún acuerdo. Decidió hacer las cosas a su manera.

Ana y Luis vivían prácticamente aislados en su casa de campo y no habían tenido la oportunidad de alternar con los otros vecinos y mucho menos tener la suficiente confianza como para nombrarlos padrinos de su hija. Luis había pensado en Camilo y Amalia por ser los únicos parientes que tenían en el pueblo. Ana que no quería ver a Don Camilo ni en pintura y así y todo se lo tendría que tragar

como oficiante en la ceremonia, propuso como padrino a su hijo Jorge y respectaba la decisión de su esposo de que la madrina fuese Amalia. Luis que durante algún tiempo actuó de “correveydile” se lo comunicó a su primo.

-¡Jorge! Me parece muy bien. ¿Pero tenéis fondos para afrontar los gastos del bautizo?

-¿Se necesita mucho? – le contestó Luis extrañado, pues no había reparado en ese gasto.

-Bastante

-Pues entonces... - estuvo un buen rato durando.

-No te compliques la vida Luis, por la cabezonería de Ana – le interrumpió – Nombra a mi cuñado Pepe que seguro le hará mucha ilusión y así tendrás de padrinos a un matrimonio sin hijos que seguro se volcaran en atenciones con Inés. Aparte de ahorrarte un buen montón de dinero.

Ana, una vez puesta en antecedentes y de ponderar la nueva propuesta de su marido, aceptó encantada. Don Camilo por su parte se entrevistó con su cuñado, que aceptó sin problemas la propuesta del cura, pues cuando menos moscones rondaran a su recién estrenada esposa mejor.

-Tú solo actúas en representación mía, pues yo no puedo hacer los dos papeles de oficiante y compareciente a la vez. Y por supuesto todos los gastos, incluso los que pueda tener Amalia, los pago yo.

El día anterior al bautizo, aun a riesgo de que este no se celebrara al día siguiente por cualquier imprevisto, inscribió a Inés en el libro registros de bautizos y su nombre aparecía como padrino. Ana no se enteraría nunca, a menos que solicitara algún certificado, que normalmente no ocurriría hasta que la niña se casase y entonces sería cuando se llevaría el disgusto. Todo ello si no se le calentaban las pelotas y se lo decía antes, aunque solo fuera para fastidiarla.

-Esto ya no lo cambia ni Dios – dijo en voz alta, mientras seguidamente se santiguaba por la impertinencia que había pronunciado.

XXXXX

XXX

X

Prácticamente cada casa del pueblo recibió una nota como era costumbre, en que le participaba el nacimiento de una nueva criatura en el pueblo, se informaba del estado de la madre y terminaba con la frase de ritual del recién nacido que no era otra que: “de parte de Ineseta que ya tè vosté una criada más á qui manar” (de parte de Inés ya tiene usted una criada mas a quien mandar). Esta misiva era especial, pues estaba escrita sobre un pergamino, realizada por un conocido amanuense y llena de filigranas.

A los únicos a los que se les enseñaba el recién nacido, era a la abuela paterna en primer lugar y después a la materna, apenas le ponían los pañales. El resto no la conocerían hasta el día del bautizo.

Pusieran los nombre que quisieran los padres, posteriormente siempre cambiarían al argot del pueblo. Un Hermenegildo, siempre sería Merequildo; una Ana se convertiría en Acna; un Salvador, cambiaría a Salvadoret o Saoret y finalmente la Inés inicial ya se había convertido en Ineseta.

La lista de invitados la confeccionaban los padrinos. El padrino invitaba a los hombres y la madrina a las mujeres. Tan a rajatabla se llevaba esto que si el padrino quería invitar a una mujer en concreto no podía hacerlo él y tenía que pedirselo a la madrina que lo hiciera y viceversa.

Aparte, los padres de la criatura, también tenían la potestad de invitar a algunos que no estuviesen en la lista de los padrinos, pero a muy pocos.

Ni que decir tiene que ese día la cama de la parturienta luce las sabanas mejor bordadas y el cobertor más bonito y sobre él se viste al recién nacido.

Todos los invitados lucen sus mejores galas y las mujeres un mantón de tisú, si es invierno o de crespón amarillo, si es en verano.

El padrino paga los derechos de la iglesia y le entrega una “estrena” (gratificación) a la comadre. La madrina hace otro tanto y además suele regalar la “caróta” (mascarilla) que le ponen al niño para bautizarlo.

Al acto del bautizo se lleva un vaso con agua y un pequeño lienzo de tela. Aquel para que el cura se lave los dedos y este para secárselos.

Cuando Ana recibió las “estrenas” por parte de los padrinos, por el peso y el número de monedas que palpó por fuera del saquito, supuso que serían de bronce y posiblemente, y siendo muy espléndidos, alguna de plata. Cuando por la noche comprobó que eran todas de oro y había por lo menos veinte, no salió de su asombro. Era una fortuna para ellos. Supo inmediatamente que la mano de Don Camilo estaba detrás de todo esto, pues en ningún caso podía imaginar que Pepe el Pollero o Amalia, hubieran contribuido con tanto a su felicidad.

“El muy cabrón tan espléndido como siempre”. Pensó en su interior. Nunca podría perdonarle lo que le había hecho, pero esto bien podría ser una muestra de arrepentimiento. Porque en realidad lo que le había dado era la libertad de elegir. Ya no podría chantajearla para obligarle a participar en sus delirios eróticos, porque ahora podía perfectamente enviarle “a fer la má” y marcharse con su familia de nuevo a Alcoy en donde podrían reiniciar una nueva vida.

A partir de ahora, si se presentaba de nuevo ante ella, no tendría la obligación de consentir por miedo, sino por agradecimiento o lo que es peor, porque lo deseaba.

Ana estaba bellísima ese día y se convirtió en la protagonista del bautizo, por lo menos para el cura que no le quitó el ojo de encima en toda la ceremonia. Ella, ajena todavía a la fortuna que llevaba descuidadamente en uno de los bolsillos interiores de su vestido, pues todavía no había tenido la oportunidad de verla, desviaba la vista evitando mirarlo directamente.

La comitiva abandonó la iglesia en dirección al bar de Tonet, en donde estaba previsto celebrar el convite.

A esta le seguía la chiquillería del pueblo, recogiendo los dulces y las monedas, de escaso valor, que iba arrojando a voleo padrino a su paso. Cuando se hacía el remolón de vez en cuando y esto era a propósito. La chiquillería cantaba desafortunadamente.

Padrí pollós, ni té un diner ni dos

Padrina Pollosa, ni té un diner ni una filosa

Si no tiren confitura

Que's muyga la criatura.

Los invitados son obsequiados normalmente con chocolate, bizcocho, dulces, copas de licor y en verano con agua de limón. Todo esto a cargo del padrino naturalmente. Que también es el encargado de repartir puros a los hombres y unas bolsas con golosinas a las mujeres y carga con la obligación de estrenar todos los años por navidad a su apadrinado.

Llegados a este punto los padres y padrinos se llaman desde entonces compadre y comadre y los primeros tendrán la obligación de llamar de usted a los segundos, aunque estos fuesen de menor edad.

Pero en una fiesta en que Don Camilo era el padrino, aunque nadie lo supiera, la cosa no podía quedar así y más que un bautizo parecía una boda y se sirvió después una esplendida comida, que todos engulleron con satisfacción pues pocos la esperaban.

El cura como oficiante estaba sentado en la mesa presidencial entre la madre y la madrina. La criatura comenzó a llorar, reclamando su parte en el festín, y Ana sacó un voluminoso pecho y le dio de mamar delante de todo el mundo, pues es ley de vida y en esos momentos no hay recato ni decoro que lo impida. Don Camilo sentado apenas a medio metro, contemplaba con satisfacción como la niña sorbía de un pecho que él había mamado antes. Posteriormente se organizó un sarao.

La gente mayor se fue marchando cuando un cuarteto de músicos se puso a tocar canciones de la época y la gente joven comenzó a bailar. La improvisada pista de baile se llenó y las mesas quedaron prácticamente vacías de comensales. Poco a poco otros se fueron marchando, incluso su primo Luis que estaba preocupado por dejar todo el día las palomas solas, por desgracia no se dejó a la mujer como el cura hubiese deseado porque donde va la cuerda va el pozal. Una vez solo se sentó al lado de Doña Angélica para darle conversación y que no se aburriera al quedarse sola e incluso la invito a participar en un par de bailes, que ella gustosamente aceptó pues a estas alturas ya no iban a engañar a nadie.

Mezclados en la baraúnda, vieron a Nelo y Marieta, ella tan seductora como siempre le dedicó una sonrisa tan provocativa que parecía estaba invitándolo a que la sacara a bailar, la presencia de Nelo y un pisotón de su acompañante que nunca supo si era de advertencia o accidental, coartaron su intento. También estaban Quico el Mulero con su novia y Jordilí con María. Esta ya había explotado como mujer desde que se juntaba con el inglés y ya no era la muchacha apocada y tímida que había conocido hacia apenas un par de años y mucho se temía que no fuera ya virgen. Se besaban sin ningún recato y no se equivocaría si apostaba a que pronto irían de boda o por lo menos de bautizo. Tropezaron con Jaime el Baina, que es el que había pensado para emparejarlo con Consuelo, pero que por lo menos de momento tendría que descartarlo pues estaba bailando o mejor dicho pegándose el lote con una morena impresionante que no recordaba haber visto nunca antes por la iglesia. Entre ellos, como una flor solitaria y marchita, estaba bailando solo, pero arrimándose cuanto podía al trasero de las otras chicas que ni se inmutaban al ver de quien se trataba, el inefable Carlitos.

Le llamó al orden y le pidió que lo siguiera apenas terminó la pieza y cesó la música momentáneamente. Dejó a Angélica en su asiento y después de pedirle disculpas se alejó tirando del muchacho para que lo siguiera.

Consuelo seguía sentada en su sitio, habían tocado los músicos ya diez piezas, y nadie se le había acercado ni siquiera para hablar con ella. No porque fuese fea o la gente la rechazara, simplemente porque las parejas ya estaban formadas y nadie quería desprenderse de su acompañante.

Hasta Jorge que había estado solo durante todo el día ahora aparecía acompañado por una chica que tendría trece o catorce años y la reconocía como la nieta de la Tía Pascuala. Se notaba que no estaba invitada al bautizo pues no lucía ningún vestido de gala, sino el que se ponían las mujeres

los domingos para acudir a misa. Probablemente habían quedado para que acudiese después de la comida o él había ido a buscarla. Ahora ambos estaban tan acaramelados que no reconocían ni a los que pasaban por su lado.

Lo cierto era que Consuelo parecía estar triste y aburrida y con unas ganas enormes de marcharse si alguien no lo evitaba inmediatamente. Cuando comprobó que él y Carlos estaban solos y nadie podía escucharlos, le reprimió.

-¡Oye! Capullo. ¿Cómo es posible que una chica tan guapa este ahí sentada sin bailar y tú haciendo el payaso en la pista bailando solo? ¿Sabes quién es?

-¡Claro que lo se! Es Consuelo, la doncella que tiene en su casa.

-¿Has tratado con ella?

-La verdad. No

-Pues es una muchacha, amable, simpática y cariñosa. Que se está aburriendo extraordinariamente y le gustaría bailar y entablar conversación con un chico amable, simpático y cariñoso, aunque sea un capullo como tú. Así es que o la sacas a bailar antes de quince segundos o te pego una patada en salva sea la parte, que te dejara más inútil de lo que eres ahora. Si eso es posible.

Cuando regresó al lado de Angélica, esta le preguntó:

-¿Qué le has dicho al pobre Carlitos, que ha salido disparado hacia el lado de Consuelo?

-Que no sea tonto y que la saque a bailar. La joven se está aburriendo como una ostra.

Estuvo vigilándolos durante toda la tarde y Carlos ya no se separó ni un instante de la chica. Hablaron con fluidez y cada uno reía las ocurrencias del otro. No se perdieron ningún baile y estaba claro que congeniaban. Dos horas después desaparecieron y ya no regresaron al bar de Tonet.

Pasearon por el borde de la playa pues Consuelo no quería ensuciarse de arenas las hermosas alpargatas, llenas de adornos, que portaba. Parecían una pareja de enamorados e iban en dirección a la casa de los fantasmas. La chica hablaba sin cesar y no dejaba de gesticular con las manos, la risa no desaparecía nunca de sus labios, la alegría había vuelto a su rostro y se sentía la mujer más dichosa del mundo. A Carlos le parecía maravillosa la muchacha y no se explicaba cómo habían vivido dieciocho años juntos en el mismo pueblo y nunca se había fijado en ella. Su conversación le encantaba y apenas le daba pie para participar. Igual le contaba una historia que recordaba le había relatado su abuela, que le proponía una adivinanza que Carlitos, poco adepto a ellas, nunca acertaba. Consuelo trataba de estimularlo ofreciéndole un premio en caso de acierto.

-Dime este. “Un bancal muy bien labrado, pero ninguna punta de arado ha entrado”

-No lo sé – le respondió después de meditar un buen rato.

-No está en el campo, sino en el pueblo –trató de ayudarlo.

-¿Un patio? –le respondió por decir algo.

-¿Te rindes?

-Me rindo.

-¡El tejado!

Continuó diciéndole una detrás de otras y ninguna acertaba. Consuelo comenzó a extrañarse de tanto fallo, pues todas esas adivanzas se repetían constantemente en todas las reuniones del pueblo y hasta un niño de cuatro años, solo por repetición, las hubiera contestado correctamente. Sospechó que lo hacía a propósito, y en efecto así era, para desesperarla y darle aliciente a la conversación.

-¿De qué color era el caballo blanco de Santiago?

-¿Era negro?

-Pero...

-No tonta. ¡Es blanco! Esta si la he acertado. Ahora me tendrás que pagar el premio que me has prometido.

-¿Qué quieres de premio?

-Que menos que un beso – insinuó el hombre. Mientras le ofrecía su mejilla.

Estaban ya lejos del pueblo y cerca de la casa de los fantasmas. Aun había suficiente claridad pero el sol ya hacía por lo menos diez minutos que se había retirado detrás de las montañas de la Sierra de Aitana y los niños habían abandonados los juegos diurnos que practicaban en la cabaña y ya se les veía en la lejanía acercarse al pueblo.

-¡Vale! le respondió la joven - ¿Qué lo quieres de hermano o de amor?

-Si me das a elegir, ten por segura que elijo el de amor.

Carlos supuso que se limitaría a un fugaz beso en la boca, en vez de la mejilla y se la ofreció dispuesto a recibirlo y darlo a la vez.

La muchacha se abalanzó sobre él y lo abrazó rodeando el cuello con sus brazos, arrió todo su cuerpo al de él y quedó pegada como una "Ilepassa" (sanguijuela). Lo besó persistentemente con la boca abierta y mordisqueando sus labios, como le enseñó Don Camilo, para obligarle a hacer lo mismo. Parecía una sedienta sorbiendo agua de un manantial después de atravesar un largo desierto. Finalmente Carlos no tuvo más remedio que abrir su cavidad bucal aunque solo fuera para respirar un poco de aire fresco. Lo aprovechó una lengua cálida, con sabor todavía al chocolate de la tarta que se había servido en el bautizo, para explorar su boca. Él la imitó introduciendo la suya. Unos dienteillos afilados la recibieron produciéndole un cosquilleo de placer en su estomago como si fuera un reflejo del que estaba experimentando y una aspiración de la boca que la recibía hizo que casi llegase a la garganta ajena. El beso duró un corto minuto, pero después de una pausa para regular la respiración lo repitió. Carlos sintió que su cuerpo reaccionaba a los estímulos de la mujer, mas fuerte incluso de cómo lo había hecho anteriormente con Marieta.

Instintivamente y sin que ninguno arrastrara al otro, ambos entraron en la cabaña. Consuelo la había visitado en sus juegos con otros niños, aunque de eso hacía por lo menos cinco años y Carlos muchos más. No recordaba haber estado allí por lo menos desde hacía dieciocho años y fue cuando había tenido su primera experiencia sexual con Marieta. Y que había confirmado apenas hacia un par de meses.

De la mujer que le acompañaba le gustaba todo y sobre ello su inocencia y la cara de veneración con que lo miraba. Tenía claro que si finalmente se casaba, como casi todos le pedían, esta era la candidata perfecta.

Ya no tenía dudas que su cuerpo había reaccionado incluso mejor que con Marieta y ahora solo le quedaba la duda de si podría llegar hasta el final y ella se lo permitía. No iba a darle largas al asunto. Llegara hasta donde la muchacha le dejase y saliese bien o mal la cosa, igualmente se casaría con ella, jugándose todo a una carta, pues un mirlo blanco como este no se encuentra todo los días. Todo ello si en definitiva ella lo aceptaba.

Alguien se encargaba de restaurar la casa cuando hacía falta y siempre había estado en impecable condiciones a pesar de su abandono. El colchón de algas marinas secas, permanecía limpio y mullido en un rincón. Su ultimo habitante fue Jordilí que la había restaurado mientras la ocupó y desde que la abandonó para instalarse en casa de María, apenas hacia un par de meses, no había sufrido ningún deterioro.

Al amparo de la casa se volvieron a besar, esta vez más apasionadamente si cabe. La sujetó por los glúteos y la atrajo hacia él. Ella noto que algo grande y blando se interponía entre ellos, pero no supo qué. Las palabras sobraban, pero él se decidió a hablar entre beso y beso.

-¿Me quieres?

-¡Si! - le respondió ella sin dudarle un instante.

-Mucho. Mucho. Mucho.

-Mucho. Mucho. Mucho – repitió ella como un eco.

La cogió entre sus brazos como si fuera una pluma y la depositó sobre la improvisada cama, acostándose a su lado. La besó, mientras una mano la deslizaba por debajo de su falda hasta alcanzar sus muslos. Allí se detuvo, esperando que ella lo detuviese o le diera su permiso, pero no hizo nada.

Como buena alumna que había sido del cura estaba cumpliendo los tiempos. Ahora le tocaba a él y después actuaría ella.

Para disipar cualquier duda que pudiera tener el hombre, ella abrió ligeramente sus piernas y deslizó su cuerpo hacia abajo hasta que la inmóvil mano alcanzó su sexo. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma, se dijo.

Carlos se extrañaba que una muchacha tan joven, que se suponía no había conocido barón se mostrara tan dispuesta e incluso le invitara a actuar. Pero de más altas torres habían caído, recordando sus prematuras aventuras con Marieta, y se limitó a ir a lo suyo. Con su gesto la chica le había dado licencia para llegar hasta el final y estaba dispuesto a aprovecharla.

Sus tocamientos ya habían excitado a la mujer y ella tentaba para alcanzar su pene y hacer lo propio, pero él no se lo permitió. Quería que la estimulación llegase de forma natural y no por manipulación manual, ya fuera por parte de él o de ella.

La muchacha ya había comenzado a jadear de placer y no tuvo necesidad de introducir su dedo para saber que la vagina estaba bien lubricada para recibir su enorme miembro, pues hasta la parte exterior estaba ya húmeda.

Sacó su pene por la bragueta sin ni siquiera quitarse los pantalones y se montó sobre ella. Ella adoptó inmediatamente la cómoda posición que el cura le había enseñado para recibirlo y notó que algo enorme pugnaba por introducirse en su sexo. Aquello no tenía nada que ver con el único que había recibido fácilmente hasta entonces, ni creyó que pudieran alcanzar tal tamaño. Imaginó que quería introducirle el puño de su mano, si no fuera porque ambas las tenía ya en sus glúteos. Poco a poco aquello fue encontrando el camino y se deslizaba lentamente en su interior.

Todavía no habían chocado sus respectivas pelvis y el miembro del hombre, ya no tenía dudas de que era eso, avanzaba y retrocedía lentamente. Con sus manos y los pies apoyados en el culo de su amante, hacía fuerzas para introducirlo más en su interior, aunque el roce del miembro con su clítoris le proporcionaba el placer necesario y los orgasmos no tardarían en llegar.

Estos eran más intensos de los que había experimentado con Don Camilo y tenía claro que este hombre, a pesar de ciertos reparos que le ponía la gente y que no podía negar que eran evidentes, no lo podía dejar escapar.

De pronto el hombre pareció querer retirarse y sacar su miembro de su interior. Ella con sus manos y pies puestos en su trasero trató de evitarlo. Finalmente consiguió sacarlo y recibió el semen en su mano para evitar ensuciar la colchoneta. Sin embargo la fracción de segundo que ella había conseguido retenerlo, fue suficiente para que parte de él se derramase en su interior.

-¿Por qué lo has hecho?

-No puedo ponerte en un compromiso si te quedases embarazadas. – le respondió él.

-¿Me dejarías?

-Al contrario me casaría antes contigo.

-Pues lo que tenga que venir vendrá, pues no lo has conseguido del todo y parte de ese líquido está dentro de mí.

Volvieron al pueblo abrazados, hablando sobre su futuro y sobre lo que terminaba de ocurrir. Consuelo le recriminaba a Carlos que hubiera sacrificado su placer por sus ansias por protegerla y evitar que pudiera quedar embarazada. Estuvo a punto de confesarle que ya lo estaba, pero finalmente no lo hizo. Temió que se retractara de su promesa de matrimonio si supiera la verdad y sobre todo si averiguaba quien era el culpable. Dejó que la cosa siguiera su rumbo y no se torciera.

No dejaba de pensar en el miembro de Carlos, que había notado y sentido pero no visto, pues cuando su pareja se incorporó lo escondió dentro de sus calzones. Se acercaron hasta el bar en donde ya no debía de haber mucha gente, se oían pocas voces y la música sonaba como si lo hiciese en un local casi vacío. Alguien se había animado y acompañaba a los músicos con una copla. En la calle no había nadie. Cuando pasaron por delante de la casa de Carlos, Consuelo se detuvo.

-¿Es esta tú casa?

-Si. ¿Quieres verla? Posiblemente dentro de poco sea también la tuya.

La mujer aceptó gustosa. Carlos tuvo que encender unas cuantas candelas para iluminar la estancia, pues la oscuridad en la calle era casi completa y la luna en cuarto menguante, apenas dejaba ver nada a más de tres palmos de distancia.

-Está hecha un desastre y te pido disculpas por ello. Reconozco que no soy muy mañoso en las tareas de la casa y como tampoco suelo recibir visitas no me afano en ello.

-Que aquí hace falta una mujer es evidente. Trátame bien y posiblemente sea yo – le sonrió mientras que con la mirada le reclamaba un beso.

El muchacho la complació e inmediatamente sintió otra vez el deseo por la mujer que tenía entre sus brazos.

-Apresúrate. Quiero acompañarte a tu casa, pero no que tus padres me regañen por llegar tan tarde.

-No me esperan. Don Camilo me trajo y él tenía que devolverme. Pero como posiblemente sería muy tarde, les dijo que no se preocuparan que dormiría en casa de Doña Angélica.

-Estoces los que estarán preocupados serán ellos.

-No te preocupes. Estarán tan ocupados que ni siquiera repararan en que existo. Si me invitas, igual me quedo a dormir en tu cama.

El hombre no se lo pensó dos veces. Esta oportunidad podía no volver a presentarse en mucho tiempo y la cagada, si se había producido, ya estaba hecha. No creía que por yacer de nuevo con ella iba a complicar más las cosas.

-De acuerdo. Pero mañana cuando el gallo de Tonet cante por primera vez te acompañó a la iglesia, para que Don Camilo te vea cuando diga la misa de las ocho. No sabrá si has dormido en tu casa o en la suya, pero nunca imaginará que lo has hecho en la mía.

Aún era pronto para acostarse y aunque lo deseaban fervientemente pospusieron el momento de mantener una nueva relación, dando por lo menos a Carlos un poco de tiempo para que se pusiera a tono, porque si fuera por ella ya estaba dispuesta. Repusieron fuerzas comiendo pan de higo, uvas pasas y bebiendo la tradicional mistela

Cuando todavía no había trascendido ni dos horas de su último coitus interruptus, decidieron acostarse de nuevos. Consuelo recordaba que Don Camilo, tres horas después del acto sexual, todavía no había logrado reponerse y temía que Carlos con solo dos le ocurriese lo mismo. Pronto saldrían de duda, pero en todo caso tenían toda la noche por delante.

Se desnudaron completamente y la mujer no consintió que se apagasen todas las luces hasta que no viera con sus propios ojos lo que antes su cuerpo únicamente había sentido.

Cuando lo vio, y todavía no estaba en plena erección, no pudo ocultar su sorpresa. Pero ahora ya sabía que cabía dentro de su cuerpo y no habría problemas. Esta vez Carlos ya estaba bien aleccionado y no se reprimió. Al final del acto se vació dentro de ella.

XXXXX

XXX

X

No se despertaron al primer canto del gallo, ni tampoco al segundo. Solo al tercero lo hizo Consuelo más acostumbrada que el hombre a madrugar. Felices debían ser los sueños de Carlitos pues una sonrisa inundaba su rostro. Estaba boca arriba y con la bandera enhiesta otra vez. No se lo pensó dos veces, se montó sobre él y aunque le costó una eternidad que aquello se introdujera en su cuerpo finalmente lo consiguió. No sabía si realmente todavía estaba dormido o lo fingía, pero a ella le daba igual. El placer era el mismo. Ella movía rítmicamente su cuerpo y la cara de felicidad era cada vez más evidente en el hombre. Pronto intuyó que el momento supremo se acercaba y quiso que su pareja fuera consciente de ello. Se echó sobre él y le mordió los labios hasta que abrió los ojos. Debía de estar durmiendo porque se sorprendió de lo que le estaba ocurriendo.

-Estaba soñando precisamente con esto y cuando me despierto resulta que es realidad – le comentó embargado por la felicidad.

Intentó dar la vuelta para hacerse cargo de la situación pero ella no se lo consintió. Notaba el miembro en lo más profundo de su ser y disfrutaba con ello. Cuando todo terminó no permitió que saliese de ella hasta pasado diez minutos.

Se lavaron precipitadamente mientras el fuego del hogar, que Carlos había reavivado, calentaba un cazo con leche. Remojaron con ella unos bollos duros que el anfitrión sacó de alguna parte y salieron corriendo de la casa, sin pararse a cerrar la puerta y ante el estupor de Marieta que en esos momentos salía de la suya y los vio pasar como una exhalación sin ni siquiera saludarla. Sonrió porque inmediatamente imaginó lo que había ocurrido esa noche en casa de Carlos. Los había visto bastante acaramelados, durante el baile del bautizo y se alegró de ello, pero nunca imaginó que la cosa iba tan deprisa. Supuso que había perdido al mejor amante que había tenido y no pudo impedir lanzar un suspiro de resignación.

La distancia desde la casa de Carlos hasta la iglesia se tardaba en recorrer, a buen paso, media hora, pero los jóvenes, corriendo, lo hicieron en apenas diez minutos. Llegaron exhaustos y se sentaron en uno de los últimos bancos

Don Camilo tenía la obligación de decir dos misas diarias. Una, la principal, y la que accedía mas gente la puso a las ocho de la mañana, para tener el resto del día libre y poder hacer lo que le viniese en gana. A las doce, después del toque del Ángelus, tenía que celebrar otra, pero esta, poco a poco, fue suprimiéndola, según dijo por falta de asistentes, pues no era justo que solo él y Dios participaran en un sacrificio que debía ser de todos. La escases de asistentes estaba justificada, pues los agricultores estaban en el campo, los pescadores en el sardinal y las Tías Marías haciendo la comida del mediodía en su casa. Había respetado la del domingo, pues era obligatoria para todo el pueblo y la de los jueves, que la mantuvo para justificarse y a la que efectivamente no asistía nadie, salvo alguna anciana despistada.

Cuando llegaron los jóvenes Don Camilo estaba centrado en impartir la comunión y no reparó en ellos. Si lo hizo cuando se puso de cara a los feligreses para impartir la bendición y pronunciar la frase de “ite missa est”, que todos estaban aguardando para salir pitando sin esperar al rezo de las oraciones postreras. Fue entonces cuando los vio juntos, de buena mañana, y cogidos de una mano.

No precisaba ser un lince para deducir lo que había pasado esa noche y que a partir de ahora podía estar tranquilo pues el problema se lo había pasado a otro.

Cuando terminó la misa les hizo una seña para que lo siguiesen a la sacristía. Mientras se cambiaba de indumentaria, conversó con la pareja.

-¿Qué hacen este par de tortolitos de buena mañana en la casa del Señor? ¿Acaso queréis confesar algún pecado? – les preguntó con cierto retintín.

Ambos se miraron y negaron con la cabeza al unísono.

-Muy bien. ¡Consuelo! Ve a casa y dile a Concha que me prepare un buen tazón de leche con galletas, que esta mañana con las prisas he salido sin tomar nada, y en menos que canta el gallo ya estoy allí.- la aludida salió a cumplir el encargo y Carlos intentó seguirla

-¡Tú no; quiero hablar contigo.

-Usted dirá Don Camilo.

-¿Qué hacéis los dos juntos aquí de buena mañana?

-He venido para acompañar a Consuelo.

-Eso es obvio. Pero la cuestión es que tenía que haber dormido en mi casa, pues estaba bajo mi responsabilidad, y no lo ha hecho. Después se lo preguntaré a ella, a menos que me lo digas tú y le evites la reprimenda.

-Toda la culpa es mía.

-Entonces cuéntame.

-La saqué a bailar como usted me dijo.

-Eso está muy bien, pero ya lo sé. Continúa.

-Fuimos a pasear hasta la casa de los fantasmas.

-Eso no es pecado.

-Una vez allí... Ya sabe lo que suele pasar.

-Tendrás que explicármelo, pues nunca he estado allí y mucho menos con una chica a la que casi le doblo la edad – le reprimió.

-Pues que la cosa se enredó y... ya sabe lo que pasa.

-Lo siento, pero continuó sin saberlo.

-Comenzamos a besarnos...

-Así tratas lo que te he confiado...

-No. Pero me metió la lengua por la boca... - el cura giró su cabeza para ocultar una sonrisa de satisfacción, no cabía duda que la alumna le había salido aventajada.

-Y tú para corresponder le metiste la polla en el chocho...

-¡No; Bueno si. Pero eso fue después.

-¡No me digas que te la has follado;

Carlitos bajó la cara avergonzado.

-Un poco.

-¡Claro; Le metiste solo la puntita, que es lo que suelen confesar todos. ¿Has pensado en las consecuencias?

-A la hora de la verdad, la saqué y eyaculé fuera – se defendió sin mucha convicción el muchacho. Don Camilo sintió como si sus huevos se deprendieran de su sitio y le cayesen al suelo. Mi gozo en un pozo. Eso lo complicaba todo.

-¿Y por eso no vino anoche a mi casa?

-Es que cuando regresábamos, pasamos por delante de mi casa y me pidió verla. Se hizo muy tarde y nos quedamos a dormir.

-¿Solo a dormir? – había que sacarle las cosas con sacacorchos.

-Bueno... pegamos dos más... y esta vez si lo eché todo dentro.

-¡Dios mío; ¿Qué has hecho? – le pregunto el cura desolado.

-No siempre se quedan preñadas las mujeres, Don Camilo, igual no pasa nada – intentó el muchacho quitarle cera al asunto.

-Desvirgas a una virgen, la haces una desgraciada y ahora me sales con que no pasa nada.

-Esté preñada o no ya hemos quedado en que nos vamos a casar.

-Eso está muy bien. Es lo único sensato que te he oído pronunciar esta mañana. Pero las cosas no se hacen así. Esta noche hay que ir a rondarla para que los padres vayan haciéndose el ánimo de que van a perder a su hija. Así es que avisa a los muchachos para que te ayuden, que de la charanga ya me encargo yo. Mañana por la noche no quedas con nadie que iremos a visitar a tu futuro suegro para que te encienda el cigarro.

-¡Yo no fumo;

-Pues tienes treinta y seis horas para aprender a liar. Así que ya puedes ir moviendo el culo.

-Don Camilo. ¿No cree que nos estamos precipitando? Igual ni siquiera está embarazada y las cosas podemos pensárnoslas y tomarlo con más calma. Tal vez dentro de un año...

-Y mientras tanto tú continuaras tirándotela...

-Hombre...

-No me digas que con lo buena que esta, aun te lo estas pensando.

-¿Cómo sabe usted que esta buena?

Don Camilo, por suerte para él, era ágil de reflejos y no lo dudo un instante.

-No se tira nadie a una tía tres veces en una sola noche si no está muy buena. No me vengas con esas ahora.

Cuando llegó a su casa lo primero que hizo fue buscar a Consuelo. Estaba inclinada dándole los últimos toques a una cama que terminaba de hacer. Se acercó sigilosamente por detrás y metió su mano por debajo de la falda hasta llegar a su partes intimas que estaban especialmente melosas esa mañana debido probablemente a la intensa actividad que había disfrutado la noche anterior. Estuvo a punto de empujarla sobre la cama y pegarle un revolcón, pero se reprimió. La muchacha no pudo evitar gritar por el susto que la habían dado, aunque ya debía de estar acostumbrada a este tipo de bromas. Cuando se giró la besó fugazmente en los labios y después en ambas mejillas. Felicitándola por el éxito obtenido.

-¡Camilo! ¿Qué haces? – era Angélica que había acudido presurosa y alarmada por el grito de la muchacha.

-¡Felicitála cariño! - le respondió un risueño cura – Hoy Carlitos ha venido a pedirme su mano.

-¿Y el grito?

-Ha sido de felicidad cuando se lo he comunicado.

Doña Angélica se reprochó haber desconfiado del que consideraba su marido y contenta por la noticia felicitó aun más efusivamente a la muchacha.

XXXXX

XXX

X

Quico el Mulero, Jaime el Baina, Nelo y Jordilí, acudieron puntuales a la cita que su amigo Carlitos les había convocado, conforme los había visto a lo largo del día. No estaba seguro de que fuera una buena idea salir de ronda, porque el canto no era precisamente su fuerte. Pero lo que menos le gustaba era el lio que se había formado con la noticia, que había corrido como la pólvora, pues parecía que medio pueblo se había enterado y la otra mitad no tardaría en saberlo.

Lo curioso es que corría la voz de que Carlitos se había comprometido, pero nadie sabía quién era la afortunada. Se hacían cábalas y se cruzaban apuestas e incluso alguien insinuó que podía tratarse de otro hombre. Normalmente cuando alguien rondaba a una mujer en el pueblo, ya se les había visto anteriormente juntos, durante algún tiempo, y todos sabían quién era la elegida. Pero no era este el caso y el nombre de la muchacha era toda una incógnita. De hecho ni siquiera ella sabía que iban a rondarla esa noche.

-Supongo que ahora, si nos dirás quien es la afortunada. – le preguntó Nelo antes de salir de su casa.

-Ya lo sabrás cuando nos paremos delante de su casa y pronuncie su nombre.

-Por lo menos nos dirás desde cuando te gusta – insistió Jaime en un intento de recabar alguna pista.

No lograron sacarle ni una sola palabra más y Carlitos para sacudirse la presión de los que lo atosigaban, hizo lo que mejor sabía hacer, recurrir a la broma.

-En realidad la que verdaderamente me gusta es Marieta, pero Nelo no me la presta y he tenido que buscarme otra.

Nadie se hubiera atrevido a pronunciar esas palabras, ni aun en plan de broma y mucho menos delante de Nelo, a excepción de Carlitos, que por su singularidad se lo consentían todo. Solo recibió unos cachetes a modo de reprimenda, cuando de haberla pronunciado cualquiera de los otros tres, aun en tono de broma, hubiera podido costarle una puñalada.

La frase por lo menos sirvió para que dejaran aparcada su curiosidad y salieran en busca de los músicos que con toda seguridad les esperaban en el bar de Tonet.

El casino estaba más concurrido de lo normal, que en cualquier otro día a esas horas, en la que la mayoría de la gente que lo frecuentaba se había recogido en sus casas. Eran los curiosos que pensaban seguir la ronda a distancia para averiguar quién era la elegida de Carlitos. Unos lo hacían por voluntad propia y otros obligados por sus esposas, ya que ellas no podían hacerlo, para que les contaran lo ocurrido y poder cotillear a primera hora del día siguiente con conocimiento de causa. Allí Jaime pidió, como era preceptivo, voluntarios para incrementar la orquesta, y los dos únicos del pueblo que sabían tocar la guitarra y que ya habían llegado provistos de sus instrumentos pues sabían se lo iban a pedir, se alzaron inmediatamente.

-Vámonos, pues con la música a otra parte – dijo Quico y todos salieron del local.

Tonet cerró las puertas de bar, pues no esperaba más clientes y los que había salieron todos. Se incorporó a la ronda como uno más.

Iba esta delante con todos los mirones detrás a una prudencial distancia, nunca inferior a los cincuenta metros. Recorrieron, primero las casas del Poble Nou, para seguir después por las del Poble Vell hasta llegar a la casa de la afortunada en donde soltarían todo el repertorio y darían la serenata por finalizada.

Se detenían en casa de todas las chicas solteras, pero en edad de merecer, a las que tenían fichadas, estuvieran ya comprometidas o no, cantaban una canción, sin intercalar en ella ningún nombre de mujer y marchaban a la siguiente.

Consuelo vivía aproximadamente a mitad de la cuesta del Poble Vell. Cuando llegaron a su casa no había nadie asomado al balcón, como igualmente había ocurrido en las otras casas, porque la soltera no se podía asomar a la ventana hasta que oyera pronunciar su nombre y hasta entonces lo máximo que se le permitía era permanecer oculta detrás de las cortinas.

Fue entonces cuando Carlos se vio obligado a mostrar sus cartas y entregó un papel a cada uno de sus amigos que formaban el coro y los músicos se vieron obligados a improvisar una tonadilla que fuera adecuada a la letra.

Carlos comenzó a cantar, sus osados compañeros lo acompañaron y los músicos les siguieron.

Mocita dame un clavel, dame el clavel de tu boca
Que en eso no hay que tener, mucha vergüenza ni poca
Yo te daré el cascabel, te lo prometo mocita
Si tú me das esa miel que llevas en la boquita.
Consuelito, Consuelito, Consuelito de mi corazón
Hoy te traigo clavelitos colorados igual que un fresón
Si algún día clavelitos no lograra poderte traer.
No te creas que ya no te quiero es que no los pude coger.

Desde que oyó la voz de Carlos, ronca y muy desafinada, Consuelo se había colocado detrás de la cortina y cuando oyó su nombre, fue entonces cuando apareció en el balcón. Fue recibida con una multitud de vítores y aplausos acompañado de algún que otro piropeo en el que nunca faltaban alguno un poco obscuro. La ronda se disolvió marchando cada uno a su casa y dejando solo al pretendiente para que la rondada supiese quien era. Le dedicaba un “Te quiero”, le enviaba un par de besos al aire y posteriormente corría en persecución de los amigos que llevaban su misma dirección.

La muchacha se quedó unos instantes más, asomada al balcón viendo como su amado se alejaba. Todavía no les había dicho nada a sus padres y sabía que después de estos tendría que dar muchas explicaciones y más aun cuando supieran quien era el pretendiente. De todas formas el momento de gloria no se lo quitaba nadie. Desde que había escuchado las primeras canciones que sonaban lejanas al principio de la calle, supo que la ronda iba por ella. Se había apresurado a vestir sus mejores galas e incluso se maquilló con unos restos coloretes que hacía tiempo le había regalado Doña Angélica, y que habían estado ocultos hasta entonces pues su padre nunca le hubiese permitido ponerse. Ahora ya todo le daba igual, pues sabía que su vida iba a cambiar en breve y se mostraba esplendorosa en el balcón causando la admiración de unos hombres que hasta entonces no habían reparado en ella y ni siquiera se habían dignados mirarla cuando pasaban a su lado por la calle.

Había pasado de niña a mujer en apenas un par de meses.

Todo ello se lo debía a Don Camilo, al que siempre estaría eternamente agradecida, por haberle mostrado el camino para convertirse en una mujer y sería suya mientras él quisiera, sin menospreciar por ello al que iba a ser su marido al que quería con locura.

XXXXX
XXX
X

Los yoclanos eran agricultores o pescadores. Estos últimos compartían su trabajo en el mar con el del contrabando y cuando había llenado su faltriquera, vendían la barca y le compraban al Marques de la Almadra un trozo de terreno para iniciar su aventura agrícola. Se alejaban de los peligros de la mar y de los militares y lo cambiaban por una vida mucho más tranquila.

De todas formas los agricultores propietarios no abandonaban al cien por cien sus actividades supuestamente delictivas y continuaban haciendo sus pinitos comprando parte de los alijos, para comercializarlos por su cuenta y obtener un suplemento a sus ingresos.

Podía decirse que en Yocla no había pobres, salvo los que cultivaban unas tierras arrendadas. Bien fueran las ultimas que le quedaban al marques o las muchas que habían comprados los nuevos ricos y que por el momento no tenían ningún interés en deslomarse cavando.

Eso beneficiaba a los antiguos arrendatarios, que no tenían que irse a la calle o verse obligados a arrendar nuevas tierras de cultivo con el consiguiente trastorno, y que de esta forma continuaban trabajando las tierras de toda la vida, cuyo rendimiento tan bien conocían.

A este último grupo pertenecía el padre de Consuelo. Tuvo la suerte de que las tierras que trabajaba cayesen en manos de Don Manuel que las compró, junto con otras anexas, porque ya no le cabía el dinero en la caja donde lo guardaba y decidió invertirlo en tierras, que siempre eran más difíciles de robar que los caudales.

Aumentó los beneficios del labrador, para estimularlo y que le proporcionara a su vez mas riqueza y empleó a la hija, que por entonces solo tenía doce años, en su casa como criada y aprendiz de cocinera.

Una boca menos que alimentar y la entrada de un dinero extra aunque no fuesen más que cuatro perras gordas, hicieron que por lo menos su esposa y él comiesen de caliente todos los días, aunque de pobres no salieron.

Ernesto, que así se llamaba el padre de Consuelo, inició su vida laboral en la mar. Trabajó junto con su padre, también pescador, hasta que un mal día estuvieron a punto de naufragar por culpa de una inesperada tormenta que nadie había previsto. Prometió a la virgen que no volvería a embarcarse a menos que lo condenaran a galeras y cumplió su promesa, pues engañar a la virgen en tales circunstancias era ahogarse seguro. Se dedicó a malvivir de la agricultura hasta que aprendió el oficio. Logró que el Marques le arrendase unas tierras, cosa no muy difícil, pues las tenía casi todas en barbecho, porque nadie las quería trabajar para él.

Preñó a su novia Mercedes para que su futuro suegro aceptara encenderle el cigarrillo, pues no quería verla casada con aquel muerto de hambre que nunca seria nada en este mundo, hasta que no tuvo más remedio que acceder, si no quería cargar también con las consecuencias.

Pudo casarse porque la familia de la novia aportó la mayor parte del ajuar para el futuro matrimonio, y él únicamente un “macho” para las labores agrícolas. Era norma que el macho fuera joven, para que durase lo suficiente hasta que la economía familiar estuviese consolidada, pero su padre solo compró, para cubrir las apariencias uno viejo ya retirado que cuando lo obligó al más mínimo esfuerzo moriría a los cuatro días. Tuvo que empeñarse para comprar otro para sustituirlo y ya no salió de pobre en toda su vida.

Cuando Consuelo estuvo en la edad de merecer, el padre la retiró de la circulación para que ningún mozo pusiese los ojos en ella y solo salía a la calle para realizar el trayecto entre su casa y la de Don Manuel y volver.

No podía pagarle el ajuar a su hija, y la única solución para evitar la vergüenza de reconocerlo era impedir que se casara.

La noche que rondaron a su hija, se puso enfermo y no se levanto de la cama en dos días. Al tercero no tuvo más remedio que hacerlo, pues Mercedes le comunicó que algo tendría que traer a casa si quería comer ese día y que por la noche tenían anunciada una visita.

Se levantó para ir a trabajar, pero ya le anunció solemnemente a su esposa que no recibiría a nadie

y que comunicara a su hija que apenas llegara el pretendiente se fuera a la cama, que no era más que una de las mil formas que había para rechazarlo.

Se le cayó el mundo encima cuando supo que quien presentaba al novio era nada más ni nada menos que el cura, la única persona en el pueblo a la que no podía impedir la entrada en su casa.

Don Camilo se presentó en la casa exactamente a las ocho de la tarde, portando las suficientes viandas como para preparar un festín y que entregó a Mercedes para que hiciera la cena. Le acompañaba un joven elegantemente vestido y que hablaba de una forma rara, como solían hacerlo las mujeres y algunos gestos, que no le habían pasado desapercibidos, lo avalaban. Sin embargo no parecía tener ningún defecto físico y era fuerte y musculoso. No lo conocía, como a otros muchos, pues vivía aislado y no había bajado al bar desde que era soltero.

Fue franco y sincero y lo primero que hizo fue exponer las dificultades que tenía para proporcionarle un ajuar a su hija y de esta forma ahuyentar al pretendiente. El cura escuchaba, no decía nada y parecía no importarle lo que Ernesto le estaba contando. Mientras esperaban la succulenta cena, cuyo aroma ya les llegaba desde la cocina, se limitaron a hablar del tiempo, de cómo saldría la cosecha ese año y hasta, Don Camilo no pudo evitarlo, lo guapa que se había puesto la niña desgarbada que conoció cuando llegó a Yocla.

Consuelo desde luego estaba maravillosa ese día. Lucía el traje de ir a misa los domingos, que Doña Angélica le había regalado cuando cumplió los dieciocho años, se había maquillado y sus pechos lucían esplendorosos dentro de la blusa. El cura reconoció que nunca los había tocado así, que los signos del embarazo comenzaban a hacerse evidentes, por lo menos a los ojos de una madre, y que antes de una semana le tendrían que dar la buena nueva a Carlitos para no demorar más la boda ya que con toda seguridad dentro de unos meses tendrían un nuevo sietemesino en el pueblo.

Después de la cena se reunieron los cinco en círculo alrededor del hallar, ya apagada aunque las brasas permanecían latentes debajo de las cenizas y prestas a ser reavivadas a primeras horas del día siguiente. El calor que desprendían era mínimo pero se agradecía, pues en el Poble Vell, aun en las noches de verano, cuando soplabla el levante solía refrescar.

Carlos había comenzado a liar su cigarrillo y Ernesto lo miraba con cierta preocupación pues aun no sabía aun con seguridad si debía encenderlo o hacerse el loco. Le aliviaba ver que llevaba ya diez minutos con el intento, la mitad del tabaco le había caído al suelo y no tenía trazas de poder terminar la labor.

El cura pensó que ya había llegado la hora de despejar incógnitas y liberar a Ernesto de la pinza que le atenazaba el estomago.

-Ante todo quería decirles – comenzó el cura – que considero a Consuelo, con permiso de sus padres aquí presentes, como a una hija. Por ello y vistas las dificultades que ha expresado Ernesto para casarla como ella merece y en agradecimiento a los servicios prestados – le dirigió a la chica una mirada de complicidad que ella correspondió, pero que nadie más pareció darse cuenta – en mi casa, he decidido pagarle el ajuar, cualquiera que sea su importe, que ella elija.

Los primeros sorprendidos fueron los padres que no salían de su asombro ante tamaña generosidad y después los novios que de momento no se habían preocupado de ese tema, porque la boda, aunque estaba claro que se iba a celebrar, la consideraban todavía lejana.

-También quiero añadir –continuó Don Camilo – como el novio es huérfano y no tiene padre que le pueda regalar el macho, que por otra parte no creo que le haga ni puñetera falta a partir de ahora – Carlitos sonrió al captar la indirecta – voy a regalarle una buena yegua, que le ayudará a trasladarse y beneficiará su oficio de carpintero.

A Carlitos, de la emoción, le cayó al suelo el proyecto de cigarrillo que estaba intentando liar y no tuvo más remedio que comenzar de nuevo. El cura anticipándose al próximo fracaso, confeccionó uno, en apenas quince segundos, y se lo entregó a Carlos para que humedeciera la cola con su lengua y lo terminase.

-Y para que los padres no queden perjudicados con la pérdida de la hija y de los ingresos que con su trabajo aporta al hogar. Quiero compensarlos exonerándoles del pago de la rentas de las tierras que tienen arrendadas y son propiedad de Doña Angélica.

Si alguna duda todavía quedaba en la mente del padre en acceder a la boda de su hija, estas últimas palabras las disiparon con creces. Las rentas importaban mucho más que el modesto sueldo que Consuelo aportaba a la casa y si encima tenían una boca menos que alimentar era como si les hubiese tocado la recién instaurada lotería que ellos no podían ni permitirse el lujo de jugar.

Ernesto no quiso esperar más tiempo y rebuscó desesperadamente en sus bolsillos un mechero para encender el cigarrillo que Carlitos hacia tiempo lucía en su boca, como si temiese que con la tardanza se arrepintiese. No lo encontró porque ni siquiera tenía dinero para permitirse el lujo de fumar, por entonces todavía no era un vicio, y el único que tenía para quemar las malas hierbas de alguno de los márgenes de los campos que trabajaba, solo lo cogía cuando lo necesitaba por temor a perderlo.

Viendo los apuros, el cura le regaló el suyo y pudo cumplir el ritual.

XXXXX
XXX
X

Una semana después Don Camilo se presentó en casa de Carlitos, después de la misa y sin ni siquiera haber almorzado. Iba seguido de una cuadrilla de albañiles, que contando el capataz que los mandaba, no bajaban de cinco.

Entraron en tropel en la casa, pues al no haber gozado de compañía alguna su dueño, no se había preocupado de pasar la noche anterior el cerrojo.

Mientras los empleados se afanaban de descargar de un carro, herramientas, andamios, escaleras y parte del material que iban a usar. El cura, acompañado por el encargado, le iba indicando los trabajos que tenía que realizar, mientras este los anotaba precipitadamente en una libreta con una letra que únicamente él era capaz de interpretar posteriormente.

-El suelo se pavimenta todo – decía el cura – el tejado se repara por si hay goteras y esos manchurrónes en el techo me dicen que las hay. Cambiar los marcos, puertas y ventanas aunque no tengan carcoma. La cocina la quiero nueva y un retrete como el mío en el patio. ¡Ah! Tapiado por la parte que da al bar, pues la futura señora de la casa no tiene porque ir mostrando su trasero a los parroquianos. El taller me lo trasformas en una habitación para un niño y me construyes un pabellón en el patio en donde colocareis todas las herramientas y trastos que hay aquí.

Carlitos permanencia expectante, sentado en la cama, y mirando con cara de estupor todas las explicaciones que le estaba dando Don Camilo al capataz, que no dudaba estaban muy bien, aunque le hubiera gustado se las consultara previamente. Cuando finalmente pareció que el cura había terminado de dar instrucciones y el encargado comenzaba a cumplirlas, dando gritos a sus hombres. Se dirigió al de la cama.

-¡Carlitos! Ve vistiéndote que nos vamos a almorzar al bar. ¡Tengo un hambre que muerde!

El cura pidió como si fueran a celebrar un festín para cuatro cuando solo eran la mitad. Comenzó a comer como si arrastrara hambre de quince días. Carlos más parco en la comida apenas probó bocado.

-Me explica, ahora, a que viene la irrupción de esta mañana.

-Tu casa necesita arreglos. Ahí no puede vivir una dama como la que te has llevado al huerto.

-Ya lo haré yo poco a poco y cuando pueda. Ahora no puedo afrontar ese gasto.

-Por eso no te preocupes, que la obra la pago yo. Es mi regalo de boda.

Nuevamente se sorprendió Carlitos, pues después de la muestra de largueza que hizo el cura el día de la pedida de mano. No esperaba nuevas donaciones, o por lo menos tan caras.

-Creo que se excede en su bondad.

-Siento una predilección especial por Consuelo. Por su bondad y por lo fielmente que me ha servido en el poco tiempo que ha estado a mi servicio, aunque mucho al de Doña Angélica. De todas formas si te molesta, puedes considerarlo como un préstamo y ya me lo devolverás cuando puedas.

-Usted sabe que lo que van a hacer en mi casa no se lo puedo devolver nunca.

-Entonces, calla y come.

Don Camilo esperó al final del opulento almuerzo, que prácticamente se zampó solo y mientras le servían el café le soltó la noticia.

-Consuelo está embarazada...

-Pero si...

-Ya me contaste la historia y estas cosas pasan. Según me ha contado Doña Angélica, que la tiene desde los doce años y sabe que su cuerpo es un reloj, estos días no le ha bajado el periodo y aunque aun es posible que pueda ocurrir un milagro, lo mejor es que nos vayamos preparando y abreviemos los procedimientos.

-Yo quiero casarme, así que cuando antes lo hagamos mejor.

Don Camilo le contó a Consuelo la buena nueva en la cama, mientras disfrutaba de ella por última vez. A partir de entonces sus encuentros podían resultar peligrosos y no quería perjudicar de ninguna de las maneras a esa niña a la que verdaderamente había amado y que en definitiva le proporcionaba su segundo hijo.

CAPITULO XIX

La marquesa de la Almadraba

La noticia corrió como la pólvora por todo el pueblo. Algunos labradores no fueron al campo a pesar de que estaban en plena cosecha y los pescadores regresaron antes de tiempo del sardinal, cuando desde la distancia vieron el crespón negro en lo alto del campanario de la iglesia, mientras las campanas tocaban a rebato, en primer lugar y después a muerto hasta que Don Camilo se cansó y se fue a desayunar.

Alguien importante del pueblo había fallecido. ¿Pero quién? Ni más ni menos que el mismo Marques de la Almadraba, el descendiente directo del fundador de Yocla.

Ese día no era jueves pero habría misa de difuntos a las doce, después del toque del Ángelus, en memoria del ilustre finado. Que aunque no se podía decir que era muy querido en el pueblo, más bien odiado, todos estos acontecimientos extraordinarios servirían para salir de la rutina. También tenía su morbo, pues no todos los días se veía pasar el cadáver de tu enemigo por delante de tu casa aunque solo fuera de forma ficticia.

Don Camilo, después del almuerzo, que tuvo que tomarlo en su casa, pues las premuras de tiempo no le permitían bajar hasta el bar, y ayudado por las cuatro viejas beatas del lugar que siempre se presentaban cuando olían algún acontecimiento extraordinario, bien fuera un bautizo, boda o entierro, para adecentar la iglesia y en este caso cubrirla con crespones negros que el cura tenía siempre guardados y preparados para el caso.

Las noticias llegaban en cuentagotas y eran de poco fiar, pues cada una daba una versión diferente de su muerte. La primera es que había fallecido de repente, que es como se denominaban entonces los infartos de corazón, mientras hacía el amor con su querida, una bella y joven prostituta que había retirado recientemente y que le tenía tan sorbido el seso, que apenas salía de la casa del Barrio de Ruzafa en donde la había instalado. Otros decían que le había ocurrido lo mismos, pero que los hechos habían ocurrido en el mismo prostíbulo, ante la vista de todos y en un mísero catre, porque ya no tenía los bienes suficientes para mantener tanto lujo. Ni tanto ni tan poco, añadían los más moderados, pues la moza se trataba de una querida a la que visitaba en su casa, cuando su marido se ausentaba, y que para ahorrar gastos compartía con su hijo, que no queriendo ya debía de rondar los cuarenta años.

Todas las dudas se disiparon cuando a media tarde llegó al pueblo, procedente de Valencia, a donde había ido como alcalde para solucionar unos asuntos oficiales, Pepe el Pollero. Había tenido la ocasión de conversar con el Señor Marques poco antes de su muerte, que se produjo a consecuencia de un desgraciado accidente.

Según parece andaba por una calle cercana a las Torres de Cuart, acompañado de su inseparable administrador, cuando al cruzar la calzada fue atropellado por un pesado carruaje cargado de tabaco y cuyo caballo guía se había desbocado por culpa de un petardo que sonó a destiempo.

El administrador, en un acto suicida, trató de interponerse en el último instante, entre él y el tronco de caballos en un postre intento de detener a los nobles brutos, pero todo fue en vano pues lo único que consiguió es morir también en el intento. Los cinco caballos de tiro y el carruaje pasaron sobre ellos a pesar de los ímprobos esfuerzos del cochero que llegó incluso a montarse sobre los lomos del caballo guía para detenerlo mas rápidamente en un prodigio de agilidad, rapidez y valentía. Fue inútil su arrojo y como resultado postrero solo quedo un amasijo de cuerpos ensangrentados.

Para colmo el joven Marques se encontraba fuera de la ciudad, se suponía que en el mismo Madrid, en donde había ido de viaje de novios, pues se había casado apenas hacia una semana.

La muerte del undécimo marques de la Almadraba había causado consternación en el pueblo, pero mucho más lo hizo conocer el fallecimiento del administrador, que era el único que tenía

algo pensante sobre los hombros y aunque fuese a trancas y barrancas era el que sostenía en pie la economía familiar.

El hijo era un tarambana que todos tenían claro que acabaría con lo poco que le quedaba al Marques en cuatro días, bien fuera para su satisfacción personal o para complacer a su bella y joven esposa. Lo malo es que todo lo que le quedaba, excepto su palacio de Valencia, estaba en Yocla y todos querían estar preparados para los acontecimientos que se avecinaban. Los que tenían dinero contaban sus caudales para saber cuánta tierra iban a poder sacarle al Marques con lo que estaban dispuestos a gastar y los más preocupados eran los arrendadores que ignoraban en qué manos irían a parar las tierras que ahora estaban trabajando y si podrían seguir laborando en ellas o se tendrían que ir a la calle.

La misa fue todo un existo, pues la iglesia estaba repleta de feligreses y algunos no tuvieron más remedio que presenciarla desde la plaza a través de las puertas que estuvieron en todo momento abiertas de par en par. La recaudación fue con creces la mejor que nunca se había recogido hasta entonces. Esto, en otra época, hubiera alegrado la vida a Don Camilo, que complementaba su magro sueldo con las limosnas que recibía durante las misas diarias, pero ahora esto ya le resultaba indiferente. De todas formas se alegraba, pues la iglesia siempre precisaba de una pequeña reparación y tampoco era justo que la pagase él siempre. Desde que se había hecho rico, decidió, que justo era que el dinero de Dios fuera para la iglesia y el del contrabando para él.

XXXXX
XXX
X

El palacio del Marqués de la Almadraba en el pueblo, era un impresionante castillo, situado estratégicamente en lo alto de un cerro. Había sido la vivienda habitual hasta el séptimo marques, ya que el octavo decidió que el pueblo era muy aburrido y como el derecho de pernada hacía tiempo que estaba abolido, si quería darle gusto al colibrí sin necesidad de visitar a su santa esposa, lo tenía crudo; por lo que decidió desplazar su residencia a Valencia en donde las hembras de malas costumbres las tenía más al alcance de la mano. Si con el séptimo marques alcanzaron el cenit de poder y riqueza, a partir de entonces comenzó una línea descendente que estaba a punto de tocar fondo. Pues a partir de entonces, cada marques nuevo, era un poco, o mucho según quien, más pobre que el anterior.

El castillo que siempre se había mostrado esplendido mientras los caudales respondían, ahora aparecía a la vista de los humanos en franca decadencia. Posiblemente ningunos de los actuales habitantes del pueblo, salvo algún que otro venerable anciano, lo había visitado y su interior era un completo desconocido. El único que había tenido la ocasión de visitarlo, pero ya había fallecido, era Don Manuel, el Contrabandista, que lo visitó en una ocasión junto al administrador y habló auténticas maravillas de él, e incluso intentó comprarlo. Pero el undécimo Marques se negó, pues mientras poseyera un palmo de terreno en Yocla no lo vendería y en cualquier caso sería el último bastión que cayese.

Esta historia contada en cierta ocasión por Doña Angélica, había levantado la curiosidad de Don Camilo, pero su físico no estaba en condiciones de escalar sus altos muros para colarse en su interior y esperó para aprovechar una ocasión más propicia.

La vida se volvió a alterar en Yocla cuando una caterva de obrero y alguna que otra doncella con los bártulos de limpieza en la mano se presentaron un día en el castillo, aproximadamente un mes después del sepelio del undécimo marques. Tardaron varias semanas en terminar su trabajo, pero cuando lo acabaron el palacio y sus muebles quedaron tan esplendidos como en sus mejores tiempos.

Don Camilo como padre espiritual del pueblo, logró colarse en un par de ocasiones, aunque el capataz que los mandaba tenía órdenes estrictas de la señora marquesa de no dejar entrar a nadie del pueblo, pero no quiso enfrentarse con los hábitos de un representante de la iglesia, que con la inquisición recientemente finiquitada, continuaban produciendo un cierto respeto. Lo consiguió, no sin antes prometer que no se lo diría a nadie y no cabe duda que le causó una inmejorable impresión.

Nadie esperaba que los nuevos marqueses tuvieran el suficiente dinero para realizar obra de tal envergadura, por lo que todos supusieron que estaban haciéndole un lavado de cara para obtener un mejor precio o ya lo habían vendido y era el nuevo propietario el que corría con todos los gastos.

Cuando terminaron, los obreros se fueron, no así el personal de servicio, que se quedó al cuidado de la casa. Al mando de ellos quedó un individuo, alto, adusto, más bien amojamado y que no soltaba una palabra más que las necesarias. Era el encargado de realizar en el pueblo la compra de la comida necesaria para alimentar a los nuevos habitantes del palacio. No escatimaba nada el dinero y parecían que comían más bien como príncipes que como criados, sobre todos cuando estos no tenían que alimentarse con las sobras que dejaban los amos. Los Fadrique nunca habían sido esplendidos y tampoco tenían porque serlos ahora. Eso parecía una evidencia más de que el castillo había cambiado de dueño.

Una tarde llegó al pueblo, por el camino de Denia, un suntuoso carruaje arrastrado por cinco brioso corceles, todos blancos, menos el guía que era de un negro azabache, que fue interceptado por uno de los criados de la casa que llevaba esperando su llegada desde primeras horas de la mañana. Apenas los vio, se subió al pescante junto al conductor sin que el vehículo tuviera apenas que detenerse, y únicamente para indicarle el camino correcto hacia la casa.

Los marqueses que dormitaban en su interior, después de una opípara comilona en una venta cercana y a pesar del traqueteo que producía el infame camino, ni siquiera se enteraron de la incidencia.

Algunos curiosos que estaban al quite, casi todos chiquillería, siguieron al carruaje por la empinada cuesta, hasta que este se ocultó tras los muros que rodeaban el palacio sin poder ver a nadie.

Al día siguiente el carruaje bajó hasta el Poble Nou, para que Carlitos el ebanista reparase un pequeño arañazo, apenas imperceptibles si fijabas la vista expresamente, producto de alguna piedra del camino, pisada por alguna rueda, que había salido disparada e impactado en la carrocería. La señora marquesa, lo había visto apenas bajó el día anterior del vehículo y había ordenado su rápida reparación.

El cochero no discutió y acepto inmediatamente el precio que para el arreglo propuso Carlitos. Dejó el carruaje a la puerta de la casa y los caballos atados a la sombra de las palmeras y después de proporcionales un poco de agua y grano que los animales apenas probaron, pues estaban ahítos de la comida que les habían proporcionado de buena mañana en las cuadras del castillo, se marchó en dirección al bar para desayunar.

Por allí andaba Don Camilo que cuando lo vio entrar supo con certeza que se trataba del conductor del impresionante carruaje que había llegado la tarde anterior y que hacía apenas unos minutos había pasado por delante de las ventanas del Casino, se apresuró a confesarlo o a interrogarlo según se mire. Le pidió permiso para sentarse ante él y en su misma mesa y el forastero aceptó con un encogimiento de hombros mas por educación, vista la indumentaria del solicitante que sin dura era el cura del lugar, que por gusto.

El hombre era parco en palabras y en la bebida, pues rechazó el vino que el cura le ofreció durante el almuerzo al ver que solo sorbía agua, y posteriormente, después del café, una copa de aguardiente. Se disculpo diciendo que la señora marquesa no soportaba los vahos del alcohol y despedía inmediatamente a cualquier sirviente que apestara a ello. Con respecto a sus señores solo podía decirles que se trataban del Marqués de la Almadraza, Don Fadrique Pérez de Guzmán y Albadalejo y la marquesa Doña Carmen de Figuerola y Alejo de los Monteros.

Apenas terminó su almuerzo, se levanto de la silla y despidió del sacerdote sin permitir que este le invitase, tal vez para no tener que estar agradecido y verse obligado a soltar después la lengua más de lo debido. Salió del bar y se dirigió al palmeral, para vigilar de cerca a los caballos y procurar que no les faltase nada.

A Don Camilo el nombre del Marques no le dijo nada, pues lo conocía de sobra y lo único que confirmaba es que los recién llegados eran ellos y que el palacio, por lo menos de momento, todavía no había sido vendido.

Lo que si le llamo la atención eran los apellidos de la marquesa que le sonaban conocidos, pero aun no recordaba porque. Salió del bar con la intención de ir a visitarles. Lástima que el cochero no le hubiese facilitado más información. Ya en la calle se fijó en como el joven acariciaba a los caballos, debajo de las palmeras, y estos le correspondían lamiéndole la cara y husmeando en el bolsillo en donde solía guardar las golosinas con los que los recompensaba.

-Bonitos caballos – le dijo el cura al acercarse.

-Si lo son – le contesto el cochero con cierto recelo.

-¿Cuánto tiempo has tardado de Valencia aquí?

-Eso no es importante. Lo es para el coche de posta que tiene unos horarios fijos y que cada pocas leguas cambia los caballos para tenerlos siempre fresco y salir pitando otra vez. Nosotros hicimos el viaje con calma y con solo dos paradas.

Parecía que hablar de su tema favorito que sin duda eran los caballos le hacía aflojar rápidamente la lengua.

-Pero fue solo para descansar – continuó como si la pausa hubiera sido solo para coger aire – nunca para cambiarlos. No se pueden cambiar estas maravillas por unos potrancos. Paramos una vez para comer y estuvimos detenidos cerca de tres horas y después otra para cenar y dormir en una

venta. La que hicimos ayer para comer, no cuenta, pues perfectamente hubiéramos podido llegar a tiempo para hacerlo en casa. Pero la señora no quiso sorprender al servicio, ni dejarlo en evidencia si no tenían nada preparado al considerar que llegaríamos, más o menos, a la hora en que lo hicimos. ¡Si viera usted la fuerza que tienen cuando tira del carruaje el tronco completo! - continuaba hablando con admiración el joven conductor, que hacía tiempo había dado suelta a su locuacidad.

-Desde luego. Debe ser impresionante sentir esa fuerza en tus manos - hábilmente Don Camilo cambió el rumbo de la conversación - Conozco hace mucho tiempo a Don Fadrique, pero no sabía que era tan aficionado a los caballos, para mantener un tiro tan impresionante.

-El tiro no es del Marques. Él solo poseía un escualido caballo, que compartía con su padre y todavía no me explico cómo no había muerto de hambre antes, por lo descuidado que lo tenía. Ahora parece que el pobre animal está levantando cabeza, pues cuando me lo encontré en la cuadra, lo monté y apenas podía sostenerme a mí.

-Entonces... ¿Usted no servía al marques?

-¡Que va! Yo siempre he servido a la señorita... ¡Bueno! A la señora marquesa. Que es hija de Don Leopoldo de Figuerola.

Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Don Camilo.

-¿Del pueblo de Liria?

-Efectivamente. ¿Lo conoce?

-No... Bueno... He oído hablar de él.

Don Leopoldo de Figuerola y Nogueroles era el cacique de Liria y padre de Isabel, la muchacha con la que había mantenido cierta relación hacia bastantes años y cuya consecuencias desconocía, con objeto de pegar un braguetazo y convertirse en el cura más rico del Reino de Valencia. La cosa no había salido como pretendía y al final la muchacha, embarazada o no, fue a dar con sus huesos a un convento y él de chupatintas de un vicario de poca monta, con el que estuvo penando su culpa hasta que decidieron enviarlo a Yocla. Y aun tuvo que dar gracias a un amigo que había conocido en el seminario, bien posicionado, que dejó en el cajón de los olvidos un documento, para que no se viera de patitas en la calle sin oficio ni beneficio.

Esos años, de vida oculta, los tenía apartados de su mente y no aparecían en su currículum eclesial. De ahí el desfase de años entre esta incidencia y el tiempo que llevaba en Yocla.

-Ahora el señor ya está algo pachucho - continuó el joven - menos mal que la marquesa cogió en su día las riendas de los negocios de su padre y los mantiene bien boyantes.

-Parece que la conoces bien...

-Nos hemos criado juntos - presumió el joven - ¡Bueno! Cada uno en el lugar que le corresponde. Me refiero a que soy el hijo del anterior cochero de los señores de Figuerola y me he criado en la casa. Mi padre se ha jubilado y yo he ocupado su puesto. Aunque últimamente la señorita me ha reclamado y actualmente la sirvo a ella... y al Marques, por supuesto.

-Yo tuve ocasión de conocer a Isabel, supongo que será su hermana mayor.

-¿La monja? Si. Es su hermana mayor. Yo la he visto pocas veces. Sobre todo durante las navidades en la que suele venir algún año, pasa un par de semanas en la casa familiar y luego no regresa hasta el año siguiente y en algunos casos han pasado tres o cuatro años sin venir. Qué diferencia entre una y otra. La mayor fea como un adefesio y la otra hermosa como una rosa.

Al muchacho se le notaba que la boca se le hacía agua cada vez que hablaba de su joven señora y al cura no se le escapó que pudiera haber otra clase de relación entre ambos, aunque solo fuera una especie de amor platónico.

Don Camilo creyó que ya poco podría sacarle de interés al cochero y se despidió ansioso como estaba de visitar a los nuevos señores del lugar y sobre todo a la dama a quien su sirviente había colocado por las nubes.

Montó a la burra y se encaminó a su casa para cambiarla por el corcel, pues no quería aparecer en

casa de los marqueses montado en un pollino, aunque así lo hiciese Jesús cuando entró en Jerusalén.

Una hora le llevó ese trabajo incluido el de arreglarse y cambiarse la sotana por otra más vistosa, pues no quería comparecer ante los marqueses como un vulgar cura de pueblo sino como el señor que era.

Lo recibió el mayordomo, flaco, adusto y maleducado, que le comunico que los señores todavía estaban descansando de largo viaje que habían realizado los dos días anteriores y no podían recibir a nadie.

-De todas formas, tan pronto me sea posible, les comunicare que usía ha estado aquí solicitando audiencia y ya tomaran las medidas oportunas.

No le permitió ni siquiera entrar para escudriñar un poco y lo había recibido en el mismo umbral de la puerta, sin permitirle dar un paso más.

Mientras se marchaba con el culo al aire, Don Camilo se juró, que ese individuo se las pagaría.

XXXXX
XXX
X

No tardó mucho tiempo en tener noticias, pues un día le llegó una invitación para una cena que se iba a celebrar unos días después en casa del Marques. Y por las indagaciones que hizo, resultaba ser el único invitado.

Mientras, el cura había intentado ordenar sus ideas y tratar de recomponer la historia de la familia Figuerola y Alejo de los Monteros. Cuando los conoció, el padre, Don Leopoldo debía tener unos cuarenta y pocos años y lo extraño era que no tuvieran más descendencia, excepto su hija Isabel que por entonces debía tener unos veinte años. Ignoraba las causas, pero no le extrañaba que no quisieran repetir pues la criatura les había salido más fea que un pecado.

Don Camilo acudió a la casa de la familia en misión pastoral, atraído por la madre, que no se perdía una misa y estaba más buena que el pan, o por lo menos así se lo parecía al cura sobre todo si la comparaba con su hija.

Cuando vio los posibles de la casa y sobre todo lo bien que se comía, después de su magra experiencia en el seminario y en donde solo se ponían las botas los profesores, y los alumnos pasaban más hambre que San Amaro. Ilustre santo al que tuvo mucho tiempo presente. Aunque peor fue su estancia en la vicaria, pero eso mejor será olvidarlo.

A pesar de que hubiese preferido hacerlo con la madre, la única manera de pegar el braguetazo era con la hija. Sufría de halitosis y era imposible besarla, pues enseguida te entraban las nauseas. Lo mismo ocurría si intentaba echarle mano, pues siempre llevaba una especie de refajo que se lo impedía. Sabía que la tenía en el bote pues cuando besuqueaba su nuca el vello se le ponía de punta y la carne de gallina, entonces, no sé por qué circunstancias, se quedaba quieta y podías hacer con ella lo que quisieras.

Un día le prometió una sorpresa si no se ponía el dichoso refajo y cuando al día siguiente tanteó el producto encontró el camino expedito.

No desaprovechó la ocasión cuando se encontraron solos, mientras el resto de la casa parecía dormir la siesta, en una galería cubierta a miradas indiscretas y con un diván a su disposición. Después de un par de besos en el cuello, la muchacha se mostró receptiva. No opuso ninguna resistencia, ya que con la cara tapada por su propia falda no veía lo que el cura estaba trajinando por allí abajo. No debía ser muy experto, pues le costó encontrar lo que buscaba y cuando lo encontró le hizo tanto daño que se pujo a chillar como una loca. A sus gritos, ahogados en parte por su falda, no acudió nadie a ayudarla salvo una criada de pocos años que cuando vio lo que se cocía salió despavorida, en parte para que no lo ocurriese lo mismo que a la señorita y el resto para avisar a sus amos y que pusieran orden.

Cuando llegaron Don Leopoldo y Doña Carmen todo había terminado. Camilo creía que había acabado lo comenzado. Pero no lo sabía cierto, ni intentaba creérselo. Lo único cierto es que había derramado su semen y no había rastro de él en el diván, por lo que en algún lugar recóndito debía de estar.

Doña Carmen se llevó a la niña a su habitación y asesorada por una vieja doncella experta en el tema, pudo comprobar, por los restos de sangre y semen que por allí había que su hija ya no era virgen y todo fuera que no la hubiesen dejado también embarazada. Y así fue a pesar del lavado de bajos que le hicieron inmediatamente con una pipeta, pero eso ocurrió pasado algún tiempo y el cura no se enteró.

Don Camilo después de soportar estoicamente la perorata que el padre le endosó y ofrecerse a remediar su pecado y salvar el honor de la dama que había ofendido, aceptando las consecuencias y casándose con la hija. El orgulloso Don Leopoldo no lo aceptó pues hacía tiempo que sospechaba que el malandrín iba mas detrás de su fortuna que de su hija, y prefería antes meterla monja en un convento, para que purgara su culpa, antes que entregarla a semejante truhan.

No se conformó con ello ya que hizo cuanto pudo para destrozar la carrera eclesiástica de semejante tipo, y aunque consiguió que lo castigaran con un destino que nadie quería, no logró su

objetivo. El cura se defendió ante sus superiores diciendo que el que estuviese libre de pecado que tirase la primera piedra y nadie se atrevió.

Durante algún tiempo y a pesar de sus escasas posibilidades, se preocupó de indagar lo que le había pasado a la joven y hasta alguien le insinuó que había tenido un hijo aunque nadie pudo confirmárselo.

Con el tiempo se desentendió del tema y vivió su vida, pero ahora los viejos fantasmas del pasado habían emergido como una nueva Ave Fénix y quería llegar al fondo del asunto, ya que ahora incluso contaba con medios para ello.

Doña Carmen, la madre de Isabel, estaba de muy buen ver y desde luego todavía no se le había pasado el arroz, cuando ocurrieron los hechos, y bien pudieron tener una nueva hija cuando perdieron, era un decir, a la mayor.

La otra hipótesis que barajaba era que la nueva marquesa fuera hija de Isabel y por supuesto también suya, pues no concebía que ningún otro hombre la hubiese tocado por muy necesitado que estuviera. Los niños en estos casos solían darse en adopción a familias acomodadas o se quedaban en el convento como futuras novicias, pues por falta de dote no quedaba. Probablemente la familia Figuerola Alejos de los Monteros había decidido quedársela como hija suya, para lavar el honor de la otra y rellenar el hueco que dejaba.

Difícil sería averiguar esta cuestión, porque la nueva marquesa no sabría nada más que las mentiras que le hubiesen contado y la fuente de la verdad estaba en el cacique y su esposa, que no iban a soltar prenda, y aun más cierto en boca de la hermana Isabel.

No sabía si tendría que ir a visitarla al convento pero lo primero era averiguar en cual estaba. Eso era imposible para el resto de los mortales, pero para él no. Una carta a la persona adecuada, acompañada de dos monedas de oro, que podían satisfacer muchos vicios, fueron suficientes. Ahora todo era cuestión de esperar.

XXXXX
XXX
X

El día previsto para la cena, Don Camilo se presentó en el palacio de los marqueses vestido con sus mejores galas y montado en su espléndido corcel. Le escoltaban Nelo y Jordilí, no porque hiciese falta, pues la zona era tranquila y no podía ni siquiera imaginarse que alguien pretendiese asaltarle en aquel lugar. Lo hacía simplemente para darse prestancia y pasarle por los morros al mayordomo que no era un cura cualquiera con el que estaba hablando.

Al castillo se accedía por una única puerta de entrada, aunque se decía que tenía algún que otro pasadizo secreto de salida que daban a algún lugar remoto y repleto de trampas mortales por si alguien se atrevía a entrar por ellos al castillo, pero lo cierto es que nadie se había topado con ninguno. Al lado de esta puerta había un habitáculo que antiguamente habría sido el refugio del cuerpo de guardia y que ahora se había habilitado para que los visitantes esperasen a ser recibidos. Obvió las indicaciones del mayordomo para que se introdujere en aquel lugar y se limitó a decirle

-Espero que mis hombres y los animales que nos han traído sean tratados como merecen y no tenga que recibir más tarde ninguna queja de vuestra merced. Ahora lléveme a presencia de sus señores o por lo menos a un lugar más acogedor.

Sin esperar respuesta de su interlocutor, que parecía se había quedado paralizado por sus palabras, probablemente tratando de interpretar esas órdenes inesperadas, pasó a una plaza, que había sido de armas en algún tiempo y por la que se accedía a una multitud de dependencias, probablemente: almacenes, cuadras y viviendas de los sirvientes, anexas a las murallas y que rodeaban toda la plaza. A su izquierda había una amplia escalera por la que se accedía a la planta noble del edificio, donde supuso estaban las estancias de los Señores Marqueses y a ellas se dirigió sin vacilar. Mientras el mayordomo una vez salido de su estupor, repartía las instrucciones precisas para que atendieran a aquellos dos hombres y a los caballos. Después viendo que Don Camilo le había sacado una considerable ventaja, corrió como un poseso y a grandes zancadas para tratar de alcanzarlo.

En la parte superior se accedía a las distintas dependencias por un amplia galería que rodeaba el patio de armas y protegida por unas artísticas vidrieras que estaban abiertas o cerradas según la estación del año en que se encontraran.

El mayordomo llegó a tiempo para conducirlo a una pequeña pero acogedora salita, en donde el adusto sirviente le ofreció una copa repleta de un vino exquisito que él rechazó con desdén, para demostrarle al lacayo que “eso” lo tomaba cuando quería, aunque en el fondo lo sintiese, pues ahora le hubiese ido bien para refrescar el gaznate.

No había tenido Don Camilo ni tiempo para impacientarse, cuando entró en la estancia el Marques, apercebido tal vez por el mayordomo de lo gallito que había llegado el cura. Tenía la misma edad de Don Camilo, pero parecía mucho más viejo. Su piel era cetrina y la carne amojamada, en bruto no parecía pasar de los cincuenta kilos de peso y daba la impresión que en este mundo traidor solo hubiese pasado hambre. Sus piernas eran delgadas y a pesar de las medias que las cubrían se le notaban todos los huesos.

Recibió al cura con efusión como si se hubieran conocido toda la vida y cuando en realidad era la primera vez que se veían. Sin embargo el marqués tenía su red particular de espías en el pueblo, organizada por su ya difunto administrador, y sabía perfectamente que ya no era el curita rural que había malvivido durante los primeros años de estancia, sino su actual cacique y allí se hacía, por la inmensa mayoría, prácticamente lo que él mandaba.

-Muy bien Don Camilo. No sabe usted el placer que me da el conocerlo. Tengo muy buenas referencias de la labor pastoral que usted está haciendo en este pueblo y no sé cómo puedo agradecerse.

-¡Por Dios! Don Fadrique. Me abruma usted con tanto reconocimiento. Solo hago lo que Dios y por supuesto el señor obispo me ordena, en un trabajo que es solo el de servir al Señor y que yo mismo elegí.

Parecía que ambos hombres solo querían hacerse la pelota mutuamente, pues lo único que hacían

era lanzase loas y alabanzas recíprocamente.

Afanados en estas cosas estaban cuando apareció la señora marquesa. Era de una belleza angelical y el cura comenzó a dudar de que tal belleza pudiera ser su hija y mucho menos de Isabel a la que no se parecía en nada.

Sin embargo era una copia exacta de su hermana Amalia cuando tenía esa misma edad de veinte años y él andaba perdidamente enamorado de ella.

El cura se dio cuenta de que pasó olímpicamente de su marido, al que apenas le lanzó una mínima mirada y se dirigió directamente hacia Don Camilo, ofreciéndole su delicada mano para que la besase y haciendo lo propio con la de él, a la vez que le lanzaba una sugestiva sonrisa.

-Que mal me supo no poder atenderle el día que llegamos – se disculpo la dama – pero estaba verdaderamente agotada del horrible viaje que tuvimos por esos caminos de Dios, que parecen hechos por el mismo diablo.

La marquesa hablaba exclusivamente por ella, obviando la existencia de un marido, con el que llevaba únicamente cuatro meses casada, y que en su presencia parecía un cero a la izquierda y se mostraba pasivo y ausente.

-No tiene la menos importancia. Hasta yo mismo me regañé por haber tratado de interrumpir su descanso a horas tan intempestivas. Pero la presencia de los señores marqueses en este su pueblo, después de tanto tiempo añorando su visita, no puedo negar que ha causado cierta expectación en Yocla. Y yo como su representante espiritual les quería sacar de toda duda.

-Cierto es, pero a partir de ahora eso no volverá a ocurrir, pues el marqués y yo – este se limitó a asentir con la cabeza – hemos decidido fijar aquí la residencia y abandonar la de Valencia, que conservamos únicamente por si realizamos algún viaje eventual y que naturalmente ponemos a su disposición.

-¿No me digan que se quedan a vivir aquí definitivamente?

-Así es y por lo menos durante algún largo periodo de tiempo. Esto es mucho más sano para el marqués, que sufre de reuma, que los inviernos en la húmeda Valencia, los cuales no le sientan nada bien. Por otra parte quiero hacer rentables estas tierras que siguen en barbecho año tras año, excepto unas pocas que están arrendadas, pero que producen más gastos que beneficios – el marqués asentía con la cabeza pero no se atrevía ni a abrir la boca.

Al cura tampoco le paso desapercibido ese “quiero” en vez de “queremos” que trasmitía la idea de que allí la que: decidía, mandaba y ejecutaba era ella y el marqués iba a pintar muy poco.

XXXXX
XXX
X

Por lo que supo de este encuentro y otros posteriores en el que no faltó la devolución de visita a casa de Doña Angélica y lo que le pudo contar el cochero que era un personaje que sabía más de los que aparentaba y tal vez pintase mucho más que el marido en la vida sentimental de la marquesa, Don Camilo llegó a la conclusión de que Carmen de Figuerola y Alejo de los Monteros era su hija, aunque, en esos momentos, no lo supiese con certeza.

Según parecía había nacido en el convento en donde su abuelo había encerrado a su madre. Vivió allí los dos primeros años de su vida, separada de la madre para que no se encariñara con ella, y a la que solo veía cuando le daba el pecho, como si solo fuera una vulgar ama de cría. Una vez destetada, a su abuelo le entró un rayo de lucidez y decidió rescatarla de la atroz vida que le esperaba.

Pensó que toda su fortuna se iría al garete cuando falleciese, pues pasaría a su única hija y de allí a la iglesia, pues las visitas de representantes de diversas órdenes religiosas de muy dudosa reputación, se presentaban en la casa con demasiada y harta frecuencia. Eso le motivó para rescatar a su nieta y convertirla en su hija al otorgarle sus apellidos. La extrema simpatía de la niña y el cariño que le profesaba, pronto le llegó al corazón.

Olvidó quien era el sinvergüenza de su padre y la educó mejor que a una hija. Como no podía ir, por tener la desgracia de ser mujer, a la mejor escuela. Le trajo a su casa a méritos profesores.

Cuando contaba dieciséis años y asombraba a todos por su belleza, sobre todo a los que sabían quién era su madre o hermana, que no todos estaban en la certeza de lo que era. Estaba una tarde bordando delante de la ventana del salón de su casa, cuando su padre recibió la visita de un ladino comerciante que sigilosamente trataba de endosarle una dudosa operación, que en nada le convenía. Cuando su primogénito estaba a punto de aceptar, provocó una interrupción en la conversación con un intempestivo golpe de tos y un desmayo aparente, cuando su padre acudió a auxiliarla, le susurro donde estaba el peligro en la propuesta que le hacían, salvándole, sino de la ruina, si de un grave deterioro económico.

Desde entonces la niña siempre estuvo presente en todos los negocios que se hacían en la casa. Al principio en silencio y como una secretaria aparentando tomar nota de todo cuanto se decía, pero en pocos meses ya intervenía en las conversaciones, ante el asombro de los comerciantes que visitaban a su padre – abuelo y a los dieciocho años, ante el evidente deterioro mental del patriarca de la familia que intercalaba periodos de lucidez con otros en los que no se enteraba de nada, con la aquiescencia de sus padres se hizo cargo de los negocios de la familia y fue a partir de entonces, cuando su fortuna se vio incrementada de forma escandalosa. Compraba y vendía con una rapidez inusitada, obteniendo en todas las operaciones pingües beneficios. Ni ella misma sabía en un momento dado lo que tenía si no consultaba concienzudamente los libros de contabilidad que ella misma manejaba.

Compraba las cosechas en el campo a agricultores en apuros, para posteriormente venderlas en el momento oportuno duplicando y a veces triplicando la inversión. Muchos trataron de engañarla viendo que solo era una niña pero todos salieron trasquilados.

Su único amigo era un mozo de cuadra, de su misma edad e hijo del cochero de la familia, que vivía en la casa de sus padres y con el que había compartido juegos infantiles. Pero los años pasan y los capullos florecen y cuando su abuelo abrió los ojos y la miró como hombre y no como padre, se dio cuenta que allí había más peligro que con su hija y cortó los juegos, colocando a cada uno en su sitio. Eso fue cuando todavía podía, pero no pudo evitar que los jóvenes continuaran viéndose, ahora a escondidas, y ya es sabido que en la intimidad se pueden hacer muchas más cosas que a la vista de todos. Había sido peor el remedio que la enfermedad.

A los quince años conoció por primera vez parte del placer que una mujer puede sentir en manos de un hombre, aunque en este caso solo fuese una chiquilla en manos de un chiquillo. Durante un año disfrutaron, en un recóndito lugar del pajar de la casa, solo conocido por el muchacho encargado de alimentar y limpiar a los caballos, del cuerpo de su pareja, palpando y conociendo su organismo en medio de deliciosos besos. Nunca llegaron a mayores, tal vez porque no lo conocían, no se

atreveron o porque con lo que hacían tenían bastante y se mostraban satisfechos. Pero todo tiene su fin y lo que tenía que llegar finalmente llegó. Fue un día de lluvia de un caluroso verano, a la hora en que hasta los criados dormitaban una siesta aunque fuese sentado en una silla, ellos se encontraron en su escondite predilecto.

Los dos supieron cómo empezó pero no como llegaron a ello. Hasta ellos se sorprendieron cuando el pene erecto que jugaba entre las piernas de la muchacha en un ejercicio que habían practicado innumerables veces, sin más consecuencias que una eyaculación sobre la paja que les servía de lecho y que luego entregaban a la voracidad de los caballos para borrar evidencias, ahora ese pene erecto estaba dentro de ella. Cuando fueron conscientes de lo que estaba ocurriendo quedaron paralizados, temiendo que el jarro se rompiese y el líquido se derramara en su interior.

Pero en realidad ni él estaba dispuesto a retirarse, ni ella tenía la más mínima intención de rechazar al intruso. Después de unos minutos de dudas el corazón se impuso a la razón y un cálido beso que nadie sabe quien inició rompió el hechizo. Los cuerpos se apretaron uno al otro, se pusieron en movimiento y la cosa termino como nadie hubiese deseado. Con el semen dentro de la mujer.

Vueltos a la realidad hubo mas lagrimas que alegrías y unos días de infarto hasta que unas jornadas después la roja flor volvió para señalar el cuerpo de la niña.

Se lo tomaron con calma a partir de ese susto e incluso a los dieciocho años, cuando ella era la que realmente mandaba en la casa, continuaron extremando las precauciones.

La cosa no podía continuar así, tenía que casarse para poder tapar cualquier desliz que pudiese tener con su amante. Sus padres le otorgaron todas las bendiciones para que fuese ella la que eligiese y se casase por amor, aunque claro esta no iban a consentir que fuese un Don Nadie, como el mozo de cuadra, el que la llevase al altar. En su recuerdo todavía perduraba el cura que había enjabonado a su hija mayor y la había dejado embarazada.

El hombre ideal, no para ella, pero si para sus intenciones no era otro que Don Fadrique Pérez de Guzmán y Albadalejo, decimosegundo marques de la Almadra. En principio la doblaba en edad, pero eso no era un inconveniente pues se solucionaba con el tiempo. Ella tenía veinte años cuando se caso y él cuarenta y tres, una edad en la que ya se ha perdido buena parte de la fogosidad juvenil y ella pensaba que exceptuando quizás el primer mes, se conformaría con uno semanal y quizás quincenal, dedicando el resto de su apetito a su amado. De todas formas eso le tenía sin cuidado pues estaba dispuesta a repetir diariamente las veces que hiciera falta.

Tendría un titulo, nada menos que el de Marquesa, que la elevaría socialmente y era lo que su padre – abuelo había añorado siempre, así es que a pesar de su senectud, pudo marcarse una alegría y aceptó gustoso el pretendiente de su nieta.

Fue ella la que se le puso por delante y lo conquisto. No podía ser de otra forma, una muchacha joven, bella y rica, ni incluso vendiéndole el alma al diablo hubiera podido aspirar a algo mejor. Cuando se lo comunico a su padre este no podía creérselo. Toda la vida tratando de ahuyentar las mosconas que perseguían a su hijo por el título que heredaría cuando él faltase, ya que no tanto por su dinero. Y ahora, sin quererlo ni beberlo, había caído un mirlo blanco, que aunque no tenía ni siquiera un señorío, era una de las fortunas más importantes de Valencia, que con la dote que aportaría al matrimonio arreglaría muchas cosas, entre otras continuar manteniendo el ejército de: putas, mantenidas, entretenidas y meretrices, que disfrutaba.

Antes de casarse, Carmen investigó los bienes de su futuro esposo que aun eran bastantes, más que lo que había imaginado, pero improductivos. El desdichado accidente de su suegro paró el despilfarro y muy pronto demostró a su marido quien llevaba los pantalones en la casa. Dejo sus negocios que iban viento en popa, en manos de un administrador de toda su confianza, pero al que así y todo tendría perfectamente controlado, para dedicarse en cuerpo y alma a levantar el patrimonio de su esposo o por lo menos conseguir que no fuese una carga.

La pasión del marqués era la caza, pero como la asignación que le daba su padre no llegaba ni

para cartuchos tuvo que abandonarla. Cuando se casó puso los restos de su fortuna en manos de su esposa con la seguridad de que esta le sacaría más provecho que él, a cambio de una generosa asignación mensual para sus gastos y de la que no tenía que dar cuentas a nadie. Eso le permitía recuperar sus viejas aficiones como la caza y hasta ir a buscar comida fuera si la que tenía en casa en alguna ocasión se mostrara arisca. Pero eso lo veía todavía muy lejos. En Yocla se levantaba a las cinco de la mañana para salir de caza y no regresaba hasta bien entrada la mañana y nunca antes del almuerzo. Pero el que pegaba los perdigonazos en la casa era el cochero, que tenía que levantarse a la misma hora para prepararle el caballo y cuando lo veía partir, se metía en el tálamo nupcial, aun caliente, y hacía las delicias de la señora marquesa a la que inseminaba sin temor, exonerado como estaba de las horribles precauciones que anteriormente se había visto obligado a tomar.

Pero creo que nos estamos precipitando y estas son cuestiones que saldrán más adelante.

XXXXX
XXX
X

Un buen día los del pueblo vieron, por el camino que discurría hasta la finca del marqués, una yunta de bueyes, después otra y otra. Alguien dijo que por lo menos había contado una docena. ¿Para qué quería la marquesa tantos bueyes? Es la pregunta que hicieron casi todos. Porque nadie ignoraba que eso era cosa de ella, pues el marqués no solía tener tales ideas. Posteriormente llegó la noticia que estaban labrando las tierras que llevaban por los menos diez años en barbecho.

Las preguntas ocupaban los corrillos en el pueblo pero nadie obtenía respuestas. “¿Los habrá comprados?” “¿Para qué quiere tantos?” “¿Para labrar la tierra con un macho sobra?” “¿Esa mujer debe estar loca?”

Pero todo tenía su significado. Los bueyes eran alquilados y cuando terminasen su trabajo se marcharían y ya regresarían cuando de nuevo hiciesen falta. Los bueyes eran más resistentes y podían arar más profundamente y sacar a la tierra todo lo que podía dar de sí. Después llegaron otros hombres que sembraron y se marcharon tan sigilosamente como habían venido, solo unos pocos se quedaron realizando tareas de mantenimiento. En otros campos plantaron árboles. Naranjos dijo uno que eran. Nunca se habían plantado en esta zona por eso eran pocos quienes lo reconocían, aunque alguien aseguró que en la zona de Valencia habían muchos. La marquesa lo vigilaba todo montada en uno de sus briosos corceles de tiro, siempre acompañada por su capataz que no era otro que el cochero que la había traído.

En el bar apareció una nota colgada de la pared, en la que se ofrecía trabajo en las tierras de los marqueses a cualquier vecino del pueblo que lo solicitase, ya que tendrían prioridad sobre las gentes de otras zonas. Las chanzas y chascarrillos no tardaron en aparecer, pues todos sabían que pagaba mal y solía aprovecharse de los trabajadores que tenía a su servicio. Todas las murmuraciones cesaron cuando un tal Joaquín, que hacía tiempo que no visitaba el bar, entre otras cosas porque no tenía ni una maldita perra para gastar allí, ya que era uno de los pocos que todavía tenían tierras arrendadas al marqués y después de toda una vida echando pestes de él, esta vez salió en su defensa.

-No os engañéis – dijo – desde que esta la señora marquesa todo ha cambiado. Las condiciones leoninas que nos imponía el viejo marques por medio de su administrador han cambiado. El otro día la señora vino a mi casa, me preguntó cómo me iban las cosas, aunque no hacía falta que se lo contara pues todo lo referente a mi persona lo tenía anotado en un papel. Los años en que la cosa no había ido bien por la dichosa sequía, las rentas que le debía e incluso los prestamos que me había hecho el administrador para poder comprar semillas. Allí estaba reflejado en unas pocas letras y números todas las miserias y el hambre que toda mi familia y yo habíamos pasado para poder pagarle, cada año, una cantidad que permitiera que no nos echaran de estas tierras, un cobijo para el invierno y la esperanza de que el año próximo fuesen las cosas mejor. Pues bien. Rompió el papel ante mis ojos y me perdonó todas las deudas. “Borrón y cuenta nueva” fue lo que dijo.

Los murmullos se levantaron entre los concurrentes y uno se atrevió a romperlos para decir.

-¿Es eso que dices cierto?

-Como que estoy aquí. Es más, durante los dos próximos años no tengo que pagarle nada y a partir del tercero iremos a medias en la cosecha garantizándome un mínimo para el mantenimiento de mi familia. También me dijo que no me preocupara de nada, únicamente de sacarle rendimiento a la tierra, que si las cosas continuaban sin ir bien, podría conservar la casa y pasar a trabajar para ella a cambio de un jornal semanal. Antes alguien ha insinuado que la había visto retozar con su capataz debajo de un algarrobo – continuó mientras miraba a quien había dicho tal falacia y acercaba su diestra a la faja en donde todos guardaban su navaja – y aunque fuese verdad, que yo digo que no lo es, no voy a consentir que nadie hable mal de ella. Y cuando digo nadie, me refiero a los presentes y a los ausentes, así que ya podéis pasar la voz. Que yo, de los que estamos aquí, soy el que menos tengo que perder. – Después tomó la puerta y se marchó.

Los presentes quedaron impresionados por estas palabras. La voz de lo ocurrido corrió como la pólvora por el pueblo al día siguiente, pero nadie repitió ni insinúo que le hubiesen colocado

los cuernos al marques, aunque todos estaban convencido de ello y además que se lo merecía. Solo quedó, que tenían una nueva líder en el pueblo, y que se podía contar con ella.

XXXXX
XXX
X

El marqués resultó ser un primer espada y la teoría de ella de que se conformaría con un polvo cada quince días, resultó ser una quimera. Acostumbrado a gastar dinero con fulanas, ahora que le salía de balde y además con una joven, bella y apetecible esposa no iba a desaprovecharlo. Así que todas las noches al acostarse cumplía con los deberes matrimoniales. El hombre aunque flaco, o tal vez por eso, estaba bien dotado y fue una autentica sorpresa para la dama que verdaderamente no esperaba tanto de tal marido y hasta en alguna ocasión consiguió algún que otro orgasmo. Pero eso era de uvas a peras, pues el hombre acostumbrado a las putas solo buscaba la satisfacción propia. Iba directo al grano, sin preparación previa, ni ninguna frase o gesto cariñoso. Hacía lo que tenía que hacer y luego se daba media vuelta y si Carmen no se espabilaba y se dormía inmediatamente, sus ronquidos la desvelaban hasta altas horas de la madrugada.

Al levantarse a la alborada para ir a cazar, casi siempre la despertaba y ella esperaba ansiosa la llegada de Martin, su ahora capataz, antes mozo de cuadra pero siempre su amigo y amante, que también se levantaba a esas horas para tener preparado el caballo a su señor y esperar a que este se alejara para volver, no a su cama, sino a la de él y satisfacer a su esposa.

Martin se introducía en el lado libre de la cama, todavía caliente, sigilosamente como un ladrón en la oscuridad y frotaba su cuerpo frio con frenesí para empaparse con el calor de ella que siempre lo recibía con un escalofrío. En ocasiones Carmen recordaba sus encuentros, en la época de soltera, en los que por prudencia solo podían permitirse esos roces y alcanzaban ambos, en ocasiones, el orgasmo sin necesidad de llegar a la penetración, pero ahora por suerte no eran necesarias tantas precauciones y pronto quería tenerlo dentro de ella y si era posible disfrutar de los orgasmos al unísono.

Tanto fue el cántaro a la fuente, y además por duplicado, pues cuando el marqués no salía de caza, ellos ya procuraban buscar el momento adecuado durante el resto del día, bien fuese en el pajar, rememorando viejos tiempos, o debajo y a la sombra de un algarrobo, que al final se rompió y la dama quedó embarazada, aunque no sabía de quien. Ya tendría ocasión, cuando naciera, de encontrar parecidos que identificasen al padre.

No por ello cambió sus costumbres y continuó con sus amoríos hasta que el embarazo se hizo evidente, si entonces, por una precaución exagerada, ya que tanto la madre como el feto gozaban de una salud excelente, el marido se retiró para que la naturaleza siguiese su curso, no hizo lo mismo el amante que siguió disfrutando y haciendo feliz a su señora.

El embarazo de la marquesa fue recibido con jolgorios por todo el pueblo, pues ya la tenían en gran estima. El más contento de todos era Don Camilo, pues con un poco de suerte iba a ser padre por segunda vez y también abuelo.

Consuelo, llevaba extraordinariamente bien su embarazo y según cálculos del cura debía estar por el sexto mes, aunque para Carlitos fuera solo el cuarto. Lucía una evidente barriga y el sacerdote cuando iba todas las mañanas al bar para desayunar, no dejaba de visitarla para impartirle la bendición si estaba su marido o para tocarle la barriga, si este no estaba, y sentir las patadas que soltaba su hijo.

La casa de Carlitos había quedado muy bonita después de la reforma que había ordenado hacer el cura. El piso nuevo relucía de lo brillante que lo tenía la ama de la casa; por la pintura parecía que fuese más luminoso y las ventanas nuevas evitaban que en las noches gélidas de invierno el frio entrase en la casa. La habitación del bebé ya estaba preparada y amueblada con una hermosa cuna que su padre oficial le había construido en sus ratos libres, junto con un pequeño armario en donde ya estaban dispuestas algunas pequeñas prendas para el niño que la gente había comenzado a regalarles.

Unas era nuevas y otras ya ajadas, que hubiera podido usar la misma Consuelo cuando nació e incluso su madre. Son prendas que apenas se usan unos meses si no son muchos hermanos en la familia e incluso se prestan a los primos, pero que siempre volvían a su lugar de origen en espera de la llegada de otra generación. No era desde luego época de ir tirando,

Fuera en el patio estaba el taller de ebanistería que el cura había hecho construir y en donde Carlitos guardaba sus enseres y herramientas, perfectamente ordenadas y colgadas de las paredes, para poder localizarlas inmediatamente y en el centro de la estancia un mueble medio terminado. Se trataba de un tocador, muy semejante al que la marquesa tenía en la habitación que disfrutaba en casa de sus padres y que ahora echaba en falta en el castillo, por lo que se había apresurado a encargarlo. Con las llegada de la marquesa los pequeños artesanos del pueblo de habían revitalizado, pues esta era una consumidora nata, dejando momentáneamente el contrabando que era donde se apoyaban cuando las cosas iban mal.

Carlitos había salido un momento pero no tardaría en volver. Eso evitaba que pudieran llegar a mayores, aunque no era la intención de Don Camilo, por lo menos ese día. Consideraba a Consuelo casi como a una hija y se limitaba a comprobar los avances de su futuro hijo o hija en el vientre de su madre o sentir sus patadas sin intentar desplazar su mano a sitio más comprometido y a recibir algún que otro beso por parte de ella que él nunca intentaba robar. La mujer lo amaba con locura por todo lo que había hecho por ella, aunque no podía negar que ese amor lo compartía con su marido.

Como el cura ya había almorzado, Consuelo sacó de la despensa unas uvas pasas, higos secos y una botella de mistela que estaba a medias y ellos se encargaron de vaciar. Carlos no tardo en regresar y se unió a la conversación. Hablaron de cosas intrascendentes, pues el cura solo pretendía averiguar si todo iba bien en la casa y no necesitaban nada. Se despidió con un apretón de mano de Carlos y con un cálido beso de Consuelo, que en presencia de su marido recibió fríamente y renunció al besa mano que por su dignidad le correspondía, y que a los amigos y en la intimidad siempre rechazaba pronunciando las siguientes palabras: “Ahora no soy un representante de Cristo, soy simplemente un amigo”.

Cuando salió de la casa, un muchacho, moreno y desgredado que no pasaría de los once años y no recordaba haber visto mucho por misa, salvo en contadas ocasiones y siempre durmiendo debajo de un banco cuando los fieles ya se habían marchado, le abordó. Llevaba un sobre lacrado en la mano y con un simple vistazo al sello del lacre supo inmediatamente desde donde venía

-¡Mosén! Menos mal que lo encuentro. Llevo toda la mañana buscándolo Ha llegado este sobre para usted en el coche de postas.

Tenía la cara llena de arañazos y golpes reciente que demostraba que la lucha con otros muchachos para ser portadores de la carta había sido épica. Todos sabían que cualquier servicio prestado al cura era asegurar una buena propina. El postillón, con buen criterio, había esperado que hubiese un vencedor para entregarle la carta, pues no en pocas ocasiones esta había sido destruida en el fragor de la lucha.

Recompensó adecuadamente al muchacho que salió cagando puñetas con la moneda en la mano y aullando de alegría y miró, más tranquilamente el sello de lacre, para cerciorarse que esta venía efectivamente de donde suponía: el obispado. Esta vez no temía su contenido, como en otras ocasiones, pues las cartas de ese destino siempre solían traer malas noticias y ninguna buena. Reconoció la letra de su amigo Ramiro y supo que era lo que estaba esperando.

A Ramiro lo conoció en el seminario de Valencia, mientras estudiaban, y rápidamente congeniaron. Tal vez porque tenía muy buenos padrinos dentro de la iglesia o porque quizás era muy bueno en ciertos asuntos, lo cierto es que se había colocado, o mejor dicho sería decir lo habían colocado, siempre en lugares privilegiados y ahora estaba como secretario del mismo arzobispo de Valencia, del que se decía que era su padre, y no espiritual precisamente, sino biológico.

Como las amistades de la milicia y del seminario nunca se pierden, siempre estuvieron en contacto. Se carteaban e incluso se veían siempre que podían y cuando esto último ocurría siempre terminaba en una descomunal juerga. Sobre todo últimamente, desde que Don Camilo podía contar con buenos caudales para ello.

Le había pedido averiguase el paradero actual de Doña Isabel de Figuerola y Alejo de los

Monteros, personaje que no le era del todo desconocido, pues ya había intervenido en el lio de faldas que tuvo Camilo cuando estaba destinado de diácono en Liria y en el que había participado, cambiando cierta documentación, para que no fuese expulsado de la carrera eclesiástica, pues las presiones que hizo un tal Leopoldo de Figuerola y Nogueroles, padre de la perjudicada, llegaron hasta las máximas instancias.

En la sentencia que promulgó el arzobispo, y que redactó Ramiro, después de varios considerando y otros tantos otrosíes, que no llevaban a ninguna conclusión, terminaba con un “Considerando que no, debe ser expulsado”. Una vez firmado el texto por el Arzobispo, Ramiro borró la coma que había sido colocada no con tinta, sino con una sustancia muy similar, que se borraba fácilmente y la sentencia quedó la siguiente forma: “Considerando que no debe ser expulsado”. Retuvo la sentencia durante un tiempo para que los ánimos se sosegaran y posteriormente la envió a quien la tenía que hacer cumplir. Eso no le evitó el castigo de ser enviado como chupatintas a un triste destino, en donde estaba prácticamente encerrado, para evitar el escándalo de que su oronda figura se viese paseando por las calles.

El cura con la carta en la mano dudó entre ir al bar o al palmeral para leerla, se decantó por este último pues en el primero seguro que le estarían interrumpiendo continuamente.

“Estimado amigo y compañero, quien tú sabes ejerce actualmente como Madre Superiora en el Convento e Iglesia del Santo Sepulcro de Religiosas Agustinas Descalzas de la Villa de Alcoy. Atiende por el nombre de Sor Agustina de la Caridad. Un fuerte abrazo y ya sabes que me debes otra. R.”

Así es que la que hubiese podido ser su amantísima esposa estaba ahora en el convento del Santo Sepulcro de su ciudad natal, que era Alcoy, y nada menos que como madre superiora.

Recordaba que se entraba al Convento por la Calle de Santo Tomas y anexo a él pero entrando por una plaza denominada de San Jorge se entraba en la iglesia llamada del Santo Sepulcro. Había, justo al lado de esta, un estrecho callejón, llamado el “Carreró de le Monges” que según las malas lenguas servía para que las monjas entrasen y saliesen en secreto de la casa.

Esta iglesia perdió protagonismo cuando se construyó, muy cerca, la parroquia de Santa María y los alcoyanos la prefirieron a la del convento, por ser más grande y más moderna.

Al convento solía ir Camilo cuando era pequeño muy a menudo, para llevar una ropa ya lavada que las monjas se encargaban de almidonar y planchar. La puerta de la calle siempre estaba abierta. Se bajaban unos escalones y te topabas con otra puerta que siempre estaba cerrada y al lado derecho un torno por donde se introducía y sacaba la ropa. Cuando llegabas tirabas de un cordón que hacía sonar una campanilla que atraía a una monja, siempre invisible y con una voz que, a veces dulce y otra huraña según su estado de ánimo, parecía llegar de ultratumba.

Cada viaje, a pesar de que no le gustaba nada ir paseándose por Alcoy con la ropa al brazo y solo cubierta a medias por un pañuelo mandadero, representaba una buena propina por parte de su madre y una mejor sisa por parte de él, pues como la cantidad que se pagaba era variable, siempre la aumentaba en lo que necesitaba.

-Si que se han hecho careras estas monjas – solía decir su madre cuando recibía las sobras

-Tómalo como una limosna. Ten en cuenta que tienen muchas necesidades – le contestaba ocultando su diabólica sonrisa.

XXXXX

XXX

X

Una semana después estaba ante la puerta del convento recayente a la calle Santo Tomas. Era un edificio viejo construido a finales del siglo XVI, pero bien conservado que atestiguaba al amor que por él sentían los alcoyanos. Fue ordenado construir por el entonces Venerable Juan de Ribera, que era a la sazón Arzobispo y Capitán General de Valencia o tal vez fuera por su antecesor Don Pedro de Loazes, también Arzobispo pero no Capitán General, pues no lo tenía demasiado claro. Se obligó a refrescar los datos históricos, por lo menos los que estaban relacionados con su pueblo. Lo que si se conmemoraba era un robo, realizado dos siglos y medio antes, en extrañas circunstancias por un tal Joan Cresol, que aunque con seguridad nunca se supo si fue él, por lo menos si fue el que pago el pato.

Tiró de la cuerda hasta que oyó claramente sonar la campanilla que le trajeron viejos recuerdos, y espero pacientemente la aparición de la monja de turno.

-Ave María Purísima – escuchó por detrás del torno que los separaba, una voz joven y dulce, que desde luego no tenía nada que ver con la cansina y huraña que recordaba de su juventud.

-Sin pecado concebida – le contestó – Hermana soy un humilde sacerdote, natural de esta hermosa villa, y que actualmente ejerce su ministerio apostólico en un pequeño pueblo de la Marina Alicantina, que no menciono porque usted hermana posiblemente ni siquiera conozca. – no quería dar pistas pero tampoco decir mentiras.

-Solo soy una humilde novicia

-Para efectos míos, hermana o novicia, es lo mismo pues todos somos hijos de Dios. Pero a lo que íbamos. Tengo la promesa hecha de decir una misa en la capilla de este convento, muchos años incumplidos y ahora, si la Madre Superiora lo permite, tengo la oportunidad que se haga realidad.

-No es lo usual, pero tampoco voy a ser yo la que tenga la soberbia de discutirlo.

-Ni lo pretendo. Puedo actuar también de confesor para todas las hermanas que lo precisen y si es posible hablar con la Madre Superiora.

-En todo caso es decisión de ella. ¿Espera contestación?

-No es necesario, Mañana a esta misma hora estaré aquí. Cuente mis intenciones a la Madre Superiora, que decida con calma lo que crea conveniente y mañana en todo caso conoceré su decisión.

Había instalado a los inseparables Nelo y Jordilí en un hotel cercano a la plaza situada delante del Convento de San Agustín y que recibía su nombre. Les entregó unas monedas para que esa noche cenaran opíparamente y luego visitaran el “Lupanar de Doña Conchita” una selecta casa de prostitución que era la envidia de todos los alcoyanos a los que sus escasos medios no les permitían acudir.

Él sospechaba, como así fue, que cuando visitara a su amigo Pepe, lo primero que haría sería invitarlo a cenar y luego se empeñaría en que durmiese en su casa. Así es que les dijo a los muchachos que fuesen a su aire, que no tuviesen prisa en levantarse al día siguiente y que por el mediodía ya les vería para decirles si se quedaba un día más o partían esa misma tarde de regreso a casa.

El viaje de ida había sido tranquilo e incluso había conversado con Ángel, el padre de Lirios la muchacha de servicio que había tenido de joven en su casa, y con la que había tenido su primera experiencia amorosa. Le rogó informara a Saoret de su viaje hacia Alcoy por si quería hablar con él cuando regresara.

Llegó a casa de Pepe antes que él y tuvo tiempo de conversar con Marcela, su esposa, que aparecía siempre rodeada de sus cuatro hijos, cuando la criada que tenia para cuidarlos se daba por vencida y dejaba de dominarlos e iba soltando la cuerda poco a poco hasta que la señora al borde de un ataque de nervios le daba un grito de atención a la pobre muchacha, que, hasta a puntapiés pues no había otro medio y con la aquiescencia de ella, los devolvía al redil. Para colmo la señora de la casa volvía a estar embarazada y entre eso y lo rolliza que estaba, sin llegar a gorda, se mostraba, debajo de la suave bata beige que portaba, apetitosa para el cura. Consolándola entre sus brazos y escuchando todas las desdichas que la dama quiso contarle aunque él no le hiciese el menor caso.

Sintiendo el calor de su cuerpo, oliendo el perfume que emanaba y palpando sus redondeces tenía bastante el cura. Se notaba que tenía un buen revolcón, cosa que ya había certificado su amigo., con los hijos que habían tenido y los que resultaron fallidos. La conoció cuando todos eran muy jóvenes y entonces no era nada del otro mundo, pescó a Pepe porque tuvieron que casarse aprisa, corriendo y embarazada, pero en definitiva era una de esas mujeres que mejoraban con la edad.

Mientras, la consolaba y le susurraba alguna que otra frase de consuelo que hacía que la dama se estremeciera en llantos y le proporcionara un placer extra a Don Camilo. Este, recordaba que la había conocido cuando todavía era novia de Pepe. Un año durante las fiestas de moros y cristianos, únicos días en que se podía encontrar a Don Camilo en Alcoy, Pepe se emborrachó y comenzó a hacer tonterías, colocando “agulletes” a las chicas delante de su novia. Para el que no lo sepa, lo de los “agulletes” consistía en regalar a las mujeres, cualquier cosa que se pudiese prender de su vestido con una aguja o alfiler. Operación que hacían los mismos festeros y para ello tenían que meter algún que otro dedo de su mano por el escote de las señoras para prender bien la aguja en el traje. El festero aprovechaba para tocar levemente algo más y la chica tenía que soportar la impertinencia si en verdad quería el regalo. Todo estaba permitido, o casi, porque estaban en fiestas y algo bebidos. En ocasiones se escuchaba algún que otro bofetón propinado por alguna dama ofendida, porque la mano desbocada de alguien había entrado a todo trapo y ya andaba por el sobaco.

No fue este el caso de Pepe, pero a la celosa Marcela no le agradaba su proceder y la discusión entre la pareja terminó con una disputa y finalmente el novio desapareció de la escena con la última a la que había conseguido engancharle una “agulleta” y la novia quedó, desconsolada, compuesta y sin el novio. Camilo trató de arreglar el despropósito y cuando quiso darse cuenta, la mujer, muy sentida ella, estaba abrazada a él y llorando sobre sus hombro. El movimiento, que sobre su neumático cuerpo producían en la hembra sus propios sollozos, hizo que Camilo de repente se encontrase en la gloria. La apretó contra sí y noto su cálido cuerpo a través de su vestido en esa fresca tarde de abril. Intento llevarla al huerto, en el mal sentido de la palabra, y lo hubiese conseguido pues la muchacha parecía ya rendida y desarmada, de no ser porque una mala pécora que pasaba por allí, al ver los besos de Marcela y los achuchones que se estaban pegando, la recriminó diciendo: “Como se atrevía a hacer eso con un cura o que estaba a punto de serlo”.

Eso no lo olvidó nunca Don Camilo y cada vez que Pepe le anunciaba la buena nueva del nacimiento de un hijo, el cura soñaba esa noche que lo había fabricado él.

Ahora la tenía otra vez sollozando entre sus brazos y contándole una historia en la que su marido la engañaba con todas y que se estaba tirando a cualquier clienta que osara entrar en su despacho sin estar ella presente. Don Camilo la consolaba diciéndole que nadie le hace cinco hijos a su esposa si no la quiere y que su imaginación era superior a la realidad.

Marcela lo negaba y los sollozos convulsos de su cuerpo eran transmitidos al del cura con mayor intensidad y Don Camilo comenzaba a ponerse cachondo, mientras calculaba el tiempo que precisaría si se decidía a pegarle un polvo rápido a la dama menesterosa de cariño. Pero su peso y su estado de ingravidez no lo aconsejaban. Su cuerpo le pedía que sí, para que su mente lo negara. En esas dudas estaba cuando el ruido de un portazo, al cerrarse violentamente la puerta de la casa, lo hizo volver a la realidad. El dueño de la casa había llegado y el embrujo se deshizo igual que la lejana y última vez y tan rápido como había llegado.

La marabunta de niños que salieron para recibirlo y besarlo retuvo lo suficiente al recién llegado para que la pareja pudiera separarse con tranquilidad e incluso Don Camilo la besó en la boca, beso que ella recibió como si fuese la absolución de sus penas.

Pepe cuando entró en el saloncito los encontró charlando amigablemente sentados ambos en sendas mecedoras y después de besar a su esposa y saludar a su amigo, ni siquiera se preocupó, de tan acostumbrado que estaba, de indagar el origen de las lágrimas que fluían de los bellos ojos de su esposa.

A la mañana siguiente y a la hora prevista, el cura llegó al convento. Debían de estar esperándolo, pues mientras el cura bajaba los escalones que conducían a la cuerda que haría sonar la campanilla que anunciaría su visita, vio como la puerta de entrada se entreabría y cuando alguien comprobó que no había nadie en el pequeño vestíbulo, se abrió completamente para que él entrase y se cerró a continuación.

La que le había abierto la puerta era la misma que lo atendió el día anterior pues la reconoció por la voz. Al ser novicia no llevaba su rostro cubierto y pudo ver su cara angelical y su grácil figura disimulada algo por el hábito.

Le saludó con el “Ave María Purísima” de rigor y le anunció, aunque al haberle permitido la entrada ya no hacía falta, que la Madre Superiora le permitía la entrada en el convento, decir la misa e incluso confesar a las hermanas que quisieran, pues el claustro ya tenía un confesor asignado al que estaban acostumbradas. En lo único en que no había consentido era en concederle la entrevista.

Don Camilo se sintió defraudado por la noticia y pensó que ya era un éxito que se encontrase dentro del convento y que posteriormente haría un último intento, por si tenía mas suerte.

Presente estaba, probablemente en plan carabina, otra hermana, esta ya profesa pues llevaba el rostro cubierto por un velo, que no pronunció ninguna palabra. No sabía si obligada por algún voto de silencio o porque su misión consistía en ver, oír y callar.

La novicia le indicó con una sonrisa maravillosa que la siguiese hasta una capilla, en la que estaba dispuesto un confesionario y no menos de veinte monjas rezando y esperando un turno que se veía estaba previamente establecido.

Dentro del confesionario encontró los complementos necesarios para ejercer su función y con solo alzar mínimamente su mano se acercó la primera pecadora.

Los pecados de todas eran vanales, propios de gente que tiene la obligación de convivir en un recinto cerrado y en las que las discusiones y las envidias estaban siempre presente. Algunas también se confesaban de sueños y fantasías sexuales, bien fueran con algún santo de su devoción, con el diablo o con algún joven que habían conocido en su juventud y que no podían olvidar. Una incluso se había enamorado del cura que las confesaba regularmente y al que no se atrevía a decirle su pecado. Daba gracias a Dios por haberlo enviado y poder de esta forma desahogarse y calmar su espíritu.

Durante la confesión las hermanas levantaban el velo para no ocultar su rostro al que le tenía que absolver sus pecados y viese en su rostro el arrepentimiento. La monja que le confesaba su amor por su confesor, era joven y bastante atractiva y pensó que durante la confesión algo más se dirían, aunque ella no quiso o no se atrevió a reconocerlo.

No la absolvió de ese pecado, pues juzgo necesario lo confesara a su sacerdote habitual. Que al fin y al cabo era el que tenía que absolverla o hacerlos realidad si él le correspondía y la sacaba de allí.

Perdonaba y repetía las penitencias, que siempre eran las mismas oraciones y aun rezándolas para si no pudo evitar que un murmullo de rezos invadieran la pequeña capilla y hasta le produjeron un ligero dolor de cabeza. Alivió las penitencias para que las terminasen antes y se dio la paradoja que las ultimas abandonasen la capilla antes que las primeras y con el asombro de estas que se conceptuaban muy pecadoras a tenor de su penitencia.

¡Por fin se acerco la ultima; Tenía la esperanza de que la Madre Superiora, que no había accedido a entrevistarse con él, lo hiciese a través del acto de la confesión.

-Ave Marie Purísima.

-Sin pecado concebida. ¿Tiene algún pecado que confesar?

-Ninguno Camilo. Pero... ¿no querías hablar conmigo?

-¡Isabel;

Se había quitado el velo que cubría su rostro y la reconoció inmediatamente. No por su voz que ahora era más ronca y dura, quizás por estar acostumbrada a repartir ordenes. Con el tiempo parecía

que había mejorado y la veía incluso más hermosa que en su juventud.

Habían mujeres que tenían los rasgos de su cara: ojos, nariz, boca, labios barbilla... feos, pero en conjunto resultaban agradables a la vista. Y otras que si los mirabas individualmente eran bonitos, pero no daban un conjunto agradable a la vista. Ese por desgracia era el caso de Isabel. Por suerte la halitosis, gracias a Dios, había desaparecido y pudo arrimar su oreja a su boca para poder oír sus susurros y que nadie más se enterada.

-Cuanto tiempo sin vernos, mi querido Camilo

-No sabía donde localizarte.

-Cuando has querido... si que lo has hecho.

-Son tiempos diferentes. Tú bien sabes que estaba dispuesto a casarme, si de nuestro encuentro hubiese nacido algún inocente. Pero no tuvimos esa suerte.

-¿Cómo lo sabes?

-Nunca lo he sabido. Era tan poco probable. Ni siquiera estoy seguro ahora de que hiciésemos el amor. Fue tan rápido.

-Para tu consuelo te diré que si lo hicimos.

-¿Paso algo?

-¿Porque lo quieres saber ahora?

-Al pueblo en donde ahora estoy ha llegado una joven muy bella y agradable llamada Carmen y que tiene los mismos apellidos que tú. En la actualidad es Marquesa de la Almadraza. ¿Lo sabías?

-¡Claro que lo sé! Aunque encerrada aquí todavía conservo mis contactos.

-No puedo creer que sea tú hermana. Me extraña que después de veinte años de tenerte a ti, tus padres intentaran de nuevo tener otro hijo y sobre todo que no lo hubiesen intentado antes, si hubiesen podido. Máximo, no teniendo un hijo varón que todo hombre desea.

-Tienes razón – dijo con un mohín – cuando nací rompí el molde. Algo pasó, hubo problema y mi madre quedó imposibilitada de concebir un nuevo hijo.

-¿Entonces?

-Isabel... Es hija nuestra.

CAPITULO XX

Un viaje a Alcoy

El invierno de aquel año fue especialmente duro. El Frio, en la normalmente cálida Yocla, se hacía notar. La gente no madrugaba y solo salía de casa cuando el Astro Rey aparecía en el horizonte, surgiendo de lo que parecía las profundidades marinas, y tenía la suficiente fuerza para calentar la gélida tierra y los cuerpos de los que osaban salir de sus casas. Una columna de humo, completamente vertical, salía de la chimenea de cada casa como si fuera una prolongación de ella. No corría ni una pizca de aire y las columnas como mástiles de barcos permanecían immaculadas durante mucho tiempo. Pero la vida continuaba y cada uno de sus habitantes tenía que acudir a sus obligaciones porque querían comer todos los días.

Consuelo estaba a punto de parir, se había levantado no hacía mucho tiempo, después de una noche de pasión pero sin penetración. Carlitos ya no se atrevía pues el futuro bebe, según las entendidas, estaba muy bajo y a punto de salir. Preparaba un fuerte desayuno para poner el cuerpo en condiciones de soportar la dura jornada que se avecinaba. Mientras su esposo se desperezaba en la cama, completamente desnudo, debajo de siete conchas y reclamaba su presencia. Rememoraba la noche de amor pasada y trataba de continuarla, pero Consuelo ya había pasado el trauma sufrido al pasar del calor de la cama al frio de la casa mientras se vestía precipitadamente y no estaba dispuesta a deshacer lo andado y vuelta a empezar aunque la experiencia valiese la pena.

No muy lejos de allí, Nelo y Marieta, retozaban en la cama. Habían escuchado el enésimo o canto del gallo de Tonet, que finalmente había logrado despertarlos, y sus cuerpos unidos se preparaban para un nuevo envite. Nelo había perdido la noción del tiempo y la cuenta, pero Marieta sabía que el próximo sería, si llegaban a consumarlo, el cuarto de la noche. Su esposo partía ese mediodía con dirección a Alcoy, para llevar una nueva partida, y esa noche y las tres o cuatro siguientes dormirían sola y destemplada en su enorme lecho. Ya no tenía el esporádico consuelo de Carlitos y tendría que solucionárselas a solas si no encontraba un sustituto.

Don Camilo se despertó escuchando los monótonos ronquidos de Doña Angélica. No tenía prisa en levantarse. La misa de las ocho de la mañana la había retrasado hasta las nueve o las diez, según estuviese su cuerpo. Solo tenía que avisar con toque de campanas media hora antes. Pues la gente que quisiera acudir, iría fuese la hora que fuera. Tenía un poco de frio y se acercó al cuerpo de la mujer que le acompañaba en la cama buscando un poco de calor. La despertó, pues inmediatamente dejó de roncar, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia si imaginando que era Marieta la que estaba su regazo, eso lo excitó todavía más. La penetró violentamente por detrás. La mujer no lo esperaba, dio un respingo y se quejó levemente pero no dijo nada y adaptó su cuerpo a la posición que requería el coito y soportó estoicamente el vendaval.

Jordilí y María se habían instalado en casa de la Tía Pura, abuela de esta última. Aunque pareciera mentira era más permisiva que sus padres, o por lo menos hacia como que no se enteraba de nada, y allí podían hacer cosas que en la de sus progenitores no hubieran ni siquiera podido imaginar. Se acostaban y despertaban en camas separadas, pero el resto de la noche la pasaban juntos. Las continuas visitas de ella a la habitación de su amado eran diarias. La Tía Pura era vieja pero no tonta y supo lo que ocurría desde el primer día que permitió a la pareja alojarse en su casa.

Le proporcionó a su nieta una crema para que se untara cierta parte de su cuerpo e incluso el pene de su pretendiente. Esto, aparte facilitarles el acto sexual, le aseguraba que no cogería ninguna enfermedad venérea, pues aunque no existían trazas de nada, vaya usted a saber la polla del inglés en que sitios había estado metida. Y lo más importante es que con semejante pócima su nieta no se quedaría embarazada pues era un excelente espermicida. Rica, se hubiera hecho la abuela de ser ciertas las virtudes que pregonaba de su pomada. Y aunque cierto es que no adquirió ninguna mala

enfermedad de la que después pudiera avergonzarse, entre otras cosas porque el joven no estaba infectado, no pudo evitar quedar embarazada.

Una infusión que igual curaba un exceso de bilis que sacaba un feto acabado de anidar, es la solución que le propuso la tía Pura. María no aceptó, y aunque por el momento no le dijo nada a su compañero, tendría a su hijo con el inglés o sin él.

Don Fadrique como siempre a esas horas estaba cazando. No tenía miedo al frío pues iba provisto de buenas prendas de abrigo y en realidad lo que sentía era algo de calor. Tenía los dedos de sus manos ateridos pues los gruesos guantes le impedían cargar y disparar con comodidad y había optado por quitárselos. Después de cada descarga ocultaba sus manos en unos falsos bolsillos forrados interiormente con piel de oveja y que calentaban sus manos entre disparo y disparo. Mientras tanto, Martín ocupaba su sitio en el tálamo conyugal, una situación que nunca hubiese sospechado, ni por supuesto imaginado.

Pepe el Pollero y su esposa Amalia ya habían pasado su particular luna de miel y las cosas del sexo se lo tomaban con más calma. Esa noche no tocaba y en ningún momento, cualquiera de los dos, trato de romper el protocolo previamente establecido. Ella se durmió inmediatamente sabiendo que su retaguardia estaba perfectamente protegida y su esposo no pudo pegar ojo en toda la noche.

Hacía tiempo que la situación en España no era tranquila y la caída de Espartero, el del famoso caballo, no había solucionado el problema. Desde la perspectiva de un pueblo como Yocla eso no les iba a afectar en nada, pero últimamente las noticias no eran tranquilizadoras y eso es lo que le tenía preocupado y desvelado. Los progresistas españoles, descontentos con la situación, proyectaban alzamientos en varias provincias españolas.

Le habían llegado noticias que Pantaleón Boné se encontraba en Valencia y que con la excusa de perseguir a los contrabandistas, y eso si les afectaba a ellos, había preparado una fuerza expedicionaria con una columna de doscientos cincuenta carabineros a pie y ochenta a caballo. Don Camilo, en una reunión mantenida el día anterior, no estaba especialmente preocupado, pues le parecía mucha chicha para lo que tenían que cortar y que sus intenciones debían ser otras, como por ejemplo ocupar Alicante capital e iniciar un levantamiento en toda la provincia.

Para ese día estaba previsto que saliese una reata de seis mulas cargadas con genero y cuyo destino era Alcoy. No había ningún motivo aparente que aconsejase aplazar la expedición, ya que al fin y al cabo no se iba a entrar siquiera en la villa alcoyana y el género, como siempre, se quedaría en una masía próxima situada en la partida de Morales.

Los encargados de conducir esta expedición serían Nelo y Jordilí, que semanalmente se alternaban con la otra pareja compuesta por Quico el Mulero y Jaume el Baina. Tenía que estar todo preparado antes de las doce del mediodía, hora en que estaba programada la salida de los expedicionarios.

No pudo resistir más el insomnio, así es que dejó el apetecible y caliente trasero de su esposa y se levantó de mala gana. Estaba demacrado y ojeroso de toda la noche sin dormir y trató de espabilarse lanzándose sobre la cabeza un par de cubos de agua helada y frotándose vigorosamente el cuerpo para evitar que comenzase a tiritar. Se secó rápidamente con una toalla grande, se vistió y salió a la calle, recibiendo agradecido los primeros rayos de sol que emergían majestuosos sobre el mar. No esperaba que las gestiones que iba a realizar le ocupasen más de una hora y esperaba que para entonces Amalia le tuviese preparado un opíparo desayuno. Se dirigió a un almacén cercano, perteneciente a Doña Angélica, lleno hasta los topes de productos alimenticios que hubiesen hecho las delicias de cualquier ladrón o carabinero, que no se hubiese tomado las molestias de localizar el "amagatall" que ocupaba todo el sótano del almacén y en donde se ocultaban los valiosos productos del contrabando. Allí ya le estaban esperando dos fornidos mozos acompañados de seis vigorosas mulas que tenían que cargar.

Bajo su supervisión sacaron del zulo la mercancía que tenían que cargar en los animales. Les ordenó que distribuyeran equitativamente la carga para no castigar a algún animal más que a otro

y la embalara, dejándola preparada para iniciar la carga a partir de las once y media de la mañana, hora en que regresaría para dar el visto bueno.

Regreso a casa para desayunar. Encontró a Amalia dando los últimos toques a un desayuno en el que no faltaba de nada. Reparo en el demacrado rostro de su esposo que confirmó su sospecha de que algo le preocupaba. Se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama y no le preguntó por la razón que le acongojaba, no le importaba y sabía que tampoco se lo iba a decir. Actuó como si no pasara nada, le recibió y beso como hacia siempre que él regresaba a casa y le preparó un gran tazón de tila para tranquilizarlo, aunque se lo presentó como una tisana para calentar el cuerpo. A la hora prevista se encontraba de nuevo en el almacén.

Nelo y Jordilí ya lo estaban esperando. No parecían muy contentos por el viaje que iban a realizar, sobre todo por la perspectiva de pasar alguna que otra noche a la intemperie en las sierras de Confrides en donde el frío apretaba de lo lindo. Por suerte no soplabla el levante que era la única forma de que lloviese en esa zona y la posibilidad de encontrarse con la nieve era prácticamente nula.

Partieron, a las doce y pocos minutos, después de unos abrazos y apretones de manos de despedida con los que se quedaban. Las mulas llevaban volumen pero poco peso ya que cargaban tabaco principalmente e iban a buen paso por el monte. Pronto oscureció pero continuaron caminando, pues la luna alumbraba lo suficiente y el camino era amplio y sin obstáculo. Apenas habían parado para tomar un tentempié a primeras horas de la tarde, las mulas y los caballos que los portaban no daban muestras de cansancio, pero finalmente tuvieron que detenerse para pasar la noche pues el camino se torno escabroso y los pinos impedían que la luz que reflejaba la luna llegase hasta ellos. Apenas cenaron. Ataron largo a los animales para que les permitiera pastar en un campo sembrado que había al lado y terminaran con cualquier tallo tierno que apenas brotaba de la tierra. Cuando el labrador perjudicado se diera cuenta, ellos ya estarían lejos. Sintieron esa noche no tener a su lado los cálidos cuerpos de sus amadas para que les proporcionara el calor suficiente. Así es que hicieron de tripas corazón y se acostaron juntos, proporcionándose calor y tapándose con el doble de mantas que hubiesen tenido de hacerlo por separado.

Reanudaron la marcha apenas hubo claridad suficiente y a media mañana ya detectaron la presencia de los hombres de Saoret que les escoltaban, caminando en paralelo por lo alto de las cumbres que les rodeaban. Al medio día, cuando hicieron un breve alto para comer, se les unieron.

Para su sorpresa el mismo Saoret iba con ellos. Saludo efusivamente a los dos hombres a los que conocía por haberles visto en diversas ocasiones acompañando a Don Camilo.

-Según las noticias que tengo – dijo el bandolero – Boné en vez de venir a por nosotros como se esperaba ha ocupado militarmente Alicante, que se ha rendido sin ofrecer resistencia, y ahora espera hacer lo mismo con Alcoy, aunque por lo que me han dicho los alcoyanos no se lo van a poner fácil.

-De todas formas nosotros no vamos hasta el mismo Alcoy – aclaro Nelo – dejaremos la mercancía en una Masía cercana, recogeremos lo que allí tienen preparado para nosotros y a quien Dios se la de San Pedro se la bendiga. Esperamos estar de regreso mañana por la noche o a más tardar a la siguiente.

-Me alegra que no tengáis que exponeros. Las cosas por aquí ya no son como antes. Los ricos ya no se muestran con sus riquezas por el monte y si quieres robarles tienes que buscarlos en sus casas y eso resulta más peligroso. La partida, más pronto que tarde, tendré que disolverla. Cuando veáis a Don Camilo decirle que no tardaré en ir a visitarlo para que cumpla una vieja promesa.

-No te preocupes que así se lo comunicaré.

Llegaron a la masía de Morales bien entrada la madrugada. Esperaban que estuviesen todos quizás durmiendo, pero no que no hubiese nadie. El pequeño perro que siempre andaba suelto y que tenía su refugio en un pequeño hueco, dejado a propósito en el banco de obra adosado a la pared en donde se abría la puerta que daba acceso a la casa, había salido a recibirlos con alegres ladrido de bienvenida, pero pronto se había asustado al verse rodeado de tanto casco de caballería

y ahora les miraba curioso desde la seguridad que le daba la puerta de su perrera. El otro perro mas grande, atado al otro extremo del amplio patio con una cadena de hierro y cuyo único refugio era un gran ánfora de barro tumbada, de la que entraba y salía como en un ritual, igualmente ladraba estrepitosamente hasta desgañitarse.

Con tanto guirigay y aporreos en la puerta de haber alguien en la casa ya se hubiese por lo menos asomado para ver que ocurría. Mucho más si como esperaban estuviesen aguardando su visita. Estaba claro que no había nadie en la casa.

El problema era que esta situación no estaba prevista, regresar con la mercancía era una pérdida de tiempo y dinero, pero por otra parte no podían dejarla por allí abandonada.

Finalmente decidieron continuar hasta Alcoy. Jordilí se quedaría con los animales en las puertas de la villa, mientras Nelo entraría solo, montado en su caballo, y trataría de localizar al Sr. Pepe, el amigo de Don Camilo, y él ya vería lo que tenían que hacer. Dieron de beber a los animales de una fuente que manaba apenas a diez metros de la puerta principal de la casa y dejaron que pacieran en un huerto cercano, en el que no había nada plantado debido a la época en que se encontraban, pero que los animales si supieron encontrar algo de alimento.

Descansaron un buen rato recostados sobre el banco adosado a la casa y cuando Jordilí, por la posición que tenía la luna con relación a ciertas estrellas, calculo que serian las cinco de la mañana partieron hacia Alcoy.

Nelo se maravillaba de la habilidad que tenía Jordilí para averiguar la hora que era, fruto probablemente de sus muchos años de navegante. De día con el sol fuera no era un problema para nadie, pero de noche...

Al final del patio, en la misma esquina en la que terminaba la tapia de los corrales, partía una senda, siempre en sentido descendente que les llevaría hasta Alcoy. El perro ya se había acostumbrado, estaba cansado o se había asustado con su presencia. Lo cierto es que yacía tranquilamente dentro del ánfora de barro, hacía tiempo que había dejado de ladrar y parecía dormir plácidamente.

Conforme se acercaron a la villa, fue amaneciendo y se veían movimientos de tropas en unos montes cercanos que con su altura dominaban Alcoy y cercanos a la ermita de San Antonio, que era por donde pasaba el camino que unía esta población con Alicante.

Las noticias que les había proporcionado Saoret eran ciertas y el Coronel Boné, estaba comenzando a ponerle cerco a Alcoy. Se oía de vez en cuando algún lejano y débil disparo de fusil y otro ruido más fuerte que bien pudiera ser un cañonazo. Los moradores de la masía de Morales probablemente se habían refugiado en la villa. Una fuerza asaltante siempre precisan de abastecimiento y una masía abandonada en la que no pueden interrogar a sus moradores para saber donde ocultaban el botín siempre era menos apetecible que otra habitada.

Nelo quería entrar en la villa por la puerta del Tosal. Vieron que una larga cola de gente y animales, la mayoría cargados con provisiones, que pugnaban por entrar.

Comprobaron que los vigilantes apenas registraban nada y que la gente y los animales se introducían por la puerta de entrada a un ritmo vertiginoso. Nelo y Jordilí comprendieron que esa era su oportunidad y decidieron jugárselo todo a una sola carta. Se metieron dentro de la marabunta de gente que se agolpaba en la puerta y bastó que se escucharan un par de tiros por la parte sur de la población, para que todos se introdujeran en la villa en tropel arroyando hasta a los mismos vigilantes, que optaron por apartarse y dejarlos entrar. Una vez todos dentro los centinelas decidieron cerrar el portón a cal y canto y reforzar las defensas. Los yoclanos subieron por la estrecha calle de San Antonio, siguiendo a la riada humana, hasta que llegaron a la calle mayor en donde esta se dividió. Unos la tomaron en dirección descendente, que llevaba hacia la placeta del Carbón y otros la ascendente que conducía hasta la plaza de San Agustín. Estos últimos fueron los menos, pues en esa dirección sonaban los disparos.

Cuando Nelo y Jordilí llegaron a la plaza del Carbón se detuvieron. Desde allí partían varias

calles, una de ellas ciega, y no sabían cual tomar. Por esa parte de la población nunca habían estado y se encontraban completamente desorientados. Se detuvieron en una fuente para dar de beber a los caballos, que ya estaban algo nerviosos por los ruidos lejanos y el alboroto de gente que había a su alrededor y al que no estaban acostumbrados, mientras ellos aprovechaban para saciar también su sed. Después se detuvieron para descansar bajo los soportales del viejo palacio municipal en donde todavía aparecía encastada en la pared una mano, toda hueso y ennegrecida, que según supieron más tarde pertenecía a un tal Joan Cresol, siniestro personaje que hacía tres siglos se atrevió a robar ciertos objetos sagrados y esa mano, siguiendo la costumbre mahometana, que le cortaron antes de ajusticiarlo, permanecía allí como una especie de advertencia a posibles reincidentes.

En esos instantes paso por delante de ellos un muchacho que no aparentaba tener más de diez u once años de edad cargado con un enorme capazo que contenía diversas herramientas de carpintería.

-¡Eh; ¡Muchacho; - le interpelo Nelo – harías el favor de indicarnos en donde está situada la industria textil del Señor Pepe el Abogado

-Sin ningún problema señores, pues precisamente allí trabajo yo. Les acompañaría gustoso –les respondió amablemente el niño que parecía incluso contento de que se hubieran dirigido a él – pero no será necesario pues incluso desde aquí se puede ver el edificio – señaló a un lugar indeterminado de una calle denominada de San Miguel –Bajen por esa calle y a unos doscientos metros a mano derecha, verán un edificio pintado de amarillo. Allí es. Es el único que hay y no tienen perdida. Yo tengo que ir a casa del Señor Pepe, mi patrón, pues una puerta se le ha atrancado y no puede abrirla.

En esos instantes sonaron unos disparos de cañón y por la polvorera que se formó sobre el cielo de Alcoy se veía que los proyectiles habían impactado en la parte alta de la villa. La gente bajaba enloquecida por la calle mayor huyendo de esa zona, que sin ninguna duda era la parte más expuesta al fuego de los sitiadores.

-No veo muy aconsejable ir hacia el sur – le dijo Jordilí, con su característico acento extranjero – que es donde ahora se están cociendo las habas.

-Pronto nos rodearan y caerán por todas parte. Mi padre siempre me ha dicho, que delante de un incendio el lugar más seguro es la parte quemada.

-Sabio consejo. ¿Quién es tu padre? – preguntó Nelo

-El ermitaño de San Antonio. Seguro de que desde allí arriba está velando por todos nosotros. Mi nombre, por si alguna vez precisan de mis servicios, es: Anselmo Aracil Jordá.

El muchacho cogió el capazo que contenía las herramientas y enfiló la calle Mayor hacia arriba como si el hatillo que portaba no pesase nada. Los dos amigos por su parte se encaminaron, tirando de la reata de animales, hacia su destino que imaginaban próximo. Un zagal de unos quince años, con el rostro desencajado, les sobrepaso corriendo y advirtiéndoles a la gente que un niño de cinco años había muerto al ser alcanzado por uno de los obuses que habían caído dentro la población. Era la primera víctima y por suerte la única que sufrió Alcoy en ese ataque. Al poco de caminar vieron la fachada pintada de amarillo y supieron que habían llegado a su meta.

El Señor Pepe no se encontraba allí, pues había ido a poner a buen recaudo a su esposa e hijos. Pero si estaba Virgilio, el mayor de los hijos de los medieros de la masía de Morales que al reconocerlos, primero se extrañó y luego se alegró de que hubieran podido introducirse en Alcoy sin problemas y además con toda la mercancía.

Descargaron a los caballos que relincharon aliviados y pusieron a buen recaudo la mercancía. Los dos amigos no tenían hambre, pero a la pregunta de Virgilio: “si necesitaban algo” le respondieron que con un lugar en donde echarse y descansar un rato, tenían suficiente. Les acompañó a un cuarto, medio lleno de lana virgen, y les comentó que era lo mejor que podía proporcionarles.

Como en peores bohíos habían dormido, se desprendieron de las botas y antes de que el muchacho cerrase la puerta ya estaban dormidos.

Se despertaron, cuando por el único ventanuco que daba un poco de luz y aireaba la habitación,

no entraba más que las sombras de la noche. Los disparos hacía tiempo que habían cesado y la escasa luz que emitían cuatro fanales era lo único que permitía ver que por la calle no transitaba nadie.

La noche se esperaba calentita a pesar del frío que hacía. Apenas se había ocultado el sol. El termómetro se había desplomado por debajo de los ceros grados centígrados y hacía tiritar a todos los escasos viandantes que transitaban por la calle, aunque en algunos casos no fuera de frío, sino de miedo. Hacía bastante tiempo que los cañones habían dejado de sonar, aunque eso no significara que fuera para siempre y cualquier ruido fuera de lo normal significaba un sobresalto para el que lo sufriera.

El abogado había traído a su familia a la fábrica. Que en principio estaba fuera del alcance de los obuses enemigos. No así la calle de San Nicolás, donde vivían, que había sufrido el impacto de unos de esos artefactos.

Tranquilos no podían estar, pues según se decía las tropas de Boné habían rodeado la villa, sitiándola, y ocupando la vecina y muy próxima población de Cocentina. Por lo que los próximos bombardeos podían llegar de cualquier parte. Por suerte los sótanos de la fábrica, construidos con sólidos sillares y con techos abovedados, ofrecían una seguridad que no tenían las débiles paredes de su casa.

Esos sótanos que contenían las tinas del lavado de la lana, eran inhabitables por el frío y alto grado de humedad, por lo que solo podían ser ocupados en caso de extrema necesidad.

Doña Marcela, los niños y las criadas habían invadido una amplia habitación, anexa al despacho de su esposo, y que normalmente servía como sala de exposición de los productos que allí se fabricaban y que se mostraban en innumerables vitrinas adosadas a las paredes, y como sala de reuniones, gracias a la extensa mesa que ocupaba el centro de la estancia.

Un enorme hallar, que llevaba horas encendido, caldeaba la habitación y situaba a sus moradores en el séptimo cielo. Los dos niños más pequeños dormían en sendos jergones de lana que habían improvisado a falta de camas. Los dos mayores jugaban con Anselmo Aracil, que había estado esa misma mañana arreglando una puerta atrancada de su casa y con el que habían desarrollado una cierta amistad. El muchacho, ante la perspectiva de una opípara cena, un lugar caliente y la seguridad de los muros de la fábrica, había decidido quedarse, despreciando, aunque solo fuera por una noche, la inhóspita y fría vivienda que compartía con algunos de sus hermanos.

El Señor Pepe, Virgilio, Nelo y Jordilí, después de una espléndida cena, que cayó en el estomago vacío de los dos yoclanos como agua de mayo, se aposentaron en el despacho del abogado degustando sendas copas de coñac francés, acompañados de cuatro magníficos vegueros que habían inundado con su humo la estancia, e impedía que las mujeres y los niños que ocupaban la sala anexa invadiesen su territorio.

-Todavía no me creo que os atrevieseis entrar en Alcoy, conforme están las cosas, y con las mercancías que traíais – comenzó a hablar el Señor Pepe, mientras soltaba poco a poco por la boca y nariz el humo del puro que estaba consumiendo.

-No podíamos hacer otra cosa – respondió Nelo – si regresamos con la mercancía Don Camilo nos capa. Y no íbamos a dejarla abandonada en la puerta de la masía

-Lástima que mis padres no se percatasen de vuestra presencia – intervino Virgilio – quedamos en que montaría guardia uno de mis hermanos para abriros la puerta, pero ellos os esperaban a la luz del día y no a altas horas de la madrugada.

-¿Dónde esta ahora vuestra familia? – requirió Nelo

-Se refugiaron, junto con el ganado, en casa de Ana la Gitana. Es una casa muy pobre y seguro que las tropas de Boné, en caso de realizar alguna requisa por esta zona, ni siquiera se acercaran a esa finca.

-¿Tenéis llave vosotros?

-Nos la dejó Ana cuando se marchó a Yocla, para que le echáramos un vistazo de vez en cuando

y no permitiéramos que nadie la ocupase ilegalmente al verla deshabitada.

Después de estas palabras, por el despacho se extendió un profundo silencio. Parecía que el tema de la conversación se había terminado y nadie tenía nada más que decir. El humo continuaba manando de la boca y nariz de los cuatro hombres, y solo se interrumpía cuando alguien sorbía un poco de licor y chasqueaba la lengua degustando el inmejorable sabor.

Jordilí, rompió el silencio para evitar que la gente se durmiera o decidiese irse para echarse en cualquier rincón. Él y Nelo habían dormido durante toda la tarde y no querían pasar la noche en vela y absortos en sus pensamientos, que conforme estaba la situación, no se les antojaba muy feliz. Los otros no parecían estar por la labor, pero no podían tentar a la suerte. Por lo que decidió interrumpir el espeso silencio.

-Esa mano que hay colgada dentro de una jaula en la plaza que hay un poco más arriba. ¿A quién pertenece?

La pregunta no iba dirigida a nadie en concreto, pero estaba claro que solo el Señor Pepe o Virgilio se encontraban en disposición de contestarla. Ambos cruzaron sus miradas y la de este último casi suplicaba que fuese el abogado quien respondiera, pues por sus estudios debía estar más introducido que él en el tema.

El Señor Pepe bebió un poco más de su copa, pegó una profunda calada a su cigarro y mientras exhalaba el humo, se tomó un pequeño respiro para ordenar sus ideas. Buscó una posición más cómoda en su lujoso sillón, dando por seguro que su exposición no iba a ser breve.

-Es la mano de Joan Cresol, el supuesto autor de un horrible robo sacrílego, ocurrido hace casi tres siglos y de cuyos hechos Alcoy guarda una gran tradición. El robo y hallazgo del Santísimo Sacramento y otros objetos de la iglesia parroquial, no solo nos han sido transmitidos por la tradición oral, sino que también aparecen en actas notariales y en el archivo municipal. Los hechos ocurrieron durante los tres últimos días del mes de enero de 1568. Lo sucedido está contrastado, pero yo como abogado dudo de todas las confesiones en las que ha mediado la tortura, por lo que dejo a la inteligencia de ustedes para que juzguen y saquen sus propias conclusiones. El jueves día 29 de enero del mencionado año, siendo aproximadamente las cuatro de la tarde tuvo lugar un pequeño temblor de tierra, que no alarmó mucho a la población pues estaba acostumbrado a ellos, pero que posteriormente y a la vista de lo sucedido, más o menos en esos mismos momentos, la gente creyó que había sido un aviso divino de lo que estaba ocurriendo en esos instantes. El vicario y los que estaban con él abandonaron el templo para ocuparse de otros menesteres quedando este desierto, ya que el sacristán no acudió hasta el anochecer para tocar la oración del Ave María de la tarde. Según las conclusiones oficiales los hechos ocurrieron de la siguiente forma. Poco después de las cuatro de la tarde y del leve terremoto que ocurrió, un vecino de Alcoy llamado Joan Prats, oriundo de Francia, pero que podíamos considerar español, pues venía de la parte francesa que entonces pertenecía y formaba parte de Cataluña, casado en segundas nupcias con una alcoyana de pura cepa, con la que tuvo un hijo, y de oficio tundidor de paños. El susodicho pasó cerca de la parroquia y al encontrarla abierta y sin nadie dentro, realizó el propósito que tenía concebido. Entró en la misma y, subiendo al altar mayor, abrió el tabernáculo y se apoderó de una cajita de plata que contenía más de cuarenta hostias consagradas; asimismo sacó el relicario que tenía un lignum crucis, una reliquia del brazo de San Lorenzo y la custodia con la que se llevaba el viático a los enfermos. Según confesó el mismo Prats guardó el cofre del sacramento en el bolsillo de los pantalones y lo otro bajo el brazo, en la axila, cubierto por su capa. El único indicio del robo fue que derribó un crucifijo que había sobre el altar y aprisionó un trozo del tafetán morado que cubría la custodia, al cerrar precipitadamente la puerta del tabernáculo. Lo curioso del caso –continuó el señor Pepe que solo interrumpía brevemente su relato para pegarle una chupada al cigarro, beber un poco de coñac para aclarar su voz y cambiar muy levemente su posición en el sillón – es que el ladrón en vez de ocultar su botín antes de que las alarmas sonaran, se entretuvo charlando con unos amigos en la plaza de les

Corts, en donde le sorprendió el toque del Ave María y luego se marchó para tratar la compra de unas tijeras de bajar, propias de su oficio, todo ello supuestamente con un brazo inmovilizado pues no olvidemos que el relicario lo tenía todavía bajo la axila y sujeto por el brazo. Ya anochecido fue a su casa. Por su parte el sacristán, había efectuado el toque del Ave María y abandonado la iglesia, después de cerrarla, al no percatarse de nada raro. Prats vivía en la calle Nueva que desapareció posteriormente al construirse años después el convento y la iglesia del Santo Sepulcro. Las casas de entonces solían tener en el fondo de la planta baja, un establo para las caballerías, al lado de donde parte la escalera para ascender al primer piso que es donde se encontraba la vivienda. Prats al llegar a su casa escondió lo robado en un pedregal que había debajo de la escalera y los tapó con unos mazos de estopa que tenía en aquel lugar.

Llegado a este punto el abogado detuvo su narración. Se levanto de su cómodo sillón y después de desprezarse sin ningún decoro, se dirigió hasta un pequeño velador que contenía algunos vasos y una botella de cristal que albergaba agua. Llenó el vaso y lo bebió de un solo trago, como si necesitara urgentemente humedecer su reseca garganta. Después cogió la botella de coñac, añadió un dedo más de líquido a su copa y luego la ofreció para que los restantes hombres hicieran lo propio. Solo aceptó Nelo, que volvió a llenar su copa del espirituoso líquido.

El Señor Pepe volvió a sentarse en su sillón, olfateó el contenido de su copa embriagándose con su fragancia y dirigió una mirada a la concurrencia, como si pidiese su aquiescencia o esperase que alguien añadiese o replicase algo sobre lo que había dicho. Todos permanecieron expectantes y nadie se atrevió a interrumpirlo, por lo que se decidió a continuar con su narración.

-Terminada la cena, la esposa que atendía por el nombre de Ángela Valor, como tenía costumbre, fue a pasar la velada a la casa de su vecina, dejando solo al hombre en el hogar que era lo que él estaba esperando. El ladrón bajó de nuevo a la entrada y después de cerrar la puerta por dentro para evitar ser sorprendido, sacó lo robado y subió a la cocina; allí sacó las sagradas formas de la cajita y se las comió sin dejar una. Consumado el horrible sacrilegio, rompió los cristales del relicario, sacando de él el saquito de las reliquias que metió en el cofre en donde habían estado anteriormente las hostias. Para que no abultara tanto, rompió el relicario y lo envolvió en un trapo sucio que encontró por allí; luego bajó de nuevo a la cuadra para tratar de ocultar allí el producto de su robo. Con un cuchillo, cavó un hoyo en el suelo del establo; metió allí el envoltorio y lo cubrió con estiércol y tierra. La operación debió efectuarla apresuradamente temiendo el regreso de su esposa, por lo que sin darse cuenta dejó sin enterrar la escudilla de la custodia. No se entretuvo en abrir un nuevo hoyo, sino que en otro lugar de la cuadra la escondió bajo el estiércol sin ahondar en el suelo. ¿Qué os parece?- preguntó de sopetón el abogado.

Todos quedaron vacilantes, sin responder, hasta que Jordilí se decidió a hablar.

-A menos que confesara sin presiones, cosa que dudo, no lo creo culpable. Nadie en esas circunstancias actúa de una forma tan inconsciente. Robar unos objetos, uno de ellos grande, como era el relicario y que tuvo que romper después para dejarlo en un tamaño manejable para poder ocultarlo, y pasearse con ellos bajo el brazo por toda la villa e incluso ir a elegir unas tijeras, no me parece normal. Lo lógico es que hubiera ido primero a ocultarlos y no precisamente en su casa, sino en las afueras de la villa, cuando todavía no había sido descubierto el robo y las puertas de salida no estaban vigiladas con una alerta máxima y después dejarse ver como ocurrió para evitar resultar sospechoso. ¿Confeso bajo tortura?

-Si y no – añadió dudoso el abogado – lo cierto es que según dicen las crónicas, primero confeso y después fue torturado. Pero no precipitemos acontecimientos y vayamos por partes.

El Señor Pepe bebió un poco de coñac al sentir algo de frío y viendo que la velada iba a ser algo larga, se levanto para añadir un par de troncos de carrasca al ya debilitado fuego del hallar, todo ello antes de reanudar su relato.

-Hasta el día siguiente que era un viernes treinta de enero no se descubrió el robo. De buena

mañana acudió el reverendo Mosén Miguel al templo como era su costumbre, coincidiendo con el sacristán que en esos momentos estaba abriendo las puertas. Después el sacerdote se fue al altar mayor para orar mientras el sacristán atendía sus menesteres. En eso estaban cuando el cura se dio cuenta que el crucifijo que normalmente estaba situado sobre el altar ahora estaba caído y que del tabernáculo asomaba un trozo de tafetán morado. Supuso que algo anormal había ocurrido y, en efecto, al abrir el tabernáculo pudo apreciar que habían robado el Sacramento y otros objetos que allí se guardaban. Creyendo, tanto el reverendo como el sacristán, que había acudido a los gritos de aquel, que alguien se había escondido esa noche en la iglesia para efectuar el robo y había aprovechado la apertura de la puerta para huir por lo que no debía de estar muy lejos. Comenzaron a dar gritos de alarma junto con otros sacerdotes que acababan de llegar, mientras tocaban las campanas a rebato para alertar a toda la población a la vez que salían en todas direcciones gritando: “Devotos cristianos, buscar al Señor de todo el mundo, que nos lo han robado del sagrario”. Nadie pensó en esos momentos que la iglesia había estado abierta y abandonada, durante un buen rato, la tarde anterior y que fuera entonces cuando se produjera el robo. Lo cierto es que mal cuerpo se le debió quedar por estos sucesos al reverendo Miguel Soler, pues al poco tiempo de estos hechos, sufrió unos achaques que le llevaron a la tumba. Hombre y mujeres del pueblo despertaron con el alboroto y se lanzaron a la calle con la ropa de ir por casa a pesar del frío que hacía. Los lamentos y el crujir de dientes por la rabia, se mezclaron con los sollozos y gritos de dolor. Las autoridades civiles tomaron inmediatamente cartas en el asunto, adoptaron las medidas oportunas y animaron al vecindario a buscar al ladrón, recuperar lo robado y ofreciendo una recompensa de treinta libra, que era una cantidad muy importante en aquella época, para quien lo lograra. No necesitaban, sin embargo, los alcoyanos ningún estímulo material para entregarse de lleno a la tarea. Mucho salieron de la villa buscando por todo el término y registrando cada una de las matas que encontraban por el camino, bien sea por la ribera de los ríos o por los bosques de las montañas. Hasta los niños los imitaban registrando los estercoleros que habían por los alrededores de la villa. Dicen las crónicas que ese día no quedaron en la población más que mujeres y veinte o treinta hombre que ya habían sobrepasado la edad de setenta años y ya no estaban para muchos trotes. Mientras que los monjes y religiosos organizaban procesiones y rogaban a Dios por un pronto encuentro. Pero por desgracia, la mayor parte de los alcoyanos que habían partido de la villa con la esperanza de detener al ladrón o por lo menos recuperar los objetos robados, volvían decepcionados y coincidían con el parecer de que el ladrón no debía de ser ningún forastero de paso, sino alguien que vivía en Alcoy. Se llegó a esta conclusión, porque los grupos que habían llegado hasta Alicante, Játiva y Gandía en su búsqueda y que habían interrogado a los vecinos de los pueblos del trayecto por si habían visto algún sospechoso, regresaron sin ningún resultado positivo. Los del grupo que se dirigieron a Játiva, aun fueron más lejos, pues llegaron a la conclusión de que el culpable solo podía ser Joan Prats, catalán de la zona francesa, de nacimiento y que solo estaba afincado en Alcoy, aunque casado y tenía un hijo con una alcoyana. Lo que por desgracia no sabemos, es quienes eran los componentes de esa partida que llegó hasta Játiva, que fueron los que lanzaron la primera piedra contra Joan Prats, y si entre ellos se encontraba Joan Esteve, que en definitiva fue el principal valedor en contra del francés. Fue un fenómeno curioso, pero no extraño, que las sospechas de un robo, que pudo cometer cualquiera, y únicamente para incriminarle recayesen tan pronto y con tanta fuerza en la persona de Joan Prats. No debía ser una persona que gozase del aprecio de sus conciudadanos y sobre todo debía tener bastantes enemigos. No sabemos si por su frialdad o por su carácter retraído ante personas que claramente le eran hostiles. El suceso, para la época, era de extrema gravedad y pronto salió del ámbito local para convertirse en un problema regional e incluso nacional. El mismo día treinta se envió recado, al Virrey de Valencia, de los tristes sucesos y hasta llegó a oídos de su Majestad Católica el rey Felipe II. Dícese que el monarca vistió de luto por los sucesos de Alcoy, aunque si se repasa su iconografía difícilmente se le ve con un traje claro. El día treinta y uno despertó sin que se

hubiera logrado ningún resultado positivo que pudiese contribuir a esclarecer este caso. Sin embargo las discusiones en la calle eran acaloradas y el estado de los vecinos levantisco. Esto propició que el Justicia de Alcoy, Roch Aiz, tuviese que mover ficha, y haciéndose eco del clamor de culpabilidad hacia Joan Prats que recorría las calles, determinó hacer un registro en la casa del sospechoso. Mientras, en las calles, se organizaban procesiones para rogar por la recuperación de los objetos robados. El Justicia en persona se presentó en la casa del sospechoso para interrogarlo, ya que no habían pruebas suficientes para proceder a su detención. Sin embargo tuvo la mala suerte que se lo encontró comiendo, contraviniendo de esta forma la orden de ayuno que se había establecido. Esto no fue más que añadir más leña al fuego, pero el interrogado negó rotundamente las acusaciones vertidas sobre él e incluso se sintió ofendido por ellas. Por otra parte el registro verificado en toda la casa e incluso en los establos, no dio el resultado apetecido y ni siquiera se encontraron indicios de que allí pudiese haber algo oculto. Las presiones en contra del culpable, sin embargo, continuaron y el Justicia no tuvo más remedio que enviar al “verguer” a casa del sospechoso para que lo acompañara a la Corte de Justicia, para ser de nuevo interrogado de una manera más formal. La declaración de Joan Prats fue tan ordenada y dio tales pruebas de donde había estado la tarde anterior y la noche en que ocurrieron los hechos, con quien había estado y que había hecho, que el Justicia no hubiese tenido más remedio que ponerlo en libertad de no ser por lo arraigado que estaban, entre los vecinos de la villa, las sospechas de su culpabilidad. Así es que, como medida preventiva para evitar posibles alborotos y daños al mismo Prats, decidió retenerlo en la cárcel. Sin embargo sus enemigos no paraban y fue al medio día, cuando se presentó ante el Justicia un vecino de Alcoy llamado Juan Esteve, solicitando permiso para realizar personalmente un registro en casa del supuesto ladrón. Era este personaje un labrador, vecino de Alcoy, y considerado en toda la villa por su honradez, como ocurría con otros muchos alcoyanos. Se supone que con este gesto, buscaba rescatar lo robado o por lo menos convencerse de la honradez del encausado. El Justicia que solo unas horas antes había registrado la casa concienzudamente en compañía de sus hombres con resultado negativo, accedió a este registro por una persona ajena a la justicia, que no era habitual en aquella época e inimaginable en la actualidad, con la esperanza de que pudiese sacar algo si interrogaba a su esposa y sobre todo para sacarse de encima a un conciudadano que no dejaba de importunarlo. Allí llegó el labriego con la azada al hombro. Pregunto a la dueña de la casa si su marido había hecho algunas cosas extrañas la noche del jueves. Esta le respondió que había ido a pasar la velada con la familia de su vecino Francés Cabrera y que su marido había permanecido todo el rato en la casa, pues le había oído trajinar por ella y hacer algunos ruidos. Esteve había ido allí, según él, a salir de dudas y aprovechando el ofrecimiento de la dama, que no tenía nada que ocultar, se dedicó a efectuar un registro en toda regla, sin dejar un rincón ni agujero por escarbar. A pesar de que estaba cansado retiró el pedregal que había debajo de la escalera sin resultado positivo. Después cavó en el estiércol en donde encontró, según él, la escudilla, sin darse cuenta que pertenecía al lote de lo robado, aun así decidió mostrárselo al Justicia por si pertenecía a algún otro robo. Hay que considerar que en todo momento estuvo solo y pudo hacer y deshacer a su antojo. El reverendo José Pastor, reconoció la escudilla como perteneciente al Santo Viatico y que era parte de lo robado la noche del pasado jueves. El Justicia rogó a Joan Esteve que continuase buscando en el mismo sitio en que había encontrado el objeto robado, con la esperanza de que estuviese allí el resto. No se hizo de rogar el labrador que partió de nuevo a la casa de Joan Prats, aunque esta vez acompañado por el Justicia y algunos jurados de la villa. No tardó Esteve en dar con la azada con un trapo sucio en cuyo interior se encontraba el resto del botín.

Unos golpes sonaron en la puerta que comunicaba el despacho con la sala de reuniones ocupada por las mujeres y los niños. Sin esperar respuesta, esta se abrió, y entró la Señora Marcela, acompañada por una de sus criadas, portando ambas sendas bandejas, una en cada mano, llena de viandas.

-Perdonar que os moleste, pero he creído que podíais tener hambre.

Dejaron las bandejas, que contenían sobre todo entremeses y algún que otro bocadillo, encima de la mesa del despacho y se despidió dando un beso a su marido.

-Lo siento señores - dijo a continuación dirigiéndose la dama a los contertulios- pero voy a intentar dormir aunque solo sea un par de horas en ese horrible sofá que tiene mi esposo en la sala de muestras y que voy a cambiar apenas esto se normalice.

Pepe aceptó con una sonrisa la reprimenda de su esposa y dejó que las mujeres, sin más palabras, abandonaran la estancia.

Los hombres, rápidamente dieron cuenta de las viandas, entre las que el queso y el jamón no faltaban, y ya con la barriga llena encendieron otro puro.

El abogado se tomó una pausa en la narración, mientras saboreaba el veguero y dio pie a que los sus oyentes emitiesen su opinión sobre lo que acababa de contar. Esta vez fue Nelo quien intervino.

-A mí me da la impresión, que ese Esteve colocó las cosas robadas en el establo y llevó la escudilla como señuelo, para posteriormente descubrir lo restante, pero esta vez en presencia del Justicia y los jurados. Recuerdo que en tiempos de Don Manuel, el difunto esposo de Doña Angélica que en paz descansa, se nos coló en el pueblo un individuo que por sus rarezas y su manía de meterse donde no le llamaban, hizo peligrar nuestro negocio de contrabando. Un día aprovechando la ausencia de él y su familia, que habían acudido a una boda en Altea, les llenamos la casa de objetos de contrabando. Cuando regresaron por la noche se encontraron a los carabineros en la puerta de su casa esperando para hacer un registro. Él les franqueo la entrada pues no tenía nada que temer y todavía debe de estar penando su culpa en el penal de Mahón, que fue donde le enviaron.

Nelo terminó su narración con una estruendosa carcajada, que fue rápidamente reprimida por los restantes miembros de la reunión, al recordarle que sus risas podían despertar a las mujeres y niños que con toda seguridad dormían en la sala contigua.

-Es un viejo truco para inculpar a las personas -continuo Nelo con voz queda - que ha existido, existe y existirá en el futuro.

-Es posible - le interrumpió el abogado - pero en este caso todo son meras conjeturas. De todas formas - dijo dirigiéndose especialmente a Nelo - tu opinión que es válida y que incluso puedo compartir yo, es bien recibida en un foro restringido como este, en el cual todos somos amigos. Pero si quieres un consejo abstente de opinar de puertas afueras, pues los alcoyanos son muy suyos, creen ciegamente en sus tradiciones y si se tuercen las cosas, por una nimiedad, la próxima mano en colgar de la fachada del ayuntamiento, podía ser la tuya. Continuemos pues con la narración por si podéis sacar nuevas conclusiones.

La cara de Nelo era todo un poema, pues no esperaba las palabras del abogado ni que los alcoyanos fueran tan pusilánimes con sus tradiciones. Mientras observaba con rabia como Jordilí se reía interiormente.

-Convencidos de que aquello era lo robado, se produjo un gran estruendo en la villa. Los padres Agustinos acudieron al oír el alboroto y uno de ellos fue el encargado de desliar el envoltorio y sacar intactas: el cofre, con tres formas en su interior y la custodia, pero no así el relicario que había sido golpeado, tal vez por el azadazo que le propino Esteve al encontrarlo, y estaba roto. Se recogió todo con gran reverencia y se llevó al templo parroquial. La noticia del feliz acontecimiento corrió como la pólvora encendida por toda la villa y mientras las campanas repicaban jubilosas, comenzaron las celebraciones. Prats, desde ese mismo instante, estaba condenado. Juan Prats sufrió en Alcoy cuatro interrogatorios y en el tercero de los cuales confesó.

-Sería cuando le apretaron más de la cuenta algún huevo - interrumpió Nelo sonriendo.

-Si confesó en el tercero. ¿Para qué lo interrogaron una cuarta vez? - Aprovechó Jordilí para intervenir.

-Tranquilos - cortó el Señor Pepe - terminemos la narración que luego ya vendrán los comentarios y las explicaciones. En caso contrario no vamos a acabar nunca. Prats continuaba declarándose

inocente e incluso protestaba porque se dudase de ella. Por otra parte tenía una coartada irrefutable. Las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, continuaban creyendo que el robo se había realizado durante la noche y que el ladrón escapó cuando la iglesia volvió a abrirse al día siguiente. Prats presentaba las siguientes pruebas: Que cuando el sacristán tocó el Ave María y posteriormente cerró la iglesia. Él estaba en la plaza conversando con unos amigos, que podían testificar en su favor. Que posteriormente había estado tratando la compra de unas tijeras con otra persona. Por lo que en ningún caso podía estar encerrado en la iglesia. Que después había vuelto a su casa y algunas personas lo habían visto. Finalmente había cenado con su esposa y que aunque esta había ido a pasar la velada con unos vecinos, en todo momento lo habían oído trajinar por la casa y demostraba que no había salido. El resto de la noche lo pasó con su esposa y nadie podía demostrar ni afirmar que lo vieran salir. Todo ello demostraba que no había podido ser el ladrón que se había escondido en templo, robado y salir al día siguiente. Cuando se descubrieron los objetos robados en casa del infeliz Prats la cosa cambió. Ahora estaba claro que el robo no se había producido durante la noche, sino en la hora en que por la tarde estuvo la iglesia abierta y se había quedado sola, es decir cuando el ladrón no tenía ninguna excusa. Poco importaba que se hubiese paseado por todo Alcoy, durante varias horas, con los objetos robados debajo del brazo y ocultos únicamente por la capa. En vez de ir a esconderlos inmediatamente en un lugar seguro. Durante el tercer interrogatorio, ya descubierto el pastel, quedó claro que el culpable era Prats, pues él mismo se declaró como infractor, probablemente a consecuencia de los malos tratos recibidos, aunque el verdugo todavía no se encontraba presente. La única discrepancia era que el reo confesó haber consumido todas las hostias consagradas, cuando en el cofre aparecieron después tres formas. El caso fue comunicado a Valencia y a los pocos días se presentó en Alcoy el Doctor Margarit, prestigioso abogado alcoyano, aunque residía y ejercía en Valencia, para hacerse cargo del proceso. No debieron de quedar sin embargo muy claras las cosas en el tercer interrogatorio en el que se reconoce que Joan Prats confesó su crimen, pues en ese caso no hubiese sido necesaria la presencia del verdugo de Gandía, Berlandino Villalobos, en el cuarto interrogatorio para certificar fehacientemente los hechos. Puesto en tormento el infeliz Prats, confeso todo lo que los interrogadores quisieron y no que también había asesinado al Papa, porque no se lo preguntaron y este estaba vivo y coleando en Roma. La única discrepancia, reitero, era que en el cofre habían todavía tres formas, cuando él confesaba haberlas tomados todas. Finalmente no tuvo más remedio, para que lo dejaran tranquilo, que reconocer se trataba de un milagro, contra el que él nada podía oponer. Cuando el proceso ya estaba visto para sentencia, se presentó en Alcoy un alguacil de la Santa Inquisición, con la orden de que se requería a las autoridades civiles la entrega del reo para su traslado a Valencia, pues no se trataba de un simple robo, sino de un delito de sacrilegio y eso era incumbencia de ellos. Prats permaneció en Valencia durante cinco días y nadie sabe exactamente que ocurrió allí. Margarit presionó en Valencia para que el reo sufriera un castigo ejemplar. La inquisición, cosa rara, algo no vio claro en este caso ya que se desentendió de él, se lavó las manos como Pilatos, devolviendo el caso a la justicia de Alcoy. La sentencia, que no podía ser otra que la de muerte, se cumplió con la dureza que se solía hacer en aquel tiempo y en otros casos similares. Según un libro de cuentas, se le pagó al verdugo en dos ocasiones. Primero por darle tormento y después por ajusticiarlo. Se detalla la ejecución diciendo: que consistió en arrástralo, cortarle la mano, colgarlo, descuartizarlo, quitarle la cabeza, clavar la cabeza, la mano y los cuartos en la plazas y caminos, conforme la sentencia.

-¡En fin! Eso es todo – continuó el abogado – Que ni decir tiene que de todos los despojos del infeliz Juan Prats, el único que queda y de eso pronto se cumplirán tres siglos, es la mano derecha, autora material del sacrilegio, que es la que todavía pende, dentro de una jaula, en la plaza. Y bien. ¿Qué os parecido la historia?

-Yo solo veo un ajuste de cuentas, por algo que debían de tener pendiente entre Esteve y Prats. Resulta extraño el interés que tenía el primero en involucrar en el caso al segundo a pesar de que no

había ninguna prueba que lo hiciese ni siquiera sospechoso. Ni en que se basó para ir directamente al establo y comprobar lo que otros ya lo habían hecho con anterioridad, a menos que fuese a enterrar algo que luego descubriría en presencia de las autoridades- intervino Nelo.

-Un poco fuerte lo que has insinuado, si es. – le respondió con una falsa sonrisa el abogado – pero la tradición cuenta que en ello intervino el Jesuset del Miracle.

-¿Quién es ese? – le respondió incrédulo el ingles

-Una figura del Niño Jesús que estaba en casa de la vecina del piso superior, que en un momento determinado, movió su brazo indicando el lugar exacto en donde estaban escondidos los objetos robados.

-¿Es eso cierto?

-Por lo menos así lo dice la tradición. El único inconveniente es que esta historia no nació en el momento de lo hechos, sino cien años después, posiblemente para acallar las dudas que individuos incredulos como tu tenían sobre el caso.

Una risotada generalizada dio por concluida la conversación. El Señor Pepe y Virgilio no pudieron resistir la larga vigilia y se quedaron dormidos en los mismos cómodos sillones que ocupaban. Jordilí y Nelo que se habían pasado toda la tarde durmiendo, permanecieron despiertos aunque no pudieron evitar una cabezadita que otra.

CAPITULO XXI

Las hazañas de Carlitos

Príapo es un dios menor griego, hijo de Afrodita y cuya paternidad está en entredicho, pues se la disputan: Dionisos, el bello Adonis y hasta el mismo Zeus.

Era feo como un adefesio, pero provisto de un cipote, siempre en erupción, que hacia las delicias de las damas y también de todo lo que se le ponía por delante. Pues en la literatura mitológica se le atribuye esta frase.

“Te sodomizaré muchacho, te lo advierto;
A ti muchacha te follaré;
Al bárbaro ladrón la tercera pena es la que le espera”

Al no haber más agujeros en el cuerpo humano, se supone que esa tercera pena seria la felación.

Sin embargo poco hubiera podido hacer este dios en Yocla, pues allí ya tenían a su Príapo particular, que no era otro que Carlitos.

Este había evolucionado. Ya no era el joven apocado que había vivido toda su vida sin necesidad de sexo y ahora, desde que había conocido a la que era su esposa, no podía prescindir ni una sola noche de practicarlo. Sin embargo ahora todo era más difícil. Consuelo estaba embarazada, según sus cuentas de siete meses, pero el feto estaba tan bajo, según las entendidas, que parecía estaba de nueve meses y ya a punto de parir.

En las dos últimas semanas, encontrar una posición cómoda para poder hacer el amor, se tornaba imposible. Los “ayees” y quejidos de su esposa eran continuos y lo que Carlos mas temía es que esas imprudencias, aparte no disfrutar nada, pudieran dañar al feto. Se desfogaba manualmente a escondidas de su esposa que a pesar de todo nunca hubiera permitido tanto desperdicio y ayudaba a Consuelo en todo lo que podía, aunque no daba abasto. Su mujer se había convertido en una carga más que en una ayuda y los trabajos de ebanistería, que en definitiva era de lo que vivían, iban acumulándose y retrasando las entregas con las consiguientes quejas de los clientes que comprendían su situación pero no la admitían.

Finalmente optaron por trasladarse a casa de los padres de Consuelo. En donde estarían bien atendidos y a la hija la tratarían como a una reina.

Mercedes, su madre, la recibió con alegría y su padre, cuya situación económica había mejorado mucho desde la boda de su hija, no puso ningún impedimento. El problema era que allí no cabían todos. La habitación de soltera de Consuelo era tan minúscula que no entraba una cama de matrimonio y el triste jergón que albergaba apenas daba para soportar el ya voluminoso cuerpo de la parturienta.

Ambos pasaron juntos una primera noche horrible y al día siguiente, la familia decidió que el esposo durmiera por las noches en su casa, para comodidad de todos, trabajará allí y solo se acercase por casa de los suegros a las horas de la comida y de la cena, tiempo suficiente para no perder el contacto con su esposa.

Por otra parte la casa de Ernesto y Mercedes, estaba separada apenas por cinco portales de la que ocupaba la tía Pura, sanadora del pueblo y , desde que había fallecido la Tía Pascuala, también la matrona oficial, que siempre podía echar una mano urgente, si el parto se presentaba difícil y la criatura venia de culo y no de cara.

A Carlos no le importaba hacer un par de viajes al día hasta el Poble Vell, pues caminar no le vendría mal y si tenía prisa contaba con la inestimable ayuda de su brioso corcel, que le había regalado Don Camilo por su boda, y que languidecía en el patio de su casa, cuando alguien no lo sacaba para cabalgar.

Consuelo y su vecina Marieta, esposa de Nelo, se habían hecho grandes amigas y solían salir a dar largos paseos por los alrededores montadas en los caballos de sus esposos, cuando ellos estaban en casa y no los necesitaban. Solían desplazarse cabalgando hasta la vecina Altea o la más lejana población de La Nucua, en donde podían adquirir productos frescos del campo para alternarlos con su monótona dieta de pescado.

El embarazo fue dificultando paulatinamente las salidas de Consuelo, pero eso no fue óbice para que Marieta lo hiciese en solitario. Cuando Nelo estaba de viaje por tierra, lógicamente se llevaba su montura y como los desplazamientos a Alcoy se hacían cada vez más frecuentes, Marieta se desesperaba y finalmente optó por pedir prestado a Carlos o Consuelo su caballo y salía a cabalgar sola, libre y con los cabellos al viento.

Carlos no podía trabajar tranquilamente, la imagen de Consuelo impresa en su mente lo perturbaba continuamente, mientras su miembro adquiría proporciones descomunales y precisaba urgentemente desahogarse. ¿Cuántos días, o mejor dicho semanas, llevaba sin disfrutar del sexo con su adorable esposa? Había perdido la cuenta. Carlos decidió entrar en acción, se introdujo en su casa dispuesto a soltar toda la energía retenida y poder reanudar su trabajo en paz.

Se metió por la puerta trasera que daba al patio y atrancó la principal para que nadie pudiera sorprenderle. Se quitó los pantalones y se sentó en un taburete con una jofaina situada a sus pies y preparada para recoger lo que iba a venir y comenzó a masturbarse. Se había untado las manos con mantequilla, ya que usaba ambas, para evitar el roce de su áspera piel y tener la sensación de que el miembro se encontraba en el interior de una vagina. Tenía los ojos semicerrados y su imaginación puesta en Marieta con la que compartía todas sus fantasías sexuales, aunque en la realidad los polvos los pegaba con su esposa. Por ese motivo no se percató que la luz de la habitación disminuía al colocarse un cuerpo opaco en el dintel de la puerta y evitaba que entrasen los rayos del sol.

Un leve chasquido hizo que los abriese y viese la imagen de Marieta, esta vez real y no en su imaginación. Por desgracia no estaba desnuda sino que vestía una camisa y unos pantalones de Nelo que es lo que se ponía cada vez que salía para montar a caballo.

Los patios de detrás de las casas del Poble Nou, estaban delimitados por unos pequeños muros que apenas alzaban un palmo del suelo, que soportaban un entramado hecho con cañas secas y arbustos plantados a ambos lados y sabiamente podados, que con el tiempo se había convertido en un muro casi inexpugnable.

Entre los patios de Carlos y Nelo, ya desde la época de sus padres y por el continuo trasiego, se había formado un paso que aprovechaban los vecinos, de ambos patios, para pasar de uno al otro sin tener que salir a la calle. Lo había aprovechado la madre de Carlos para pasar a arreglar la casa de Nelo cuando sus padres fallecieron y este todavía se encontraba soltero.

Como Consuelo y Marieta continuaron comunicándose por allí y sus respectivos esposos eran amigos, nadie vio ningún inconveniente en que el paso continuase abierto y no se obstruyese. Al fin y al cabo si querían un poco de intimidad solo tenían que cerrar la puerta, y eso era precisamente lo que Carlos no había hecho.

-¡Alma de Dios! ¿Cómo se te ocurre hacer esas cosas estando casado y queriendo como quieres a tu esposa?

Carlos, avergonzado, trató de ocultar sus vergüenzas poniéndose unos pantalones que no sabía ni siquiera donde los había dejado.

-Perdona, pero...

-No te molestes en darme excusas, porque te comprendo perfectamente y no te molestes en ponerte los pantalones, pues hace tiempo que no contemplo este miembro tan hermoso y quiero resarcirme. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor con Consuelo?

-¡Uf! Por lo menos más de un mes.

-Y teniéndome a mi has consentido llegar a esto

-Ahora estoy casado y no podemos hacer lo que hacíamos.

-Te olvidas que yo si lo estaba. Pero ¡joder! no me digas eso que ya no recuerdo cuando probé por última vez esa picha brava. Lo menos siete largos meses, si la memoria no me falla. Demasiado tiempo para el cuerpo.

-No puedo hacerle esto a Consuelo.

-Ni yo a Nelo ¡No te jode! Pero un amigo esta en apuros y yo no puedo dejarlo abandonado.

Se quitó la camisa mostrando sus turgentes senos y seguidamente los pantalones dejando al desnudo su escultural cuerpo. Se dirigió lentamente hacia la cama dejándose caer encima de ella y esperando la visita del hombre. Carlos cerró la puerta trasera, pues no quería mas visitas inoportunas, aunque esta, no lo había sido en absoluto.

Se lanzó sobre ella en la cama y la penetró sin que ella tuviese una preparación previa. Gracias a que su pene estaba todavía bien untado de mantequilla la introducción fue fácil y el grito, que se preveía de dolor, lo fue de placer.

Su dicha en un pozo, pues Carlitos estaba tan excitado que al segundo movimiento, cuando ella comenzaba a saborear el caramelo, se vació dentro de ella.

Ni media hora tardo el hombre en recuperarse para realizar un nuevo intento, esta vez plenamente satisfactorio para ambos.

Mientras tanto hablaron de sus cosas y decidieron que mientras Consuelo estuviese en cuarentena y Nelo de viaje se consolarían mutuamente sin nada que reprocharse.

Cuando terminaron de hacer el amor, Marieta tuvo que volver rauda a su casa si no quería que la olla al fuego que estaba cocinando su comida no se le quemara.

Por otra parte las campanas de la iglesia tocaron el ángelus y Carlos comprendió que tenía que apresurarse en llegar a casa de sus suegros si no quería comerse únicamente las sobras.

Ernesto, su suegro, era muy tradicional, y ya que había tenido que engañar al hambre cuando no había nada que comer, ahora que podía quería comerla a su hora. En la corta sobremesa Carloitos intentó convencer a su nueva familia, que el trabajo acumulado era mucho y pensaba saltarse la cena, para poder adelantarla. A Consuelo y a Mercedes no las convenció, pero si a su suegro, que como solía madrugar, las largas veladas que se hacía cuando su yerno estaba en la casa no le convencían en gran manera. Por lo que decidió que Carlos no hacia ni puñetera falta que apareciera por allí esa noche.

Cuando Ernesto se marchó al campo, la madre de Consuelo se fue a “ascurar” a la fuente publica, pues en su casa, no tenían aljibe, que les proveyera del preciado liquido.

Consuelo decidió acostarse, pues le dolía todo el cuerpo y no podía permanecer de pie. Carlos que tenía mala conciencia por lo que suponía iba a hacer esa noche, decidió que no estaría mal contentar un poco a su esposa y dejarla ahíta y satisfecha. La acompañó a la cama, la ayudo a acostarse en el estrecho jergón. Allí no cabía ninguna otra alma, por lo que se arrodilló en el suelo y comenzó a besarle la cara, cuando lo hizo en la boca, ella se estremeció de placer, y cuando llegó a su cuello, aparte un enorme chupetón, logró que la piel se pudiera de gallina y los pelos del cuerpo se le erizaran. Mientras su mano ya la había metido por debajo de su falda, hasta llegar a la altura de la barriga con la excusa de captar una de las miles de patadas que lanzaba su futuro vástago. Al sacarla recorrió lentamente el pubis de la mujer y se detuvo en su clítoris masajeándolo suavemente. Consuelo se retorció en la cama y abrió ligeramente sus piernas. El hombre aprovechó para introducir sus dedos, índice y corazón, en la vagina, mientras que con el pulgar insistía sobre su sensible apéndice. La mujer comenzó a mover rítmicamente su pelvis, como si realmente estuviera haciendo el amor con un hombre encima de su cuerpo hasta que finalmente este explotó sacudiéndose de placer.

Carlos agradeció que su suegra no estuviese en la casa, pues apenas había podido ahogar con sus besos, los gemidos y gritos de placer que ella emitía. Durante el acto los ojos de la mujer habían

permanecido cerrados, pues en ningún momento quiso ver la realidad y solo sentir lo que estaba experimentando.

Cuando todo terminó, Consuelo se quedó dormida. El hombre la arropó y salió de la casa dejando la puerta entornada. Montó en su caballo y se dirigió a toda velocidad hacia su casa.

Marieta no apareció por ella en toda la tarde, aunque se notaba que estaba trajinando en la suya. Lo que le permitió adelantar en buena medida su trabajo. Cuando la luz del sol desapareció y los candiles de aceite que trataban de complementarlo ya no daban la suficiente luz para realizar un trabajo tan delicado como el que estaba haciendo, lo dejó.

Se fue hacia la playa, dejó sus ropas sobre la arena y se bañó. El agua del mar estaba fría pero no tanta como el agua potable de su casa. Nadó mar adentro tomando como referencia las débiles luces de las barcas en el sardinal. Cuando era más joven, junto con Nelo, Jaime, Quico y otros amigos, apostaban para ver quien llegaba antes hasta las barcas, ayudaban en la faena y regresaban montados en ella. Como recompensa obtenían unos cuantos peces. Debía de estar a mitad del camino, pues las luces del casino estaban a la misma distancia que la de las barcas. Decidió regresar, no le apetecía pasar una noche fría faenando en las barcas, cuando le esperaba una cama caliente con Marieta dentro. Estaba helado y corría el peligro de que le diera un calambre y se ahogase. Recordaba que a lo largo de su vida, dos jóvenes, amigos suyos, habían perdido la vida en el intento y aun así, continuaban haciéndolo generación tras generación sin que nadie pudiera evitarlo. Esperando el nacimiento de un hijo, no era ese el mejor momento para ello ocurriera. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y desde luego no deseaba morir. Tenía una mujer maravillosa, un hijo por criar e incluso como amante al amor platónico de toda su vida, que ya no lo era tanto pues se había convertido en algo real. Dio media vuelta y regresó con lentas brazadas, pero rítmicas y sin pausa, hacia la playa. Cuando salió del agua estaba relajado y nada cansado. El aire estaba más frío que el agua, que todavía conservaba un poco de calor, por su exposición durante todo el día al sol. Recogió la ropa y sin vestirse, con el pene flácido al aire y balanceándose de parte a parte como el badajo de una campana, se dirigió corriendo hacia su casa.

Una vez en ella y antes de entrar en calor, se arrojó sobre su cabeza un par de cubos de agua potable que tenía preparados para quitarse el salobre y los restos de arena que su cuerpo pudiese albergar. Después se envolvió con una gruesa toalla y frotó vigorosamente su cuerpo con ella para secarlo, lo embadurnó con un perfume francés que había llegado en el último alijo procedente de Marsella y que según algunos volvía locas a las mujeres y se vistió con decoro.

Pasó a casa de Marieta apenas percibió los efluvios de una opípara cena que se colaban por la puerta trasera. La mujer no lo esperaba para cenar, pero se alegró que apareciera tan pronto y no dudó en compartir su comida, por otra parte abundante, con él. No esperaban a nadie y no tenían prisa, por lo que la velada fue mas larga de lo normal. Habían hecho en dos ocasiones el amor esa misma mañana y no tenían ninguna prisa en reanudarlas. Esperaron a que los últimos parroquianos y hasta el mismo Tonet abandonasen el Casino, pues no querían que ningún grito de placer que pudieran emitir, fuese escuchado por algún oído inoportuno, máxime si tenemos en cuenta que Nelo no estaba en su casa, medio pueblo lo sabía y la otra mitad no tardaría en enterarse si algo raro ocurría.

Carlos y Marieta, apenas terminada la cena, apagaron todas las luces y solo se alumbraban con el débil resplandor que emitían las llamas del hallar. Cuando la última voz del casino se extinguió y solo reinaba el más absoluto silencio, se fueron a la cama casi a oscuras, pues las brasas, casi cubiertas por la ceniza, no emitían la más mínima luz aunque aseguraban un ambiente cálido, aparte lo que iba a venir, durante toda la noche.

Carlos dejó sus dos prendas de vestir, camisa y pantalón, donde pudo y se metió rápidamente en la cama en donde el cálido y neumático cuerpo de Marieta ya lo esperaba para albergarlo.

Se abrazaron y besaron, mientras sus respectivos cuerpos se ponían a tono y se dispusieron a recibirse el uno al otro.

Un par de veces si hicieron el amor esa noche y Marieta en una de ellas, no recordaba cual, notó una sensación extraña que no había experimentado nunca a pesar de las innumerables ocasiones que había realizado el coito y con distintos hombres. La sensación no había sido precisamente de placer, pues los orgasmos ya los habían tenido un poco antes, sino era otra que no sabía cómo describir.

Si hubiese tenido un poco de experiencia, tan vez hubiese sabido que se había quedado embarazada, pero eso lo supo, ya con certeza, pasado dos meses.

Si Carlos hubiese sido listo, después del segundo, se hubiese levantado de la cama y marchado a sus dominios en donde hubiese dormido tranquilamente y todo lo que hubiese querido. Al fin y al cabo, contando los dos de esa mañana, había pegado cuatro polvos ese día, hazaña que no estaba al alcance de todo el mundo. Sin embargo no le apetecía salir al exterior, con el frío que hacía, entrar en una casa que no tenía el fuego del hallar encendido y meterse en una cama entre solitarias y frías sabanas. Por otra parte aun albergaba la esperanza de que el lívido se despertase otra vez y tuviera ocasión de actuar de nuevo.

Pero no era ese el día y poco a poco, entre besos de amor y algún que otro tocamiento se quedaron dormidos. Estarían ambos en esa fase del sueño en que no te despiertan ni a cañonazos, porque ninguno de los dos oyó los golpes en la puerta, ni como el pestillo de la misma se levantaba gracias a la acción que una llave ejercía en la cerradura exterior. El intruso se acercó sigilosamente a la cama, se desvistió rápidamente y como vino al mundo se metió en ella. Desplazo, suavemente y sin despertarla, a la dama que ocupaba buena parte del tálamo conyugal que le correspondía y que estaba completamente desnuda. No se extrañó, pues Marieta solía dormir en cueros tanto si lo hacía sola como acompañada. Ésta al ser desplazada, dio la vuelta sobre si misma cayendo encima de su anterior acompañante. Carlos se despertó enojado y quiso protestar por lo que creía había sido una incursión pasajera de la mujer en la parte de la cama que le correspondía. De pronto sus labios se sellaron cuando su nariz percibió el característico olor a macho cabrío que desprendía el cuerpo de Nelo cuando llevaba varios días sin bañarse. Su cuerpo se quedo paralizado, no sabía si por miedo, pero lo cierto es que era incapaz de mover uno solo de sus músculos. Por otra parte eso no le convenía si quería que Nelo no detectase su presencia.

Hubiese deseado salir de allí corriendo y poner tierra por en medio para luego negarlo todo. No podía sin embargo poner a su amante en evidencia y lo que necesitaba era toda la sangre fría que pudiese acaparar, para salir airoso de aquel apuro. Ahora se maldecía por no haber organizado el encuentro en su casa, en donde Nelo no los hubiera sorprendido juntos. Pero bien mirado no sabía si era peor esto o que su amigo no hubiese encontrado a su esposa, a esas horas, en la cama y sola por supuesto. El lio que se hubiese organizado seria de órdago. Se imaginaba a su amigo, con la navaja en la mano, entrando en todos los hogares sospechosos para comprobar que la que yacía con el hombre de la casa no era Marieta.

Sintió como la mujer era dulcemente apartada de encima de su cuerpo y que una mano, que no era precisamente de ella, lo había rozado ligeramente. El hombre pugnaba por introducir su miembro, por detrás, en la vagina de la mujer. Ésta, todavía medio dormida, no colaboraba en el intento e incluso estuvo a punto de quejarse, pronunciando el nombre de Carlos y que ya no eran horas. Pero cuando comprobó que el calibre del cuerpo extraño que pugnaba por introducirse en su cuerpo no era el que había estado recibiendo durante todo el día y por primera vez percibió el característico aroma de su esposo, quedó paralizada y su sangre se heló en sus venas. Por si había alguna duda, la voz de Nelo confirmó su presencia allí.

-Esta húmeda. ¿Has soñado conmigo esta noche?

-Si cariño. Desde que te fuiste no he dejado de soñar con este momento.

Marieta adoptó una posición más cómoda para facilitar la entrada del miembro de Nelo que

todavía no había encontrado su camino y aprovechaba la ocasión para darle un patada a su amante y despertarlo si todavía se encontraba dormido. Comenzó a jadear y gritar como una loca para ahogar cualquier ruido que Carlos pudiese emitir.

Este aprovechó la ocasión para sigilosamente dejarse caer de la cama. Allí, a oscuras, no sabía en donde había dejado sus ropas. Tanteo el suelo desesperadamente buscándolas sin resultado positivo. Lo malo es que ni siquiera recordaba en donde las había tirado la noche anterior. Trató de orientarse para intuir en donde estaba la puerta del patio y cuando lo tuvo bastante claro se arrastró hacia ella.

Mientras Marieta, para facilitarle la huida, había invertido los papeles con su esposo y ahora se encontraba encima de él. Mientras le acariciaba los cabellos con sus manos tenía sujeta su cabeza y le besaba los ojos para que no tuviese la ocasión de desviar la mirada y percibir, aunque fuera débilmente, lo que ocurría a su alrededor.

Cuando el coito llegó a su punto más álgido y los gritos de placer de ambos se hacían más evidentes. Carlos, ya fuera del alcance de la vista de los amantes, se incorporó y corrió hacia la puerta trasera. Ni el leve chirrido que hizo la misma al abrirse, ni el débil rayo de luna que entró en la casa, fue percibido por la pareja que en esos instantes solo estaban en lo que estaban.

Cuando Marieta se despertó al día siguiente, la luz solar ya invadía la habitación. Lo primero que vieron sus ojos fue la camisa y los pantalones de Carlos, echados en el suelo y que cantaban esplendorosamente pues eran mucho más pequeños que los de su esposo, que estaban igualmente en el suelo pero al otro lado de la cama. Los recogió rápidamente y los metió debajo del colchón de su cama. Se sentó sobre ella para reflexionar y porque estaba cansada como una mula que hubiese estado trillando en una era una semana seguida. El corazón le dio un salto cuando comprobó que sobre la mesa estaban todavía los restos de la cena de ayer y los servicios que se habían empleado y que claramente delataban que habían sido dos los comensales. Se apresuro a retirarlos. Lavó los platos, vasos y cubiertos empleados y los guardó. Solo cuando comprobó que no quedaba ninguna huella de su delito, se volvió a acostar y comprobó que Nelo todavía estaba plácidamente dormido. Se despertó a media mañana, comprobando que alguien estaba achuchándola de nuevo. Se dejó hacer, sin protestar ni colaborar en el intento, deseando que un día como el de ayer no volviese a repetirse.

XXXXX
XXX
X

Carlitos no pudo dormir en toda la noche. Suponía que Nelo no lo había visto y no se había enterado de nada, pero no estaba seguro. Igual lo había visto y se hacia el loco para evitar un escándalo y luego cuando estuviesen solos le pediría cuentas. Aunque no lo esperaba. Su amigo era de un carácter violento y se cegaba fácilmente, de haber visto a alguien al lado de su esposa, primero lo hubiese matado y luego averiguado quien era.

Apenas amaneció y aunque estaba verdaderamente agotado, se levantó de la cama, tomó un vaso de leche mezclada con un poco de café y un trozo de pan y marchó al barracón que tenía en el patio y que le servía de taller. Por desgracia era frío en invierno y caliente en verano. Le gustaba más antes, cuando lo tenía dentro de casa, en la habitación que antes les sobraba y ahora habían habilitado para alojar a su futuro retoño, pero todo sea por él. Encendió una pequeña hoguera con burumballa, que es como le llamaba a las laminas que se desprenden al cepillar la madera, y restos de listones, añadiéndole posteriormente un buen tronco que pronto ambientaría el pequeño habitáculo.

Cuando se tomó un pequeño descanso, miró por la ventana, observando que el sol todavía no había alcanzado su zenit. Debían ser las once de la mañana y sus vecinos todavía no habían dado signos de vida. No sabía si eso era bueno o malo.

Poco después Nelo salió a su patio completamente desnudo, parecía tranquilo. Se echó sobre la cabeza un cubo de agua fría y se enjabonó abundantemente, necesitó otros tres cubos más de agua para quitarse todos los restos de jabón de su cuerpo y luego lo frotó vigorosamente con una toalla para secarlo. Por lo menos no olerá a cabrito cuando venga a estrangularme, pensó Carlos, mientras en su interior se reía por el doble sentido de sus palabras.

Pocos minutos después lo tenía en su barracón. Se asustó al percibir su presencia y lo recibió con ciertos reparos, que desaparecieron inmediatamente cuando ambos se unieron en un fuerte abrazo. No pudo evitar un escalofrío de placer al tener al hombre de su vida en sus brazos, su inclinación sexual había variado, pero no lo suficiente, no sabía si obtenía mas placer abrazando a Nelo o a Marieta. Antes ninguno de sus amigos se atrevía a abrazarlo y ni siquiera tocarlo para evitar malas interpretaciones. Pero desde que se había casado con Consuelo, el tabú desapareció espontáneamente y la relación con sus amigos había cambiado por completo. Él disfrutaba con ello.

-¿Has cuidado de Marieta, mientras he estado fuera?

-Puedo asegurarte de que ningún hombre se ha acercado a ella, excepto yo naturalmente.

-¿No te a habrás tirado? – bromeo Nelo

-Únicamente porque ella no ha querido.

Ambos amigos rieron la broma.

-Vamos a casa de Tonet, te invito a almorzar.

Salieron por la puerta principal de la casa de Carlos y al pasar por la contigua, Marieta estaba barriendo en el umbral de la puerta. Carlos se acercó a ella contento y como si no la hubiese visto en toda la semana, le guiñó un ojo y le estampó dos sonoros besos en ambas mejillas, mientras una de sus manos se desplazaba por detrás para sobarle una de sus nalgas. Interponiendo, claro está, su cuerpo para que Nelo no se diera cuenta.

-¿Cómo ha dormido mi niña esta noche? – le dijo empleando la voz de mariquita que sacaba cuando le convenía.

-Bien. Hasta que el pelmazo de tu amigo llegó a altas horas de la madrugada y me amargó la noche.

Nelo rio la ocurrencia de su esposa y ambos amigos entraron en el casino.

CAPITULO XXII

El parto de Consuelo

Don Camilo ya estaba cabreado de buena mañana. Antes de comenzar la misa de ocho, al cura le sorprendió la presencia de Pepe el Pollero en la iglesia. Recordaba que la última vez que lo vio por allí fue cuando se casó su hermana y él era el novio. Antes, no lo había visto nunca. Y después tampoco

Lo interrogó con la mirada, primero preocupado, después ansioso y más tarde aliviado cuando le confesó que los dos hombres enviados a Alcoy, habían regresado vivos y sanos. Las mulas y caballos que se llevaron estaban en las cuadras, pero en el almacén no había rastro de mercancía.

No sabía si se la habían robado, requisado o cosa rara no habían conseguido traer nada. Por suerte los chicos estaban bien, porque de buena mañana se presentó en casa de la Tía Pura para interesarse por Jordilí y esta le dijo que había regresado entre las dos y las tres de la madrugada. Que se había pasado toda la noche haciendo uso de un matrimonio que todavía no había contraído y que en esos momentos la parejita todavía estaba descansando. Reconoció que ella tampoco debió levantarse tan temprano pues había pasado una noche horrible.

Por otra parte el Tío Pepe también le dijo a Don Camilo que no se había atrevido a contactar con Nelo, pues esperaba verlo en las mismas condiciones y que ya lo intentaría mas tarde.

-No te preocupes que ya me encargo yo de ello – le tranquilizó el cura.

Cuando llegó a casa de Nelo comprobó que la puerta estaba cerrada. Aplicando su oreja a la misma no oyó, en su interior, ni el sonido del vuelo de una mosca. Y mucho menos algún ronquido que detectase que todavía estaban durmiendo.

-Bendita juventud, que ni siquiera roncan cuando duermen – se dijo mientras se dirigía al casino en espera de acontecimientos.

Cuando Carlos y Nelo entraron en el salón, este ultimo vio que la invitación a su amigo iba a salirle barata.

Don Camilo estaba sentado en una mesa preparada para seis u ocho comensales, llena de viandas, de las que no había consumido ni una mínima parte. El cura ya no era el glotón de antes y se notaba que había adelgazado bastante, que cuidaba su dieta la mayor parte de los días y que solo, en contadas ocasiones, y debidos a grandes eventos se la saltaba. Ahora parecía diez años más joven que cuando llegó.

Era tarde para almorzar y pronto para comer. Cierto es que podían hacerlo allí poniéndose las botas, pero después de lo que les había ocurrido no querían dejar plantadas a sus respectivas esposas.

-¡Nelo; ¡Carlitos; venir a la mesa y sentaos – gritó Don Camilo pregonando la bondad de los productos que ofrecía – hay manjares suficientes para engañar el hambre, pero creo que tendremos que contar con la colaboración de algunos más para poder terminárselos.

El cura nunca había sido un tacaño, pero lo parecía simplemente porque siempre careció de dinero. Ahora que lo tenía en abundancia, lo derrochaba y le gustaba dar grandes pruebas de su prodigalidad.

Nelo sabía lo que quería el Mosén y no quiso hacerlo esperar más.

-¡Hola; Don Camilo. Mal viaje ha sido este – le adelantó para cubrirse las espaldas.

-Cuenta pues y no me tengas más tiempo en ascuas.

-Cuando llegamos a Alcoy...

Nelo cogió un trozo de jamón y mientras hablaba también masticaba, por lo que de su boca solo salían palabras ininteligibles que a sus interlocutores, sobre todo al cura que no sabía de la misa la mitad, les costaba comprender por lo que tenían que interrumpirle continuamente para aclarar algunas palabras o comprender conceptos.

-Deja de comer de una puñetera vez, que así no podemos aclararnos – le interrumpió de nuevo el reverendo – después si quieres te llevas a casa el dichoso plato de jamón y la pieza entera que tiene Tonet colgada en la cocina si te apetece. Pero vamos a centrarnos de una puñetera vez en los hechos -resopló hay evidentemente enfadado - Sabemos que entrasteis en Alcoy con la mercancía, porque en la Masía de Morales no había nadie. Que entregasteis la mercancía en la fábrica de Pepe y con respecto a la historia de Joan Prats me importa un pimiento, porque como alcoyano que soy me la conozco al dedillo y no expreso mi opinión sobre los hechos, como pretendes, porque si dijera lo que pienso me pondría en evidencia, y no es ahora mi deseo. Lo que me interesa es por qué salisteis de la ciudad sin la carga y que pasó en el trayecto de vuelta.

-¡Vale; ¡Vale; No se ponga así – dijo mientras escupía al suelo un último taco de jamón a medio masticar. Mientras el señor Pepe y Virgilio estaban durmiendo, Jordilí y yo, que de momento no teníamos sueño, estuvimos hablando. Allí no pintábamos nada y la cosa todavía podía ir a peor. Como podía ser que cercaran la ciudad, que según se decía todavía no lo estaba, y que la asaltaran después. Lo ideal era salir, pero si cargábamos los caballos con mercancía, igual los guardias de la puerta consideraban que queríamos huir y no nos dejaran salir. Pensamos que si nos presentábamos en la puerta con las mulas sin carga y les decíamos que nos habían mandado para traer víveres de una masía cercana para ayudar a la villa a resistir el asedio. Podíamos tener una oportunidad. Antes de amanecer despertamos al señor Pepe y le expusimos nuestro plan. Nos dio el visto bueno e incluso nos animó a seguirlo y como lo habíamos previsto salimos de Alcoy. Fuimos a la Masía de Morales, en la que todavía no había nadie y recordando lo dicho por Virgilio intentamos localizar la casa de Ana en la que supuestamente debían de estar sus padres y hermanos. Allí los encontramos. Ramón, el padre, nos dijo que como Virgilio estaba en Alcoy y todavía no había regresado no tenía ninguna carga para nosotros. Como ya era tarde nos invitó a cenar y a dormir en el suelo de una casita minúscula ya abarrotada de gente. Al día siguiente partimos de buena mañana y cuando bajábamos el puerto de Confrides nos topamos con la partida de Saoret. Nos dijo que le contáramos que pronto vendría a rezar a la iglesia de Yocla con toda su familia como había prometido y que usted ya me comprendería. – Don Camilo asintió con la cabeza – También nos dijo que la cosa se estaba poniendo muy mal para ellos y muy pronto también para nosotros. Que hacía dos días en un asalto a una masía de Cuatretondeta, Ángel, el padre de su amiga Lirios, había recibido un disparo en pleno corazón. Varios de sus hombres habían desertado y que a los otros les estaba buscando acomodo para poder retirarse con toda tranquilidad. Y ya no creo que quede nada más que contar, salvo que anteayer cenamos y nos alojamos en una venta que hay antes de llegar a Benimantell, en donde nos tiramos a la hija de la ventera que es una chica muy dispuesta. ¡Claro; que tal vez eso no le interese.

-¿Esta buena la moza?

-Tierna y lozana como una “mangrana” recién cortada del árbol.

-Entonces si me interesa. En mi próximo viaje a Alcoy, hasta puede que me pase una noche allí.

-Tenga en cuenta Don Camilo que la chica no cobra, lo hace por gusto y que todo lo que tiene es furor uterino. Por supuesto hay que conquistarla ante y desde luego la madre no sabe nada. Ándese con cuidado pues más de uno ha salido a tiros de allí perseguido por la progenitora.

-Difícil me lo pones, pero he de reconocer que esas son precisamente las cosas que más me gustan.

-Otro consejo. Cuando se la meta, tápele la boca o mejor la amordaza antes. Porque si la madre se despierta, algo difícil porque tiene un sueño muy pesado, puede armarse la de Dios.

-La de Dios se armara si Marieta se entera de tus andanzas.

-Ella ya lo sabe. Si no con certeza, por lo menos lo intuye, pero no puede decirme nada porque no tiene pruebas y yo siempre niego cualquier acusación.

-Algún día volverás y te la encontraras tendida en la cama y con alguien encima – le dijo el cura, más que para poner cizaña, averiguar qué ocurriría si fuese él el perjudicado.

-A ella no le haría nada porque la quiero con locura y no podría vivir sin ella, pero al maromo seguro que le cortarían los dos huevos y hasta lo dejaría sin mear una buena temporada si me aprietas demasiado.

Carlitos trago saliva y puso cara de circunstancias.

La conversación siguió por otros derroteros más amables, pero sin abandonar el tema sexual que últimamente estaba muy arraigado en el pueblo. Cuando se vio interrumpida por la entrada en el salón de un muchacho de unos quince años, con la cara congestionada por la carrera que había dado desde el Poble Vell hasta la playa.

-La Consuelo está a punto de parir – dijo medio ahogado por el sofoco que llevaba – porque esta chillando como una loca. Me han dicho que bajara corriendo y avisara al padre.

Don Camilo y Carlitos se levantaron al unísono y se dispusieron a salir corriendo.

-Don Camilo – dijo Nelo - solo llaman al padre. A usted ya lo avisaran para el bautizo.

El cura se detuvo, pues creía que había metido la pata. Se repuso, sin embargo, rápidamente. Se había perdido el nacimiento de su hija y ahora no iba a perderse también el del segundo que no sabía todavía si sería varón o hembra.

-Olvidas Nelo que ese niño es también mi hijo espiritual. Y como a tal, no puedo dejarlo solo en estos momentos. – Dirigiéndose a Carlitos - ¿Supongo que no tienes ningún inconveniente en que asista al parto?

Carlitos se quedó perplejo, no dijo ni sí ni no, pero alzó los hombros y asintió con la cabeza. Al fin y al cabo el cura les había ayudado, tanto espiritual como económicamente, y podía tratarlo como uno más de la familia.

-Entonces no se hable más. Carlitos coge tu caballo... y tú Nelo, déjame el tuyo que si subo montado en Leonarda no llego hasta media tarde.

No tardaron ni diez minutos en llegar a casa de los padres de Consuelo. Los alaridos de dolor de la parturienta ya comenzaron a oírlos apenas traspasaron el portón de entrada al pueblo.

La habían colocado en la cama de los padres, que era mucho más amplia que el cuchitril en donde ella dormía.

Mercedes estaba atendiendo a Consuelo en el parto, mientras que su marido, que no había vuelto al trabajo obligado por las circunstancias y más por obligación que por devoción, continuaba sentado delante la mesa del comedor, dando buena cuenta de la media botella de vino que había sobrado de la comida.

La habitación de la parturienta estaba abarrotada de vecinas que habían acudido atraídas por los desgarradores gritos que esta emitía, y que lo único que hacían era molestar más que ayudar.

Don Camilo las echó a todas a la calle sin contemplaciones y cuando se quedó solo con Consuelo, Carlitos y Mercedes, notó la ausencia de la Tía Pura.

En el pueblo la que atendía el parto era la madre o alguna vecina en ausencia de esta. A la partera solo se la avisaba si la cosa se ponía mal y precisaban urgentemente su ayuda. De esta forma se ahorrraba un dinero muy necesario en las paupérrimas economías familiares de la época.

-¿Y la tía Pura – preguntó el cura.

-No creo que haga falta su presencia – le informó la madre.

-Si no hace falta. ¡De puta madre! Pero mejor es tenerla aquí para que nadie meta la pata y después sea todo prisas y llantos. Como además voy a pagarle yo. ¡Carlitos! Haz el favor de ir para avisarla.

Don Camilo se sentó en una silla al lado de Consuelo y comenzó a darle palabras de ánimo intercaladas con algunos rezos.

En el momento en que se quedaron solos, pues el marido todavía no había regresado con la partera y la madre hacía continuos viajes a la cocina para comprobar que el agua que se estaba calentando no llegase a hervir demasiado, el cura aprovechaba para darle cálidos besos y todo su

apoyo.

Para su desgracia pronto llegaron Carlos y la tía Pura. El esposo viendo la diestra ocupada se aposentó en la siniestra. La partera tomó inmediatamente cartas en el asunto puso a Consuelo en una posición más cómoda, quitando cojines de aquí y poniéndolos allá, le dio a beber un brebaje que ya traía preparado que con toda seguridad le aliviaría el dolor y flexionó las rodillas de la parturienta metiendo posteriormente su cabeza debajo del camisón. A Don Camilo le pareció que esa posición era igual a la que empleaba él para masturbarla lamiéndole el clítoris con la lengua. Imaginó que la muy guarra estaba haciendo lo mismo, pero no lograba complacer a la paciente, pues en vez de emitir pequeños gritos de placer, continuaba chillando como un gorrino a punto de ser degollado.

-Esto está todavía verde – anunció la Tía Pura – pero puede explotar en cualquier momento. Carlitos haz el favor de traerme una copita de anís que aquí hay para rato.

Cuando el mozo partió para cumplir el encargo y se quedaron a solas la Tía Pura y el cura, pues Consuelo, después de tomar el brebaje, parecía estar en la inopia, la partera le dijo al cura, tal vez molesta por la presencia de este en el parto o porque intuía lo que había pasado y sabía con certeza que el bombo de la moza no era de siete meses sino de nueve y bien cumplidos y que en el momento de la concepción los chicos ni se conocían.

-Quiere verle el coño ahora que estamos solos o ya se lo ha visto bastante – le soltó la vieja de repente y con una mala leche encima impresionante.

-Doña Pura...Doña Pura... - le respondió el cura, que ya la veía venir, sin inmutarse y con una sonrisa angelical – Tenga en cuenta que yo sé más cosas malas suyas, que usted de mi. Y aunque estén bajo secreto de confesión, cuando me tocan los cojones, pierdo la chaveta y suelo pasármelo por el forro. Así es que usted verá.

La anciana, ante la contundente respuesta, decidió dejar las cosas como estaban, tragarse el orgullo y dejar de importunar al cura que sin duda era un mal enemigo. A partir de ahora optó por ignorarlo y tratar de hacer bien su trabajo.

Tres largas horas tardó el neonato en nacer. Los copadres, cansados ya de tanto grito, habían decidido emigrar a un sitio más tranquilo y vaciar la escualida bodega de Ernesto, que Don Camilo no tardó en reponer espléndidamente y con creces.

Como a pesar de todo, los gritos de la parturienta no dejaban de importunar a ambos, decidieron finalmente dar una vuelta para tomar el aire y dejar las cosas de las mujeres para ellas.

Regresaron en el momento oportuno. Cuando los chillidos de Consuelo era más seguidos y agudos. Se colocaron detrás de la Tía Pura para ver el espectáculo, desplazando a Mercedes, que molesta, se fue hacia un lado.

Vieron que aquello que ambos habían catado se abría más de diez centímetros, cosa que nunca hubieran imaginado pues ni Carlitos precisaba tanto, y que el hueco se llenaba de algo piloso que se confundía con el vello púbico de la madre.

Con cada esfuerzo y el correspondiente grito, aquello se habría un poco más y una diminuta cabeza comenzó a emerger.

Gracias a Dios los gritos repetitivos de “Empuja” “Empuja” “Empuja” de la Tía Pura cesaron y con un par de rápidos movimientos sacó hábilmente a la criatura del seno materno con todo lo que arrastraba, cordón umbilical incluido.

Ambos, antes que la partera: atara, cortara el cordón y lavara a la criatura, echaron un rápido vistazo al sexo para saber a cual pertenecía.

Era un varón indiscutiblemente. Su pene, casi oculto por el escroto, era más parecido al que había lucido Don Camilo de pequeño que al de Carlos. Estaba claro que de tal palo tal astilla.

El cura le dio a la Tía Pura una moneda de oro por las molestias. Mucho dinero si lo que intentaba era pagar sus servicios y muy poco si lo que pretendía era pagar su silencio. La matrona aceptó la moneda sin añadir ningún comentario, ni hacer cualquier gesto de agradecimiento. De

todas formas no pensaba decir nada de lo que había descubierto.

Muy pronto comenzó el cura los festejos por el nacimiento de su hijo. Mandó recado a Tonet para decirle que todo el gasto que pudiesen hacer en su establecimiento, tanto los parroquianos de Yocla como el de los forasteros que pudiesen llegar estaba pagado durante siete días. El tabernero no pensaba llevar las cuantas sabía que al final el cura le pagaría lo que le pidiese e incluso mucho más.

CAPITULO XXIII

El traicionero otoño

El tórrido verano ha llegado a su fin. Nos encontramos en los primeros días de octubre y todavía no ha aparecido esa gran tormenta que refresca el ambiente y anuncia la nueva estación.

El hijo de Consuelo ya tiene nueve meses y aunque todavía no camina, en un prodigio de habilidad, arrastra rápidamente su culo por el suelo ayudado por la fuerza que ejerce su pierna derecha que actúa como si fuera un remo.

Su madre lo tiene encerrado en casa, pero al menor descuido cuando ve la puerta de la calle abierta, sale disparado al casino como si tuviera querencia por él.

Tonet tiene orden del cura de proporcionarle todo lo que le pida, pues el niño, aunque todavía no hable, se hace entender perfectamente.

Por ningún concepto le pasaría cuentas al mosén, pues el tabernero quería al niño como si fuera propio. Pero en ocasiones, si por casualidad estaba Don Camilo almorzando, este pasaba olímpicamente de Tonet y se dirigía hacia el cura, se plantaba sobre sus aun vacilantes piernas agarrándose a los pliegues de la sotana y le pedía que lo alzara con sus brazos. Una vez sentado sobre sus piernas, pronunciaba un entrañable “ñam ñam” y con el dedo señalaba lo que quería le ofrecieran.

El cura no cabe duda que siente una especial predilección por el niño, no en vano es su segundo hijo natural, recordemos que el primero fue la actual Marquesa de la Almadraba, y siempre llevaba en el bolsillo cualquier chuchería para atraer su atención.

Carlos Camilo se llamaba el crio, aunque todos lo conocían y él atendía por Cecé, que son las iniciales de sus dos nombres. A nadie le extrañó que le pusieran el nombre de su padre y tampoco el del cura pues este era su padrino de bautizo.

Incluso mando venir un cura de Altea para que oficiara la ceremonia y él pudiera realizar el papel de padrino como Dios manda. Por suerte la Tía Pura no se había ido de la lengua y nadie duraba que el niño, a pesar de lo rollizo y fuerte que estaba era sietemesino y su padre biológico era Carlos.

En una de esta estábamos, cuando entró en el casino Consuelo, estaba preñada de siete meses y hermosa como siempre. Don Camilo no dejó de mirarla desde que entró por la puerta. El parto y posterior embarazo la habían hecho más mujer. Había ganado algunos kilos de peso, pero bien repartidos y sobre todo en sitios puntuales, pues lucía unas bien colocadas tetas que no había tenido nunca.

Hacia una eternidad que no se había acostado con ella, pero lo recordaba como si hubiera sido ayer. Forzó para rozar con el dorso de la mano el pecho de la hembra cuando esta se inclinó ligeramente para coger a su hijo. Estaba duro y apetitoso como nunca. El niño comenzó a berrear pues quería quedarse con el hombre de negro que tan bien lo trataba.

La vida amorosa de Don Camilo durante el último año, fue bastante pobre. Si descontamos las casi diarias penitencias que compartía con Doña Angélica y que se había convertido en la mujer de su vida, si la evaluación la hacíamos únicamente por el número de polvos pegados, y pare usted de contar.

Los extras, durante ese tiempo, se habían limitado a las venteras de Benimantell, en cuya venta había tenido la ocasión de pernoctar en dos ocasiones durante su obligado viaje a Alcoy durante la celebración de sus fiestas de Moros y cristianos.

Se había tirado a la hija a la ida y a la madre a la vuelta. Tenía que reconocer que le satisfizo más la segunda que la primera. Dando razón al refrán que dice que la gallina vieja hace mejor caldo. Y a una dama, si así podemos llamarla, de Altea.

Don Camilo visitó en cierta ocasión a Don Rodolfo, su procurador, para realizar los trámites oportunos para el inicio de una entidad de préstamos y de esa forma poder diversificar sus negocios

pues el contrabando ya no era lo que fue.

Para celebrar el buen fin de la operación su amigo y socio lo llevó a un palacete en el que tenía instalada a una querida en exclusiva para uso y consumo propio. Y que solo ocasionalmente compartía con un amigo o con sus clientes de confianza cuando cerraba una operación importante.

La dama no era un virguillin precisamente, pero tenía un cuerpo esbelto y su rostro aun demostraba que en su tiempo habría sido una autentica belleza. De joven había sido una prostituta de lujo entre los personajes más ilustres de la villa de Madrid. Don Rodolfo la cató en uno de sus viajes a la villa y corte y no dudó en traérsela a Altea. La mujer, que todo hay que decirlo ya estaba en franca decadencia, decidió que no podía perder esa última oportunidad.

La dama era una autentica profesional del amor y cuando el cura la tuvo entre sus brazos supo inmediatamente el porqué el procurador se la había traído en exclusiva. Intento repetir en varias ocasiones enviando sugestivas misivas, a espaldas de Don Rodolfo, que no merecieron ni la menor contestación. Un día incluso se presento en su casa con la bolsa bien llena de buenas monedas de oro. La ramera le recibió con educación, pero le dijo bien claro que no podía atenderle si no venía acompañado o recomendado por Don Rodolfo.

Durante unos días también acosó a Marieta con autentica obsesión, aprovechando todo el tiempo que Nelo no se encontraba en Yocla. Pero cuando intuyó que la moza podía estar embarazada y posteriormente lo comprobó, pues ya era de dominio público. Dejó de interesarle... por lo menos de momento.

El embarazo de Marieta causó una verdadera conmoción en el pueblo. Después de más de diez años de matrimonio sin tener descendencia, y en el que la hembra se presentaba siempre como principal responsable, ahora ante la evidencia el culpable no podía ser otro que Nelo.

¿Por qué ahora sí y antes no? Se preguntaba la gente. Si descartamos la intervención del Espíritu Santo, como ya ocurrió hace tiempo con su madre, y si tenemos en cuenta que el embarazo es cosa de dos, había que localizar al macho que la había preñado. Los principales sospechosos fueron los amigos de Nelo, pues este, merced a algún alma caritativa apenas logro alcanzar el uno por ciento de los votos otorgándole la paternidad. Carlitos aparecía con un raquíto tres por ciento, Jaime el Baina con el trece por ciento, Quico el Mulero con un veinte por ciento y Jordilí, que era el principal sospechoso, pues comía y dormía con frecuencia en la casa del matrimonio llegó a un espectacular de casi el cuarenta y cinco por ciento de los votos. Aunque parezca mentida, por en medio, aparecía también Don Camilo con un no despreciable diecisiete por ciento. El resto eran votos solitarios en los que unos acusaban a su enemigo con la esperanza de que Nelo sospechase y le ajustase las cuentas.

Cuando cayeron en la cuenta que cuando Nelo se ausentaba de su casa durante unos días, momento ideal para ponerle los cuernos, también lo hacia el inglés. Las opciones de este bajaron muchos enteros, mientras que las de los otros casi se doblaron.

Como suele ocurrir en estos casos, el cabròn es el ultimo que se entera y Nelo no tuvo el mas mínimo conocimiento de todo este tejemaneje que se organizó en el pueblo, pues de haber tenido la mas mínima noticia, una autentica hecatombe hubiera caído sobre la villa.

Por suerte, con el tiempo, el interés de la gente se difuminó y desvió a otros asuntos y ahora que Marieta estaba a punto de parir, las dudas sobre la paternidad de Nelo estaban fuera de lugar.

XXXXX
XXX
X

María finalmente parió un hermoso niño. Lo bautizaron con el nombre de Jorge, como su padre. Don Camilo puso en un principio serios reparos, porque los padres no estaban casados y para colmo vivían juntos y por supuesto en el pecado. Finalmente y ante la insistencia de los amigos, lo bautizó, pues al fin y al cabo el niño no tenía ninguna culpa.

Jordilí y María habían disfrutado de la vida a su aire. En un principio cada uno vivía en su casa. Pero cuando probaron el amor y este se hizo imprescindible, ya no pudieron pasar sin él. Como sus padres no permitían una relación que no veían nada clara. María se marchó finalmente a vivir a casa de su abuela que no era otra que la Tía Pura. Jordilí, primero a escondidas por las noches y después sin tapujos también se metió en ella, sin que la abuela se opusiera. Al principio tomaron sus precauciones, al final nada. Es como si desearan tener un hijo. La naturaleza no faltó a su cita y finalmente la mujer quedó embarazada. Eso no pareció importarles lo más mínimo, si acaso las continuas ausencias de Jordilí por motivos de trabajo desesperaban a María.

Cuando finalmente el niño nació, los padres de la hembra decidieron meter baza en el asunto. Pensaban que el inglés era un ave de paso y que en el momento más inoportuno o cuando las cosas rodasen mal emprendería el vuelo.

Tenían que formalizar su relación, pues cuanto más tiempo tardase, si al final pasaba lo que presentían, peor sería el golpe para ella. Cuando los padres presionaban a María, ella insinuaba que las cosas eran así y no podía hacer nada. Y cuando se dirigían a Jordilí, este se limitaba a alzar los hombros en un gesto de impotencia y llamarse andana.

Finalmente los padres se rindieron ante la evidencia y recurrieron a su hijo Jaime que parecía tener más ascendencia sobre ellos.

Este, hasta la fecha, le importaba un pimiento que su hermana y al que ya consideraba su cuñado, no tuvieran la más mínima intención de casarse y veía lógicos los encuentros sexuales que mantenían, aunque con la llegada de su primer sobrino ya comenzaba a barruntar que la relación debía formalizarse pasando por la vicaria.

Dio por sentado que su hermana tenía unas ganas locas por casarse y el que ponía las pegas era Jordilí no sabía con que aviesas intenciones. Para evitar un enfrentamiento directo, puso en antecedentes a Nelo, Quico el Mulero y Carlitos, para organizar una pequeña cena de hermandad y ver si entre todos lograban convencer al díscolo que el mejor estado del hombre en este mundo es el matrimonio.

La fiesta se organizó en el casino y a última hora invitaron a Don Camilo, que por su experiencia y autoridad podía ser una pieza clave para el buen fin de la empresa.

En la sobremesa y dentro de una conversación generalizada en la que sobre todo se enaltecían las virtudes del matrimonio, fueron metiéndose en cuestión.

-Yo desde que me casé – comenzó Nelo – me considero el hombre más feliz del mundo.

-¡Coño! – respondió Jaime el Baina – si yo tuviera una hembra como la tuya también lo sería. ¡No te jode!

-No nos vayamos por los cerros de Úbeda – interrumpió Don Camilo – y hablemos con propiedad y sobre todo sin ofender.

-No ofende. Don Camilo. Al fin y al cabo solo dice la verdad – le interrumpió Nelo con una amplia sonrisa en sus labios – Y tú. Carlitos. Que ya lo has probado todo. ¿Qué te parece el matrimonio?

-En primer lugar te diré que no lo he probado todo simplemente porque tú todavía no has accedido a acostarte conmigo. Y segundo. Si te refieres a mis relaciones matrimoniales te diré que estas han sido satisfactorias e incluso superiores a otras que he tenido extramatrimoniales.

-¿Con quién? – intervino Nelo sofocado.

-Se dice el pecado, no el pecador.

Don Camilo viendo que el tema se le podía ir de las manos, cortó por lo sano.

-Mejor dejar las cosas como están antes de que salgan las navajas a tomar el aire.

Jordilí estaba alucinado de ver que, de una conversación trivial y sin importancia, sus amigos se exaltaran tanto hasta el extremo de llegar a las manos si no se les calmaba. Por lo que considero oportuno intervenir, aunque solo fuera para enfriar los ánimos.

-Yo considero al matrimonio como institución imprescindible para el mantenimiento de una familia.- Máximo cuando se tienen hijos.

Don Camilo y los restantes contertulios no esperaban que el tema prioritario que querían tratar se les pusiera tan a huecos. Por lo que el cura se apresuró a intervenir.

-Si ves las cosas así. ¿Por qué no te casas?

-Simplemente, porque María no quiere.

-¿Cómo es eso; - exclamaron todos al unísono.

-Lo que oís. La quiero y deseo tanto casarme con ella, que cada vez que hacemos el amor, en el momento de mayor frenesí, no puedo reprimirme y siempre la pido en matrimonio. Ella se limita a mirarme, dedicarme una de sus maravillosas sonrisas, suspirar y comunicarme que todavía es pronto para pensar en esas cosas. Eso me pasa desde mucho antes de que naciera Jorge y de eso ya hace cuatro meses. Lo que deseo de vosotros es que me ayudéis a convencerla para que acepte casarse conmigo.

Lo que menos esperaba Don Camilo es que fuese María la que pusiese pegas para la boda. Eso no lo podía solucionar él y mucho menos los hombres que ahora lo acompañaban. Decidió que fuera Doña Angélica, ayudado por las otras chicas, las que averiguasen los motivos de la negativa y en último extremo la convencieran para que se casase y no continuara viviendo en el pecado, como por ejemplo lo estaba haciendo él mismo, pero es muy fácil ver la astilla en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

La ocasión propicia se presentó unos días después. Doña Angélica invitó a las mujeres a una merienda en su casa. La única excusa, aunque las chicas no la necesitaban para aceptar, era que si los hombres habían pasado una noche de asueto en el casino, justo es que ellas hicieran lo propio, en un lugar más adecuado y a una hora más oportuna.

Salvo Consuelo que había servido en la casa, las otras invitadas se morían por visitar la mansión del cura y la viuda del contrabandista, que no habían tenido ocasión de ver y contemplar las maravillas que de ella se decían. Cierta es que ocasionalmente la visitaron durante el sepelio de Don Manuel, pero solo contadas estancias que para colmo cubrían sus paredes con crespones negros que impedían contemplar sus riquezas.

Al miércoles siguiente, exactamente a las cinco de la tarde, se personaron en la casa: Consuelo, María, Marieta y Pepiteta, la novia de Jaime el Baina. Después de un detallado recorrido por la casa, que dejó a las visitantes, excepto Consuelo, maravilladas. Pasaron a un saloncito, decorado al estilo rococó con muebles franceses, donde todas quedaron impresionadas por una lámpara hecha con cristales de roca, finamente tallados, que brillaban a la luz que desprendían los cuarenta velones que iluminaban la estancia.

-¡Qué maravilla; - Dijeron todas al unísono, aprovechando que Doña Angélica se había desplazado a la cocina para ordenar se sirviera la opípara merienda que había preparado y que evitaría que más de una cenase esa noche.

-Me lo diréis a mí que la he limpiado más de cincuenta mil veces – respondió Consuelo en tono de mofa – No sabéis lo que ensucia el humo de los cuarenta velones. Yo no la tendría en mi casa por no limpiarla y si tuviera que hacerlo ella – dijo mientras con el índice de su mano derecha señalaba el pasillo – tampoco la tendría.

La reunión fue muy entretenida. Se habló de distintos temas entre ellos los dimes y diretes de pueblo, que Doña Angélica, que parecía vivir en otro mundo pues solo se relacionaba con sus dos viejas amigas, desconocía.

El anís y la mistela pronto hizo sus efectos y las lenguas comenzaron a soltarse.

Le hablaron de los distintos rollos que había en el pueblo, excepto los del cura y se escandalizó al saber que la relación que mantenía con Don Camilo era de dominio público, pero aceptada por todos.

Sonrojada estaba la vieja dama, aunque aun lozana y de muy bien ver, cuando decidió para sus adentros que mejor dejar esos temas y tratar únicamente el que le interesaba. Aun así comenzó, como muchas veces el cura, yéndose por los cerros de Úbeda.

-Y tú, Pepiteta. ¿Cuándo te casas?

-Cuando el bandarra de mi novio quiera, señora – dijo la aludida mientras miraba de reojo a la que podía ser su cuñada – lo malo es que como pica cuando y donde quiere, no tiene ninguna prisa. El día que se me caliente el coño, me quedo preñada y a ver que hace. Por lo menos lo meto en un compromiso.

-Yo creo que ni así te casas – respondió la dama – sino mira el ejemplo de María. Cuatro meses con el crio, y aunque viven juntos, no se casan.

-También viven juntos usted y Don Camilo y tampoco se casan – intervino el anís más que Marieta, pues de no estar bebida nunca se hubiese atrevido a decir esas palabras, poniendo cizaña y en defensa de su amiga.

-Mujer. Lo nuestro es diferente... -se defendió Angélica – Si pudiéramos...

María, que ya comenzaba a adivinar por donde venían los tiros, decidió intervenir para evitar males mayores.

-Si lo que quiere saber, es porqué no me caso con el inglés. La respuesta es bien sencilla. Simplemente porque no quiero.

-De esta forma te expones que el día menos pensado, se canse y emprenda el vuelo. Quedándote compuesta y sin novio. – insistió Angélica.

-Y usted cree que si me caso y él a la larga se cansa. ¿No se iría igual a Inglaterra, a la India o donde le diese la gana? Se casaría después con otra si quisiera, porque en esos mundos de Dios o donde quiera que parase, nadie sabría que en cierta ocasión estuvo casada con una pobre chica que vivía en un minúsculo pueblecito dejado de la mano de Dios y de la Virgen. Si me caso o dejo de casarme no por eso me querrá más. Siendo libre de marcharse cuando quiera, si no lo hace es porque me quiere y cada día que me despierto y lo veo a mi lado en la cama, lo único que hace es reafirmar su amor por mí. Esta conmigo porque quiere no porque lo obliga un sacramento.

Las explicaciones de María dejaron a las presentes anonadadas y no tuvieron ánimo para insistir más.

La fiesta sin embargo continuó hasta que la dueña de la casa se sintió algo mareada. Las amigas lo achacaron al exceso de alcohol que la dama había tomado y antes de ausentarse decidieron avisar a Don Camilo. Este se presentó poco después acompañado del barbero que hacía las veces de médico en el pueblo. Diagnosticó que se trataba de un ligero derrame cerebral y mientras pedía a Don Camilo que avisase al médico de Altea, pues la cosa podía ser grave y salirse de su competencia. Como primera medida le hizo tres sangrías en doce horas y le aplicó veinticuatro sanguijuelas en el cuerpo para reducir la presión de la sangre y mitigar los efectos en cerebro.

El médico apareció a primeras horas del día siguiente. Dio por buena la actuación del barbero, cobró sus honorarios y recomendó a Don Camilo que si la señora Angélica pasaba quince días en el Balneario de Bellús, para reponerse, le vendrían muy bien.

El cura amplió la estancia a un mes o lo que hiciese falta, pues no quería hacer de enfermero ni acostarse a su lado sin posibilidad de usarla. Pensó que su ausencia facilitaría la caída de alguna pipirola que acortaría el largo periodo de abstinencia que se le avecinaba.

CAPITULO XXIV

Saoret

Los relámpagos eran visibles por doquier y los truenos no se hicieron esperar. Retumbaban las paredes de las casas y las lámparas de aceite bailaban al son de una música inaudible. Aunque solo era media tarde el sol hacía tiempo que se había ocultado detrás de los negros nubarrones que invadían todo el cielo. La lluvia hacía tiempo que caía sobre el mar y pronto alcanzaría el pueblo y las tierras de la ladera de la montaña que los protegía de los vientos de poniente.

No era desde luego el mejor día para viajar y pobre del viajero que cogiera por esos caminos de Dios.

Las primeras gruesas gotas comenzaron a caer sobre la fachada meridional del Riu Rau golpeando los cristales y una fuerte racha de viento abrió violentamente una de las ventanas. Ana, Luis y su hijo Jorge se apresuraron a asegurar todos los ventanales cerrando los soportales. La lluvia arreciaba y se dispusieron a cenar esperando que pronto escampara y les permitiera por lo menos gozar de una noche tranquila y sin sobresaltos.

Al cabo de media hora la fuerte lluvia cesó y se transformó en una pertinaz llovizna. Las cabras estaban aseguradas, encerradas en su corral, así como los animales de carga. Poco más tenían que hacer, así es que se dispusieron para acostarse e intentar dormir un rato.

Jorge sin embargo se quedó, a la luz de un candil, leyendo un viejo manual que conservaba su padrastro de la época en que estudiaba en la escuela de Maestría Industrial de Alcoy, en espera de ocupar el puesto de encargado que heredaría un día de su padre.

La pérdida de su mano frustró el proyecto y ahora el viejo libro podría aprovecharlo su hijastro.

Luis había enseñado a leer a Jorge cuando se emparejó con Ana y el muchacho devoraba más que leía cualquier libro que cayese en sus manos y las veces que fueran precisas hasta casi aprendérselos de memoria.

Este, que era el que más le gustaba, se lo había empollado de memoria y con la ayuda de su padrastro había aprendido los conceptos que no comprendía y en teoría lo sabía todo sobre una industria textil.

Él no deseaba quedarse toda su vida cuidando cabras y mucho menos criando palomos como hacía su padrastro. Ni siquiera por afición. Tan pronto como pudiese dejaría a sus padres y se trasladaría a Alcoy, se pondría a trabajar en una industria textil y con la teoría que ya sabía y la práctica que aprendería esperaba abrirse camino en poco tiempo.

Escuchó unos disparos en la lejanía, pero no hizo mucho caso. Si se trataba de un cazador debería estar loco para cazar con este tiempo. Finalmente se inclinó a creer que se trataba de los últimos truenos que retumbaban en la lejanía.

Una hora después oyó el llanto de un niño. Se acercó a la habitación de sus padres, sin entrar, pues no quería sorprenderlos haciendo el amor, escuchó detrás de la puerta y no percibió ningún ruido. Salvo los tenues ronquidos de su padrastro que demostraban que ya estaban dormidos y desde luego el llanto no era de hermana.

Volvió a su habitación y los lloros continuaban, se asomó a la ventana y pudo ver que debajo del Riu Rau, al lado de la puerta había un bulto, tapado por una manta, en el que cabían por lo menos dos personas y de donde partían los llantos que él escuchaba. Inmediatamente fue a despertar a sus padres.

XXXXX
XXX
X

Dos horas antes Saoret, en compañía de su esposa y sus hijos, el menor de apenas un año de edad, se dirigían a Yocla.

Su familia había vivido hasta entonces en una masía cercana a Gorga y que pertenecía a sus suegros. Él la visitaba cuando podía, pasaba unos días o unas horas con su esposa y regresaba al monte, pues no quería comprometerlos si lo sorprendían los carabineros.

Desde que se había fundado la Guardia Civil y se encargaba de la vigilancia de los montes y caminos de toda España la vida y andanzas de los bandoleros o “roders” que es como les llamaban las gentes de estas tierras había dado un giro de ciento ochenta grados y tocaba a su fin.

Su banda estaba casi desmantelada, algunos habían muerto en encuentros fortuitos con los representantes de la ley o en algún asalto y otros huidos esperaban camuflarse entre sus paisanos y pasar desapercibido, para ello en ocasiones tenían que contar aventuras fantasiosas para justificar la ausencia de tantos años.

Saoret no tenía en donde acudir, pero estaba dispuesto a cumplir la vieja promesa hecha a su esposa, cuando la conoció y supo quién era, de que un día abandonaría esa vida y la llevaría a un lugar lejano y seguro en donde podrían rehacerla.

Habían abandonado la masía de sus suegros hacia un par de días y ya estaban próximos a su destino que no era otro que Yocla, en donde esperaba que Don Camilo cumpliera la promesa que en cierta ocasión le hizo. El sol terminaba de ocultarse detrás de la montaña de Aitana, pero aun quedaba luz suficiente para llegar hasta el pueblo aunque el último trecho del camino tuvieran que hacerlo casi a oscuras. No quería pasar otra noche a la intemperie con el frío que hacía y temía que la lluvia les sorprendiera. Negros nubarrones se cernían sobre el mar, acercándose cada vez más a la costa, mientras los lejanos relámpagos cuyos truenos todavía no se oían por la lejanía, alumbraban el horizonte.

Absorto en sus pensamientos estaba Saoret, calculando si la lluvia esperaba lo suficiente para darle tiempo de llegar al pueblo, cuando fueron sorprendidos por una patrulla de la guardia Civil, que les dio el alto desde lejos con un disparo al aire.

No quiso detenerse y pasar como una familia que iba de viaje, por el riesgo de que lo reconociesen o que si lo registrasen, buscando algún alijo, encontrasen el saco con las monedas de oro y otro menor, con brillantes, que escondía en el interior de su cinturón, en los que había condensado toda su fortuna con el fin de manejarla mejor y que en ningún caso podía justificar, sobre todo en tal cantidad. Viajaban en dos caballos, sin apenas equipaje salvo lo imprescindible, llevando él delante a su hijo de cuatro años y su esposa, atada a su pecho con un gran pañuelo, a su bebe de apenas unos meses.

Espolearon sus cabalgaduras y emprendieron una veloz carrera. Ellos estaban mojados y cansados y sus caballos agotados. Más pronto que tarde los civiles lograrían alcanzarlos. También disparaban esporádicamente y aunque era muy difícil que los alcanzaran a esa distancia, podían herir casualmente a algunos de ellos o a sus caballos y eso sería el fin.

Aprovechando un recodo del camino en que perdieron de vista a los civiles, Saoret, sin pensarlo dos veces, paró su cabalgadura y cogiéndola de las riendas hizo lo propio con la de su esposa. La hizo descabalgar y le conminó a esconderse, junto con los niños, detrás de unos arbustos que había a la vera del camino. Él, mientras, ató un caballo al otro, colocó una “archilaga” debajo de la silla de montar del suyo y le dio un fuerte golpe con la mano. Después de un relincho de dolor, el caballo, arrastrando al otro, emprendió una veloz carrera. Sin la carga de sus jinetes, seguro que los civiles tendrían que recorrer un buen trecho antes de alcanzarlos. Lo único que le dio tiempo a recoger, antes de esconderse detrás de unos matojos, fue la alforja con las monedas, perdiendo las armas y provisiones, pero eso ya no le importaba, pues prácticamente habían llegado a su destino, pues la colina iluminada por las luces del Poble Vell parecía al alcance de su mano.

Un minuto después pasaron galopando velozmente, a pesar de la oscuridad, los cuatro Guardias

Civiles que perseguían a un bulto que apenas se distinguía en la lejanía.

Saoret calculó que tardarían media hora en alcanzar a sus caballos y otro tanto para volver. Tenían pues una hora para llegar al pueblo o encontrar un sitio seguro en donde ocultarse.

Por suerte el camino era cuesta abajo y el esfuerzo mínimo. Después de estar durante todo el día cabalgando, andar les sentaría bien. Cuando se encontraban a la altura de un Riu Rau, del que solo se apreciaba su silueta a la débil luz de las estrellas, que aparecían en algunos lugares en donde las nubes habían escampado. De todas formas una pertinaz llovizna continuaba cayendo sobre ellos y la luz de un candil que emanaba a través de una ventana indicaba que la casa estaba habitada.

Fue entonces cuando su esposa, que atendía por el nombre de Rocío, resbaló por la humedad del suelo y se dañó un tobillo. Era imposible poder seguir avanzando en esas condiciones y optaron por refugiarse en el corral de la casa, que estaba justo al lado de la misma. Desgraciadamente estaba cerrado y aunque Saoret intentó forzar la puerta con un cuchillo, este se rompió antes de lograrlo.

Como continuaba lloviendo se refugiaron al resguardo del Riu Rau. El bebe comenzó a llorar. Rocío intentó darle el pecho, pero no era hambre lo que tenía el niño, sino frío. Y la ropa húmeda que portaban no era el mejor remedio para combatirlo.

Encender un fuego aunque fuese pequeño estaba fuera de lugar, ya que por el olor podía alarmar a los habitantes de la casa, aparte de que se vería en la lejanía con el riesgo de atraer a los civiles. Pensó en llamar a la puerta, pero no sabía si serían bien recibidos o quizás traicionados.

Por otra parte estaba claro que si no huían o se ocultaban, la Guardia Civil, atraída por los llantos del niño, no tardaría en presentarse.

Cavilando en que hacer estaba, cuando la puerta de entrada se abrió de repente y en el umbral apareció un hombre, al que le faltaba una de sus manos, pero que no tenía ningún problema para manejar una escopeta de postas que les apuntaba y que si se disparaba se llevaría por delante a toda la familia. A su lado, un muchacho de unos quince años portaba en la mano un quinqué que iluminaba toda la escena.

-¿Quiénes sois? – Inquirió Luis, en tono amenazador.

-Somos una humilde y pacífica familia que viajamos hacia Yocla. Hemos tenido un percance y perdido los caballos, mi esposa se ha doblado un tobillo y apenas puede caminar y los niños lloran porque están helados de frío. Si nos dais asilo os recompensaré –le dijo Saoret mientras le tendía una moneda de oro que siempre llevaba dispuesta, para doblegar voluntades, al margen del saquito.

Luis sospechó. Una familia normal, humilde y pacífica como se autocalificaba su interlocutor, no paga una moneda de oro por pasar una noche a cubierto. Por otra parte recordó los disparos que había oído su hijo hacia un par de horas y que en un principio habían confundido con truenos. Sospechó con razón que eran unos perseguidos de la justicia y no quería meterse en problema. Probablemente lo que pretendía el desconocido era confiarles y arrebatarle el arma en cuanto pudiese, y pasar a dominar la situación.

-Mejor que os marchéis – dijo el de la escopeta.

La cara de la pareja era todo un poema y la mujer se puso a llorar ampliando el coro que ya formaban los niños.

-¡No! Que entren – dijo Ana, saliendo de detrás de Luis y apartando del umbral de la puerta a este y su escopeta.

Aunque estaba un poco cambiado, no en balde ya habían pasado algunos años, quizás demasiados, Ana reconoció inmediatamente al hombre que acogió en su casita una fría tarde de enero. Fue con el primer hombre con el que hizo el amor con pleno consentimiento en una época oscura y llena de inquietudes de su vida, y que le dejó una moneda de oro debajo de la almohada de su hijo, que cambió su miserable existencia.

Recordaba que con esa moneda había comprado la burra que le ayudaba a trasportar la leche de sus cabras a Alcoy y con el beneficio adquirir alimentos para ella y su hijo sin necesidad de depender de nadie.

Lo reconoció por sus profundos ojos azules. Era imposible haber hecho el amor con la mirada fija en esos ojos y olvidarlos.

Él por su parte no reconoció a la mujer. Ana era muy hermosa pero no dejaba de ser el tipo estándar de mujer de esa zona y aunque pudiera resultarle vagamente conocida, no podía saber si en algún momento se habrían cruzado sus vidas y mucho menos relacionarla con la mujer que lo había acogido una noche, hacia más de diez años, y a bastante distancia de allí.

Una vez dentro de la casa, Ana habló sin tapujos.

-Necesitamos saber quiénes sois y si la justicia os persigue. Si os cogen en esta casa vuestro destino será el nuestro y queremos saber a qué atenernos.

-Soy Salvador Martínez, esta es Rocío, mi mujer y estos son mis dos hijos. La gente me conoce mas como Saoret, un “roder” que actúa por los alrededores de las montañas de Confrides, que ha abandonado su delictivo oficio y ahora busca paz y sosiego en otra parte. Un señor de Yocla, Don Camilo...

-¡El cura! - le interrumpió Luis

-¿Es cura? No lo sabía. Creía que era solo un honorable contrabandista.

-También lo es - intervino Ana - pero continua que el tiempo apremia.

-Pues bien. Ese señor, sea lo que sea, con el que he colaborado en diversas ocasiones, me prometió que si alguna vez dejaba el oficio me ayudaría a llegar a tierras mejores.

-Lo hará. Es un hijo de puta pero tiene palabra. Siempre cumple lo que promete - interrumpió por última vez Ana.

-Ayer cuando veníamos hacia aquí, casi nos coge la Guardia Civil. Con una añagaza logramos despistarlos a costa de perder los caballos. Luego Rocío se lastimó caminando y por suerte hemos encontrado esta casa.

-¡Bien! - dijo Ana - lo primero es quitaros esas ropas mojadas y ponerse unas secas. Y sobre todo acostar a esos niños - que ahora dormían plácidamente en los brazos de sus padres - que deben estar rendidos. ¡Jorge, ¡ tú vigila por si ves movimiento por ahí afuera - le dijo su madre -Ahora seguirme. Vamos al piso de arriba.

Subieron al piso superior y el ama de la casa los introdujo en unas de las muchas habitaciones vacías que tenia la casa. Y que con solo la presencia de una cama indicaba que podía ser ocupada por visitantes ocasionales.

Trajo ropa de Luis y de ella para que se la pusieran la pareja recién llegada; un camisón de su hija para el bebe y una vieja camisa de Jorge que ya le venía pequeña, pero que era enorme para el niño. Por lo menos estaría seco.

Mientras Ana cambiaba al dormido bebe, sin despertarlo, con la maña de una madre. Rocío, desnudó a su hijo, le puso el camisón que sobraba por todas partes, lo acostó y tapó con una suave manta.

Después, la pareja de recién llegados, se retiró a la semipenumbra de un rincón, y sin ningún recato, pues no era momento para ello, se desnudaron y secaron con una toalla y se vistieron con la ropa seca.

Ana de reojo vio el grácil cuerpo de la mujer y el musculoso y bien formado del varón que una vez tuvo entre sus brazos.

Invitó a la pareja a acostarse si lo necesitaban, pero mejor no lo hicieran, pues si se presentaba la Guardia Civil, mejor que los cogieran despiertos y preparados.

-Luis enséñales el amagatall - le dijo Ana a su marido mientras recogía toda la ropa húmeda y la dejaba en un barreño en remojo como si la estuviera macerando para lavar al día siguiente.

Su marido acompañó a los visitantes escaleras arriba hasta el palomar.

-Solo del olor que hace aquí y que yo casi no percibo de lo acostumbrado que estoy, es suficiente para ahuyentar a posibles visitantes. – trató de tranquilizarlos Luis, abandonando la tirantez en el tono de voz con el que los había recibido, aunque en el fondo todavía no estaba seguro de estar haciendo lo correcto.

Salvador y Rocío percibieron el olor acre de los excrementos de las palomas y no les importó demasiado, pues en peores lugares habían estado e incluso habían hecho el amor.

Luis retiró unos tablones de una pared que disimuladamente escondían una puerta. La abrió pulsando en unos de sus extremos y luego la volvió a cerrar para que Saoret hiciera lo propio consiguiendo abrirla al segundo intento. Allí solo había escondidas cuatro cosas de escaso valor y que no los comprometía en absoluto.

-Esto es el cebo. Con lo que se conforman los carabineros en caso de registro, que desde que estoy aquí nunca ha ocurrido. El verdadero “amagatall” es este...

Hizo girar un resorte disimulado en un rincón entre la pared y el techo y otra puerta se abrió. La volvió a cerrar e invitó a Salvador para que intentara abrirla como ya había hecho con la anterior. Era importante que el interesado la pudiese abrir sin problema si a la hora de la verdad él no podía estar presente por cualquier circunstancia. Esta vez Salvador si la pudo abrir a la primera y se encontró con una estancia mucho más grande y repleta de innumerables fardos de distintos tamaños y formas.

-Esto por desgracia no es mío, sino de mi primo el cura. Yo solo soy su guardián. La puerta se cierra posteriormente por simple presión. Desde dentro no se puede abrir – les advirtió – tenéis que esperar a que venga a rescataros.

Salvador no había quedado muy contento con la explicación, pues continuaba temiendo una encerrona. Por su esposa hubiera puesto la mano derecha en el fuego, pero por él...

-Si alguien se queda accidentalmente encerrado aquí y está solo en la casa ¿Cómo sale?

-Al fondo hay una trampilla que se cierra por aquí y que da al ropero de una habitación por donde te puedes descolgar en caso de apuro, aunque te advierto que tiene una altura de tres metros y el que salte puede sufrir un descalabro en sus piernas.

Saoret se quedó más tranquilo después de decirle que no se podía abrir por dentro, temió por unos instantes que los pudiesen traicionar, encerrarlos y entregarlos posteriormente a la Guardia Civil.

Se despreció por tener estos pensamientos de la familia que tan bien los había acogido apenas hacia unos minutos. Del hombre podía tener algunas dudas, pero de la mujer... Le daba vueltas a la cabeza y se devanaba los sesos tratando de recordar en donde la vio en otro tiempo, pues su cara, cada vez que la miraba, le resultaba más conocida. Pero rápidamente los dejó, pues sus problemas eran otros y mucho más acuciantes.

Bajaron a la primera planta y se sentaron en cómodos sillones alrededor de una mesa, dispuestos a pasar toda la noche si fuera preciso.

-Supongo que hace tiempo que no probáis bocado y consideréis una desatención que no os ofrezca nada para comer, pero no son horas y no deseo que si nos sorprenden los guardias, por los restos, deduzcan la realidad y no lo que nosotros les queremos hacerles creer.

Era lista la mujer, pensó Salvador, y estaba en todos los detalles. Desde luego había caído en buenas manos.

-Sobre todo- volvió a intervenir Ana, esta vez dirigiéndose a Rocío –si tenéis que esconderos en el “amagatall” por ningún concepto cojáis a los niños, que con sus llantos os podían delatar. Dejarlos en la cama que yo, si es preciso, los haré pasar por hijos míos. Ningún guarda ha pasado nunca por mi casa e ignoran la familia que tenemos.

-Tu hijo tiene por lo menos quince años. ¿No les extrañara que tengas unos niños tan pequeños después de tanto tiempo?

-Jorge lo tuve con mi primer marido cuando todavía vivíamos en una masía en los alrededores de Alcoy. De hecho con Luis tengo una niña de apenas dos años. Cuatro, dos y una año; pueden pasar perfectamente como hijos nuestros.

¡Alrededores de Alcoy! Pensó Salvador. Ahora recordaba. Por sus miradas sabía que Ana le había reconocido inmediatamente, pero él a ella no. Ahora comenzaba a recordar a aquella muchacha delgada y con los ojos tristes que vivía en una pequeña casita, si podía llamarse así, con un niño de corta edad, que muy bien podía ser ahora Jorge y cuarenta cabras, que por el olor que emanaba el corral que terminaban de visitar al lado de esta casa tal vez eran aquellas o sus descendientes.

Así que Ana resultaba ser esa muchacha con la que pasó la noche mas inolvidable de su vida, cuando lo albergó una fría noche de invierno en su camino desde la ribera del Vinalopó, en donde su anterior banda fue deshecha, hasta los montes de Confrides, más conocidos por él, y donde podía ocultarse.

Ahora Ana era diferente, por eso no la había reconocido, y se podía decir que había ganado con el tiempo. Mas rellenita, sin abandonar su natural esbeltez, y desde luego mas mujer. Sin dura se había convertido en su Ángel de la Guardia particular, pues siempre aparecía en los momentos más oportunos.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando unos fuertes golpes sonaron en la puerta y el corazón le dio un brinco, cuando escuchó la frase que más temía.

-¡Abran a la Guardia Civil!

Ana reaccionó rápidamente y con autentica sangre fría. Le dijo a su hijo que se acostase y se hiciese el dormido como si no pasase nada. Y a su marido que acompañara a los visitantes hasta el "amagatall" y luego bajase como si se terminara de despertar.

Antes de abrir y para dar tiempo a que se cumplieran sus órdenes, se dirigió a su habitación, se desnudo completamente y se puso un camisón. Colocándose como único abrigo un echarpe negro sobre los hombros.

Mientras los guardias aporreaban la puerta por tercera o cuarta vez y ahora de una manera insistente pareciendo que iban a derribarla de un momento a otro.

Abrió la puerta jadeante, como si hubiese recorrido toda la casa corriendo y trató de entretener a los civiles en la puerta dando tiempo a que bajara su marido.

-¡Que son estos aporreos en la puerta! ¿Se ha prendido fuego en alguna parte para tanta prisa?

-No señora. Estamos persiguiendo a un peligroso "roder" que se ha escondido por algún sitio.

-¿Va solo? – respondió Ana mientras miraba fuera de la casa temerosa de que el perseguido o sus secuaces pudiesen aparecer en cualquier momento.

-Con un compañero o tal sea una mujer, no lo sabemos con certeza. ¿Los ha visto?

-Lo único que podría es haberlos soñado, pues nos han cogido durmiendo. Y si los hubiera visto ¿cree que estaría tan tranquila? Menos mal que están ustedes aquí para protegernos.

-¿Vive sola?

-Con mi marido e hijos. Él tardara un poco más porque se estaba vistiendo. Miren como me han cogido.

Ana ilumino con el quinqué la parte media de su cuerpo y los guardia pudieron ver su vello púbico debajo de la tela de un raído y tenue camisón que los dejó anonadados y un poco pesarosos por haber interrumpidos los sueños, y tal vez algo más, de esta honorable familia. En esos instantes Luis se incorporó a la reunión bajando las escaleras corriendo.

-¿Qué ocurre? – se interesó

-Están buscando unos bandoleros. Ya les he dicho que gracias a Dios aquí no hay nadie.

En esos momentos se escuchó el llanto de un bebe, que Ana identificó inmediatamente con el niño de los recién llegados.

-Es mi hijo pequeño que con sus golpes lo han despertado.

-Lo sentimos señora – dijo el que parecía jefe de la patrulla.

Ana corrió al piso de arriba y al momento bajo con el bebe llorón. Cuando llegó delante de los civiles sacó uno de sus pechos y metió el pezón en la boca del niño que inmediatamente ceso en su llanto. Todavía tenía leche pues a su hija, a pesar de que rondaba ya los dos años, aun le daba el pecho ocasionalmente por la noche para que se durmiera.

Los guardia se mostraban molestos por los que estaba ocurriendo, pero tenían que cumplir con su obligación.

-Lo sentimos señores, pero tenemos que registrar la casa.

-Hagan lo que consideren oportuno e incluso si lo desean pueden quedarse esta noche – les invitó Luis – de esta forma dormiremos más tranquilos.

-No será posible, pues de no encontrarlos aquí como supongo les buscaremos durante toda la noche hasta el mismo infiernos si es necesario –añadió el cabo con tono marcial.

Comenzaron a buscar por todos los sitios, aunque muy someramente, y con evidentes ganas de terminar pues estaban convencidos de que en esa casa no se escondía nadie.

Sus habitantes no se mostraban nerviosos ni amenazados. Por otra parte albergar a unos desconocidos que ahora ya sabían que eran unos bandoleros y con la pena que ello conllevaba les parecía imposible.

Ana avisaba en cada habitación que entraban, si había niños durmiendo. En ese caso se introducían con sigilo y apenas miraban nada. Todo ello iluminados únicamente con la débil luz de un candil, de forma que si alguien se hubiese escondido debajo de la cama no lo habrían visto.

Al palomar ni siquiera subieron y finalmente preguntaron.

-¿Dónde está el “amagatall”

-Lo ignoramos señor - respondió Ana con cara de inocencia y que continuaba con el pezón dentro de la boca del niño a pesar de que hacía rato estaba dormido y que únicamente daba, de vez en cuando, unas pocas chupadas aisladas- esta casa por desgracia no es nuestra. Pertenece a Don Camilo el cura de Yocla, que además es primo de mi marido, y aunque nos permite vivir aquí a cambio de ciertos trabajos que le hacemos, no nos ha revelado sus secretos, si es que los tiene. De existir un amagatall no nos lo ha dicho pues entonces dejaría de serlo. Lo que si podemos asegurarles es que durante todo el tiempo que llevamos aquí, y ya va para dos años, no ha sido usado para nada. De todas formas consideramos, que de estar interesados, esa pregunta deberían formularsela a él.

Con la iglesia hemos topado, pensó el cabo. De todas formas no tenía el menos interés en complicarse la vida en la busca de unos supuestos bandoleros con los que accidentalmente se había encontrado y de los que ni siquiera tenía orden de captura.

Decidieron dejar las cosas como estaban. Aceptaron, él y sus hombres, unos tazones de caldo de palomo bien calientes con los que obsequió la ama de la casa, pues la noche se presentaba fresca y tendrían que sufrirla hasta el amanecer, y partieron sin más dilación.

Cuando juzgaron que los guardias se habían alejado lo suficiente, sacaron a Saoret y Rocío de su escondite y se acostaron con la esperanza de poder dormir, aunque solo fuera un rato, esa noche.

XXXXX
XXX
X

Cuatro días estuvieron los fugitivos en el Riu Rau. No porque temieran que los Civiles camparan todavía por los alrededores. Pues tenían una amplia zona para vigilar y cuando finalmente se iban, como ocurrió al día siguiente de estos sucesos, tardaban muchos días e incluso semanas en regresar por estos lares.

Los fugitivos se quedaron, aparte por la invitación de los habitantes de la casa, para que los niños descansaran y Rocío pudiera recuperarse de la torcedura de su tobillo. Ana le aplicaba dos veces al día una cataplasma de ciertas hierbas que recogía por los alrededores. Las hierbas estaban frías, pues las dejaba pasar toda la noche al relente y luego las vendaba fuertemente alrededor del tobillo. Sentada en una hamaca con el pie en alto, su única misión consistía en vigilar a los dos pequeños, que sobre una manta en el suelo se entretenían manejando una serie de cachivaches de madera que previamente Jorge había tallado con la ayuda de una navaja para su hermana, durante las muchas horas de aburrimiento que pasaba en el campo mientras las cabras pastaban. Durante esos días, cuando salía al prado, se llevaba al hijo mayor de Salvador que con sus cuatro años podía seguir perfectamente el lento caminar del rebaño, cuando no estaba montado sobre el lomo de uno de los animales o sobre los hombros del pastor.

Luis estaba a lo suyo, que no era otra cosa que el cuidado de los palomos y en un par de ocasiones tuvo que desplazarse hasta el pueblo para traer algo de alimentos o procurarse pescado fresco para las cenas. No tuvo sin embargo ocasión de coincidir con su primo y anunciarle a quienes tenía en su casa.

Saoret intentó el primer día ayudar a su benefactor en las labores del palomar, pero eso no era lo suyo. El olor de los excrementos, que por mucha limpieza siempre estaban presentes le agobiaban, o por lo menos eso decía pues en peores plazas había lidiado.

Decidió dedicarse a otros menesteres. Limpiaba cualquier plato sucio que se encontraba en el fregadero, hacia las camas e incluso quitaba el polvo de la casa con una bayeta.

Ana, para lavar el suelo, y con objeto de que la falda no rozara el suelo y se ensuciase, la llevaba más corta de lo normal para realizar este menester. Cuando se inclinaba hacia adelante, por encima de las medias blancas que solo le llegaban hasta las rodilla, unos finos muslos se mostraban apetitosos a quien estuviera mirándola por detrás. Salvador a dudas penas reprimió las ganas, cuando se la encontró en esa posición, de embestirla por detrás o por lo menos echarle mano entre las piernas. Se contuvo, pues no pensaba hacer nada que pudiese importunarla sin su previo consentimiento.

Al día siguiente, tal vez avergonzado, se ofreció para lavar el piso mientras ella hacia la comida. Ana no quería permitirselo pero ante su insistencia al final cedió.

El contacto de la pareja era cada vez mas estrecho y los roces en la cocina se sucedían sin que ninguno de los dos hiciese nada por evitarlos. Y de cada uno de ellos parecían saltar chispas.

No habían hablado de su antigua relación ocurrida, durante un único día y varios años antes. Pero ambos recordaban perfectamente lo placentera que había sido y ninguno la había olvidado, ansiando si acaso rememorarla, si la ocasión se presentaba.

La tarde del cuarto día de estancia en la casa, los astros debieron conjuntarse en una alineación perfecta, pues se dieron las circunstancias para que su sueño en común pudiese realizarse.

Jorge con el hijo mayor salió a pasturar y a Luis de repente se le ocurrió que esa tarde debía ir a Yocla a la espera de los pescadores y comprar algo de pescado para la cena. Ana acudió a la habitación de Rocío por si necesitaba algo y se encontró a los dos niños pequeños durmiendo sobre la manta y a ella dormitando sobre la hamaca, sin ningún empaste en el tobillo pues ya podía andar sin dificultad aunque no era muy recomendable que abusara de sus andaduras.

O aprovechaban ese momento o no lo harían nunca. Era su última oportunidad. Marchó a la cocina en donde Salvador estaba dando el último enjuague a los cacharros y acercándose con sigilo lo abrazó por detrás.

Saoret dejó el cacharro a un lado y se volvió para abrazar a la mujer que deseaba pero que no

esperaba. Creía que era su esposa quien lo visitaba. Estaba ya bastante recuperada e incluso la noche anterior habían tenido los primeros escarceos amorosos después de unos días de abstinencia. Había sido tan gratificante que no habían dudado en repetirlo unas horas después. Ahora creía que Rocío venía a reclamarle más de lo mismo y se encontró con la agradable sorpresa que estaba deseando.

La beso y abrazó frenéticamente y le levanto la falda para palpar su sexo.

-Calma que no es preciso precipitarse. Mi marido está ausente, pues ha ido al pueblo y tu mujer está durmiendo la siesta. Es la única que nos puede sorprender aquí si se despierta, pero no en mi habitación que es como un santuario para ella. Nos puede buscar por todos los sitios, pero aunque tuviera la más mínima sospecha, que no es el caso, allí no se atrevería a entrar.

Subieron hasta el primer piso que es donde se encontraba la habitación del matrimonio de la casa, precisamente en el ala opuesta a la que ocupa Rocío en estos momentos.

Se desnudaron y se metieron rápidamente en la cama. Tenían tiempo para disfrutar pero no podían entretenerse demasiado. Él ya estaba a punto, completamente excitado, pero necesitaba conocer si también lo estaba la mujer. Palpó su sexo y metió parte de su dedo para notarlo húmedo. Estaba preparada. Sin más dilación se montó sobre ella y la penetró. La embestía y se detenía para alargar lo máximo el momento álgido del coito. Sabía que la tenía entre sus brazos por última vez y quería disfrutar del momento. Mientras, ambos se entretenían acariciando el cuerpo de su oponente tratando de recordar el que habían disfrutado años antes. Cuando no pudo resistir más, apretó su pelvis contra la de ella para que no se escapase nada de su semen y notó que el orgasmo de la mujer coincidía con el de él.

-¡Oh; Rafael

Permanecieron unidos más de un minuto. Cuerpo contra cuerpo hasta que se recuperaron en parte del esfuerzo.

Ana tuvo el presentimiento de que se había quedado otra vez embarazada. No le importaba, tendría tres hijos de tres hombres diferentes y por suerte ninguno era de su odiado Don Camilo.

Salvador se sorprendió al escuchar el nombre de Rafael. Era el de su padre y únicamente lo usaba cuando no le interesaba dar el suyo. No lo recordaba pero probablemente es el que dio durante aquel fugaz encuentro de hacia algunos años y Ana todavía no lo había olvidado.

Ana nunca quiso con este acto engañar a la que consideraba su amiga Rocío. En realidad no se había acostado con Salvador, sino con un hombre llamado Rafael que conoció hacia ya muchos años.

No intentaron repetir el acto, pues por su intensidad estaban verdaderamente cansados y no querían además tentar a la suerte. Se vistieron y cuando Ana comprobó que su esposa Rocío estaba todavía dormida, salió Salvador de su habitación.

XXXXX
XXX
X

Cuando Don Camilo salió de la sacristía para dirigirse al altar al día siguiente y ofrecer el sacrificio de la santa misa de las ocho de la mañana. Dejó los útiles del rito que llevaba en sus manos y se giró para observar a la concurrencia y saber si el madrugón había valido la pena y poner falta a los habituales que no estaban presentes.

Se sorprendió al ver a Saoret sentado en el banco de la última fila, con un niño de unos cuatro años a su lado que estaba flanqueado por una mujer, que por cierto no estaba nada mal, y que portaba a otro niño de unos pocos meses en sus brazos.

Apremió la misa todo lo que pudo, haciéndola más aprisa que corriendo y cuando terminó y se introducía en la sacristía, hizo un gesto con la cabeza a Salvador como diciéndole que lo siguiera.

La familia esperó a que la concurrencia saliese de la iglesia, lo que hicieron en menos que se dice amen, y rápidamente se introdujeron en la sacristía.

Don Camilo abrazó fuertemente a Saoret y después de arrebatarse el niño de sus brazos y pasárselo al padre, hizo lo propio con la mujer aparte de estamparle un par de besos cerca de la comisura de los labios. Al hijo mayor lo despachó con un cariñoso cachete a modo de saludo.

La mujer que no esperaba tanto afecto por parte del cura, se limpió con el dorso de su mano la baba depositada en las mejillas por los dos chupetones y cogió de nuevo a su hijo para evitar nuevos intentos.

-Has decidido aceptar por fin mi ofrecimiento.

-Si padre. – Le contesto el bandido todavía sorprendido por comprobar que Don Camilo era un cura.

-¡Qué coño de Padre; Para ti soy tu amigo Camilo.

-Gracias Camilo.

-Con respecto a lo vuestro, tendréis que esperar por lo menos quince días que es lo que espero tarde la “Princesa” en pasar por aquí. Va con destino a Marsella que siempre es mejor que las tierras de los moros para una familia como vosotros. Aunque ciertamente no puedo decir que los gabachos me caigan mejor.

-¿Mientras que hacemos? – pregunto anhelante Saoret.

-En eso no hay ningún problema. Podéis quedaros en la casa parroquial, que de momento no la uso. Os proporcionaré la comida necesaria, pues es mejor que no salgáis a la calle. Cuanta menos gente sepa de vuestra presencia aquí. Mejor. De todas formas si alguien os sorprende o pregunta, decirles que sois unos primos míos de Alcoy que habéis venido a pasar unos días conmigo. Ahora permitirme que me cambie estas ropas y pasemos a vuestra nueva casa en donde podremos charlar con tranquilidad.

Los introdujo en la casa por la puerta que comunicaba con la sacristía, se cambió de vestidura y en pocos momentos estuvo con ellos. Les mostró la vivienda, les enseñó en donde podían dormir los niños, que no era otro lugar que el antiguo lecho de su hermana y para el matrimonio les ofreció su propia cama.

-Todos los días cuando venga para decir la misa de las ocho, os dejare encima de la mesa un hatillo con la comida que podáis necesitar. Ahora os traere la correspondiente para hoy. Y sintiéndolo mucho no tengo más remedio que marcharme. Mi barriga reclama que la atienda pues no he probado bocado desde que me he levantado, y el vino de la comunión, en ayunas, me sienta como una patada en cierto sitio.

Veinte días tuvo que esperar Salvador y su familia, hasta que se confirmó que esa noche llegaba la “Princesa”

Los veinte días pasaron sin incidencias dignas de mención. Salvo la imperiosa necesidad que tenia Don Camilo de beneficiarse a la parienta del roder. Incluso llegó a trazar un plan para ello, pero prescindir a la vez del marido y los niños, máximo teniendo en cuenta que no podían dejarse ver por la calle era misión imposible.

Si no lo hizo de hecho, por lo menos si lo hizo de pensamiento, sobre todo cada vez que tuvo durante esos días debajo a su adorada Angélica, que gracias a Dios se había recuperado del pequeño ictus que había parecido apenas hacia un par de meses. Después la olvidó completamente y es que ya lo dice el refrán “ojos que no ven corazón que no siente”.

El último día de estancia en la casa, Salvador quiso pagar a Don Camilo los servicios prestados y los que todavía quedaban por prestar

-Tú no me debes nada – le aclaró el cura – todo, incluso el viaje que vas a emprender hasta tu destino, está comprendido en el pacto que hicimos en su día. Ya te dije que no te arrepentirías. Cuando llegues a Marsella te dejas ver en mi consignatario que es “Bobet e hijos” aunque en el letrero creo que pone “fills” o algo así. Lo encontraras enseguida pues está en el mismo puerto. Él te ayudará en todo lo que necesites. De todas formas déjate ver, pues la cabeza del capitán del “Princesa” depende de los informes que me pase Bobet indicándome que tú y tu familia habéis llegado sanos y salvo a vuestro destino.

-Muchas gracias Camilo – le dijo Salvador con sentido reconocimiento – no sé si algún día tendré la ocasión de devolverte este favor, pero te juro que en estos momentos daría mi vida por ti si lo precisaras.

-Esperemos que no tengas necesidad de ello.

-Aun quisiera pedirte un último favor.

-Tú dirás.

-Que le entregues esto a Ana – dijo mientras sacaba de su bolsillo una diminuta cajita que le entregó al cura – Es para agradecerle la ayuda que me ha prestado.

-¿Por qué a Ana y no a Luis? – preguntó intrigado Don Camilo.

-Ella es la que en última instancia me admitió en su casa, mientras su marido me amenazaba con una escopeta en sus manos y me conminaba a marcharme junto con mi familia. Las relaciones después fueron más fáciles con los dos, pero no puedo olvidar que lo difícil fue dar el primer paso y ese lo dio Ana.

El cura se quedó mirando la cajita, tratando de averiguar que había en su interior.

-No tiene ningún valor sentimental, es algo convertible en dinero. Mucho menos del que acabo de ofrecerle a usted y ha rechazado. Confío en que llegara a su destino.

-No te quepa la menor duda y mucho más si la destinataria es Ana. Se lo entregaré personalmente y con mucho cariño.

Por lo que le había contado Salvador de su estancia en la casa y de lo que pasó en ella, omitiendo, claro está, lo ocurrido la última tarde, el cura barruntaba que algo más había pasado entre la pareja y desde luego el sexo no estaba excluido. Pero eso no se lo confesaría nunca el hombre y mucho menos la mujer.

La noche de la partida el cura trajo unos caballos y bajó a toda la familia al Poble Nou. Allí los esperaban Nelo y Jordilí. Embarcaron en la nueva balandra de Nelo, en la que había invertido todos sus ahorros, y era capaz de recorrer todo el Mediterráneo tripulada únicamente por dos hombres. La había bautizado con el nombre de “Marieta” y a su lado también lucía orgulloso el nombre de Yocla. El viento no soplaba muy fuerte y además era de poniente, lo que garantizaba una mar lisa, Podían permanecer al paio, en el punto de encuentro previsto, hasta la llegada de la “Princesa” sin ningún problema.

CAPITULO XXV

Nuevos horizontes

Don Camilo tuvo el presentimiento de que los acontecimientos iban a precipitarse. La desaparición de la banda de Saoret, dejaba sin protección los convoyes que iban hacia Alcoy. No temía a otros bandoleros, como por ejemplo la banda del Tuerto que había aprovechado que Saoret tomaba las de Villadiego para ocupar su territorio, sino a la Guardia Civil que podía interceptar fácilmente sus ilícitos envíos.

Y lo que tenía que pasar pasó. Un mal día subiendo el puerto de Confrides, se dieron cuenta de que los guardias los estaban esperando en lo alto, mientras vigilaban sus movimientos.

Huir con los caballos de carga era imposible, pues no tardarían en alcanzarlos. Optaron por soltar los caballos, achucharlo hacia arriba para dificultar la persecución de los civiles, volver grupas y en un rápido galope regresar a Yocla.

Por suerte sus caballos estaban descansados y los guardas optaron más por apropiarse de la carga que perseguir a los facinerosos. Pero no adelantemos acontecimientos pues esto ocurrió unas semanas después.

El cura no tardó ni un día en ir a casa de su primo para entregar el encargo de Saoret. Esta vez no preparó nada ni le importó que Luis pudiese estar en la casa. Aunque continuaba deseando a la gitana, y esta visita era una buena ocasión para intentarlo, si ella no se dejaba, cosa que dudaba, no podía hacer nada.

Su familiar lo recibió con alegría, pues hacía tiempo que no iba por allí y tampoco lo veían en sus escasas visitas al pueblo. Saludo a su primo y beso castamente a su esposa que lo recibió sin la prevención con que lo hacía anteriormente. Se interesó por sus hijos y especialmente por la niña.

-Se ha ido a pasturar el ganado con Jorge – dijo Luis – después de la agradable experiencia de llevarse todos los días al hijo de Saoret. Ahora parece que lo añora y ha insistido en llevarse a su hermana.

Luis no tardó en encontrar una excusa para desaparecer. Era ajeno y desconocía por completo la aventura forzada de su esposa con el cura, aparte de tener una completa confianza con su primo.

-Iba a tomar una taza de café y a probar una coca dulce recién hecha. ¿Me acompañas? – le invitó Ana.

-Hasta el fin del mundo si es preciso.

Siguió la grácil figura de la mujer hasta la cocina en donde estaba preparado el pequeño ágape.

-Supongo que no vendrán con la intención de recordar tiempos pasados – le inquirió la muchacha, mientras mordía con sus blanquísimos dientes un trozo de coca y lo masticaba con pausa y lentamente.

El cura deseó besar esos labios sensuales que se movían provocadores, sin parar, pero se contuvo.

-En realidad no he venido en visita de cortesía, sino para traerte un obsequio.

-¿Otra vez quieres comprarme?

-La última vez ya te dije que si lo volvíamos a hacer sería con el consentimiento de ambos y sin ninguna presión por mi parte. Eso lo mantengo.

-Cosa que te agradezco. ¿Entonces...?

-El obsequio o lo que sea, es cosa de Salvador. Me lo dio ayer para que te lo entregase.

Sacó el pequeño paquete de su bolsillo y se lo mostró, esperando que lo cogiera para acariciar sutilmente su mano.

Ana cogió la cajita y se quedó mirándola sin decidirse a abrirla, mientras el cura esperaba impaciente que lo hiciera.

-¿Vas a ver su contenido? ¿O quizás prefieres hacerlo cuando estés sola?

-No debe ser ningún secreto.

-Salvador me rogó que cuando te lo entregara no estuviese Luis presente. ¿Hay algún secreto entre vosotros?

-Ya te he dicho que no y si lo hubiera ¡A ti te lo iba a contar! Pero para que veas que lo que digo es cierto voy a abrirlo en tu presencia.

Don Camilo se dio cuenta que por primera en esta conversación había comenzado a tutearlo. Con ello deducía que alguna barrera había caído.

Ana, nerviosa, rompió más que quitó el papel de seda que envolvía el obsequio que era una cajita de caoba labrada en su más mínimo detalle con unas filigranas preciosas.

Intentó abrirla pero no pudo hasta que encontró un resorte, ingeniosamente disimulado, que permitió su apertura. Sus ojos se abrieron desorbitadamente cuando vio su contenido. El interior de la caja estaba forrado de tafetán azul y en su centro una oquedad albergaba un extraordinario brillante del tamaño de un garbanzo. Con manos temblorosas Ana se lo mostró al cura, que hasta el momento había permanecido expectante. Este no pudo evitar emitir un largo silbido de admiración cuando lo vio.

-¡Joder! Creo que algo más que albergarlo durante cuatro días debes haber hecho para que te recompense tan espléndidamente. ¿No habrás hecho el amor con él?

-El problema no es joder – le contesto enigmáticamente Ana – sino que te dejen satisfecha. El día que lo consigas me tendrás cuando quieras.

-Si no me das una oportunidad...

-Primero tienes que merecértela

-Para comenzar a merecérme lo voy a dar un consejo. Una moneda de oro es una moneda de oro, aquí y en cualquier parte porque todas son iguales. Eso que tienes en tus manos es un ejemplar único y si el día de mañana intentas venderlo, y alguien lo reconoce, tendrás un problema y de los gordos, pues con toda seguridad ha sido robado. Si alguna vez quieres convertirlo en oro. Acude a mí.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, Don Camilo se levantó de la silla dando por concluida la conversación.

Ana hizo lo propio y cogiéndole por su brazo lo acompañó hasta la puerta. Cuando se despidieron el cura intentó darle el consabido beso en la mejilla, pero ella lo eludió y a cambio le dio un fugaz beso en sus labios.

Don Camilo se quedó petrificado porque verdaderamente no lo esperaba. Estuvo a punto de abrazarla apasionadamente y darle un verdadero beso de amor en sus labios, pero se contuvo, pues por un destello de pasión no iba a eliminar de plumazo todos los avances que en el día de hoy había obtenido.

-¿Y con respecto a tu promesa...?

-No te he hecho ninguna promesa, pero he de reconocer que hoy has ganado muchísimos puntos.

XXXXX
XXX
X

“La princesa” llegó puntualmente a su cita al mes siguiente, llevando un alijo y una carta de Monsieur Bobet, debidamente lacrada y dirigida a Don Camilo.

En la tranquilidad de su casa la abrió y leyó:

“El ave ha llegado aquí con sus polluelos y en perfectas condiciones. Ahora descansan en el nido que les he proporcionado. Louis”

El cura respiró satisfecho al ver cumplida su promesa. Lo que no supo hasta algún tiempo después es que la goleta “La Princesa” ya no regresaría nunca más a Yocla.

Nadie supo si la habían apresado, se hundió o el hábil capitán, demasiado presionado por el cura, optó por tomar las de Villadiego y partir rumbo a Cuba y continuar sus ilícitas actividades por su cuenta y riesgo en el mar Caribe.

La ausencia de nuevos envíos y el fracaso de la última expedición a Alcoy convencieron a Don Camilo que el negocio de contrabando en Yocla estaba finiquitado, por lo menos a gran escala como hasta ahora.

El cura por el patrimonio que había llegado a acumular ya tenía el resto de su vida económicamente asegurado y con creces.

Doña Angélica dejó en su día la fortuna y los negocios de su esposo, Manuel el Contrabandista, en manos de su amante y este lo había tomado tan en serio que si algún día se le ocurría repudiar a la ilustre dama la dejaría en la puta calle y sin un miserable real, pues hasta la casa en donde dormían estaba ya a su nombre. Eso solía ocurrir cuando se firmaban papeles sin leerlos.

Claro estaba que esta opción no la hubiera llevado a cabo nunca sin concurrir circunstancias excepcionales. En primer lugar el escándalo hubiera sido de órdago, en segundo porque quería realmente a Angélica y nunca le hubiese hecho esa putada, otra cosa es que tuviese sus queridas como cualquier hombre de bien y finalmente y principalmente porque no tenía un afán desmedido de riqueza, pues la fortuna que pudiera necesitar para el futuro ya la tenía consolidada.

Con la parte que le correspondía mientras había estado al frente de la organización, había constituido una casa de préstamos que se encargaba de conceder créditos a quien lo necesitase y aunque aun estaba en sus inicios ya comenzaba a dar buenos rendimientos.

La decisión de despojar a Doña Angélica de todos sus bienes la tomó cuando su amante le confesó, que a su muerte pensaba, donar todos sus bienes a la iglesia creyendo que con esto le daba una alegría al cura.

-No creas que yo voy a ver ese dinero. – trató de explicarle la situación el cura a su amada - Dispondrá de él el obispado y solo Dios sabe que destino le van a dar. En cualquier caso Yocla no se beneficiará ni un centavo de él. Eso te lo puedo asegurar.

No le convencieron las razones de Don Camilo, pues la dama continuó con sus trece. Quería ganarse el cielo cuando muriese y sus viejas amistades le informaron que el método más seguro para asegurarse su parcela en el cielo no era otro que ese.

Don Camilo no hizo más que lo que tenía que hacer y ahora en caso de defunción de su amada lo único que recibiría el obispado era una humilde alquería, medio en ruinas, que en su día había pertenecido a sus padres y que heredó a la muerte de estos.

La pérdida del contrabando, convenció a Don Camilo que podía llevar al pueblo a la ruina. La pesca no era un recurso suficiente y el campo en mano de propietarios particulares y del marquesado no podía ser aprovechado por los que quedaban sin trabajo.

Sabía que su hija, la marquesa, trataba de potenciar la agricultura. Pero el poco terreno que le había quedado, después de las masivas ventas de terrenos que había efectuado los anteriores marqueses y últimamente su suegro, no era suficiente para asumir la mano de obra que iba a quedar libre.

Un día Don Camilo se presentó en el castillo para hablar con ella sin previo aviso. El mayordomo, aunque con cara de circunstancias, no le impidió la entrada, pues sabía que él, era siempre bien recibido.

-El Señor Marques no está – le dijo como último recurso para impedirle la entrada o por lo menos retrasarla unos instantes para darle tiempo de avisar a la señora Marquesa.

-Ya sé que ese inútil estará pegando un polvo en Valencia. No te preocupes.

Dejó al mayordomo anonadado y siguió sin detenerse hasta la primera planta en donde la doncella de la señora con toda seguridad le atendería mejor.

Todo el mundo sabía y él mejor que nadie, pues no en balde solía confesar de vez en cuando a la señora Marquesa, que el Marques aun teniendo comida en casa, se dedicaba a cazar ratones.

Primero lo intentó en el pueblo, pero como no encontraba ninguno se desplazaba periódicamente a Valencia. Al principio un par de días, después una semana y finalmente casi un mes. Solo volvía cuando su asignación mensual se terminaba y necesitaba más dinero.

La marquesa hasta el momento había tenido dos hijos, uno moreno y chupado como el marqués y otro rubio y de ojos azules como su palafrenero. Lo malo es que el primogénito y heredero del título era este último.

Las continuas ausencias de su esposo poco importaban a la señora, pues estaba suficientemente servida con su mozo de cuadra y no lo echaba en falta.

No obstante en los escasos días que el marqués pasaba en el castillo cumplía como el que mas y aunque estaba en clara desventaja, en lo que se refiere a oportunidades, al trascurrir de los años la marquesa tuvo seis vástagos y el resultado final un empate, pues tres eran rubios y los otros tres morenos.

La doncella no tardó en introducirlo en una salita anexa a su dormitorio y que hacía las veces de biblioteca, sala de lectura y despacho. Se sentó en un cómodo diván y se entretuvo ojeando los libros que descansaban encima de una mesita, sin ningún interés, pues no retuvo ni los títulos. Su mente estaba en otro sitio, absorta en la conversación que iba a mantener a continuación con su hija Carmen.

Esta no tardó en entrar, vestía un batín que probablemente cubría un camisón, pues tenía la pinta de que terminaba de levantarse de la cama tras una ajetreada noche. Su melena rubia cubría su espalda y aunque no estaba peinada si la habían por lo menos alisado precipitadamente, pues no tenía ni un cabello enredado.

Se acercó sonriente al cura y cogiéndola besó el dorso de su mano. El cura mientras la miraba admirado, trataba de adivinar las formas de su esbelto cuerpo bajo el batín y solo el hecho de que se tratase de su hija le impedía acosarla como había hecho con tantas otras.

-Que de bueno le trae por aquí. Don Camilo

-Negocios

-¿Qué clase de negocios me propone? Ya sabe que el contrabando no es santo de mi devoción.

-Por desgracia no van por ahí los tiros. Y digo por desgracia porque como sabéis, ese comercio ilícito, es el sostén de muchas familias en Yocla y con su final, el hambre no tardara en estar presente en este pueblo.

-¿Qué puedo hacer yo al respecto? Mis tierras no dan para más y ya he empleado a toda la gente que necesitaba e incluso alguna más. Ya sabéis que el campo es trabajo de temporada, y mientras tanto no puedo mantener a gente ociosa.

-De eso se trata. Que no estén ociosas.

-Vos diréis.

-Abancalar las laderas de las montañas, que ahora solo sirven para pastos y aquí no tenemos ganado salvo un par de rebaños de cabras, e incluso empedrar los márgenes, como hacían los moriscos, con lo que aseguramos su estabilidad y los banales ganan en anchura.

-Eso es muy caro y no me lo puedo permitir. Aparte de que tampoco me queda terreno para abancalar. Si no estoy mal informada todo ese terreno libre que todavía está sin cultivar, es suyo.

-Cierto. Y lo pongo a disposición de la sociedad.

-¿Qué sociedad? Yo no me asocié con nadie. Quiero tener plena libertad para dirigir mis negocios y no quiero a nadie que vaya importunándome a cada momento o diciendo lo que tengo que hacer.

-Nadie lo hará, porque tú la dirigirás en exclusiva. Yo, este negocio, no lo entiendo, no quiero entenderlo y por supuesto tampoco quiero saber nada de él. Aparte de las tierras también invertiré algo de dinero si es preciso.

Carmen lo miro fijamente a los ojos para tratar de averiguar si ese cura tan ladino trataba de engañarla. Tenía un sexto sentido que se disparaba cuando trataba un asunto que no estaba claro y la advertirla del posible peligro que la pudiese acechar. Este por suerte todavía no se había disparado. Así y todo aun lanzó otra pregunta defensiva.

-Si acepto sus condiciones. ¿Cómo sé que luego no se arrepentirá y se desdecirá de todo lo que me está contando ahora?

-Simplemente porque todas las tierras que ponga en el negocio irán a tu nombre, incluso el dinero que necesites será una donación y no un préstamo. En definitiva que me puedes pegar la patada en el culo cuando te dé la gana. A cambio solo te pido que me des tu palabra de que harás todo lo posible para facilitar el bienestar de la gente de este pueblo. Y yo estoy convencido de que así será.

Carmen lo miraba con ojos asombrados no creyéndose lo que estaba oyendo. La donación del dinero ya era el colmo de lo increíble y seguro que habría gato encerrado y no quería caer en ninguna trampa de la que después tuviera que lamentarse.

Lo miro fijamente a los ojos y se acercó lentamente hasta que su cabeza estuvo a menos de un palmo de distancia de la de él. Percibió su aliento que olía ligeramente a brandy pero no lo suficiente para asegurar que estuviese borracho. Mantuvo durante unos interminables segundos la mirada y finalmente le dijo.

-Dígame Don Camilo. ¿Dónde está el truco?

El cura estuvo a punto de besarla en los labios, pero aunque los encontraba apetitosos no tenían una atracción sexual especial para él. Apenas hacía cuatro días mal contados que sabía que era su hija. De haberla conocido solo hace un año no hubiera durado en intentar acostarse con ella. Al fin al cabo el hombre y el amor en de donde pace no de donde nace.

-Creo que mejor te cuento una historia y luego veras que está todo muy claro !Tú eres mi hija; – le dijo sin más tapujos.

Carmen lo miró asombrada y luego se puso a reír a mandíbula batiente, como si le hubiesen contado una anécdota graciosa.

-¡Vamos ya...! Solo me faltaba oír eso – ahora si creía que el cura estaba algo bebido – Venga mosén mejor será que dejemos esta conversación, muy interesante por cierto, y cuando este sereno vuelve y me cuenta la verdad. Y si le parece bien, mejor que no sea tan temprano.

Carmen se levantó de su asiento, tratando de marcharse, pero Don Camilo, con una agilidad impropia de él, le cogió al vuelo su mano y se lo impidió.

-Primero escucha y luego te marchas. Por favor...

-Está bien, pero le advierto que no quiero escuchar más impertinencias.

-De acuerdo. Tú no eres hija de Don Leopoldo y de Doña Carmen, que en realidad son tus abuelos maternos. Tu madre es Isabel, la que ahora crees tu hermana.

-¡Isabel! – se asombró Carmen – pero si es monja.

-Antes fue cocinera que monja. Pero no me interrumpas y así terminaremos antes. Las preguntas y las dudas quedan para el final. Veamos donde estábamos... ¡si! antes de nacer tu, yo estaba de vicario en Liria, el pueblo en donde vivían tus abuelos. Gentilmente solían invitarme muy a menudo

a comer en su casa y allí conocí y traté a Isabel. La simpatía fue mutua y de allí llegamos al amor. Un día tu abuelo nos sorprendió haciendo cosas que no debíamos y en una posición embarazosa. Yo creo que ni siquiera terminamos el acto sexual, pero del susto algo se me debió escapar para que posteriormente naciese tu, aunque de tu presencia en este mundo yo no me he enterado hasta apenas hace cuatro días. Me expulsó de su casa, a pesar de que yo estaba dispuesto a reparar mi error y casarme con ella a costa de abandonar mi carrera eclesiástica. Por suerte conseguí salvar ésta gracias a ciertas amistades y a pesar de los intentos de tu abuelo por hundirme y aunque me enviaron a destinos que no desearía ni a mi peor enemigo, finalmente logré rehabilitarme y aquí estoy. Tu madre, por desgracia, tuvo peor suerte, pues tu abuelo la encerró en un convento, para que no pudiera lucir su vergüenza y allí naciste tú. Todo ello según he podido saber recientemente, pues de haberlo sabido en aquel entonces las cosas no hubiesen trascurrido así o por lo menos hubiera tratado de evitarlo. Ese era el trágico destino que también te esperaba, pero algo debió cambiar en la mente de tu abuelo, no sé si la nostalgia de la hija perdida o la necesidad de una heredera para el día de mañana dejarle su herencia a ella y no a la iglesia, lo cierto es que dos años después te rescató y te dio los apellidos como hija suya.

-Esto parece una novela melodramática – comentó Carmen cuando comprobó que el cura había detenido su relato el tiempo suficiente para deducir que lo había terminado.

-Pero es la verdad. Puedes preguntárselo a tu madre Isabel o a cualquier servidor que estuviese en tu casa durante aquella época que sin duda corroboraran esta historia.

-Lo hare sin duda. Pero únicamente por curiosidad de conocer más cosas sobre mi vida. No tengo ninguna duda de la veracidad de todo lo que me ha contado.

Carmen estaba en esos momentos debatiéndose en un mar de dudas. Tratando de asimilar todo lo que su padre biológico le terminaba de contar.

-Ese es el motivo por el que no tengo ningún inconveniente, ni hay nada raro en ello, en que te ceda parte de mi fortuna, ya que no espero que me entierren con ella y ser el más rico del cementerio.

-¿Soy tu única hija?

Don Camilo sonrió y medito unos instantes su respuesta, dudando en si decir la verdad. Pero con su hija, una vez confesado, no debía tener ningún secreto y mucho menos mentirle.

-En realidad, y que yo sepa, tienes un hermano. Contigo no tendría ningún inconveniente en pregonar a los cuatro vientos mi paternidad, pero con el otro por desgracia no puedo. Vive en el seno de la una familia feliz y mejor es dejar por el momento las cosas como están. No me olvido ahora de él ni me olvidare el día que falte. Cuando considere que ha llegado el momento oportuno no tengas la menor duda que te desvelaré el secreto únicamente con el propósito de que lo protejas si es necesario.

-No se preocupe que así lo haré. Padre – Carmen lo dijo mientras se abrazaba al hombre al que ya consideraba su padre mientras descansaba la cabeza sobre su hombro y derramaba unas lágrimas que no sabía si era de emoción o alegría.

-Lo de padre que lo dices, porque soy cura o...

-Yo siempre le llamaré así a partir de ahora, usted y la gente intérpretele como quiera.

XXXXX

XXX

X

Doña Angélica complació al cura esa noche porque tocaba, pues no tenía demasiadas ganas de ello. El sexo entre ellos se había espaciado tanto que apenas lo hacían un par de veces a la semana, en el mejor de los casos y sin excesivo entusiasmo. Se la notaba cansada y el simple hecho de hacerlo, aunque fuera de forma pasiva la agotaba rápidamente. Se escaqueaba cuando podía, pero el miércoles por la noche de todas formas era obligado porque Don Camilo la misa del jueves la decía a las doce en vez de las ocho de la mañana y al no madrugar tenía tiempo de dormir un poco más.

Se despertó con ganas de mas y montó a la dama que dormía plácidamente. Era lo que ellos llamaban “el alegre despertar” que consistía en que el miembro de la pareja que despertase antes, iniciase el coito para sorpresa de la otra.

Don Camilo noto algo raro. Las articulaciones de las rodillas no eran flexibles y el cuerpo de su amada estaba más frío de lo normal, a pesar de estar arropado toda la noche.

Comprendió que Angélica estaba muerta y saltó de la cama como despedido por un resorte, acompañando el gesto con un aullido de dolor y santiguándose.

Concha la cocinera, entró en la habitación alarmada por el grito y lo primero que la sorprendió fue ver al cura, plantado en el centro de la habitación, completamente desnudo, con el pene todavía en erección probablemente por el susto, mirando a la cama, con el brazo señalando a la difunta e incapaz de pronunciar una palabra.

Concha le tapó su desnudez con una sabana y se acercó a la cama para comprobar el estado de la señora. No hizo falta ni tocarla, había visto los suficientes muertos en su vida para saber que doña Angélica había fallecido y de eso ya hacia algunas horas. Se echó a llorar pero rápidamente se sobrepuso. Alguien tenía que hacerse cargo de aquello y eso solo podía hacerlo ella. Vistió al sacerdote únicamente poniéndole la sotana y lo sentó en una silla pues parecía que estaba alelado. Después mando aviso a la Señora Amalia, para que, como familiar más cercano, se hiciese cargo del asunto.

Esta no tardó en llegar acompañada de su marido, Pepe el Pollero, que como si fuese medico dictaminó que la señora “Había mort de repent”, que es como entonces se llamaba cuando alguien moría de un infarto, bien fuese cardiaco o cerebral.

XXXXX
XXX
X

Ana contaba por enésima vez las monedas del saquito. Como no las había tenido nunca, ni siquiera en sueños, no se extrañó del excesivo tamaño y peso de la bolsa que le entregó Don Camilo.

Ahora después de contarlas varias veces para cerciorarse de que era cierto y no estaba equivocada, resulta que el bueno del cura no le había dado las cien monedas de oro que le había prometido sino ¡doscientas! No sabía si el valor del brillante era cincuenta monedas, doscientas o quizás más y el mosén la había engañado como casi siempre. Pero eso le importaba un pimiento, porque era mucho más de lo que podía reunir aun trabajando las veinticuatro horas del día el resto de su vida.

Las unió con las veinte que le había dado en el nacimiento de su hija y las cinco que ahorró del sueldo que conseguía su marido después de varios años de servicio y privaciones y que había cambiado por oro para ahorrar espacio y peso. ¡Doscientas veinticinco monedas de oro! Era inmensamente rica. Ahora podía permitirse el lujo de comprarse una hermosa casa en Alcoy, aunque no tan lujosa como la que estaba disfrutando ahora, pero sería suya. Vivirían cómodamente del sueldo en la fábrica de su marido y lo que le pudiese sobrar de su fortuna.

Por un momento pensó que Don Camilo había sido honrado y en ese dinero no estaba solo el valor del brillante, sino también el precio de su cuerpo. Pero en realidad el cura le dio el dinero antes de que dispusiese de él.

XXXXX
XXX
X

Nelo y Jordilí se estaban haciendo ricos. Cuatro viajes habían sido suficientes. Pero no les sirvió de mucho cuando alegres partieron para un quinto viajes, casi un año después de iniciar su aventura, ignoraban que no iban a regresar.

Cuando llegó el día de su previsto regreso su nave no entró en la almadraba. Se retrasaron un día, dos, una semana, dos. Entonces cundió la alarma, si hubieran naufragado y sobrevivido a este ya debían de estar en casa.

Marieta y María lloraron lo justo. Sabían que sus respectivas parejas estaban expuestas a que la Guardia Civil les pegase un tiro, que el mar se los tragase o que algunos piratas los hubieran asaltado para robarles y luego abandonados en el mar para eliminar testigos.

XXXXX
XXX
X

Quico el Mulero era de toda la vida, íntimo amigo de Nelo y de Jaime el Baina el hermano de María. La muchacha era trece años menor que él y cuando iba a casa de su amigo, siempre la había contemplado como una niña, aun en una época en que sus atributos femeninos comenzaban a ser lo suficientemente elocuentes y desde luego nunca la había considerado como una mujer deseable. Las preferidas de él y sus amigos pertenecían a otra generación: Marieta, Pepiteta y alguna otra, que ya estaban colocadas.

Él, de tanto pensarlo, se quedó sin ninguna y entonces volvió sus ojos a María. Aun así se lo pensó demasiado, pues salir con una chica era sinónimo de querer o por lo menos intentar hacer algo con ella. Solo de pensar que su amigo Jaime pensara que quería aprovecharse de su hermana, máxime teniendo en cuenta la diferencia de edad, lo ponía enfermo. Impidiendo que se declarara o mostrara a Jaime el interés que sentía por su hermana lo que hubiese facilitado mucho las cosas.

Finalmente se decidió hacerlo el día de la fiesta de la panocha, en la que apareció el inglés y se la quitó. No supo sobreponerse y eso la apartó definitivamente de su camino.

Con la desaparición de Jordilí, todo cambió. No quiso esperar para que otro cercenase otra vez su destino y a la menor oportunidad que tuvo se declaró. Sorprendentemente para todos y especialmente para Jaime le dijo que sí. María siempre había estado enamorada del amigo de su hermano. Por la noche soñaba que hacía el amor con él y rezaba para que se le declarase. No ocurrió aquello y cuando vio a Jordilí por primera vez, un muchacho rubio, con los ojos azules, simpáticos y sobre todo completamente diferente a la fauna autóctona a la que estaba acostumbrada, su corazón dio un vuelco y quedó definitivamente prendado de él. La historia que contó el día de la mazorca, en la que aparecía como un hombre acostumbrado a hacer el amor, con experiencia y que había vivido mil aventuras declinaron inmediatamente la balanza a su favor.

Aunque todos daban por muertos a los dos amigos, para la justicia no era así, y si no aparecían sus cuerpos, tenían que pasar varios años para que por ley se dictaminara oficialmente su muerte. Pero María no estaba casada como Marieta y no tenía que esperar. Como su corazón y su instinto le decían que Jordilí estaba muerto, no quiso esperar más y se casó con Jaime. Su obstinación de no casarse con el inglés a pesar de las muchas presiones que había recibido, en esta ocasión le fue beneficiosa.

XXXXX
XXX
X

Don Camilo se encontraba desorientado, todos sus grandes amores se habían esfumado por arte de magia. Y no tenía una mala rosca que llevarse a la boca.

Su hermana Amalia, acaparada por su marido; Consuelo inaccesible; Ana en Alcoy, después de haberlo dejado con la miel en los labios y su amada Angélica fallecida. ¡Cuánto añoraba el calor de su cuerpo en la cama, sobre todo en las frías noches de invierno;

Solo le quedaba Marieta, a la que curiosamente no había accedido sexualmente y se resistía a sus continuos acercamientos aferrándose a un amor que nunca volvería.

Ni la querida de Don Rodolfo que finalmente había accedido, quizás por compasión al ver lo desesperado que estaba, a sus continuos requerimientos, por una sola vez y sin que sirviera de precedente, le había concedido esta vez el consuelo y la satisfacción que precisaba.

Con el fallecimiento de Doña Angélica, Concha la cocinera, no daba abasto en la casa y ya había amenazado a Don Camilo con despedirse si no encontraba una solución, que no era otra que buscar una chica que sustituyera a la ya largamente ausente Consuelo.

Don Camilo intentó buscar una joven inexperta y sumisa, aunque no fuese muy guapa, que de lo otro ya se encargaría él. Pero no la encontraba.

XXXXX
XXX
X

Pepiteta era una mujer alta y delgada y en ocasiones vestía como los hombres. Unos calzones estrechos y una camisa. Su cuerpo parecía no tener ninguna curva ni protuberancia con la que atraer a los hombres, pero no dejaba de resultar atractiva. Tampoco era muy guapa pero los rasgos de su cara era correctos y cuando pasaban por su lado los hombres no tenían más remedio que desviar la mirada y entretener sus ojos aunque solo fuera un segundo.

Era como un lápiz por la calle y la gente ya comenzaba a llamarla Pepiteta la Llapisera. Este mote no le venía de familia como a muchos del pueblo, pues su madre y abuela, que aun vivían, eran de constitución baja y rechoncha.

Si no fuera porque la tía Pascuala, antigua comadrona que por su avanzada edad ya no ejercía, pero que sabía de qué “figa”, como solía decir, había nacido cada habitante de este pueblo, lo atestiguaba. Nadie hubiese podido creer que eran madre e hija.

Pepiteta creía, como casi todo el pueblo, que las ayudas que había recibido Consuelo del cura, al casarse con Pedrito, eran por los servicios prestados en su casa. Tampoco era una ingenua y sabía que nadie daba tanto por tan poco y que alguna que otra limpieza de bajos le debía hacer al dueño de la casa para merecer tal premio. Todo ello sin en ningún momento pensar que el niño que le había nacido sietemesino fuese suyo.

Ella no tenía nada que perder. Desvirgada ya estaba por Jaime y como este la picaba continuamente si se quedaba preñada siempre podía endosarles el momio a su novio para casarse y al cura para sacarle los cuartos. Jugada perfecta.

En su casa hacía todos los trabajos de limpieza, porque su madre se dedicaba exclusivamente a la cocina y su abuela se pasaba todo el día sentada en la mecedora haciendo encaje de bolillos o ganchillo según le viniese en gana. Aunque ella opinase que lo único que hacía era tocarse la pancha por no decir otra palabra más vulgar.

Todo ello sin cobrar un mísero real y teniendo que mendigar cada moneda, que para sus caprichos lograba sacarle a su madre. Si lograba colocarse con el cura tendría un sueldo fijo cada semana y comería como una reina todos los días. Algo le tendría que dar a su madre, pero la sisa sería suficientemente importante como para satisfacer sus caprichos.

XXXXX
XXX
X

Don Camilo, desde que había colocado a Consuelo por estricta necesidad, echaba en falta a una mujer que la sustituyera. No para realizar las tareas domésticas, pues eso le importaba tres pimientos, acostumbrado como estaba desde que abandonó la casa materna de ir de pocilga en pocilga, hasta que requirió la presencia de su hermana y después recaló en casa de Doña Angélica.

Esta, cuando comenzó a sentirse enferma aunque nunca lo confeso, comenzó a apretarlo para que contratara a alguien, pues Concha no lo podía hacer todo y a ella le tocaba ayudar en las labores menores de la casa, como por ejemplo quitar el polvo. Se justificaba diciendo que precisaba hacer algo de ejercicio para quitarse algún que otro kilo extra de su cuerpo, cuyo exceso en ocasiones la asfixiaba.

La dama se daba cuenta que estaba engordando más de lo debido, que los dulces, a los que nunca les había hecho el menos caso ahora la obsesionaban y se atiborraba de ellos. A Don Camilo le daba igual que se los tragara todos y parecía no darse cuenta del rápido deterioro de su salud. Incluso parecía importarle poco que engordase e incluso un día mientras hacían el amor y sobaba sus redondeces la llamo su cerdita predilecta. Esto a la dama no le sentó nada bien aunque trató de ocultar su enfado y no darle más importancia.

El cura no quería contratar a cualquiera en su casa y había rechazado a todas, incluso alguna con bigote, que se habían presentado para el puesto.

Le dijo a Angélica que no se molestara en buscar a nadie más, para calmarla, que ya se encargaría él de encontrar a alguna joven piadosa y con la familia necesitada para darle el puesto.

En eso estaba cuando su amante murió de repente.

Cuando a media mañana, el cura trajinaba por la iglesia haciendo cosas innecesarias, pues desde que se había terminado lo del contrabando poco tenía por hacer, vio a Pepiteta en la iglesia. Pensó que tal vez viniese a confesarse algunos de sus pecados y entre ellos los que más le interesaba eran los que había cometido en colaboración con Jaime.

La chica nunca había sido del excesivo agrado del cura, pues era alta y delgada, tal vez demasiado, y él disfrutaba con las redondeces. De todas formas recordaba un refrán de su pueblo que decía: “Llarga y prima carregat de petxina” y a esta por la altura que tenía debía medirle por lo menos un palmo.

Por otra parte Jaime ya hacía bastante tiempo que la tenía en nomina y algún salero debía tener la joven cuando no se cansaba de ella.

-¡Hola! ¡Pepiteta! ¿Qué te trae por aquí?

-Venía para hablar con usted. Don Camilo

-Pasemos, pues, al confesionario.

-No es confesión lo que necesito. Si pudiese atenderme en su casa.

-Claro que sí. No faltaría más. Pasa a mi casa que en un instante te sigo.

Le señaló la puerta de la sacristía que estaba abierta y después de echar un rápido vistazo por el interior de la iglesia para cerciorarse de que no había nadie dentro, cerró la puerta principal y la siguió hasta dentro de su casa en donde ya se encontraba. Ignoraba que quería proponerle y estaba intrigado, en ningún momento le pasó por su mente que iba a solicitarle el viejo empleo de Consuelo.

-Y bien. Mocita. Tú dirás...

-Consuelo me ha dicho que está buscando una chica para realizar los trabajos que ella hacía. Y he venido para ofrecerme.

“Con que era eso” pensó el cura. No lo esperaba y todavía ignoraba si Pepiteta era la candidata idónea. El hecho de que festejara con Jaime tampoco la beneficiaba, tenía sus necesidades sexuales satisfechas y no sería una presa fácil. De todas formas no podía decirle no a las primeras de cambio y decidió tantearla.

-¿Qué sabes hacer?

La muchacha que había estudiado previamente todo los movimientos que iba a dar, ni corta ni perezosa, se acercó al cura y lo abrazó. Ella, era un palmo más alta que el varón y lo dominaba en altura, por lo que el cura tuvo que levantar la cabeza para mirarla en la cara y pedirle explicaciones aunque no las necesitara. La mujer aprovechó para besarlo en la boca e introducir en ella su lengua hasta alcanzar casi su garganta. Al cura nadie le había hecho nunca una cosa así y se dejó hacer disfrutando del momento.

Su parte más sensible comenzaba a entrar en erección y la mujer pronto lo notó entre sus piernas. Se arrimó mas a él y noto que la lengua del cura también reaccionaba y se entablaba una lucha sin cuartel entre ambas. Avanzaban y retrocedían como en un combate de esgrima. Hora en mi boca, hora en la tuya.

Don Camilo, completamente excitado como no lo había estado nunca, empujo suavemente a la mujer hasta que la derribó sobre cama, echándose inmediatamente encima de ella. Le descosió bruscamente dos botones de la camisa para poder introducir su mano debajo de ella y palpar su pecho. Allí no parecía haber nada pero la sensación al tocarlos fue tan satisfactoria como si estuviese sobando los mullidos senos de Marieta.

La mujer comenzó a mover rítmicamente su pelvis como si estuviese embrujada. Don Camilo se excitó de tal forma que no tardo en eyacular precozmente en el interior de su sotana.” ¡Dios mío; Exclamó. Si ha sido así ahora, ¿Cómo será cuando la tenga dentro?”, pensó el cura.

Se derrumbó sobre la mujer. Y esta desolada de que todo hubiese terminado tan pronto y en un aparente fracaso, se justifico diciendo.

-Se hacer otras cosas.

-No lo dudo. Muchacha – le respondió el cura – pero no me encuentro en disposición de poder comprobarlo. De todos modos no te quepa la menor duda de que estas contratada. Esta tarde, después del rosario, te quiero ver aquí para que me enseñes que mas sabes hacer y comiences tus labores de limpieza lavando esta sotana que terminamos de arruinar y de paso te presentaré a Concha como la nueva doncella. Seguro que se alegrará.

Don Camilo se quitó la sotana para cambiarla por otra, quedando en pelota picada ante la muchacha que no dejaba de asombrarse de lo esmirriado que había quedado el miembro del hombre después de su intervención. Mientras buscaba encima de la cama los dos botones, que en su arrebato el cura le había descosido y procedía a pegarlos otra vez en la blusa ante la atenta mirada de Don Camilo.

-Recuerda, esta tarde a las seis. ¡Ah! - le dijo como de pasada – pregúntale a tus padres si puedes quedarte interna en mi casa. Tú no te preocupe que te daré el tiempo libre para que puedas retozar con Jaime cuando quieras.

XXXXX

XXX

X

Curiosamente los padres de Pepiteta accedieron a la petición del cura, pero el que no pasó por el aro fue Jaime que conocía a Don Camilo como si lo hubiese parido y no estaba dispuesto a consentir que su novia pasase el día en su casa y mucho menos las noches.

La muchacha de todas formas se plantó, pues no estaba dispuesta a desprenderse tan fácilmente del incipiente y prometedor trabajo que le habían ofrecido, todo ello sin contar las ganancias subsidiarias que pensaba sacar. La única e irrenunciable condición que le exigía a Jaime para renunciar a él era el matrimonio.

Jaime no podía o no quería, alegando que el fin del contrabando le había dejado sin trabajo y la posibilidad de pasarse a la agricultura todavía estaba verde y llevaría tiempo.

Hubo negociación y finalmente llegaron a un acuerdo. Podía trabajar durante el día, pues la presencia de Concha en la casa era una cierta garantía. Pero en ningún caso por la noche, pues no ignoraba que a esas horas solo podía hacerse una clase de trabajo y era precisamente en la cama.

Don Camilo no puso ningún inconveniente, pues en apariencia no pensaba aprovecharse de la muchacha y en todo caso igual le daba pegar un polvo a las doce de la noche que al mediodía. Así es que no hubo problemas.

Lo único que temía era pasar solo en la cama las largas noches de invierno, pero ese era un problema que pensaba solucionar con el tiempo.

CAPITULO XXVI

El regreso de los genoveses

Al amanecer de un día a mediados del siglo XIX, cuando ya no era virgen, pues se había casado a la temprana edad de dieciséis años, la reina de España llamada Isabel la segunda, hija del que fue rey nuestro señor Fernando VII, apodado el felón y que Dios conserve muchos años en el infierno y el diablo no deje de martirizar. Los marineros que en esos momentos faenaban en el sardinal, terminando sus labores nocturnas, en primer lugar; después los que en la playa vagaban esperando completar su dieta con algún producto fresco de la mar y por último los labradores que abandonaban los caseríos situados en la parte alta de la villa, vieron aparecer por la punta de levante una vela que al poco tiempo ya podía apreciarse se trataba de un bergantín. Probablemente pronto desaparecería por detrás de la punta de poniente, el otro extremo que cerraba la bahía de Yocla como multitud de barcos lo hacía diariamente. Pero no parecía ser este el caso.

Orzó las veces necesarias para encarar su proa a la playa, lentamente, pues ninguna montaña nevada, en el centro de una verde pradera, disfrazada de fragata real, parecía perseguirla.

Embistió las redes de los pescadores hasta destrozarlas, haciendo caso omiso a sus protestas. Era como si pretendiera saldar una vieja cuenta.

Fondearon cerca de la playa sin temor a embarrancar. Probablemente su capitán conocía muy bien estas aguas. Cuatro hombres armados y el que parecía estar al mando, se lanzaron al agua y caminaron más que nadaron los escasos metros que les separaba de la arena.

El capital llevaba sobre el hombro una saca que por su forma debía esconder una rueda de tamaño medio.

Pateó la arena para expulsar los restos de agua que sus botas contenían y sin importarle que los pantalones estuviesen mojados hasta la cintura, se encaminó directamente hacia el casino, cuyo recorrido debía conocer, pues no había ningún cartel que lo anunciara.

Los viejos pescadores, por su silueta, habían reconocido al bergantín que les visitó hacia unos cuantos años y que tan gratos recuerdos dejó al llenar muchos de los bolsillos de sus ciudadanos, ya que los barcos grandes no podían acercarse tanto a la playa e incluso el perdido "Princesa", que era como de la casa, hacia los trasbordos en alta mar.

El capitán y sus hombres entraron en el casino armando alboroto y como elefantes en una cacharrería. Pidieron comida y vino en un español con acento italiano.

Solicitaron la presencia del alcalde y mientras esperaban, degustaron la comida que Tonet les sirvió en abundancia.

Media hora después se presentaron Pepe el Pollero, fuertemente armado, y Don Camilo que mostraba en su cintura el pistolón de los franceses. El italiano al verlos les dijo en plan de sorna.

-No sé porque han traído toda su artillería. No es el momento de iniciar una guerra.

-Pues sus hombres no van desnudos – le respondió el alcalde.

-Les han parido así. ¡Qué vamos a hacer! –pareció quejarse el capitán- incluso duermen así. Pero son completamente inofensivos. Se lo garantizo.

El pollero, viendo que el italiano no salía de los cerros de Úbeda, trató de ir al grano para saldar rápidamente el asunto que se traían y que sospechaba no debía ser muy agradable.

-No creo que haya hecho esta parada solo para almorzar y supongo que después de tantos años no vendrá a reclamar viejos asuntos pendientes para mí ya olvidados.

-Yo también los he olvidado aunque no perdonados, como usted bien dice son viejos asuntos que podrán o no salir a lo largo de nuestras vidas, pero no es este el momento.

-Entonces ya me dirá el motivo de su inesperada y ya veremos después si también agradable visita –dijo Don Camilo deseoso de intervenir.

-Como marino que soy, sé que muchas cosas no se pueden dejar en el olvido y son muy importantes para los seres queridos que están en tierra ansiosos por recibir cualquier noticia de sus seres queridos o conocer con certeza lo inevitable.

Sacó el marino un sobre lacrado del bolsillo interior de su chaqueta, que milagrosamente resultó indemne del embate de las olas cuando desembarcó, y por unos segundos dudo a cuál de sus interlocutores dárselo.

-Mejor que lo reciba usted. Padre – continuó – Que sabrá hacer buen uso de él. De todas formas su contenido lo voy a relatar a continuación para conocimiento de todos los presentes que pueden actuar como testigos.

-Hace más de dos meses, y ruego a los presentes me perdonen por no haber podido venir antes pues mi derrota me lo ha impedido, navegaba por el mar de Alborán con destino a Génova partiendo desde Gibraltar. Cuando me encontré un objeto extraño en el mar y asido a él se encontraban dos hombres uno ya muerto y el otro moribundo, que a pesar de todo, permanecía unido a aquel artilugio con una mano, mientras con la otra aferraba a su compañero para evitar que se hundiera.

-Los recogí e icé a mi goleta. El moreno, cuando se sintió seguro, señaló al otro que tenía los cabellos más claros y nos dijo: “Atenderlo primero a él, pues está muy mal” y seguidamente murió, sin saber que su amigo llevaba horas, por no decir días, muerto. Gracias al artefacto que los mantuvo a flote y sufriendo, solo Dios sabe cuánto tiempo, supe que procedían de este pueblo y cuando se lo muestre tal vez alguno de ustedes lo reconozca.

El capitán se agachó un momento para extraer la extraña rueda que ocultaba el saco. Al hacerlo, un casi unánime “! Oh ¡” se escapó de entre los presentes pues todos reconocieron la rueda que en su día fabricó Carlitos, que llevaba impresos los nombres de “Marieta” y “Yocla” y que lucía orgullosa atada a la base del palo mayor de la barca de Nelo.

-¡Eran Nelo y Jordilí! - aseguró el alcalde, mientras trataba de detener una inoportuna gota que partió de su ojo izquierdo.

-¿No reconoció al rubio como el inglés que desembarcó aquí durante su última visita? – añadió don Camilo tratando de verificar la identidad de los náufragos por si había alguna duda.

-Tenía la cara tan quemada por el sol que me hubiera sido imposible reconocerlo. Por otra parte, en tantos años que llevo en este negocio, en donde suben a mi nave y deserta tanta gente, me resulta imposible recordarlos a todos. De todas formas gracias por decírmelo, pues si antes sentía su muerte ahora la siento mucho más.- le contestó el capitán, con gesto compungido y mientras se santiguaba.

-¿Cómo sabremos que además de esta rueda encontró sus cuerpos? La descripción que nos ha hecho de ellos pudiera ser la de cualquiera – intervino el cura que iba a lo práctico.

-Mi palabra debería ser suficiente Monseñor y mi declaración escrita da fe de ello. De todas formas tengo más pruebas por si mi palabra no es suficiente.

De una faltriquera que llevaba en la cintura, sacó un collar de conchas, y un anillo y una cadena con una medalla de la virgen del Carmen, todo ello de oro.

El collar consistía en un fuerte cordón embreado en el que habían ensartado más de un centenar de conchas de moluscos de la especie terrestre *Leonia mamillaris* mediante un pequeño agujero realizado en su última vuelta. Son de color blanco y habitan los montes cercanos al mar. Es una especie endémica del sur de la provincia de Alicante y norte de la Murcia. Solo puede encontrarse en esa parte del mundo y Yocla estaba dentro de su área de influencia. Todos reconocieron el collar que siempre llevaba al cuello Jordilí y que fue el primer regalo que le hizo María y que ella misma confeccionó.

-Este collar lo llevaba el rubio – continuó el italiano – y el moreno llevaba esta medalla al cuello con una fecha grabada al dorso y un anillo de boda en cuyo interior está grabado el nombre de una mujer, que coincide con el del barco en que navegaba y otra fecha que posiblemente sea la de su boda.

Don Camilo se hizo cargo de los objetos y no necesitó comprobar ninguna de las fechas para saber a quién correspondían.

Don Camilo había visto llegar a la goleta a media mañana. Inmediatamente supo que se trataba de la que los visitó años antes y aunque no participó en el negocio conocía todos los detalles de lo que sucedió entonces, cuando todavía no tenía nada que ver con el negocio del contrabando.

Ignoraba cuál era el objeto de su visita al cabo de tanto tiempo pero lo podía suponer. Las cosas, mejor que arreglarlas a tiros, eran con dinero y como este gracias a Dios no faltaba, era su opción preferida.

Cogió una buena bolsa de oro antes de salir de casa y se dirigió al ayuntamiento en donde su cuñado, Pepe el Pollero, con toda seguridad le esperaba.

Cuando llegaron al bar, la aptitud del capitán le sorprendió para bien. Nadie se molestaba en desviar una nave de su ruta para entregar a sus familiares unos objetos de oro, que hubieran podido redundar en beneficio propio, con el único fin de consolarlos y confirmar unas muertes que ya todos daban como ciertas.

A un ser así, no se le podía recompensar con nada del mundo por lo que él consideraba su obligación y hacia por gusto. Puede incluso sentirse ofendido si alguien intenta recompensarlo por ello.

Cuando terminó su misión y se disponía a marcharse, alegando una serie de circunstancias que serían desfavorables para la navegación si se retrasaba y que Don Camilo no entendía, lo retuvo amigablemente poniendo la mano sobre su hombro.

-¿Me permite charlar un momento con usted a solas?

El capitán dudó unos instantes porque por ningún motivo quería retrasar su partida, pero finalmente accedió. Se desplazaron a un rincón del salón en el que había una mesa vacía y varias sillas y se sentaron.

-No le entretendré mucho capitán, se lo aseguro. Sé la prisa que tiene, pero lo que vamos a hablar le interesa.

-Veamos eso tan importante.

-En primer lugar quiero agradecerle su gesto pues los náufragos y sus familiares son seres muy cercanos a mí. El detalle que ha tenido con nosotros hace que nos sintamos avergonzados de lo que ocurrió durante su última visita.

-Eso está olvidado, aunque reconozco que me causó un fuerte quebranto del que no pude rehacerme durante bastante tiempo. También reconozco que pudo ser peor sin su intervención, pues los de la fragata igualmente me hubieran requisado la mercancía, el barco y además hubiera ido a dar con mis huesos a la cárcel. Así es que podemos considerarnos en paz.

-En paz estará usted, pero no mi conciencia –le tendió la bolsa de monedas al capitán que rápidamente las aceptó y guardó en su faltriquera – Creo que será suficiente.

El capitán que las había sopesado anteriormente, añadió.

-Si son de oro, sobra

-Lo son – dijo mientras le tendía su mano.

XXXXX

XXX

X

Cuando los genoveses se marcharon para embarcar de nuevo y los nativos partieron raudos a sus casas para contar las nuevas que no sabían si eran buenas o malas. Don Camilo le entregó a Quico el Mulero y Jaime el Baina, el collar de conchas de Jordilí para que se lo hiciesen llegar a María y le contasen las noticias que habían traído los visitantes.

Él, por su parte, recogió el artefacto que les sirvió de salvavidas, el anillo y la medalla.

No se creía en condiciones de torear este toro, pero Marieta a su vez, necesitaba que alguien le abriese los ojos y la sacara del abismo en que se había metido.

Llamó a su casa y ella le abrió la puerta. Apenas vio el salvavidas en manos de Don Camilo su rostro empalideció. Más aun cuando posteriormente le entregó el anillo y la medalla.

Marieta lloraba desconsoladamente y el cura no sabía cómo tranquilizarla. Le contó muy someramente la historia de su trágica muerte y al ver que los llantos continuaban no tuvo más remedio que abrazarla para calmarla. Ella dejó caer la cabeza sobre su hombro bañando de lágrimas la sotana.

-¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? Hasta ahora e subsistido con los ahorros y la esperanza de que regresaría. ¿Pero ahora que será de mí?

-No te preocupes hija mía. Mientras yo viva no te faltara nada, ni a ti ni a tu hijo, y cuando falte, tampoco. Tengo tanto que agradecerle a Nelo que nunca os dejare en la indigencia.

Sin responderle, ella sollozó todavía más fuerte si cabe. Don Camilo vio su cuello al alcance de sus labios y no pudo evitar besarlo. Una y las veces que fue necesario, hasta que ella le ofreció su boca. No desaprovechó la invitación y la mujer le correspondió. Su excitación se vio correspondido por ella. La dirigió, a pequeños pasos hasta el borde de la cama y la empujó cayendo arrastrado sobre ella. Le arremango la falda al tiempo que hacía lo propio con su sotana y sin estimulación previa la penetró. Le molestaba tanta ropa por en medio de sus cuerpos, pero no quería perder tiempo en desnudarse, pues temía, que mientras tanto, la pasión se enfriase, ella se arrepintiese y se fuera todo al carajo.

Disfrutaba de su sexo ya que de momento no lo podía hacer de su cuerpo. De todas formas confiaba en que esta relación se perpetuara. Notaba que la mujer participaba y se mostraba activa en el coito a diferencia con el que había mantenido con Ana, antes de su marcha a Alcoy, y que fue un rotundo fracaso.

-¿Quieres venirte a vivir con tu hija a mi casa? Te tratare mejor que a una reina.

No le contestó, pero el espasmo de placer que recorrió el cuerpo de la mujer cuando eyaculó en su interior, le confirmó que la respuesta seria afirmativa.

FIN